

Radka Denemarková

Sangre de chocolate

Traducción del checo de Juan Pablo Bertazza



Galaxia Gutenberg

RADKA DENEMARKOVÁ

Sangre de chocolate

Traducción de Juan Pablo Bertazza

Galaxia Gutenberg

Índice

Cincuenta y tres parpadeos

Prólogo

El tren parte y regresa a las mismas paradas. Primera parte

Primera parada ferroviaria. Sigmund Freud no sabe que todos sueñan el mismo sueño

Segunda parada ferroviaria. La marca prejuiciosa

Tercera parada ferroviaria. La cruda helada

Cuarta parada ferroviaria. Mechas de lámparas de luz tenue

Quinta parada ferroviaria. Medicina negra y paleta de pintor

Estación de transbordo. Segunda parte

Sexta parada ferroviaria. Clave para identificar el material humano

Séptima parada ferroviaria. El altar (a la patria)

Octava parada ferroviaria. La leona herida

Novena parada ferroviaria. Los barqueros

Décima parada ferroviaria. Ropa sucia y dinero sucio

Undécima parada ferroviaria. Una pequeña mujer, una gran guerra

Duodécima parada ferroviaria. Anti-Nemcová

Decimotercera parada ferroviaria. Conejillos de indias

Decimocuarta parada ferroviaria. Un calor glacial

Cambio de vías. Tercera parte

Decimoquinta parada ferroviaria. Desaparecer en la niebla

Decimosexta parada ferroviaria. Remos y carrera en solitario

Decimoséptima parada ferroviaria. La marca del combate

Decimoctava parada ferroviaria. La Biblia sobre la almohada

Decimonovena parada ferroviaria. Anticoncepción

Vigésima parada ferroviaria. Carruseles de cadena

Vigésima primera parada ferroviaria. El destilado

Cambio de vías. Cuarta parte

Vigésima segunda parada ferroviaria. El faro y la chaqueta vaquera

Vigésima tercera parada ferroviaria. La cima de la felicidad en Harrods
Vigésima cuarta parada ferroviaria. Harpía
Vigésima quinta parada ferroviaria. El pelo
Vigésima sexta parada ferroviaria. Pétalos de flor en el fango
Vigésima séptima parada ferroviaria. Madre soltera
Vigésima octava parada ferroviaria. Campañas de guerra
Cambio de vías. Quinta parte
Vigésima novena parada ferroviaria. Lélia
Trigésima parada ferroviaria. La frigidez
Trigésima primera parada ferroviaria. La hambruna
Trigésima segunda parada ferroviaria. ¡Consumo! ¡Consumo! ¿Consumo?
Trigésima tercera parada ferroviaria. Una pequeña casa entre dos palacios
Cambio de vías. Sexta parte
Trigésima cuarta parada ferroviaria. Agentes a sueldo
Trigésima quinta parada ferroviaria. Mammón
Trigésima sexta parada ferroviaria. Y va y va el trenecito
Cambio de vías. Séptima parte
Trigésima séptima parada ferroviaria. Adivina quién no viene a cenar
Trigésima octava parada ferroviaria. Bosque de chocolate
Trigésima novena parada ferroviaria. Los ojos no tienen género
Cuadragésima parada ferroviaria. El tapiz
Cuadragésima primera parada ferroviaria. Un trozo de cristal bajo el pie descalzo
Cambio de vías. Octava parte
Cuadragésima segunda parada ferroviaria. El pianista
Cuadragésima tercera parada ferroviaria. La vida como sala de espera ante Dios
Cuadragésima cuarta parada ferroviaria. La bomba de oxígeno
Cuadragésima quinta parada ferroviaria. El alquitrán y el piano que nunca llegó
Cuadragésima sexta parada ferroviaria. Detrás de los telones de terciopelo
Cuadragésima séptima parada ferroviaria. El testamento de Fryderyk
Cambio de vías. Novena parte

Cuadragésima octava parada ferroviaria. Un paquete de tabaco
Cuadragésima novena parada ferroviaria. La cabeza de dragón
Quincuagésima parada ferroviaria. Darling y la aureola
Quincuagésima primera parada ferroviaria. Teatro de marionetas
Cambio de vías. Décima parte
Quincuagésima segunda parada ferroviaria. Petróleo y leche materna
Quincuagésima tercera parada ferroviaria. Un cielo turbio
Nota de la autora
Agradecimiento especial
Notas



© Isolde Ohlbaum

Radka Denemarková

Nacida en 1968 en plena Primavera de Praga, muchos la consideran la autora checa contemporánea más importante y la voz más fuerte de su generación. Estudió Literatura Alemana y Checa en la Universidad Carolina de Praga. Escritora, traductora y dramaturga, ha publicado nueve libros, entre ellos seis novelas que se han traducido a más de veinte idiomas. *El dinero de Hitler* (Galaxia Gutenberg, 2015) mereció, en Chequia, el premio Magnesia Litera por la mejor novela del año (2007) y en Alemania el premio Usedom (2011) y el premio Georg Dehio (2012). *Contribución a la historia de la alegría* (Galaxia Gutenberg, 2020) ganó en 2019, en Suiza, el Premio Literario Spycher Leuk. En 2024 la escritora fue galardonada con el Premio Franz Kafka de la (ÖGfL), y con el Premio Europeo de la Tolerancia. Es miembro de la Academia Alemana de Literatura y Poesía.

www.denemarkova.cz

Tres personajes protagonizan esta novela: las escritoras Božena Němcová y George Sand y el magnate John D. Rockefeller. Los tres vivieron en el siglo XIX, pero la manera en que conformaron sus vidas sigue resonando hoy en las nuestras.

Božena Němcová escribió a pesar de todo: de sus orígenes humildes, de la falta crónica de dinero, de escribir en una lengua minoritaria, de las obligaciones familiares que le exigía su marido, ciego al talento y a la voluntad de su esposa, de la estrechez intelectual que imponía el naciente nacionalismo checo frente a la dominación del Imperio austrohúngaro.

George Sand, nacida en una familia aristocrática, no aceptó nada que no fuera la igualdad ante los hombres, como sus amantes Alfred de Musset y Frédéric Chopin. Fue una de las escritoras más célebres de la Europa de su tiempo y una de las primeras mujeres que se quiso radicalmente libre.

John D. Rockefeller es el primer gran ejemplo del sueño americano, del hombre forjado a sí mismo. Insensible a todo lo que no fuera acumular riqueza y poder, no dudó en eliminar rivales, arruinar empresas y arrasar la naturaleza si ello servía a sus intereses.

Con estos tres personajes y la narración de sus vidas, Radka Denemarková teje una crítica acerada de la modernidad hasta nuestros días en una novela poderosa e inolvidable que la confirma como una de las escritoras más interesantes de la actualidad.

La traducción de esta obra ha recibido una subvención del Ministerio de Cultura de la República Checa.

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros).

Título de la edición original: *Čokoládová krev*
Traducción del checo: Juan Pablo Bertazza

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo de 2025

© Radka Denemarková, 2025
© de la traducción: Juan Pablo Bertazza, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025
Imagen de portada: © Michal Chodanič, 2023

Conversión a formato digital: Gama, S.L.

ISBN: 978-84-10107-78-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Ester Denemarková.
A Jan Denemark.
A Lukas Spinner.
A la Casa Kiwitt en la isla Amrum.

«Una amistad basada en los negocios es mucho mejor que los negocios basados en la amistad.»

JOHN DAVISON ROCKEFELLER

«Sin libertad absoluta no puede haber amistad auténtica.»

GEORGE SAND

«¿De dónde proviene ese deseo, esa melancolía, ese afán? ¿En qué se basa la moralidad humana? Presentimos que el mundo entero forma una unidad, pero, ¿cuál es el primer y último eslabón de ese círculo universal?»

BOŽENA NĚMCOVÁ

El tren atraviesa el siglo XIX, ida y vuelta. Avanza, va precisando lo visto detrás de la ventanilla. Los pasajeros del tren están viendo una película. Es una serie de imágenes móviles. El tren regresa a las mismas paradas. Las escenas tras la ventanilla se alternan y van haciéndose más nítidas. Las imágenes son completas. Cincuenta y tres parpadeos.

Cincuenta y tres parpadeos

El tren atraviesa el siglo XIX. Ida y vuelta. Regresa a las mismas paradas. Detrás de la ventanilla se alternan escenas breves. Imágenes completas. Se vuelven rítmicamente más precisas con cada viaje sucesivo. El tren es un rapero.

Tres imágenes nocturnas. Tres cuerpos humanos detrás de sus escritorios. Se superponen. Lo que conforma sus vidas. Lo que da forma a sus destinos. Hay una estructura genética de los cuerpos. Hay una constelación genética de las familias. Existe el gen de una nación. Existe el gen de una época.

Trazar una ruta. Colocar las traviesas. Encender la caldera. El tren se pone en marcha. En los marcos de las ventanillas de sus vagones no brillan sólo imágenes de la vida campestre. Detrás de las ventanillas hay grupos escultóricos humanos que cobran vida. Las escenas de la galería de imágenes en movimiento cambian con cada parpadeo.

Una golondrina pasa volando detrás de las ventanillas del siglo XIX. La única lealtad que no teme volver. Vuelve desde hace siglos al mismo lugar. Sus alas atraen la mirada del siglo XXI. Estamos sentadas a la mesa. Y nos aferramos todas a las palabras.

Prólogo

Una espalda agotada se encorva. Se redondea sobre una inestable y desvencijada mesa en Praga. Por la ventana se asoma una luna burlesca; husmea alegremente enviada por la noche perversa. La agente secreta está llena, redondeada; alimenta la inquietud de un corazón alarmado y ahuyenta el sueño. Si sobre la mesa rota se colocara el alto cilindro de vidrio de una lámpara de petróleo parecería una chimenea translúcida.

El cuerpo es una espalda dolorida. Hay sangre en la humedad entre las piernas. La espalda encorvada *debe* entregar al amanecer el manuscrito de una fábula encargado a toda prisa. Para su inmediata publicación. La pluma checa cruje frenética y el torrente sanguíneo de chocolate se vuelve pesado al alba.

En la cabeza hay un frío metálico en vela; un puñado de monedas tintinea su advertencia en las entrañas de cada palabra. El pastor llama a su rebaño sólo a las tontas ovejas que no se han descarriado. El frío metálico se llama hambre y autocensura. La autocensura es un colaborador fiable del miedo. Es el espía no contratado de los servicios secretos de todos los países y épocas. La autocensura es un muro alto; reduce la vista, congela las emociones, obliga a limitar el léxico. Amordaza algunas palabras, restringe el lenguaje y la forma, pone un bozal de hierro a los temas delicados,

doblega a la espalda obediente del cuerpo. La autocensura convierte la creación en fabricación y la independencia en esclavitud.

¿Acaso alguien ha podido alguna vez escribir un diario bajo el totalitarismo?

¿Acaso una mujer ha podido alguna vez darse el lujo de escribir un diario?

La fábula es la consecuencia de ese reciente encargo patriótico: la autocensura adormece a la audaz pluma. La punta se convierte en un sumiso cauteloso, manso, cobarde y leal; la pluma de ganso cumple el rol de un soldado obediente. La mente de un soldado raso con falda larga escribe con la sensación de tener una esfera de plomo en la mano. Convierte la lengua checa en un sirviente sedentario, moralizante, sentimental y torpe. La espalda ya encorvada se encorva aún más; la pluma no cruje y la sangre de los muslos se seca y se oxida.

La pluma la aprietan los dedos de una campesina. La campesina se llama Božena Němcová. Es escritora. El relato le provoca un rechazo nauseabundo. Sí, sabe hornear bollos, sólo que los hace de acuerdo a una receta escrita por otros. Amasa a mano, pero los ingredientes y sabores deben ser locales y calcularse con rigor.

La pluma se detiene instintivamente en medio de una frase truncada, la nariz aspira el aroma de la vainilla, el azafrán y la cúrcuma que brillan por su ausencia.

Sobre la mesa no humea la lámpara de petróleo.

La fuente de luz iluminaría el papel con una llama tenue. La llama oscilaría con la corriente hasta apagarse una y otra vez. La mano se estiraría hasta alcanzar la lámpara de mecha y quitaría el cilindro de vidrio. Rellenaría el queroseno percibiendo su penetrante olor. Si el

queroseno goteara se olería durante mucho tiempo. El cilindro de vidrio se calentaría en su parte superior. Nada atraparía el calor y el hollín; la lámpara ensuciaría el techo del húmedo y mohoso apartamento con muebles en ruinas, donde yacen en un rincón trapos y jirones de pieles sobre las cuales un cuerpo agotado dormirá un rato antes del amanecer. En el fondo del único cuenco apestan los restos de algún mejunje. Un único par de zapatos está tirado cerca del umbral raído de la puerta baja. Los ojos hambrientos ven finas lonjas de carne vacuna en las suelas gastadas que ilumina un rayo de luz de luna.

Las alucinaciones acuden en ayuda del cuerpo hambriento. Los ojos hambrientos ven una cazuela sobre la cocina fría. El agua hirviendo hace que se arremolinen y suelten caldo los zapatos. En el siglo XIX los viajeros franceses extraviados también cocinan mocasines indios a orillas del río Mekong cuando se ven amenazados de muerte por el hambre; la última entrada de un diario que se conserva habla del sabor de la «sopa» de mocasín.

Las lámparas de queroseno aparecen en las mesas de las casas después de 1859, cuando se descubren varios yacimientos de petróleo más. En Pensilvania, por ejemplo. Hasta ese momento prevalecen las lámparas de aceite de ballena. Los pescadores también capturan cachalotes en la isla Amrum, en Frisia septentrional; los isleños sobreviven sólo gracias a la venta de aceite de ballena.

Si una lámpara de petróleo humeara sobre la mesa, la mano escuálida volvería a colocar con cuidado el cilindro de vidrio después de encenderla. Sería una llama amplia; la noche penetrante al otro lado de la ventana se echaría para atrás del susto y los ojos turbios

mirarían fijamente la brillante llama. Ahora leen a la luz de una vela que agoniza. El cuerpo se convulsiona; la mano de prominentes venas azules suelta la pluma que se ha tornado pesada. Las venas tienen el color de la tinta derramada.

Los dedos congelados de esa mano acercan una nueva hoja de papel en blanco.

El muro preventivo de la cabeza se agrieta. El hielo se resquebraja. Las grietas se extienden y se pierden a lo lejos. La muralla se desmorona y desaparece; la abertura no encuentra obstáculos, el horizonte no tiene límites. Ahora va a hacer la masa del modo que le gusta y tal y como *quiere* hornearla. La condimenta con sabores a los que no teme. La mente se ahoga con la libertad, sí, sí, sí, sí, incluso la mente puede bailar la polka. Las palabras liberadas se regocijan; exaltadas con la verdad desnuda escupen la mordaza y se arremangan. El corazón aliviado coloca las traviesas de palabras y frases sobre las que corre la locomotora con su carga de ideas sin censura. Las emociones se arriman al intelecto; el corazón comienza a latir con fuerza. La pluma libre revolotea con fervor por los rieles de frases suculentas; ligeras y naturales como el aliento del cuerpo de la autora. Las palabras son golondrinas. Llegan desde cada rincón del mundo, anidan en un papel a medio escribir como las notas de una nueva sinfonía. Ahora, por un momento, son los dedos de Barbora Panklová, conocida como Betty, los que sostienen la pluma. Es el primer yo de la escritora. Escribe el texto en alemán y lo quema. La resistencia dentro de la resistencia.

La resistencia invisible. Quema lo mejor de su obra. Los austríacos no le elogiarían un texto así; les molestaría el contenido. Los checos no le elogiarían un texto así; les molestaría la lengua. ¿Acaso a la

verdadera literatura, a la verdadera poesía, al arte verdadero le importa una lengua concreta? ¿Acaso a la verdadera literatura, a la verdadera poesía, al arte verdadero le importa el género? La concepción que tiene Barbora Panklová sobre el lenguaje y la persona en relación a él es sólida.

Sólo que Barbora Panklová y Božena Němcová viven en una casa de piedra con telarañas, chillidos de ratones y murciélagos en el desván; las habitaciones son de paso; las inquilinas con un solo cuerpo y mente deben soportarse de forma mutua; no estorbarse, no arrastrarse la una a la otra al pantano. Božena cumple los roles de la época y escribe para el mundo checo. Barbora, por su parte, escribe para sí misma; la mano libre escribe osados textos en forma de largas cartas. No puede encontrar libertad en ningún otro sitio. En ninguna otra parte se la permite. ¿Qué significa la intimidad? Entrar en otra dimensión para poder escribir. La época en la que se nace no se elige.

Una espalda confiada sobresale recta de un escritorio de roble brillante, la nuca roza el revoque; la columna es una tabla de planchar y se apoya en la pared. Por la ventana asoma una noche emprendedora e intempestiva. La espalda del empresario emerge recta por encima de unos expedientes jurídicos que lo aburren. Una de sus manos aparta los documentos.

No se prende un puro, no se sirve un whisky, no apoya los pies sobre la mesa. Sólo piensa en una cosa: acaban de descubrir petróleo en Nueva York. Un destilado del petróleo.

En el reverso de un acta aburrida el empresario garabatea laberintos de números. La mente entra en calor, espera el pistoletazo de salida pensando con emoción en cómo sacarle más y más y más y más provecho al oro negro. No recoger miel negra en gotas que se filtren de casualidad en la superficie. La tierra está derramando petróleo. La tierra está derramando sangre de chocolate. Corre por sus venas.

¿Y si hubiera una reserva mucho más grande de limo negro bajo la tierra? ¿Cómo averiguarlo? A su mano no le divierte matar el tiempo. Dibuja números reconocibles, los multiplica, los suma, los divide, los potencia. Conecta líneas en figuras y estas empiezan a tener sentido. Pinta las plataformas de perforación que se utilizan para extraer la sal. Los ojos de pájaro se entrecierran, la mente se ahoga con la libertad emprendedora, sí, sí, sí, sí, incluso la mente puede bailar la polka.

Son los dedos de un hombre de negocios estadounidense los que sostienen el bolígrafo. Se llama John Davison Rockefeller. La plataforma de perforación no traicionará al emprendedor propietario; un peculiar metrónomo excava bajo tierra y en el año 1859 se topa con un tesoro. La Madre Tierra se atraganta y escupe la flema negra de un yacimiento petrolífero en Pensilvania. La voz empieza a correr. La esparcen los vientos de Mammón. Todo el Oeste americano converge en Pensilvania; la población aumenta cada semana en tiempo récord. Las parcelas de tierra se venden a precios fabulosos en tiempo récord. Los cuerpos humanos se ciegan en tiempo récord. Tienen el color negro frente a sus ojos, con el paso y la respiración

acelerada corren detrás de la quimera del oro negro, corren en una sola dirección, tensos por lo que esconden las tierras saqueadas bajo la superficie. El petróleo es un imán que persiguen los especuladores y al que apuntan los trenes abarrotados. La sangre azul ya no le importa a nadie. Todos deliran con la sangre de chocolate.

Los trenes surcan el paisaje y remiendan los continentes. Dictan un nuevo ritmo al siglo XIX. De la tierra brota un bosque de plataformas de perforación. Los picos se inclinan, se balancean, picotean el suelo. Las perforadoras son los péndulos y metrónomos de la modernidad. Historias de fabulosas riquezas sobrevuelan montañas, mares, continentes. Historias así son las que quieren leer y escuchar los ojos y oídos del mundo entero. No son moralistas fábulas patrióticas. Son impetuosas y modernas narraciones de un tiempo acelerado, narraciones de siglos venideros que requieren un nuevo lenguaje y, desde luego, no tienen ningún interés en hacer resurgir nada. Ni siquiera las naciones.

El ritmo de la época no lo impone el paso. El ritmo de la época lo impone el estruendo de los ferrocarriles. En 1865 se origina otra pintoresca ciudad en el plazo de unos pocos meses. Recibe el nombre de Pithole. Unas manos motivadas y codiciosas restriegan la mugre acumulada debajo de las uñas rotas y construyen, apresuradamente, una cabaña de troncos tras otra sacando las astillas clavadas bajo la piel. Las chozas de madera formarán una metrópolis y atraerán a doce mil cuerpos humanos. Entre ellos hay también cuerpos checos. Entre ellos hay cuerpos de los refugiados de Europa.

Hay cincuenta hoteles uno al lado del otro, aunque la ciudad entera no es otra cosa que un gran hotel y albergue.

No falta el teatro, aunque la vida en la ciudad no es otra cosa que un inmenso drama y la función de todos los días.

El auditorio se traga a un centenar de espectadores. El techo crujiente está cargado de arañas de cristal. Pasan las semanas. Pasan los meses. Pasan los años. La densa esperanza de los manantiales negros se seca. Después de unos años febriles, las cabañas de troncos se vacían tan rápido como se llenaron. Queda un pueblo fantasma. Y un teatro en el que unas ardillas negras se columpian con las arañas; el cristal se envuelve con sus ágiles cuerpos. Se balancean y cuelgan como lágrimas negras y sanguijuelas. De vez en cuando cruza el escenario abandonado un solista enloquecido.

Una espalda apasionada saca pecho en París. Unos senos pesados y blancos como la nieve se asoman resueltamente desde un escote redondo. Abultados como dos enormes pisapapeles de cristal macizo sobre hojas alineadas. Pilas de papel escrito se hinchan sobre la mesa y la cómoda. La espalda se sienta en un pequeño salón empapelado en color violeta. Las paredes brillan de color violeta y en el empapelado hay motivos florales apenas perceptibles. En ese escritorio tallado y hecho a medida la espalda no se encorva.

Una mano con un anillo de oro en forma de dragón con la cabeza alzada sumerge la pluma en el tintero empotrado de plata con una tapa giratoria para evitar el derrame accidental de tinta y su evaporación. La tinta es petróleo. La tinta es sangre de chocolate. Por la ventana se asoma una vanidosa, independiente y libertina noche de estrellas de cancán. Sobre el escritorio humea una lámpara

de petróleo. Con una tenue llama la fuente de luz ilumina una enorme pila de papel escrito. Los pisapapeles brillan a la luz de la luna y la montaña de papel, liberada de la esfera de cristal, se desliza hasta el borde de la mesa. Cae abriendo un abanico plisado. Con la corriente de aire la llama flaquea y se apaga. La mano con el anillo en forma de cabeza de dragón estira la mano hasta la lámpara de mecha.

La cabeza de dragón quita con cuidado el cilindro de cristal; el alto cilindro recuerda a una elegante chimenea. La mano de dragón rellena el queroseno que tiene un olor punzante y cuando se derrama una gota se deja sentir por mucho tiempo. La parte superior del cilindro de vidrio está tan caliente como la carga creativa de una cabeza obstinada. La maquinaria de las ideas no se detiene. Una locomotora silba, se acerca y desacelera en la mente. La cabeza es una estación. Nada atrapa el calor y el hollín, pero la lámpara no ensucia el techo parisino que es escandalosamente alto.

La mano de dragón vuelve a encastrar el cilindro de vidrio después de encender la lámpara. La llama es amplia y la mano de dragón escribe ocho horas nocturnas hasta quedar extenuada. Los colores de la base de la lámpara y el kit de escritura hacen juego. Trabajo nocturno voluntario. Otra taza de porcelana con café aterriza sobre la mesa junto al tintero empotrado de plata. El café funciona como el opio, por eso se volvió tan popular entre los intelectuales desde los tiempos de la Revolución francesa. Los entendidos comprenden su importancia. La inspiración de los caros granos de café es un lujo que sólo las gargantas más ricas pueden permitirse; entre tazas de café caliente intercambian ideas excitadas. Los cafés surgen en una época en que la gente corre por las calles en harapos gritando que

no tiene nada para comer y el rumor se difunde de boca hambrienta en boca hambrienta, ¿habéis oído ya a la reina francesa, esa austríaca presumida, provocándonos con la pregunta de por qué no comemos pasteles cuando no tenemos pan? Los datos se contradicen a sí mismos. El espíritu del siglo XIX comienza por aquí en el año 1789 con la gran Revolución francesa. Y termina en el año 1914.

En el cenicero, junto a la porcelana de Meissen con un café espeso como la sangre de chocolate, se acumulan colillas de cigarrillo y partes de frases sin terminar. La mano de dragón enciende unas con otras.

La nicotina anestesia el cuerpo. El cuerpo no tiene sueño. Alrededor de las cuatro de la mañana deja la pluma, satisfecha.

Ella se da sus propias órdenes. Ha cumplido su cuota. El tren traquetea día y noche a una velocidad constante. La novela supone una disciplina de hierro y el lujo de la libertad. La pluma libre está en la mano de una baronesa francesa. Se hace llamar George Sand. Es un escritor y también una escritora. Con esa misma mano de dragón escribe con facilidad lo que su corazón privado necesita comunicar. Cartas a la familia. Cartas a los amigos. Cartas a los amantes. Cartas al editor. A los ojos de los lectores el lenguaje y el estilo no han cambiado con respecto a la novela anterior. La mano de dragón no tiene ningún motivo para cambiar nada en lo privado. No cumple ningún rol salvador, no cumple ningún rol patriótico, no cumple ningún rol nacionalista. La mano de dragón mueve la pluma al mismo ritmo aunque con otra firma: Aurore Dudevant, de soltera Dupin.

La señora Aurore Dudevant, de soltera Dupin, y la señora George Sand viven en el mismo cuerpo. Se apoyan mutuamente, se mantienen a flote y se provocan. Y lo disfrutan terriblemente. La mente se ahoga de libertad, sí, sí, sí, sí, incluso la mente puede bailar la polka. Y ahí vamos.

El tren parte y regresa a las mismas paradas

Primera parte

Primera parada ferroviaria

Sigmund Freud no sabe que todos sueñan el mismo sueño

Corre el año 1833 y Barbora Panklová tiene trece años. O no. Nadie sabe exactamente cuándo nació. El cuerpo de Alfred de Musset tiene, con toda seguridad, veintitrés años y es un escritor francés. Llegó a la conclusión, mucho antes de que lo hiciera Sigmund Freud, de que tanto los hombres como las mujeres son bisexuales por naturaleza. El bohemio por naturaleza se cansa de los suaves pliegues de los cuerpos de sus amantes mujeres y hombres. Incluso eso puede pasar. Lo aburre hasta el sexo grupal, el polvo rápido de siempre; está harto de vaginas, nalgas mullidas, cuellos de cisne, pechos, pezones y apasionados intercambios de saliva y piernas largas. Incluso lo aburren los retos de mujeres y hombres vírgenes; está harto de la manipulación de los juegos prematrimoniales. Lo aburren las mujeres casadas lujuriosas y competitivas; está harto de los revolcones ilegales y entre bastidores en los dormitorios matrimoniales, tal como a él le gusta llamarlos. Y entonces en París se topa inesperadamente con alguien que se llama George Sand y se hace llamar Madame. Le palpita el corazón, el pene se le irriga. Milagro.

La transformación de Aurore Dudevant, de soltera Dupin, en George Sand culmina en ese período. Madame se viste como un hombre; pantalones, botas, una bonita corbata, chaqueta corta, sombrero alto. No se trata sólo de un atuendo provocador en el que envuelve su cuerpo: sistemáticamente se refiere a sí misma como un hombre y hasta habla como tal. Sistemáticamente se expresa en género masculino. Sistemáticamente exige a los demás que se dirijan a ella como tal. Alfred de Musset se encandila con semejante obstinación. Es un misterio; su identidad de género está sorprendentemente en línea con su sexo. Ni siquiera se trata de sexo ni de un provocador desafío sexual; a ella le gustan los hombres, no los odia. El cuerpo de Alfred de Musset sube de temperatura con la curiosidad. Arde la estufa.

Madame rechaza tenazmente el rol tradicional en el vestuario, en el comportamiento, en la forma de expresarse. No interpreta a la mujer predecible del teatro clásico con sus accesorios, vestidos, réplicas, insinuaciones y apuntes prescritos. Le gusta el teatro experimental; se autodirige de un modo estupendo. Fuma y juega con los hombres al tarot y al *whist*, un juego de naipes para cuatro personas. En su caso, para tres jugadores y una jugadora. En público fuma no sólo cigarrillos, sino sobre todo puros y narguiles. Alfred de Musset enciende una cerilla. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Johana Rottová es la futura escritora checa Karolina Světlá. Es diez años más joven que Božena Němcová. O no. En 1850 le escribe con tono patético a Božena Němcová: «Nos deleita la bendita esperanza

de que no olvide visitar a la familia Rott cuando la reciba a usted la antigua Praga».

El profesor a domicilio Petr Mužák es el prometido de Johana. Ya conoce a Božena y a su marido; se los encontró en Liberec. En la familia Rott, Božena Němcová tiene el sobrenombre de *cuentista*, lo cual significa en la literatura checa una señal de respeto. En el fondo, sin embargo, Johana desprecia a Božena y adopta una actitud condescendiente en su rol de consejera.

No es lectora suya. Es una consejera segura de sí misma. Le escribe una carta a la *cuentista* y le asigna una tarea. De índole patriótica. Božena Němcová debe «efectuar una acción benéfica» y escribir para las mujeres un tratado educativo sobre «la historia de nuestra querida patria». En la carta adjunta, diligentemente, dos documentos como modelo. En alemán.

Johana Rottová chantajea emocionalmente y sostiene que habla en nombre de las almas de centenares y centenares de muchachas. Afirma que esas pobres jóvenes checas están sufriendo mucho porque la historia de su amada patria ha permanecido inaccesible para ellas. La amable Johana no ofrece, sin embargo, ninguna remuneración. Božena debe sentirse reconfortada por el hecho de hacer una buena acción. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Es enero, el invierno se cuela en los huesos y la iglesia baptista está llena a reventar hasta el techo recién reparado; las paredes están que explotan y tienen grietas. Los ojos de la congregación baptista no se dirigen al predicador. Apuntan a un hombre venerable y entrado en años que deja la iglesia con el ceño fruncido y orgulloso.

Han venido más que nada por él, implorando su atención, no la de Dios que esperará; la gente también le tiene una paciencia infinita.

El cuerpo se abre paso por el centro de la iglesia; es el primero en desaparecer de la vista y se retira con paso tranquilo y deliberado. Camina en dirección al sol, muy consciente, por supuesto, de que lo contempla toda una comunidad de hombres, mujeres y niños. Lo observan fascinados semana tras semana. Lo hacen sin pudor, como si fuera lo más milagroso del mundo que precisamente a ellos los visite el mesías con una larga capa negra. Y con la misma obstinación y falta de naturalidad sonríen. La mayoría de los niños sólo observan. Si no lo hicieran recibirían una cachetada de sus padres.

Los pasos de los mocasines resuenan en el espacio de la iglesia. Hombres y mujeres permanecen inmóviles en los bancos esperando una señal. Justo cuando el hombre se acerca a la salida y se pone el sombrero, las filas de cuerpos se levantan de los bancos duros como si se tratara de una orden. Se alinean en procesión, obedientes, respetando las distancias. El anciano nunca mete las manos en los bolsillos de su largo abrigo negro. Nunca. Ni siquiera durante las duras heladas, cuando el frío se mete bajo las uñas y en el asiento trasero del coche ha dejado olvidados sus guantes de piel de ciervo con los puños doblados.

Hoy se los pone de forma solemne; se para en la puerta con dramatismo. Se pone los guantes de forma metódica. Cada movimiento supone una ceremonia deliberada. Se pone los guantes de boxeo. El mundo es un cuadrilátero de boxeo. Extiende los dedos dentro de la piel de ciervo y luego aprieta el puño hasta hacer crujir los nudillos brillantes.

La gente se hace a un lado en señal de respeto. Encorvan la espalda, bajan la mirada. Evitan mirar directamente y de tan cerca a los pequeños ojos de pájaro para no quedarse ciegos. Afuera llueve con intensidad y, al mismo tiempo, nieva; irrumpen en el cielo plomizo inesperados rayos de sol. A alguien ahí arriba él le agrada y con curiosidad descorre la cortina de nubes como quien echa un vistazo a su competencia.

El cuerpo ágil de un joven se acerca a la entrada; viste una librea, un peculiar abrigo de dos filas de botones, botas altas y una fusta bajo las axilas. Abre un paraguas por encima del sombrero, abrigo, guantes y mocasines negros pulidos del hombre. Se lo sostiene servicial, aunque lo separan del coche apenas unos cuatro pasos. Hoy, en vez de los tradicionales mocasines negros pulidos, el hombre lleva zapatos negros de charol con unos detalles color beis.

El chófer espera en posición junto al coche con cristales oscuros. Tan pronto como recibe la señal del cuarto paso del señor, abre con una precisión de segundos la puerta trasera. De la visera de su gorra sobre su cara inmóvil chorrea una cortina de lluvia y rebotan las gotas de agua. En esas gotas se derriten los copos de nieve. Frente a la iglesia bulle una bóveda de paraguas extendidos. Las setas mojadas desfilan por la ciudad. Rodean la iglesia esperando a la estrella.

El largo abrigo de John D. Rockefeller sale de la iglesia baptista y los paraguas se separan con obediencia. El anciano sale de la iglesia baptista con el tempo inalterable del paso prudente y la férrea regularidad que ha tenido desde su más tierna infancia.

Toda su larga vida.

Se marcha y sólo los jóvenes no se dan la vuelta. Cuando el señor sale de las penumbras a la luz del día sienten una inefable decepción. A pesar de su abrigo caro, sus guantes, su auto y el escaso cabello cuidadosamente peinado es un viejo terco. ¿Se trata sólo de eso? ¿Una leyenda del siglo XIX? ¿No se estarán engañando a sí mismos? ¿Será realmente él? Sí, ya. El tren viene, el tren va.

A George Sand le encanta trabajar. Lo que más le gusta es hacerlo en absoluta soledad. Le gusta sentarse sola en el pequeño salón violeta. Le gusta pensar sin constantes interrupciones. Esa clase de soledad por la que tanto ha luchado. Para las grandes creaciones la soledad es imprescindible. Incluso en un sentido más amplio. El camino hacia otra persona supone atravesar la experiencia de esa clase de soledad interior. Y es requisito de la verdadera comunión. Quien sin cesar *tiene que* permanecer cerca de la gente no encontrará el verdadero yo ni en los demás ni en sí mismo. Pensamos que sabemos quiénes somos, pero ¿quiénes somos en realidad? Sólo aquel que logra vivir en soledad es capaz de descubrir a los otros, de apreciar el milagro del encuentro. Sólo el «yo» desnudo puede apreciar el «tú». Y soledad no significa estar solo. No es para cobardes.

Da un portazo tras de sí. Más y más pisapapeles de cristal brillante retumban contra la mesa pulida. Alfred de Musset adora las coincidencias, la espontaneidad de los arrebatos, la inspiración repentina, las situaciones límite, los accesorios románticos, el

espacio, las sorpresas; llega sin avisar y suele ponerse de muy, pero realmente de muy mal humor. Crece el número de páginas escritas por la mano *de ella*. Al mismo ritmo aumenta la cantidad de botellas de vino y absenta que ingiere el cuerpo *de él*. Alfred de Musset se pasea nervioso por el despacho de hombres que la mano de dragón ha reservado para él en su apartamento, un espacio arreglado y decorado con muebles de caballero a medida, juego de comedor dorado, desnudos femeninos, kit para fumar, mesa de billar con paño verde chillón y una barra para que no le duela la espalda al escribir.

Alfred de Musset se emborracha con determinación. Su nerviosismo crece y no entiende cuál es la causa de su nueva inquietud. Teme la verdadera razón de manera insconsciente.

La criada corretea por el apartamento recogiendo botellas que han rodado hasta un rincón como si fueran calcetines desechados de hombre. Al principio había sido contratada para una asistencia pasajera en París hasta que mejoraran las tensas relaciones de la baronesa con la familia del castillo de Nohant, hasta que los familiares dejaran de avergonzarse de su Madame, hasta que dejaran de sentirse ofendidos y enviaran a París a su propia doncella. La criada temporal proviene de Austria, o más precisamente de esa parte de la monarquía austríaca llamada Böhmen. Es una criada confiable, minuciosa, sistemática, ideal para las tareas cotidianas, que además cuenta con algo de educación y enriquece el menú con crepes y bollitos de requesón que sirve a Madame en mitad de la noche junto con una taza de café caliente, leche o chocolate, lo cual constituye un consuelo no verbal. Sin embargo, durante los acalorados dramas amorosos y peleas que no

escasean en el hogar de la orgullosa Madame, cae bajo los efectos de la ansiedad, la tensión y el pánico. Fue contratada por recomendación de sus anteriores patrones de Viena; la desecharon como un paquete de mercancías dañadas. Había sido institutriz de una familia noble de Viena, la señora de la casa necesitaba deshacerse de un vergonzoso cuerpo embarazado, necesitaba exterminar las pruebas de la manía sembradora de su esposo. La concupiscencia del señor no importa, sí su evidencia; del embarazo tiene la culpa la criada.

George Sand es liberal, una mancha así en su currículum no la perturba. Al contrario. A ella le divierte y ambas se ayudan mutuamente en momentos difíciles. Cinco meses después de su llegada a París a la criada se le retuerce la cara, gime de forma estridente, se agarra el vientre con las dos manos y el dolor repentino la hace caer de rodillas. Madame comprende, levanta a la criada en brazos y la lleva a la otra habitación. La Criada Checa da a luz en el apartamento de Madame y esta encuentra un refugio para su ilegítimo descendiente. No en el campo sino en el seno de una sólida familia de ciudad. Intuye acertadamente que la criatura tiene sangre azul. Como ella.

La criada aprende muy rápido. Se comunica en francés. Pero no lo suficiente como para contar chismes de la cocina y el dormitorio sobre la extraña señora con botas a la prensa sensacionalista francesa. Sus fornidos brazos barren los suelos y sacuden las alfombras con vigor. El suelo del comedor lo friega una vez a la semana con un cepillo de cerdas duras, como acostumbran en su casa de campo natal, donde su madre, esposa de un herrero, la entrenó de forma estricta.

Ahora se balancea con fuerza. La escoba de abedul desaparece bajo la mesa y hace ondear el voladizo del mantel de terciopelo rojo. Desde esa cavernosa oscuridad barre con vigor los huesos de pollo que los exultantes invitados tiran sin rodeos debajo de la mesa. La noche anterior Madame había recibido a una compañía artística. Las ramitas de abedul silban, la escoba se engancha con algo en el suelo, opone resistencia, se arquea. La criada siente a sus espaldas cómo el pesado cuerpo del señor, empapado en alcohol, está dejándose caer en el diván. No se da cuenta de que sus hirientes palabras no están dirigidas a los oídos de alguien en particular, su voz borracha sólo precisa quejarse ligeramente al mundo.

«¿Me quiere o no me quiere?»

«La verdad es que no tengo ni idea, señor.»

«Me quedo. O mejor me largo.»

«Como usted desee, señor.»

«Los dos hemos estado trabajando desde la mañana. Todo el día. Y al final tengo sobre la mesa diez versos y una botella consumida de aguardiente.»

«No es sólo una, señor.»

«Así es, no es sólo una.»

El cuerpo de Alfred de Musset lanza un suspiro orgulloso. Una mano se estira hasta la botella medio vacía y rellena la persistente copa.

«Tu señora en el mismo lapso de tiempo escribe medio libro y apura un litro de leche.»

Alfred de Musset mira con atención los tobillos de la criada presuntamente ocultos bajo la falda. La Criada Checa siente que el caballero espera alguna reacción. Su cabeza está nublada pero al fin

balbucea una extraña frase que le había dicho en Viena una experimentada sirvienta. Toma tanto amor como el vino que bebe una persona sobria. No te conviertas en un borracho.

«Tome tanto amor como el vino que bebe un hombre moderado. No se convierta en un borracho.»

La Criada Checa se asusta de su propia estupidez, ha conectado mundos incompatibles; el cuerpo ha escupido su propia experiencia. El caballero presta atención, se levanta de un salto buscando un papel.

«¿Qué has dicho? ¿Puedes repetírmelo?»

Los dedos de la criada están enrojecidos e hinchados por el trabajo duro. Los panecillos laudados abrazan perplejos la escoba. A la criada no se la puede convencer de dejar de usarla. Sus ojos no pueden desprenderse de las ramitas dobladas, del montón de huesos agrisados, del remolino de polvo. Su mente no sabe de qué está hablando el caballero ni cómo complacerlo. Agradece que el señor Alfred de Musset, a diferencia de otros caballeros, no se saque las ganas entre sus brazos cada noche sin preguntar y de forma ruda y automática.

No la asusta la ronquera de una voz masculina borracha, sino las apariencias desconocidas de su patrona. Eso sí que la asusta. Madame fuma puros, habla alto, grita a todo pulmón, se ríe de tal modo que la gente se detiene en la calle, interrumpe a los hombres al hablar, juega a las cartas, lleva pantalones. Cosas que no corresponden a una mujer. ¿Cómo se supone que respetará a su nueva señora? Debería haber permanecido a salvo, a pesar de la horrible marca en su frente y la vergüenza de su cuerpo, debería haber continuado sirviendo en la casa de Viena, donde hay orden y

método, confesión y misas católicas los domingos. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien*. Allí la llamaban por su nombre, Rózina. Madame la llama *Tchèque Servante*, la Criada Checa. Como si fueran su nombre y apellido. Sí, ella tuvo un traspié pero nunca tocó fondo. Como las suizas. En la monarquía austríaca quienes trabajan de prostitutas son, sobre todo, las suizas, tremendamente pobres, lo más bajo de la escala social. Las suizas son la escoria y se las reconoce por el acento. Tan bajo ella nunca ha caído.

El borracho Alfred de Musset anota sus frases, deja de balbucear y se queda dormido. Ronca con la boca abierta y una telaraña de baba en la comisura de sus labios. La Criada Checa se persigna. Rápidamente y cuatro veces seguidas. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Alfred de Musset ronca en el diván y el cuerpo de Barbora Panklová atraviesa la pubertad. O no. Amanece y ella está de pie en la orilla del arroyo. Se pone de cuclillas. Sumerge las manos en el agua helada y se enjuaga la cara. El arroyo le habla; se recoge la falda y sus pies descalzos entran en la corriente. Levanta los ojos al cielo que brilla con colores pastel azul y rosa. Se baja la falda que se traga el agua y se vuelve pesada. Los dedos de sus pies acarician el barro. Sabe que nunca volverá a vivir este momento. No revivirá ni uno solo de los días. La voz de su abuela corta el aire.

«¿Por dónde andará nuestra Barča loca?»

La voz igualmente aguda de la madre resuena.

«No lo sé, bastantes preocupaciones tengo ya.»

Qué te dije, ella siempre tiene tiempo de sobra. Anda por ahí deambulando en sus enaguas como la salvaje Bára.[1] ¡Muy bien la has educado!

Barbora Panklová se acerca rápidamente a la orilla y extrae un tesoro del pañuelo que ha traído: una cáscara de nuez con una vela. La enciende y envía el fuego río abajo. La mano acaricia, por última vez, el agua cristalina que no puede encender. Vuelve a casa descalza, corriendo con sus enaguas empapadas. Se pone frenética y salta la valla. Se oye el ruido de la tela al desgarrarse. Barbora Panklová examina con espanto su falda, que está hecha un andrajo. Se arrastra cautelosamente bajo la ventana de su casa. Gatea conteniendo la respiración.

«Barča, loca, mira lo que pareces.»

Las viejas manos arrugadas no acarician el hermoso, largo y negro cabello de la niña que es su nieta. Barbora Panklová no sabe que es esencialmente independiente; para eso no necesita discursos, naipes, un puro ni pantalones de hombre. La mente está ansiosa, la vida es una promesa sin fin y sí, sí, sí, sí, será una polka feliz. La desconcierta un poco no tener, de un día para el otro, la misma libertad que los chicos del pueblo y sus hermanos. Ellos pueden elegir la orientación de sus juegos y hacer carrera. Su papel en la vida está limitado y estrictamente definido por la Iglesia católica. La misión de la mujer es ser esposa y madre. Su deber sagrado es casarse y tener hijos. No es el deber del hombre. Por el momento, no es algo que le asombre, por el momento no considera ridículo y monstruoso que la conservación del linaje sea supuestamente tarea de la mujer a pesar de requerir de ambas partes. Por el contrario, sueña con los ojos abiertos; ansía al hombre que se la lleve. Que la

salve. Pero ¿ante qué y de qué? Su nombre es el futuro. Y el futuro de una niña en el siglo XIX llega en un caballo blanco.

No considera ni conoce otra opción de vida. El hombre sin rostro de sus sueños es la esperanza. La esperanza es un árbol de navidad en el que el alma cuelga sueños, ternura, deseos, ideales ingenuos. La punta del árbol señala al cielo. Desaparece entre las nubes.

Los ojos del administrador se le pegan al cuerpo. Sí, ya, el tren viene, el tren va.

En la familia Rockefeller prevalecen un método estricto y un orden rígido. Cada miembro del clan sabe perfectamente lo que el día y la noche esperan de ellos. Los días se fraccionan en períodos fijos para despertarse, comer, estudiar, rezar, trabajar y dormir. El sueño llega al filo de las diez de la noche. Y no existe la excepción.

A través de la ventana se oyen las risas de los vecinos y los chillidos de los niños exaltados; están despiertos, celebrando con los adultos la llegada del nuevo año. Pero él no tiene permiso para salir de la habitación. Y ni siquiera puede acercarse a la ventana; aun así el pequeño John D. Rockefeller se levanta sin hacer ruido. Se agacha junto a la ventana y su miedo no respira. Observa los reflejos de las luces en la pared. Oye los gritos de los niños y los de los adultos. Y, entre estos, las voces de sus padres.

«Normas son normas», exhala con agobio su mamá mientras deja la escoba de abedul, se seca el sudor de la frente y se masajea su enrojecida e hinchada palma de la mano. Todo el tiempo le está dando una paliza de las buenas. Él ha suplicado una excepción de Nochevieja, pero a su Jesús no le agradan los ruegos y quejidos.

No extraña los maliciosos juegos del pilla-pilla y el escondite a medianoche. Tampoco envidia los fuegos artificiales. Los juegos con los otros niños son para John D. Rockefeller negocio puro. Los negocios son un mundo ordenado. El único que puede tener bajo control y el único en el que siente poder.

Había planeado vender a los niños sorpresas de medianoche hechas de piedras del río. Para la suerte. Él mismo se había encargado de juntar y pulir las piedras con esmero. Vende la suerte como en el barrio chino se venden frases con cada ración de comida; cualquiera paga con gusto la suerte. Los clientes son procesados y preparados con antelación. Jeníček y Mařenka se han sentado en su pala.[1] A los niños más sensibles de la escuela los ha hecho llorar en el recreo. Les ha prometido que, en la víspera de Año Nuevo, los salvaría de infernales penas y remordimientos. Prometió borrarles sus imperdonables pecados del año, esos que, en caso contrario, los harían achicharrar en un infierno que se encargó de describirles con mucho color y lujo de detalles, entre los que los golpes con escoba de abedul a manos del diablo eran los menos graves.

No obstante, los salvaría con la única condición de destrozar con ganas sus alcancías y huchas de cerdito, desanudar pañuelos y paquetitos y derramar sus mugrientas monedas para adquirir con ellas su mágica piedrita de la suerte con milagrosa energía solar.

No cambia el procedimiento a lo largo de toda su vida. Cada vez que hay un evento divertido se pone a pinchar a sus seres más cercanos, metiéndose con ellos, resaltándoles sus puntos débiles. Y entonces, a cambio de un pago, él se ofrece a salvarlos. Constantemente hace gala de una superioridad que no tiene ningún

tipo de asidero. De hecho su superioridad es muy misteriosa para quienes lo rodean. Pronto, pero muy pronto, se convence de que tiene la patente sobre la razón. Por eso lo decide todo, cada detalle; incluso la clasificación y etiquetado de sus amigos y la elección de sus juegos.

«De cualquier modo, los fuegos artificiales terminarán pronto», susurra a su almohada. «Y mañana les venderemos las piedritas mágicas de la suerte. Con recargo de Año Nuevo». Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand pone cada vez más nerviosa a la Criada Checa. Y la Criada Checa necesita poder respetar a sus señores, qué orden sería ese si no. Madame se abre paso por París sin ninguna compañía. Ha salido a pisar el espacio vital de la gran ciudad con el enérgico paso de sus botas de hombre. El zapatero se las confecciona a medida; está claro que los pedidos y el talego de la baronesa no se rehúsan, pero él se resiste tanto que la lezna permanece largo tiempo sin tocar.

Su paso implacable pisotea meñiques y callos. Su paso se asienta firmemente en la confianza en sí misma y en su lenguaje. Adoquina el camino que recorre. El adoquinado es el respeto. Madame no advierte a nadie.

Los obligará, los educará, se acostumbrarán. Se acostumbrarán los familiares, los amigos, los colegas, la sociedad. Se acostumbrarán y lo que es aún más importante: la dejarán en paz porque empezarán a temer a su pluma. Tan pronto como George

Sand se asegure de que se han acostumbrado a ella, ya no necesitará zapatos ni trajes de hombre.

Volverá a ponerse ropa de mujer. Su entorno no la ignora, su entorno percibe su obstinado talento. La envoltura del cuerpo ya no le interesará. No tendrá que desplegar un plumaje ajeno y fingir que sabe usarlo.

Su cuerpo es capaz de dominar la transición, así que, para variar, la escritora se dejará fotografiar con un vestido de seda y retratar con una flor en su espeso cabello, negro y suelto. Encuentra el sentido de la vida en la escritura. Está poseída por la escritura. La escritura, no la literatura.

Establece una cuota diaria de páginas. También un límite de tiempo. Como sus colegas hombres. Sólo que no monta una fábrica. La obrera única se sienta sola ante la cinta transportadora de papel y sola completa con satisfacción el contenido de las páginas hasta alcanzar su objetivo. De lo contrario, no se levanta de su escritorio ni del papel amarillento con reflejos del empapelado color violeta. La luna es la protectora de las mujeres y el sol el protector de los hombres. La cuota diaria de palabras es un jefe severo. Ni siquiera la llegada de un nuevo estado en su vida cambiará eso.

Segunda parada ferroviaria

La marca prejuiciosa

Están atrapados en un paraje infértil. En un paisaje desértico, en el traicionero estrecho entre un pasado y un futuro mitificados. El círculo de patriotas checos que rodean a Božena Němcová llevan los ojos vendados y, en las manos, pintas de cerveza con espuma. Ella no se siente disidente y los ojos de ellos bajo las vendas sólo se centran en lo suyo; la llama de lucha se mantiene viva gracias a un lejano y cansado enemigo sobre el que circulan leyendas. El enemigo se llama Viena.

Los mayales golpean las espigas trilladas. Repiten las frases huecas y eternas de los patriotas del mundo sobre la grandeza. Sobre la grandeza de su propia nación, la grandeza de su historia, la grandeza de su preciada patria, la grandeza de su sin par cultura nacional. Todo patriotismo es un modo extraño y peligroso de superioridad que conduce al nacionalismo y al chovinismo. El patriotismo es un tipo de indiferencia. Corren las cortinas y no les interesa lo que les ocurre a sus vecinos. No les importa lo que ocurre más allá de su huerta. Terminan de crear mitos hace mucho tiempo desvanecidos y luego buscan sobre la marcha una justificación para ello. Inventan la mitología eslava. Los nacionalistas falsean antiguos manuscritos.

Su siglo XIX no sabe que el tren puede ir en otra dirección; mostrando no las diferencias sino las raíces comunes. Quizá a través de obras de arte de todos los tiempos y naciones. Sus esperanzas están puestas en un futuro lejano. Y el futuro llegará. Siempre ha llegado.

En el año 2019 el ministro de Cultura checo no recordará el nombre de ningún escritor de su país. En una conferencia de prensa en el edificio del Ministerio de Cultura en Praga los periodistas internacionales le facilitarán la tarea con una pregunta sencilla: «¿Podría nombrarnos tres escritores checos contemporáneos que le gusten?»

El ministro se pone rojo, tartamudea, transpira. Su ayudante se acerca con un teléfono móvil, accede a internet, busca desesperadamente, murmurando algo. El ministro ni siquiera es un funcionario profesional. No dice, mire, a mí me gusta sobre todo la literatura checa clásica, por ejemplo Božena Němcová. Se queda pensando y se le ilumina la cara.

«Claro, sí, por supuesto. Hace poco he leído un libro. Muy interesante. Lamentablemente no me acuerdo del nombre del autor ni el título del libro. Pero es un bestseller porque ha sido llevado al cine. Transcurre en el Louvre y ...»

Una voz incrédula resuena desde el público.

«*¿El Código Da Vinci?* ¿Dan Brown?»

«Sí, sí, sí, sí.»

El ministro de cultura checo del siglo XXI es un patriota y resplandece.

«¡Sí!»

Cada cual tiene sus propios problemas. John D. Rockefeller contrata a un joven obstinado, pecoso y pelirrojo de Irlanda. Tiene el deber de dar cuerda al reloj. El chico irlandés controla la hora exacta de los relojes de pared en las oficinas y en los interminables pasillos y plantas del rascacielos. Contrasta las agujas de los relojes de cadena, los de bolsillo y, más tarde, los de pulsera en las muñecas de todos los empleados de Rockefeller. Es un puesto honorable y de mucha responsabilidad. Su cabeza irradia una luz rojiza, su estómago está lleno y sus leales ojos vigilan con fervor los engranajes ajustados de las máquinas y de los cuerpos. Sus oídos escuchan con atención lo que susurran los empleados.

Los diligentes y leales jóvenes son elegidos por John D. Rockefeller entre famélicas familias de inmigrantes recién llegados. Él mismo los examina. Con intensos dolores de parto, el siglo XIX alumbra una frase que se convierte en máxima y timón de la época. El tiempo es dinero. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya. John D. Rockefeller engalanará la frase diciendo que *su* tiempo y *su* vida son dinero.

Ninguno de los empleados abandona su escritorio antes de tiempo; después de la jornada se procede a la limpieza.

La atmósfera general cambia y el ambiente corporativo se tensa por la mañana, tan pronto como las agujas del reloj dan las nueve y cuarto. En un ambiente crispado todos tienen la sensación de que incluso las agujas del reloj se han quedado paralizadas en posición de firmes.

Las nueve y cuarto es un punto de inflexión; a los empleados se les acelera el corazón y contienen la respiración. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya. El corazón les late al ritmo de las agujas del reloj *de él*.

Las nueve y cuarto es una espina clavada en la piel de cada uno de ellos; cala en su memoria con una profundidad mayor a la de la hora de su propio nacimiento, la del de sus padres, hijos y esposas, cala más profundamente que esas trilladas palabras clave que son, por ejemplo, mediodía y medianoche.

Cuando dan las nueve y cuarto se abre el portón principal. El toque de las nueve y cuarto anuncia la llegada de Rockefeller. Al dar las nueve y cuarto ingresa en el edificio el cuerpo con un largo abrigo negro.

Sus pulidos mocasines negros se encaminan deliberadamente al control aleatorio de varios de los despachos. La respiración de los presentes se acelera hasta tal punto que se quedan sin aire, sus labios se fruncen. A través de los pasillos resuena el crujido de sus zapatos y en sus sienes se oye el palpitar de la sangre que bombean sus asustados corazones. Sus mocasines relucen en un venerable color negro. Cada mañana, en ese momento exacto, el negro resplandor ingresa en la sede de la compañía Standard Oil de Cleveland, Ohio. Sus sólidos zapatos hechos a medida dan la impresión de estar reforzados con hierro.

Cada uno de sus pasos va clavando en sus cabezas palabras como disciplina, aplicación, obediencia y una frugalidad que raya la avaricia. Las palabras son clavos incrustados en la mente. Sus mocasines transportan el cuerpo de un profeta puritano con una misión visionaria. Tiene la capacidad de revisarlo todo con ojos de pájaro a la velocidad de un ave rapaz. Sus zapatos no cargan el lastre de la gravedad; los mantiene a flote la determinación introspectiva y la confianza interior de los depredadores. Una voluntad inquebrantable quiere homogeneizar y controlarlo todo,

pero absolutamente todo, a su manera. Como su compañía. La compañía es una secta y su gurú es omnipotente. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El *affaire* amoroso de George Sand se ha estancado hace tiempo. La relación madura y adquiere los tonos pastel de un fructífero verano al sur de Francia. El fugaz flirteo sexual da paso a la intensa convivencia de dos escritores. Alfred de Musset se apasiona cada vez más por resolver el enigma de esa extraña alianza. Con todas sus fuerzas lanza a la Criada Checa botellas vacías y frases crípticas.

«Ya no hay nada de lo que había. Todo lo que vendrá aún no está.»

Alfred de Musset rastrea las palabras para describir los colores de una variedad de amor hasta el momento desconocida. Ambos esperan que su incomprensible irritación desaparezca pronto. Incluso la Criada Checa; su cuerpo es un cianotipo, su piel está azul de tantos moretones.

George Sand considera que un rotundo cambio de entorno debería contribuir a calmar los nervios y atraer la armonía. Deciden ir en invierno a Venecia sin buscar allí la muerte.

A Barbora Panklová le gusta acariciarse con el agua y rezarle sólo a ella. En verano se larga al estanque ya al amanecer para bañarse desnuda. Siempre lleva consigo las cáscaras de nuez con velas robadas y lanza la llama al mundo. Se tumba junto al agua, dejando que el agua y la arena fluyan entre sus dedos. Nada y a veces se

sumerge. El agua es su amante. Y camina hacia la escuela bordeando el río.

Garabatea letras en una pizarra. Le empieza a tomar cariño al administrador de la duquesa Kateřina Zaháňská. Se llama Augustin Hoch, es un buen amigo del padre de Barbora Panklová y el hombre más cultivado de todos los funcionarios de los alrededores. Mantiene una biblioteca verdaderamente bella. Desde agosto de 1830 Barbora Panklová pasa mucho tiempo con la familia del administrador del castillo de Chvalkovice. Lee y lee y lee y lee. Incluso literatura alemana de espíritu romántico. Recorre pasillos oscuros con una vela encendida mirando sin miedo a su alrededor. Su llameante silueta desea asustarse.

Saborea los libros. A la niña le permiten oler la educación. Se encuentra en el país de las maravillas. Su mirada se eleva hacia las estanterías repletas de libros. A Augustin Hoch le gusta mirar ese cuerpo que lee para él en voz alta al atardecer.

«Entonces, Betty, ¿le gusta?»

A veces, en silencio, se abre la puerta a sus espaldas y se les unen un meritorio y un viejo escribiente. No escuchan; cuentan los suspiros de la chica. A la misma hora del día se repite otro ritual. La puerta se abre y el rostro de la señora Hoch palidece de celos, su piel tiene el color de la aceituna.

«¡August!»

Tiene el pelo cano y una paciencia enfermiza.

«La comida está servida.»

El señor de la casa hurga en la comida y su mujer lo observa con pesar. Barbora Panklová come con hambre. El señor de la casa se

levanta y abandona la mesa. Al pasar junto a Barbora Panklová le pone una mano en el hombro, presiona y la desafía con picardía.

«Cuando tenga tiempo venga a leerme también a la tarde».

Al marcharse él se produce un silencio incómodo y a la señora Hoch se le llenan los ojos de lágrimas; recoge la mesa y la vajilla se vuelve borrosa.

El sol brilla, Barbora Panklová se pone a saltar entre los jardines del castillo y compone un ramo azul. Una mariquita en una hoja de ortiga. Una abeja en el cáliz de una flor blanca. Y sobre todo el cielo y, en él, nubes repletas de un azul de todos los tonos. Pasa un jardinero con pesadas regaderas en las manos. Lleva un ancho sombrero de paja y se detiene. Le sonríe.

«¿Vienes a ayudarme?»

Barbora Panklová no vacila ni asiente.

«¡Voy a la biblioteca!»

«Puedes dejar aquí algo de recuerdo.»

«¿Qué?»

La mano afanosa del hombre le mete algo en su palma. Barbora Panklová abre el puño. En su palma hay judías. Escucha desconcertada una voz carrasposa. El jardinero la lleva al parterre y se pone de rodillas. Barbora lo imita. Ambos tiran la semilla al hoyo recién cavado. Las manos de la niña echan tierra encima. Las manos del hombre se unen removiendo la tierra, bajo la cual desaparecen incluso las blancas y delgadas palmas. Su voz se aclara y se suaviza de repente.

«Me pregunto si volveré a verte cuando crezcan.»

La bolsa de delicias intelectuales le es apartada a Barbora Panklová con la misma rapidez y tan inesperadamente como el

pequeño John D. Rockefeller anuda deprisa, frente a sus hermanos hambrientos, una bolsita de tela repleta de dulces duros de la iglesia con glaseado de los que se ha privado durante meses, conservando y metiéndolos con avidez en la bolsa.

Le cierran en las narices el portón de la biblioteca. Puede estar en ella desde los diez hasta los trece años a cambio de quitarle el polvo. Los ojos negros e hipnóticos del hombre la aman. La aman ferozmente brillando en la noche. La diferencia de edad de varias décadas entre ellos aumenta el estremecimiento interior y la idea de placer perverso. La mente del hombre enloquece al ver el cuerpo de la ninfa inclinado sobre un libro. El hombre aún se contiene porque sabe que sólo los sueños son impunes. Los sueños no son pecado.

Corre el año 1833, Barbora Panklová salta entre los jardines y George Sand publica una novela en París. Su voz insolente repite que el modelo de vida sin matrimonio y familia puede y debe ser una opción para ambos sexos. Se atreve a decirlo en voz alta. La revolución se llama *Lélia*. Barbora Panklová vuelve a casa, a Ratoborschitz.

Quieren casarla cuanto antes. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Hasta el cuerpo de John D. Rockefeller necesita de vez en cuando refrescarse y recuperar fuerzas. Se permite pausas regulares para hacer ejercicio: se embarca en expediciones inesperadas y rutas rápidas detrás de las espaldas inclinadas y rígidas de sus contables. Él no los percibe. De la especie humana sólo es sensible a los individuos ricos y a las familias ricas, es decir, a los depredadores que lo amenazan. No le importa qué idioma hablan y si son o no

patriotas. Entiende la pertenencia a la riqueza como una prejuiciosa marca positiva. Y hace tiempo que ha olvidado su primera identidad, su antiguo yo. Es un hombre, así que carece del cambio de nombre impuesto que pudiera recordarle su antiguo yo prematrimonial. Su cambio de nombre es voluntario. Es dueño de sus decisiones.

Las camisas de repuesto se apilan, almidonadas y planchadas, en las cajas bajas de cartón o en los maletines cuadrados de los encorvados contables. Tan pronto como la mirada del jefe hace transpirar su camisa de la mañana, los cuerpos sudorosos se cambian a toda velocidad en los aseos. La mirada del jefe siempre los hace sudar. El escalafón social y el salario también son una marca prejuiciosa. Los contables no sólo se enjuagan la cara con agua helada y las axilas con agua caliente, también se refrescan las sienes, se visten y recobran la respiración. Sus manos temblorosas dejan correr el agua entre los dedos, se abrochan los gemelos con el emblema de la compañía y se peinan la raya. Algunos se encierran en el baño y se toman un dichoso respiro de diez minutos; levantan los pies, apoyando las plantas sobre la puerta cerrada para que las puntas de los zapatos no los delaten. La duración de la pausa es limitada.

Las bocas resecas sostienen que los estrechos ojos de pájaro en su cara pálida y vacía cuentan con una honrosa habilidad: la de capturar entre las cifras cualquier unión sospechosa, infidelidad, relación ilícita, desviación, esquizofrenia, detalle y perversión. El cálculo inteligente reside en los pequeños ojos de pájaro y el cuerpo no les interesa. Sus ojos se detienen en las espaldas de los empleados; el depredador ve, no sólo adelante, sino también a derecha e izquierda, y sobrevuela los números. Ve largas columnas

de formidables cifras. Ve un lenguaje secreto. Detecta el más mínimo error. Los números son sus amantes.

Alfred de Musset no se comprende a sí mismo. No puede evitarlo, George Sand es indescifrable. Cuanto más sabe de ella, más bruscamente se le escurre entre los dedos como una anguila resbaladiza. Como el agua. Renunció a las libertades que entendía. Ya no anda buscando más vecinas bonitas ni criadas. Se ha decidido por la certeza «independiente» que, de repente, le resulta ajena. No esperaba que la certeza adquiriera forma de espera y de su propia adaptación. Ese es el rol corriente de las mujeres, no de los hombres.

«Los hombres son mentirosos, inconstantes, falsos, hipócritas, canallas, engreídos y malvados. Las mujeres son mentirosas, presumidas, entrometidas y están llenas de altivez.»

Intenta complacerla con frases literarias, pero George Sand no acepta un reconciliador apretón de manos. Sólo alza las cejas con asombro.

«¿Sí?»

«Y sin embargo en el mundo se da la unión de esos seres imperfectos, masculinos y femeninos.»

«¿Sí?»

«Y nuestra conexión está a un nivel aún más alto. Es artística.»

«¿Sí?»

Alfred de Musset reúne material para sus bocetos pornográficos. El trabajo no lo salvará. Por primera vez en su vida siente celos. No de los cuerpos de otros hombres; ambos toleran y hasta conversan de

los placeres fugaces y los amantes ocasionales de una noche de excitación que acumulan a lo largo de su relación abierta. Se sienten la marquesa de Merteuil y el vizconde de Valmont, aunque a diferencia de esos nobles libertinos no hacen daño a nadie, sólo reparten placer; una refrescante copa de vino blanco en medio de una noche de verano.

Siente celos de su escritura. George Sand ni siquiera intenta fingir que su cuerpo respira sólo para él, que en su corazón y en su universo está en primer lugar. Alfred de Musset no necesita una socia intelectual, necesita aprecio y admiración; el resto se lo proporcionará su intelecto creativo. No se trata de una dependencia mental sino emocional; necesita a una persona que lo anime, lo consuele, lo escuche y lo alimente a nivel emocional.

Alfred de Musset está fuera de control. Empezará a provocar de una nueva manera. Ya no de un modo juguetón, sino obstinado y renuente. Discute. Su voz reemplaza argumentos lógicos por los reproches ofendidos de un chico inmaduro. Arroja su preciada porcelana de Meissen. Lanza pisapapeles de cristal como balas de cañón contra las paredes violetas. La menor excusa es buena para alimentar su iracundo monólogo. Sale del apartamento enfadado, da ofendidos portazos, corre frenéticamente por las escaleras, choca de forma grosera con la gente. Cuando llega a la acera de su casa, un carruaje se detiene allí mismo. Mira hacia atrás. La casa parece hundida en la oscuridad. Antes de que su cuerpo gire por la esquina, al final de la calle, se vuelve por última vez. No, Madame no corre tras él con lágrimas en los ojos, no implora, no se disculpa, no se le cuelga del cuello, no escribe cartas llenas de humildad, no envía a por él a la asustada Criada Checa.

Apacigua su ira con alcohol amargo. Ahoga en la copa la santísima trinidad. Ira, celos, envidia. Una forma inesperada de la humillación se diluye en el cálido abrazo de unos cuerpos regordetes de los que esta vez Madame no tiene ni idea. Los cuerpos pertenecen a unas putas experimentadas, envejecidas y callejeras. Alfred de Musset les separa con fuerza los muslos, amasa su carne, los golpea desesperadamente durante el resto de la noche mientras se queja de Madame. Su favorita es la de pelo rojo oscuro. Rojo castaño. Ni rojo fuego ni rojo frambuesa. Le tira del pelo cuyo color lo excita.

Ya no arroja botellas vacías por el apartamento, ya no ruedan debajo de la mesa. Ni las alinea sobre la cómoda como si se trataran de soldados con gargantas angostas y resecas. Tiene un nuevo deporte para aliviar el estrés. Lanza botellas a la Criada Checa afirmando que ella se lo tiene merecido; por provocar con su grotesco acento «austríaco». Su acento no tiene nada que ver con el alemán prusiano y le pone zancadillas al francés.

La ira con el tiempo va mutando. Se convierte en un fresco trozo de esa peligrosa manipulación que implica autocompadecerse. Alfred de Musset no es tonto. Es testigo de su propio fracaso. Se está derrumbando el mito del hombre capaz de domar a cualquier leona salvaje. Por la mañana entorna sus ojos nublados ante la luz del día y su dolorosa resaca.

Su imagen en el espejo es borrosa; la verdad acerca de su nuevo yo duele. Su tolerancia no es infinita como solía creer. Tiene sus límites. ¿Qué demonios está pasando? Su autocompasión clama, grita al mundo; Alfred de Musset rescata a su viejo y confiable yo que tiene un núcleo sorprendentemente conservador. Después de todo, los roles en la sociedad están asignados. La refundación de los

roles sin tener en cuenta el género lo irrita incluso a él. El género como una marca prejuiciosa.

«Mierda, ya basta. Basta con que me des el respeto que merezco. Respeto. Basta con que, de vez en cuando, me pidas consejo. Basta con tan poco, todo lo que hace falta es que seas más humilde, más leal, más amable y que tus manos se conviertan en lianas y se envuelvan en el tronco para que mires hacia arriba a donde estoy yo, basta con que seas una verdadera mujer. Y seremos felices. Por los siglos de los siglos. Amén.»

A Barbora Panklová le enseñan a hornear pan, a hacer la cama y a interpretar la Biblia. No se resiste, simplemente se encarga ella misma de su formación de modo secreto e instintivo. Los libros son sus únicos y preciados maestros y su edad le permite absorber como una esponja todo lo que agrada al alma y al intelecto. Se quema las cejas con las lenguas extranjeras, lee a los clásicos, desde Homero hasta Goethe; su talento es un pozo profundo y un día brotará el manantial. Es polifacética, intelectual innata, lectora apasionada, autodidacta.

Barbora Panklová camina junto al río y se detiene bajo un sauce llorón en la orilla cubierta de maleza. Es primavera y casi se ha olvidado de los regulares e implacables deberes de su abuela. Una ráfaga de viento sacude las ramas del sauce. Debe recoger los amentos que su abuela mete detrás de las ventanas y dispone detrás de la imagen de la Virgen María. En el campo, los clava en plantas de trigo joven para protegerlos de los truenos. Lo peor es que el Domingo de Ramos obliga a sus nietos a tragarse cuatro

amentos peludos. Para que al año siguiente no les duela la garganta. Para que los niños no tengan fiebre. Para que las pelvis de las niñas se fortalezcan y en el futuro puedan dar a luz con regularidad.

Una vez Barbora Panklová se atragantó con unos capullos peludos. Empezó a ahogarse y los terminó expulsando. Su abuela le entró a dar con un vara y una escoba de abedul; por cada brote que largaba, el cuerpo de la niña recibía un azote de la vara casera en las rodillas y un golpe de la escoba de abedul en sus dedos temblorosos.

«Y ahora de rodillas. Estira bien los brazos.»

El golpe de una escoba de abedul es más compasivo. El golpe de la vara atraviesa el cuerpo entero como una descarga eléctrica. Las faltas de los niños son castigadas por la abuela de un modo despiadado e injusto; aquí no hay discusión, pesquisa ni búsqueda de la verdad; víctima y culpable se funden en la bruma cristiana del amor al prójimo. La sádica abuela afirma que se trata de golpes amorosos; *Liebesschläge*.

Barbora Panklová arranca una rama de sauce con los brotes parcialmente florecidos. Mueve la ramita del amento en el aire como una pluma de ganso y se pone a escribir frases que inventa su mente. Sombra y sol, puntos y rayas en la superficie del agua; código morse. Se imagina que es Jesús entrando a Jerusalén y que la gente le da la bienvenida. Los saluda. Una sombra pasa detrás de un árbol. El hombre es alto.

«¿De quién eres hija?»

Barbora Panklová no le saca los ojos de encima. Arranca con rapidez las ramitas para poder ponerlas en la ventana de casa antes del Domingo de Ramos.

«¿Yo?»

«Sí, tú.»

«¿Yo? Yo soy de Jerusalén.»

No espera la respuesta del hombre y sale corriendo. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El niño se examina las manos. Alterna entre estirar los dedos y cerrar los puños. Tiene diez años y cae una lluvia espesa. Es primavera, los sauces suspiran junto al arroyo crecido y su movimiento carece de un tono ceremonial premeditado. Aún no se está poniendo los guantes de boxeo.

Está parado bajo el aguacero frente a la iglesia baptista y se lo ve inseguro.

En la iglesia baptista descubre un amor y admiración fascinantes por el ámbito religioso. Cada vez que sale corriendo ansiosamente detrás de la luz del día lo primero que siente es una explícita decepción.

Dentro de la iglesia el pecho se le hincha de orgullo, los ojos se le llenan de lágrimas y le brotan alas entre los omóplatos; hoy mismo se imaginaba entrando en Jerusalén con una multitud saludándolo con hojas de palma y su mano bendiciendo a la gente. Pero a pesar de sus orejas lavadas y su cabello cuidadosamente peinado a la luz del día no es más que un chico normal, invisible y corriente. ¿Se trata sólo de eso? ¿No se estará engañando a sí mismo?

Los adultos de su congregación abandonan la iglesia y lo ignoran. Nadie lo mira fascinado. Se chocan con él con indiferencia, o más bien sin piedad.

«¿Por qué pierdes el tiempo? Vete a casa antes de que te empapes.»

«Soy menor que usted, así que tardaré más tiempo en mojarme. Las gotas le caerán a usted antes.»

«No te pases.»

No percibe cuerpos adultos, no percibe la lluvia. Oye el sonido mecedor de las gigantescas campanas del mundo. Oye el sonido metálico de las monedas celestiales. Caen del cielo en forma de gotas. Sólo él puede oírlas. Atrapa las gotas en sus manos pero se le escapan. Se va corriendo a su casa sin fijarse en los charcos que pisotea. Está muy concentrado en ganar un dólar.

Sí, es una *iluminación*.

Se mete una mano en el bolsillo y palpa una golosina, sostiene con fuerza el caramelo duro de la escuela dominical. El de primavera es especial y está rociado por un sucedáneo del chocolate.

Es talentoso, no lo frena la moral. No distingue entre el bien y el mal. Piensa que no hay diferencia entre esos conceptos. Entiende que todo depende de *sus* intereses. Le resulta irrelevante lo que los demás digan al respecto y si hiere sus sentimientos.

Qué placer el de las primeras ganancias. Oh, sí, sí, sí, sí. Incluso el alma puede bailar la polka. Ya no se traga con avidez los dulces de la iglesia. Se contiene, los esconde. Espera. Aprovechará el momento justo y, a mitad de la semana, venderá las golosinas a sus cinco hermanos. El mago saca un conejo del sombrero. Saca las golosinas de la bolsita de tela con su debido recargo de tasa turística, las huele y chasquea la lengua.

«Me gustaría daros a probar ahora mismo, de verdad me gustaría compartir con vosotros, pero como ya os habéis comido vuestro

caramelo y ni siquiera tenéis dinero, mmmmm, entonces nada.»

Agita el dulce aroma frente a sus narices. Les provee de sabores suculentos y azucarados. Sus hermanos tragan saliva. Se les hace la boca agua, los pequeños suplican, lloran. Pero su hermano es inflexible.

«No vais a comprar, ¿no? Entonces, nada.»

Antes de las diez de la noche todos van a la cama a rezar. Justo entonces tiene la certeza de que se clavan sobre él los ojos somnolientos de todos los niños. Ante los ojos de sus hermanos ata con lentitud deliberada la bolsita de tela llena de dulces sujetándola con cuatro nudos. Y la mete debajo de la almohada.

John D. Rockefeller se queda felizmente dormido con una sonrisa en la cara. Sueña con una tienda de dulces de varias plantas delante de la cual hay una fila de niños que forman sus emocionados compañeros de toda la escuela, una fila de niños de todo el país, una fila de mocosos del mundo entero. En el escaparate de la tienda de dulces se yergue una pirámide de bolsitas de tela con su rostro bordado que, por todas partes, los brazos de los niños se estiran para alcanzar. Sólo les vende las golosinas a quienes reciben una paga alta.

En un rígido banco bajo la ventana, junto a su cama, hay una biblia. Desde el momento de la iluminación percibe a sus hermanos como competencia. No importa la edad que tengan. Compite con ellos por los elogios, por un asentimiento de su madre. Más de esa dominante reina de hielo no puede esperar. Las madres tienen en sus manos el futuro de este mundo. Todavía se muestran sorprendidas por no saberlo. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Sí, el género como marca prejuiciosa. Alfred de Musset se avergonzará de haberse dirigido en esos duros términos a Madame. No quiere oír ni tolerar frases agresivas, ni siquiera de su propia boca.

En Venecia el cuerpo del reputado y prepotente bohemio francés recibe, en este caso, el consuelo de las más caras prostitutas. Un selecto artículo de lujo para sibaritas. Va buscando cada vez más jóvenes, más jóvenes, más jóvenes, hasta llegar a la oscura frontera de los cuerpos infantiles. Es una sociedad de hombres que se extiende bajo la superficie y no son pedófilos. Hombres que violan niñas para sentir poder. El único ticket confiable para pasar a las filas de los elegidos es el cuerpo de una niña violada; tal como ocurrirá, en los laberintos de la internet del siglo XXI, con el ticket de un cuerpo infantil violado en un vídeo. Incluso padres, tíos, parientes lejanos y amigos de la familia sostienen que introducen a los niños al mundo del sexo y que a ellos y ellas les gusta. Al final de esos «rituales de iniciación» son cuerpos torturados, violados, intimidados, reducidos a cadáveres. La daga apuñala. La violación equivale al asesinato.

La mano de dragón de George Sand es fría e intransigente. No piensa cambiar a causa de Alfred de Musset. La pluma de ganso hace crujir el papel y la escoba de abedul de la criada limpia los rincones de los polvorientos palacios venecianos con la misma vehemencia con que limpiaba la sala de su rústica casa natal checa, las habitaciones de los nobles vieneses y los salones de los apartamentos parisinos. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El talento se alimenta de lecturas en la biblioteca del castillo de Kateřina Vilemína Zaháňská. Ningún infante necesita explicaciones escolares ni áridas interpretaciones del mundo. Un infante necesita descubrir. Y leer y leer y leer y alimentar el alma; sólo entonces apreciará su propia existencia. Existe otro mundo y no es menos real.

Barbora Panklová tiende la ropa y observa en el cielo azul pálido nubes grises con un borde blanco. Las fantásticas nubes se acumulan; ve imágenes abstractas y se pregunta qué tipo de universo se despliega tras ellas. Sus padres levantarán la vista y dirán secamente: «En una hora empezará a llover, recoge la colada.»

El cielo se oscurece. Truena. Barbora Panklová está de pie, totalmente mojada bajo el desaguadero, se extiende la falda para recoger las gotas de lluvia. Se desprende de la pared y va al reencuentro del agua. Se queda debajo de la cálida lluvia y siente cómo fluye y discurre la vida y cuánto la ama. Deja que la vida le llueva.

«¿Tú estás bien de la cabeza? ¿Haciendo tonterías ahí bajo la lluvia? Te vas a resfriar.»

Da un suspiro mientras su corazón anhela la capital. Se entusiasma con Viena. Nadie evoluciona en el vacío. Todas las jóvenes capaces, pertenecientes a la monarquía austríaca, anhelan la soñada metrópolis de Viena y las checas no son la excepción porque ninguna de ellas sueña con Praga. Viena es una palabra celestial; hacen rodar la jugosa manzana por el adorable paladar, pero no muerden la pulpa. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien*. Alargan el tono ya de por sí estirado que se estrecha y se vuelve

más agudo. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien*. Acarician el mantra del sueño sin fin; dejar la húmeda prisión provinciana, salir al encuentro del destino, enamorarse. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien*. Están ingenuamente convencidas de que sólo allí encontrarán la verdadera vida, la libertad, el ansiado paraíso y al príncipe del caballo blanco. Las ensoñaciones no llevan a buen puerto. Cada año que pasa, los cuerpos echan raíces cada vez más profundas y la mente se deteriora.

La experiencia de la infancia condiciona la vida futura. La época en que alguien crece y madura incide en su pensamiento. Depende del modo en que esa persona se deje influir. Para bien o para mal. La vida es la sala de espera del instante en que los sueños se vuelven realidad. Las muchachas capaces son como esos personajes de Chéjov que sueñan con Moscú y tampoco se mueven del sitio. La vida se consume, desaparece, imágenes de ciudades imaginarias se ciernen sobre nuestras cabezas como si la vida estuviera en otra parte.

La vida no está en otra parte.

Algunas parten audazmente a Viena con una espada afilada en su mente intrépida. En el equipaje llevan un machete con el que se abrirán camino en la densa selva. Sin mapas ni brújula. Combaten por el acceso a la universidad para personas con vagina. Son los trolls los que perturban el sistema. Una de ellas se llama Irma von Troll-Borostyáni. Nació en Salzburgo, habla con fluidez francés e italiano, es una superdotada en el plano musical, compone y se arriesga. Quiere enseñar música en Viena. A cualquier precio. Incluso con el riesgo de morirse de hambre. Para ella eso es más admisible que la vida en un matrimonio arreglado por su familia.

Escribe incansablemente a su querida hermana Wihelmine, que se gana la vida en Rusia como institutriz. Las cartas están llenas de interrogantes. Como si se las dictara Barbora Panklová.

«La verdad es que no me importaría morir de hambre y agotamiento. Prefiero perecer que vivir una vida vacía y sin propósito en la abnegación, en la estúpida resignación.»

Los checos y las checas acuden en masa a Viena y allí hacen carrera. Dentro de la corte imperial de los Habsburgo, es sobre todo la nobleza checa la ultraconservadora. Y tan apreciada por la familia imperial que la ven como el núcleo esencial de la monarquía. A los nobles les gusta jactarse de no haber tenido que levantar nada del suelo durante toda su vida. Y también están las cocineras, ayudantes de cocina, lavanderas, criadas, mozos de labranza, lacayos. Ese es su lugar, claman los patriotas vieneses. Esas mismas carreras son las que los checos les permitirán seguir a los ucranianos en el siglo xxi, las mismas que los ingleses permitirán a los polacos, los suizos a los checos, los árabes de Catar a los malayos, las mismas que... Y por las calles resuena el sarcástico y eterno estribillo: ese es su lugar. La pertenencia a una nación (pobre) como marca prejuiciosa.

Tercera parada ferroviaria

La cruda helada

A John D. Rockefeller su querida e intransigente madre lo instruye en el método y el orden. Es inflexiblemente ahorrativa; cuida hasta el último centavo. También es profundamente religiosa. Repite cuatro veces cada oración y extiende en monólogos sus propios salmos cantados.

«No metas tus mugrientas garras en los bolsillos, pichón, sé que la helada es cruda pero estropearás la tela de tu único abrigo, los bolsillos se abultarán, las costuras se aflojarán, no voy a comprarte uno nuevo y la tela remendada se ralea muy rápido, échate aliento sobre las manos, Dios te dio un aliento cálido, así que no dejes de aprovecharlo porque es gratis, no metas las manos en los bolsillos, sé que la helada es cruda, pero...»

Las manos del niño de cuatro años no hacen caso; el miedo al frío es mayor que el miedo a la voz castigadora de mamá. El frío se mete debajo de las uñas, duele y dolerá aún más cuando en casa los dedos congelados se sumerjan en agua caliente.

Las manos diminutas se dirigen al cálido refugio y se acurrucan en esa guarida caliente.

«Conque no obedeces. En casa irás al rincón.»

Por cada minuto que el cuerpo del niño deje las manos metidas en los cálidos bolsillos de su abrigo le espera un azote de vara sobre sus rodillas y otro sobre sus dedos morados.

«Y ahora de rodillas. Y estira bien los brazos.»

El golpe atraviesa el cuerpo entero como una descarga eléctrica. Las faltas de los niños son castigadas por la madre de un modo despiadado e injusto; aquí no hay discusión, pesquisa ni búsqueda de la verdad; víctima y culpable se funden en la bruma cristiana del amor al prójimo. Los golpes de la vara y los de la escoba de abedul con que la madre limpia los viernes los rincones y deshace las telarañas se clavan en la espalda del niño, año tras año, los principios de la dura disciplina, el autocontrol y el orden.

Saca a golpes de su cuerpo cada gramo de empatía y asomo de emoción. La sádica madre afirma que se trata de golpes amorosos; *Liebesschläge*. Al final de cada ritual de castigo siempre se pone a entonar la canción devocional «Wär Gott mit uns in dieser Zeit». Todos los niños deben unirse como si se tratara de un coro. Es una vieja canción de una tierra lejana en un lenguaje incomprensible del siglo XVI. La madre la canta con entusiasmo, como si fuera una canción de amor, pero con una letra nueva. El viejo hit eclesiástico tiene una versión moderna de 1833. El cuerpo del niño no entiende; su vocecita es una pequeña alondra y repite obedientemente con su madre.

Was böse scheint,
ist gut gemeint,
er ist doch nimmermehr
mein Feind und gibt nur Liebesschläge.

Dejan de cantar. La madre se aclara la garganta, se pone un delantal de cocina por encima del vestido. Desde las alturas, la voluntad divina se expresa a través de su voz.

«No debes sentir compasión de ti mismo, muchacho», dice por lo bajo mientras su hijito, después de los azotes, se encuentra arrodillado bajo el cuerpo crucificado, esculpido en una preciosa madera. Le tiembla el mentón, sus estrechos ojos de pájaro retienen en vano las lágrimas, la cabeza piensa.

Segunda *iluminación*. Si no puede tener compasión por sí mismo, ¿por qué debería tenerla por los demás?

Sus padres son estrictos y autoritarios. Hacia los niños muestran una relación de poder claramente definida; distante, formal y con un apenas perceptible apego emocional. El niño es un empleado ordinario. El padre es el director general de una gran empresa llamada familia. Aquí no existe el peligro de que los padres se hagan amigos de sus hijos. Aquí no hay esperanza de formar una relación más profunda. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

En Venecia George Sand le cuenta al cuerpo elegido sobre su infancia, su primera identidad. La joven Aurore Dupin presumía de la sólida educación de un colegio de monjas en el que le enseñaban el miedo y la humildad. Pero de quien más aprendió fue de su abuela y también del capataz, el paciente encargado del castillo y el favorito de la corte familiar. Le gustaba mirar su cuerpo cuando, al atardecer, ella le leía los libros de la biblioteca del castillo. Sus ojos negros e hipnóticos la adoraban.

«¿Y qué? ¿Qué tipo de argumento es el de que has recibido una educación profunda?», replica Alfred de Musset.

Burbujea y la ira hace estragos a la vieja usanza pero en Venecia; ¿por qué George Sand jamás tiene tiempo para él? ¿Por qué siempre le está exponiendo y explicando cosas? ¿Por qué no dice ni sí ni no?

«Una mujer que quiere negarse sólo dice que no. Una mujer que explica quiere ser persuadida.»

George Sand protesta ferozmente. Alfred de Musset no la escucha y observa su rostro. Sigue siendo bonita y tiene entretejidos algunos hilitos de arrugas. El remate de su narración facial es una nariz puntiaguda con la que siempre está olfateando por algún lado como un perro. Le gusta vestir de azul, morado y negro. Sin pliegues, encajes, peinados Pompadour ni cuellos en los vestidos. Al principio sus amigos se preguntaban qué le atraía de ella. Su vitalidad. Su extraordinaria vitalidad y su ofensiva independencia. Cuando está con ganas, casi que es capaz de devorar al prójimo. Atrae a una corte de admiradores. Personas aburridas a las que en el siglo XXI se las llamará *playboys*. No tienen que trabajar, pero conocen por su nombre a todos los jefes de sala de los mejores restaurantes del mundo.

Alfred de Musset se queda pensativo, no contesta. George Sand sugiere que se reserven una noche a la semana para un ritual; no quiere repetir el modelo del matrimonio en el que marido y mujer hablan diez minutos al día. Coloca una piedra de Nohant sobre la mesa del comedor. Cada uno puede decir lo que se le antoja. Aquel que habla toma la piedra, y hasta que esta vuelva a situarse sobre la mesa la otra persona no debe interrumpir. Sólo entonces la tomará entre sus manos y dirá lo que considera esencial. Alfred de Musset la

mira como si estuviera loca. George Sand se tiene paciencia a sí misma y a una situación que no puede cambiar. Deja de confesarse con él.

Ella siempre está dispuesta a hacer el amor con él a manera de reconciliación y a eso él lo llama tener un polvo rápido. En cualquier lugar y en cualquier momento, incluso en medio de la cruda helada. En el apartamento de París, en la naturaleza de los suburbios parisinos, en los rincones de los palacios ajenos, en un establo, con disfraces masculinos, con máscaras de carnaval de Venecia, detrás de los biombos de los salones a los que regularmente son invitados a cenas opulentas y conciertos privados. Le da al bebé un chupete para calmarlo. Chupa y quédate quieto. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Aurore Dudevant, de soltera Dupin, huyó a su soñada París. A Božena Němcová, de soltera Panklová, no se le ocurre salir corriendo y desaparecer de verdad, quizá en dirección a donde sospecha que está Viena; tras esos sueños ingenuos, adolescentes y despiertos.

«Es el anhelo de belleza y bondad infinitas lo que hace que una persona se levante del polvo.»

La huida adopta otra forma. La cuota que se autoimpone es notable. Demuestra aplicación, autodisciplina. Fragmentos con notas literarias. Apuntes de escritos literarios, filosóficos, históricos, científicos. Citas de la correspondencia de Goethe con Friedrich Schiller y Charlotte von Stein. De las obras de esta notable dama de la corte repite en voz baja frases sobre las mujeres: en un momento

lo somos todo y, de pronto, no somos nada, pero yo tengo alma de hombre y no quiero llevar esposas.

Está leyendo y echándose aliento cálido en las manos heladas. La habitación no está caldeada ni siquiera en ese duro invierno. Un chal de lana envuelve sus estrechos hombros y, al otro lado de la ventana, acecha una cruda helada. La escarcha pinta flores en el vidrio y los dedos de la niña tocan sus contornos. Vuelve al libro. Se pregunta por qué Johann Wolfgang Goethe es tan reacio a definirse con la palabra escritor. Utiliza únicamente la palabra poeta. La palabra escritor tiene para él un resabio especial en alemán. No le importa la forma inglesa.

Cada mujer, cada escritora del siglo XIX envidia a Goethe, desde lo más profundo del corazón, esos seudoproblemas y malabarismos elitistas. Tienen otras dificultades y preocupaciones. Su cuerpo y su vida son el cuerpo y la vida de una persona de segunda clase. Las puertas de los institutos y las universidades están cerradas para los cuerpos de las chicas. Es agotador asediar fortalezas amuralladas. Las puertas se cierran con una infinidad de candados viejos y oxidados a los que se agregan otros nuevos. Cuando los hombres y las mujeres huelan en el aire los cambios amenazadores, defenderán con mayor rigor todavía, ante las jóvenes, la educación.

El siglo XIX está convencido de que a las niñas les basta con saber leer y escribir un poco. La educación más profunda es para ellas una pérdida de tiempo. Y el tiempo es dinero. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya. Incluso hoy muchas madres del mundo reaccionan ante los estudios universitarios de sus hijas con resignado vocabulario decimonónico.

«Para una chica no vale la pena.»

Y las aterra tener que mantener a su hija durante cinco o seis años más, cuando ya hace tiempo podría tener un marido que la mantuviese. Un cuerpo en la flor de la vida envejecerá inútilmente en las aulas. No, ella se casará. A casarla y no se hable más. Los jóvenes ojos soñadores permanecen aferrados al horizonte de las Vienas imaginarias.

Sus hermanos no se le unirán a su insurrección de Año Nuevo. Rezarán. Al filo de las diez de la noche se meterán obedientemente en sus camas para hundirse en los edredones. Al otro lado de la ventana hay una cruda helada y debajo del edredón susurran historias de la Biblia. Instintivamente evitan a su hermano, instintivamente se alejan de él. A su alrededor siempre sienten una ráfaga de frío a pesar de toda la candidez simulada. No hay dónde esconderse, ningún lugar que caliente el alma.

No importa. Se siente un elegido y llega a Jerusalén en un sueño. Y un día se vengará de ellos empleándolos.

Le gusta deambular por el campo de los alrededores. Deambular solo. Las expediciones bajo los altos árboles no son una pérdida de tiempo. Sus ojos ven la oportunidad en todo y detrás de todo. Recoge para papá setas que nadie más nota; papá las seca, las tritura y las mezcla con estiércol seco de vaca en compuestos medicinales. El pequeño John D. Rockefeller dibuja con una rama un círculo en el claro y dentro de él arranca cuidadosamente la hierba. Arroja piedritas, maleza, marañas de raíces e insectos, remueve y mezcla la tierra. Con la misma rama cava un hoyo en el centro del círculo marrón y en él planta una moneda. En una de las botellas

medicinales marrones de papá traslada agua de casa al claro durante largos meses. Alimenta la semilla gota a gota y espera a la frágil planta. Espera a que la moneda eche raíces, crezca, florezca y, en lugar de hojas, le broten billetes.

En sus andanzas también se encuentra con extraños huevos. Con cuidado los coloca en su gorro grasiento. Aprieta los huevos redondos entre los sombreros ya limpios de las setas como si se tratara de un nido blando y corre con ellos a su casa. Su padre corta en trozos finos las setas que ha traído y de los huevos salen hembras de pavo común. Los hermanos les ponen nombre. Las engordan, se divierten con su conducta, las observan y las dibujan, remedan alegremente sus graznidos y sus desconcertantes movimientos, las cuidan con esmero. Antes del Día de Acción de Gracias, John D. Rockefeller las vende en secreto como machos de pavo. En casa, llorando a lágrima viva, cuenta con pesar que sus queridas pavas se extraviaron durante la noche. Mamá le acaricia el hombro. *Big Business*. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Ni siquiera en Venecia George Sand modifica su férreo plan de trabajo y remoja su pluma de ganso en la tinta como si fuera sangre de chocolate. De noche escribe, de día pasea entre los palacios o se sienta en una góndola con su amante. Al atardecer se irán juntos al baile de carnaval y George Sand no se quedará mucho tiempo. El escritorio la espera. Insiste en sus prioridades y derechos con la misma fastidiosa insistencia de quien más tarde será el admirado y resuelto escritor Thomas Mann. Con su nombre se bautizó el eterno y universalmente válido síndrome de la superioridad literaria

masculina. Se trata de una vida junto a un ejército de colaboradores y ayudantes en la que la cuota diaria de escritura de un hombre no se modifica y se custodia. Pretende no ser molestado por su familia, esposa, parientes, amante mujer, amante hombre, hijos, sirvientes, visitantes, sucesos contemporáneos, epidemias y guerras. Él es la literatura alemana. «*Where I am, there is Germany*», dirá durante su exilio en Estados Unidos.

Entonces, ¿qué hay que hacer con Barbora Panklová? ¿Qué posibilidades tiene de sobrevivir en la monarquía austríaca una persona talentosa que nació pobre y en la piel de una mujer?

En su caso nunca se trata de educación sino de reeducación. Después de todo, es algo habitual que hasta las aristócratas aprendan con un tutor y no en instituciones educativas ni mucho menos en las universidades. Hay anexos educativos junto a los conventos; pero incluso en los círculos más altos impera una severidad muy conservadora en el ámbito de la educación. Ni siquiera un hombre puede sustraerse tan fácilmente a su papel predeterminado; el sucesor al trono de los Habsburgo, el príncipe heredero Rudolf, no podrá cumplir su sueño de tener un título universitario en biología; ni siquiera le ayuda la perseverante intercesión del honorable zoólogo Christian Ludwig Brehm.

La educación de las mujeres nobles incluye aprender a tocar el piano; especialmente la «Sonata Patética» de Beethoven y «Scherzo a capriccio» de Mendelssohn. Sí, por supuesto, y también los valses de Chopin. No pueden dejar de entonar las canciones de Schubert, ni el bordado, ni la pintura en acuarela con motivos florales.

Excepcionalmente, literatura e historia del arte. Echar grano a las gallinas, un poco de geografía por aquí, un poco de historia por allá, una o dos lenguas extranjeras; sobre todo francés dirigido a una conversación ligera; champagne efervescente y burbujas que se suben vertiginosamente a la cabeza. *Est-ce que vous allez bien? Comment s'est passée ta journée, mon chérie?* Incluso las mujeres de la nobleza en la conservadora y católica monarquía austríaca cumplen con los anticuados estereotipos; se enfundan en chalecos y corsés ajustados; los modelos establecidos resuenan incluso en el siglo XX, sacudiendo la mente histórica y deformando de muchas maneras el mundo artificial. La actriz de cine Grace Kelly se convierte en princesa de Mónaco, y ningún escalofrío de advertencia le recorre su espalda; se casa y ya no se le permite actuar en películas. Se entristece no sólo ella sino, sobre todo, el director Alfred Hitchcock, el acechador de bellezas rubias de película. La princesa se ocupará de fundaciones benéficas, apoyará escuelas de ballet, compondrá sin pausa cuadros de flores prensadas. Ay, sí, eso le será permitido. Aunque no lo admitirán, en el siglo XXI muchos hombres andarán buscando alguna rama política aceptable de los talibanes, ese control bien claro, organizado y absoluto de los cuerpos silenciados de las mujeres que, entonces, definitivamente, dejarán de protestar. También buscarán en el siglo XIX, cuando las mujeres eran aún ignorantes y castas máquinas de dar a luz, encerradas tras las puertas de esa cárcel llamada hogar y, en lo económico, estaban absolutamente a merced de su marido. Sólo podían salir de casa y trabajar bajo su permiso. Debían recargarle la energía y levantarle el ego; la mujer como objeto, la mujer como droga.

Aquellos que no han accedido de un modo natural al cuerpo femenino acosan a las mujeres desde su posición de poder; no sólo la violación, incluso el acoso sexual es un delito. Su sufrimiento puede terminarse, en el siglo XXI, mediante un sustituto de la mujer real, un maniquí, que hace mucho ya no sirve sólo como mero objeto sexual. Esta acompañante artificial es indistinguible de un ser humano. Es bella, joven, tiene pechos grandes y labios carnosos. Y no replica. Ella es la esperanza de los hombres mayores del siglo XXI que están fuera de sí de tanta rabia. La emancipación de las mujeres significa la pérdida de su autoestima y sensación de superioridad. En su concepción, las mujeres son dispositivos con una finalidad determinada. Y un ministro polaco de Educación pronunciará un bonito y encendido discurso. Dirá que las mujeres pierden innecesariamente el tiempo con la educación, la lectura y el empleo y, en consecuencia, dan a luz cada vez más tarde, traicionando así su única misión divina: tener hijos.

Afortunadamente, se están estableciendo las primeras fundaciones solidarias para chicas de catorce y quince años que anhelan estudiar. Para las Barboras Panklová la presión sigue siendo máxima y ellas no saben defenderse. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller también lidia con la presión. De niño, sólo se siente profundamente honrado cuando su madre le hace algún elogio excepcional. En esos momentos su cuerpo tiembla de excitación febril, en sus oídos suena un coro angelical, se le nublan los ojos de pájaro. Y de nuevo las gigantes campanas del mundo se empiezan a balancear: sus oídos escuchan el sonido metálico de las

monedas cayendo del cielo. El cuerpo se vuelve adicto a ese tipo de dopamina; John D. Rockefeller se desconecta por completo de sus propios sentimientos. Sólo responde a su madre; su cuerpo reproduce sus estados de ánimo. Su primera identidad está inseparablemente ligada a la de su madre, por eso John Rockefeller adopta también su apellido de soltera por el que todo el vasto mundo lo conocerá: John Davison Rockefeller.

Mamá lo elogia de manera indirecta: gritándole con gracia a su marido.

«Menos mal que este niño no se parece a ti y eres el único que está de más, un inútil, un bueno para nada, un mantenido, alguien a quien no le llega el agua al tanque, un miserable. Tú eres el rey de todos los canallas.»

Mamá grita con un brío admirable; sacude la escasa cristalería de ocasión de la alacena y también los cristales sucios de las ventanas. Grita porque tiene la oportunidad de hacerlo. Papá es el blanco de sus ataques. Por desgracia, se ausenta del hogar durante largas semanas.

Papá es un miserable, pero un miserable plagado de astucia que mantiene a su familia y resulta que a más de una. Es bígamo.

Está orgulloso de lo maravillosamente hábil que es con el cuerpo de las mujeres, de la facilidad con que los manipula. A excepción de la madre de John, por supuesto. Sus clientes son, sobre todo, mujeres. Se le pegan con la intención de salvarlo, despierta en ellas su instinto protector.

«Su esposa no sabe vivir con usted, sólo yo lo entiendo profundamente.»

Es fiel a Dios. Se hace pasar por sordomudo y va errando de pueblo en pueblo como un vendedor ambulante. Vende baratijas y ungüentos. Mete en las manos de la gente mugrientos papelitos en los que está escrito con letra grande que el portador de ese nombre es un curandero sordomudo que ha recibido un don de Dios. Le compran, sobre todo, mujeres mayores. Él las atiende con paciencia y les promete la eterna juventud. Acaricia una mano con manchas hepáticas, mira fijo a los rostros arrugados y aconseja cómo preparar hierbas, cómo convertirlas en infusión, qué setas secar, qué tisana caliente beber, qué piedras y cristales tocar. Regresa a casa con todos sus ahorros y los esconde cuidadosamente en la Biblia. *Big Business*.

Para George Sand las parejas y amantes, hombres y mujeres, nunca son la prioridad. Tampoco su antiguo yo joven lo es. Aurore Dupin era una chica destinada a la reeducación. A veces ese antiguo «yo» se agita inquieto dentro de ella, asustado con las nuevas apariencias de su dueña se encuentra en un terreno desconocido. En la vida real su prioridad es George Sand (en checo «Sandová» que, lamentablemente, no le permite el anonimato y delata su género). La genialidad literaria se vuelve posible gracias a un alma andrógina con una parte masculina y otra femenina. Ni ella ni él. Amar y ser amado. Amada, amado. Ni pregunte.

Como escritora, sin embargo, repasa con gusto una parte del camino andado. En aras de la escritura disecciona la rana de forma racional y curiosa, y con asco estudia sus entrañas extraídas. Estudia la experiencia, sobre todo las emociones de la antigua Aurore, que

se acurruca en el sótano de su mente. Por qué era tan tímida, blanda, gentil, humilde, sonriente, servicial, dispuesta a un sacrificio absoluto y autodestructivo, a las eternas disculpas, al autodesprecio; un cuerpo impregnado de numerosas dudas y condenado al papel de víctima. Un cuerpo que ha vendido su propia alma.

La pone de los nervios y escribe novelas sobre ella. Sabe que la antigua Aurore se ajusta a la idea que tiene De Musset sobre el comportamiento femenino. Existe el peligro constante de que, al debilitarse George Sand, Alfred de Musset quiera siempre convocar de nuevo a Aurore. Y así cercena sin descanso sus escenas de celos.

«Ten la gentileza de dejarme en paz con eso, la cuestión del género es una marca prejuiciosa y no me interesa esa discusión absurda, ¿por qué el género debe determinar y decidir lo que vas a permitirme y prohibirme sólo para hacerte sentir bien?»

Alfred de Musset se defiende sin éxito; la dialéctica de Hegel en un lecho francés.

«Ten la gentileza de dejarme en paz con eso, la cuestión del género es una marca prejuiciosa y no me interesa esa discusión absurda, ¿por qué el género debe determinar y decidir lo que vas a permitirme y prohibirme sólo para hacerte sentir bien?» Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Barbora Panklová quiere estudiar. Está rodeada de un ejército internacional de élite, privilegiado y de género masculino. La observan con curiosidad y también la diseccionan como a una rana. Estudian con asco sus entrañas extraídas de deseos y sueños. Los miembros del ejército están unánimemente de acuerdo. Acarician a

la niña en el cabello y se van. Barbora Panklová suplica y corre tras ellos. Pero ninguno se da la vuelta y todos desaparecen. La vida de Barbora Panklová termina en la niebla.

Los guardianes del tesoro protegen la educación de las mujeres. Se rebelan y esgrimen argumentos sarcásticos. El cuerpo de mujer de Barbora Panklová recibirá un golpe disciplinario. Le explican pacientemente la prohibición de estudiar de acuerdo al *orden natural de las cosas*. Incluso aquellos que organizan eventos culturales clandestinos en un primer, segundo, tercer y cuarto subsuelo, y gritan con sus megáfonos palabras de libertad e independencia en lugares monumentales y sagrados, no mencionan que *el orden natural de las cosas* son las reglas sociales; el contrato social que ellos mismos han inventado y definido. El requisito de igualdad de Barbora Panklová incita prejuicios que se enmascaran sin cesar en alusiones a ese *estado natural de las cosas*. Pueden resumirse en la afirmación de que las mujeres deberían conocer su lugar en el orden de las relaciones sociales en el que los hombres tienen prioridad.

Es increíble con qué estúpidos argumentos y bajo qué pretextos prohibieron a las mujeres en el siglo XIX estudiar, por ejemplo, medicina. Machacando con la debilidad física y la incorrección moral de tocar los cuerpos desnudos de hombres desconocidos. Exactamente las mismas prohibiciones y argumentos podrían usarse, por ejemplo, en el caso de las enfermeras, cuidadoras e institutrices.

Las criadas no les molestan. Les preocupa la competencia intelectual de las mujeres. Las mujeres son bienvenidas como sirvientas, no como competidoras. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller hereda su apasionado e inquebrantable amor por el dinero; su madre es un modelo inalcanzable durante toda la vida. Y también hereda la capacidad de eliminar sin piedad a cualquier competidor que se interponga en su camino, incluyendo a sus hermanos, compañeros de clase y hasta a sus propios hijos. Con cualquier medio que sea necesario. Ni siquiera desdeñaría el secuestro de su hijo en Crimea.[1] El amor al dinero es una enfermedad. La codicia es un diagnóstico. No existe vacuna contra esa pandemia mundial.

A John D. Rockefeller le gusta viajar en su vagón personal de lujo. Dicen que para producirlo se inspiró en una propiedad del monarca habsburgo Franz Josef. En el catre del compartimento nunca falta la vieja y buena almohada de su infancia con las iniciales de oro recién bordadas. Aquí el pobre John D. Rockefeller ya está viejo y enfermo. El tren aguarda en la estación. El opulento pasajero se aburre y sus ojos de pájaro observan el bullicio en el andén helado. Busca entretenerse con un juego silencioso. Divide a los pasajeros inferiores en dos grupos. Los que en la cruda helada llevan las manos metidas en los abultados bolsillos de sus abrigos gastados y los que llevan guantes cosidos a medida. Sus estrechos ojos de pájaro sitúan al primer grupo en la columna de la palabra perdedor.

Se aburre. Se permite un placer malicioso. De acuerdo a su propia convicción, está alterando el orden y el método por primera vez en su vida. Él realmente piensa que se trata de la primera vez.

Ignora las normas de seguridad, ignora las advertencias de sus escoltas. Baja la ventanilla del tren, llama al vendedor de periódicos y le sale vapor de la boca. Observa el escalofriante mensaje de su cuerpo. El vapor sale del vagón sin pena ni gloria; todavía no ha

aprendido a monetizar su propio aliento. Antes de que sus guardaespaldas puedan reaccionar, la mano infantil del vendedor deja en el compartimento un fresco ejemplar del periódico vespertino. John D. Rockefeller lo tira inmediatamente a la basura. No quiere leer. No quiere mancharse con tinta; sólo quería divertirse un poco por primera vez en su vida, siendo ya mayor.

El juego no ha terminado. El vendedor de la estación es un muchacho boquiabierto de catorce años. Gana dinero para sus estudios. No entiende por qué en el andén de la estación central lo rodean y detienen una horda de diligentes policías que se arrodillan sobre él como si se tratara de un mafioso buscado hace mucho tiempo.

John D. Rockefeller acusa al vendedor de robo; el muchacho se ha quedado diez céntimos. Con un resfriado de enero, al muchacho le gotea la nariz. Había creído que el caballero con ojos de pájaro le había dado propina, todos los pasajeros le dejan algo, incluso los que van vestidos de forma mucho menos elegante que este caballero.

Un multimillonario llama a la policía por diez céntimos. Y para variar no entiende por qué los policías locales se muestran tan perplejos e incómodos, tosen nerviosamente, avergonzados se miran unos a otros, se los ve preocupados, vacilan y se resisten a capturar a un chico decente y honesto para encarcelarlo de por vida.

Del mismo modo, en el siglo XXI, un multimillonario y exsenador checo, por aburrimiento y para entretenerse, se pondrá a discutir una multa de cinco céntimos. Conduce con el teléfono en la mano y un policía lo observa. Este es *su* juego, no piensa pagar la multa, está poniendo a prueba las habilidades de sus costosos abogados.

Ellos no están allí para seguir la ley. Se supone que deben encontrar un modo de eludirla. El patriota checo del siglo XXI no aprendió de las Boženas Němcová sino de John D. Rockefeller.

A John D. Rockefeller le gustan el orden y el método. El espectro de su madre que crean las sombras en el marco de la ventanilla de un tren en movimiento sonríe orgulloso de su hijo. Al otro lado de la ventanilla respira una cruda helada que atenaza dolorosamente el corazón y congela la sangre de chocolate. Es eterna e ignora las estaciones.

Cuarta parada ferroviaria

Mechas de lámparas de luz tenue

George Sand no vive como Božena Němcová en una niebla impenetrable y mezcla en un cóctel sus distintas identidades. Alcohólica, bebe hasta saciarse. Tarde o temprano, el inquebrantable modo de vida independiente asusta no sólo a los amantes blancos heterosexuales. No es un juego. El juego se habría acabado tarde o temprano. George Sand piensa todo muy en serio, lo cual paradójicamente confunde incluso a los artistas librepensadores.

Frente a su dormitorio, los escritores forman una larga fila con la pluma en la mano como si se tratara de un concurso para ser el primero en ver a través de ella, exponerla, descubrir sus debilidades, humillar su santuario, rebajar su orgullo. Los hombres compiten con entusiasmo, la sangre de chocolate les corre por las venas, esta vez con un dulzor ardiente. Se sienten atraídos por la cacería mientras el cuerpo sea joven y el capullo se mantenga en flor. Los hombres respiran sobre el capullo que de pronto se convierte en un pimpollo y la hermosa flor rápidamente se marchita. No arrancan la rosa seca ni cuentan las espinas; pero la vitalidad de George Sand nunca decae y nunca se abandona.

«Sin embargo no pasará mucho tiempo antes de que incluso Madame deje caer su orgullosa cresta», expresa su esperanza Alfred

de Musset para divertir a sus compañeros de billar. Se inclina sobre el paño verde. Con un disparo rápido y preciso, el taco envía la bola de marfil pulido a la esquina opuesta, donde desaparece.

George Sand ignora los prejuicios. No tiene sentido luchar contra ellos. Ruedan por el inconsciente de la gente y sobreviven de generación en generación. La masculinidad romántica y segura de sí misma del escritor y crítico Théophile Gautier se dirige al apartamento parisino y al pequeño salón empapelado de color violeta. Está invitado a cenar; tanto valora la tarjeta con la invitación de la escritora y su firma manuscrita que la guarda en el archivo.

Se quita el abrigo y el sombrero de ala ancha. En la entrada un criado le ofrece una copa de champagne caro en una bandeja de plata mientras le recita información sobre el origen, la marca, el sabor, la calidad de la cosecha. Un segundo criado se inclina con un gran cuenco de cristal. Está lleno de fresas gigantes con rocío. Théophile Gautier no da las gracias, termina de un trago la primera copa, coge la segunda y alterna el champagne con un bocado de jugosa fresa roja. Se limpia con más champagne las semillas que se le han quedado entre los dientes. Se pone contento por lo animada que está la fiesta y la cantidad de gente nueva que está conociendo. Todo París está aquí y George Sand no ha reparado en él. Su indiferencia es llamativa.

Después de la fiesta la anfitriona se despide de todos, abrazando a los invitados. Sólo uno de ellos lleva un triunfo en la palma de su mano.

Madame extiende la mano y Théophile Gautier siente en la palma un escalofrío metálico; en su hondonada sudorosa le ha dejado la llave de su santuario.

Théophile Gautier se aferra a su tesoro metálico en la ardorosa oscuridad, y en ese momento se siente orgulloso de su bohemia, de su originalidad, su intelecto y sensualidad. Se siente un elegido. No sospecha que no es el primero ni el último. Cansada de escribir y para animar sus noches, justo antes de terminar sus novelas, cuando la inspiración se marchita, cuando despierta en ella la sumisa Aurore anhelando ternura y la proximidad de un cuerpo fuerte, Madame busca siempre entre los invitados un objetivo que prometa discreción. El poseedor de la llave prestada se esconde a la vuelta de la esquina. Espera a que los demás invitados se marchen. Luego regresa en silencio y abre la puerta con la llave. La Criada Checa sólo tiene una tarea. Orientar a la llave en mano hacia la guarida de dragón de George Sand. El dormitorio linda con el pequeño salón violeta.

Con George Sand nada es fácil. Y por qué debería serlo. Algo se ha torcido y la atmósfera no está llena de colores pastel ni aroma a fresas. Théophile Gautier sorbe un espeso vino tinto que, a diferencia del champagne, aún está disponible y da pasos de aquí para allá con su camisa larga que le llega a las rodillas. Su erección espera lógicamente que el anillo de dragón se apresure en terminar de escribir una letra, deje la pluma fuente o la pluma de ganso en mitad de la frase, se levante lo más rápido posible y se arroje a sus brazos. Él la observa con condescendencia.

Madame se pone a fumar un Virginia. El humo la envuelve y ella lo aparta con una mano. Él se excita con su fingida indiferencia y fervor creativo. No cuenta con el entrenamiento de Alfred de Musset, no sabe que Madame puede ser muy cruel. Lamentablemente, Théophile Gautier no comprende a tiempo que se ha producido una

súbita transformación nocturna. Junto a la mesa tallada no se sienta Aurore sino una persona que se ha tomado la libertad de llamarse George. Thomas Mann no deja su sillón favorito, no se levanta en medio de una frase para complacer, obediente, el ego de alguien.

A medida que los nuevos y nuevos y nuevos siglos vayan haciendo la autopsia del destino de nuestra señora Božena Němcová, lo asimilarán al de la nación checa, ignorando su posición en el destino colectivo de las mujeres del mundo de su época. El concepto de tiempo desempeña un papel mágico.

Uno no puede salir de un salto de su género ni ocultar su color negro. El género marca despiadadamente el tono de la vida cotidiana y escribe la biografía. Los modelos educativos y de crianza de su tiempo se delinean para cada cuerpo femenino nacido en cualquier parte del mundo en base al mismo patrón. Al menos en ese contexto, Božena Němcová fue y es una europea y una trotamundos.

Una mujer espera a que el mundo la descubra. No debería esperar. Debería descubrir el mundo. El problema está en este sistema que destruye a la gente. No en aquellos que están siendo destruidos.

El objetivo es criar a un esclavo ignorante. Ni más ni menos. ¿Y el resultado? Delante del altar hay niñas inmaduras e ingenuas y caritas llenas de deseo con velos blancos que en nueve meses criarán a sus propios hijos. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La madre como modelo inalcanzable durante toda la vida transmitirá a su hijo un sueño. Un sueño colectivo. Americano. Desde su nacimiento a los infantes se les enseña a soñar en la cuna. Siempre se canta la misma canción de cuna. Se convierte en un himno mundial. El sueño de la riqueza; otro no tienen. Enriquecerse a cualquier precio es a partir de ese momento una misión sagrada. Y no importa el modo.

«Cuando sea mayor me gustaría tener cien mil dólares.»

John D. Rockefeller le repite al compañero de clase que se revuelve a su derecha en el duro pupitre escolar su aburrido sueño una y otra y otra y otra vez. Lo hace de un modo obstinado porque su compañero no lo escucha ni responde; con la lengua afuera marca torpemente el papel con el lápiz. Intenta hacer la trompa del elefante sin volver a romper el papel.

Bueno, su compañero de clase es tonto pero John D. Rockefeller se siente tremendamente ofendido porque también la señorita maestra ignoró sus deseos y el sueño de su vida; ha elogiado los de los demás. En su interior se consuela pensando que la maestra no es más que una mujer y gracias a la Biblia sabe muy bien que sólo los hombres son capaces de comprender las grandes hazañas.

El amigo a su derecha sueña con asistir al espectáculo circense dominical con los demás chicos; garabatea la figura de un elefante y un circo de pulgas. El circo de pulgas se parece a semillas de amapola esparcidas. También le gustaría ser domador de tigres pero no sabe dibujarlos.

«Pero, ¿por qué?». Yo sólo quiero tener dinero para poder ir con los chicos al circo, pero ¿por qué tú quieres tanto?»

John D. Rockefeller también ignora la pregunta de su compañero. Porque no la entiende en absoluto. Le saca la lengua al mundo. «Oye, no sólo lo deseo, sino que voy a tenerlo.»

Sobre una cómoda con tapa de mármol y marquetería con escenas alegóricas se alza un alto reloj de porcelana con cuatro enamoradas parejas de pastores y pastoras. Dan las tres de la madrugada y las mechas de las luces tenues permanecen en silencio.

La noche es tan cálida como el vino que Théophile Gautier no ha terminado de beber. A George Sand la paraliza un escalofrío que recorre su espalda confiada. Le encanta esa sensación; es mejor que un orgasmo. Acaba de terminar la última página dándole al mundo una nueva novela.

Théophile Gautier no se rinde. Después de todo fue ella la que lo invitó a su santuario. Pasa del dormitorio al pequeño salón cuyas paredes son de color violeta. George Sand no se mueve, sólo aprieta el pisapapeles de cristal como la garra de un pájaro, casi se lo tira encima. Théophile Gautier tiene la sensación de que el color rojo se filtra en las paredes hasta convertirse en violeta.

Se inclina hacia la calidez de su cuello. Su gran mano aparta un mechón negro de pelo espeso y tela crujiente, sus labios le besan la nuca. La mano acaricia su hombro descubierto, atraviesa las colinas, detrás del dobladillo de su corpiño ajustado. La cabeza de la escritora gira sorprendida y se inclina hacia atrás más que nada por costumbre. Su boca ausente da un largo beso a los labios excitados del hombre.

George Sand lo aparta con suavidad y se inclina otra vez hacia la página. Théophile Gautier no está del todo seguro de que ella lo perciba, de que sepa a quién está besando, de que no sea una sonámbula. George Sand está en un pico creativo tal que, enseguida, empieza otra novela y se la ve radiante. El texto se escribe solo. No tiene peso, la gravedad no existe. Baila bajo los cielos como en una casa de cristal. Se trata de un estado que no quiere y no puede abandonar, son minutos benditos, en cualquier instante el viento puede esparcir las nubes en ese cielo fértil. Llena páginas enteras de las que no cambiará ni siquiera una letra. Las otras frases, laboriosamente incubadas en días no dichosos, son arrojadas a la basura.

El cuerpo de Théophile Gautier está siendo humillado, disgustado y deshonrado en su poderoso papel de hombre y crítico. La mecha tenue arde y chisporrotea con disgusto en el dorso indiferente de una frase incierta y, por lo tanto, agresiva. Los insultos esperan en vano una respuesta brutal. El silencio indiferente lo mueve hacia un más alto e insidioso ataque de los justicieros. El violeta de las paredes ya no arde en rojo. Ahora carga un frío tono azul índigo. Y a Théophile Gautier el azul le impide ver.

«Tú no eres normal.»

«¿En serio?»

«No te gusta nadie más que tú misma.»

«¿En serio?»

«Tal vez los niños.»

«¿En serio?»

«No eres una persona. Eres una máquina.»

«¿En serio?»

Aurore Dudevant, de soltera Dupin, le responde sólo por cortesía. George Sand enciende con toda tranquilidad un puro, hace una pausa y sigue escribiendo. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La abuela se encarga sobre todo de las hierbas. Prado, ladera, pasto alto, perros que saltan y desaparecen entre el pastizal, los niños corren detrás de ellos. La abuela no puede prescindir del eneldo ni del romero. Seca hojas de apio, mejorana y perejil. A Barbora Panklová le asignan tareas herbales. Recién podrá volver a casa cuando tenga la cesta llena. Cada día y cada estación se corresponden con una planta que representa sustento y medicina. La abuela es implacable. Y ni siquiera sabe hasta qué punto tiene razón; sus plantas favoritas contienen proteínas, minerales y vitaminas que sólo se descubrirán y nombrarán en los siglos siguientes.

Barbora Panklová está arrancando del prado hojas y flores de margaritas. La abuela mezcla en el relleno las hojas crujientes que añaden un ligero sabor amargo. Otro día recoge dientes de león empapados de leche blancuzca. Las hojas jóvenes saben mejor; las viejas son amargas y la abuela las echa en la sopa. Encurte los brotes y en invierno los fríe con una cucharadita de manteca y los sala. Otros días arranca ortigas para la sopa y las tortillas. Cuando los niños están enfermos la madre los obliga a tragar las ortigas crudas; corta las hojas verdes con un cuchillo y así, milagrosamente, la ortiga no quema la lengua.

Cada estación del año alimenta el estómago de un modo distinto. Al borde del bosque arrancan las serbas que cocina la abuela.

Después de la primera helada recogen ciruelos silvestres. La abuela fabrica con ellos un vino frutal como regalo de Navidad para su yerno.

«Le voy a hacer este regalo, aunque es demasiado listillo, cuida de mi hija.»

Pero prohíbe a los niños romper las ramitas del ciruelo silvestre y llevárselas a casa. Cuando Barbora Panklová desobedece, la abuela escupe y se persigna.

«Las brujas las usan como escobas y los hechiceros como varitas mágicas.»

En otoño Barbora Panklová ayuda a arrancar y a recoger manzanas. Las manzanas están guardadas y en Nochebuena, cada vez que la abuela corta una, se alarma.[1] Todo el mundo se pone a mirar la estrella incompleta de semillas de manzana. Todos miran el presagio de la desgracia.

Barbora Panklová lleva a cabo nuevas tareas desde la mañana hasta el atardecer. Tiene prohibido perder el tiempo con lecturas y pensamientos inútiles.

«Eso no es propio de una joven», dice su madre queriendo significar con eso que no es propio de una joven pensar demasiado. Eso es lo que piensa en Praga, incluso en el siglo XXI, un envejecido profesor universitario de arte que abandona con furia y pomposamente su puesto por ese mismo motivo. Le genera rabia que las «chicas» piensen, se nieguen a ser objetos, se nieguen a formar parte de *sus* juegos de poder, se nieguen a aliviar *sus* frustraciones, *sus* crisis existenciales, se nieguen a aceptar dócilmente *sus* consejos y a apaciguar *sus* complejos de inferioridad. La joven del siglo XIX se llama Barbora Panklová, está sentada en su

escritorio con los ojos enrojecidos, lagrimeando, moqueando, limpiándose la nariz con la manga y poniendo nerviosa a su madre con eso. La joven se vuelve hacia su abuela. Le recuerda lo que ya sabe de los libros de literatura alemana. Ella no dice romero, perifollo, apio, mejorana, perejil. Ella dice *Rosmarin, Kerbel, Liebstöckel, Majoran, Petersilie*.

«Sólo sé por los libros que, desde la Edad Media, el romero se considera una hierba medicinal. Y que tu perifollo limpia la sangre, el apio los riñones, la mejorana el estómago y el perejil fortalece los huesos, los nervios y...»

«Para eso, Betty, no necesitas sentarte a descifrar libros. Eso lo sé hace tiempo por mi abuela.»

La nieta no se rinde y se empecina en plantar frase por frase.

«¡Pero esto no lo sabes! *Die Wiege der europäischen Kultur liegt am Mittelmeer. Das antike Griechenland, das antike Rom – was in diesen Hochkulturen erdacht und verfeinert wurde, prägt bis heute wesentliche Dinge unseres Lebens. So auch die Esskultur. Rosmarin ist eine der ältesten in größerem Stil angebauten Kräuter. Das bedeutet, dass man ihn schon früh nicht nur für die Küche nutzte, sondern in rituelle Handlungen, in Zeremonien des Brauchtums und der Religion einband. Mit Rosmarinräucherte man geweihte Stätten, Stuben und Ställe aus. Sein Duft sollte Gutes bringen und die Luft von schlechten Gedanken, Keimen und Giften reinigen. Der würzige Duft befreie den Geist, sagte man im antiken Griechenland. Um ihre Erkentnisse klarer formulieren zu können, wanden sich griechische Philosophen Rosmarinenzweige ins Haar. In Shakespeares Drama Hamlet heißt es, Rosmarin sei das Kraut der Liebe und des Gedenkens. Die Engländer wurden durch die Römer mit dem*

Rosmarin vertraut gemacht, so wie alle anderen europäischen Völker nördlich des Mittelmeers auch. Karl der Große nahm Rosmarin in die Liste seiner Landgüterverordnung Capitulare de villis vel curtis imperii auf, die um 812 in Aachen verfasst wurde. Seither machten sich bei uns Nonnen und Mönche um den Ruf des Rosmarins als Heil- und Küchenkraut verdient und –»

La abuela bosteza, mueve la mano y le acerca la Biblia.

«¿No te basta con un libro?»

Barbora Panklová vuelve a ponerse a llorar mientras observa las flores de las margaritas que, tras haber sido recogidas en el prado, se han cerrado para volver a abrirse al calor de la cocina; la abuela las tira en la sopa sobre un intenso fogón.

Barbora Panklová crece de prisa y cae en la trampa. ¿Era de niña realmente libre? Corre descalza hasta el arroyo, refresca sus pies agrietados y, desafiante, chapotea en la orilla. Apila las piedras, desafiando la corriente. Susurra las palabras de Goethe que, hasta el momento, toma al pie de la letra pero le palpitan en las sienes.

«*Auch aus Steinen, die einem in den Weg gelegt werden, kann man Schönes bauen.»*

Arranca pequeñas flores y se adorna con ellas.

«Un día creceré, maduraré pero cuándo será ese día». Le pregunta al Universo que se queda en silencio. De repente, muchas cosas no están siendo bien vistas. Sin embargo, ella no las provoca y, si lo hace, no lo sabe y, en todo caso, no es adrede; el cuerpo hace lo que quiere, cambia, se redondea, ofrece un fruto maduro al que mordisquear. La voluntad no interviene en los procesos del cuerpo que los ojos masculinos reducen a un cuerpo redondeado. La mecha tenue se ha encendido.

Impotente frente a su propio cuerpo y sus cambios, ¿por qué debería sentirse culpable? Quizá podría detener su cuerpo si dejara de comer. Está bien peinada y decentemente vestida como siempre, en ese sentido no ha cambiado nada. Sin embargo, de repente empiezan a decir de ella que se está arreglando, acicalando y que coquetea demasiado. Basta con una cinta roja en el pelo y un tobillo al descubierto durante el juego de la gallinita ciega. Y cuando no se arregla dicen que es una vergüenza, que no se ocupa de sí misma ni de cuidar la reputación de su familia. En pleno siglo XXI los hombres siguen golpeando los cuerpos de las chicas, incluso en las ciudades europeas, por ir por la calle con minifalda o con *shorts*. Y los escupen. Todo el mundo se toma la libertad de escupir sobre los cuerpos de los chicos y las chicas.

El tiempo es frágil, se rompe de forma imperceptible. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya. Faltan cinco minutos para las doce y el tiempo mira hacia los lados en ese cruce que hay entre la niña y la mujer; desnudando brutalmente el entorno de la familia y la sociedad en que crece la niña. Entre si la chica será protegida o atacada de forma violenta e impune. No importa si las monstruosidades tienen lugar en las sombras de esas habitaciones infantiles victorianas o de los Habsburgo, o a causa del peligro duplicado del mundo de internet de los siglos siguientes. Sigmund Freud investigará la sexualidad reprimida. Debería haber estudiado más bien la no reprimida; él mismo la reprime. Y la violación de las criadas en la casa del amo se considera la norma y ya no le importa a nadie. Meros accidentes de trabajo.

Uno de sus torturados pacientes está acostado en el diván. Suspira angustiado por la injusticia del mundo; a los pedófilos

homosexuales les basta con ser creyentes y convertirse en sacerdotes, pero qué debería hacer la gente como él a la que le gustan las niñitas, las adorables ninfitas.

Barbora Panklová está creciendo y, como toda mujer, es una coleccionista aplicada. Colecciona las restricciones determinadas para su género, las escritas y las no escritas, las definidas en voz alta y las silenciosas. El mundo le impone su primer diccionario de lo censurado; clasifica las palabras entre las que son apropiadas para una mujer y las que no. Experimenta un primer sentimiento de humillación que no sabe expresar. En un contexto distinto, una similar impotencia desesperada es descrita acertadamente por la filósofa, judía y creyente cristiana, crítica de la Iglesia católica y potencial santa Simone Weil. Ingresa a trabajar como operaria en una fábrica, y experimenta la vida de las obreras del siglo XIX. Vive, trabaja y respira en la fábrica, donde se le imprime una nueva marca de esclavitud, parecida a la marca de la vergüenza que los romanos grababan con hierro encendido en la frente de los esclavos más despreciables.

«Desde entonces siempre me he considerado una esclava.»

Barbora Panklová todavía se defiende intuitivamente, todavía se escabulle, todavía intenta escurrirse, todavía no deja que la quiebren, la humillen ni le marquen para siempre la frente. En esa inútil resistencia pierde tanta preciada energía. Que podría utilizar en otra cosa.

Tanta preciada energía.

Preciada energía.

Energía.

Sólo para poder cumplir las posibilidades de su propia vida, vivir consigo misma para poder considerarse una persona libre y no perder ese sentimiento que es una flor en el fango. En su viaje por la vida encuentra a multitudes de hombres y mujeres. Acechando en cada esquina con un hierro encendido en la mano. Los primeros en rodear su cuerpo con los brazos extendidos son sus padres, su abuela, la maestra, el párroco. Y le apartan el pelo de la frente.

John D. Rockefeller es un hombre joven y un excelente ejemplo del nuevo ascetismo. Confluyen en él la ética protestante y el espíritu del capitalismo naciente. La virtud protestante del calvinismo implica tapiar la auténtica vida interior con su alegría, inquietud y dudas. Y también evitar de manera sistemática el placer. Desterrar los deleites de todo tipo.

Se pasa las noches tratando de resolver un crucigrama llamado Biblia y nadie jamás lo ve reírse a carcajadas. Una personalidad alterada, piensa la señorita maestra al mirar un dibujo en el que sólo hay números. Nadie lo dice en voz alta.

Pero, sí, claro que lo vieron sonriendo: al final de una exitosa negociación comercial.

Sólo confía en su almohada, con la que duerme desde que era un niño; no confía en nadie más. Por superstición, se lleva su almohada a todos lados; lo acompaña en sus viajes de negocios. John D. Rockefeller supervisa personalmente su limpieza; también compra fundas de seda, la mulle, la ahueca, la alisa, la coloca en camas de hotel y en el catre del compartimento ferroviario de su lujoso vagón privado. Se procura un estuche de cartón. Pero se resquebraja y se

humedece. Encarga un estuche redondo especial con tapa en el que se transportan sombreros femeninos de ala ancha. Más tarde se hace fabricar en París una maleta de Louis Vuitton Malletier con un suave acolchado amarillo intenso que por fin le hacen a medida. Él mismo hace su cama y no tolera ni una arruga. Como si cuidara el espacio en el que «vive» su almohada.

La almohada es sagrada. La almohada es una amiga. La almohada es su desahogo. La almohada es un confesionario; su propietario le confía pasajes de la Biblia, sueños, planes, objetivos comerciales, transacciones acertadas y desacertadas, historias, secretos, alucinaciones. Cuánto han absorbido y encarnado a lo largo de los años sus plumas, un accesorio de su nueva religión, ¡una reliquia preciosa!

Sin embargo, a veces, un momento de debilidad crucial puede desbordar a cualquiera y la vejez de Rockefeller abre la caja de Pandora de las emociones áridas. Antes de que su boca calle para siempre, confía su aberración a su desconcertado hijo bajo la tenue luz del atardecer, en voz baja y de forma patética, como si transmitiera a la futura generación el secreto del Santo Grial.

«¿Sabes qué? Te lo voy a decir directamente y sin adornos. Durante décadas, sólo he mantenido charlas fundamentales conmigo mismo y con mi almohada. Y esas conversaciones íntimas han tenido una enorme influencia en mi vida.» Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La casa queda en un bulevar parisino y en una escalera de caracol se cruzan, con la tenue luz pastel del alba, los cuerpos de dos hombres. Amanece lentamente. Alfred de Musset se tambalea y

tropieza con el primer escalón. Lleva una carga pesada; sube las escaleras con una fuerte resaca y dolor de cabeza. Su cabeza es un pedazo de vidrio. Se pregunta si no debería ahorrar tiempo y subir de dos en dos los escalones. Lo intenta. Sus pies están hechos de roca. Otra vez se tambalea.

A Théophile Gautier, en cambio, se le ha pasado muy rápido la borrachera. Se apura en bajar las escaleras, paso a paso y sin tropezar; durante el recorrido se abotona de prisa el abrigo y murmura algo airadamente. Pasa junto al borracho en la planta baja sin darse cuenta. Alcanza el picaporte de la enorme puerta de entrada cuando el cuerpo ebrio de Alfred de Musset se recobra, gira y se apoya en la baranda. Sus ojos enfocan el blanco móvil y su boca balbucea incoherencias.

Théophile Gautier regresa. En silencio le entrega al borracho la manoseada llave con la que se abrió camino a ese imaginario paraíso nocturno que resultó ser una desagradable guarida de dragón repleta de mordeduras de serpiente. Alfred de Musset intenta meter la llave en el bolsillo. No lo logra, la llave se le escapa de la mano y rueda por las escaleras tintineando.

«Ella puede arreglárselas bien con que un hombre llegue tarde, siempre y cuando no vuelva a casa antes de lo previsto».

Ambos siguen el itinerario de la llave. Ambos suspiran cómplices. Ambos se sienten engañados. Una alianza tácita se despierta profundizando las simpatías fraternales. Théophile Gautier será intransigente e implacable en sus críticas literarias contra Madame. Con Alfred de Musset será firme e implacablemente indulgente en todas las circunstancias.

Quinta parada ferroviaria

Medicina negra y paleta de pintor

La luna emerge entre las nubes. Barbora Panklová está confundida. Se esfuma en secreto de su casa y bajo la luna llena se queda descalza en la orilla del estanque. Alrededor se oye el furioso croar de las ranas. Observa con atención la superficie del agua. Mientras todo lo demás en su vida falla, el suelo que está bajo sus pies sigue siendo su único apoyo. Mira las estrellas; siempre se siente abrumada por su belleza y su propia impotencia ante el estrellado laberinto del infinito. La luna traza un sendero en la superficie y la invita a adentrarse en él y seguirlo. El camino a la eternidad. Se autoinculpa.

«Todo ha sido mi error. A menudo mi alma es como un lago que una brisa ligera agita de tal modo que ya no resulta posible amainar las olas.»

Los adultos inculcan normas contradictorias en la cabeza de sus hijos adolescentes. Lo que podía y se le permitía hacer de niña, no puede ni se le permite hacer siendo una mujer. Todavía no comprende bajo qué pretextos apartan su cuerpo del espacio público y la encierran en casa, donde la cocina es el altar, el confesionario y su desahogo. Está sentada al lado de su abuela, que cose sus

sábanas de ajuar. Le fascina el jugueteo de los brillos de la aguja. No puede dejar de mirar.

Los tilos susurran y los niños pasean en el valle con su abuela por la tarde. Los más pequeños van corriendo en dirección al agua. Lanzan ramas a la corriente. El agua salpica en todas direcciones. Barbora Panklová *debe* ir despacio detrás de ellos sin mover los brazos. Sus ojos observan el vuelo de un pájaro negro. La abuela llega cojeando y en último lugar a la pasarela sobre el arroyo y se detiene.

«¿Y dónde está el mar? ¿Y cómo es, abuela?»

Barbora Panklová no obtiene ninguna respuesta. Y sin embargo quiere seguir nadando incluso de día en el estanque. Quiere vadear en el arroyo, pescar truchas, tirarlas a la orilla y recogerlas en la cesta. Quiere trepar árboles y colinas, rodar cuesta abajo las pendientes, correr por los prados y laderas florecidas, escalar montañas, bañarse en la naturaleza y no sólo observar cómo nadan los niños. Quiere seguir haciendo deporte. Quiere seguir subiendo los bajos y empinados escalones y las largas escaleras corredizas de la biblioteca del castillo para estirar la mano y alcanzar los libros que ella misma elige. El alto cultivo de trigo se ondula como la superficie de un lago y ella desaparece en él. Lo que era normal para una niña no es adecuado para una mujer.

No es cuestión de pobreza o falta de educación. En Viena se mirará con recelo a la joven emperatriz de Božena Němcová, la princesa de la familia bávara Wittelsbach que se llama Elisabeth Amalie Eugenie y a la que se conoce como Sissi. Los récords mundiales que nadie mide de las secretas hazañas deportivas de esa atleta olímpica-imperial, el estudio de lenguas extranjeras, la

escritura de poesía, sus cabalgatas, sus rápidas y extensas excursiones nocturnas, sus ejercicios con aros y trapecios, su nado, navegación, exóticas expediciones, viajes, su interés en la política y profundo aprendizaje serán considerados una extravagancia aberrante. Definitivamente, no le granjearán el respeto ni la aceptación de nadie en la conservadora nobleza de Viena y mucho menos de la checa. Y ni hablar de sus súbditos. Lo único que puede controlar en su desesperación es su propio cuerpo. Deja de comer. *Vaschdengas Boarisch? Vui Vagnign*!

El padre de Rockefeller tal vez sea un inútil, un mediocre y un incompetente, pero también es un astuto charlatán. La humanidad ha considerado durante mucho tiempo la materia negra como un desperdicio inútil; una mucosidad que envenena los ríos. Pero los charlatanes e incompetentes han sabido aprovechar el petróleo, desde el principio, con astucia. El padre de Rockefeller ya no anda detrás de sus clientes. Al otro lado de su puerta hay una fila de cuerpos somnolientos que vienen de todo el país para acudir a él, viajando de cualquier manera. Y hace tiempo que no son sólo cuerpos de mujeres. Los pasajeros enfermos ahora llegan en trenes abarrotados. La estación de destino es la esperanza.

Deja esperando durante largas horas detrás de la puerta a cuerpos gravemente enfermos y doloridos con los ojos enrojecidos, hinchados y exhaustos. Aburrido, coge una lima, se arregla las uñas y se encera el bigote. Se pone un buen traje y no deja de chequear que su hijo haya pulido con dedicación sus mocasines negros. El brillo debe ser tan reluciente como el del espejo; le encanta cuando

sus clientes bajan la mirada con miedo y quedan impactados con el inesperado e impecable brillo que ilumina su insignificancia y entonces deslizan con timidez sus polvorientos zapatos debajo de las sillas en cuyos bordes se sientan como si fueran espinas.

«La primera impresión, muchacho, la primera impresión es absoluta e irrevocablemente decisiva.»

Vende botellas de vidrio grueso y marrón oscuro a los infelices que tienen la muerte en la punta de la lengua y con un dedo rosado les toca el párpado para que puedan iluminarse. Amén. Ofrece varitas a un precio elevado: cuando las agitan sobre agua podrida, se dice que la convierten en manantial. Amén. A las mujeres les esconde en los senos botellitas de color marrón oscuro con forma de corazón. Las deben descorchar en casa. Entonces sus corazones arderán con agua oxigenada. Amén.

«Tres veces al día tómese cuatro cucharaditas de petróleo después de las comidas. Cura la bronquitis, el hígado, el estómago, los riñones, el bazo, cura el cólera, el cáncer. También la tuberculosis. Y también las enfermedades de la piel. ¿Cómo dice? ¿La epilepsia? Claro, por supuesto, eso también. Y sobre todo calma los nervios. Y es el mejor afrodisíaco.»

Los únicos cuerpos enfermos que admite no saber curar son los de quienes sostienen que su orina es muy dulce porque atrae a abejas, moscas y hormigas; no tiene ni idea de la existencia de la diabetes, no sabe que la sangre de estos cuerpos es de chocolate.

La gente compra carísimas botellitas de color marrón que tragan con obediencia, hacen muecas, tosen, vomitan. No se untan la piel con el líquido negro, se niegan obstinadamente a hacerlo; ese color les recuerda de forma compulsiva a los negros inferiores. Los

esclavos. Temen que el color oscuro se adhiera a su piel para extenderse y penetrar su alma. Temen que su sangre y su piel sean de chocolate. El negro es una marca grabada con hierro encendido en medio de la frente.

No les molesta lo negro del estómago, los riñones, el bazo y el hígado.

La familia del charlatán no sufre hambruna. La gente confía en los impostores codiciosos, no en los especialistas. El padre de Rockefeller sabe que las enfermedades no envejecen, no mueren, no desaparecen; aparecen, por el contrario, otras nuevas, igual de misteriosas. El petróleo es la medicina contra el miedo a la muerte. El charlatán se lucra con la desgracia y la esperanza. La desgracia le paga con oro y la esperanza le retribuye devoción.

Cuando Božena Němcová envejece y cae gravemente enferma comienza a ingerir, a duras penas, infusiones de hierbas y ortigas machacadas, se retuerce de dolor, se limpia la saliva ensangrentada, envuelve su cuerpo desnutrido con vendas precalentadas y se aferra al marco de la puerta. Viste una tosca camisa remendada. Mira la sábana. Está cubierta de sangre que es, otra vez, de chocolate.

«¿Cree que alguna vez me curaré, doctor? Es un estado muy incómodo el de no poder estar un solo día sin sentir dolor.»

Božena Němcová está famélica. El hambre es, en todas las épocas, la misma enfermedad. A finales del siglo xx, Alfred Champagnat inventa un remedio contra el hambre: la producción barata de proteínas a partir del petróleo. La agroindustria moderna y los Rockefeller del mundo se asustan, unen fuerzas y se ponen en guardia. Cualquier cosa con la que no puedan obtener beneficios ni monetizar, cualquier cosa que sea barata los asusta. Están

convencidos de que todo se puede monetizar, incluso la pobreza. Lo que más los horroriza son palabras como gratis, sin ánimo de lucro, solidaridad; esas palabras recorren sus espaldas como una cruda helada y un enjambre de arañas venenosas. Bajo la luz tenue de los hogares de los clubes de caballeros, se persignan horrorizados, Señor, protégenos de esas palabras pecaminosas, se trata de una trampa del diablo. Cuando sus hijos pronuncian palabras semejantes en presencia de papá y mamá tienen que hacer, como castigo, gárgaras con agua salada en el baño de su casa. No les molestan, en cambio, los vulgarismos. Piensan, piensan e imponen una producción distinta, propia; sus biocombustibles, por el contrario, harán subir los precios de los alimentos. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Alfred de Musset no tiene la condición física de un joven, pero sigue siendo un vivaz danzarín con un alma colorida. Al menos eso es lo que él piensa de sí mismo. Hace años quedó fascinado por un encuentro en París con una provocativa criatura; un nuevo desafío, un horizonte desconocido y salió de cacería.

No sabe cómo domar a su difícil presa y es lo único que desea. A contracorriente de su voluntad bohemia se siente profundamente frustrado. Sabe del género pero no sabe lidiar con la persona en el cuerpo de la admirada Madame. Sus historias literarias giran en torno a una feminidad intensa, que él no considera un gran tema artístico; lo cansa incluso como tema de relleno de interminables discusiones. No comprende cuál es el problema de su excitada e histérica amante. George Sand discute constantemente con él.

«¿Puede una mujer amar libremente como un hombre? ¿Puede entregarse sin obstáculos a sus impulsos eróticos y realizarlos?»

La mera formulación de preguntas tan provocativas es arriesgada. George Sand no encuentra interlocutor para semejantes debates en privado, por lo tanto aborda con profundidad ese problema en su literatura. En las interminables páginas de sus novelas acaba respondiendo a sus propias preguntas con un sí rotundo. Todos sus síes son destructores de tabúes. Todos sus síes son descarados, nunca humildes. Los dice vestida de un hombre seguro de sí mismo. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Cuando George Sand está acompañada le gusta discutir cómo y cuándo la humanidad dividió y colonizó la esfera terrestre, enmarcando las partes fragmentadas dentro de las fronteras nacionales. Son imágenes de la galería mundial para los visitantes del universo. Y las golondrinas vuelan por el mundo mirando los colores que predominan en esos cuadros. Los colores de la monarquía Habsburgo yacen en la paleta del pintor en el sector de los tonos correspondientes a las cacerías otoñales e imperiales; los colores de las plumas del faisán y su pareja, que cada mañana a las nueve y cuarto se dirigen con férrea constancia a la casa de cristal de la isla Amrum a esperar pacientemente su habitual puñado matutino de grano una vez que termine mi frase.

Mientras tanto, Božena Němcová espera en la estación del siglo XIX y se cruza con dos pasajeros. Sus miradas se encuentran. Viajan en el mismo tren imaginario, en distintos compartimentos. Se paran

junto a la ventanilla a saludar, luego se sientan y miran atentamente a su alrededor.

George Sand vive en Francia.

John D. Rockefeller vive en EE. UU.

Božena Němcová vive en la Austria multinacional y el problema es el idioma. Austria es después de Rusia el segundo estado más grande de Europa. Božena Němcová vive en una unidad que tiene cuarenta millones de habitantes. Ocho millones y medio de alemanes, dieciséis millones de eslavos, seis millones de italianos, cinco millones de húngaros y menos de tres millones de rumanos. El punto más septentrional del imperio es Hilgersdof (asentamiento de Severní) en el promontorio de Šluknov en Bohemia del norte, el punto más meridional es el monte Ostravica en Dalmacia, el punto más occidental está en Rocca d'Angera cerca del lago Mayor en Lombardía, el punto más oriental en Bucovina (actual Ucrania). Es un estado agrícola, la mayoría de la población vive en el campo, entre cultivos y la cría de ganado de acuerdo con prácticas centenarias. El desarrollo técnico aún sigue rezagado. Los visitantes occidentales se preguntan a veces si el país entero no ha caído en manos de la secta de los *amish*.

En el siglo XIX los países comienzan a realizar un *sprint*. Algunos desaparecen en la lejanía tras el horizonte, otros se agazapan en su sitio esperando un nuevo disparo de salida. Algunos ya han oído el disparo pero titubean.

Austria y también Prusia son, por el momento, países feudales perfectos. Sus monarcas «por gracia divina» a nada temen tanto como a las revoluciones y las repúblicas, ay Dios, si accediera la chusma al poder se nos vendría una dictadura como la de los

jacobinos en Francia. También temen al ferrocarril y amontonan en torno a él palabras interminables como *Eisenbahninbetriebnahmegenehmigungsverordnung*. El siglo XIX respira en un estrecho corsé, atado a una profunda contradicción de desarrollo económico y estancamiento político. El corsé reventará, sí, sí, sí, sí, incluso un siglo puede bailar la polka.

A los ferrocarriles no les interesa la política; resaltan maravillosamente los relieves de los distintos desarrollos detrás de las ventanillas de los vagones en movimiento nutriendo las imágenes de los marcos fronterizos con nuevas perspectivas, sentidos, interpretaciones y colores. Los países se dividen en aquellos donde silba el ferrocarril y aquellos donde tropieza el caballo. Lo mismo ocurrirá en el siglo XXI: ahí donde haya una autopista, habrá conexión con el mundo y una perspectiva diferente y más moderna.

A la Europa del siglo XXI le está costando mucho llegar a un acuerdo. Los países están terminando de correr la maratón del siglo XIX con distinto grado de agotamiento. Ciertas etapas en la vida de un hombre y ciertas etapas en la vida de un país no pueden pasarse por alto. John D. Rockefeller sólo ve sangre de chocolate brotando de las heridas del globo; no le interesa nada más. El petróleo es la sangre de chocolate de todos los planes de negocio de Rockefeller, fluye por las venas de sus compañías. Tiene el mismo color de la sangre que tose, enferma, Božena Němcová en Praga. George Sand cree que Francia se está reabriendo, con mucho esfuerzo, al espíritu de la democracia y la reforma. Božena Němcová no cree que en la monarquía austríaca reine la Edad Media. Su corazón late de forma librepensadora, cosmopolita, moderna. No importa dónde viva

porque ella no piensa en el contexto de las naciones sino en el de la humanidad.

«Sabemos que el amor a la nación es una mentira si no existe el amor fraterno.»

No escribe sobre las personas checas, sino sobre las personas.

La vida está plagada de hermosos caldos de cultivo y contradicciones. Božena Němcová tiene, paradójicamente, mucho más en común con el hijo del emperador Franz Josef de Habsburgo-Lorena que con los patriotas; está sentada con él en el mismo compartimento de un tren invisible. Debajo del candelero es donde suele haber más oscuridad; el desafortunado Rudolf, atormentado heredero al trono, que acabará cometiendo un suicidio junto a su novia, es un convencido demócrata que exaspera tanto a su familia como a la corte. A su madre también él le es indiferente, viaja por el mundo, cultivando suspiros y una cintura de avispa. Hay días en los que su madre sólo se traga una naranja en toda la jornada. Otros pelan la cáscara por ella, y Elisabeth Amalie Eugenie, mirando la naranja, cita a un poeta llamado Heinrich Heine.

Die Mutter aber fing wieder an
Zu fragen sehr vergnüglich,
Nach tausend Dingen, mitunter sogar
Nach Dingen die sehr anzüglich.
„Mein liebes Kind! Wie denkst du jetzt?
Treibst dun noch immer aus Neigung
Die Politik? Zu welcher Parthey
Gehörst du mit Überzeugung?"
Die Apfelsinen, lieb Mütterlein,
Sind gut, und mit wahrem Vergnügen
Verschlucke ich den süßen Saft,

Und ich lasse die Schaalen liegen.

Božena Němcová y Rudolf son apasionados defensores de la democracia y el patriotismo unificador. Rudolf concibe la monarquía moderna como un ente globalizado. «El estudio de la gente que vive dentro de las fronteras de este imperio no sólo constituye un área de actividad muy importante para los expertos, sino que además puede utilizarse en parte en el desarrollo de un patriotismo unificador. Un mejor conocimiento de los valores y rasgos típicos de cada uno de los grupos etnográficos y su interdependencia material debería fortalecer los lazos de solidaridad que unen a todos los habitantes de la patria.» Y a los habitantes del globo. En el globalizado siglo XXI el mundo se encoge: todos son habitantes de una única aldea global. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Sin embargo, no. Božena Němcová nunca viaja en el mismo tren rápido con John D. Rockefeller y, por lo tanto, no puede explicarle apasionadamente por qué su universo mental que ignora las páginas de los libros y la contemplación de las estrellas conduce, según ella, a un infierno abrasador.

Sus vocabularios se cruzan con la misma fatalidad de dos cuerpos extraños en una estación central de tren.

Desde un tren en movimiento la observan los curiosos ojos de George Sand. Ven que el cuerpo de la mujer sigue sentado frente a la estación abandonada, en medio de varios fardos de mantas, ropa y enormes charcos de agua, antes de meterse en un tren de cercanías. El tren rápido se ha ido y ya no vendrá otro.

El cuerpo masculino no pierde tiempo mirando a los demás pasajeros y sube a su ostentoso vagón personal.

Se trata de tipos humanos diferentes. Un tipo de ser humano del todo distinto. Viven, obstinadamente, en otros planetas mentales. Las palabras siguen sin cruzarse. Él toma siempre lo que quiere sin reparar en el entorno. Cree que las oportunidades sólo están ahí para él. Y desprecia todo lo que tenga que ver con pobreza, debilidad, modestia, integridad, empatía, sensibilidad, romanticismo, desinterés, amor al prójimo y madre soltera. Ella nunca tomará ni siquiera lo poco a lo que tiene algún derecho. Piensa que todos deberían tener las mismas oportunidades. Cómo las usa cada quien, ya es otra cuestión. La razón significa distancia y es un obstáculo para la percepción de la vida, es bueno dejarla descansar a veces y simplemente sentir, percibir, ser. Y desprecia todo lo que tiene que ver con arrogancia, elitismo, egoísmo, poder, fama, orgullo vacío, esnobismo, manipulación y acumulación de la riqueza. La acumulación de cualquier cosa le resulta una actitud que está lejos de aprobar y sostiene que la abundancia material sin riqueza espiritual es también otro tipo de pobreza. Mucho más peligrosa.

El petróleo recibe un nuevo nombre, más reluciente: oro negro. Las mechas de las lámparas de luz tenue, fabricadas a partir de grasas animales y vegetales, se están consumiendo en forma lenta pero segura. Sobre todo las de grasa de ballena. El tiempo se acelera y la industrialización es un pulpo. El tiempo se acaba. Y el tiempo es dinero. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya. El tiempo y la noche necesitan luz artificial.

Y el día, por el contrario, necesita lubricar con aceite confiable los telares mecánicos, las imprentas a vapor y, sobre todo, las vías ferroviarias. Las vías se ramifican. Los ferrocarriles se regocijan con sus nuevos brotes. Crecen rápido y no necesitan del sol. El horario de trabajo de los hilanderos bajo la luz artificial se extiende a catorce horas al día; y aun así los hilanderos no pueden mantenerse a sí mismos ni a sus familias. La jornada laboral de los obreros de las fábricas se extiende a doce horas; y aun así los obreros no pueden mantenerse a sí mismos ni a sus familias. En todas sus demás versiones, la esclavitud depende de las circunstancias. Aquí se introduce directamente en el trabajo.

Aquí no surgen vínculos, porque un vínculo sólo surge si el pensamiento lo establece. Este tipo de miseria bloquea el camino de una persona hacia la libertad. Y conduce a los obreros a un completo aislamiento porque la solidaridad entre los trabajadores se rompe con la lucha por la competencia.

Pero, qué va, el horario de trabajo no sólo se extiende a catorce o doce horas; la preparación de los telares y el mantenimiento de las maquinarias una vez terminado el turno no cuenta como tiempo de trabajo. Y el sueño americano se arremolina en el aire como un polvo dorado, se instala en los pulmones y los corroe como una moderna variante de la silicosis; la ilusión pecuniaria es un imán. Arrastra cuerpos humanos. Va tirando de ellos del campo a las ciudades y de las ciudades al otro lado del océano. Atrae a inmigrantes de todo el mundo, también de Austria y, por lo tanto, de Bohemia. Para los europeos brilla la estrella distante de una tierra prometida en la que todos podrán hacerse ricos. Es real. Se llama América.

Los campesinos pobres de nacionalidad checa se marchan hacia el otro lado del océano y sueñan con la riqueza americana, con teatros con arañas engalanadas con ardillas negras. Los patriotas checos ignoran esas historias; prefieren escribir sobre la pobreza moralmente superior, fiel, devota, benévola y ejemplar del campo checo y no hacen mención alguna a cómo ni por qué el campo se está despoblando. Le agradecen a la «minoría» por haber preservado el idioma. Sin embargo, depende de la perspectiva con la que vean la nacionalidad: en términos numéricos, la checa es un tercio mayor que la alemana.

Escriben, de un solo golpe, sobre la naturaleza y la pobreza; limpia y pura es la virtud de los honrados hombres de bien y las mujeres inmaculadas. Los nacionalistas del resurgimiento checo simplemente sueñan el futuro con un sueño distinto. Uno no americano.

No escaparán. La realidad del siglo XXI se está configurando y puliendo en un continente donde los Rockefeller del siglo XIX decididamente no ven ningún tesoro en el arte, la cultura, el idioma, las virtudes del resurgimiento y mucho menos en ningún nacionalismo. El siglo XXI se unirá a ellos, el patriotismo se interpondrá a manera de obstáculo y los economistas de Praga lamentarán que los checos se comporten como patriotas a la hora de invertir. Para su desgracia.

Surge el problema de nuestro mundo: la fiesta sin fin de unos pocos chicos ricos. El tesoro es el petróleo, la sangre de chocolate del globo terrestre. Todo queda bajo su dominio. Gobernará el futuro. Petróleo, gas, energía. En el año 1855 Božena Němcová publica una novela con el título de *La abuela* y un químico de la

Universidad de Yale presenta al mundo su novedad: la fuente de la luz es el queroseno, un destilado del petróleo.

Estación de transbordo

Segunda parte

Sexta parada ferroviaria

Clave para identificar el material humano

Praga trata a la señora Božena Němcová como una advenediza del campo atrasado. La miran desde arriba con una altiva condescendencia. En esto no difieren las familias burguesas de habla alemana y checa; las clases más opulentas hablan sobre todo alemán, lo cual es para ellas una cuestión social. La red de escasas familias pudientes y amigas de Praga está muy entretejida. No dejan entrar a cualquiera y la prueba de ingreso no es muy clara. Un componente extranjero podría exponer su eventual mezquindad y autoengaño provinciano; y lo cierto es que no planean mirarse en el espejo. Prefieren sectarizarse y reafirmar su altivo excepcionalismo. Expulsan a los extranjeros. En sus turbios corazones habita el más puro esnobismo.

Betty Panklová sigue teniendo la última palabra. Es tan ingenua como hermosa. Confiada, emocional. Sus perplejos rubores pelean contra su nuevo yo. De repente Barbora Panklová se comporta como una mocosa que tira de la falda a la ya casada Božena Němcová, la tranquiliza, la dirige, el susurro interior es temeroso; acalla la frenética inquietud del intelecto y la impaciencia del corazón. Lo que más la asusta es cuando, al lavarse el sexo, Božena Němcová se lo acaricia. Lo que más la asusta es cuando su marido no aparece en

sus sueños eróticos. Lo que más la asusta son las preguntas de Božena Němcová. «¿Puede una mujer amar libremente como un hombre? ¿Puede, al igual que un hombre, entregarse sin obstáculos a sus impulsos eróticos y realizarlos?»

La mera formulación de preguntas tan provocativas es arriesgada. Barbora se pondrá del lado de la pequeña burguesía; recuerda a la rebelde Božena de dónde ha venido y cuál es su sitio. Božena se ha emancipado de su familia, pero no se ha liberado; el papel materno lo sustituye la voz interior de Barbora. Se destruye y castiga a sí misma de un modo masoquista.

«¿Por dónde andas hurgando? Mantén la boca cerrada y la cabeza baja, mantente en tu sitio, sé obediente en público y con las familias adineradas, sé respetuosa, no digas nada, asiente con la cabeza. De acuerdo, se trata de tontos prejuicios que tal vez se diluyan. Hasta que te conozcan de verdad. Tal vez.»

«¿Y cómo me van a conocer de verdad si me quedo callada?»

«Cállate, no protestes, no provoques, muchacha boba, aún tienes mucho que aprender, mientras tanto debes ser tan humilde como se debe, adaptable, mira a tu alrededor, sonríe, no contestes mal. Sí, y mírate más en el espejo, arréglate, úntate la frente con miel antes de acostarte para que te quede lisa, cepíllate bien el pelo, lávalo con una infusión de ortiga, luego átalo a un moño, eres hermosa y eso es suficiente. Por ahora con eso basta». Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El mundo empieza a soñar de un modo distinto y el sueño está muy retocado. Su nombre es Rockefeller. El del XIX es el siglo compacto del petróleo, los ferrocarriles, las chimeneas de las fábricas y los refugiados económicos de Europa. Los familiares se

rifan entre ellos el nombre del afortunado y reúnen entre todos dinero al servicio de su partida; el sentido común tiene su propia clave para identificar un material humano resistente. Los más ricos meten mano en el catre de paja o desgarran las sólidas y apelmazadas costuras de colchas y almohadas heredadas; la almohada es una caja fuerte y un tesoro.

El futuro de los descendientes está guardado dentro de la almohada. Futuro significa progreso. Progreso significa que cualquier tiempo será mejor y mejor y mejor y mejor, incluso el progreso puede bailar la polka. Los brazos se hunden hasta los codos en las mantas de plumas, los dedos palpan, tantean y sacan monedas del edredón de plumón. Los ahorros cosidos en colchas y ocultos bajo montones de paja se reencarnarán para emigrar a América en forma de billetes de barco.

Recogen sus cuatro cosas y van en busca de su sueño. En los barcos varias familias se amontonan en camarotes de tercera clase. Comparten un único abrigo caliente. A bordo de los transatlánticos sopla el viento frío de las dudas y la incertidumbre y los que están en los camarotes de tercera clase no logran entrar en calor. Van detrás de una visión de oro negro y les rugen las tripas. En casa dejan los cuerpos viejos y a los bebés con sus esposas que no harían más que estorbar. Las jóvenes madres se oponen. No quieren ser olvidadas y dejadas de lado. Prefieren asfixiar a sus hijos con sus colchas destripadas. De todas formas la tasa de mortalidad infantil es tan escandalosamente alta que por qué dejarían pasar la oportunidad; en el ciclo de apareamiento y reproducción, la pérdida no se nota.

Al principio de la fiebre negra quienes más dinero ganan son, curiosamente, los fabricantes de palas. Una pala es un capital. Una pala rota es una catástrofe. La desesperación ante semejante pérdida provoca impotencia, depresión, locura, suicidio. Los cuerpos más resistentes buscarán un trabajo temporal en otro lado para ahorrar para una pala nueva. Terminan en las fábricas sin ahorrar nada y sin poder alimentar ni siquiera a su reducida familia. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

En el siglo XXI, en el marco de una conferencia en Stanford sobre los vínculos entre el estrés y las enfermedades, un psicólogo y un jefe de psiquiatría asesoran a los cuerpos masculinos y femeninos. Una de las mejores cosas que puede hacer un hombre por su salud preventiva es casarse. Y lo mejor que una mujer puede hacer por su salud es estar en permanente contacto con sus amigas. Lo dicen en serio y no me extraña. Las mujeres se conectan ofreciéndose sistemas de apoyo mutuo para hacer frente al estrés y las situaciones difíciles de la vida. Comparten sus emociones; el tiempo que pasan juntas es tiempo de serotonina. El tiempo que se pasa con las amigas es tan importante para la salud como ir al gimnasio. O como ir a correr. Y el hecho de que esas relaciones no funcionen es tan nocivo para el cuerpo como fumar. ¿En serio?

Pero ¿qué hacer cuando en Praga incluso las mujeres se están alejando poco a poco de Božena Němcová?; su intensidad es demasiado real y peligrosa. Porque Božena Němcová, de soltera Panklová, siente aversión por todo tipo de conformismo y el impulso

de libertad sopla a través de cada uno de sus pensamientos. Es capaz de conquistar su entorno.

La amistad entre las mujeres es nada más que una instancia de tregua.

Al final ninguna compatriota habla con ella. Es como si no existiera. Va tras ellas y siente angustia. ¿A qué le temen tanto los ciudadanos y las ciudadanas?

Por su parte, George Sand parece ser igual. Pero a ella, por el contrario, la admiran y la apoyan. ¿Será que la protege el aire que respira una sociedad más generosa? ¿Será que la protegen la perspectiva y la amplitud de los bulevares franceses, los ecos de revoluciones problemáticas? En París el arte es más libre que en cualquier otro lugar de Europa. Y ella llega a París siendo todavía Aurore Dudevant, de soltera Dupin. La agitación elimina toda timidez y se deshace de todo lo viejo. George Sand no puede apartar la vista de los cuadros en las paredes ni de la gente cultivada en los estudios de los pintores a los que acuden escritores, actores y bailarines. Para ella esos momentos son indescriptiblemente estimulantes y prometedores, y las fiestas artísticas no acaban nunca.

Aurore Dudevant, de soltera Dupin, está de pie ante la noche parisina, borracha. Los hombres salen tambaleándose detrás de ella exigiendo enérgicamente otra botella de vino tinto. Se arrojan a los carruajes para ir al bar. Agotados, se sientan en una mesa y, luego de algunas copas, prosiguen su frenética discusión: nuevas formas, nuevos ritmos. Le fascina todo lo que vive. La comprenden, la apoyan. Formula lo que conjetura. Puede dar a conocer todo lo que ha madurado en ella.

«Una silenciosa sensación de triunfo se me despierta y consiste en que hay algo en mí que los demás no tienen.»

«No se aburrirá en los próximos años, corazón.»

Aurore Dudevant no está en condiciones de describir el estado en el que se encuentra. Está embarazada de una nueva fuerza creativa. Lo contrario de lo que la vida ha sido hasta ahora, grandeza y fuerza, llega la primavera. Nunca habría creído que, en unos pocos meses, las cosas podían desarrollarse tan rápido. La fuerza creativa rompe el dique y se abre camino a través de la escritura. Está experimentando lo que vive su colega inglesa Mary Anne Evans durante un viaje al extranjero. La libertad de los otros la liberará y ratificará su camino hacia sí misma. Despertará a la artista que hay en ella y tomará el timón. Nunca más estará sola.

Božena Němcová no experimentará ese impulso liberador.

Božena Němcová sigue siendo sólo una mujer que nunca se permite ni le es permitido ser artista. Cuando Aurore Dudevant, de soltera Dupin, recuerda sus melancólicas relaciones de juventud y los conflictos en su matrimonio, su fuga con un amante, todo eso había sido como dar vueltas en el mismo lugar. Se cruza con artistas parisinos y toma a la literatura entre sus manos con firmeza. Es una vivencia de encuentros revolucionarios y un punto de inflexión en su vida. Percibe la experiencia de un lugar atrasado en el que había vivido aislada como una pesadilla y sus vivencias actuales como un milagro. Mary Anne Evans menciona alguna vez que para esos dos términos, experiencia y vivencia, en inglés lamentablemente sólo existe una palabra: *experience*. Sin embargo, no son lo mismo. Aurore Dudevant, de soltera Dupin, había sufrido hasta ahora con las caras que los demás ponían al tratarla. No tenían interés ni

dimensión espiritual ni intelectual, ni tampoco necesidad ni hambre de conocimiento, ni de cultivarse, ni de desarrollar su capacidad artística.

Sin embargo está atascada en la indecisión: a decir verdad, su literatura no será ni romántica ni realista ni impresionista ni naturalista, pero tiene claro que la novela es un organismo. Un organismo vivo.

No se trata de una forma artística, sino de una postura espiritual ante el mundo, ante la vida humana y ante la emoción de la vida. París la apoyará. Aurore Dudevant, de soltera Dupin, va a empezar a escribir. Mantiene un animado intercambio de ideas, se vuelve anfitriona y envía a la Criada Checa a por puros extracaros y café extrafuerte.

A diferencia de Božena Němcová, que agradece cualquier atisbo de amistad, ella misma elige a las personas, y su clave para identificar el material humano es intransigente; elige cuidadosamente los cuerpos que tiene a su alrededor. La gente tóxica aquí no tiene lugar. Está acostumbrada a determinar ella misma el tipo e intensidad de las relaciones. Tiene para elegir: tiene amantes talentosos, poco convencionales, europeos y complicados. Cuando se enfría la pasión física, continúan siendo amigos y amantes de su talento para toda la vida. George Sand es adictiva. Alfred de Musset siempre cuenta con que volverá con la misma actitud. Hay en él algo patético.

Es ingenuo pensar que todo lo que ha alcanzado es fruto de los pasos firmes de sus botas de hombre. Por supuesto la protege incluso su origen. Y el azar le tiende una mano en forma de cuerpos masculinos sensibles y de espíritu libre con los que se inspiran

mutuamente. Incluso con el mundano hombre de mundo Alfred de Musset, a pesar de todos sus apasionados dramas, chantajes emocionales, escándalos sexuales, y paralelas y combativas aventuras amorosas, consiguen darse en forma mutua poderosos temas literarios para nuevos libros. George Sand le proporciona el material para su drama histórico ambientado en Florencia. Alfred de Musset se muestra agradecido. Piensa el primer borrador de la trama y escribe la primera palabra inspirado en ella; nace *Lorenzaccio*.

Božena Němcová es hermosa y, para ellos, una auténtica extraña; evalúan con curiosidad y miden deliberadamente a ese animal exótico. Los confunde su genuina apertura al mundo, su sensibilidad e intelecto, su bondad de corazón, su amabilidad, su solidaridad con los demás, su compromiso; su comprensión moderna de la inquebrantabilidad de los derechos humanos.

«Si amo a alguien porque hace el bien, significa que yo también soy como esa persona.»

Nunca dejan de comentar sus orígenes: una campesina sin educación. Tanta autenticidad en cada uno de sus poros, en cada parpadeo de sus ojos verde oscuro; no encaja en el marco de referencia de los checos, no encaja en el marco de referencia de los austríacos, no encaja en el marco de referencia de los alemanes, no encaja en la idea general de cómo debe comportarse una mujer.

Luchan por una lengua en común y, sin embargo, nunca lograrán entenderse entre ellos.

La manada huele la otredad. Aguarda el momento oportuno. Habrá una cacería. En el aire se puede oler el peligro inminente. La

alteridad de Božena Němcová tiene una forma patética de pureza de carácter y profundidad de corazón. Sí, hay una sensación de venganza y advertencia preventiva en el aire. Olor a un linchamiento inevitable. A modo de advertencia. Mujeres como ella son quienes sucumben a la culpa colectiva. Si los patriotas checos hubieran tenido suficientes hombres competentes en conocimientos lingüísticos y literarios no habrían perdido el tiempo con Božena Němcová. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El vapor se eleva sobre las locomotoras. El perfume de una nueva era se expande y se abre paso por el mundo. Se crea un nuevo espacio en el que las personas entran en contacto. El tren. Se crea un nuevo medio para escapar *nach Wien, nach Wien, nach Wien*. En tren. Se crea un nueva modalidad para cometer suicidio. Bajo las ruedas del tren. El tiempo roza las traviesas. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya.

El ferrocarril es democrático. No tiene prejuicios, no conoce fronteras, no requiere rellenar formularios de nacionalidad, estado civil, género ni tener que mostrar documentos de identidad o pasaportes. Conecta países, ciudades, pueblos y casas solitarias. El espectáculo de los paisajes de bosques, orillas y laderas adquiere otra perspectiva fraccionada por las ventanillas de los vagones. Las locomotoras funcionan a todo vapor; van y vienen con un embriagador espíritu amistoso. Se acaban los costosos viajes en incómodas diligencias. Empiezan a quedar atrás los carruajes con muelles tirados por caballos, un símbolo tradicional de las clases ricas. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean.

Las vías emparchan el paisaje y traen nuevas y desconocidas palabras. Tintinean con un sonido metálico y las espera una carrera fascinante: la revolución industrial, la sociedad moderna, la industrialización, el progreso técnico. Frente al individualismo, se fortalece la sociedad de masas. Y, paralelamente, crece una sociedad de individuos egoístas y aislados. No, no es una paradoja ni una contradicción. La sociedad moderna necesita individuos egoístas y aislados en cuyo vocabulario el único sujeto es *yo* y su epicentro los pronombres posesivos.

El idilio del tren sin clase culmina pronto. Los ferrocarriles introducen primera, segunda y tercera clase. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Viene al mundo como Aurore Dupin. La sociedad pronto cubrirá con una pila de nombres su cuerpo como se cubren las mercancías con precios. A lo largo de su vida, le ensalzan el cuerpo con distintos nombres; en la lápida no hay suficiente espacio para todos ellos. ¿Cuál de las claves que identifican el material humano debemos elegir para el yo final, y cuál para el yo anterior?

Los propietarios del cuerpo van cambiando. El producto lleva primero la marca del fabricante y luego la del nuevo dueño: el nombre del padre y el nombre del esposo. La joven Aurore Dupin se sube de un salto al tren del matrimonio, ese tren cuya dirección no conoce ni puede determinar, y del que no se bajará tan fácilmente.

Barbora Panklová es tímida y vulnerable, pero por desgracia todavía ágil; no se la puede matar, no se la puede desterrar; está alojada en el subconsciente de Božena Němcová. Barbora Panklová es la forma que le impusieron a ese cuerpo sus padres y su época. Sus frases y su educación han cincelado su yo libre. *Pigmalión* al revés; Božena Němcová debe luchar por despojarse del caparazón «civilizado» que le impusieron.

El entorno de Praga no le llega a los tobillos ocultos por su ancha falda. Božena Němcová supera a su entorno y su antiguo yo le pone la traba. Es su propia enemiga. La ingenua Barbora Panklová grita gratuitamente a la rebelde Božena Němcová. En vano su voz interior la incita a ocultarse, conformarse y callarse, por el amor de Dios.

Božena Němcová sabe lo inútil que es minimizarse, conformarse, disculparse; si de todos modos la manada percibe el olor de lo excepcional, basándose en la clave refleja para identificar el material humano. La manada ataca de forma instintiva e infalible.

Barbora Panklová carece de apoyo y confianza en sí misma; nunca se termina de dar cuenta de que Božena Němcová no tiene ni puede tener a su alrededor una compañía de su mismo nivel. Siempre habrá algo con lo que irritará a alguien. Y pronto comprende que si quiere seguir siendo fiel a sí misma no puede serlo siempre con los demás. No encontrará muchas almas afines entre la burguesía presuntuosa de la Praga provinciana. La voz interior de Barbora se opone horrorizada, disipando la arrogante sospecha que tiene Božena de que intima con la estupidez. Discuten.

«Vivimos aquí como pájaros malditos en una estrecha jaula. Te matarán a golpes sin ni siquiera permitirte llorar.»

«¿Pero quién puede hacer daño a una persona hasta hacerla caer, quién puede vencerla si está centrada en sí misma y contempla el mundo con una mirada libre y sin prejuicios y si el amor por la gente bulle en su corazón, quién puede en ese caso humillarla y destruirla? ¡Nada ni nadie! Aun en la miseria y con grilletes, las personas son libres. El alma no puede ser esposada y su conciencia tranquila se reirá incluso en la hoguera de los verdugos.»

Praga es una pequeña y hermosa ciudad encerrada en sí misma. Toda mujer moderna irrita a la provinciana ciudad. Nada de soplos de modernidad en la Austria conservadora, católica y estrecha de mente. Božena Němcová es anticlerical y liberal. Además no le faltan otras variedades esenciales de la humildad: humanitarismo, curiosidad, conciencia de que la vida no tiene por qué ser una competencia. Todavía no alcanza a comprender que está rompiendo convenciones tradicionales, arraigadas también en el inconsciente, en este caso colectivo. Que está suprimiendo normas no escritas y silenciosas. No le da una oportunidad a Dios, se la da a sí misma y a su amor. Recorre su camino en soledad.

Božena Němcová se sorprende y sacude la cabeza, al fin y al cabo actúo y hablo con honestidad y vivo según lo que siento. Barbora Panklová chista con antipatía y cansancio.

«No reconoces a ninguna autoridad ni a ninguna institución, ese es el mayor problema, no debes ser así.»

«Tengo una clave distinta, más profunda, para identificar el material humano.»

«¿Cuál?»

«La bondad del corazón.»

«Por el amor de Dios, ¿en qué mundo vives?»

El reloj de pared marca las nueve y cuarto. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya. John D. Rockefeller entra como de costumbre en su edificio y oficina. Sus mocasines pulidos relucen de negro y los empleados americanos inclinan la cabeza como creyentes durante la oración.

El reloj de oro del imperio marca las nueve y cuarto. El emperador Franz Josef de la monarquía de los Habsburgo deja en Viena la pluma sobre la mesa. Es hora de dar un paseo y de tener una merienda a solas. Todavía no sale a tomar aire fresco por la puerta secreta que conduce a sus jardines privados, todavía no es momento de seguir a la actriz vienesa Katharina Schratt, a quien le comprará un chalet y quien, cuando haya terminado de comer la última migaja de la tarta de la pastelería Demel, le confiará que tiene un gran sueño: le gustaría ser convocada para algún rol principal en el Nuevo Teatro Alemán de Praga; allí seguramente serán capaces de apreciar su talento, no como en la conspiradora Viena. *Nach Prag, nach Prag, nach Prag*.

«*Nach Prag?*»

Praga es la capital del Estado federado austriaco de Bohemia; el idioma oficial es el alemán. En la capital de Bohemia, el cuerpo del rey del imperio austrohúngaro y de Bohemia, Franz Josef de Austria, se sienta regularmente en su escritorio al amanecer; meticuloso, cumple de forma sistemática y confiable sus obligaciones de cada día, casi sin alteraciones.

Franz Josef regresa de su paseo y recoge otro escrito. Tiene sus pequeños placeres; espera con ilusión los desfiles militares y los pasteles de la confitería Demel. Cada vez que lo visita su madre, Sophie Friederike von Bayern, le pregunta con renovada esperanza en sus ojos:

«¿Y este resistirá?»

Mamá niega con la cabeza. El emperador suspira. Tiene una preocupación constante. No puede encontrar un criado que lo bañe a las cuatro de la madrugada. La mayoría de los criados se emborracha por las noches y no son capaces de levantarse y permanecer despiertos a esa hora. Franz Josef empieza el día a las cuatro; la primera audiencia tiene lugar a las seis. Los relojes de pared hacen clic y las piñas de las cadenas cambian de posición con un ruido entrecortado; una sube y la otra baja.

Completa el escrito, le estampa la firma y levanta sus ojos cansados. Sobre el escritorio tiene el retrato de su esposa. La espesa cabellera de Elisabeth Amalie Eugenie está provocativamente suelta y su seductor hombro se muestra desnudo. Quiere mucho a su esposa, le cumple cada uno de sus deseos antes incluso de que ella los exprese. Pero, ¿qué puede surgir de una relación entre naturalezas tan diferentes? Ninguno de los dos es malo en sí mismo. Simplemente son de planetas completamente distintos en lo que respecta a edades, emociones, intelecto y carácter. Profesan disímiles valores de vida. Lo único que los une es el afán por crear la apariencia de un enlace armonioso en aras de la solidez monárquica. El emperador gobierna desde hace mucho tiempo. En una década se ha convertido en símbolo, en una maquinaria para asegurar la perfecta administración de toda la monarquía. Mamá Sophie Friederike von Bayern le ha enseñado a dejar de lado las emociones. Mueren su hermano, su hijo, su esposa y su sobrino. Y él sigue sentado sobre sus papeles desde el alba ocupándose meticulosamente de cada acta oficial hasta el último punto. Retoma la agenda imperial y decide empezar a tomarse un momento de

descanso después de cada almuerzo; incluso él admite ahora que su juventud ha quedado en gran parte atrás.

Son las nueve y cuarto y en Praga la mano de Božena Němcová moja en tinta la pluma. Escribe sobre castillos y aldeas aledañas, sobre el amor envolvente por una persona, sobre la fraternidad de los campesinos.

Son las nueve y cuarto y en París la mano de dragón de George Sand moja en tinta la pluma. Apoya incansablemente a la revolución, a la república, a la libertad.

John D. Rockefeller se encierra en su despacho y se sienta en un sillón incómodo. Sobre la mesa hay una lista y un horario de citas del día que preparó su incansable secretaria con zapatos de tacón bajo. El empleador prohíbe a las mujeres usar tacones altos. Los días se planean con una precisión de segundos.

La pluma que escribe la realidad del siglo XXI se sumerge en la tinta transoceánica del siglo XIX. Se trata de otro tipo de resurgimiento y de otra revolución completamente diferentes. *Big Business*.

Séptima parada ferroviaria

El altar (a la patria)

Aurore Dupin tiene diecisiete años. Se sienta impotente junto al lecho de muerte de su abuela. Observa al médico de la familia que en vano ha intentado disuadir a la paciente de proseguir con el anticuado método de la sangría. Pero la anciana insiste con lo mismo, está acostumbrada a la sangría y no confía en los nuevos procedimientos. Los ojos de la nieta son atraídos por la gran palangana de barro y la jarra de agua. Espera con ansiedad la primera gota de la vena de su abuela. Se desilusiona. La sangre en la palangana es de color chocolate. No es azul.

Con cada gota el cuerpo ya marchito pierde la fuerza que tanto necesita. Aurore Dupin pasa insomne la última noche en casa de su abuela, en compañía de sirvientas, luces tenues y lágrimas no reprimidas. Boceta el último retrato de su abuela y la imagen se ve borrosa. Se boceta a ella misma. Hay una huella de la querida institutriz a la que ella quiere parecerse. Hace tiempo que ha soterrado al subconsciente todo lo que tiene en común con su madre ausente. Aurore Dupin fue criada por su abuela.

«No estés triste mucho tiempo. Y diles a los criados que no enciendan ninguna vela frente al altar. He tenido una buena vida, he

visto mucha belleza, no he vivido en vano. Estoy en paz con la muerte. Aunque esté herida, sigo siendo una leona.»

La tristeza se desvanece lentamente. Aurore Dupin cuida de la finca al ritmo inalterable de los días y las estaciones; como si la sabia propietaria del castillo de Nohant siguiera estando viva.

Le tienen sin cuidado los comentarios venenosos y las calumnias de los cuerpos adultos; toma decisiones y actúa con madurez.

No le dan respiro. No la dejan en paz. Se encuentra bajo una nueva tutela.

Un fantasma emerge del olvidado amanecer de la infancia. Su madre. Ella es quien decide ahora sobre el destino de Aurore. A pesar de que hace mucho tiempo que se ha distanciado de su hija de diecisiete años. Mamá volverá a deshacerse del viejo lastre; rápida y decididamente. Tiene experiencia en eso. Entrega a su hija a otra tutela. La arrastra al altar junto al primer hombre que muestra interés. La casa con el anciano y empobrecido terrateniente Casimir Dudevant, que se convierte en tutor de la recién casada y de sus bienes. Aurore se llama ahora Dudevant y da a luz a un hijo, Maurice, y a una hija, Solange.

Corrección. Ella *le* da un hijo, Maurice, y una hija, Solange. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Barbora Panklová tiene diecisiete años. O no. Su madre decide sobre su destino. Aunque hace mucho tiempo que está distanciada de su hija. Su abuela Magdalena Nowotny, que vivía con la familia, ha muerto. Mamá se deshará rápida y decididamente del lastre. Entrega a su hija a otra tutela. A la casa del funcionario de aduanas Josef

Němec, que es una generación mayor. Un hombre que atrapa a contrabandistas se lleva a Barbora Panklová al altar.

Sus padres apuran la boda. Temen que un día su hija regrese encinta de Chvalkovice a donde va desafiante a buscar libros. Entre los criados del castillo ya corren muchos chismes; especialmente la amargada señora Hoch difunde por los vastos alrededores odiosos cotilleos y calumnias sobre esa ligerita adolescente de los libros.

La joven Barbora Panklová permanece impasible. Se alisa el velo, se ajusta el vestido de novia azul pálido, mulle su esponjosa crinolina. Su mamá no asiste a la boda, sólo corre hacia su hija para bendecirla con frialdad. Abraza a la doncella Barbora; orgullosa de entregar al cazador de contrabandistas una mercancía fresca, conservada y virtuosa. La novia aparta suavemente a su mamá.

«Finalmente te vas a librar de mí.»

Inmediatamente después de la boda, el cochero empieza a enganchar los caballos al carruaje y el novio se impacienta.

«¿Por qué se demora tanto?»

«Tuve que herrar a los caballos y arreglar las correas rotas.»

El señor Josef Němec está sentado sobre el pescante de la diligencia y con el ruido del látigo espolea a los caballos para que aceleren su marcha en el camino embarrado. Un hombre codicioso está lejos de tener amigos y un caballo perezoso está lejos de todos lados. En la parte trasera del coche van rebotando, por los baches del camino, muebles, un fardo de mantas, ollas y tela para nuevas fundas.

El pie de la novia resbala en un escalón mojado, se cae y nadie la recoge en brazos. Los primeros años del matrimonio los pasará sentada en carros cubiertos por un toldo, en los carros de heno

entre fardos y muebles, en trineos con carga tirados colina arriba por pesados caballos. Y en sus brazos mecerá al infante y se la verá encinta una y otra y otra y otra vez. Josefov, Litomyšl, Lanškroun, Polná, Praga, Domažlice. Los coches atravesarán pedazos de roca en el barro profundo y se sacudirán de un lado a otro. Reconocerás a un buen caballo en la montaña, a un buen amigo en la miseria y la mano de Božena Němcová se sujetará al larguero del carruaje.

Barbora Panklová es la novia niña de un matrimonio concertado y se la ve desconcertada en su vestido de novia azul pálido. La apasionan los libros. No tiene la culpa de gustarle al capataz a quien le lee en voz alta. No tiene la culpa de gustarle al meritorio que la acecha en los pasillos oscuros. No tiene la culpa de gustarle al viejo escribiente, que tanto disfruta alcanzarle cada tomo, rozándole sin querer los pechos y los pezones. No tiene la culpa de que la persigan esos encantadores ojos negros a los que ella no puede olvidar. Al fin y al cabo es una niña. Huye de los sibilantes susurros de los oscuros pasillos del castillo. Cuando oye pasos, se oculta en un recoveco.

De costado, observa al recién casado que se la está llevando. Él la ignora y abre la puerta. Espera a que entre la recién casada. Barbora Panklová se dirige a la habitación con su crinolina mullida. Al frente está la cama. El cuerpo de una virgen es sagrado e incita al ataque.

El señor Josef Němec se quita en silencio el abrigo y se desabrocha la camisa; Barbora Panklová espera sus tiernas caricias. El señor Josef Němec la mira con severidad indicándole que ella también debe desvestirse. Barbora Panklová se sonroja y su cara de asombro se convierte en burlesca resistencia. Josef Němec se quita los zapatos con esfuerzo. Alza la vista y la burla de ella lo enfurece.

Se acerca a ella y con un solo movimiento le arranca el vestido de novia azul pálido desde los hombros a la cintura; baja con sus pies descalzos la crinolina hasta el suelo polvoriento, pisoteándola. Barbora Panklová cruza los brazos sobre sus pechos infantiles, lo mira a los ojos con furia sin apartar la vista. El señor Josef Němec la agarra de la muñeca, le sujeta las manos detrás de la espalda y le besa sus labios fruncidos. Barbora Panklová se queda inmóvil.

El señor Josef Němec recoge la rígida marioneta y la lanza furiosamente a la cama. La niña se acurruca. Es como una serpiente e instintivamente cubre con la manta su cuerpo desnudo; la sujeta con fuerza con los puños cerrados bajo su barbilla y ella lo escupe. Josef Němec arranca la manta de su cuerpo y la arroja sobre la cabeza adolescente de la recién casada. Se deja caer sobre el cuerpo de ella.

Barbora Panklová pasa a llamarse Božena Němcová. Da a luz a Hynek, Karel, Theodora y Jaroslav. Con su matrimonio se subirá de un salto a un tren cuya dirección no conoce ni puede determinar, y del que no se bajará tan fácilmente. Se sube al tren con la ilusión de ser libre. Cuando el tren se pone en marcha, empieza a sentir miedo. El viaje es monótono, las escenas de las ventanillas se vuelven grises. El tren se detiene en un lugar desconocido en medio del campo. Y no hay ningún otro tren en el horizonte.

La inquebrantabilidad del matrimonio. ¿Acaso puede durar toda la vida la unión entre una niña y un hombre mayor? La monogamia, ¿con qué condiciones funciona?, ¿con qué condiciones puede garantizar fidelidad? ¿En qué condiciones nace un tipo de relación interior, profunda y superior que garantice un matrimonio feliz? Existen. Pero ¿qué hará con la gente y de la gente una unión

arreglada entre dos cuerpos en la que cada uno espera algo distinto del matrimonio?

Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Otra palabra que se engaña a sí misma es proletariado, cuyo subelemento es la idea del operario de fábrica, el hombre.

Sólo que el proletariado del siglo XIX son los niños. El proletariado tiene rostro infantil y manos diminutas y callosas. En las fábricas de tejidos y en las minas son, sobre todo, los cuerpos de los niños los que se agitan. No tienen futuro. El sello distintivo de una existencia vacía es la falta de objetivos. La vida oscila entre el trabajo y la comida. La persona que no tiene la posibilidad de fijar su deseo en algunas metas, en algo que resulte o pueda resultar, sólo puede fijar su deseo en lo que ya existe. Esa gente ni siquiera piensa en una revolución. La revolución sólo nace en las cabezas intelectuales de los salones aburridos.

A los empresarios les siguen encantando los cuerpos de los niños. Ay, cómo los aman y cómo los buscan los pedófilos de la industria. Las corporaciones del mundo toman como referencia su actitud de esclavistas en los cuerpos adultos.

Es una fuerza de trabajo que puede ser fácilmente intimidada, torturada, destruida, acosada, violada, explotada, asesinada y engañada. ¿Y no importa que tenga doce años? Nacen, crecen y mueren en fábricas y minas que imprimen en ellos la marca de la esclavitud, parecida a la marca de la vergüenza que los romanos grababan con hierro encendido en la frente de los esclavos más despreciables. Siempre se considerarán esclavos; cavan túneles

ferroviarios, mueren jóvenes con los pulmones afectados por la silicosis, nunca llegan a vivir lo suficiente como para ver a sus nietos y no les interesan los problemas del sentimiento nacional y la patria. Rostros desenfocados de niños llorando tras el cristal de un tren que se pone en movimiento.

Es peor que un asesinato. El pago por hora es un disparate. Manos raídas cuentan las horas trabajadas para hacer tintinear el salario. Cuentan las horas pagadas. Las horas que no contamos no tienen precio, son las más valiosas, *repletas* de instantes de plenitud que no se pueden medir y detienen el tiempo.

Es peor que un asesinato. Pero eso sólo lo piensa Božena Němcová cuando encuentra en Praga a una chiquita que tiene un trapo sucio atado a su pierna. Alguien le dio una paliza cuando regresaba del trabajo e iba a ver a su padre a la taberna. Quería aplacar el hambre que tenía bebiendo un trago de cerveza.

«Es peor que un asesinato cuando un niño incorpora, a su más tierna edad, la vagancia, la falsedad y todo tipo de engaños, cuando se imprime en un alma pura y con un toque sucio la marca negra del desprecio y la vergüenza.»

En el país del oro negro hay más de un millón de trabajadores menores de quince años. Esa es la edad de la mayoría de los obreros de las minas del estado norteamericano de Pensilvania. Predominan los inmigrantes de Europa. A las desgracias de todo tipo de estos «obreros» se les suma otra tragedia: no saben expresar de forma adecuada su infelicidad.

Las palabras son gemas suaves y frescas en las bocas. Las gemas son duras, preciosas. Los labios infantiles las envuelven con rimas y oraciones vespertinas en altares improvisados. Con los ojos en

blanco las recitan en voz baja antes de irse a dormir. Sólo entonces exhalan sobre los dedos rígidos de sus manos pequeñas y callosas y, lentamente, con la lengua afuera, las ponen por escrito por medio de cartas. Dirigen las cartas a su casa a través del gran charco. La letra de los niños es esquelética, insegura y en mayúsculas. Se van copiando unos a otros palabras sueltas, se burlan mutuamente sin maldad. Se las enviarán a sus padres, abuelos y abuelas del otro lado del océano. Las palabras son finas joyas del sueño americano hecho realidad.

Cartas de un paraíso en el que, tal como creen las abuelas, sus descendientes no hacen más que enriquecerse. Muestran con orgullo las gemas de las cartas a los ojos de los vecinos: Pennsylvania Coal Company. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

¿Qué puede surgir de una relación entre naturalezas tan distintas? Ninguno de los dos es malo en sí mismo; son de mundos diferentes. A nivel emocional, intelectual y de carácter. Profesan distintos valores de vida. Lo único que los une es el título y la propiedad. El colérico e irritable marido es infiel desde el comienzo mismo del matrimonio concertado. Los cantos nupciales aún no han acabado de llegar al altar y él no ha ocultado sus opiniones sobre la incorrección de su esposa. Desprecia a la raza femenina. La raza de las mujeres lo irrita sin cesar.

Visitan a las familias de las tierras aledañas. A cambio, invitan a algunos elegidos al castillo de Nohant. La novia niña Aurore Dupin se llama ahora Dudevant. Intenta complacer a su marido y ganarse su amor. Se siente sola y perdida en la relación. Él lo tiene un poco

mejor porque se rodea de amantes mayores. Ya desde el comienzo, se trata de una relación tóxica. No será hasta después de varios años cuando Aurore Dudevant se pregunte por qué está vendiendo su alma.

Se resigna a asistir a decenas de fiestas de *sus* amigos de la nobleza que rara vez disfruta. Pero al señor Casimir Dudevant le encantan las reuniones con gente muy importante. Su esposa se detiene en un rincón y pregunta a la única mujer que tiene un vaso de vino lleno en la mano y que se sienta junto a ella.

«¿A usted le divierte esto?»

La mujer la mira sorprendida y luego a su alrededor.

«Probablemente no, pero sí a mi marido.»

El hombre se divierte como un rey, así que también lo está esperando. A Casimir Dudevant le gusta el método, el orden y se mantiene fiel a una regla: no irse de las casas hasta que el cuerpo del anfitrión ya no se sostenga en pie. Sólo entonces busca satisfecho su abrigo y sombrero, lo cual suele suceder alrededor de las cinco de la mañana.

Aurore Dudevant se harta de todo ya a las dos de la mañana y busca un rincón tranquilo para tirarse a dormitar. Los sofás más cómodos suelen estar en la biblioteca. Y la mayoría de las propiedades están equipadas con muebles similares.

Espera como las demás mujeres hasta que un día se da cuenta de que esa no es su misión. Aurore Dudevant siente que debe animarse y poner fin a otra noche sin sentido; se evapora sin siquiera despedirse.

Casimir Dudevant está casado con el castillo de Nohant y su esposa es un apéndice rebelde. Ella debería estar agradecida: desde

la boda lleva su preciado nombre y se jacta de su título. Pero la descarada perra no lo está. Sigue trepando árboles y colinas, rodando cuesta abajo las pendientes, corriendo por los prados y escalando las montañas. Sigue haciendo deporte. Sigue subiendo los bajos y empinados escalones y las largas escaleras corredizas de la biblioteca del castillo y estirando la mano para alcanzar los libros que ella misma elige. Como si aún fuera soltera, recorre a caballo el parque y los bosques circundantes. Le encantan los caballos. Los caballos dan a las personas jóvenes confianza y autoestima. Brindan paz y tranquilidad a las almas atribuladas. Especialmente a las adolescentes les gusta montar, no a los jóvenes. El hombre está acostumbrado a gobernar y cuando es niño no puede dominar al caballo. Un jinete que no es querido por su caballo no puede llegar lejos. Las chicas, en cambio, cuidan de sus caballos y les gusta hacerlo.

Sólo en la adultez, cuando el cuerpo se ha vuelto más robusto y fuerte, el hombre ensilla al caballo con seguridad. Es un signo de fortaleza.

¿Qué puede surgir de una relación entre naturalezas tan distintas? Ninguno de los dos es malo en sí mismo; son de mundos diferentes. A nivel emocional, intelectual y de carácter. Profesan distintos valores de vida. Lo único que los une es el fervor patriótico; están dispuestos a sacrificar sus vidas en el altar de su nación. Nadie se asombra ni se pregunta por qué el señor Josef Němec ha tardado tanto en casarse. Nadie intenta averiguar incluso por qué se casa si tanto le gusta la vida de viejo solterón. Sus amigos han intentado

disuadirlo. Un hombre de su siglo tiene la posibilidad de elegir. Un hombre puede quedarse tranquilamente soltero.

Si su cuerpo no estuviera envejeciendo ni siquiera habría pensado en una mujer ni en el matrimonio.

El cuerpo envejece. Se harta de la casa vacía, se cansa de lavar la ropa, de limpiar, de lustrar zapatos y pipas, de hacerse el desayuno, de gastar dinero en un burdel. Se acerca la recta final de la vida y anhela su merecida comodidad. La comodidad se llama obtener la mano de una mujer.

Por primera vez, Božena Němcová, de soltera Barbora Panklová, escapa entre lágrimas a su casa después de la noche de bodas. A ella nadie intentó disuadirla de que se casara. Se horroriza al ver las sábanas manchadas y la mano de un hombre deslizándose sobre la cabecera de la cama. Se arroja a los brazos de su madre. Su cuerpo tiembla y gime.

«Quiero ir a casa, mami.»

Mami se escabulle de los brazos de su hija.

«Regresa, Betty. Tú ya no eres mi hija.»

Božena Němcová tensa los dientes y resiste. Resiste las mil y una de los checos. Hasta el último aliento. Una mujer de su siglo no tiene la posibilidad de elegir.

¿Qué puede surgir de una relación entre naturalezas tan similares? No son de mundos distintos; son del mismo planeta, profesan los mismos valores de vida, les gusta el orden y el método. Laura Celestia Spelman quiere ser maestra y lo será. Es práctica. Es pragmática. Tiene una participación activa en la iglesia baptista.

Proviene de una familia muy rica, lo cual entusiasma extraordinariamente a John D. Rockefeller.

Laura Celestia Spelman asiste a un curso de contabilidad. En el aula está sentado al lado de ella John D. Rockefeller, que tiene su misma edad; a nadie sorprenderá lo tarde que se casará con ella. Hablan sobre todo de números; tienen veinticinco años y ambos saben exactamente lo que quieren.

John D. Rockefeller se casa con un cuerpo que se ajusta a la perfección a *sus* ideas de orden y método; y también se ajusta a las ideas de la iglesia sobre las mujeres y su destino. El matrimonio por conveniencia de dos cuerpos funciona excelentemente bien. Ambos esperan lo mismo del matrimonio. La iglesia baptista es para ellos algo así como una familia extendida. Y les gusta la iglesia en general; no saben precisar el motivo. Y sus hijos entenderán que las iglesias son las primeras multinacionales, una corporación global con un *marketing* perfectamente pensado donde el diablo tiene su lugar.

Nunca discuten. Cumplen sus obligaciones en silencio. El marido tiene siempre la última y silenciosa palabra.

Una mujer de su siglo tiene la posibilidad de elegir. Laura Celestia Spelman pasa a llamarse Rockefeller y da a luz a Elizabeth, Alice, Alta, Edith y John.

Corrección. *Le* da a John. El hijo varón nace y desde entonces ya no hay necesidad de cumplir con los deberes maritales. El padre es un dios y Dios envía al mundo a su hijo, no a su hija. El reloj marca las nueve y cuarto. John D. Rockefeller entra a la oficina con alegres noticias familiares. Lo anuncia de un modo breve, objetivo, austero. Se sienta en su sillón incómodo. Sobre la mesa hay una lista y un horario de citas del día que preparó su incansable secretaria con

zapatos de tacón bajo. Los días se planean con una precisión de segundos. Incluso para el sucesor recién nacido y heredero de la familia. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Aurore Dudevant se sienta a horcajadas sobre el caballo como si fuera un hombre. Monta así desde que era niña y no piensa cambiarlo. Requiere semanas, meses, años acostumbrarse a otro ritmo, normas y horario diario. Sus familiares apenas toleran la presencia de su nuera.

Casimir Dudevant le prohíbe repetidas veces y en vano montar a caballo a horcajadas. Un día, sin palabras ni explicaciones innecesarias, directamente la abofetea; la última gota colma la copa de su paciencia: Aurore se niega a llevar corsés ajustados. Lo que sucede es que el ancho y grueso volumen de la cintura de su esposa sólo significa una cosa en el plano social: *su* colosal deshonra. No quiere tener un armario de esposa. Exige que tenga una cintura de avispa. Exige un cuerpo de embudo. La infidelidad no le importaría tanto. La madre de Aurore lo comprende y apoya totalmente a su yerno.

«No lo tienes fácil con ella, mira, me asombra que la soportes.»

Reprende a su hija, basta con tan poco, basta con que seas más humilde, más leal, más amable y que tus manos se conviertan en lianas y se envuelvan en el tronco para que mires hacia arriba a donde está él, basta con que seas una verdadera mujer.

Aurore Dudevant tensa los dientes y sus manos se convierten en lianas flexibles. Es una chica valiente y resistirá. Resistirá los irrespirables y simbólicos nueve años chinos. Reflexiona. ¿Tiene una

mujer de su siglo la posibilidad de elegir? Tiene que haber una solución.

Octava parada ferroviaria

La leona herida

Estudiantes, obreros y artesanos forzarán al rey de Francia a abdicar del trono. Accede Luis Felipe, apoyado por el Parlamento. El llamamiento a la libertad es también la voz de la burguesía. Se anula la censura. El estallido liberal de junio es también su grito particular de libertad.

Corre el año 1831, y en medio de otras agotadoras, interminables e inútiles disputas matrimoniales, Aurore Dudevant, de soltera Dupin, se baja de un salto del caballo. Echa a correr hacia el edificio principal del castillo dando golpes con la fusta de montar en torno suyo. Ni siquiera mira atrás y sólo grita por dentro. Las mujeres inteligentes de su siglo tienen la boca repleta de silencio. Las demás parlotean, cotorrean, farfullan y andan en dimes y diretes.

Aun así no piensa quedarse con las ganas. Se da la vuelta. Ruge, como una leona herida, que la esperanza de un renacer o de un nuevo comienzo en el matrimonio no radica en la infidelidad de ambos, ojo por ojo y diente por diente, sino en la igualdad de sus derechos. El marido toma por las bridas al caballo abandonado, se lo entrega al mozo de establo y sonríe.

«Pensé que con un par de bofetadas bastaría. Qué golpazo que le he dado.»

Aurore Dudevant corre hacia el castillo sin contar sus pasos, sin escuchar sus palabras. La voz detrás de su espalda la persigue incluso debajo de los altos techos del salón. Resuena muy fuerte por los pasillos del castillo de Nohant. Se sabe de memoria sus triviales monólogos. Fueron formulados, rectificados y adornados con precisión y perfección durante nueve años, y remojados en cada una de sus injusticias. Sus frases son puñales afilados que apuntan al centro de su espalda. Sus palabras son flechas que apuntan al centro de la diana que es su tórax.

Aurore Dudevant es una loca, una salvaje poco práctica que nunca se ocupó de su familia, es holgazana, incompetente, obtusa, derrochadora, puta, desordenada, sólo se quiere a sí misma y a sus hijos. Casimir Dudevant la humilla con palabras muy sucias. Cuanto más repite su monólogo perfeccionado, más se compadece de sí mismo. ¡Ay! Todo lo que tuvo que soportar y sufrir, lo que debió y debe aguantar. Nadie sería tan paciente como él.

«No lo tengo fácil contigo, quién aguantaría tanto a una perra insolente.»

Los monólogos son cláusulas del código conyugal. Le prohíbe corretear en pantalones, montar a caballo a horcajadas, le prohíbe hablar con otros hombres y reírse fuerte, le prohíbe nadar desnuda en la naturaleza, pasear en el bosque, trepar por las rocas, le prohíbe leer libros inútiles y pasar con ellos largas horas a solas en los rincones cubiertos de maleza de los jardines del castillo de Nohant. Le prohíbe educar a sus hijos y pasar tiempo con ellos fuera de un horario determinado; el cuidado y la educación de los hijos es tarea de nodrizas, amas de crianza, cocineras, criadas, institutrices. Con el paso de los años no importa lo que ella haga. Él prohíbe todo

de forma preventiva, convencido de que sólo existe una cura confiable para su rebeldía: otro embarazo.

No lo tiene fácil con ella pero le sobra paciencia y es indulgente. Al final de cada monólogo baja la voz y lo repite con dulzura, pero basta con tan poco, basta con que seas más humilde, más leal, más amable.

Basta con que sus manos se conviertan en lianas y se envuelvan en el tronco para que mire hacia arriba a donde está él. Basta con prestarse a los juegos de manipulación arraigados y predilectos de las esposas. Ella es libre de fingir ser la víctima, pero que lo haga bajo la forma tradicional de una presa dulce, casta e inocente. Casimir Dudevant le tiende la mano en señal de reconciliación.

Aurore Dudevant acelera el paso, cierra la puerta y se atrinchera en su dormitorio. En el dedo anular de su mano izquierda se pone un anillo con un dragón. Una reliquia de su abuela. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

No, una mujer de su siglo no tiene la posibilidad de elegir. También están en peligro los cuerpos de mujeres felizmente casadas si lo hacen sin el consentimiento de la familia. También están en peligro los cuerpos de las mujeres que tienen una relación extramatrimonial. También están en peligro los cuerpos de las mujeres que no anestesian el tono natural de la libertad independiente dentro de sí mismas, encuentran las fuerzas y resisten. La mayoría no encuentra el valor; la mente se paraliza y el síndrome «Nannerl» se extiende demasiado. Padres y familiares perciben el nacimiento de una niña dentro del clan familiar como algo inferior. Reunidos alrededor de la

cama de la exhausta parturienta suspiran al unísono y decepcionados.

«No importa, la próxima vez será.»

Cuando nace un sucesor varón, champagne, whisky, slivovice, cerveza y vino fluyen a raudales, mientras que la puérpera se pone pendientes de perlas, collares o un pañuelo nuevo para conmemorar su «extraordinario acto». En las ciudades y en el campo gobierna un triunvirato de autoridades masculinas: el alcalde es hombre, el sacerdote es hombre, el director de la escuela es hombre. La hermana mayor de Mozart se llama Maria Anna, en casa la llaman Nannerl y muere cuando Barbora Panklová tiene nueve años. O no. Nannerl es un prodigio como su hermano. Cuando se acerca su dieciocho cumpleaños, su padre se decide. La casará inmediatamente mientras la mercancía esté fresca. Actúa con rapidez porque no cree que ella sea lo suficientemente bonita. Él se niega a discutir su decisión con ella y para sentirse seguro esconde las cartas en las que su hermano Wolfgang elogia con entusiasmo sus composiciones.

Nannerl acaba viuda y soltera, con cuatro hijos adoptados y dos propios. Los mantiene trabajando como profesora de música. Sí, eso la sociedad austríaca lo tolera. La Nannerl soltera y sin hijos que quería dedicarse de lleno a la música sería condenada al ostracismo como una oveja negra y marcada con una señal de vergüenza que los romanos grababan con hierro encendido en la frente de los esclavos más despreciables. El miedo al cuerpo de la mujer impulsa, en todo el mundo, la represión de las instituciones de poder. E impregna todas las religiones. No los gobierna el alma sino la sexualidad. Incluso hay un Estado sin mujeres. El Vaticano. No

puede haber mayor prueba de arrogancia y omisión a los derechos humanos. Un Estado que ignora a la mitad de la humanidad. Y que al mismo tiempo exige el control de los cuerpos de las mujeres, prohibiendo, por ejemplo, los anticonceptivos y los abortos. En ese Estado insano hay un espacio de sombra en el que, dada la falta de oportunidades, se arrojan impunemente hacia los cuerpos de niños confiados. E incluso en el siglo XXI, los pedófilos del mundo se envían consejos entre sí que hace tiempo dejaron de ser un chiste de humor negro. Acerca de por qué es mejor ser un creyente católico, o mejor aún, por qué es genial encontrarse directamente al servicio de las instituciones eclesiásticas.

Nannerl lucha como una leona herida; su familia la ignora y la quiebra. Las modalidades de matrimonios forzados y de novias menores de edad varían de un país a otro. La esencia es la misma.

Los libros deberían escribirse desde la perspectiva de las Lolitas.

Los ojos de los padres sopesan el cuerpo de su hija. Evalúan la mercancía. Juzgan si está desarrollada y madura para casarse, chequean si menstrúa y está preparada para dar a luz. La sangre de chocolate decide.

Casarán a Nannerl. Casarán a Aurore. Casarán a Barbora. Casarán a Sushimita. Otra forma de violencia doméstica. Los novios son elegidos por madres tozudas y frustradas. En el fondo están sanando sus propios traumas y ven a cada mujer más joven que ellas como una competencia. Incluso a sus propias hijas. El valor de mercado de la carne blanca disminuye con la edad y las madres no permiten que sus hijas escapen de la trampa. ¿Por qué lo harían?; ellas tampoco han escapado, han bebido hasta el fondo el cáliz de la amargura, así que ¿por qué otra debería tenerlo más fácil y escapar de la

esclavitud? Que vayan a quejarse a las golondrinas del cielo. En el siglo XXI Sushimita logra escapar, a sus trece años, de un pueblo nepalí. En Nepal el matrimonio infantil está prohibido desde el año 1963, pero la permanencia de la tradición, las rutinas, los rituales, el orden y el método no tienen fecha de vencimiento. Una de cada dos mujeres es vendida durante su infancia. La vida de una niña llamada Sushimita es salvada por la policía. Detienen a la «pareja de novios», pero hay algo que me parece fascinante y crucial: la policía arresta a los padres de la niña. Mamá y papá, los proxenetas de su propia hija lloran de impotencia sin comprender el mundo, se quejan, se lamentan, invocando sus derechos seculares ante un tribunal internacional sólo porque tienen que devolver lo que se han embolsado a cuenta del cuerpo de su hija. *Big Business*.

John D. Rockefeller no pierde tiempo mirando por la ventanilla del tren y logra lo imposible. La utopía de las contradicciones, gracias a él, se vuelve realidad.

Una forma colectiva y centralizada de negocio de mercado.

Gestión planificada de la propiedad privada.

Supresión de la ley de la oferta y la demanda.

Paradójicamente, tal economía «planificada» sin limitaciones estatales será posible gracias al formato radical estadounidense de libertad económica e individualismo perverso. Es un barquero que conduce hacia un mundo sin escrúpulos. Es un barquero que conduce hacia los próximos siglos.

La mano invisible del mercado tiene un nombre. Rockefeller. Basta con poco. Lo importante es no ser demasiado sensible, no tener

conciencia ni escrúpulos morales y no pensar en el bien de la comunidad. Impone sus intereses con fuerza y a cualquier precio. Cuando no logra hacerlos valer, surge la ira, la agresión silenciosa, los lloriqueos. Y justo cuando el cuerpo de este nuevo rico se enferma, comienza rápidamente a dar parte de sus bienes a la caridad, el arte y la investigación. También *Big Business*.

Aurore Dudevant, de soltera Dupin, abandona definitivamente a su marido y, durante un tiempo, también a sus dos hijos. Con nerviosa inquietud lleva a cabo algo que los hombres hacen con frecuencia y en calma. Después de la última pelea conyugal, se pone en su dormitorio el anillo cuyo motivo es un poderoso dragón. Escupe fuego, *su* no va más, me amaréis hasta la desesperación.

Huye con un cuerpo más joven; el estudiante de derecho de diecinueve años es un republicano entusiasta y proviene del condado de Berry. La golondrina se dirige orgullosa a París y elige el momento perfecto. Francia electriza a amigos y enemigos de la libertad, la piedra es arrojada al agua, creando en la superficie círculos de inquietud que se extienden por toda Europa llegando a la Viena de Božena Němcová. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Durante las primeras semanas, la recién casada se acurruca junto al hombre de forma infantil, juguetona y mimosa, bromeando y burlándose de su marido con esperanza en la voz. Aún no hay nada decidido. Cada uno se dedica a sus obligaciones, busca su posición, su ritmo, sentido y actividad. Es como cuando, en una orquesta, los

músicos empiezan a afinar sus instrumentos. El señor Josef Němec establece las reglas sin una pizca de humor.

«Eres mi mujer y obedecerás.»

«*Was?*»

«Y a mí me hablas en checo.»

«*Ich werde sprechen, wie ich will. Und ich werde –*»

Josef Němec cubre inesperadamente la boca de la recién casada con la palma de su mano, la hace tropezar y la tira al suelo, ¿y ella?

Ella lo abraza.

Posteriormente decidirá no huir a la ciudad de Viena por otro motivo más. Los niños dependen de ella. Su maternidad es profunda, sana. Božena Němcová cuida sin cesar el nido de las golondrinas. Las mujeres sensibles sienten por instinto que la infancia decide el resto de la vida. Ahí es cuando se crean huellas e impresiones irreversibles en el cerebro, el corazón y el alma que determinarán la forma de las futuras relaciones y de la vida. Si una persona cercana acalla los llantos de un niño, este aprende a confiar en el mundo. Si ese ser querido está ausente, distante, frío o molesto por el llanto, se imprimen la ansiedad, el miedo y la desconfianza.

El amor a sus hijos permanecerá fiel, firme y, con el paso del tiempo, se volverá el único anclaje con su vida. En otros aspectos se rinde.

Lanza un suspiro, aparta sus amados libros alemanes. Abre su primer libro en checo: sus ojos se sumergen en la lectura de la traducción checa. Tiene veinte años. O no.

Božena Němcová se asemeja a una leona herida de muerte que hay en un relieve sirio en el Museo Británico. La leona es atravesada

por las flechas. Pero sigue rugiendo y no se rinde. En Londres, una mujer joven se pasa horas y horas reflexionando frente a ese relieve, tiene la misma edad que Božena Němcová y se llama Mary Anne Evans.

Novena parada ferroviaria

Los barqueros

Božena Němcová lucha en varios frentes del día a día. Constantemente. Y lucha por los demás; es una barquera hacia otro mundo. Su carácter e integridad moral son la suma de todas las batallas y errores de su vida. Suelen considerarla insensata por exigir a los escritores una postura moral además de talento y destreza para escribir. Ella cree en el valor moral de una acción desinteresada. Sin embargo, sólo puede subirse a un vagón de tren de tercera clase. Sólo puede navegar en la cubierta inferior de un vapor transatlántico. Además de la pobreza devastadora y el sexo débil lleva otra marca invisible. La marca de la persona que desafía a las castas de todo tipo. Una persona que no se comporta según las reglas de las «sectas» sociales. Una persona que rechaza los roles familiares y sociales que le atribuyen la tradición, la rutina, las interpretaciones religiosas y las costumbres del mundo que la rodea y de la época en la que ha nacido. Lo que está en juego es nada menos que la identidad, la independencia, la libertad interior, la posibilidad de vivir su vida sin tener en cuenta el patrimonio, el estatus, el poder, la religión, la educación, el género y la nacionalidad. Sí, la época en la que una persona crece y madura siempre influye en su forma de pensar. No carece de sensibilidad

social, es decir, se rebela ante los privilegios inmerecidos, las injustas barreras sociales, ante cualquier predisposición familiar o de otro tipo a una supuesta posición de superioridad. No le falta rebeldía ante cualquier humillación de la dignidad humana.

«Cuántas veces he sentido que al ponerme un vestido más costoso, al acostarme en una cama blanda, al disfrutar de alguna alegría pecaba contra el amor a mi prójimo. Cuántas personas hay en el mundo que han bebido más que yo de la copa de la amargura.»

Las luchas se libran en público y en privado. Su emperatriz austríaca Elisabeth Amalie Eugenie será republicana y demócrata por educación y resolución interior, convencida de que la monarquía ha quedado obsoleta. Y en un matrimonio concertado la casarán de niña con el emperador. Sus puntos de vista no le interesan a nadie. De la conservadora corte vienesa, que la considera estúpida, se libera mediante inquietas escapadas, volátiles viajes por el mundo y su propia soledad; desprecia a la aristocracia, escribe poesía y su referente Heinrich Heine es el confiable patrono de los liberales y el referente de los nacionalistas del resurgimiento que se deshacen de sus grilletes. ¿Cuáles? Cada uno se pone sus propios grilletes y el siglo XXI tiene otro título bonito para la historia y las luchas de Božena Němcová: el afán de autorrealización. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller lucha para sí mismo, sin tener en cuenta lo que lo rodea. Simplemente no le interesa en lo más mínimo lo que les suceda a los demás. Le gustan el orden y el método, y las vidas de

sus empleados son uniformes planchados con los pliegues rectos, sin imperfecciones; los currículos tan pulidos como sus mocasines negros.

Si alguna voz lo molesta con eso del sindicato, la despide. Si encuentra a alguien con un cigarrillo en la mano, lo echa. Si uno de los socios comerciales es sorprendido con un puro en la mano, lo hace abandonar al instante la sala de reuniones y la empresa. Si alguno de los subordinados engaña a su esposa, lo castiga.

Pero cuando los cuerpos acatan el ritmo y mantienen el pico cerrado, cuando no replican ni contradicen, su lealtad es recompensada con creces. La filosofía de la compañía es simple. Donde se come no se caga y no metas las narices donde no te incumbe. John D. Rockefeller carece de consideración hacia las demás personas, no sufre vergüenza ni remordimiento. Humilde e incansablemente repite a todos que nunca pero nunca, ni siquiera una sola vez en toda su vida, ha caído en la tentación. No fuma tabaco, no bebe alcohol ni té ni café, no coquetea con las mujeres.

«No deseo ni nunca he deseado ese tipo de cosas.»

Aurore Dudevant sostiene que todo el mundo puede granjearse un espacio que le permita ser una buena persona. Donde no destrocen su mente ni destruyan sus ideales. Donde no tenga que amargarse. Donde no se convierta en un odiador frustrado. Donde no acabe como una manzana agria o como un cínico bufón.

El estudiante de Derecho Jules Sandeau está perdidamente enamorado de la baronesa casada. Está enamorado hasta las orejas, que le sobresalen, y el pobre no tiene la menor idea de que para ella

él es un mero barquero de un puerto a otro, un clavo que saca a otro clavo. Aurore Dudevant necesita *su* cara, músculos y sexo para distraerse y llegar a la otra orilla de su nueva vida. Es que es mucho más fácil escapar del castillo de Nohant y dirigirse a París con un joven atraído por ella que huir sola.

Huir con un amante guapo es algo comprensible para todos.

A primera vista, todo parece una clásica historia de amor, la baronesa se escapa detrás de su gran y fatal amor, quemando todos los puentes. Eso el mundo lo entiende, ávido y sentimentalmente hambriento de tales chismes y trágicas caídas. Esa clase de explicación es más asequible que la mera verdad.

La pura verdad duele y asusta. Aurore Dudevant necesita vivir en armonía con ella misma y tiene la oportunidad de escapar. De lo contrario, se petrificará internamente, morirá, se rendirá y vivirá su tiempo como una amargada, agobiada de disputas, frustrada y rancia matrona de los salones reales que un buen día buscará un buen partido para su hija adolescente. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Es una noche silenciosa y una luna mordida se asoma por la ventana. Žofie Rottová es la hermana más joven de Karolina Světlá, de casada Mužáková y de soltera Rottová. Está sentada en el acogedor y pequeño escritorio de su apartamento de Praga, escribiendo otro apunte en su diario. Un día ella también se convertirá en una escritora patriota. Con el nombre de Sofie Podlipská. Ahora, en la víspera del Año Nuevo de 1853 hace un

balance de las pérdidas del año pasado. En enero se le murió su pequeña sobrina. Se detiene.

La asalta el recuerdo de la abnegación de Božena Němcová, a la que consideraba una amiga y a la que sigue queriendo a pesar de sus errores. La pluma no ahuyenta su tristeza; lamenta profundamente la ruptura con la *cuentista*. Para Žofie Rottová es una gran pérdida y se angustia por su antigua amiga.

«Božena, ¡no sabes lo triste que me hace tener que renunciar a ti de esta forma! ¿Por qué nuestra amistad no resultó más duradera? Pero sigue siéndolo. Te recuerdo sólo con cariño. ¿Tú también a mí? Sí, ¡lo siento! No somos almas gemelas, no sentimos de la misma manera, cada una de nosotras dos va en direcciones distintas. Tu sentimiento está atascado en otra parte, pero nuestros celos no nos separaron. Sin embargo –tal es el eterno sufrimiento de muchas criaturas humanas– no nos comprendemos. Si pudiera darte mi vida, lo haría. ¡Tienes mi amistad! Pero ya no tienes mi confianza. Ojalá escuches mi llamada en esta noche silenciosa: Sé digna, Božena, ¡sé valiente! ¡No te extravíes!»

Žofie Rottová, la única que tiene pleno derecho a odiar a Božena Němcová porque sedujo a su prometido, perdona a la *cuentista*. Pero su hermana mayor no puede hacerlo. A la gente le resulta más fácil perdonar cuando alguien les hace daño a ellos mismos. No perdonan cuando alguien hiere a sus seres queridos. Božena Němcová sostiene que todo el mundo puede granjearse un espacio que le permita ser una buena persona y no perder la fe.

«Quítale a una persona esa secreta premonición de un futuro bello y se convertirá en un animal que buscará los placeres efímeros hasta finalmente quedar en cama y morir sin recuerdos y sin dejar rastro.»

Otros esclavos, señalados con la misma marca, le ponen palos en las ruedas. Son ante todo las mujeres quienes más sospechan de Božena Němcová. No forma parte del pomposo movimiento de emancipación de la época, no participa activamente en las reuniones, no cotillea en las asociaciones de mujeres sirviéndose panecillos caseros dulces con forma de medialuna.

«Pero probad aquí nuestro *Kipferl* de acuerdo con la receta austríaca familiar de la gran escritora Rettigová.»

Es independiente y moderna de un modo distinto del que las progresistas contemporáneas entienden. Es una barquera hacia la igualdad de los próximos siglos. No es una rebelde con planes programáticos. Ella es simplemente una persona libre en cuerpo y alma que no necesita usar la palabra emancipación. Ella está emancipada.

La sangre de chocolate gotea de sus heridas. Son las heridas por las que sangran las mujeres de este mundo. Mujeres nobles. No es sólo una víctima de las coyunturas nacionales. Es víctima de su mentalidad moderna y de sus opiniones. Declara sus principios honesta y públicamente. No cosecha aplausos por eso.

«En cuestiones políticas, las mujeres son las que más obtienen – en todas las clases sociales. Porque ¿quién más que una de ellas siente toda la miseria a su alrededor tanto a nivel físico como mental? Ella tiene hijos, ella ve el futuro. Un hombre no puede reparar en eso ni tiene tiempo para pensarlo porque debe seguir adelante con su trabajo.»

Božena Němcová es una piel traicionera que pone en peligro los territorios donde anidan las hembras. No oculta en lo más mínimo

sus relaciones amorosas extramatrimoniales; las vive en público comprometiendo así el honor de todo el grupo.

Es una estricta feminista checa. Otras la relevarán en el siglo siguiente; entre ellas, la esposa estadounidense del primer presidente checoslovaco, Charlotte Garrigue Masaryková, una intelectual nata, aunque tiene a su lado a un feminista que adopta también el apellido de su esposa y dice que una mujer es exactamente igual en derechos a un hombre y vigila con atención que el piano favorito de ella llegue a Praga. Es una flor en el fango. Charlotte Garrigue nace en el seno de la familia de un hombre de negocios americano proveniente, a su vez, de una antigua familia francesa, cuando John D. Rockefeller tiene once años y Božena Němcová treinta (o no).

Para su asombro, Božena Němcová pronto se da cuenta en Praga de que cualquier conservadurismo sólo puede generar en una persona agresión y crueldad. Cada soplo de alteridad y de una verdad vivida exaspera a los conservadores. Perturba su paz. La sociedad checa es conservadora hasta la médula y el apasionamiento, la osadía y el ardor de Božena Němcová no son domados ni pueden serlo.

Cada grupo polariza y radicaliza a sus integrantes. Y así se van alejando de ella incluso los patriotas que cultivan el espíritu nacionalista, pero exigen para ellos y para sus hijos una educación de calidad en Occidente, en alemán, en universidades de Berlín y Viena, y que conservan su mentalidad cosmopolita.

Ven las pasiones de ella como un perjuicio contra su honor. Como si hubiera llegado de otro planeta. Doscientos años después de su muerte, escritoras y escritores, reyes del sexismo, siguen

produciendo en Praga orgullosos tratados sobre por qué no quieren la emancipación y por qué no son feministas. Durante más de dos siglos, Božena Němcová les viene arrojando a la cara las palabras de sus cartas, soltándoselas por milésima vez a nuevos destinatarios, ahogándose, corriendo por Praga y recuperando apenas el aliento: si negáis a los demás sus derechos humanos, me los negáis también a mí, me negáis el derecho a la vida y a la autorrealización, me devolvéis al calabozo; si no queréis que sea una persona con iguales derechos, no ayudaréis a nada ni a nadie, ni siquiera a mí, titulad los tratados de otra manera, deberían llamarse de acuerdo a la verdad, ¿por qué estáis en contra de los derechos humanos y en contra de que todos tengan los mismos derechos? Si queréis que en otros países las mujeres no puedan estudiar, salir de casa, hablar, trabajar, votar, pensar y actuar libremente; si queréis que sean violadas, torturadas, degradadas, obligadas a prostituirse y ser vendidas; si queréis que en un país se les prohíba abortar y en otro se las obligue a ello y se les ordene matar a los fetos femeninos; si queréis que las mujeres cobren menos por el mismo trabajo; si queréis que su papel en la vida sea reducido al de una esclava, entonces admitid la verdad: con tales tratados os colocáis lealmente del lado de los esclavistas; si desde vuestro lugar de bienestar os burláis con arrogancia de los desfavorecidos, imprimís en las mujeres nacidas y por nacer del mundo la marca de la esclavitud, parecida a la marca de la vergüenza que los romanos grababan con hierro encendido en la frente de los esclavos más despreciables; si queréis que las mujeres sean consideradas por siempre esclavas seguid grabando en el cuerpo de todas las indefensas una marca burlesca y así estaréis

grabando también en mi cuerpo una nueva marca, colocándoos del lado de los titanes de la arrogancia.

Décima parada ferroviaria

Ropa sucia y dinero sucio

Zarpa al mundo el colosal primer Titanic del nuevo pensamiento. En una larga travesía que parte desde Estados Unidos. El periplo continúa aún hoy, a pesar de que el agua del mundo se está secando y hace tiempo que bajo cubierta están todos muertos. El paso de los pulidos mocasines negros afinó el ritmo de los pasos de los nuevos titanes de una especie hasta ahora desconocida y endureció las reglas. Sus rasgos característicos son la piel blanca, un egocentrismo fascinante, la ambición y una desconsideración absoluta. El ticket de entrada al club de los cuerpos masculinos (heterosexuales) elegidos es un bigote recortado o un rostro bien afeitado, la elocuencia de un traje caro y sobre todo el lujo, que los diferencia de las malas hierbas. Está naciendo una era de narcisistas y sociópatas intocables que hacen alarde del comportamiento de unas máquinas y se autodenominan «humanos sensibles». Los ojos de las nuevas generaciones los contemplan con admiración. La travesía del primer Titanic gigante del siglo XX se ve acelerada por los experimentos políticos de otro tipo de psicópatas que portan nombres como Hitler, Stalin, Mao. Por ejemplo. Mi lista aquí sería interminable. Volvamos rápido a la ventanilla del tren del siglo XIX.

John D. Rockefeller. Andrew Carnegie. Cornelius Vanderbilt. John Pierpont Morgan. Petróleo, acero, bancos, ferrocarriles, ferrocarriles, ferrocarriles. Profesan una fe transparente y la llaman filosofía. Se permiten todos los trucos capciosos habidos y por haber. Reducen los salarios, extienden las horas de trabajo, falsifican acciones, manipulan divisas, secuestran testigos, escuchan ilegalmente a sus competidores mediante una sofisticada red de informantes. Y luego se arrodillan sobre ellos, les retuercen el cuello, los estrangulan. La gente es igual en todas partes del mundo. La naturaleza, los animales, los sonidos y los olores son distintos. El mundo es hermoso. El hombre es una mala hierba. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Aurore Dudevant huye con su amante a París, ahí podrá aprender algo y comprender los signos de todo lo desconocido dentro de ella, lo cual puede salvarla; el alma se escapa de la prisión. Está que no cabe en sí de la emoción, todo la entusiasma, no se siente sola; se adhiere al círculo de artistas cultos e interesantes, algo que tanto tiempo había esperado. Y se hace confeccionar un hermoso traje de hombre.

Las razones son muchas y algunas bastante banales: la ropa masculina es más cómoda y práctica. Y mucho más barata que la ropa de mujer.

El disfraz es perfecto. No es una parodia, no es un intento de pasar desapercibida; al fin y al cabo le gusta que la reconozcan. La suerte está echada, el cambio impacta, su nueva imagen la vuelve famosa en toda Europa.

No se trata de una escandalosa provocación bisexual, como lo será en el siglo xx el estilo de Marlene Dietrich. Paradójicamente su

cuerpo sólo disfruta libremente su feminidad cuando está vestido de hombre.

El año 1848 es un agotado y espumeante caballo que pasará rápido. Franz Josef también tiene un monopolio; tiene dieciocho años cuando lo llevan al trono de la monarquía austríaca. Es el jefe del ejército y gobierna inicialmente sin parlamento ni constitución. La monarquía que toma a su cargo se mantiene gracias a la mano dura del ejército y la policía. Los nobles checos de Viena se refieren a sus súbditos como a un rebaño de ovejas tontas. La monarquía se basa en los ejércitos. Un ejército de soldados en posición de firmes. Un ejército de burócratas se sienta ante unos papeles. Un ejército de sacerdotes se arrodilla. Un ejército de delatores se arrastra por las ciudades sin teléfonos móviles, ordenadores ni *walkie-talkies*.

El año 1848 es un agotado y espumeante caballo, pasa rápido y a Josef Němec lo mandan fuera de Praga. Božena Němcová se queda sola. Su ambivalencia es desesperante y no tiene que ver con la política. Debe estar a entera y plena disposición de su frustrado marido. Debe estar a entera y plena disposición de los patriotas a él ligados.

Debe estar a entera y plena disposición de los niños.

Va de uno a otro. Se reparte entre todos de forma equitativa, sella las grietas y, milagrosamente, mantiene unida a la familia. Visita a su marido en Hungría en 1851, 1852 y 1853. El matrimonio se cimenta en la pobreza y la consideración a los niños, sobre todo al talento de Hynek, el hijo mayor. Božena Němcová le anuncia a su marido, de un modo no triunfal, que está escribiendo y publicará un relato. Lo titula «Baruška». En su ausencia, ella va alternando amantes; de forma inconsciente el cuerpo enfermo se aferra sobre todo a los

médicos. Y ellos disfrutan de la mujer que «puede elevarse hasta las estrellas». A lo largo de la ciudad de Praga se rumorea con malicia que, en su cama, tienen lugar varias reuniones patrióticas.

«Hasta ahora nunca había visto una mujer tan objetiva, y cuando la veas te encapricharás de ella, ha tenido una vida un poco agria, incluso un poco vulgar y sin embargo ha conservado la delicadeza de su cuerpo y de su alma. Me parece amar en ella lo que podría sacarse de su persona en otras circunstancias más favorables. Sigue siendo guapa y probablemente lo era sobremanera. Sin duda, no es feliz en su matrimonio, aunque eso no es algo inusual. Es una lástima que no tenga otro marido y hasta sería mejor que no tuviera ninguno.»

A su marido no lo visita voluntariamente. Lo cierto es que Josef Němec está bajo la lupa de la policía austríaca, pero también tiene a sus propios espías familiares en Praga que le informan con afán de lo que está haciendo su mujer. Se entera de su aventura amorosa inconclusa con el médico Vilém Dušan Lambl, y con la colaboración de la anciana señora Rottová le ordena que vaya inmediatamente a verlo. Él la reeducará, la mantendrá bajo vigilancia, ella finalmente entrará en razón, no le hará pasar vergüenza. Lo conseguirá aunque tenga que molerla a golpes. Basta con tan poco.

«Basta con que te dirijas a mí con la consideración que merezco. Respeto. Basta con tan poco, basta con que seas más humilde, más leal, más amable y que tus manos se conviertan en lianas y se envuelvan en el tronco para que mires hacia arriba a donde estoy yo, basta con que seas una verdadera mujer. Y seremos felices. Por los siglos de los siglos.» Amén.

En ese entonces Božena Němcová no se defiende de sus golpes. Hasta que en 1857 llama desesperada, por culpa de él, a la policía de Praga. Josef Němec, entonces, les cuenta alegremente a todos que esa zorra traidora conspiró con un enemigo político y, al final, de todos modos, se rieron de ella. No le daba vergüenza quejarse de su coacción en la cama.

«Y eso que no la presioné, aunque es su deber, bastaba sólo con lamerme las bolas, pero incluso a eso se negó, prefiriendo irse a pensar en la última frase, en el punto final de su relato. Y entonces recibió un golpe, ¿y qué? Le he puesto los puntos. Se lo merecía.»

El señor Němec y la señora Němcova. Juntos son más infelices de lo que lo son por separado. En ninguno de sus desiertos privados pueden ser verdaderamente felices. Josef Němec no tiene a su lado a una mujer, sino a una desconocida alejada de él. No es de extrañar que esté furioso, ¿quién no lo estaría? Se supone que una mujer debe complacer al hombre. La escritora debe permanecer en segundo plano sin enturbiar la pureza del blasón familiar. Está amparado por un siglo en el que la violación no es nada excepcional. Y el cuerpo apaleado de una mujer no lo es en absoluto. Los cuerpos de las mujeres han aprendido a sonreír bajo los moretones. Sus lágrimas reprimidas y sin derramar se han compactado durante siglos en su corazón. ¿A quién deberían dirigirse con sus lamentos? Los Freud del mundo no comprenden, hasta el día de hoy, la profundidad de semejante humillación y de esa impotencia. Todavía ni siquiera tiene nombre. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

En EE. UU. queda abolida la esclavitud, pero las mujeres tendrán que esperar al siglo XXIII. En el XXI los cuerpos de los hombres aprenden a violar en masa; así ganan coraje. Si el cuerpo femenino denuncia el crimen, se le vendrá encima una turba aún mayor, será rociado con líquido inflamable y quemado como papel. Pocas mujeres se atreven a señalar a los criminales, ya que pasan a ser estigmatizadas por la familia, la sociedad y la policía. En India una estudiante de secundaria denuncia una violación. Acusa al director y él ordena directamente su asesinato sin entender cuál es el problema. Los hombres en los países latinoamericanos también tienen una válvula de escape probada y confiable para desahogar sus frustraciones: el cuerpo femenino. Las cuarentenas en tiempos de pandemias mundiales dejan más víctimas en forma de cuerpos asesinados de esposas que la cifra de muertos resultante de la propia pandemia.

Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Lo que era normal y corriente en los siglos pasados recibe su verdadero nombre en el siglo XXI. *Feminicidio*. Un término para el asesinato de personas por una simple razón.

Porque son mujeres.

El feminicidio no significa un crimen pasional, como a los hombres del mundo les gusta repetir como loros.

Pero incluso en el siglo XXI, la inspección continúa funcionando de acuerdo a los viejos paradigmas y el tren se arrastra por las vías oxidadas del siglo XIX. A los hombres poderosos no les importan los niños, mucho menos los discapacitados, pero prohíben el aborto. Y, por el contrario, los abortos selectivos en función del género afectan principalmente de nuevo sólo a los fetos femeninos. El único avance

es que incluso el asesinato prenatal de mujeres ya tiene nombre. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. *Feticidio* femenino. En China y en India se realizan millones de abortos por motivos de género. En China la política del hijo único incrementa la preferencia por los hijos varones. La sociedad se enfrenta a la escasez de mujeres, lo que a su vez provoca violaciones y prostitución.

Es muy bonita la campaña propagandística de los políticos del gobierno mexicano contra la violencia doméstica, el asesinato de mujeres y niños. Como si los asesorara la policía secreta imperial de Praga. Aconsejan a los potenciales agresores con gran compresión y desconcertante empatía llamándolos a «no perder la paciencia», «respirar hondo» y «contar hasta diez» antes de dar un golpe de puño. ¿Por qué no aconsejan eso a los asesinos de víctimas masculinas?

Para las potenciales víctimas tienen consejos incluso mejores. Les sugieren ondear «una bandera blanca de la paz» en defensa propia ante «el arrebato emocional» del violador y su consecuente ataque, antes de que el pobre se vea «sobrepasado por la violencia». Trasladan la responsabilidad de la violencia contra las mujeres a las propias mujeres, que mueren con una bandera blanca en sus manos. Y a las que sobreviven les dicen que no molesten, que ellas mismas son «parte del problema».

A los Rockefeller que están a cargo del timón del mundo no les interesan las ridículas y descarriadas columnas estadísticas de violencia doméstica e ignoran el Convenio de Estambul. Sólo se sorprenderían si se invirtieran los roles y aumentara estadísticamente la cantidad de casos no resueltos y minimizados de

maridos asesinados. Eso los asustaría. En los cuerpos de las mujeres la violencia es la norma y las costillas rotas de las Boženas Němcová su problema. Pero en las estadísticas de las compañías de Rockefeller existen los cuerpos de las mujeres: como objetos para garantizar la comodidad de los empleados varones. Se las valora como amas de casa y parturientas de las futuras fuerzas de trabajo competentes y leales. Leales a la compañía. No a la nación.

La antigüedad de París es (probablemente) de 6.300 años y Aurore Dudevant tiene a ciencia cierta veintisiete años. Experimenta la sensación de que justo ahora se termina la adolescencia y la vida se abre al yo adulto. Con el paso del tiempo se verá si en la estación de tren eligió el transbordo correcto. La vida está llena de desvíos.

El tren correcto decide si se levantará sin amargarse, floreciendo y liberándose de las exigencias e ideas de sus padres, autoridades, sistema, lengua materna y género para mirar el mundo con ojos libres de carga. O si, a costa de su autodestrucción, negará su propia voz interior para alinearse al ritmo de mediocres y sumisos. O se petrificará interiormente, poniendo en marcha el piloto automático, vivirá toda la vida en un corsé conservador, reforzando los roles que le asigne su entorno: servirá a las ideologías, a las nociones pequeñoburguesas sobre la familia y el sistema en el que nace, se someterá a las religiones (si se casa con alguien de familia religiosa) y adoptará una cosmovisión estrecha. Servirá a las enfermedades y restricciones de su tiempo, sospechando tal vez una vieja verdad: el que no sabe que sirve, sirve mejor. Aurore Dudevant se promete a sí misma que no será una criada. Ahí es cuando,

además del traje, manda a coser sus primeras botas de hombre a medida. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Josef Němec envía ropa sucia a Praga con férrea regularidad. Hay que clasificarla, lavarla, remendarla, ajustarla, emparcharla, plancharla, doblarla. A menudo se olvida de incluir en el paquete el dinero prometido para el hogar; su esposa se lo recuerda y él se defiende, ofendido.

«Necesito darme algún gusto, jugar de vez en cuando a las cartas y necesito un paquete de tabaco y un vaso de cerveza para animarme y sentirme mejor. No será hasta fines del carnaval cuando hornee unos bollos. Con ciruelas. Y ya tengo reservado un cochinillo.»

Será la casera quien le hornee los bollos con ciruelas. Josef Němec ahorra dinero y comparte alojamiento y cama con la casera. Cuando está con ella no tiene que pensar en su mujer. La casera lo comprende. Ella comprende a todo el mundo. Es una mujer práctica que tiene los pies en la tierra. Se atiene a los horarios de las comidas. No tiene prejuicios y sólo ve el lado bueno de las personas. Cocina ternera y lombarda.

«Buen provecho.»

«Igualmente.»

Le sonríe. La escucha, temeroso, y no recuerda que alguna vez haya tenido miedo. Ella es su única ancla y él rejuvenece.

A Božena Němcová no se le ocurre llevar camisa y pantalones de hombre, y mucho menos salir así vestida a la calle. Ve la aguja, el hilo, el remiendo: agujeros, parches, los extremos deshilachados de las mangas y los dobladillos de los pantalones. La jornada laboral la va arrastrando hasta dejarla aniquilada. Así son las cosas, aunque

aparente lo contrario e intente cultivar la esperanza. Incluso ella se permite a veces algún capricho y se enciende un Virginia. Los pobres fuman porque es el único lujo que pueden permitirse.

A su marido no le dirá que pueden haberse acabado las preocupaciones. Le hablará un señor que le hará entrega de un paquete con longaniza aún caliente. Es de la policía y quiere comprarla con dinero. Basta con que le informe y repita de qué hablan sus amigos. El hombre sube la cifra, ella no se deja impresionar y el cuerpo masculino dice enojado.

«Si le ofreciera mucho más, ¿estaría dispuesta a pasarse a nuestro bando?»

«Eso no es moralmente correcto.»

El cuerpo masculino se echa a reír. «Así que hemos llegado a la moral. Tal vez sigamos adelante después de todo.»

Su marido está en Hungría bajo condena, así que mantienen correspondencia. En la distancia él le parece más tolerable. En cierto modo ella lo quiere: el tiempo vivido juntos es un hábito y un deber. No se aman, pero se extrañan. En la distancia se siente segura. Su tendencia a forzar violentamente las relaciones sexuales queda en el olvido y sus años manteniendo diálogos aburridos pasan a un segundo plano.

«¿De dónde has sacado dinero para eso?»

«De momento, me lo dan a crédito.»

La norma común en el mundo civilizado del siglo XXI es que las parejas estables mantengan relaciones sexuales sólo de forma voluntaria. De lo contrario, el abusador corre el riesgo de ser demandado y procesado. El diez por ciento de las mujeres experimentan relaciones sexuales forzadas. Los agresores suelen ser

parientes y conocidos de la familia. Sobre todo parejas y esposos. Las mujeres se avergüenzan. Se muestran reacias a presentar acciones legales contra personas cercanas. Les resulta incómodo, embarazoso; el cuerpo se avergüenza de que algo así haya sucedido.

Se avergüenza la víctima, no el culpable. Las víctimas tienen miedo de hablar de lo que pasó. Encajonan las emociones reprimidas junto a las lágrimas no derramadas. Humillación, rabia, angustia, sentimiento de culpa. Al igual que Božena Němcová, se terminan compadeciendo de sus agresores.

La *cuentista* está parada junto a la ventana y le duele en el costado. Mira hacia la noche y suspira de dolor. Josef Němec se le acerca por detrás con los tirantes bajos.

«No voy a estar contigo.»

«Eres mi esposa, es tu deber.»

No, el siglo XXI realmente lo intenta. La legislación sueca exige a los cónyuges y parejas estables que firmen un acuerdo notarial en el que den su consentimiento voluntario para tener relaciones sexuales. No es una exageración. Las mujeres a menudo se dejan disuadir y no denuncian la agresión. El agresor se arrepiente y explica cuánto lamenta todo, nunca volverá a ocurrir, me recuperaré, de verdad, confía en mí, amor, fue un extraordinario eclipse de mi mente. La mujer descubre malditamente pronto, mierda, que no mejorará. El perpetrador de una agresión sexual es potencial perpetrador de otros delitos similares. La hija del vecino sale a jugar al jardín con los hijos del perpetrador. Ella toma prestados los juguetes y libros que él le da de buena gana y el cuerpo de la niña madura lentamente.

Bueno, el comportamiento de los agresores sexuales es conocido. Pero esto tiene que ver con un nuevo tipo de depredador rabioso que aún no ha sido reflejado en la literatura. John D. Rockefeller se mueve con especial astucia. El nuevo depredador está firmemente convencido de actuar como un piadoso diácono en misión religiosa. Pisa sistemáticamente y dentro de los límites de la ley minas traicioneras y no autorizadas. Por eso no explotan. Me interesa porque carece de cualquier atisbo de autorreflexión. Por su predisposición, sus valores de vida, su percepción es el opuesto absoluto de Božena Němcová.

John D. Rockefeller y Božena Němcová ven el mismo mundo con distintos ojos. Encarnan las esencias límite de la masculinidad y la feminidad establecidas en el siglo XIX. Sus vidas muestran a las claras por qué las mujeres inteligentes son peligrosas para los hombres y por qué nunca nadie les permitirá ser libres a las Boženas Němcová de este mundo. Perturban el orden y el método.

¿Qué hacer con gente como Němcová? El nuevo sistema no necesita gente así. Ningún sistema de resueltos predadores necesita gente así. Gente que sostiene que una sociedad en la que unos pocos se enriquecen absurdamente, mientras el resto languidece y se mata trabajando, es insostenible. Quienes no crean en *este* capitalismo y en el enriquecimiento de las personas ya no tienen derecho a enriquecerse. Quienes demuestren que existen conductas no mercantiles. Quienes se dediquen a imaginar un mundo utópico en el que todo estará bien. Božena Němcová anhela una comunidad de personas con ideas afines, por eso también le interesa la exótica Cofradía Checomorava, una secta utópica que gira en torno a František Matouš Klácel. «Por eso unámonos, estrechémonos la

mano con sinceridad dispuesta y fusionémonos en la Cofradía Checomorava. Declaramos que todo el mundo tiene derecho a desarrollar sus habilidades y su ingenio y nos comprometemos a ayudarnos mutuamente en pos de ello».

Es lo que se dice una cofradía, pero me complace descubrir que incluso algunas de las hermanas son cordialmente invitadas a la mesa colectiva; entre los miembros se cuentan nombres como Božena Němcová o Žofie Rottová. Cófrade. Cofradía. Fraternidad. Confraternizar. Complicidad fraternal.

Hablan de una comunidad fundada en los principios del amor abnegado y el compañerismo desinteresado. La tolerancia religiosa es una idea innovadora y define el derecho de cada miembro a desarrollar sus capacidades; contiene el germen de la formulación de los derechos humanos y las libertades que recién traerá el siglo xx en una declaración unificada para toda la humanidad después de las dolorosas experiencias de las dos guerras mundiales.

La hermandad queda sólo en una buena idea. Al afinar los detalles se asoma una contradicción insalvable. La ingenua Božena Němcová reivindica la ayuda a los necesitados y el amor sin límites como verdadero sentido de la vida. No le importa sólo la complicidad entre los hermanos de la nación checa y del pueblo con sentimiento nacionalista. Hace hincapié en la necesidad de unir a la humanidad. Una comunidad para las personas. Se adelanta con eso a Tomáš Garrigue Masaryk, con quien canta a dúo. También él cree que importa más cómo cumplimos nuestras tareas humanas que las de las naciones.

Tales pensamientos no son ingenuos, es la realidad de la isla de Taiwán, yo la viví en carne propia en el siglo xxi y cómo me gustaría

llevar allí a Božena Němcová. Algún día lo haré.

El deseo de una comunidad justa por parte de personas sensibles e introvertidas es imperecedero. Pero entonces, por qué no funcionan las comunas, por qué no funcionan los kibutz, por qué no funcionan las comunidades al frente de las cuales peroran los más diversos oshos del mundo. Funcionan con una cantidad reducida de miembros. Si el número de personas es mayor tropiezan con la naturaleza humana: egos, vanidades, codicia, luchas de poder. El pueblo de la única novela de Božena Němcová, *La abuela*, es también una comuna de adorables hóbits, niños en cuerpos adultos.

Božena Němcová intenta crear una comunidad de amor, pero a la hora de la verdad tropieza. Es de una generosidad inaudita. Comparte con los demás sin esperar gratitud ni ninguna devolución. Me recuerda al dueño de la casa de cristal de la isla Amrum que, en pleno siglo XXI, pone su casa a disposición de amigos y personas necesitadas sin pretender nada a cambio. Ni siquiera gratitud. Nadie lo entiende, ni siquiera los isleños. Al fin y al cabo, el turismo local es un negocio lucrativo. *Big Business*. Las reacciones son todas iguales. ¿Por qué no alquila la casa? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Lo entiende el viento, las golondrinas, el mar del Norte, la Casa Kiwitt y la peculiar comunidad de amigos cuya antorcha son las paredes de la casa y su dueño. Gente como él y Božena Němcová dejan una huella distinta en el mundo. Demuestran que los disparates ideológicos y los debates de los patriotas son mentiras. Sí, es la manifestación no censurada de una vida a la que le importa un carajo la ideología y desafía cualquier interpretación. Es la verdad de la gente que quiere vivir de acuerdo con su naturaleza. Son los barqueros hacia otras formas de pensar.

Undécima parada ferroviaria

Una pequeña mujer, una gran guerra

George Sand está rodeada de libros. Una pequeña biblioteca portátil va circulando por sus apartamentos parisinos, la más grande está en Nohant. Su abuela era una voraz coleccionista de libros; lo que más le gustaba era viajar por el mundo con el dedo en los gigantescos atlas geográficos y durante su vejez regresó a sus novelas favoritas. A diferencia de su abuela, George Sand es selectiva: un paladar de sibarita hastiado rara vez vuelve a los libros que ya ha probado. Entre las excepciones se encuentra *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe, que leerá por segunda vez. Otro cuerpo de una chica del siglo XIX que sueña con una vida de escritora. A diferencia de Božena Němcová y sus amigos nacionalistas, Harriet Beecher Stowe es una autora que realmente agita, acalora y polariza a una nación. Y eso que pretende ser una obstinada profesora de ciencias de la salud; para ella los temas centrales son sólo el progreso moderado y los problemas sociales. Y tampoco oculta que la moral es para ella una palabra decisiva y rigurosa.

Engaña a su familia y al público con un ingenioso cuento de hadas. Érase una vez, hace ya mucho tiempo, estaba sentada un día en un banco de iglesia, inmersa en la oración, y hasta aquí escucho su explicación.

«La trama de mi futuro libro me fue revelada durante un sermón. Escribo por voluntad de Dios, ¿sabéis?»

Ella escribe por voluntad de Dios, ¿sabéis?, así que sin reproches y a dejarla escribir en paz porque no es aconsejable discutir con el Creador.

Preventivamente enmarca su destino en el escudo protector del plan divino, cortando de raíz cualquier burla y frases como «quién se piensa que es esta mujer». Las mujeres sufren del síndrome del impostor, por eso recurren a trucos, defensas y excusas cuando ansían seguir carreras académicas o artísticas, cuando quieren reflexionar en profundidad sobre temas «masculinos», es decir, sociales, hablar libremente en público, criticar el sistema político e incluso el concepto de nación. La autora se acurruca detrás de su coraza religiosa para que las bocas de sus colegas no se rían de ella.

La novela se publica en 1851 y se convierte en un bestseller mundial. Harriet Beecher Stowe aprovecha al máximo esa oportunidad, escribe un libro al año durante tres décadas y participa apasionadamente en interminables debates religiosos y políticos.

A cambio le contaré otro secreto. En el año 2008 el periódico berlinés *tageszeitung* publicará un artículo. Sobre la fotografía de la Casa Blanca, el titular reza: «La cabaña del tío Barack». El mundo protesta contra ese título, los editores del periódico se defienden inútilmente alegando que no se trata de una frase racista, sino de una sátira. Los editores del periódico están francamente sorprendidos de que esa novela sentimental y melodramática no haya caído en el olvido. Los editores del periódico se asombran de que, incluso en el siglo XXI, el texto haga saltar a la gente de sus sillas.

Resulta que entre los afroamericanos el tío Tom es algo así como un insulto. Ese tipo de hombre negro, humillado y pasivo que representa la moral cristiana no es *su* héroe. Es el personaje de un libro propagandístico, escrito por una mano blanca para gente blanca con el objetivo de despertar compasión. Según ellos, reforzó los estereotipos racistas, aunque ni siquiera los afroamericanos pueden negar que se trata de la primera crítica aguda contra la esclavitud.

El talento tiene derecho a abordar cualquier tema. Lo importante es *cómo* lo hace. El siglo XXI traerá el otro extremo. Se dice que los temas de las minorías pertenecen sólo a las minorías y tal vez los homosexuales sólo deban ser interpretados en las películas por homosexuales, lo que en un sentido retorcido significa que los padres sólo deben ser interpretados por padres, las progenitoras por madres, los homicidas por asesinos... Cuando en verdad se trata, sobre todo, de ampliar la historia universal para que podamos aprender más acerca del ser humano, acerca de nosotros mismos. Se trata de credibilidad, no importa el color de la piel ni la orientación sexual, sino la capacidad artística.

Los ojos de George Sand leen el libro sin dificultades y con admiración; la mano de dragón escribe una reacción entusiasta sobre la sensibilidad de la narradora, sobre la fe en la moral, sobre su inteligente inversión del punto de vista, su esfuerzo por mejorar el mundo y; por último, sobre la imagen de la marca de la esclavitud, que es inaceptable.

George Sand es una excepción. En EE. UU. se produce una fuerte reacción y empiezan a salir montones de novelas sureñas sobre lo beneficiosa que es la esclavitud, cómo civilizó a los negros, cómo les

gusta el sur de Estados Unidos, cuánto mejor les va allí que en África, cómo los esclavistas blancos los alimentan y defienden del mundo malvado. Utilizan los mismos argumentos «paternales» que usan los patriarcas del mundo para reivindicar la condición inferior de las mujeres. Esos con los que justifican por qué les prohíben estudiar. Esos con los que explican, en sus tratados, por qué no son feministas. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Josef Němec está furioso y fuera de sí, pero a pesar de todas las insumisas infidelidades de su mujer permanece con ella. ¿Es por comodidad o por amor que todo se lo perdona? La conducta de Němec recuerda la dependencia de los hombres mayores de los cuerpos de las mujeres más jóvenes. Y la falta de voluntad para cambiar nada. La esperanza de un renacer y de un nuevo comienzo en el matrimonio no radica en la infidelidad de ambos, ojo por ojo y diente por diente, sino en la igualdad de sus derechos.

La futura emperatriz del matrimonio Němec, cuyo nombre es Elisabeth Amalie Eugenie, monta a caballo, trepa a los árboles, nada, corre por las colinas y laderas florecidas, rueda cuesta abajo por las pendientes. Aún no tiene quince años cuando, en su Baviera natal, se balancea en un columpio de jardín y juega con los perros. Su madre desprende los dedos de la niña del columpio del jardín, le hace trencitas ingenuas, aparta su cuerpo de los perros y la desposa con el emperador austríaco Franz Josef.

«*Mei, bisd du a feschs Madl*.»

La niña emperatriz huye de su marido y de la conservadora corte vienesa durante toda su vida; sin embargo su marido depende de

ella hasta el último momento; el ciervo abatido sufre en su rol de subordinado. Cumplirá todo lo que su amada «niña» desee, otorgándole independencia; desde la perspectiva actual se comporta como un feminista. Sólo que no comprende a su mujer, aunque tienen edades parecidas. Ella renuncia a sus responsabilidades y ya no se interesa por los demás. Finalmente, él termina en los brazos de la actriz Katharina Schratt. La esperanza de un renacer y de un nuevo comienzo en el matrimonio no radica en la infidelidad de ambos, ojo por ojo y diente por diente, sino en la igualdad de sus derechos.

La novia de trece años Sushimita, de Nepal, es liberada de su matrimonio con un anciano. Al fin es feliz. Puede volver a ir a la escuela; sueña con convertirse en médica. Para salvarla, Room to Read ha movilizado a la policía; se trata de una organización que lucha contra los matrimonios concertados. En el siglo XXI, por primera vez en la historia, las mujeres que cargan bajo la piel la misma experiencia de una tradición pervertida se dan solidariamente la mano. A ellas también las vendieron de niñas. No desean a sus hijas el mismo desamparo y horror; a eso lo llamo revolución. Hasta ese momento, las amargadas madres del mundo deseaban, por el contrario, el mismo destino para sus hijas Barbora Panklová, Aurore Dupin, Elisabeth Amalie Eugenie de la familia Wittelsbach y les tapaban la boca con la mano. Pero ahora grita, niña, grita de una vez por todas.

Gritan y muy alto: quieren ser la última generación de novias menores de edad.

Room to Read. Sobre todo hay que tener un cuarto.[1] La escritora Virginia Woolf está simbólicamente con ellas. Su ensayo *Un cuarto*

propio es un manifiesto del feminismo en el que exige que el mundo tome conciencia de que las mujeres son seres pensantes que pueden dedicarse a la literatura. Necesitan seguridad material y un cuarto propio para el trabajo creativo, «quinientas libras al año y un cuarto propio». Pero ha captado las condiciones que toda persona y artista independiente necesita.

Sí, el poder de la literatura también reside en que no teme nombrar lo que otros no quieren ver. Los maridos de sesenta años también gritan obscenidades. Que cuidarán de sus esposas de doce años y de sus pechitos. Si son obedientes, les darán de comer y las violarán con mucho amor.

El acoso a las niñas en su edad más vulnerable, el acoso a una edad en la que el alma sueña con el amor romántico, la amistad, la ternura, la empatía, la armonía, una edad en la que necesita versos, canciones románticas y un chico con una guitarra. Ahí hay una contradicción. El alma necesita saciarse a nivel emocional y se aferra a lo etéreo. Vive en un cuerpo en el que se están despertando las hormonas y el erotismo. Las almas violadas nunca se recuperan del shock y se vuelven ásperas. El acoso, simplificado por la tecnología, es una característica de los países civilizados. El siglo XXI ha tenido sus primicias: el aumento de suicidios de niñas como resultado del degradante acoso escolar a través de las más variadas conexiones tecnológicas, como resultado de la extorsión de amables depredadores sexuales en las redes sociales. Los políticos se burlan de las peticiones de ayuda y protección legal. Después de todo, es un juego inofensivo que a ellos mismos les encanta jugar.

El país de los Rockefeller del siglo XXI prospera y ella tiene doce años. En la escuela la acosan, la humillan, la convierten en objeto de

burla, le pegan. Vive con su padre. Tiene que limpiar y cocinar. Es tímida, nadie se interesa ni se preocupa por ella, nadie la escucha, la interrumpen en medio de una frase, a mitad de un discurso, está sola y su soledad es absoluta. Es pobre. Carga su estigma. Se ahorca en su habitación infantil, rodeada de peluches. Tantos niños buscan la intimidad emocional en la seguridad de su habitación. Su confianza tropieza en las redes sociales con aburridos caballeros de familia que acechan a las víctimas bajo el nombre de falsos compañeros. Ellas se quedan sorprendidas, obedecen, se supone que son buenas y obedientes, que complacen, que se quitan la ropa, ah, no, no sé. Luego llega la extorsión. La violación no tiene nada que ver con el sexo, ni el abuso de menores con la pedofilia. Tiene que ver con el poder. El hombre se siente poderoso. Nuevamente experimenta la sensación de tener a alguien débil por debajo de él. Ese es el aspecto esencial. En las familias. En el ámbito del trabajo. En las relaciones. En las empresas. Ese es el tema de toda violencia contra los niños. Los padres no llevan a sus hijos a los columpios, pero sí les organizan concursos de belleza desde el jardín de infancia y entrenan su cuerpo para la trata de personas. *Big Business*.

John D. Rockefeller no es sólo un magnate petrolero estadounidense. Es un modelo a seguir y un destacado gurú del siglo XXI. El símbolo de un sistema que, de forma poco exacta, se ha dado en llamar capitalismo despiadado. No obstante, encuentro un interesante matiz en la misión de Rockefeller con respecto a sus contemporáneos de aquel entonces y de ahora. Una lágrima negra se derrama.

Para él, ganar dinero es algo más que esforzarse en pos de su patrimonio. Es como si se tratara de un *deber* religioso. Se comporta realmente como un misionero. Se ve a sí mismo como un mesías que liberará a la humanidad. ¿De qué?

De la locura del libre mercado.

Dirige el mundo como si fuera su compañía.

Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Al diccionario del mundo se van añadiendo más y más y más palabras recién horneadas con las que un misionero va llenando su boca y su cuévano. Monopolio, magnate, fideicomiso. Se siente como un mesías, habla como un mesías, actúa como un mesías y su santa misión se llama Standard Oil.

Mientras tanto, el país de Božena Němcová remueve, de una antigua cesta de mimbre, fábulas sentimentales, leyendas, cuentos de hadas, refranes, dichos, recetas de cocina, calendarios repletos de *pathos* narrativo y heroicos gestos de abnegación. Etnografía y folclore.

La cuestión de la patria se abre paso en la literatura, donde se experimenta lo que normalmente tiene lugar en la política. Los checos empiezan con la *literatura* y terminan con el *Estado*, donde los alemanes, por el contrario, volverán a estar en la posición defensiva de una minoría. A la que los patriotas acabarán expulsando. En la Edad Media los idiomas no jugaban ningún papel; por encima de todo, como problema principal, estaba la cuestión de Dios. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller se enriquece a costa de la guerra del Norte con el Sur y da un consejo a sus empleados.

«¡Intentad convertir cada desastre en vuestra oportunidad!»

Los mocasines negros pulidos cuentan dinero. Y gracias a la novela *La cabaña del tío Tom*, Harriet Beecher Stowe también se enriquece y convierte el desastre en oportunidad: con el dinero obtenido compra esclavos, funda y mantiene escuelas para negros. La guerra del Norte contra el Sur se desatará diez años después de la publicación de su libro.

Cuando el cuerpo de Harriet Beecher Stowe entra en la Casa Blanca, el cuerpo de Božena Němcová está gravemente enfermo y demacrado hasta sus patrióticos huesos. El cuerpo de Stowe se sienta cuidadosamente en el borde de una silla mullida ante una mesa redonda y sorbe con buenos modales el té junto a Abraham Lincoln. Antes de entrar a la Casa Blanca se compra para la ocasión un vestido nuevo, un sombrero y unos zapatos que le aprietan; una fresca y sangrienta ampolla estalla, dejándola en carne viva. La visita al presidente será el único recuerdo agradable de esa semana que pasa en Washington con sus estrechos zapatos.

El presidente parece tener todo el tiempo del mundo. *Su* sentido del humor aligera la charla y disipa el nerviosismo *de ella*. Sin embargo, Harriet Beecher Stowe está inquieta; sus zapatos le aprietan y teme quedarse demasiado tiempo, retrasando así al señor presidente.

«¿Cómo sé cuándo debo irme, señor presidente?»

«Usted no se preocupe por eso. Quédese hasta que tenga que retirarme de esta sala. Cuando yo ya no esté, puede irse.»

El presidente mira a la mujer con atención y curiosidad.

«Así que usted es la pequeña mujer cuyo libro provocó una guerra tan grande.»

El libro fundamental del siglo XIX en los Estados Unidos. ¿Cuál es el libro fundamental del siglo XIX checo?

Duodécima parada ferroviaria

Anti-Němcová

Los cambios históricos conforman un océano paciente; van barriendo a su turno cada país en oleadas regulares. El mundo humano se rige, sobre todo, por (inconfesadas) emociones, acuerdos tácitos, simpatías y antipatías personales, coincidencias, leyes y normas no escritas, rutinas y rituales. Las leyes de las nuevas revoluciones escupirán viejos prejuicios con nuevos ropajes. Sobre todo acerca de lo que fue, es y será la naturaleza y el rol de las mujeres. Embriagadores gritos de libertad, igualdad, fraternidad; pero ni siquiera los movimientos más liberales pretenden liberar a las mujeres. Los cuerpos de las mujeres apoyan montones de revoluciones y siempre acaban con las manos vacías. George Sand conoce bien la historia de Olympe de Gouges, la mujer que exigió igualdad de derechos para todos.

La Revolución francesa abre paso a la *Déclaration des droits de l'homme et du citoyen*, promulgada en 1789 por la Asamblea Nacional Constituyente. Diecisiete puntos que tendrán influencia en la visión europea de las libertades civiles. Diecisiete puntos que tendrán influencia en la visión checa. Sólo Olympe de Gouges se opone.

«De la vida pública vuelven a estar excluidas también las mujeres, ciudadanas que durante la revolución lucharon en las barricadas con armas de fuego, arriesgando su vida.»

Los cuerpos de las mujeres son expulsados del espacio público por sus padres, maridos, hermanos, hijos. Olympe de Gouges se enfada y publica su propia declaración. De todos modos, la convención revolucionaria de 1793 tendrá la decisión final.

«Los niños, los locos, los menores de edad, las mujeres y los delincuentes no tienen derechos civiles.»

La revolución prefiere automáticamente a sus partidarios. Debido a su insolencia, Olympe de Gouges es arrastrada por París hacia la guillotina en calidad de traidora. Tiene cuarenta y cinco años. La ejecutarán con otras mujeres. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Incluso hoy el mundo carece de un nombre para ese crimen.

Feminicidio político.

Nacerás, te encerrarán en una jaula, aprenderás a cantar nuestra canción. Hasta que no la aprendas no saldrás de la jaula. Una persona de segunda clase no tiene derecho a la educación, tiene una posición inferior en el Estado, en la sociedad, en la familia y los afortunados que tienen libertad de elección deambulan por los paseos del mundo alrededor de la jaula. Una jovencita inexperta cree que la llave que abre la jaula hacia la libertad y el derecho a la autodeterminación es el vestido blanco de novia virgen, el velo con borde de encaje, el dedo anillado, el título de señora. Con el matrimonio se sube a un tren cuya dirección no conoce ni puede determinar, y del que no se bajará tan fácilmente; piensa que es el tren de la libertad. Frente al altar hay colegialas que no han recibido

educación; tienen hambre de libertad y romanticismo. Algunas están convencidas de que a partir de ahora leerán con tranquilidad las novelas que sus madres les han prohibido en casa. El dilema de Kafka, suicidio o boda, es una canción alegre en el contexto del siglo XIX. Los nobles empobrecidos obligan sin más a sus hijas a contraer matrimonios ventajosos. Les dan a elegir: o un novio designado por la familia o un convento.

Es un tipo muy especial de tiranía. En la época de Božena Němcová, los cuerpos de las mujeres cuentan con una opción generosa. Si no tienen recursos y rechazan a ese novio impuesto al que aborrecen, les queda el espinoso camino de convertirse en institutriz o el magro pan del que dispone una maestra. E incluso en estos casos son tratadas como criadas; el trabajo no las defenderá del hambre. Así son los ingeniosos juegos del chantaje de la denominada libre elección del modelo de vida. Se llama, en otras palabras: ¡O matrimonio o...!

Ambos programas de vida, el trabajo y el matrimonio, no son posibles. Las maestras tienen que ser célibes. Viven, al fin y al cabo, en un siglo que les imprime la marca de la esclavitud, parecida a la marca de la vergüenza que los romanos grababan con hierro encendido en la frente de los esclavos más despreciables. Desde entonces siempre se han considerado esclavas. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El tiempo acelerado no hace más que legitimar el cuerpo de Rockefeller enfundado en un largo abrigo con bolsillos no abultados y sus negros mocasines pulidos. La sensación de que es un profeta

se fortalece. Puede conseguirlo todo. Lleva a su pueblo, incluso contra la voluntad del mismo, hacia un nuevo imperio industrial de posibilidades inesperadas. En casa aprendió a ser, desde niño, un mentiroso ejemplar: no distingue entre la verdad y la mentira. Aún no sabe que la herramienta más confiable para generar opacidad es una insidiosa media verdad o una insidiosa media mentira.

Pero comprende con astucia que la verdad es todo lo que *le* convenga.

Aurore Dudevant coloca sobre la mesa del salón de su apartamento parisino las botas revolucionarias con las puntas separadas; ese día hay un mantel verde oscuro, aterciopelado y encima de él un ancla, sobre la cual Madame se yergue descalza. Lleva pantalones y una camisa de hombre. Aparta suavemente el cuerpo de la curiosa Criada Checa que se acerca a mirar fascinada y boquiabierta el calzado masculino. Traga en seco.

Las primeras botas de mujer ajustadas de cuero fino están listas, hechas a medida y gusto de Madame; después del almuerzo se las trajo el desconcertado aprendiz del zapatero echándoles su aliento. Aurore Dudevant aleja el cuerpo de la criada como si se tratara de un mosquito molesto, coge la bota derecha y se la pone en su pie desnudo. Se sienta en el sofá mullido y la Criada Checa le pone el calzado izquierdo con las manos temblorosas. Aurore Dudevant se levanta y, en un abrir y cerrar de ojos, sus movimientos corporales y gestos se transforman. Una voz se pone a canturrear. El cuerpo baila en la sala.

El anillo de dragón acaricia la suavidad de sus firmes pantorrillas y la Criada Checa llora en silencio en su cuarto con techo inclinado. Arrodillada junto a su cama dura, reza una ferviente plegaria y se santigua nueve veces. Hasta avanzada la noche se arrastra por el oscuro apartamento y bosteza. Del estudio de la baronesa se lleva ceniceros rebosantes y juegos de café vacíos. Esa noche todo se le cae de las manos, sus ojos inflamados y privados de sueño se centran sólo en las botas de la aberrante dama. Esas botas son un imán.

Esconde en su pañuelo una taza sin terminar de beber. Al amanecer, se sienta con la cocinera en la acicalada cocina, saca brillo a la platería y juntas presagian el futuro de su ama a partir del poso de su café. Y no les parece que sea, precisamente, de color rosa.

Y también, ¿qué puede surgir de una idea que va contra *el orden natural de las cosas*, de Dios y de la vida «normal»? Es cosa del diablo: una mujer que se pone pantalones, se calza botas de hombre y pisa el césped del parque, a pesar de que las reglas les prohíben todo eso a las mujeres. Y le grita al mundo que no cree en la Iglesia, y es que ¿quién podría tomarse en serio a la Iglesia al recordar la Inquisición? No cree en ninguna institución que silencie las opiniones distintas y grite el que no está con nosotros, está en contra y será excomulgado.

Es cosa del diablo y la criada jura que nunca más tocará las botas, ni con la escoba de abedul y mucho menos con un dedo. Nadie puede obligarla a limpiarlas, están llenas de serpientes. La criada vuelve a persignarse, convencida en lo profundo de su ser de que a Madame deberían encerrarla en un manicomio y luego, a manera de advertencia, arrastrarla por las calles de París directa a la guillotina,

como antaño arrastraron, ante la algarabía de la multitud, a la bruja Olympe de Gouges que también se creía más que los otros.

La Criada Checa se asoma con cautela al dormitorio para ver si Madame necesita algo más.

No necesita nada. Su cuerpo se quedó felizmente dormido. La Criada Checa está medio muerta de cansancio y al ver la amplia cama con el dosel da un grito. Se persigna de nuevo. El cuerpo de Aurore Dudevant se pierde, como el cuerpo puro de una novia virgen, en ese espumoso pastel de colchas de encaje blanco y rosa palo con mullidas almohadas de color azul pálido. Aunque aquí el blanco simboliza la muerte y es el color de los fantasmas. A la Criada Checa no le horroriza ver las sábanas inmaculadas, sino los pies «masculinos» deslizándose sobre la cabecera. Sólo unas botas negras emergen del edredón almidonado. Madame ha entrado marchando con ellas en sus sueños. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Božena Němcová también se ahoga en sueños. Siempre añora con ingenuidad el amor romántico porque necesita apoyo. Sin embargo, sospecha de un modo vago que el único apoyo confiable lo encontrará en el extremo de su propio brazo, aunque para ella el edificante amor por la vida equivale al amor por un hombre y no piensa en renunciar a él. A su alrededor zumban los mosquitos patriotas, sus enjambres se multiplican, pican y gozan de su cuerpo joven y hermoso como si fuera una sustancia narcótica. Chupan una considerable dosis de sangre de chocolate. La droga es un remedio contra el estrés.

A los drogadictos les fascina su pensamiento poco convencional.

Para ella las peores decepciones son las de quienes engañan y confunden con su apariencia en público. La verdad y la mentira son, para esas personas, lo mismo. Entienden que la verdad es todo lo que *les* conviene. Se dan aires de revolucionarios y rebeldes, de vivir «de otra manera», punk y *underground* y anarquía, tío. A nivel externo, utilizan accesorios necesarios a lo largo de los siglos y cumplen clichés; pelo largo, alcohol, salvajismo, descaro, rebeldía adolescente. De ellos acaban saliendo, tanto en aquel entonces como ahora, los mayores pequeñoburgueses, frustrados y acomplejados, con ganas de escribir un poco, de componer un poco de música, de pintar un poco, de dirigir un poco pequeñas editoriales, desviar fondos de subvenciones a través de amigos, estar al acecho de los rancios temas contemporáneos, gracias a los cuales les llega un flujo de subvenciones financieras internacionales, deprimirse un poco y pintar lienzos psicodélicos. Pero, sobre todo, nada, realmente y de verdad sin arriesgar nada, comprando apartamentos, casas de campo y coches. Perder el coche sería para ellos lo peor.

Božena Němcová les envía un mensaje a través de los siglos, el de que el mayor punk y el mayor *underground* y el mayor coraje de la vida cotidiana es el de vivir como madre soltera y escritora independiente en un país que está enfermo y se niega a tratarse. En un país así, la vida de una madre soltera es una vida con una impotencia de nueve cabezas condenadamente poderosa. Ese tipo de miseria bloquea el camino de la persona hacia la libertad, sin importar el tipo de gobierno ni el sistema político de turno. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La madre de Rockefeller sueña, sistemáticamente, el sueño americano. Durante toda su vida el dinero ha ocupado para ella el primer lugar. Sólo es siete años mayor que Božena Němcová. O no. Repite que, en cierto sentido, John D. Rockefeller es su primogénito.

No es el primogénito, sino el segundo de seis hijos que Eliza Rockefeller, de soltera Davison, da a luz con valentía, comportándose como una verdadera hija de granjero; al segundo día de dar a luz se dedica con férrea disciplina a sus oraciones y deberes. Ignora a su primogénita, y eso que es igual a su hermano; le gustaría hacer negocios, pero no ha nacido en un buen momento, tal como se lo explican la escoba de abedul y la vara de su madre.

«¿Y adónde vas tú?»

John D. Rockefeller adopta, por admiración a su madre, su apellido de soltera. Hasta el día de su muerte ella permanece inquebrantablemente al lado de su hijo como una guardiana de *su* misión. Después de su partida, el hijo se queda con su almohada, una biblia, un revólver y desea poner en el logo de su empresa su severa figura con una escoba de abedul en la mano.

Durante la primera semana, Aurore Dudevant gasta su ajustado calzado en la intimidad de su casa, andando por el apartamento. Gira delante del alto espejo veneciano y su cuerpo se acostumbra al disfraz. La segunda semana el paso se vuelve más seguro, por lo que sale a la calle. La Criada Checa mira hacia la calle desde el piso superior, detrás de las ventanas cerradas y escondiéndose entre las cortinas para que nadie pueda verla. Parece que sufre, come menos, parece atormentada, vieja.

El cuerpo corre incansable de una punta a otra de París. Aurore Dudevant se alegra; si quiere puede recorrer el mundo, no tiene que implorarle a nadie, sostiene al mundo por el cuello, ella decide sobre su vida; vértigo. Confía sus nuevos sentimientos a su joven amante. Jules Sandeau está desconcertado y no entiende bien lo que dice. No es fácil con la baronesa. Algo se ha torcido.

Jules Sandeau pisa fuerte con su camisa corta. Su erección espera lógicamente que el anillo de dragón se apresure en terminar de escribir la letra, suelte la pluma en mitad de la frase, se levante lo más rápido posible y se arroje a sus brazos. Incluso le excita su repentina indiferencia hacia él. Lamentablemente, no se da cuenta a tiempo de que se ha producido la transformación. No es Aurore la que está sentada frente a la mesa tallada, sino una persona que se permite el lujo de la libertad y descubre el mundo desde cero. Como un recién nacido.

Aurore Dudevant o, mejor dicho, la ambivalente Aurore Dupin que hay en ella, no está del todo segura de haber expresado de forma correcta sus sentimientos si ni siquiera Jules Sandeau los comprende. Por eso elige la forma escrita, aunque el destinatario de sus palabras esté desnudo, directamente encima de ella. Sus sentimientos son tan nuevos que anhela capturarlos con precisión y prefiere describirlos en género masculino. Género masculino significa hombre.

«Sabes, querido, justo ahora puedo, por primera vez en mi vida, salir cada vez que tenga ganas, sin compañía, completamente solo, con cualquier clima, a cualquier hora del día e incluso de la noche. Es algo tan nuevo, tan embriagador. Entro a los teatros y me permiten hacerlo sin que nadie me pregunte nada. Sin más, me

dejan pasar solo y con tranquilidad voy directo a la platea. Nadie me mira raro, nadie sospecha de mí. Aún no han descubierto mi disfraz. ¿Y sabes por qué? Porque es sencillo, discreto y, justamente, es la sobria sencillez lo que disipa cualquier atisbo de suspicacia. Pero esto es lo más importante: me siento muy bien con ropa de hombre. Me hace moverme con confianza, con una seguridad recién adquirida. Soy una persona.»

Božena Němcová es pisoteada por los mediocres, no por la época. La pisotearían incluso hoy. El final de su vida la encuentra tocando fondo, emocional y físicamente debilitada, es quien más necesita apoyo. Todos le succionan el alma. La vida de una madre soltera es una vida entre vampiros.

En todo, la amenaza es la mediocridad que se pone a sí misma como meta de todo. Debido a su propia naturaleza, no puede elevarse por encima de sí misma. Por un instinto natural de defensa propia, la muchedumbre siempre se dispone a combatir a los más capaces. Su conservadurismo pone en juego el futuro de todos.

Y así los cuerpos mediocres con complejo de inferioridad presienten una oportunidad, a la que se aferran con sorbetes imaginarios; recargan sus reservas de energía y acarician su ego. Los buitres siempre sobrevuelan alrededor de cuerpos debilitados y crédulos para luego abalanzarse sobre ellos. El cuerpo de la mujer no es tan sagrado como para no permitirse explotarlo. Sobre todo, cuando esa mujer ya ha fracasado una vez en el amor.

En medio del acto amoroso, le exigen textos para periódicos literarios, revistas, antologías, calendarios, tesoros patrióticos.

Algunos se hacen pasar por experimentados agentes literarios; el texto no les interesa, quieren un cuerpo que refresque sus aburridos matrimonios. Los cuerpos que envejecen se ahogan con la angustia de la cercanía de la muerte, necesitan una máscara de oxígeno. Incluso en el siglo XXI les encanta reunirse con escritoras en ciernes en hoteles de toda Europa, y cuando una voz de mujer objeta asombrada por qué, si teniendo teléfonos móviles, correo electrónico, Skype, Zoom no necesitamos encontrarnos en persona, ellos repiten, de forma aduladora y comprensiva: estaré encantado de aconsejarla y protegerla.

¿De qué? ¿Del éxito?

Algunos vacían los cajones inferiores de sus escritorios o extraen manuscritos mediocres de detrás de sus camisas para que Božena Němcová los lea, los arregle y los termine. Para que sus nombres por fin aparezcan en las páginas de los periódicos, en las portadas de los libros o en los diccionarios de escritores. Algunos, por costumbre y sin rodeos, instruyen y aconsejan. Algunos se deleitan humillando y ofendiendo sólo porque tienen otra concepción distinta de la literatura y erróneamente consideran que sus límites tienen un techo muy alto. Su «otredad» es siempre superior al cuerpo de las mujeres. Los hombres, en general, odian a las mujeres que los superan y que escriben. No tienen con quién jactarse. Pero el hecho de que no entiendan a Božena Němcová no significa que ella sea la tonta. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

En torno al cuerpo de John D. Rockefeller sólo pululan gritos de admiración. Asombro, decepción, los primeros lamentos salen a la

luz de forma casi inaudible. La forma, la dimensión y las consecuencias de su nueva mezquindad están por ahora completamente fuera del alcance de la imaginación humana. Las personas no advierten el poder y la magnitud que tienen sus mentiras y con cuidado y casi en tono de disculpa dicen.

«La cabeza no me da para esto.»

El personal lo defiende con fiereza y murmura.

«Debe de haber algo detrás de esto que no entendemos. Seguro que hay una explicación que está por encima de nuestro entendimiento.»

Los afectados no son los trabajadores que ni siquiera tienen tiempo para pensar en eso. Los afectados son los demás hombres de negocios. Los pequeños empresarios se reúnen en bares porque las lágrimas de una esposa en la cena son aceite arrojado al fuego.

«Es un monstruo. No es el tipo de capitalista que le gusta a América ni al que estamos acostumbrados, no es el tipo de capitalista que hemos conocido hasta el momento que no sofoca las oportunidades de los demás. Todo el mundo debería poder tener el sueño americano, pero él lo quiere soñar solo, no es el capitalista que le gusta a América, es pura codicia.»

Y las madres empiezan a asustar a los niños pequeños con los capitalistas «codiciosos». El número de vidas destruidas va en aumento.

John D. Rockefeller se está convirtiendo de forma lenta pero segura en odiado blanco de impotentes manifestaciones. Los desconcertados discursos carecen de contexto. Las frases de los oradores lo demonizan y sólo ven en él a un monstruo. Los oradores de las filas de los inmigrantes europeos recuerdan, de pronto y en

tropel, sus revoluciones, cofradías, declaraciones de derechos humanos y civiles, pero su vocabulario es ajeno al mundo de Rockefeller, que no sabe para qué sirven esas palabras. Las frases de los oradores dan vueltas en círculo.

«John D. Rockefeller destruye brutalmente a sus competidores, pero en nombre de qué, quién lo controla, quién está detrás de él, no puedo imaginarlo, tiene que haber una explicación, tiene que haber una conspiración secreta. Tal vez el judaísmo mundial o los extraterrestres.»

A decir verdad, que John D. Rockefeller destruye a sus competidores *sólo* en nombre de su propia fortuna no les resulta una explicación suficiente.

Decimotercera parada ferroviaria

Conejillos de indias

La abuela de George Sand es una aristócrata tolerante; una mujer feliz. Permite a su querida nieta deshacerse de ese insalubre corsé que le rompe las costillas y le corta la respiración, ponerse pantalones de hombre, montar a caballo a horcajadas, trepar a los árboles, nadar desnuda, agitar los brazos, leer al sol en un prado del bosque, correr por colinas y laderas florecidas, rodar cuesta abajo las pendientes. La abuela se queda de pie junto a la ventana y contempla con envidia a su nieta; está debidamente orgullosa de la conejilla de indias.

El cuerpo de George Sand había conocido, todavía bajo el nombre de Aurore Dupin, las ventajas y practicidad de la ropa masculina. No se trata, entonces, de un capricho que llegó con la gran ciudad. Su salvaje y su desenfrenada adolescencia en el señorío de Nohant le dejan una huella profunda y saludable en el alma.

Al casarse, Aurore Dudevant se despojó de esa piel de serpiente del nombre Aurore Dupin. Y en París nace el dragón George Sand. No sabe de acuerdos; quiere que en todas partes las mujeres usen pantalones. A diferencia de sus contemporáneas y contemporáneos, que elevan ese tipo de requerimiento con cautela y sólo por motivos de seguridad para las ciclistas. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

No importa en lo más mínimo cómo Barbora Panklová imagina su vida. En sus oídos del siglo XIX resuena el canto de la testosterona paralizando su vida; quien no salta no es un hombre y al carajo la emancipación. Es contra natura que una mujer se lance a la arena de la vida pública. Es contra natura que compita contra un hombre, que es más fuerte. Su única naturaleza es el amor por un hombre. Sólo así puede ser feliz. Sólo así puede ser protegida de un mundo despiadado. Gritos obstinados la excluyen sistemáticamente de todos los empleos y de la función pública. Pero no del todo. Una honrosa excepción es la de la Oficina de Correos y Telégrafos, donde las mujeres trabajan por un sueldo ridículamente bajo que los hombres no quieren. Allí las mujeres pueden poner sellos.

No importa en lo más mínimo cómo Božena Němcová imagina su vida. No hay nadie que apoye el deseo de una autonomía e independencia reales. No importa la pertenencia a la nacionalidad ni la patria, aquí los hombres del mundo concuerdan.

Un desierto ancho y lejano a su alrededor. Y la lógica rabia de un marido engañado, al que avergüenza; con razón él se siente la víctima, con razón la sociedad está de su lado.

John D. Rockefeller cultiva un discreto encanto en su personalidad. El silencio misterioso. Gracias a ese silencio constante, da la impresión de ser un individuo sabio y carismático. Hasta que la gente llega a conocerlo mejor y nota sus inconsistencias.

Los primeros críticos cautelosos repiten que está destruyendo América y que ellos no son *sus* conejillos de indias.

No entienden que acaba de crear América. Y no sólo eso. Nacen las reglas del juego que utilizarán en el siglo XXI todos los Bureš[1] del mundo. Las naciones pueden encapsularse y arrastrarse como caracoles en sus casas patrióticas, pero no sirve de nada. El mundo se prepara para un futuro en el que el resurgimiento de las pequeñas naciones desempeña un rol marginal; las metas y los sueños vitales se orientan en otra dirección. El comunismo, que usurpa y engulle el siglo XX en pos de sus experimentos es, por ahora, sólo un pensamiento. El nazismo, que usurpa y engulle el siglo XX en pos de sus experimentos es, por ahora, sólo una idea.

El siglo XIX se esfuerza en prepararles un diccionario y munición. El siglo XIX lanza una granada que explota en 1914. Mientras tanto, el antisemitismo es un accesorio de moda de todos los salones intelectuales europeos; el vienés en particular es un cristal pulido. Y cada país tiende a ser durante un tiempo el primer conejillo de indias a lo largo de la historia. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Alfred de Musset cree que es el más carismático escritor francés. Cree que nada lo sorprenderá. Se equivoca. La vida es una espina de pescado que se atasca en la garganta de cada uno. Cuando está con George Sand en Venecia, Alfred de Musset cae enfermo de repente. Su cuerpo no puede soportar el estrés y la tensión constantes de una relación inusualmente intensa y nada convencional. Envía un mensaje de advertencia y la misteriosa enfermedad acude en ayuda del cuerpo. Alfred de Musset no es tonto y se aprovecha de inmediato de la situación.

Su Madame hace las veces de conejilla de indias en Venecia. Alfred de Musset se envuelve en su fiebre, disfrutando del rol de paciente y llamando todo el tiempo a Aurore Dudevant (no a George Sand, como él sabe amargamente). Le exige que lo cuide de forma desinteresada, que le dé pociones en cucharadas, que supervise en la cocina la preparación de caldos revitalizadores y los pruebe, que lo alimente, que le aplique compresas frías, que no se mueva de su lecho sudoroso y le cambie personalmente la ropa y las sábanas, que se siente con paciencia a su lado a escuchar su autocompasiva voz para que, en sus febriles arrebatos de creatividad, él pueda dictarle su nueva novela y contarle sus sueños surrealistas. Ella lo cuida, no se mueve de su lecho sudoroso, prepara caldos revitalizadores, le cambia las sábanas, se sienta, escucha y anota sus palabras.

Alfred de Musset se tranquiliza; es la primera vez desde el comienzo de su relación amorosa que los roles son claros, tradicionales y con arreglo al ya probado *orden natural de las cosas*. Alfred de Musset se vuelve dolorosamente consciente de lo mucho que le gustan el orden y el método.

George Sand se debilita, se desdibuja retrocediendo a la vieja identidad que odia y constituye un horroroso fantasma del pasado. Cede el protagonismo de su vida a Aurore Dudevant; desempolva el sentimiento maternal reprimido y el instinto de cuidado. Aplaza el trabajo en su propia novela.

Cuando Božena Němcová esté gravemente enferma, se le extenderá un paño encerado sobre la cama y, sólo después, una sábana. Se acostará con cuidado y su torrente sanguíneo quedará rodeado de harapos. El agua en el lavatorio tendrá el color de la

tinta derramada. La tinta roja del lavatorio se irá volviendo marrón. Nadie se ocupará de ella. Mucho menos se ocuparán de transcribir sus pensamientos y novelas que así permanecerán para siempre sólo en su cabeza.

El sacrificio de Josef Němec despierta un respeto y admiración generales. Para siempre. Me sorprende que casi nadie examine con tanto detalle la situación de las esposas de los escritores distinguidos. Y eso que las ha habido durante todos los siglos pasados. En el siglo xxi estalla un escándalo en la Academia sueca; el marido de una miembro de la Academia es acusado de abuso sexual y ese año no se concede el Premio Nobel de Literatura. El año siguiente se conceden dos. El escritor austríaco Peter Handke vive en Francia. Está realmente conmovido, a pesar de que se ha pasado toda la vida burlándose del Premio Nobel; quién querría el premio de un fabricante de dinamita. Aunque toda la vida se había puesto del lado de la arrogancia y el desprecio por las víctimas. A pesar de que defiende a los asesinos en masa y le encanta hablar en su homenaje durante sus funerales. A pesar de haber tratado toda la vida a las mujeres como criaturas inferiores y de haber golpeado a conciencia a sus parejas. Cuando le preguntan la razón, dice que lo molestaban mientras escribía.

Josef Němec también pega a su mujer. No sabemos en qué actividad lo molesta. Si un hombre pega a su mujer, seguro se lo merece. Por ejemplo por una presunta infidelidad. O por no haber blanqueado bien los cuellos de las camisas. O porque la masa para sus bollos no subió correctamente. ¿Qué pasaría si las mujeres

golpearan a los hombres por cada infidelidad comprobada? Los gobiernos, parlamentos, senados, despachos gerenciales y vestuarios deportivos del mundo estarían llenos de ojos morados y cuerpos cubiertos por vendas. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La voz baja de John D. Rockefeller penetra en la mente y debajo de la piel. Frota cada mente como si fuera papel de lija.

Sin embargo, sabe gritar. Habla bajo a propósito. Es una nueva forma de manipulación. Los otros cuerpos se ven obligados a acercarse por todas partes, inclinándose y leyendo los labios. Y cuando alguien le pregunta algo, intenta parecer duro, al menos, sin responder.

Repite el mantra de que lo suyo es el orden y el método, la gestión sensata, racional, moderna y avanzada de toda la compañía. Se trata del progreso. Progreso, progreso, progreso. Los pequeños hombres de negocios y las pequeñas firmas son bacilos, úlceras en el cuerpo de *su* hermoso país. Él llevará a cabo una limpieza. Una limpieza económica. No necesita de la democracia. Lo que *su* capitalismo necesita es una nueva aristocracia de unos pocos en el mundo. El objetivo es dar con una gran empresa estrictamente organizada. La solución final.

El antiguo yo toma el control y hace un sacrificio en el altar del talento de De Musset. Pero George Sand sólo por un momento soporta que esté al mando Aurore Dudevant, de soltera Dupin. En cuanto su amante enfermo se queda dormido, ella coge su abrigo,

da unas vueltas por la Venecia nocturna, asomándose desde los puentes, mirando pasar las góndolas y buscando alguna solución en las aguas turbias y agitadas. Observa una fuente con una estatua junto al muro. Una niña sostiene un pez en la mano. Un fino hilo de agua brota de su boca y fluye hacia la fuente.

Regresa al amanecer de sus andanzas nocturnas, pega un portazo y manda a las dos temerosas Aurores de vuelta al abismo de su pasado. Las apacigua, empaca sus maletas raídas y las expulsa de su conciencia.

Por desgracia, no puede desterrarlas de su inconsciente.

No deja a Alfred de Musset sin cuidado, aunque se organiza de otro modo. Delega las tareas como un hombre. Mantiene a la Criada Checa para limpiar y hornear postres. Capacita a una cocinera para seguir sus dietas, paga a enfermeras capacitadas, consigue a un estudiante que necesita ganar dinero para que el paciente le dicte sus textos. Elige deliberadamente un cuerpo masculino joven; uno femenino distraería en vano al paciente.

Llama a otro especialista italiano, mucho más caro; ella le paga con gusto en vistas de una pronta recuperación. Consulta al médico italiano detrás de la puerta de la habitación de su pareja y escucha con curiosidad el análisis de los posibles diagnósticos. Luego camina con él por los jardines detrás de los muros del palacio.

El agua y el cielo se ponen grises, empieza a caer una ligera lluvia y la mirada y el habla de George Sand se transforman. Se acuesta en la cama y oye el gorgoteo de la fuente. Y empieza a coquetear sin disimulo. Al médico le sorprende su mirada húmeda y se pone nervioso. Ella le agarra la mano, se inclina y le susurra al oído.

«No se me ponga nervioso, doctor. Cuando afuera llueve sólo hay dos cosas que se pueden hacer. Y yo a las cartas no juego.»

Tampoco el médico. Y así George Sand se enamora apasionadamente del nuevo médico, que se llama Pietro Pagello. O no. Nombres, nombres, nombres, nombres. Fechas, fechas, fechas, fechas. Nada, no significan nada en absoluto. La realidad de los seres humanos reducida a nombres y números. Entre el mundo exterior y nuestras vidas se forma una hermética capa de niebla. Lo interesante es sólo la huella de las acciones y las emociones, su contexto y sus consecuencias. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La amistad entre un hombre inteligente y una mujer inteligente no está a la orden del día. A Božena Němcová no se le permitirá entrar al cerrado club de los elegidos. El impenetrable *Machtzirkel.* La juntan con otra especie. Mediocre, apocada, miedosa, acomplejada. En efecto, no son capaces de romper las convenciones, ni siquiera están dispuestos a pensar en eso.

El siglo XIX ofrece a esa especie una nueva formación de batalla; los cuerpos se unen debajo de un erguido y orgulloso estandarte de la nación y de la patria. Son valientes y desafiantes sólo de palabra y a una distancia prudencial; levantan el puño cerrado hacia la lejana Viena. Los checos tienden a disponer de la última palabra en voz alta y de un modo ostentoso. Incluso el primer presidente Tomáš Garrigue Masaryk, bajo cuyo mandato un día se instaurará la república, tendrá miedo de la mentalidad del lacayo, de la mentalidad de criadas, tal como nos conocía Viena, la mentalidad de mozos de cuadra que sólo de vez en cuando se paran en una

taberna a gritar en voz alta lo que piensan de su amo. La condición de lacayo del siglo XIX se terminará de alimentar, en el XX, de una mentalidad asiática que buscará culpables a su alrededor. La mentalidad del lacayo se descargará proyectando en ellos su propio complejo de inferioridad. Y en el siglo XXI se nutrirán con la mentalidad de los Rockefeller.

A primera vista, da la sensación de que los patriotas aprecian el talento de Božena Němcová. A partir de una segunda y más atenta mirada, se advierte que se repiten antiguas microsituaciones. Les irrita que su talento no resida en sus cuerpos. Hubo un error en alguna parte del plan divino. La costilla de Adán se toma demasiados atributos. Los celos vuelven a afilar espadas y machetes. La envidia vuelve a clavarle el puñal por la espalda.

Por eso el silencio. Un silencio que puedo oír hasta aquí, en nuestros días. Un silencio en voz alta. El silencio que, año tras año, iba apagando su cuerpo como una vela mientras moría de hambre. La desgracia esencial no se puede remover. Lo que sí se puede remover es la desgracia colateral que priva a una persona de la fuerza para levantar la cabeza.

Podían haber erradicado el hambre.

Se retiraron a un segundo plano. Algunos se frotaban las manos a escondidas: la vieja asquerosa ha caído.

Se sentían profundamente avergonzados de haber mantenido, en su momento, relaciones sexuales con ese cuerpo. Sin embargo, recordaban y recalcaban con énfasis cómo era ella en su juventud cuando llegó a Praga, una mujer escultural y de llamativa belleza, con cabello negro y ojos verde oscuro. Como si eso justificara su posterior comportamiento cobarde y el sentirse ofendidos debido a

que ella los había engañado al dejar de disponer, un día, de esa belleza fresca y atractiva.

Su belleza juvenil.

Belleza juvenil.

Belleza.

Nunca me he encontrado con una historia literaria en la que se abordase con tanta atención el encanto de la belleza masculina juvenil. Ni las repulsivas transformaciones del cuerpo envejecido del autor.

Decimocuarta parada ferroviaria

Un calor glacial

En el siglo XIX, Božena Němcová podía contar las posibilidades que tenía una mujer soltera de la burguesía con los dedos de una mano. Y una mano sola no aplaude.

Puede trabajar como institutriz o tocar el piano y cantar en las casas como profesora de música. En los hogares más opulentos puede vigilar a la servidumbre y ayudar a organizar las tareas de una casa grande. En la calle sólo se le permite salir acompañada y resulta inconcebible que se involucre en política. En cuanto a la política debe guardar silencio en general; a lo sumo puede admirar la grandeza del espíritu político de los hombres.

Me sofoco cuando pienso, en la isla Amrum con un viento afilado a orillas del mar del Norte, en las mujeres que vivían (no sólo) en el siglo XIX. Tengo que salir a recuperar el aliento, me asfixia *su* corsé de impotencia. Detrás de la ventana de la casa de cristal *Kiwitt* sopla un viento helado y me entran sofocos con la idea de haber nacido en esos siglos anteriores.

La ausencia de una gran literatura escrita por mujeres es resultado de la falta de oportunidades y no de la falta de talentos extraordinarios. Es un genocidio de mujeres con talento. Sólo unas pocas consiguen realmente romper la corteza de hielo y eso incluso

sólo con la ayuda de alguien que lo atraviese desde el otro lado; otros millones de mujeres no tienen ninguna oportunidad. El talento es pisoteado con arrogancia por calzados masculinos y cobardes zapatos de salón femeninos que se arriman fielmente a su jefe. Cuánto talento, fuerza, energía y amor desperdiciados. La joven Božena Němcová no se comporta como una víctima. Al fin y al cabo, debe haber en algún sitio esperanza para su época. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Se desconoce el objetivo y nadie en el siglo XIX acumuló tanto dinero como él. No comprende por qué la gente lo odia. No comprende por qué reaccionan con irritación. No comprende por qué su nombre se está convirtiendo en el terror de las calles. No comprende por qué a los demás también debería irles bien. Eso le produce un calor glacial. John D. Rockefeller percibe su vida de un modo bastante distinto y sin palabras innecesarias. En silencio.

Alfred de Musset tiene nuevos medicamentos recetados por su nuevo médico italiano. Una bonita enfermera le prepara las envolturas de vinagre; su cuerpo joven es un señuelo y, a la vez, un estimulante para la vida. Fiebres y escalofríos se alternan a un ritmo regular; el calor glacial lucha durante mucho tiempo. Al final, abandona la pugna por devolver a Aurore al cuerpo de George Sand.

Alfred de Musset se recupera milagrosamente rápido. Se niega a tener frente a sus ojos el romance italiano y no quiere presenciar un

enamoramiento aún más profundo; ya no finge que su tolerancia a los excesos eróticos de su salvaje pareja no tiene límites.

Tan pronto como su cuerpo mejora un poco, hace las maletas y viaja de vuelta a París. Lo acompaña un estado melancólico. De sus emociones ocultas no habla en absoluto. No piensa reconocer a George Sand lo que Aurore Dudevant significa para él y cuánto desea recuperarla. Incluso con esa enfermedad crónica. En este momento hasta odia a George Sand.

Y eso que George Sand, en la época de su más fogoso enamoramiento, quería vivir con él para siempre y de acuerdo a las reglas. Entonces, él se apartó y comenzó a coquetear con otras mujeres. Y ahora que está unida al médico italiano la ansía como a una preciada joya robada. Incluso piensa por primera vez en su vida en casarse con ella. Le gusta la vida de soltero. Si su cuerpo no envejeciera, ni se le ocurriría pensar en una mujer y en el matrimonio. Se acerca la recta final de la vida y él anhela su merecida comodidad. La comodidad se llama obtener la mano de una mujer. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

A las niñas talentosas de las familias empobrecidas no les va mucho mejor. En la Austria católica existen instituciones educativas aisladas, como establecimientos femeninos en conventos católicos bajo la estricta mirada del clero, y en la rica Salzburgo, por ejemplo, no se abrirá un liceo para chicas hasta el año 1910. En Suiza las niñas ricas tienen tutores privados o eligen a internos y, a finales del siglo, prefieren estudiar en colegios ingleses.

Pero incluso allí los internados son diferentes a los de los varones. Los chicos ricos acceden automáticamente a los antiguos edificios ingleses entre cuidados jardines de la campiña, con el césped bien mantenido y los monogramas bordados en uniformes de color gris claro; de lo contrario, no serían ingleses. No será hasta el siglo XXI cuando la cuestión de la nacionalidad de la madre deja, por primera vez, de tener importancia en las admisiones y la escolarización local. Lo fundamental será saber hasta qué punto esa madre es rica.

Si las circunstancias familiares cambian y las finanzas se agotan, el consejo familiar retirará de vuelta a casa, de un día para otro, el cuerpo de la muchacha en primer lugar. Y el cuerpo obedece sin ningún tipo de protesta. Como Mary Anne Evans. Que toda la vida ha estado fascinada con la leona herida de muerte en un relieve sirio del Museo Británico.

Cambio de vías

Tercera parte

Decimoquinta parada ferroviaria

Desaparecer en la niebla

El tren avanza y al otro lado de sus ventanillas el siglo XIX expone brutalmente lo que las personas de verdad anhelan. Prosperidad, orden, método, paz para los ciudadanos decentes; anhelan el fascismo, esos son *sus* lemas y valores. En los siglos venideros la gente se plegará al fascismo de la vida cotidiana. Aunque quieran vivir en países democráticos, no quieren ser demócratas. Puede haber prosperidad sin democracia. Juegan al teléfono descompuesto con el siglo XIX y no les interesa otra palabra más que lucro. ¿Qué futuro puede tener el beneficio sin restricciones en un mundo delimitado? El nombre en clave de la exclusividad arrogante será siempre el mismo: John D. Rockefeller. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Ni siquiera en esos tensos momentos privados en que se le vence el sostén, modifica George Sand el ritmo férreo de su rutina de trabajo. Se sienta en su escritorio y su ritmo brutal dará al mundo cuatro nuevos libros.

En 1834 llega a París con su novísimo amante italiano, el médico Pietro Pagello. Vuelve a organizar cenas bulliciosas, vuelve a ir a los

teatros, vuelve a jugar con los hombres al tarot y al *whist*, un juego de cartas para cuatro jugadores; en su caso para tres jugadores y una jugadora. Durante la partida el doctor la mira sorprendido. Por primera vez ve su emocionado y excitado cuerpo sobre la mesa de juego e infiere algo.

«En Venecia usted me dijo que no jugaba a las cartas.»

George Sand lamenta con un gemido que las cartas estén mal mezcladas, su respuesta es impaciente y parece dirigirse sobre todo a las cartas repartidas.

«Querido, lo haya dicho o no, un corazón sin secretos sería algo así como una carta descubierta.»

Alfred de Musset no la visita al apartamento de París hasta el invierno siguiente. La chimenea del salón de invierno es de mármol negro, al igual que el reloj de péndulo. Los leños de la base están negros, carbonizados, los superiores entrelazados por hilos rojos. A George Sand le da sueño el calor de la chimenea. Sonríe vagamente y observa los troncos humeantes. Se levanta, recoge dos troncos nuevos, los coloca en el hogar y los empuja con el atizador. La Criada Checa hace pasar a Alfred de Musset a la sala de invierno y lo que ve la horroriza. El señor arroja a Madame una carta y se marcha. Madame finge no darse cuenta. Después de su partida se pone a leerla. Lanza el papel al fuego. La llama se eleva de forma perpendicular y enseguida se apaga.

Ya no es un amante pero sigue siendo un amigo. Se reconcilian y siguen nuevas discrepancias, riñas, insultos, discordias, rupturas tormentosas, nuevas reconciliaciones y nuevas peleas, mutuamente intentan amoldarse en vano a sus ideas o a las de la época.

Coetánea de Božena Němcová, Mary Anne Evans es una escritora inglesa. Nace un año antes que ella. O no. Lo cierto es que, al igual que Aurore Dudevant, cambia rigurosamente de nombre.

Se hará llamar George Eliot.

Muere su madre y luego su madrastra. Su padre enviuda por segunda vez y no tiene mucha prisa en volver a casarse. Sin embargo, la cocina se enfría, se acumulan las ollas chamuscadas, la ropa sucia comienza a enmohecerse y huele a hongos. El hogar necesita una cocinera, una costurera, una lavandera, una sirvienta. La solución es simple y lógica. De un día para otro, una hija insolente de dieciséis años es convocada desde un internado de mujeres para ocuparse de la casa. Nadie le pide su opinión, nadie tiene en cuenta sus deseos y sus planes.

Mary Anne Evans recoge sus cuatro cosas y regresa. Está encadenada a la cocina. Pasan los años, uno a uno sus hermanos van formando su propia familia, desaparecen y repiten como loros el bordón de su padre.

«Alégrate de tener un techo sobre tu cabeza y un trozo de algo caliente para tu estómago, no eres bonita, no eres para nada atractiva, filosofas y peroras como una fastidiosa media azul,[1] todos huyen de ti, nadie te quiere, sé feliz y agradece tener una vida bonita y despreocupada.»

No es feliz ni está agradecida. Se ocupa obedientemente de la casa, ¿qué otra opción tiene? Comparte sus pensamientos con el fuego que enciende y vigila en la estufa. Lo único que le tolera su familia es la caridad. Dos veces por semana se sienta en la mesa redonda de un club de beneficencia con otras solteronas y viudas prematuramente avejentadas que cotillean frente a los bollos y el té

de las cinco. En sus corazones llevan acumulada una vida jamás descrita y las bolsas bajo sus ojos están repletas de lágrimas no derramadas y rezos no proferidos. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller se siente no sólo un elegido sino también un santo. Lleva un halo sobre su cabeza y, al igual que en su primera infancia, en su adultez está firmemente convencido de que ir a la caza de dinero es una celebración devota, piadosa y repleta de gracia.

Perdonó generosamente a Dios por haberle negado un milagro esencial en su infancia. La moneda plantada en el claro no brotó, no creció, no floreció, no trajo los esperados frutos de los crujientes billetes. Quizá la abonó mal.

Ahora caza mamuts.

En cada conversación insiste, fatigosamente, otra y otra y otra y otra vez en que no ansía los placeres, no aspira a gozar de la vida, trabaja en nombre del progreso, trabaja en nombre de Dios, en pos de su gloria eterna.

«Una persona no debe tener más de una pasión. Algunos beben, algunos juegan a las cartas y otros revolotean detrás de las mujeres. Yo me he quedado prendado de Dios.»

En nombre de Dios y de su obra todo puede justificarse de modo dramático, cada engaño y monstruosidad. El teatro puede comenzar, se levanta el telón, todos los creyentes, todas las personas religiosas y espirituales rezan cada mañana al eclipse, al agujero negro que llaman Padre que estás en los cielos. ¿Por qué entonces John D.

Rockefeller no podría ser su profeta? La nueva deidad del siglo XIX es el dinero. Especialmente el *suyo*. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Mary Anne Evans aprovecha con inteligencia algunas sutiles fisuras y resquicios. Afila una lima, la esconde bajo su larga falda, raspa los barrotes y se escabulle. Corre a la estación de tren. El ferrocarril del siglo XIX pasa zumbando, con gran alivio observo que esta vez la joven dama puede subirse incluso sin compañía, pienso en ella y cruzo los dedos. Mary Anne Evans toma el tren justo a tiempo; recoge su larga falda, salta al escalón y el tren se dirige a Londres.

Lo importante es que se sube. La sensación es embriagadora y el tren canta entre dientes por todas partes la misma canción simbólica de libertad incondicional, *nach Wien, nach Wien, nach Wien*. Nunca más en su vida experimentará una sensación tan embriagadora como la de subirse valientemente al primer tren. En vano, su padre y sus hermanos se rompen la cabeza tratando de retenerla; no consiguen pensar y formular rápido una prohibición que le impida ir a la capital, donde pretende debatir con sus pares. Una vez que se ponen de acuerdo y llegan sin aliento a la estación, el tesoro del padre ya ha desaparecido; el tren es más rápido. Uf.

Mary Anne se sube y el tren avanza con seguridad. En Londres visita a parientes lejanos en cuyas casas se lee y reflexiona; en los apartamentos hay bibliotecas y se encuentra con personas inteligentes y de espíritu libre cuyas mentes no están sobrecargadas. Pero eso no le basta para quitarse el delantal de cocina, liberarse y convertirse en escritora. Su libertad debe redimirse con la muerte.

Una batalla ganada no constituye la victoria final de una guerra que dura toda la vida. Tanta energía sobrehumana para que las mujeres escapen de las leyes escritas y las normas no escritas.

Los cuerpos femeninos que sólo por milagro se gradúan siguen sin poder ejercer sus profesiones. O no reciben el correspondiente pago y salario. ¿De qué les sirve una formación profesional, científica o general, de qué les sirve su minucioso talento técnico si no tienen dónde aplicarlo? En las reverberaciones sofocantes del aire y los fétidos vapores del siglo XIX tosen otro siglo más. Ejércitos de vidas no vividas, enmarcadas en fascinantes historias de padres, maridos, hermanos e hijos.

Aquellas que escaparon nunca estuvieron solas. La casualidad les ha tendido una mano. La casualidad tiene forma de cuerpos masculinos modernos. E incluso en el siglo XXI son tan escasos como las flores en el fango. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller ya tiene un hijo. Todos los días, después del desayuno, comprueba que el cuerpo de su descendiente se encuentre bien y su respiración sea regular. Para su padre él representa el centro del universo.

Es el último hijo de cinco descendientes, a quienes su esposa, que se llama Cettie, da a luz con valentía y los mece y (se) porta como una verdadera hija y maestra piadosa; el día después del parto ella vuelve a su vida espartana y con férrea disciplina se dedica a sus oraciones y deberes diarios. Exige a sus hijos obediencia absoluta, austeridad, zapatos limpios, abstinencia y continencia sexual. Lo mismo exige también al servicio. Las criadas deben ahorrar parte de

su salario y, bajo petición expresa de ella, llevar el mismo vestido y un peinado liso y sencillo. Cuando finalizan su trabajo, Cettie supervisa estrictamente que, en vez de perder el tiempo, se ocupen de coser la ropa y llenen así el cofre de su dote. Compiten entre ellas para ver quién llena el cofre primero. No es de extrañar que las criadas domésticas de los Rockefeller sean tan valoradas en el mercado de bodas y tengan una gran demanda. Son cuerpos sanos. Y además de un arcón lleno de ropa y ahorros, tienen conocimientos de higiene y gestión del hogar.

El padre ignora a sus primogénitas. El siglo XIX empieza a favorecer una opción: la familia nuclear. Es más ventajosa para la conservación y el incremento del patrimonio. Padre, madre, primogénito.

Había estado esperando pacientemente a su hijo y con su nacimiento cumplió con su deber conyugal. Engendrar es un placer al que, en verdad, renuncia inmediatamente después del nacimiento de su hijo.

El padre muere de forma inesperada. El hijo mayor hereda los bienes. Sí, el siglo XIX prioriza una opción: la familia nuclear. Es más ventajosa para la conservación y el incremento del patrimonio.

Para el ama de llaves de treinta años Mary Anne Evans, la hija soltera, no quedará demasiado. Como recuerdo obtendrá un reloj de bolsillo averiado de su padre. Sus hermanos son amables y comprensivos con ella, compitiendo entre sí con tentadoras ofertas. Mary Anne Evans es una confiable fuerza de trabajo; trabaja por la

vivienda y una comida modesta. Le insisten, la presionan emocionalmente pero ella no cede y la terquedad da sus frutos.

«Si te unes a nosotros como ama de llaves y te ocupas del hogar, tendrás asegurados el techo y la comida.»

«Me ganaré la vida sola.»

«Los niños te quieren. En tu tiempo libre puedes dedicarte a ellos como su tutora. Tendrás asegurados el techo y la comida.»

«Me ganaré la vida sola.»

«No te sentirás sola y tendrás asegurados el techo y la comida.»

«Me ganaré la vida sola.»

«Por Dios, ¿viviendo de qué?»

«De la escritura.»

«¿De qué?»

«De la escritura.»

«No seas ridícula. ¿En qué mundo vives?»

A Mary Anne Evans no le importan las burlas, los agravios ni las humillaciones. Lo que sucede es que tiene una idea redentora. El arte es, al fin y al cabo, el único espacio donde no importa el género. Nadie tiene que saber nada al respecto, al menos que ella misma se lo revele. Se esconde detrás de un nombre de hombre y se lanza a escribir para evitar la trampa: el matrimonio o un trabajo de jornalero junto a sus hermanos con el que vivirá durante décadas como una sufrida solterona y una estrafalaria tía que lee por las noches a escondidas.

Toma esa decisión en el momento justo, el mercado de las palabras está en alza, tiene suerte. Surgen nuevas editoriales, periódicos, revistas y la gente lee con voracidad. En comparación con Božena Němcová tiene además la gran ventaja de que su idioma

es comprendido por una multitud de lectores. Escribe en inglés y la (lo) espera un océano de ojos curiosos. La mente de Mary Anne Evans no hace caso a la opinión de los parientes que se burlan de ella como la oveja negra de la familia. Y no sólo ellos. Ella confunde y provoca a la sociedad con su indescifrable vida privada. Cambia su nombre por el de George Eliot y se convierte en una autora leída, conocida, independiente a nivel financiero; por su trabajo recibe una remuneración adecuada. Todo lo que yo tanto habría querido para Božena Němcová.

Con el estómago vacío no se puede escribir.

Decimosexta parada ferroviaria

Remos y carrera en solitario

El tren va, regresa a antiguas paradas, realza detalles de las historias detrás de las ventanillas, de nuevo recortará sus bordes y la repetición es la madre de la sabiduría. Aurore Dupin hereda de sus progenitores una mente dividida; por parte de su padre es la tataranieta de Augusto el Fuerte, y por parte de madre una pobre sin pasta de los suburbios parisinos. Esos matrimonios tan desiguales fueron posibles debido a las confusiones revolucionarias y en el caso de los Dupin, además, gracias a una suegra tolerante y educada.

Aurore Dupin nace el primero de julio de 1804. Su padre muere en 1808 y la niña es llevada al castillo de Nohant por su abuela, quien no llora a su hijo perdido por mucho tiempo. Ella mira hacia adelante, odia a los pesimistas y sólo tiene sentido para ella una vida sin prejuicios. Establece una única regla: los duelos deben ser breves. Su hijo está muerto, su nieta viva y entonces se aferra al cuerpo con vida. Cría a Aurore con un espíritu libre, aunque aristocrático. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Johann Pankl es cochero en la casa señorial, habla alemán con acento vienés, chasquea su látigo en Viena, consigue un puesto en los servicios de la princesa Kateřina Vilemína Zaháňská y en su residencia de verano de Ratoborschitz descubre el Reino de Bohemia. No entiende checo.

Se queda en el señorío de Ratibořice todo el bendito verano y la princesa contrata a su esposa Terezie como casera. Pueden vivir en una construcción de piedra cerca del castillo. De ese modo estarán siempre cerca y a tiro de la hacienda. Su casa consta de dos pequeñas salas y un pasillo húmedo. La pared está agrietada. La cicatriz de la grieta se extiende hacia arriba por el frontón de la casa.

Kateřina Vilemína Zaháňská admira Viena, la capital de la monarquía austríaca; allí se siente en casa, tal como les resalta a todos de forma molesta. Con el espíritu del romanticismo ilustrado y de acuerdo al modelo de la aristocracia vienesa a la que intenta igualar en todo, bajo su aguda y atenta mirada, el valle que va desde České skalice hasta Rýzmburk se transforma en un parque paisajístico en miniatura. Árboles poco frecuentes, un estanque y un pabellón de caza. Kateřina Vilemína sabe disfrutar la vida.

Igual que el político Clemens von Metternich. A él también le gusta pasar el invierno en Viena y el verano en el castillo de Kynžvart o en las propiedades de su esposa; la rica noble morava Marie Eleonora Kounicová lo salvó de sus apuros económicos. Se casa con ella a los veintidós años, asegurándose una vida hedónica hasta el final de sus días. Su nacionalidad es incierta. Antes de que Johann y Terezie tengan a Barbora los autócratas europeos se reúnen en el Congreso de Viena de 1815. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien*. Bailan en los

palacios pero sienten el frío en los huesos. Temen a la Revolución francesa y a las futuras Georges Sand. Sí, el regreso a la monarquía y a la política de mano dura está siendo vigilado por el hedónico ministro austríaco de Relaciones Exteriores, el príncipe Clemens von Metternich. El futuro canciller tiene a su lado un ejército leal de informadores, censores, gendarmes, soldados, sacerdotes católicos y la mera mención de pensamientos peligrosos es cortada de raíz. Lo aterrorizan la libertad de las naciones, los derechos del individuo y las futuras Boženas Němcová.

El ministro odia todo lo que amenace la cohesión del imperio y debilite la monarquía. Por ejemplo, la prensa libre. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Incluso en Alemania ya se gritan al unísono palabras como unidad, constitución y parlamento. Pero los que se comportan con demasiada liberalidad corren el riesgo de perder sus empleos y de experimentar las conocidas y probadas ramificaciones de las represalias. Antes de que nazca Barbora Panklová, los príncipes alemanes también se reúnen y, en 1819, en los balnearios habsburgo de Karlovy Vary, deciden prohibir las asociaciones estudiantiles, poner las universidades bajo control estatal y reforzar la autoridad de los cuarteles de espías. Acuerdan imponer censuras y a los profesores librepensadores no se les permite enseñar ni infestar el campus académico. Todos los censores del mundo odian el humor; en especial cuando alguien se burla de ellos.

Se esfuerzan innecesariamente. De todos modos pronto será necesario otro tipo de espionaje. Industrial.

El decorado en torno a la cama de la madre está preparado. Los sudičky[1] del bebé están confundidos. Hace mucho frío y la niña

Barbora, a quien llaman Betty, llega a un mundo maniatado. A diferencia de George Sand, le espera una vida bajo la trampilla. Y bajo la trampilla se libran varias guerras al mismo tiempo. El bosque oscuro está encantado y es profundo, el camino es largo y no tiene fin. El nacimiento tendrá lugar en Viena el 4 de febrero de 1820. O no. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Sus mocasines están rociados de oro negro; el brillo de la palabra capitalismo. Los sociópatas multimillonarios se pueden contar con los dedos de una mano pero se extienden por todo el mundo. Los padrinos de las familias sólo están a gusto en el ámbito de la política mafiosa. Algunos hombres de negocios a la antigua usanza aún se preguntan a escondidas, con la vista clavada en ese negro resplandeciente, si el exitoso sendero que toman esos mocasines pulidos no es, al fin y al cabo, ilegal. Su marcha ahoga a los demás y acaba pisoteando el sueño americano. En secreto se preguntan si tal comportamiento no destruirá la vida variopinta, la sana competencia, la sociedad creativa y la iniciativa emprendedora. Temen en secreto que se esté ahogando la sana diversidad de las pequeñas empresas familiares. Les atemoriza en secreto el advenimiento de una era de monocultura y el reinado de una única y poderosa empresa, dirigida burocráticamente. Se persignan en secreto ante la posible muerte del libre mercado y, por lo tanto, la paradójica eliminación del preciado fundamento del capitalismo de libre empresa: la competencia.

El hombre piadoso ya tiene marcha de cigüeña y no entiende tales reproches. Sus ojos de ave siguen la esfera del reloj de pecho y sus

mocasines negros se mueven con impaciencia incluso en su amada iglesia baptista. El tiempo es dinero. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya. Se balancea sobre sus rodillas como un engreído director circense; el circo de pulgas no le interesa. Hace chasquear su látigo, arrinconando en una misma esquina a las fieras y al público. ¡Cuánto palabrerío! Capitalismo es una nueva e inútil palabra. No tiene por qué ser accesible a todos. En la estrictamente cercada arena del circo se ve a un solo capitalista. Si fundara un partido político, se convertiría en primer ministro, querría ser presidente y diría que conducirá su partido como si fuera su compañía, pisoteando a la democracia inútil; vería todo el estado como su propia compañía. Eso es lo que intentarán hacer sus seguidores, los aplicados estudiantes de los futuros siglos. El legado de los patriotas y defensores del Resurgimiento Nacional quedará en la nada; sólo lo adoptarán los populistas nacionales. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Después de huir con éxito de su marido con un joven amante a su lado, Aurore Dudevant se sienta en su escritorio de París erguida como un cirio pascual y ya no se encorva. El anillo de dragón vibra sobre el papel. Vuelan por el aire las primeras hojas empapadas de palabras apasionadas; sujeta con un alfiler su colección de mariposas. Su joven amante atrapa las hojas. Le arranca las que acaba de escribir. Sus ojos sobrevuelan frases alborotadas, las atempera, las corrige, las modera, las silencia o las elimina. Él tiene la última palabra y, en verdad, buenas intenciones.

Aurore Dudevant no discute. Espera que su amante se quede dormido. Una noche de luna vuelve a poner las palabras tachadas en su sitio original y pule las empobrecidas frases hasta devolverlas a su estado primigenio. Son sus hijos y no dejará que los mutilen, que les rompan el lomo, que los reeduquen ni que los violen. Jules Sandeau está enamorado y Aurore Dudevant es ambiciosa; piensa en su nuevo trabajo y su vida íntima y privada empieza a sufrir, relegada a un segundo plano. Con el seudónimo de Jules Sand escriben juntos pequeñas sátiras para el periódico *Le Figaro*; juntos dan forma a una novela que se publicará bajo el seudónimo de J. Sand.

Al principio la familia Pankl viaja todos los inviernos con el señorío a Viena. En primavera las golondrinas con sus crías regresan a la hacienda de Ratibořice. Terezie Panklová siente siempre ansias por la gran ciudad imperial, el cúmulo de niños crece, se educan unos a otros y Barbora no es la excepción. Terezie Panklová da a luz a trece de ellos y con ninguno mantiene una relación cálida. Los castigos con la escoba de abedul en nombre de Dios, el orden y el método son la rutina diaria del hogar. El resultado es un adormecimiento de las emociones y de los sentidos, la autorrepresión. Los padres temen la cercanía emocional y les da terror todo lo incontrolable que hay en el mundo.

Llegan refuerzos. Magdalena Nowotny es una abuela con firmes y estrictos principios morales. No le importan mucho las opiniones de los demás. Debe ayudar con la vigilancia y la educación de los niños.

«La más pequeña está bien alimentada, es bonita la gordita. Pero los varones son flaquitos, no serán lelos, ¿no? Qué desorden hay aquí.»

Se entromete en la gestión y el manejo del hogar. Su hija la arrincona con vehemencia y le recuerda que su viejo y hambriento estómago debería agradecer la vivienda y la comida caliente. La tensión se instala junto a la humedad, entre los muros de piedra. El ambiente se pone espeso y su yerno, con buena táctica y sensatez, se mantiene a una distancia prudencial de su suegra, de su mujer, del cúmulo de niños, de las hierbas, de la cosecha de serbas y endrinos, de las interminables desavenencias y peleas. Cepilla a los caballos y, de vez en cuando, sube a alguno de los niños al lomo del animal. En secreto.

Las relaciones entre madres e hijas suelen ser complicadas; tanto unas como otras sienten instintivamente el estigma del género y el rango limitado de su vida; un destino que a duras penas pueden soportar aunque deben hacerlo. Se ven forzadas a echarle la culpa a alguien y afilar sus garras. Una parte no sabe qué hacer con una hija esclava, la otra no sabe cómo perdonar la esclavitud. Se estorban de forma mutua, la competencia chisporrotea en el aire; pelean por el favor del patriarca del hogar. Cada vez que se acerca desde Viena un carruaje estridente y el señorío retorna al castillo, el cochero Johann Pankl se queda un momento quieto a manera de reverencia. Y justo entonces, con una expresión alegre y los brazos extendidos, va al encuentro de sus seres queridos. Todos esperan con tensión para ver quién será la elegida. Cuando se acerca para tomar en brazos a la pequeña Barbora, a la que llama Betty, su madre se queda inmóvil, aprieta los labios con amargura y sus ojos se inundan de

pesar. Y los demás niños se abren paso para llegar hasta donde están padre e hija.

Las madres sienten competencia incluso con sus nueras y celosamente manipulan a sus hijos. Hay esperanzas de que exista una relación sana entre abuela y nieta, sobre todo a nivel emocional. El modelo de las relaciones entre madres e hijas es un espejo. Muestra por qué no funciona la solidaridad entre las mujeres, por qué no se liberan de los seguros esquemas sociales femeninos que, en realidad, degradan a los hombres al reducirlos y verlos sólo a través del sexo. Mientras escribo estas frases, las mujeres protestan en Francia contra la concesión del Premio César del cine francés al director Roman Polanski. Actrices como Catherine Deneuve y Fanny Ardant, que en su momento protagonizó la gran película *La mujer de al lado*, exclaman patéticamente que siempre que alguien sea puesto bajo la guillotina ellas estarán a su lado. La voz de las celebridades tiene peso, productores y gerentes les dan palmadas en el trasero a las jóvenes asistentes y no ven cuál es el problema.

¿Bajo la guillotina? Pero vamos. Roman Polanski vive en una enorme mansión, huyó de los Estados Unidos antes del debido juicio por violación de una niña y planeó vivir en Suiza para evitar el pago de altos impuestos. No es una cuestión de género, es una cuestión de carácter e integridad moral. La guerra de los sexos no existe ni ha existido nunca. El hombre pertenece a la mujer como el día a la noche o la vida a la muerte, el mundo es dual y nada es superior o inferior. A la guillotina es llevada más bien la niña Olympe de Gouges, sin el considerable interés de esas actrices elitistas. Argumentan con seudopruebas similares a las que utilizó aquel famoso abogado defensor para salvar al actor estadounidense Errol

Flynn, que violó a una niña de quince años, diciendo que desde la ventana del camarote del yate de Flynn, al que la había arrastrado, ella no podía haber visto la luna como afirmaba y las fanáticas de sus películas gritaban a la niña de las trenzas que lo dejara en paz. Las mujeres de al lado carentes de empatía no quieren aliviar a las otras mujeres el espinoso camino que ellas mismas han recorrido y cuyos añicos han ido pisando descalzas. Los esclavos se arrastran detrás de los esclavistas esperando el papel de su vida y que un día las rasquen bajo una barbilla maquillada, sonriente, corregida por cirujanos plásticos. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller celebra su decimoquinto cumpleaños en el año 1854 y su pensamiento ya está forjado. Abandona anticipadamente la escuela; no tiene tiempo ni energías para las lecturas, los debates complejos, el cambio de perspectivas ni la educación a largo plazo. Él considera la Biblia como su universidad y ya la ha estudiado. Su cerebro es rigurosamente tecnócrata y responde a los números.

No responde a letras, palabras, frases, acepciones ocultas, símbolos, emociones, humor e imaginación. No responde a la percepción metafórica del mundo, a las historias y, definitivamente, tampoco a las novelas que ponen en duda su percepción en blanco y negro y profundizan la empatía.

La vida es una permanente toma de decisiones. Se trata del equilibrio entre cuánto decidimos nosotros mismos y cuánto deciden los demás por nosotros.

Elegir entre muchas opciones es, para él, pan comido. Sólo hay una estrategia correcta y sólo una decisión correcta: la racional.

Conduce directamente y sin rodeos hacia *su* ganancia monetaria. Ignora otras opciones de vida. No cuestiona la maquinaria del lucro ni el saqueo de recursos.

Jules Sandeau es, en verdad, un barquero inexperto y por su barbilla sin afeitar le corre todavía la leche materna. Pero sostiene el remo con fuerza y durante un tiempo admirablemente largo. Aurore Dudevant intenta compensar el inestable equilibrio de la relación. Y ya mismo se prepara para saltar desde la barca común y oscilante de la vida del barquero hacia una nueva orilla, aún con sus zapatos femeninos de salón. El barquero hace que se balancee la barca con disputas para mostrar quién es el dueño de los remos. Que la baronesa vuelva a sentarse. Ella no puede prescindir de su seudónimo compartido, es el caballito de batalla. No puede prescindir de su amor, él es su ancla. Sin él se ahogará.

«No me menosprecies delante de la gente.»

Aurore Dudevant se tambalea y cae dolorosamente sobre el duro fondo. No ansía amor, sino reconocimiento. Está cambiando de táctica.

Cansará al cuerpo del barquero haciéndole apasionadamente el amor. Esperará a que se duerma y saldrá del dormitorio de puntillas. La idea de que alguien la aconseje, le explique el mundo y la proteja le resulta ya insoportable. Prefiere a los amantes malhumorados que a los que se comportan como perfumados pedagogos. Se pondrá a escribir de noche, sola, en secreto, sin contar al barquero nada al respecto. Silencio en el foro y no decir ni pío. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Barbora Panklová también anhela reconocimiento: el de su madre. Las acacias están en flor y su madre permanece de pie junto a un fogón plagado de cazuelas humeantes. Toma una escoba de abedul y se pone a barrer. De tanto en tanto, Barbora echa un vistazo a la espalda de su madre. Termina su almuerzo entre los platos de una mesa abarrotada y masticando despacio.

«¿Aún estás con eso? ¿Cuánto tiempo más te va a llevar, Barča? Todo tengo que decírtelo. Vamos. Recoge la mesa. Cuida a los niños.»

Barbora es también una niña. Se levanta despacio y acomoda con cuidado la silla. Con paso tranquilo se dirige hacia su madre que está impaciente y cuya impaciencia ruge. Con una amable sonrisa mira a su madre a los ojos. Le hace entrega, con el corazón palpitante, de un cuento en un manojo de hojas sueltas, pero cualquier otra cosa que no sea la Biblia es un pecado y una pérdida de tiempo y energía mental para una madre devota y agobiada de trabajo. La madre deja la escoba de abedul y le arranca los papeles de la mano. Con ojos ausentes y en voz alta balbucea con dificultad el título en alemán delante de su hija.

Sin decir una palabra, guarda el cuadernillo de hojas escritas en el armario, debajo de la ropa blanqueada por el sol primaveral. Ya no tocará las palabras de su hija. Es una pérdida de tiempo, algo que a ninguna de las dos le sobra. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya. Dentro de nueve días Barbora Panklová abrirá las puertas del armario. Encuentra las letras intactas y prensadas en el mismo lugar. En secreto las retira aún con esperanzas. Se tumba en la hierba de espaldas. Una repentina lluvia de flores de acacia cae sobre ella y la cubre completamente. Por todas partes llueven las flores y Barbora

Panklová se las tira encima. Está acostada en la hierba bajo una suave manta perfumada.

La madre abre el armario, saca las sábanas remendadas sin buscar las hojas. Barbora Panklová las arroja al fuego, que las lee con avidez. Sobre esas hojas escritas ninguna de ellas dirá jamás ni una sola palabra.

John D. Rockefeller tampoco leería los garabatos adolescentes de sus hijos y considera que los libros son una traicionera pérdida de tiempo.

La prueba de fuego del carácter, la inteligencia, la personalidad y las cualidades morales de una persona puede ser sencilla. La lectura. Quien lee literatura y tiene sentido del humor no carecerá del tono básico de la humanidad. Sólo la lectura puede hacer vibrar un carácter honesto. Y también la imaginación, la sensibilidad, la inteligencia, la empatía, la astucia, la apertura hacia el mundo, la autorreflexión y la conciencia del contexto.

Las frases de Barbora Panklová arden y sus palabras se retuercen de dolor entre las llamas. El antiguo centro de saber, la biblioteca de Alejandría, ardió en una sola noche. No es papel lo que desapareció, sino el pensamiento. Y el ser humano ha aprendido la lección. El fuego es un ejemplo. El emperador Diocleciano manda quemar los libros cristianos en Constantinopla. La comisión que supervisa los cambios radicales tras la Revolución francesa se «hace cargo» de la Bibliothèque Nationale. El ejército británico se venga con la Library of Congress de la declaración de la independencia de Estados Unidos. Los alemanes nazis ahogan en las llamas cualquier atisbo de

humanismo. Los fascistas serbios queman la biblioteca de Bosnia y Herzegovina a finales del siglo xx. Millones de ideas yacen en las cenizas. El fuego apocalíptico destruye la memoria cultural. La quema de bibliotecas como camino real hacia la ineptitud y la falta de pensamiento. Afuera las páginas, afuera las frases, afuera las letras, afuera el pensamiento.

La política y la poesía están estrechamente unidas porque la literatura potencia la imaginación.

El político Edvard Beneš, por ejemplo, no leerá literatura. Tampoco tendrá sentido del humor. Eso desconcertará al presidente Tomáš Garrigue Masaryk, que dirá: sin imaginación no se puede percibir ni el futuro ni el pasado.

Así que (no sólo) la falta de imaginación de Beneš será fatal para todos nosotros en el siglo xx. Porque no lee literatura.

Decimoséptima parada ferroviaria

La marca del combate

Aurore Dudevant terminará de escribir su primera novela y la llamará *Indiana*. El manuscrito de su futuro libro espantará al máximo a su suegra, la señora Dudevant; se pone un sombrero de ala ancha en la cabeza, toma un parasol de encaje de Flandes y va a buscar a París a su rebelde nuera. Sacude sobre su cabeza el parasol de marca y le prohíbe rotundamente usar su nombre real junto al título del libro. El nombre de su hijo, es decir, el *suyo propio*, no debe aparecer en la portada de su inminente novela. Sería una mancha en el honorable, noble, milenario y ultraprecioso escudo familiar. No es un diálogo, no es una discusión, no es un choque de argumentos. Su voz no pregunta, no espera respuestas y sólo conoce la puntuación de sus autorreferenciales frases en modo indicativo. Aurore Dudevant, de soltera Dupin, es objeto de un mar de monólogos amenazantes. Las frases se suceden ola tras ola.

«He guardado silencio durante muchos años pero ahora no pienso callarme más. Aquí se trata de nuestra, no, mejor dicho de *mi* buena reputación. Recuerda que no toleraré otra vergüenza familiar y te lo advierto de una buena vez por todas. Vas a padecer las consecuencias. ¿Acaso no te basta con provocar con tu discurso, con tu comportamiento, con tu forma de vestir que también tienes que

provocar con la literatura y en público? Mi hijo bajaría la luna por ti. Basta con tan poco, basta con que seas más humilde, más leal, más amable y que tus manos se conviertan en lianas y se envuelvan en el tronco para que mires hacia arriba a donde está él, basta con que seas una verdadera mujer. ¿Crees que puedes lograr eso por tu cuenta sin la inteligencia masculina? ¿De verdad crees que puedes afrontar una carrera en solitario? Si no puedes prescindir de los garabatos, ¿por qué no sigues con la escritura en pareja que ya os resultó? Puesto que tienes que escribir, por qué no sigues tocando el piano a cuatro manos bajo la dirección de Jules y su seudónimo. Si de todos modos ya te muestras con él en público como si fuera tu amante.»

Sus frases no requieren interlocutor ni oyente. La suegra ni se da cuenta de que las dice en voz alta y agitando su parasol como una espada. Llevan tanto tiempo sonando en su cabeza que se han convertido en una canción trillada, dirigida a los oídos de su hijo.

«No lo tienes fácil con ella, me asombra que la soportes. He guardado silencio durante años, ahora no voy a callarme. Está en juego *mi* buen nombre, *mi* buena reputación. No toleraré otra vergüenza. ¿No le basta a esa insignificante ramera provocar con su forma de comportarse y vestir que tiene que provocar también con la literatura? ¿Acaso cree esta zorra que puede lograrlo sin la inteligencia masculina? ¿Acaso piensa esa desgraciada que tiene lo que hay que tener para afrontar una carrera en solitario? ¿Por qué no sigue escribiendo en pareja si ya le resultó? Y puesto que aún tiene que seguir escribiendo, ¿por qué no sigue tocando el piano a cuatro manos bajo la dirección de Jules y su seudónimo? Si ya se muestra con él en público. No se conformaba con tener una buena

vida, así es, y así y todo tú le habrías tolerado un amante. ¿¡Pero mostrarse con él en público?!» Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Aunque Barbora Panklová se casa bajo presión de sus padres, que se quedan así con una boca menos que alimentar, ella aún tiene la esperanza de vivir el amor y la libertad. El señor Josef Němec es, a primera vista, un caballero sólido, experimentado, prudente, confiable y reservado, acostumbrado a la vida de soltero. A segunda vista es engreído, poco confiable, rebelde, ensimismado y lleno de complejos de inferioridad. Por lo general, odia a sus superiores y se crispa cada vez que alguien le aconseja, le da órdenes o no le obedece; por culpa de su naturaleza no consigue graduarse, está pagado de sí mismo. Encuentra una coartada y una provocación fiables para ser un poco interesante y descaradamente distinto: el exotismo checo. No termina sus estudios porque es demasiado cómodo y tampoco tan capaz. Espera que su joven esposa lo admire como un padre experimentado y sabio y que en el brillo de sus oscuros ojos verdes se instale de por vida un silencioso respeto.

Los cónyuges se mudan con frecuencia. Con los años pierden o se ven obligados a vender una mesa elíptica, unas butacas, un diván, un escritorio con cajones pequeños y grandes y un armario con vitrinas de cristal. Los largos viajes y el arduo servicio han agobiado al señor de la casa. Ser el sostén de la familia también es un rol muy difícil del que resulta imposible escapar.

Es el patriarca y el patriarca calla. Un medio eficaz para aliviar su tensión es el sexo. Consume estos fármacos antiestrés con

regularidad y su mujer no hace demasiadas preguntas.

Barbora Panklová, bajo el nombre de Božena Němcová, cae en ataques de melancolía durante los primeros años del matrimonio. No sabe que se trata de una depresión. Se sienta en casa junto a la mesa, en una dura silla de madera y deja que el tiempo llueva densamente sobre ella. En su interior hay silencio. Entre sus brazos estrecha a un bebé envuelto en una manta y un arrullo. Lo atrae hacia ella de modo maternal.

De idéntica forma se había abrazado a su muñeca al ver, por primera vez en su casa, a un extraño hombre de uniforme, se había quedado parada a lo lejos. Tenía ojos color marrón claro que, considerando que era un guardia de finanza, parecían confiables. Era un hombre con buena presencia, cuidadosamente vestido, con las piernas demasiado cortas, la nariz demasiado grande y el pelo demasiado ralo. Su madre le ofreció un refresco y el extraño preguntó sorprendido.

«¿Ella todavía juega con la muñeca?»

Su madre estaba desconcertada, con malhumor y furiosa. Su padre puso una voz amable.

«*Ich habe es Ihnen doch gesagt. Sie ist noch ein Kind. Wir sollten noch warten. Na, komm doch her zu uns, liebe Tochter, steh geradeaus und grüß hier Herrn Nemec. Ich bitte dich, Betty*.»

Herr Nemec se marcha porque su padre sólo titubea y replica débilmente que Betty es todavía una niña. La madre es intransigente y entorna los ojos, de los que en vano intenta arrancar una lágrima de autocompasión. Siente pena de sí misma.

«Estoy al límite de mis fuerzas, Johann. Debe salir de casa. Es ella o yo. No sabes cómo es. Tú mismo la llevarás al altar y la entregarás

a Němec. A mí ya no me interesa.»

Ese antiguo recuerdo se marcha y el tiempo no se detiene. Božena Němcová es ya una mujer casada y otra vez quedará encinta. Con cada nueva vida otra frágil rodaja de ilusión juvenil se desprende, se seca, cae al barro y cruje como una hoja de otoño. El árbol se deshoja, la savia se seca. Barbora Panklová se encoge, se aleja, desaparece en la niebla. Sacrifica lo que debe sacrificar. No tendrá descanso. El autosacrificio es el destino de las mujeres del siglo XIX.

No es una baronesa como Aurore Dudevant, no tiene la posibilidad, tras un parto difícil, de poner al recién nacido en brazos de nodrizas y niñeras, y nadie se ocupa en absoluto de la depresión posparto. Envuelve al bebé en un trozo de enagua y susurra todo el tiempo: «perdóname, mamá». Luego toma en brazos al niño que llora, que gatea detrás de ella y le extiende la mano. Se espera de ella que se ocupe, ya al día siguiente de dar a luz, de las oraciones y de sus deberes domésticos con férrea disciplina. El siglo XIX no cree a las mujeres ni siquiera los dolores de parto; existe una idea errónea muy extendida entre los hombres, una predilecta desinformación según la cual el parto es para una mujer lo mismo que el placer y el goce. Incluso el escritor sueco August Strindberg se aburrirá y fastidiará durante el difícil primer parto de doce horas de su segunda mujer. Susurrará enojado al oído febril de su joven y atemorizada esposa.

«No me hagas esta comedia y no brames como un buey, los vecinos se están deteniendo detrás de las ventanas y sé muy bien que para todas las mujeres esto es un deleite y que lo estás disfrutando.»

Božena Němcová sufre hasta su muerte problemas de salud como consecuencia de su cuarto y más difícil parto. El cuerpo de la mujer en puerperio es más silencioso y su depresión posparto más difícil. Su mente es un canto rodado. Como siempre, el cuerpo acude voluntariamente en ayuda de la mente nublada; la alivia con una nueva enfermedad. La primera experiencia de los esclavos enterrados vivos; dar muestras de alegría es difícil y la inteligencia no tiene dónde extenderse. Cada día y cada mes le exige más y más esfuerzo soportar las formas de semejante silencio.

Como señorita sin hijos se siente infeliz. También se siente infeliz como madre agobiada de trabajo junto a un hombre ocupado. Herr Nemec se sienta a la mesa y su mujer le pone delante un plato del que sale humo. Absorto en la lectura del periódico se olvida de comer y la comida se enfría. Božena Němcová no se olvida de comer pero no puede tragar. Josef Němec deja el periódico.

«¿Qué te pasa?»

«Nada. He dormido mal.»

«Otra vez. Últimamente estás siempre así. Antes eras más alegre, estabas más dispuesta. Estás rara.»

Ninguno de los dos sabe lo rápido que envejecerá. Ni cómo superar esa primera crisis, la más grave, y el posterior ataque de melancolía. Se entreteje ramitas de romero en el cabello y pide ayuda a su yo más joven. Llama a Betty Panklová. La nostalgia y el sentimiento gotean como miel. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Božena Němcová no puede dormir. Se levanta temprano y mira por la ventana la nieve que cae y la calle donde falta la cabina telefónica. La belleza está en la naturaleza. Los copos de nieve son poéticos. Se rompe el equilibrio y la belleza se sale de control. Los Rockefeller del siglo XIX son unos extraños y patológicos nuevos ricos. Tienen tanto dinero que jamás en su vida podrán utilizarlo. Sin embargo defienden con todas sus fuerzas esa abundancia sin sentido. De vez en cuando ponen una cara bonita, se limpian los copos de nieve del rostro y pronuncian la palabra «belleza». Mirarán alrededor, comprarán obras de arte y dirán que es una inversión; aunque en comparación con su propia riqueza pagarán en los próximos siglos una miseria por un Vincent van Gogh o un Pablo Picasso. Y la cantidad de ceros que alcance en las subastas el número final será, de todas formas, lo que más les interese.

La riqueza no es consecuencia del talento, el trabajo duro, la honradez o la educación. El sueño americano ya no es el motor de todos, sino de unos pocos elegidos. La fortuna de Rockefeller es un virus peligroso. Con astucia impone la mezquina idea de que la felicidad tiene algo que ver con el dinero. El dinero es una droga.

Los Rockefeller del mundo creen que mil millones es poco más que un millón.

La riqueza genera miedo, no seguridad. Los pobres todavía tienen la esperanza de hacerse ricos. Los ricos sólo tienen miedo de empobrecerse. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Aurore Dudevant deja de hablar por completo con su suegra y saca el encaje de Flandes de su armario. Ya tiene botas de hombre en los

pies. Sin embargo el monólogo del antiestético sombrero, magullado en la frente con actitud bélica, echa raíces. Las botas van marchando por las calles adoquinadas de la ciudad y los amplios bulevares de la mañana parisina. Las espuelas no suenan, los ojos inquietos escudriñan el entorno y buscan inspiración en cada esquina. Sobrevuelan nombres de antros, teatros, cabarets, fábricas, prostíbulos y letreros con nombres de artesanos.

Se detiene a orillas del Sena y mientras observa el río inquieto reflexiona. Después de todo el apellido Sand no es sólo el legado del barquero: es también *su* seudónimo y es principalmente gracias a ella que ese nombre literario se introdujo convenientemente. Regresa a su apartamento, rechaza un desayuno a base de bollos de pan con semillas de amapola recién preparados por la Criada Checa, se sienta con las botas puestas tras el escritorio y en un papel en blanco escribe con letra de imprenta SAND. Se queda pensando y delante del apellido añade el impávido GEORGES. Luego tacha la letra S.

El nombre es de origen griego y significa campesino. George remueve la tierra y deja que una semilla ruede por el hoyo cavado. Recoge la tierra de la plantita solo, con sus manos blancas y delgadas. No necesita de los jardineros ni de sus voces roncas. Cultiva una maceta, un huerto, una parcela, un primer campo, vastas extensiones. Asimismo será él quien cosechará sus tierras. George es un nombre masculino y una popular marca del combate de las mujeres del siglo XIX; también Mary Anne Evans recurrirá en Londres al seudónimo.

Decimoctava parada ferroviaria

La Biblia sobre la almohada

George Sand no se rebela contra los hombres con su literatura. Se rebela contra el matrimonio que experimentó en carne propia; era una propiedad legalmente adquirida. Ahora exige libertad erótica. Feminidad e intelecto.

Con la novela *Indiana* arroja al mundo un explosivo: una demanda de igualdad en la vida emocional. Y trae a la memoria el poder y la importancia tan subestimados de la maternidad. Invierte la perspectiva. Exige de los hombres la misma dedicación, ternura, humildad y abnegación que el mundo espera del cuerpo de las mujeres.

En consecuencia, no exige la emancipación de las mujeres, sino de los hombres.

Incluso en un área que hasta el feminismo de los siglos futuros pasará por alto. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Las palabras nacen, las palabras se desgastan y las palabras mueren. El siglo XXI deja de usar la desvanecida palabra feminismo; genera confusión. Nunca deja de sorprenderme cómo hasta los cuerpos de las mujeres hacen equilibrio con ella. De forma calculadora y de acuerdo a las necesidades del público. La modelo (y esposa del presidente francés) Carla Bruni dirá en una transmisión

directa de la radio BBC: «¡Por supuesto que soy feminista! Como todas las mujeres. Mi marido también es un gran feminista».

Y unas horas más tarde, en una entrevista con la revista de moda *Vogue*, ronronea un gato mimoso y domesticado: «No me defino para nada como feminista, al contrario, mi generación no necesita en absoluto del feminismo».

Con dos siglos de distancia George Sand le lanza a la cara una respuesta imaginaria.

«Si les niega a los otros cuerpos sus derechos humanos, me los niega también a mí. Bueno, se acaba la palabra feminismo. Muere la palabra, no su contenido. Se necesitan acciones. Toda persona decente es feminista. Es una lucha por los derechos humanos. Es importante para los hombres. En este sentido, el objetivo y la intención de mi novela era restituir a las personas con vagina su verdadera independencia, su innegable e inalienable dignidad. Un hombre libre no puede vivir sin una mujer libre y debe respetar que la realidad de la mujer es diferente de la realidad del hombre. Una mujer libre no puede vivir sin un hombre libre y debe respetar que la realidad del hombre es diferente de la realidad de la mujer. Ese es el camino hacia una humanidad feliz. Incluso la palabra humanismo está impregnada también de estas consideraciones.» Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Barbora Panklová sale a la superficie, se deja llevar por el pánico y la nueva huida de la recién casada a casa de sus padres se convierte en otro fiasco. Se habían olvidado de la existencia de su hija Betty; ven asegurada a la señora Božena Němcová, de quien ya no son

responsables. Barbora Panklová es la niña que hay en ella. La niña corre hacia la madre que no tiene. Todo niño se acurruca con sus padres, incluso cuando lo maltratan; su instinto le hace saber que no puede sobrevivir sin ellos.

Llega a Ratibořice, echa un vistazo al patio que está inundado de barro. En el jardín, un frágil y desnudo arbusto espinoso se mece con el viento. Un petirrojo la observa. En las puntas de las ramitas secas se sostienen los ovalados y rojos frutos de la rosa mosqueta. Hay gotas de sangre en las espinas. En el umbral abraza a su padre y, en el frío pasillo, su envejecida madre que tiene un bebé en brazos se interpone fríamente en su camino impidiéndole entrar. Desde el otro extremo del largo pasillo se oye un estruendo, como si el viento golpease la contraventana abierta.

«¿Has venido otra vez?»

Se queda de pie frente a ellos, suplicando ayuda y ellos le exigen una disculpa. Espera en vano la suya. En sus agitados sueños se repite una escena: se enfrenta a sus padres e incluso a su suegro y suegra que ya han muerto. Intenta reconciliarse con ellos, aunque no sabe por qué. En sueños escucha lo mismo hasta el final de su vida y sus dedos índice son púas en su corazón. La luz de la cerilla ilumina el rostro de su madre. Con cuidado, la madre coloca la vela encendida sobre la mesa y delante del crucifijo, detrás del cual hay metidas unas ramitas de sauce en flor, se pone de rodillas e indica a los niños que se arrodillen a su lado. Su padre está arrodillado en un rincón y se ha convertido en una sombra. La abuela aparta a los niños de la ventana con un gesto dominante. El más pequeño se limpia los mocos con la manga y recibe una bofetada. Todos caen de rodillas, la abuela se santigua y luego la siguen todos los niños, que

Dios esté con nosotros y el mal se aparte. Como castigo los niños se arrodillan junto a la abuela cuyas secas manos están entrelazadas y sus adustos labios recitan una oración. La madre está arrodillada sola. Los niños la ignoran. Se aferran al cuerpo que más autoridad tiene, al que más le temen. La abuela ha ganado otra de las batallas diarias de la guerra por el dominio del hogar. Sólo la pequeña Barbora Panklová no escucha, sus pensamientos están en otra parte, su cuerpo pensativo se levanta. Cuando la voz iracunda y fuerte de su abuela retumba en sus oídos: «¡arrodíllate!», ella mira hacia atrás confundida.

La expresión adusta de su madre no piensa quedarse atrás y agrega.

«Luego te vas a disculpar.»

«Y ¿por qué?»

La mano de su madre es más rápida que la de su abuela y le encaja una bofetada a esa mirada que brilla desafiante. Se prepara para golpear de nuevo y el golpe es bloqueado por la mano del padre. A Barbora Panklová le arde la mejilla y se niega a clavar sus ojos en el crucifijo. Mira el matamoscas al que se adhiere otra mosca. Una chinche se arrastra por la pared, su madre vuelve a estirar la mano, pero ya no logra alcanzar a su hija. Cada tarde salen volando murciélagos del granero de al lado. Ella los confunde con golondrinas.

Ahora hay una mujer adulta frente a ellos, suplicando ayuda y ellos exigen una disculpa. «Nosotros no hicimos nada.»

«Sí, no habéis hecho nada. No habéis impedido nada, nunca habéis ayudado, ni vigilando a los niños, ni económicamente, sólo esperabais a ver si sobrevivía o moría en el camino. He esperado

largos años, ahora ya no espero más. De qué sirve una disculpa. No le debo nada a nadie, todo lo he logrado por mi cuenta. No me atan ni me conmueven vuestra vejez, soledad, amargura ni enfermedad que a todos escoltan. La vejez y la enfermedad no le quitan a nadie la responsabilidad de las atrocidades que ha cometido en el pasado.»

En la vida real enviarán rápidamente a la señora Božena Němcová de vuelta con su marido. No entienden qué le falta, por qué se queja, cómo no se conforma con su buena vida si sólo tiene cuatro mocosos, mientras que su madre dio a luz a trece. Ni siquiera la dejan terminar de hablar e interrumpen su voz en medio de una frase. Se supone que debe mantener unida a la familia.

«¡Es tu deber mantener a la familia unida!»

Se supone que debe ser un apoyo para su marido y no una carga.

«¡Tu deber es ser un apoyo para tu marido, no una carga!»

Obedece y mantiene unida a su familia a través de un Himalaya de dificultades. Intenta ser el sostén de su marido y sus hijos, y sobre la almohada yace intacta su biblia.

Se dará cuenta de que no tiene a dónde volver. No le permitirán cruzar el umbral del húmedo edificio de piedra y los nietos no conmueven a nadie. La Betty Panklová que lleva dentro se desliza por última vez entre los muros de piedra. Se detiene y no esconde una carta en el viejo armario, debajo de la ropa blanqueada. Franz Kafka escribía a su padre. Betty Panklová escribe a su madre. Sabe que si le diera la carta a su madre, la sopesaría, alimentaría con ella el fuego de la estufa y haría sonar un pulido monólogo, dirigido a los oídos de su padre.

«Sería mejor que en lugar de garabatos esa tontona de Barča cuidara mejor la casa, aprendiera a batir la mantequilla, a controlar la levadura y la temperatura del horno para hacer el pan porque la masa nunca le ha subido.»

Los escritores juegan con la idea de que alguien queme su obra después de su muerte. Las escritoras desean que nadie vuelva a quemar sus obras.

Božena Němcová confía sus crisis al papel. Envuelve su voz no escuchada en frases impregnadas de verdad; escribir cartas es una terapia. Sin el talento, las experiencias vividas y la amenaza psicológica sólo devendrían escritura culta; pero sus cartas son literatura. La emoción por la vida cotidiana, la sutileza con la que capta dramas invisibles ahogados en el silencio; el latido de su corazón. No en una prosa pulida sino en cartas es donde cuestiona la institución de los vínculos familiares, el matrimonio, pero también la amistad que acaba en deudas personales con intereses usurarios. Las cartas son como la escritura de un diario; la mantienen en contacto con sus vivencias, describe el dolor que lleva años sofocándola. El yo adulto borrará la huella de la desesperada Barbora Panklová como el viento apagaba la vela sobre la cáscara de nuez que ella enviaba por medio de la corriente. El intelecto y la resistencia de la Božena Němcová adulta permanecerán. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Los castigos con la escoba de abedul en nombre de un dios justo son, desde hace mucho tiempo, la rutina diaria del hogar. El resultado es un adormecimiento de las emociones y de los sentidos,

la autorrepresión. Los padres temen la cercanía emocional y les da terror todo lo incontrolable que hay en el mundo.

Los niños reprimen sus verdaderos sentimientos; no quieren arriesgarse a perder su amor, sin el cual no sobrevivirían. John D. Rockefeller ignora durante toda su vida las señales del cuerpo, tiene un muro invisible a su alrededor y la mente sobrevive gracias a negación de la realidad.

Su madre le regala una biblia para su décimo cumpleaños. Sin envolver.

«Quien no alcance el cielo leyendo, no logrará entrar en él. Comprender la misión de Dios depende de cómo entiendas la Biblia.»

John D. Rockefeller nunca les ha reprochado nada a sus padres, no lo hace ni lo hará. Por el contrario está agradecido por su educación que lo ha liberado de la duda. Toda su vida ha amado el orden y el método. En agradecimiento, solventa a sus padres con suculentas sumas y no se trata de préstamos con altos intereses. Su madre le enseñó el método y la escuela dominical baptista el orden. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

En la historia de *Indiana*, George Sand se sirve de los accesorios de la prensa rosa. Escarba entre los desechos, recoge de la basura palabras utilizables, introduce tornillos oxidados en la maquinaria de las nuevas ideas.

Modifica el pensamiento resueltamente y en paralelo a cómo cambia su vida privada. La valentía se llama valentía de ser mujer. La determinación es moderna y expresa respeto por la feminidad.

Dirá que la mera razón no trae felicidad a la gente ni al planeta. Reflexiona sobre las llamadas debilidades aún ridiculizadas. Que ella considera como lujo y coraje. Sensibilidad, compasión, intuición, instinto, afectividad.

Marca a la heroína principal de la novela con la peligrosa palabra «criolla». Ella es profundamente infeliz en la relación con su anciano marido porque cada año sigue envejeciendo y es un dictador caprichoso. Pero mucho más la desanima la siguiente experiencia: busca en los hombres un «afecto absoluto» y siempre se tropieza con las burlas, la rudeza y el oportunismo erótico. Se siente agotada en el marco de esa vida y no entiende por qué debería seguir siendo una víctima. Necesita libertad y el único espacio para ser libre lo ve en la decisión del suicidio. El suicidio como acto de autorrealización y expresión de la más grande valentía.

Decide suicidarse pero el agua no la devora. Interviene el azar y un inglés la salva de morir ahogada. Se enamoran, pero las frustraciones de su educación, sus antiguos yos y sus relaciones anteriores son rasguños debajo de su piel, una herida en el corazón y en el alma. Los traumas acumulados los bloquean y no permiten ningún cambio. Está desesperada y su desesperación distorsiona su relación amorosa. Deciden poner fin a sus vidas juntos para cerrar, de una vez y para siempre, las puertas del pasado y del futuro. El irónico epílogo está dirigido a los románticos lectores y lectoras, consolándolos y sosegándolos burlonamente, no os preocupéis, ambos se salvarán de milagro. La salvación se llama una isla desierta.

A las mujeres que en el siglo XIX escapan sólo el azar les tiende una mano. El azar adopta la forma de cuerpos masculinos

emancipados. El hombre flor en el fango.

Božena Němcová nunca pensará seriamente en el suicidio. Dará a luz a tres hijos y una hija. La ilusión de una vida mejor y toda su pasión se concentran en el futuro y esta vez el futuro tiene el nombre de Hynek. Su primogénito. Josef Němec le besa las manos.

«Gracias, ¡es un niño!»

«Mi felicidad.»

Piensa ella en silencio. La esperanza es un árbol de navidad en el que el alma cuelga sueños, ternura, deseos, ingenuas ilusiones, ideales. La punta del árbol señala al cielo y desaparece entre las nubes. Hynek es talentoso, no tiene dificultades para estudiar, el favorito de todos, el destacado. Temo por él. Ser demasiado extraordinario es tan perjudicial como no serlo en absoluto.

Cuando Božena Němcová da a luz a su primer hijo, la relación entre Fryderyk Chopin y George Sand ya es un secreto a voces y Eugène Delacroix pinta su retrato juntos. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El cerebro de Rockefeller responde ágilmente a los números y los números son un confiable estimulante; una familia magnífica, espléndida, clara, fiel y confiable. Lo que más lo excita son los cuerpos redondos de los ceros. Cuando se larga a hablar de números, expresa cuán adorables son y cómo le gustaría hundir su rostro en sus curvas.

«Qué fascinante triunfo de la disciplina y el sistema tengo aquí frente a mis ojos.»

Está asistiendo a un curso acelerado de contabilidad. Allí encuentra a su futura esposa Cettie. A ella también le gustan mucho los números.

Los números son para ellos el más eficiente afrodisíaco, los dioses de la belleza, del amor y una estimulación de la fertilidad. No se entretienen con tonterías ni estupideces románticas. Se ponen de acuerdo: el matrimonio esperará, el plan de Dios es un sistema, pero lo principal es el orden secuencial. Una cosa a la vez.

John D. Rockefeller encuentra un puesto en una compañía comercial de transporte en Cleveland. Cada mes ahorra la mayor parte de su salario con férrea regularidad; al principio quince, luego cincuenta dólares. Plancha los billetes con cuidado y los coloca entre las páginas de la Biblia. No piensa leer. Se ensaliva su limpio dedo y hojea la Biblia. Recuenta los billetes ahorrados y planchados con amor, metidos entre las páginas de historias de amor desinteresado al prójimo. La Biblia está enceguecida.

Desliza el libro sagrado bajo la almohada sagrada. Él no confía en nadie, ni siquiera en su futura esposa del banco de la escuela. Del sagrado herbario no habla con nadie. Sólo con su almohada.

Después de tres años, la Biblia embarazada le saca la lengua y el joven se hace con ochocientos dólares. Plan divino, secuencia, orden y método. Tiene suficiente para independizarse. Está poseído por el dinero, tal como lo saben la Biblia y la almohada. Božena Němcová no piensa en el dinero. El dinero piensa en ella.

La novela *Indiana* ya ha salido al mundo. George Sand no puede evitar darle un último y realmente innecesario codazo en los riñones a su derrotada suegra. Tampoco voy a disuadirla yo. Le escribirá una extensa carta que algún día será leída en un juicio de divorcio, subrayando que el libro es un éxito, un éxito sensacional y escandaloso.

«Le hice caso. Cambié mi nombre. El eventual escándalo, el eventual éxito y el eventual dinero recaerá sólo en la cabeza del nuevo nombre. *Mi* nombre.»

Los ojos de sus contemporáneos se ven curiosos y conmocionados. Detrás del relato literario buscan la fuente de inspiración: la vida personal de la autora. Las malas lenguas se preguntan qué aberraciones se esconden bajo la superficie de esa basura romántica.

El azar le tenderá una mano contra esos molestos intrusos. El libro es leído, entre otros, por el respetado escritor Honoré de Balzac que exclama entusiasmado: por fin la verdad en lugar del delirio, por fin la actualidad en lugar de la Edad Media.

Decimonovena parada ferroviaria

Anticoncepción

Cuatro hijos con pocos años de diferencia agotan a nivel físico y mental a una madre joven en cualquier siglo. Incluso en el XXI, cuando tiene al alcance de la mano las ventajas de la tecnología y por fin el marido no sólo «ayuda» sino que como padres con igualdad de derechos comparten las responsabilidades parentales de forma natural y justa. Sí, ese es *el orden natural de las cosas*.

Los padres modernos no ponen excusas ni sostienen que nosotros los hombres os hemos inventado lavadoras, lavavajillas, secadoras, batidoras, pañales desechables, suficiente, callad. En el siglo XXI surge un estudio sobre padres de baja parental. Los deja pasmados que el día tenga que tener una estructura rígida y que el niño necesite una rutina. Los deja pasmados que apenas les quede una horita después del almuerzo cuando su hijo o su hija se duerme. La mayoría consigue darse una ducha o dormir una pequeña siesta para recobrar fuerzas antes de que el niño o la niña se despierte. Se sienten solos y aislados. Apartados del mundo empresarial; nada de reuniones, llamadas telefónicas, videoconferencias, viajes de negocio, salidas de la empresa ni *team building*. Experimentan en carne propia que todo está y debe estar subordinado al niño o la

niña. Exigen un radical cambio de palabras respaldado por la ley. Ni por asomo son *días libres*.

El tiempo pertenece a los niños y el tiempo no es dinero. Están muertos de sueño y al límite de sus fuerzas. Está creciendo su respeto por las madres del mundo. Y también por las suyas. Respiran aliviados cuando su pareja vuelve por la tarde del trabajo y ya no están solos contra todo. De repente, la paternidad se considera una tarea de vida crucial, responsable y exigente. La cuestión de tener «hijos o una carrera», la idea de que sólo el padre gana dinero y la madre se ocupa de los niños no forma parte del vocabulario del siglo XXI. En países como Suiza, Noruega, Finlandia, Suecia el reparto equitativo de las funciones parentales permite que una de cada dos madres trabaje a tiempo parcial y cuando crecen los niños pueda volver a trabajar a tiempo completo. El pensamiento político no prioriza los estadios de *hockey* ni los campos de fútbol sino la construcción de guarderías y jardines de infancia.

Hynek nace en 1838, Karel en 1839, Theodora en 1841 y Jaroslav en 1842. Božena Němcová cría a cuatrillizos imaginarios. Un carrusel interminable de cocinar, amamantar, cambiar pañales, alimentar, lavar pañales en la tina y en la tabla, levantarse por la noche para ocuparse de los niños cuando están enfermos es agotador incluso si tuviera una bandada de criadas. La piel de sus manos está enrojecida por la solución jabonosa barata y agresiva; se agrieta y se desprende en largos jirones como guantes de encaje de telarañas. El cuerpo enfermo de la hija a la que llaman Dora se sacude con una tos sofocante. Božena Němcová la levanta y le da de beber una cucharada de manzanilla. Abre el armario. Hay platos percudidos y un cuenco esmaltado. Levanta la tapa de una vasija de

cerámica rajada y reparada por un lañador. Sólo hay manteca en el fondo. Božena Němcová añade al cuerpo que tose una reconfortante cataplasma de manteca.

Por la noche se sienta frente a la mesa de la cocina, se tapa los oídos, intenta leer, intenta escribir. Hasta finales del siglo XIX las mujeres no tienen ninguna privacidad. No disponen de un espacio necesario e imprescindible para el trabajo creativo debido a sus obligaciones en el hogar. Pocas de ellas cuentan cada día con algún tiempo ininterrumpido para escribir. Durante miles de años se ha considerado la casa como un espacio de las mujeres; mientras el mundo de «ahí afuera» pertenece a los hombres. Pero ni siquiera en el espacio del hogar las mujeres tenían derecho a un cuarto propio. Que no es sólo un lugar concreto, sino una metáfora de la privacidad.

Los círculos bajo los ojos somnolientos se oscurecen y cada año que pasa recorta y realza sus bordes. Božena Němcová no sabe a cuál de los niños sosegar primero y un tren se detiene en la estación de Londres.

Desciende de él Mary Anne Evans, que se hará famosa como George Eliot. Va apresurada al apartamento donde gente educada e influyente discute con regularidad; pronuncian en voz alta ideas radicales y dicen no considerar el ateísmo como una enfermedad de la mente. Dicen que la anticoncepción no sólo es moralmente aceptable, sino necesaria para la liberación de la mujer. Aquí no mirarían a Božena Němcová con los ojos desorbitados, como cuando repite en Praga, en compañía de la familia Rott, que la masturbación es natural, no contradice a Dios, y que si algo es contrario a Dios es el celibato y la Iglesia que ve un pecado en la naturaleza sexual, una

Iglesia así es la que está enferma si no quiere que los sacerdotes se casen y compartan, por lo tanto, los bienes de la Iglesia; los sacerdotes se sentirían aliviados, qué es esa extraña comunidad masculina que ignora a la mitad de la humanidad. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. La anticoncepción, el espantajo del diccionario de «pecadoras caídas y brujas». No hace tanto tiempo que se quemaba a las personas por esas palabras. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller no necesita anticonceptivos. Lo excitan otros objetos. Por la noche, a escondidas, alinea en ordenados montoncitos los primeros billetes ahorrados, y en público se muestra como un pobre monje. Invierte en secreto.

Si tan sólo hubiera sabido el pobre que para su contemporáneo Franz Josef los números y el dinero son conceptos abstractos. El emperador austríaco sólo puede percibir grandes sumas de gastos estatales. No ha necesitado una billetera en toda su vida. No conoce en absoluto el valor de las cosas comunes. Su tardía y única novia, la actriz Katharina Schratt, le tiende una mano regordeta. Le muestra orgullosa el anillo que compró ese día con el dinero de él.

«Muy bonito.» Dice el emperador de Austria. «Debe haber costado al menos cien florines.»

La actriz queda atónita ante su ingenuidad, pero se contiene.

«¡Costó miles de piezas de oro!»

Eso no inmuta al emperador de Austria.

«Bueno, sigue sin ser caro.»

Cuando el dinero se encuentra en manos de Božena Němcová, ella lo comparte generosamente con quienes están aún mucho peor que ella; he ahí su percepción y comprensión de la humanidad. Si la gente que la rodea no está contenta y necesita ayuda, ella no puede ser feliz. No conoce los límites de su vida personal, va por el mundo pensando cómo hacer felices a los demás. Las rosas que ella aporta a la vida de los otros no complacen con su aroma sólo a ellos sino también a ella. Tiene el coraje de compartir su vida con los demás. Eso es nobleza, eso es equilibrio moral e intelectual.

El método de los Rockefeller es distinto. Consiste en sujetar a las personas que les son útiles, aislarlas de los demás y tenerlas para ellos mismos. Desde la perspectiva de los acicalados mocasines negros, el comportamiento de Němcová constituye una blasfemia y locura impías, un ingenuo despilfarro, incluso el mayor pecado; desde la perspectiva de ella es la mayor responsabilidad. Con la misma abnegación apoya a su marido, hijos y amigos. Piensa en los demás y reitera que la vida es un regalo para compartir. Dice que la grandeza de una persona radica en su libertad. Dice que la libertad está unida a la responsabilidad hacia los otros, sobre todo hacia los pobres y oprimidos. Su responsabilidad se revela como una solidaridad que no puede ser reemplazada por reformas sociales.

«La libertad no crece en la ladera de una colina, no está amurallada en algún sitio, no se la mantiene bajo custodia para que se desgarren sus grilletes, a la libertad no la llamas y no podrás erradicarla de ahí donde crece, los ojos salvajes no la ven, la mano áspera no la palpará. La libertad nace en la mente.»

El dinero no es el objetivo, sino un medio. Božena Němcová piensa en letras, palabras y frases. En el estado del mundo. Y el

desarrollo le da la razón en una era en que la humanidad está pensando en el planeta natal, en aquellas cosas que provocaron su altísima fiebre. Los glaciares se están derritiendo, el mundo envejece, el globo envejece pero no lo afectan las reformas de las jubilaciones.

Božena Němcová aún no puede apoyarse en Gabriel Marcel o en Erich Fromm, quienes contrastan las palabras *tener* y *ser*, todavía no se discute que quien desea tenerlo todo es incapaz de recibir, es incapaz de percibir el mundo. La felicidad de una persona va mucho más allá de su mero sustento. Una parte de nuestro ser siempre debe aspirar hacia algo absoluto, algo que nos excede. Algo que, aparentemente, no tiene nada que ver con nuestra situación y necesidad concretas. Debemos tener nuestro sueño del mundo.

Lo importante es la solidaridad y la calidad de las relaciones. Las visiones misioneras de los depredadores que tienen a los demás comiendo de su mano y cuya altiva competición de testosterona conduce al mundo a los brazos del desastre en un planeta por ellos saqueado están palideciendo y muriendo en decadencia. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. La eugenesia es un concepto de moda del siglo XIX y a su fundador Francis Galton también le gusta mucho la matemática; prefiere recordar que ostenta el título de sir. En la génesis de la eugenesia participan el racismo, el antisemitismo y la homofobia. El surgimiento de la eugenesia viene precedida de una teoría popular, refutada siglos después, sobre las diferencias de las razas humanas.

Otro científico y sabelotodo, Arthur de Gobineau, afirma que la raza blanca es superior y la más valiosa. Esas teorías son inventadas por las estrellas del mundo científico del siglo XIX, por ese entonces íconos, autoridades, celebridades, *stars*.

Las traviesas del siglo XIX conducen a Auschwitz.

Las historias de la vida actual las escribe el siglo XIX y sus trenes de la codicia. Y el diccionario de los países industrializados maman sangre de chocolate. Es el capitalismo moderno lo que crea las naciones. Y ya de entrada las desprecia. El futuro está atascado en el siglo XIX. Los pequeños países necesitan confianza en sí mismos y echarse a volar. El Museo Nacional comenzó como una institución provincial y terminó siendo nacional. Chequia para los checos. El siglo XIX suministra munición y en tiempos de futuras guerras arrancarán del Museo Nacional la bandera del país invadido. El Museo Nacional. El Teatro Nacional. La estupidez nacional.

En Praga está de moda otra palabra: élite. Algunos patriotas están convencidos de que combatir por una causa nacional justa les otorga al fin un sello de excepcionalidad que disuelve los sentimientos de inferioridad. En verano organizan excursiones a lugares sagrados, refrescan sus envalentonados cuerpos, se bañan y gritan.

«¡Patriotas al agua!»

En invierno los elitistas tienen un baile en el palacio Žofín. Sólo quieren ser contemplados con curiosidad. Hay música y fanfarria. Bailan al ritmo de la polka. Ignoran el vals, que es el baile del Danubio vienés.

«Si una nación renunciara a su lengua tendría que abolir primero toda su naturaleza, cambiarla por otra; debería convertirse en una nueva nación con una nueva lengua.»

Las bocas pronuncian discursos entusiastas y los ojos apuntan a rostros nuevos y desconocidos. Están fascinados con una joven señorita de cabello negro, esbelta y bien formada. Su figura aristocrática luciría bien sobre un caballo. Como si una princesa hubiera entrado a un decorado de castillos pintados en un teatro de aficionados. Saluda a todo el mundo con temperamento, cordialidad y afecto. Abraza con espontaneidad a todo el mundo y no hay ni una pizca de erotismo en eso. Todo es una cuestión de perspectiva; Barbora Panklová realmente cree que está en el centro del gran mundo. Ella se encuentra en el «gran mundo», excitada y feliz, aún no se ha perdido nada y el escenario está apenas iluminado.

«¿Me permite esta pieza?»

El baile acelera la respiración y el cálido susurro en su oído es excepcionalmente urgente.

«¿Puedo acompañarla o visitarla alguna vez?»

El bailarín le pasa la mano por el brazo hasta llegar a su hombro. Václav Bolemír Nebeský ve a una hermosa mujer de cabello negro; un color negro cuervo y el detalle del corpiño desabrochado y los pechos blancos y pesados rebosantes de leche. Por ahora, el sostén no se le ha vencido del todo. El cazador lleva escrito en los ojos lo que busca. Božena Němcová aún no sabe leer los ojos de los cazadores. Pero está aprendiendo rápido. Su marido está al acecho detrás de ella, lo que vuelve la caza más atractiva y emocionante. Los ojos de Josef Němec siguen cada movimiento de su esposa entre la multitud; el cuerpo se abre paso tras los dos bailarines.

Está impaciente. Se supone que él es la estrella de los patriotas, él la trajo hasta aquí. Lo interrumpe el grupo que lo saluda de forma ruidosa. Václav Bolemír Nebeský vuelve a tomarla en brazos. Cuando

Božena Němcová ve el rostro ceñudo y severo de su marido, se ruboriza y se escabulle de él.

Božena Němcová es encantadora, tiene una cintura de avispa y los ojos verde oscuro, y no tiene ni idea del poder manipulador de la belleza. La emperatriz austríaca Elisabeth Amalie Eugenie lo entenderá justo en el apogeo de su belleza; tiene veintisiete años cuando lleva al emperador a los límites de lo apropiado, huye de la corte, se niega a seguir dando a luz, se enamora provocativamente de Hungría. *Des duadma need, Duddnpatscha, usgschamta! Mei Rua wui i häm und sonsd gar nix*!

A George Sand no le preocupa en lo más mínimo algo como el tamaño de su cintura. Ella está en su salsa visitando teatros, bailes, grupos de debates políticos, salones literarios, cabarets y bares. La baronesa se nos apasionará por la república y el socialismo. Sólo su Criada Checa levanta sus cejas oscuras con asombro. Lo que más le molesta es que Madame vaya a bailar sola, sin acompañante. Sí, el cuerpo de George Sand se mueve por el mundo libremente, soltero, solo, sin escolta y no se queda en silencio. Provoca con sus opiniones claramente formuladas. Para sorpresa de todos, son las suyas propias.

Los invitados al estreno teatral se sientan después junto a la larga mesa de su apartamento parisino. El grupo es ruidoso, la cena interminable, el vino tinto y los huesos de los asados roídos vuelan por el aire. Ella formula frases sin rodeos, habla en voz alta, polemiza. Está absolutamente en desacuerdo con el anciano escritor de mérito. Su terca resistencia lo irrita y desenvaina la clásica arma

capciosa. Da un grito lo suficientemente alto en el apartamento como para que la retumbante voz la escuchen en la cocina incluso la cocinera y la Criada Checa.

«Me encantaría casarme con usted, mi amada.»

«¿En serio? ¿Y por qué? Ah, ¿por eso lleva tanto tiempo mirándome el escote?»

«Para al final poder golpearla.»

Todos se ríen a carcajadas. La Criada Checa entrega con cuidado a la cocinera los caros platos sucios, se queda en pausa de la sorpresa y dice pensativamente.

«Le vendría como anillo al dedo.»

Para Mary Anne Evans la anticoncepción es un tema trágico. Su hermana mayor se casa con un médico. El hombre dice de sí mismo que es moderno, ilustrado, culto. Después de la boda resulta que en su opinión una mujer sólo tiene un trabajo en el mundo: concebir. Hasta el final de su vida no comprende lo que su chiflada y casta cuñada le reprocha. Haber destruido a su mujer. Después de todo, se trata del *orden natural de las cosas*.

El cuerpo de su hermana está devastado por nueve partos consecutivos.

Como Mary Anne Evans tal vez habría actuado de otro modo, con cuidado. Como George Eliot (Eliotová, el idioma checo lamentablemente no le permite el anonimato y revelará su género) no es tímida y no le teme a sus sentimientos, a esa cámara secreta oculta durante miles de años. Toma la decisión en el contexto del

destino de su hermana. Realiza algo inaudito y las reacciones indignadas de quienes la rodean se reflejan en una sola frase.

«Pero yo lo veo así.»

Para semejante frase no hay contraargumentos. George Eliot dirá que no quiere tener hijos. Y tampoco los tendrá. Se dedicará plenamente a su trabajo y a su carrera. Como una persona soltera. Lo piensa terriblemente en serio. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Los durmientes dejaron de soñar el sueño americano en el siglo XIX y todavía no lo saben; las tijeras entre algunos pocos ricos y los pobres se abren hasta dislocarse por completo. El sueño americano no lo investigan los freudianos. El dinero corrompe y corrompe a todos. Hasta el obrero necesita dinero para sobrevivir, ese es el límite de *su* libertad. No puede protestar contra su despótico jefe, no puede decirle a la cara que es un cabrón calculador. Tiene miedo. Una forma antigua y, al mismo tiempo, nueva de miedo.

Mientras tanto, las madres solteras con dos hijos, por no hablar de las que tienen cuatro, se las arreglan con muy poco. Pueden vivir con bajos ingresos y sin embargo no faltan alegrías en su vida. Directores de bancos y gerentes de empresas con salarios ilógicos de tan excesivos se quejan constantemente de tener salarios bajos.

Los mocasines pulidos y el traje también son un uniforme. A los cuerpos con el uniforme del ejército de Rockefeller les gustan el orden y el método. Repiten hasta el cansancio esas dos palabras las veinticuatro horas del día. Los cuerpos están aseados, se mueven en sus trajes de buen corte, caminan con sus pantalones impecables

con pliegues planchados y la riqueza es un nuevo deporte. Es una disciplina olímpica.

El peligroso juego está desestabilizando el mundo. La democracia se interpone en el camino de los cuerpos con nuevos uniformes. Y se les interpondrán aún más los derechos humanos para todos. Los pobres son para ellos basura. Y los pobres son para ellos todos «los demás». Deshacerse del dominio de los oligarcas significa remover la monstruosa desigualdad de la riqueza.

Sí, Božena Němcová cree en el crecimiento espiritual y mental y vive de las donaciones. Los monjes budistas también viven de las donaciones. Pueden tomar todo lo que quieran, pero lo interesante es que no se terminan llevando nada, se ven afectados por doce años de intensos estudios obligatorios, durante los cuales se concentran en aquello que es esencial y significativo, y los deseos materiales se van desvaneciendo de forma gradual hasta desaparecer por completo. Resultan innecesarios para la calidad de vida. La educación diligente como base del equilibrio.

En el siglo XIX los carruajes con amortiguación eran las cartas de presentación del éxito. En el siglo XXI hay tres Ferraris en un garaje y sólo por eso el dueño cree que es una persona extraordinaria en la historia de la humanidad. Sin embargo, podría ir en un coche más barato. ¿De qué clase de competición se trata? ¿Qué significa quedar, en una competición así, primero, segundo, tercero cuando esa competición no tiene nada que ver con el talento, el rendimiento ni el carácter? Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand estudia minuciosamente las leyes de su época y señala que el derecho matrimonial, anclado en el *Code civil des Français,* es una injusticia consagrada por la ley. Su literatura ilumina otras perspectivas para pensar la moral. No teme volver a los orígenes de todo. Sólo que los orígenes de todo no le interesan a nadie.

Barbora Panklová se baña en la ignorancia; inmersa en sueños de amor no piensa en lo que determina, controla, paraliza y ata a *su* cuerpo.

¿Qué libertad? Para una mujer no hay diferencia entre una monarquía y una república. Sólo el género cuenta. Del ajuste de tuercas se encarga un poderoso ideólogo totalitario que controla la vida desde la cuna hasta la muerte y censura el pensamiento y los sentimientos: la Iglesia. George Sand habla de la necesidad de la Iglesia como conservadora colectiva del dogma, pero considera un abuso de su mandato la imposición de su lenguaje como norma de nuestra razón y nuestro amor. Es lo mismo que en una familia tóxica. Božena Němcová exclama, hay tantas cosas fuera de la Iglesia que amo y a las que no quiero renunciar, tantas cosas queridas por Dios que, de otro modo, no existirían. Rechaza la idea de enviar a su hija a una escuela monacal; ve una oscuridad profunda, espacios parecidos a prisiones cuyos muros absorben gritos y llantos, las monjas controlan los cuerpos de las niñas, a las «caídas» les quitan sin consentimiento a sus bebés inmediatamente después del parto y a las niñas judías las rechazan de plano. De ese milenario totalitarismo no se puede hablar, sólo se calla. Hay sufrimiento y casi siempre sufren las personas inocentes. Qué extraño que Dios haya creado este mundo complicado cuando podría haber creado un mundo simple. John D. Rockefeller no duda de la Iglesia.

En la Austria de Božena Němcová, se aplicó a su cuerpo el Código Civil de 1811 hasta la reforma de los años setenta del siglo xx. En él se estipula por ley la posición subordinada de la mujer. El hombre es designado como cabeza de familia. Debe ocuparse del sustento y de representar a su mujer en todos los asuntos legales. Hasta la consolidación del matrimonio civil en el año 1938 no existía el divorcio en los países católicos. Sólo en casos excepcionales se permitía la separación de «la mesa y la cama». Para los nobles, el papa concede excepciones en serie porque la política matrimonial es la base de la política europea, y en aras del poder y la propiedad de repente ni los divorcios ni los matrimonios entre parientes y niños suponen un problema para la Iglesia católica.

Hacía mucho que Josef Němec se había olvidado del órgano de la iglesia de su boda, cuando agitando su crinolina de color azul pálido como una pluma preciosa, la novia virgen se sonrojaba sin sonreír bajo el velo. La anciana esposa tiene al final de su vida el rostro demacrado, con su ropa desgastada recuerda a un espantapájaros y yace acurrucada de dolor. No tiene un cuarto propio, su casa es una cueva, no tiene un rincón donde atender su alma y registrar sus experiencias cotidianas, pensamientos, sueños y momentos que, de no contar con la posibilidad de ponerse por escrito, se perderán para siempre. Un espacio propio significa para las escritoras independencia espiritual.

No se levanta ni siquiera cuando Josef Němec la golpea de nuevo y luego le arroja la ropa sucia de un cesto de mimbre.

«Mugre, sólo mugre, mugre, mugre. Y tu maldita escritura es inútil en todos los sentidos. Quieres vivir a mi costa. Y los niños también, los has contagiado a todos con tus malditos ideales.»

Al final Josef Němec mete, cada vez y enérgicamente, todo el dinero en su monedero. Božena Němcová lo observa como una bestia agotada. Continúa con una voz cansada y monótona.

«Eres miserable y grosero, peor que cualquier rufián.»

«Ya te amansarás. Tú y los mocosos. No te daré ni un centavo, ni aunque estires la pata. Será mejor que te quedes tiesa al otro lado de la valla.»

Božena Němcová le escupe. Y él la golpea de nuevo.

«Me vas a obedecer y no te dejaré salir de aquí hasta que me pagues el alquiler.»

Josef Němec no está aquí con su chaleco eslavo, sermoneando a su esposa sobre la unidad de los eslavos como en los primeros años de matrimonio. Ya no canta de un modo conmovedor.

«Mujeres checas, madres checas, hagamos una promesa y cumplámosla: por el bien de nuestra querida patria sacrifiquemos todas nuestras fuerzas.»

Está subido al caballo escribiendo, vengativamente, nuevas y escandalosas obras solemnes. No son patrióticas. En verdad tiene un talento literario extraordinario, como le dice a todo el mundo. Josef Němec está cantando en este momento canciones transnacionales, mundiales, comprensibles, globales. Sabe que puede permitírselo con una mujer. Quiere deshacerse de ese cuerpo envejecido del que, en su juventud, forjó a la fuerza una patriota quitándole a golpes su lengua materna. Escribe largos salmos. Las mismas frases protocolarias que podría haber formulado sobre sí mismo.

«Es mi voluntad que mi esposa Barbora Němcová se retire de mi apartamento y viva de acuerdo con su voluntad. Con la condición de

que no tendrá derecho a ningún tipo de apoyo de mi parte. Los motivos que me han llevado a dar este paso son los siguientes:

1. Su rebeldía a largo plazo hacia mi persona que, a menudo, la ha llevado a acaloradas disputas y rencillas.
2. Su negligencia y falta de atención en el hogar y su imprudente manejo del dinero.
3. Su cómodo modo de vida, absoluta incorrección y aversión a toda tarea doméstica.
4. Diferencias de opiniones en la crianza de los hijos.
5. No estoy en condiciones, con los ingresos que resultan de todo mi empeño, de mantenerla a ella y a mi familia, pero ella misma, desde hace más de un año, no se esfuerza en contribuir, si no con lo doméstico, entonces al menos con el trabajo literario, en algo a su manutención, lo cual sólo ha dado lugar a mayores deficiencias en todo. Y puesto que ella ha expresado que no abandonaría su modo habitual de vida, lo cual debería llevarme a dificultades aún más severas, he decidido resolver las mayores penurias de mi aflicción haciendo que se retire de mi lado y se gane la vida por sí misma. Aunque ella finge que mi conducta ha provocado que ella no pueda trabajar en la literatura como quería, debo contradecir esa objeción, no sólo porque no he estado los últimos cinco meses en Praga sino también porque he hecho todo lo posible para abastecerla, de modo que con un buen plan y un gasto razonable podría haberse arreglado bien con el dinero, pero a pesar de que estaba absolutamente tranquila y no trabajaba ni ganaba nada, se ha endeudado mucho. Todo lo que aquí declaro lo puedo

probar y lo confirmo con mi firma de puño y letra. Josef Němec.»

¿Qué se siente al vivir en unión con un extraño de cuyo lado no puedes huir? ¿Qué sentido y qué ventajas tiene obligar por ley a dos personas a la convivencia cuando no quieren ni pueden vivir juntas? Las uniones y relaciones familiares tóxicas y patológicas en las que el incesto no es una rareza, paralizan la vida. La sociedad se rige por una doble moral. Tras la fachada del matrimonio en armonía, se permite la infidelidad a los maridos pero se la prohíbe a las esposas. Es un cóctel extraordinariamente tóxico.

Incluso si en el siglo XIX hubiera existido la posibilidad del divorcio, la mujer seguía dependiendo económicamente de su marido y el patrimonio de las familias lo heredaba el hijo. El matrimonio funcionaba en el siglo XIX sólo como una institución para preservar la propiedad. El primer paso a la libertad no es otro hombre, como piensa ingenuamente Božena Němcová, sino la independencia financiera y un cambio en el sistema y las condiciones sociales. Božena Němcová podría revelar con rigor las relaciones íntimas, bárbaras y, por lo tanto, sociales que hay detrás de la fachada exterior. Esa es también la «tarea» de la literatura. Levantar un espejo no sólo a nivel íntimo. Decir lo que nadie quiere escuchar y mostrar lo que nadie quiere ver.

Absorbe el ajenjo de su vida personal y escribe fábulas. En lugar de salvarse a sí misma, debe salvar a la nación y complacer a los patriotas. Su voz literaria moderna resuena en sus cartas. No es su literatura sino su vida la que abre los interrogantes del futuro. Incluido el problema del amor.

Vigésima parada ferroviaria

Carruseles de cadena

La familia viaja. Y viaja también hacia el oeste de Bohemia, cerca de Baviera. La pequeña ciudad se llama Taus en alemán y Domažlice en checo. Barbora Panklová cuelga la ropa de puntillas. Sale al pasillo y llena una olla grande con agua. La lleva a la cocina y vierte el agua en una pequeña artesa para lavar ropa. Cocina, amamanta, alimenta, desempolva, lava la ropa, cuelga los pañales, unta rebanadas de pan con manteca de cerdo, llena las fauces del insaciable fogón del hogar familiar, canta canciones de cuna.

En 1845 Josef Němec obtiene el título de comisario de la guardia financiera de segunda clase y está tranquilo. Tolera los inocuos bordados de su mujer por las tardes. Su bordado se llama escritura.

«Te dejaré componer poemas, pero no que andes por ahí de noche.»

Božena Němcová confiesa a sus cartas.

«A mi marido no le gusta que me dedique por completo a la escritura. Veo que no puede sentirse feliz sin una mujer como él quiere. Le gustaría que yo fuera una ama de casa virtuosa. Pero yo no puedo evitarlo.»

El hogar de Božena Němcová, o mejor dicho, de la recién casada Barbora Panklová, aún no se distingue de los demás. Hay días

estrictamente definidos para hacer el lavado de la ropa de cama, que comienzan temprano en la mañana porque se debe encender el fuego para que haya agua caliente. Hay días estrictamente definidos para zurcir las medias. Hay días estrictamente definidos para fregar el suelo y limpiar a fondo la cocina. Hay días estrictamente definidos para planchar. No hay días estrictamente definidos para su escritura.

Borda letras sobre patrones prediseñados ya probados. No escribe lo que siente, lo que vive, lo que la aflige. Se somete a las ideas acerca de lo que se espera de un escritor checo. El escritor es la conciencia de la nación checa.

Ella quiere que sea la conciencia del ser humano.

La palabra escritora no es frecuente. Incluso en el siglo xx, en su correspondencia con Max Frisch, la autora austríaca Ingeborg Bachmann se menciona a sí misma como escritor, y los editores del periódico literario checo *Literární Noviny*, incluso el 14 de marzo de 1968, durante la famosa Primavera de Praga, sólo se dirigían en su proclamación a sus colegas escritores.

Božena Němcová adquirirá reputación literaria como *cuentista* y autora de artículos. Los colores del algodón y los hilos están determinados por los patriotas y los motivos están prescritos por la tradición y el folclore. En cuanto al lenguaje, no puede elegir los temas y las formas literarias; todo son limitaciones, limitaciones, limitaciones. También la censura, aunque positiva, del patriotismo. Božena Němcová sirve entre las tenazas de la censura austríaca y la autocensura patriótica. Dejará su amado alemán, según su marido sólo debería escribir en checo, de lo contrario será una traidora a la nación, debería documentar el folclore local según la tradición, capturar la belleza de las «obras folclóricas», escribir leyendas, mitos

y cuentos de hadas en los que se refleje «la historia y riqueza de la lengua nacional» y la sensatez campesina. Las frases de los nacionalistas del resurgir checo las copian en el siglo XX los ideólogos del comunismo y en el siglo XXI los populistas; en los regímenes totalitarios y autoritarios el sujeto suele ser, sobre todo, la palabra pueblo. Los dictadores siempre actúan en nombre del pueblo y por su bien.

Las flores huelen y las abejas zumban. Božena Němcová publica *Fábulas y leyendas nacionales* en los años 1845-1847. De noviembre de 1845 a agosto de 1846 salieron en *Květy* y en *Česká včela* sus *Imágenes de los alrededores de Domažlice.* Escribe los relatos «Larga noche» y «Enfermedad doméstica».

Barbora Panklová disfruta de su propio señorío llamado hogar y alinea las tazas que quedan; la horrorizan los secretos que se ve obligada a compartir con la esquiva Božena Němcová. Esta última está excitada, feliz, embriagada. Se sienta en el prado. Se sienta en el bosque. Se sienta en el campo. Se sienta en la orilla de un arroyo. Con resignación mira el horizonte bajo frente a ella. El sol le da en la cara y desmenuza con los dedos un pedazo de tierra seca. Hunde los dedos en la tierra y cava un hoyo. Un dedo escribe con furia letras en la tierra húmeda. Las hormigas se precipitan hacia los frescos surcos. Se dirigen con prisa hacia su falda y se amontonan alrededor del borde de barro seco. Un escarabajo verde huye de las hormigas y resplandece. La mano no se mueve y el cuerpo contiene la respiración. No sucede nada. No espera que algo suceda.

Existe.

Sí, cuando todo la defrauda aún le queda un último punto de apoyo: el suelo bajo sus pies. Se quita los zapatos y apoya las

plantas de sus pies sobre el suelo. La excita una discreta conversación con alguien que podría ser su amante y podría recostarla suavemente bajo un frondoso manzano. Hablar a solas con un extraño no puede ser algo inocente, le advierte su marido.

¿Por qué no? ¿Por qué sentir culpa por lo que podría pasar? Tiene sus secretos. Y no puede aclararse entre todas las mujeres que lleva adentro y que Němec quiere reeducar a la fuerza. Una bruja perturbadora de las buenas costumbres. Es autista en su libertad. El estanque de Bohemia está cubierto de algas verdes. Božena Němcová es agua mágica. Ella es todo y nada. Nadie puede con ella, nadie puede resistir a su lado. Debe aprender a vivir sola con su talento. Es un anfibio que ve las cosas en la armonía de todas las contradicciones.

El santo deber de los baptistas es, supuestamente, la benevolencia y generosidad eclesiásticas, aunque en realidad y en primer lugar es ganar dinero. Y esa es una misión revolucionaria. La predicación y los valores baptistas son absorbidos e inhalados por John D. Rockefeller desde la infancia; fluyen por su mente, cuerpo y sangre. Los interioriza, los hace suyos y jamás los traiciona.

¿Cuál es el peor pecado? Apartarse de la dirección que conduce al camino directo y más corto hacia la meta. El peor pecado es, entonces, la distracción innecesaria en el camino hacia la riqueza. A John D. Rockefeller le gustan las respuestas claras y muy cortas. Las dispara con un revólver.

¿El alcohol? Una abominación.

¿El baile? Una abominación.

¿El canto? Una abominación.

¿El teatro? Una abominación.

¿El flirteo? Una abominación.

¿Las cenas sociales opulentas? Una abominación.

¿Los cabarets? El semillero de la decadencia.

¿Los espectáculos de variedades? Un símbolo de la depravación general.

¿El arte de todo tipo? Una pérdida de tiempo.

¿Los libros? Una trampa del diablo.

Cada persona tiene en su interior razón y sentimiento, amor y agresión, conciencia e inconsciencia. La plenitud de la humanidad significa su equilibrio, su fluir, tal como prueban las imágenes y los relatos, iguales en todas las culturas del mundo. Si un polo prevalece y todo lo demás es reprimido, excluido, el peligro ya acecha en las sombras y tiene un efecto destructivo en el alma. Los sentimientos reprimidos brotan en sentimentalismo, la agresividad reprimida en dura presunción y sentimiento de superioridad sobre los demás. O en una depresión, a la que le gusta esconderse tras una fachada de alegría y acurrucarse en las noches de insomnio en la almohada. Aceptar las sombras e integrarlas, eso es plenitud. John D. Rockefeller es, en este contexto, una sombra de las sombras.

Repite hasta el hartazgo su frase de que el tiempo es dinero. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya. Esquiva la diversión, el placer y la alegría espontánea. Es una isla. Y siempre está enormemente orgulloso de su apodo, el diácono.

George Sand funde una y otra vez en situaciones novelescas la experiencia física de Aurore Dudevant, de soltera Dupin. El esquema de la peripecia vital de las heroínas literarias se repite. Escapan de sus maridos, alternan jóvenes amantes y, en cuanto pretenden dominarlas, los engañan a raudales.

Falta el libro de la pluma de Božena Němcová sobre las experiencias físicas de Barbora Panklová. Se pueden extraer microsituaciones del torrente sanguíneo de sus cartas de chocolate a lo largo de toda su vida; son los apuntes de una imprescindible novela emocional.

En Europa se escuchan nuevas voces. Božena Němcová vive en un país que no está preparado para la libertad artística y la apertura de los temas íntimos; la literatura tiene que cumplir otros deberes de índole nacional. Sobre todo, salvar la lengua que pervive en el ámbito rural. Y demostrarles lo fatalmente equivocados que están a los gruñones que, presumidos, hacen muecas de burla y sostienen que el decadente dialecto de la gentuza no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir. Y señalar con el dedo medio a esos austríacos y alemanes que se refieren al checo como un dialecto de pobres sufriente, marginal y en declive.

¿La ilusión de la lengua como salvavidas de la nación? En todas partes del mundo es igual. Tal vez incluso en el lejano Taiwán. Ong lok-tek es un apasionado lingüista taiwanés. En el siglo xx huye de la isla por el terror blanco, en la mano sostiene una pequeña maleta y se dirige a Japón; enseña japonés, que le encanta, aunque consagra una parte importante de su vida al taiwanés. Devuelve el respeto a un lenguaje marginado. Las lenguas de las pequeñas naciones y los resurgimientos nacionales tienen una función salvadora en todo el

mundo. Pero eso no significa que los artistas tengan que estar a su servicio. Los escritores deben dominar la lengua, y no al revés.

Los lingüistas de las lenguas pequeñas se ponen, en el mar de las poderosas, un chaleco salvavidas, pero no todos se llaman a sí mismos patriotas ni sirven a un nacionalismo altanero.

China impone en la pequeña isla el mandarín. Hablan del taiwanés como un dialecto de pobres sufriente, marginal y en declive. Ong-lok-tek ha estado escribiendo con diligencia diccionarios a lo largo de décadas, registrando las variantes de las palabras y su pronunciación. La independencia de Taiwán se fortalece. El país se desliga de la China continental.

La lengua como arma.

Sólo que, en el siglo XXI, a las personas jóvenes de la isla no les importa qué idioma hablan. Dominan sin problemas el chino y el taiwanés. Lo que importa es la independencia económica. La religión de Rockefeller tiene ramificaciones en todo el mundo y su idioma son los números y el inglés. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand publicará en Francia la novela *Indiana*, su colega Božena Němcová la vive parcialmente en Austria. La heroína literaria eclipsa, en algún aspecto, a las ya existentes Ofelia y Margarita. George Sand y Božena Němcová se parecen en cómo reflejan la feminidad; no pierden tiempo luchando contra las religiones y un sistema que no cuenta con ellas. No piden permiso. No les preocupa la consideración de su entorno, ni explicar ni defenderse. Son honestas consigo mismas. Escuchan su voz interior. Consideran

como un don y libertad la emoción, la creatividad, la intuición sutil, el erotismo y el instinto; soy la persona que soy.

Es una actitud que, aunque pueden, no se permiten muchas mujeres ni siquiera en el siglo XXI. Los viejos patrones tienen raíces sólidas. Si abren el tema de la libertad de los cuerpos, llegan al centro de la cuestión mediante rodeos, en el papel de víctimas o con un costal de viejas palabras en la espalda. Embalan el lenguaje con un vocabulario de bocas ajenas. O añaden un chisme esotérico-consumista; el rol de gurú lo suele tener el hombre carismático y, bajo su sabia mirada, las mujeres se permiten el sexo libre sólo cuando se supone que así se abren camino a la iluminación.

Es una vuelta en un carrusel de cadena. Hacen fila, esperan con humildad el descenso de la generación anterior, se atan a sus asientos como si aún tuvieran miedo de codeterminar la forma del espacio público.

O agachan la cabeza y entran voluntariamente a una jaula que no está cerrada con llave. Se limitan a ser amas de casa, consejeras, bellas. Se entregan a sectas que llaman a la compasión, al amor, a la igualdad, aunque sus líderes poseen una colección de autos Porsche y por eso se niegan rotundamente a hablar con los propietarios de un BMW. Por la mañana hablan de misericordia y paz. Y por la tarde compran armas contra eventuales ladrones, mientras les roban, sin que se den cuenta, los bancos y los más ricos evasores de impuestos que se trasladan a paraísos fiscales.

Vivimos en el siglo XIX. Dio origen a la palabra consumo y redujo la vida al dinero. La ecuación de una vida roída hasta los huesos no es una solución. La ecuación debe ser compleja. La persona lo siente pero se reprime. Božena Němcová cree en el crecimiento mental y

espiritual. Sólo que este no encaja en el marco de una sociedad de masas y de consumo.

Consumo. En él y para él nos ha fortalecido el siglo XIX.

Vigésima primera parada ferroviaria

El destilado

La palabra *comunista* tiene un matiz completamente distinto en el siglo XIX, distinto en el siglo XX, distinto en el siglo XXI. La realidad pone a prueba las palabras. E incluso si son declaradas culpables de un engaño brutal, continúan engañándose a sí mismas durante mucho tiempo. Se crea un abismo entre las palabras y la realidad en el que desaparecen los idiotas útiles y los portavoces incorregibles. El siglo XXI tira la palabra a la basura. Necesita otras para su contenido.

George Sand es intransigente y su paciente editor François Bulot está acostumbrado a cualquier cosa de ella. Pero aun así lo escandaliza que la baronesa empiece a referirse a sí misma como *comunista* sólo porque le molestan las desigualdades de la sociedad y no le da a esa palabra alevosa otro significado. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

A Božena Němcová le preocupan la arrogancia humana, la impotencia ante la injusticia social, los obstáculos indecentes y las desigualdades que humillan a una persona condenada a una posición de siervo mucho más que los lloriqueos patrióticos. Sabe

que las causas de la crisis son más profundas. No radican en ninguna forma concreta de organizar la sociedad ni en ningún sistema político concreto.

Radican en la mentalidad humana.

Pero ella sólo es visible como integrante de la secta patriótica y su voz sirve a la causa nacional. En todo caso, la cuestión de la igualdad de género no le interesa al patriota; ese tipo de combate no está ni estará por mucho tiempo en el orden del día. Tampoco lo está el cambio de rostro del campo y las ciudades; los patriotas conservan el pasado y sus modelos son las figuras de la gente «común» del campo, que hablan checo «puro» y, por lo tanto, tienen carácter. Se sienten moralmente superiores; portadores de una misión más elevada, salvadores de la nación, héroes de la plaza del pueblo. Es una misión histórica.

El empresario y químico Samuel Andrews muestra a los ojos de pájaro los planes de una refinería de petróleo. El petróleo se destila y limpia, y Samuel Andrews quiere convertir su *knowhow* y pericia en dinero rápido; después de todo, fue a causa del sueño americano que emigró de la elitista Inglaterra, donde no tenía ninguna oportunidad, a Estados Unidos.

Y así ingresa una nueva insolencia a la oficina de Rockefeller, un traje inglés, una corbata cuidadosamente anudada y la determinación necesaria. El químico es persuasivo, John D. Rockefeller aguza los oídos pero incluso así duda. A él le gusta seguir *su* orden y *su* método, así que paciencia, por favor.

El editor francés François Bulot está cansado. Se está haciendo viejo y sufre de gota. Reducirá sus predilectos asados grasos y la cantidad de copas de vino espeso. Añora la comodidad de su casa de campo, los paseos, la calma de los jardines y el viñedo contiguos. Hace tiempo cambió de opinión, en silencio se convirtió en un veleta; ahora es fiel al rey.

Está sinceramente atemorizado por la nueva energía vital de la inquieta y revoltosa George Sand. Está harto de ella, quiere encarrilarla, limar su terquedad política, restablecer el método y el orden. Le gusta hablar mientras camina. En medio de la oficina de la editorial pone un sillón bajo y tallado. En él hace sentar al cuerpo de George Sand. Avanza en círculos regulares, como un maestro alrededor de un estudiante, como un verdadero patriarca. El largo discurso es autoindulgente y hace una llamada convincente a la responsabilidad profesional ante lectores y suscriptores. Le explica qué es la literatura. Instruye, aclara, ejemplifica, habla con un niño pequeño, la amonesta. Ni siquiera en sueños se le ocurre que George Sand desobedezca. Él es editor y los editores actúan como proxenetas de sus autores y protegen sus beneficios.

Aunque parezca increíble, George Sand guarda silencio. No se opone, no debate, no se defiende. El editor termina su monólogo, ella se levanta del sillón antiguo. Se alisa la costosa tela color pastel en las caderas, como si barriera invisibles migajas. Antes de retirarse pronuncia, con voz tranquila, una única frase.

«También son mis lectoras y mis suscriptoras. Y algo más.»

George Sand mira a su alrededor.

«Sigue sin gustarme su sala.»

François Bulot siente como si la baronesa le hubiera sacado la lengua. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Un relato, una ideología nacional, el pueblo llano como núcleo sano de la nación. Todos términos tan agradables a los oídos propagandísticos del siglo xx; especialmente los de los nazis y los comunistas. Gracias a ellos Božena Němcová se instalará en los pedestales de las plazas y en los zócalos de los parques públicos. Ante la verdadera Božena Němcová habrían huido aterrorizados o la habrían quemado, directamente, en una pira de papel formada por sus cartas.

Lo importante no es la persona, sino «el pueblo». Por «pueblo» se imaginan un mundo rural. Los patriotas lo idealizan. Su gente de dolor edulcorado poco tiene que ver con la realidad. Se aferran a su sabiduría, pureza, formación y a un checo cristalino que llevan a las ciudades y sus fábricas. Sólo que con la industrialización comienza la migración interna; ya no viven donde crecieron, ahora son mano de obra barata y deambulan dentro de la monarquía. Las «personas» se dividen de acuerdo a las palabras que pronuncian; los patriotas sólo reconocen al «pueblo» que habla *su* lengua.

Ignoran los trenes. Se aferran a recuerdos nostálgicos y mentiras sentimentales. La nostalgia es una distorsión traicionera de la realidad. Necesitan clichés motivacionales. Un destilado.

Temen a una persona en particular.

No se ocupan de las condiciones de vida de «la gente» de las ciudades. Destacan el agradable sonido del checo conservado en oasis fuera del alcance de las ciudades «corrompidas». No le abren

la puerta a temas que afligen al mundo alrededor, hacen suavemente a un lado a todos los Charles Dickens. Ni el hambre ni los niños mendicantes y maltratados en las calles ni las brutales cárceles para deudores son lugares donde florezcan la primavera y una lengua refinada.[1]

Son temas repulsivos, inapropiados para lectoras que anhelan las recetas de cocina de Magdalena Dobromila Rettigová. En el entorno patriótico checo ruedan por la imprenta páginas de libros de cocina, antologías de literatura folclórica, libros de cocina, libros de oraciones, libros de cocina, calendarios, libros de cocina y tesoros nacionales de fragmentadas prosas sentimentales. Abres el cofre y crujen las hojas secas.

Samuel Andrews comienza a impacientarse mucho a pesar de su innata altivez inglesa. La de Rockefeller no es la única compañía con la que trata. Pero sí la única compañía con codos afilados que es propiedad de un ángel. Hace tiempo que no tiene noticias de John D. Rockefeller; Samuel Andrews aún no sabe que la primera mitad de sus noches la consumen intensas conversaciones con la almohada y la Biblia. La segunda mitad de las noches la consumen las conversaciones con su práctica y racional esposa, a quien sólo en casa llama Cettie. La señora Cettie se ocupa de la salud del señor y, sobre todo, quiere fortalecer sus nervios. Ella ve en eso la misión de su vida. Durante el día, el hombre se ocupa normalmente de los negocios y de noche saca conclusiones. Espera una crucial señal divina y un nuevo milagro. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand romperá con François Bulot. Definitivamente. Dará un fuerte pisotón, se arremangará y fundará su propia revista. La llamará *La Revue Indépendante* y en los años 1842 y 1843 publicará su principal obra, la icónica *Consuelo*. Echa leña al fuego de la caldera de una potente locomotora; el texto se lee mucho, la gente se lo arranca recíprocamente de las manos, por lo que muy rápido sale una segunda parte. La continuación se titula *La condesa de Rudolstadt*. Las novelas son extensas para que a los ojos de las lectoras de la revista les lleve mucho tiempo leerlas; los textos son intrigantes, su trama colorida e incluye incursiones a Austria, y por lo tanto a Bohemia, donde vive su colega Božena Němcová.

Otra vez no logra evitarlo, aunque pueda permitirse ser generosa y olvidar la disputa. Le escribe a François Bulot una carta acalorada e interminable. El anillo de dragón escupe azufre en todas sus páginas. Nuevamente le da al editor una dura lección a manera de despedida.

«Por el modo en que usted me ha pagado debería haber escrito sólo una línea en cien años. Nunca trabajé para complacer sólo a *sus* suscriptores. Y tampoco tengo intención de hacerlo. En ese sentido soy terca y obstinada. Iré a la quiebra con la conciencia tranquila, caeré en la ruina con el corazón tranquilo si puedo ser libre de expresar mis propias opiniones.»

A Božena Němcová también la destruye su señor, a quien sirve con amor y devoción hasta el final de su vida.

La lengua checa. Debería ser al revés. Božena Němcová como su señora.

La lengua está para servir al talento. Ha abandonado el alemán. Se ha entregado a una lengua en la que acaba como un perro atado a una corta cadena en nombre de la nación, ladrando sobre la libertad en nombre de la nación.

«Esta lengua será tu hogar.»

Herr Nemec da órdenes a la recién casada Betty Panklová. Es despiadado y no piensa discutir.

«En esta lengua te sentirás como en casa.»

Los patriotas dan órdenes a la escritora Božena Němcová. Acarician su pelo de cuervo y la joven belleza repite su frase con afecto y fervor. Barbora Panklová sentía que era parte del mundo, Božena Němcová debe ser parte del pueblo. El hogar puede ser primitivo, estrecho, deficiente, provinciano. El hogar puede ser tolerante, generoso, inspirador. La persona no elige el país, el gobierno, la lengua ni las fronteras en las que nace. Pero no tiene por qué ser un vasallo, no tiene por qué ser un esclavo. El arte mucho menos. ¿Hasta qué punto es la literatura, a diferencia de la música y las artes plásticas, de verdad libre? Para descifrar un texto es necesario conocer la lengua y la escritura. Una obra como la de Wolfgang Amadeus Mozart pertenece a todos. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El cuerpo de Samuel Andrews se inquieta día a día y John D. Rockefeller espera en el andén de la estación de tren. En su equipaje de mano ha embalado cuidadosamente artículos de aseo, un pijama, un estuche especial para limpiar zapatos, una biblia y una almohada.

Observa las vías pensativo. Sus traviesas están perfectamente en orden. Es el último pasajero en saltar al tren.

El silbato de los revisores y los vagones de carga alineados detrás de la ventanilla disipan las primeras dudas. La oruga se desliza por el paisaje y John D. Rockefeller se dispone a asegurarse por sí mismo de que exista una conexión ferroviaria ideal entre Nueva York y los campos petrolíferos de Pensilvania. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand cambia de forma descarada de amantes, escribe novelas, funda una revista. No sobra el tiempo ni la fuerza. El tiempo no es dinero, el tiempo es la vida misma. Le da sentido. Božena Němcová se retuerce inquieta en la trampa del matrimonio y ni siquiera la pandilla de entusiastas patriotas le ofrece ya una salida. Sus padres no entienden sus caprichos. Inquebrantablemente se ponen del lado de Josef Němec. Desde el tren que le ha asignado su época no puede saltar. Ella es, por encima de todas las cosas, esposa y madre. El señor ha sido durante mucho tiempo indulgente a nivel paternal; disculpa a la niña y se consuela con la esperanza de que, con el tiempo, su esposa madure y se vuelva más sabia.

A George Sand no le importa que la libertad integral y, por lo tanto, también sexual y emocional de la mujer no esté en el orden del día ni en los programas contemporáneos de las asociaciones de mujeres; piensa que gracias a Dios están empezando a resolver su primer problema en común y es que los cuerpos de las mujeres carecen del derecho al voto.

Resulta que la libertad integral, y por tanto también la sexual y la emocional, de la mujer no estará por mucho tiempo en el orden del día. Se necesitarán varias generaciones y remover los escombros para que los patrones cimentados se disuelvan en la mente humana.

Van a cumplirse cien años del momento en que Virginia Woolf describiera la literatura y su posición en ella como un problema irresoluble. Tenemos derecho al voto, podemos ser económicamente independientes, tenemos acceso a la universidad. Pero la supremacía de los hombres persiste. Es un problema psicológico. El abuso de poder, el abuso de la fuerza física, la manipulación por parte de los hombres (y de las mujeres). Persiste la base ideológica del círculo cerrado de poder. Y la peligrosa estrategia de las mujeres de alcanzar sus objetivos a través de la feminidad en un entorno dominado por los hombres ya tiene incluso nombre en la Corea del Sur del siglo XXI: *aegyo* y algunas mujeres entienden la libertad como un espacio de degradación. Ellas también deben aprender nuevas reglas.

Las dos mitades frustradas de la humanidad.

Los palos en la rueda adquieren formas extrañas y aparecen todo el tiempo desde una dirección inesperada. Fanny Lewald es una exitosa autora alemana y su voz se extiende por toda Europa.

«*Indiana* de George Sand es una lectura aburrida y las mujeres apasionadas son falsas e inverosímiles.»

Todo aquel que utiliza, en relación con la literatura, la palabra «inverosímil» no sabe nada del arte ni de la vida. La vida misma es inverosímil, tal como muestran las escenas a lo largo de las vías ferroviarias. En el año 1860, cuando el cuerpo de Božena Němcová

está dando sus últimos respiros, brotan de la tierra nuevos manantiales negros del color de su enferma sangre de chocolate.

A dar marcha atrás sin bajarse. El tren aún es el mismo, pero la jadeante locomotora local ya no traquetea por el mundo del siglo XIX. No se precipita por el valle profundo como un desmañado tren de juguete; la velocidad se incrementa, las mismas y constantes escenas detrás de la ventanilla ahora son cuadros abstractos de una galería moderna. El ferrocarril del siglo XIX va recortando microsituaciones de un teatro del absurdo y adquiere un ritmo vertiginoso y ensordecedor. Sí, sí, sí, sí, incluso el ferrocarril puede bailar la polka.

Cambio de vías

Cuarta parte

Vigésima segunda parada ferroviaria

El faro y la chaqueta vaquera

Božena Němcová camina contra la ventisca y respira de forma superficial; procura ahorrarle respiración al pecho dolorido. La ciudad está cubierta de nieve. Una tos seca sacude su cuerpo sobre los resbaladizos adoquines de una Praga nevada. Se oye patalear a unos caballos.

Nada del paso vanidoso e intransigente de las provocativas botas altas. Pisa con cuidado como una gata y se ciñe al cuerpo el mantón de lana. ¿Soñará con lo sublime? No, si ahora mismo miro el cuerpo con más atención, es un miedo ordinario lo que lo mantiene a flote. No es el miedo patriota por el destino de la nación. Es un miedo concreto, físico, humillante.

Tiene los pies helados.

El cuerpo se le está congelando con sus medias rotas y ese vestido varias veces remendado. Está envuelta en una telaraña. El miedo no quiere terminar de desgastar los zapatos ya de por sí muy ajados. Tiene la sensación de ir descalza por la nieve recién caída, por el aguanieve cuando se derrite. Está pensando en que su hija necesita un vestido y ropa interior, sus hijos necesitan pantalones de abrigo y botas, pero el estómago y el calor son prioridad. Se para en seco.

«¡Y el alquiler!»

En la calle se detiene un carruaje ligero. Una pareja sale de una casa y el hombre abre su paraguas encima de la dama. Se suben juntos al carruaje. Son el señor y la señora Mužák. Los ojos del hombre lanzan una mirada compasiva hacia la flaca figura. Reconocen a Božena Němcová.

«Pobre.»

«¿Por qué?»

Dice Johana Mužáková, Rottová de soltera, quien escribe bajo el seudónimo Karolina Světlá y ni siquiera se vuelve para mirar.

Božena Němcová va buscando islotes no empapados en la acera, salta los charcos, rodea la nieve blanduzca. El ruido de las ruedas del carruaje se va alejando y acallando. Se siente como la enloquecida Viktorka de pelo negro, quien saltaba los islotes de nieve con pies descalzos, agrietados. El miedo insidioso se concentra en una sola cosa; llegar a la meta, no encontrarse en una calle llena de nieve en medio de Praga sin suelas. No hacer el ridículo.

En el siglo xxi, el director de cine checo, laureado con un Oscar, se extraña de que su mujer no se lance a los museos y a las exposiciones, guía impresa en mano. Le extraña que tanto en Nueva York como en Los Ángeles siempre desaparezca en los *outlet*, recorra tiendas y en lo que más dinero gaste sea en zapatos.

Por qué su mujer debería recorrer museos y galerías si ella misma debe ser una pinturita para el mundo. En cuanto a él, nunca ha admirado, seducido ni molestado a mujeres reflexivas en galerías y museos. Siempre ha buscado, en las calles y en los eventos, cuerpos jóvenes, bellos, modelados con sutileza, sombreados con colores, con tacones altos. Božena Němcová no se preocupa por el *dress*

code. Su problema es de otra índole: cómo conseguir ropa de abrigo para sí misma y para sus hijos sin dinero.

En el siglo XXI, otra escritora recibe un premio literario transmitido en directo desde la Nueva Escena del Teatro Nacional. Lleva puesto un vestido. Y una chaqueta vaquera. Con enfado, los espectadores y las espectadoras contactan con los organizadores. No para hablar del libro galardonado, que por poco le cuesta la vida a la autora. Lo que exigen es el *dress code*. La chaqueta vaquera profana el escenario del Teatro Nacional, es una ofensa a la nación y a los patriotas, es un insulto a la patria.

Se hacen oír autoras muy afines a Božena Němcová que claman que el cuerpo galardonado estaba *underdressed*. Ellas mismas pertenecen al tipo de mujeres que se reían de Božena Němcová por sus enaguas rotas, la criticaban en las galerías de Praga, la llamaban oveja negra y decían qué ropas lleva esa cerda, sin entender que, a diferencia de ellas, se tomaba la literatura muy en serio, incluso a muerte.

Entre los poetas es habitual recibir los premios literarios vestidos con camiseta holgada y vaqueros con agujeros. A nadie le importa. No se deteriora, bajo sus cuerpos, la dignidad de los teatros nacionales.

Desde entonces los organizadores se previenen, con cautela.

«Un pequeño favor. A ser posible venga, por favor, sin la chaqueta vaquera.»

«Dejadme ya en paz con eso. Si me lo volvéis a pedir una vez más, iré desnuda, vestida tan sólo con la chaqueta vaquera. ¡Entonces sí estaréis contentos de que la lleve!»

La chaqueta vaquera como posicionamiento político. Un símbolo de solidaridad entre cuerpos que no quieren ser reducidos a un envase. Un político puede llevar un mismo traje toda la vida, a las cancilleres del mundo entero les reprochan que se hayan puesto dos veces un traje. Cuerpos de lectoras y lectores visten chaquetas vaqueras en Polonia, México, en Colombia, en Ucrania... en la espalda llevan bordadas citas de libros. Existen mujeres que no sucumben al consumo y saben que, más que por el grosor de sus tacones, deberían preocuparse por el grosor de sus salarios. Si bien es verdad que, en el país de Božena Němcová, el salario medio aumenta interanualmente, la brecha salarial entre los sueldos de hombres y mujeres persiste. Las mujeres ganan un veinte por ciento menos que los hombres.

De modo que, desde octubre, trabajan gratis.

Božena Němcová va caminando. Está *underdressed*. No lleva una chaqueta vaquera y está trabajando gratis desde enero. Praga es una ciudad tranquila; abarcable, lenta, preciosa. Una ciudad conservadora. Una ciudad austríaca. Una ciudad con orden y método. Una ciudad de caballos.

Hay ómnibus que, según los horarios estipulados, circulan entre los faroles de las calles. Parecen carros fúnebres. Los carruajes con suspensión son la marca de las clases pudientes. En 1856 se les añaden los carruajes de alquiler para dos viajeros y coches para cuatro pasajeros. La palabra *coche* se incorpora al próximo diccionario como sinónimo de la palabra taxi.

Praga está unida al mundo que la rodea mediante coches de diligencia y una red de posadas donde los cocheros cambian los caballos cansados, cuya fuerza y calidad pone a prueba el largo

viaje. El tranvía a tracción de sangre también es un tren; corto y tirado por caballos. El caballo de tiro suele recibir golpes. La línea funciona desde 1825 y va desde České Budějovice a Linz. En el tráfico de Praga, el tren a caballo aparecerá cincuenta años más tarde. Uf. Božena Němcová camina por la nieve como un caballo que ha recibido una paliza, se distrae, mete el pie en un charco helado y rompe a llorar.

Praga es una ciudad tranquila. Pero una de sus excelentes cualidades es que las personas allí empleadas no pueden permitirse vivir en ella. En las calles de la superpoblada Londres reina el caos; los atascos no se sitúan en las calles, sino en las aceras. Los cuerpos atrapados en una muchedumbre confusa avanzan con lentitud; la ciudad atestada no permite un ritmo más rápido. En el centro proliferan tumores sobre el cuerpo de la ciudad: bancos, compañías comerciales, hoteles. Doscientos cincuenta mil burócratas fluyen a diario a sus oficinas, llevan en bajas cajas de cartón o en maletines cuadrados camisas de recambio; dobladas, almidonadas, planchadas. La Londres de 1845 es, a pesar de todos los coches, tranvías a caballo, ómnibus, una ciudad de involuntarios caminantes de largas distancias.

Uno de los cuerpos de esos involuntarios caminantes avanza con lentitud, tosiendo sin parar. El pianista Fryderyk Chopin llega a Londres por invitación de una de sus muchas admiradoras, cuando George Sand rompe con él. Lo reciben la reina Victoria y el príncipe Albert, familias de la nobleza, artistas. Pero no logra acostumbrarse al clima de Inglaterra y al aire de Londres. No vive. Sobrevive en

estado vegetativo. Piensa en París. Y echa de menos el hogar seguro del castillo francés de Nohant.

«Si Londres no fuera tan oscura y la gente tan tosca, si no hubiera tanto olor a carbón ni tanta niebla, estudiaría inglés. Pero los ingleses son tan distintos de los franceses, ¡con estos armonizo como si fueran mis paisanos! Aquí todo se valora en función de libras esterlinas y sólo aprecian el arte porque se considera algo de buen gusto. Un día más y no es que vaya a morirme aquí, pero pronto me volveré loco.»

Será el médico personal de la reina quien recomiende a Fryderyk Chopin abandonar Londres con rapidez para no manchar sus calles con la sangre de chocolate de su tos. Es el año 1848, Fryderyk Chopin hace las maletas, corre a su casa, a los jardines franceses, ilusionado con los panoramas parisinos. En el salón lo espera, a modo de bienvenida, un piano y el perfume de un ramo de alhelíes.

Fryderyk Chopin se marcha, las venas de la ciudad siguen obstruidas, la ciudad no puede respirar. A pesar de eso les prohíben a los propietarios de las vías ferroviarias construir la estación en el mismo centro de Londres. Los especuladores comienzan a comprar terrenos económicos en la periferia de la ciudad, no lejos de los barrios pobres. Tiran abajo casas, construyen viaductos, paradas de tren, estaciones amplias.

Mary Anne Evans, por el contrario, se establece en Londres, la palabra *underdressed* le es indiferente, tiene atados con firmeza los botines y camina aun con más lentitud que el cuerpo de Fryderyk Chopin. Las largas marchas son agotadoras. Lo único que hereda de su padre, a modo de recuerdo, es un reloj de bolsillo que lleva a reparar. Es jueves por la mañana, después del desayuno se

encamina desde la estación junto al London Bridge hasta la parada de Paddington y mide el tiempo. Sí, ya. Tic, tac. Tic, tac. Averigua cuántas horas llevará a sus pies caminar cinco kilómetros. Se abre paso por la acera superpoblada y se queda parada; el cuerpo es atrapado por un racimo de muchedumbre impaciente, nerviosa. La masa de los cuerpos es agresiva como un enjambre de avispas. Mary Anne Evans no se mueve del lugar.

Está consternada. El camino dura sorprendentemente mucho, lo mismo que un viaje de verano para ver a sus familiares en la ciudad balneario de Brighton, en la costa del sur. Sólo que Brighton está a setenta y cinco kilómetros.

La imaginación de la escritora está repleta de misericordia; piensa en lo agotador que debe ser ir a diario a trabajar para muchísimos cuerpos. Y lo extremadamente exhaustas que deben estar las personas que corren todo el día por la ciudad en busca de un empleo.

No está sola con estos pensamientos. En otro lugar de la misma ciudad se presenta por primera vez la propuesta de construcción de una nueva red ferroviaria. Subterránea. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La mayoría de los checos son, en realidad, austríacos orgullosos. La pertenencia a una lengua es cuestión de *decisión*. Después de 1918 ya no se identifican mucho con esas emociones. Quieren poseer la nación sólo para ellos, fuera del mundo, el patriotismo colectivo se convierte en una cuestión interna, sienten confusión respecto a su identidad. Aprenden a ser checoslovacos. Ahora es importante qué

lengua se habla; pero la identidad política es otro problema distinto. Sin hablar de la lucha de Božena Němcová por su identidad artística.

Praga es, durante largo tiempo, la capital checa de la corona austríaca. Todavía en los tiempos de Franz Kafka se la puede considerar una ciudad alemana. Aunque la población es de nacionalidad checa, el idioma de comunicación y el de las instituciones es el alemán.

Las tendencias nacionalistas no están unificadas, no ven la nacionalidad como la historia de un territorio común y la pertenencia a él. Ni siquiera los colegas de Božena Němcová que escribían en alemán se sienten como en casa en Praga. Y mucho menos los que abandonan el alemán, deciden escribir en checo, ser orgullosos checos. Viven un nuevo tipo de acoso: el de los patriotas checos. Los delatan sus nombres alemanes. Ni Praga ni Viena saben qué hacer con ellos; el círculo elitista checo les grita a la cara que el patriotismo es sólo para algunos y no van a dejar a los «intrusos» entrometerse. Un museo etnográfico del odio. El patriotismo es para «los nuestros» y los patriotas balbucean con torpeza que van a ir al agua, pero desconocen el mar, no saben que están varados en aguas poco profundas y nunca dejarán de creer en fuegos fatuos, duendes del agua y extraterrestres. Y el que se niegue a creer con ellos es excomulgado. La expresión latina para los cuerpos que emiten opinión acerca de cosas de las que no tienen ni idea es *ultracrepidarian*.

A partir de la Patente de tolerancia de Josef II los judíos praguenses se identificaron ingenuamente con la nacionalidad alemana. Sí, es cuestión de *decidir*. Max Brod, amigo de Franz Kafka, también es hijo de una Praga estratificada a nivel social y étnico.

Kafka le escribe aún en 1921 que la lengua alemana de los escritores judíos es «la presunción autodestructiva de poseer bienes ajenos que uno no ha adquirido sino tomado de forma relativamente accidental y a tientas» y de esa lengua surgió una «literatura gitana que ha robado un bebé alemán de la cuna y con urgencia lo ha adaptado de algún modo porque alguien tiene que dedicarse al trapecismo.»

Se distancian de Viena y no les interesa el *Vaterland*. Kafka no se siente bien ni en Praga ni en Viena y acaba en Berlín. A Brod le encanta escribir sobre Praga, la ciudad con tres nacionalidades. Los checos, los alemanes, los judíos. Él mismo declara ser del tercer grupo y formula la relación con la nacionalidad alemana en términos de una convivencia cultural; ha sido educado en la cultura alemana. Sí, pero también fue educado al estilo austríaco; considera que Austria es el país más liberal que ha conocido. A lo largo de toda su vida se plantea la cuestión de la identidad. ¿Es austríaco? Después de todo, muchos checos eran austríacos orgullosos de la monarquía de los Habsburgo. ¿Es checo? No. ¿Un alemán de Chequia? ¿Un alemán de Praga? Los patriotas checos están dispuestos en círculo en torno a él, con los brazos cruzados sobre el pecho sin ofrecer ayuda.

Se aferra a su fe judía. En contraste con la realidad, los nativos de Praga le parecen desconocidos. A eso también se refiere el nuevo concepto de «humanismo nacional» de Brod, tan cercano al mundo de los pensamientos de Božena Němcová y cuyo resultado debía ser una unión de todos los pueblos, una unión que no ocultara las diferencias y particularidades de las distintas nacionalidades, sino que las fuera superando a través del respeto y el *amor* al prójimo. Y

una cosa tiene en claro: no se trata de la lengua. La literatura tiene que plantarse y hacer frente a cada degradación de la dignidad humana, debe mostrar y comprobar que hay una multitud de posibilidades de percepción, que las palabras a través de las cuales pensamos pueden lavarse y ser usadas de un modo diferente, que la libertad creativa es ilimitada. Y da igual en qué lengua se escriba y se hable. Lo importante es cómo se comportan las personas.

Sólo que cada época va absorbiendo conceptos bien distintos.

Los trae un tren que abandona la estación del siglo XIX con su último cargamento. Llega la época del «nacionalsocialismo» y, por lo tanto, del chovinismo odioso. Llega una época de temas relativos a una nueva emigración, en la que está en juego la propia vida: el camino vital de Brod es el camino de un emigrante del oeste. Es feliz en Palestina y ve, retrospectivamente, que la gente allí es más amable que la que conocía en Praga. En esa Praga oscura, donde la sensación de estar rodeado de enemigos se apoderaba con frecuencia de él. Planifica la emigración a Palestina junto con su hermano Otto. Otto es asesinado en Auschwitz. Asesinan a su hija Marianna. Asesinan a su esposa. Cinco primas, a excepción de una que se suicida, mueren en los campos de exterminio.

Sí, Europa arrastra traumas y estigmas de siglos anteriores. A Europa la define una maraña de pasados, residuos de agravios, divisiones de poder, culpables colectivos y víctimas colectivas. Europa está en constante movimiento. La idea de las naciones está bien, pero no así el nacionalismo. El trauma está en el aire de Europa.

El «chequismo» es, en el siglo XIX, una cuestión de *decisión* y la mayoría de los apasionados austríacos optan de buena fe por el

idioma alemán. Barbora Panklová elige el alemán, la señora Božena Němcová tiene que escoger la lengua de su esposo entrado en años. No le queda más remedio.

Los patriotas hablan en alemán y tratan la lengua checa como un estandarte de guerra que refuerza su autoestima. La lengua checa es, para muchos de ellos, un pasatiempo exótico que añade un toque aventurero y rebelde a sus aburridas vidas. Se colocan las gafas color de rosa y piensan sobre la nación, la identidad nacional y la mentalidad sin ir más allá y sin una perspectiva fundamental.

Mientras tanto pierden otros trenes.

El siglo XIX respira a través del vapor de los ferrocarriles, se monta en trenes, abandona el campo, se instala en las grandes ciudades; los héroes de Dickens prefieren morir de hambre en Londres que en un pueblo. El siglo XIX huye a otros países en busca de libertad y una vida mejor; «lo mejor» se oculta tras el horizonte y la mayoría de los viajeros acaba en la trampa de la nueva religión de los distintos Rockefeller.

El ferrocarril funciona como un imán. Allí donde surgen estaciones de tren, curiosamente se desarrollan también lugares nuevos y más acogedores. Junto a ellas no falta una iglesia, una taberna, el ayuntamiento, casas rodeadas de verde.

Los trenes circulan no sólo sobre la tierra, aceleran el tiempo, y cuando en el año 1879 el metro de Londres llega hasta una zona semiaislada llamada Willesden, que se encuentra a doce kilómetros del centro de la ciudad, bastan quince años para que esa olvidada zona semiaislada cuente con ochenta mil habitantes. Los ferroviarios

ingleses están orgullosos de sí mismos y son los primeros en fundar sindicatos.

Los patriotas checos ignoran el ritmo del tren; gozan de la comodidad de la ciudad, idealizan el campo y lo momifican en la literatura dándole una apariencia que no existe. La mirada ensoñada de John D. Rockefeller también mira hacia el campo; el pueblo es un proveedor de mano de obra barata, sobre todo infantil. También George Sand orienta su mirada hacia el campo; los paisajes urbanos, al igual que los del campo, son para ella telones de fondo de intrincados destinos femeninos. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Mary Anne Evans también dirige la mirada hacia el campo; no cierra los ojos ante los colores venenosos de la paleta de su tiempo. En el metro capta la transformación de las frases de los cuerpos masculinos de Londres, que llegan de todos los rincones del mundo. Antes volvían del trabajo a última hora de la tarde y llegaban a la meta ajetreados, irritados, cansados, frustrados. En el umbral de su casa se peleaban con su esposa, repartían bofetadas entre sus hijos y se largaban al bar más cercano, donde el alcohol les adormecía los sentidos, amodorraba sus frustraciones y, entonces, borrachos, se abofeteaban con sus amigos. Ahora regresan a casa en metro. En el tren se calman, se quedan un rato dormidos, descansan un poco. En casa se les nota mucho más amables. Los trenes subterráneos llamados metro son los balnearios de finales del siglo XIX. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La red que atrapa continentes como si fueran mariposas es la red ferroviaria y John. D. Rockefeller estudia detenidamente los recorridos, la velocidad, el movimiento de mercancía, la cantidad de cuerpos transportados; le da exactamente igual la lengua que hablan los cuerpos y de qué nacionalidades son.

John D. Rockefeller ama los números. Adora cada vez más la cría intensiva de números. Se multiplican en su cuenta. Es amor puro y mutua devoción. Los números lo aman.

Hace que le envíen tablas con estadísticas, artículos sociológicos, estudios demográficos y análisis sobre el crecimiento poblacional en las ciudades más grandes del mundo.

Los estrechos ojos de pájaro se focalizan en los más grandes hormigueros. Las hormigas, sus futuros empleados y sus futuros consumidores. Las observa desde lo alto y no siente que forme parte de ellas; aunque sería malditamente bueno tenerlas todas juntas cuando vayan de una tienda *suya* a otra.

No conoce límites y, desde luego, no lo restringe ni obstaculiza el diccionario del siglo XIX; palabras como estado, nacionalidad, patria, nación, lengua materna le dan exactamente igual.

Esas palabras tendrán su peso en los siglos venideros y en el XXI formarán parte de guerras cibernéticas, de ataques, parte de una confrontación global. Bastará la palabra.

Los habitantes de los estados pequeños serán esclavos de su idioma. Sobre todo los que no dominen ninguna lengua mundial y, por lo tanto, no podrán comparar las informaciones de un modo crítico. La lengua como arma de atontamiento nacional y lavado de cerebros. Para la mayoría de los cuerpos, las palabras que John D. Rockefeller ignora serán las que convertirán en armas, en la única

exclusividad a la que tendrán máximo aprecio. Cada imbécil que no logre imponerse en el mundo se resguardará en la caracola de la nación y sacará pecho cantando su himno. Quienes mejor agitan las banderas son los ignorantes, convencidos de que, de ese modo, no se ve la estupidez. Los himnos nacionales no son nanas, sino instrucciones de lucha. En el siglo XX los patriotas checos fanáticos fundan una biblioteca y una revista: les ponen de nombre *Bandera*.

Palabras con las que el siglo XX nos ha armado y cegado, con las que ha llenado el diccionario de malas hierbas. Hoy en día seguimos tropezando con los conceptos nación y patria. Las palabras del siglo XIX dividen el mundo, en nombre de la patria provocan guerras. Así, los enemigos se ven de forma más clara y, en el futuro, los amos jugarán mejor al dominó. En la primera, Austria-Hungría declara la guerra a Serbia. Alemania declara la guerra a Rusia y a Francia. Inglaterra declara la guerra a Alemania. Serbia declara la guerra a Alemania. Francia declara la guerra a Austria-Hungría. Inglaterra declara la guerra a Austria-Hungría. Japón declara la guerra a Alemania. Austria-Hungría declara la guerra a Bélgica. Rusia declara la guerra a Turquía. Francia e Inglaterra declaran la guerra a Turquía. Italia declara la guerra a Alemania, a Turquía y a Austria-Hungría y el tren sigue, va y viene, viene y va.

Mientras tanto, John D. Rockefeller estudia a Europa detenidamente. Viena, Berlín, París, Praga, Roma. Lo que más le interesa es la pomposa Londres que está usurpando el mundo. Realiza una larga consulta con su almohada y clava un dedo en el mapa. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand es imparable como escritora e inagotable como organizadora de eventos literarios. Escribe novelas que Božena Němcová vive en su propia piel y no se atreve a escribir en el ámbito checo. Pero, en caso de que tuviera la libertad de escribir novelas de corazón intranquilo, ¿alguien las publicaría? Y si alguien las publicara, ¿alguien las valoraría? ¿Cómo se las apañarían los amigos de George Sand, al abrir los libros, con el checo? Božena Němcová depende de las traducciones.

Y si hubiera nacido en Francia, ¿habría sido otra George Sand? Y si hubiera ido a verla, ¿se habrían hecho amigas? Especulaciones inútiles. La patriota Božena Němcová tiene, de todos modos, la vista clavada hacia el este, hacia las lenguas eslavas.

Los habitantes alemanes han creado la cultura del país de los checos. Pero los patriotas cultivan el eslavismo en el marco de la monarquía y lo llaman austroeslavismo. Al otro lado de las fronteras se llama paneslavismo, están fascinados con «la gran nación rusa». Pero cuando Rusia reprime la sublevación polaca nadie se inmuta. Más allá de su eslavofilia, los patriotas no tienen una visión política segura de sí mismos. Presentan coartadas y excusas cobardes, alegando que su espacio vital es tan sólo la zona de choque entre el Este y el Oeste, es necesario unirse a alguien: reprimen las antiguas diferencias entre eslavos, inventan una teoría de la conspiración sobre su futura supremacía mundial, deliran sobre la gloria de lo eslavo e idealizan a la gran Rusia, a la que elevan, de forma acrítica, como modelo de todo. No ven al agresor que se basa en un poder anticuado, detrás de cuyos muros late una existencia contradictoria. Ven a un protector y sabio consejero. Ven ahí un abrazo paternal. El siglo xx cumplirá su sueño colectivo de patriotas; el país se

convertirá en una provincia lacaya, uno de los estados satélites de la Unión Soviética. Y el siglo XXI aportará la flamante experiencia de que el capitalismo estadounidense sigue siendo mejor que el fascismo ruso.

El paneslavismo no es, ni siquiera en el siglo XXI, algo del pasado. A Rusia siempre le viene bien que falle la política imperial; en tales casos hemos de ser fuertes «bajo la dirección del Kremlin». Nada ha cambiado desde la mitad del siglo XIX.

Pero los patriotas se olvidan de que la nación se consolida a base de tácticas y ocupaciones militares. Y de que una nación política no tiene por qué tener una sola expresión lingüística. Es una gran ingenuidad de los patriotas el pensar que las naciones se crean en base a recopilaciones de relatos, obras de teatro, diccionarios. Una patria es un hecho bien construido: en base a la lengua, territorio o propagandas políticas.

La psicología de las pequeñas naciones es igual a la psicología de las ciudades de provincia. Quieren liberarse y definirse a través de la resistencia y negación arrogantes. Contra Viena, por ejemplo. No están acostumbrados a gobernar ni a hacerse responsables, a lo que están acostumbrados es a renegar. Incluso en el siglo XXI aumentarán su autoestima oponiéndose a gritos, para variar, contra Bruselas, contra todo lo extranjero, construir murallas y fronteras ilusorias, seguir luciendo las palabras patria y nación hasta el hastío, palabras que nada significan en un mundo globalizado. Su único orgullo y conexión será la lengua. *Su* lengua. Y todo el que no hable *su* lengua será enemigo.

Los renaceres patrióticos no han acabado. Siguen correteando por las calles vestidos con trajes folclóricos y recopilando relatos

nacionales y canciones populares dentro de los límites de los corrales nacionales. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Pero la vida tiene preparados problemas de índole bien distinta para cada uno. Así que, dentro de lo complicadas que son las relaciones interpersonales, nunca llegan a entenderse ni siquiera las personas que hablan el mismo idioma.

Božena Němcová no es muy pragmática en cuanto al conocimiento de sus propias capacidades; no las cuida.

En las sombras del pasillo espera el siguiente cuerpo masculino de la fila. Ella se aferra a él con avidez. Se apega a la esperanza de salvación; quien se está ahogando, con gusto se aferra a una caña y el faro, en checo, tiene género masculino. El sexo, el placer erótico y, de nuevo, el contacto físico vuelve a ser meditación, olvido. El deseo carnal de él es el amor de ella. La pasión de ella es la excitación de él. Hacer el amor de forma tierna y también brutal. No hay tabú para la exploración de los cuerpos. Están encastrados el uno en el otro como personas que llevan mucho tiempo viviendo solas y no se atreven a dejar entrar a nadie en sus vidas. Él se marcha a las tres de la madrugada.

Es una noche dichosa; su marido no está en Praga. Me gustaría poderle recordar que la soledad puede ser dichosa también para una mujer. Y que las personas que quieren alcanzar sus metas y se hacen famosas son los auténticos solitarios. Božena Němcová no puede imaginarse algo así y niega con la cabeza en un gesto de rechazo.

Se acerca a la puerta, sopla una vela en la cocina. Todavía entra bastante luz desde la calle. Cuando el hombre se da la vuelta, ella está de pie junto a la cama, desnuda. Se planta con orgullo, sin timidez y sin intentar seducirlo. Aparta la manta. Se mete desnuda en la cama. Sólo es bella y está desnuda. Una mujer que no se avergüenza de su cuerpo. Lo arrastra encima de ella. Lo recibe cálida y estrechamente. Su cuerpo rebosa vitalidad.

El cuerpo masculino saciado exhala ruidosamente, se viste y, satisfecho, apura el paso. Se marcha a través de la noche silenciosa; pasa a lo largo de la parada de ómnibus. Un grito ahogado suena en la oscuridad. Y vuelve a imponerse poco a poco la calma y la paz. La intensidad de la *cuentista* lo abruma, necesitará varios días para asimilarla. Palabras, palabras, palabras, palabras, ideas, sentimientos.

«Si fuese posible cumplir de inmediato cada deseo, me gustaría estar contigo. Te comería a besos por cada palabra. Debo de parecerte demasiado apasionada. Pero tú no sabes lo mucho que echaba de menos tu amor.»

El cuerpo masculino pierde la calma tras una noche de distracción. La evita y rechaza con frialdad su tono de confianza. Que va pasando al de amenaza.

«Puede que bastantes mujeres te vayan a amar en el futuro, pero de un modo tan absoluto y apasionado como yo, así no te amará ninguna.»

«¿Tú crees? La perfección nunca se repite y nosotros la alcanzamos demasiado pronto. Y yo no te volveré a ver, y no quiero verte. Esto tendría que durar para siempre o no repetirse nunca jamás.»

La relación termina, para él, con esa única noche; para ella es el comienzo de un gran amor. Božena Němcová lo atiborra de cartas que él no responde, empieza a tomar muchas precauciones. Su misión está cumplida y comparte su experiencia con los círculos patriotas.

«He oído que ya has estado con la bazo.»

«Sí.»

«Y ¿cómo es en la cama?»

«La mejor amante que he tenido nunca, y eso que he tenido muchas.»

«¿En serio? Cuenta. ¿Y ya te escribe? Muestra.»

La apodan la *bazo*. Porque sufre de dolores y siempre repite que debe ser dolor de bazo. Como si un diagnóstico aficionado pudiera traerle alivio. En sus relaciones extramatrimoniales se comporta como los hombres, sólo que a diferencia de ellos no es discreta y sus amantes no son un secreto.

«Y si te hubiera imaginado más bello de lo que en verdad eres: ¡a ti qué te importa!»

Ella no va a ninguna parte de noche y también suspira en voz alta. De felicidad. El cuerpo recién amado se sienta junto a la mesa de la cocina y escribe al hombre que acaba de abandonar la cama. El cuerpo está enamorado, el alma se aferra a un nuevo ideal. Lo que más le gustaría es salir corriendo detrás él por la calle y el parque. Escribe la primera de las muchas cartas plegadas, largas, apasionadas. Le escribe a alguien que no existe. Que nunca ha existido. A quien tan sólo su corazón ve. Alguien llama a la puerta, Božena Němcová quiere guardar la carta, se pone nerviosa. Al final opta por esperar. Escucha a la persona a la que su revoltosa

ayudante Manka está dejando entrar al recibidor. La muchacha a la que llaman Manka está en su casa como ayudante temporal, hasta que la *cuentista* le encuentre un marido. Božena Němcová se ha hecho cargo de ella, la ha convertido en suya, le ha dado un hogar para que no acabara en la calle. La ha defendido a pesar de las protestas de su marido.

Cuando entra el patriota, cuyo cuerpo también experimentó hace tiempo, alcanza a sostener la carta detrás de su espalda y dice sorprendida:

«No te esperaba.»

Y cuando, varios años más tarde, se cruza con Václav Bolemír Nebeský cerca de la casa donde vive, lo detiene sólo para preguntarle por ese amigo en común a quien le está escribiendo un lote fresco de cartas apasionadas; si todos los patriotas se conocen en persona.

«Está enfadado contigo.»

«¿Por qué?»

«También a él lo has engañado. Y no me extraña. Yo sé desde hace mucho que eres una mentirosa.»

Božena Němcová no le responde. Vuelve a casa y Václav Bolemír Nebeský la sigue.

«Así eres tú. Yo también quería preguntarte por tu salud. Y por la salud de tus hijos.»

«Sigues estando celoso.»

«Haces sólo lo que te da la gana, en tu pasión sólo piensas en ti misma, te olvidas de inmediato de todo lo demás.»

Božena Němcová le cierra la puerta en la cara. Nebeský está fuera de sí por la rabia y su rostro se ve tan pálido como la pared. Su voz

se eleva hacia las ventanas.

«Porque eres tú la culpable de todo. Sólo tú, y hasta que no te purifiques, no te atrevas a vernos.»

Václav Bolemír Nebeský escupe de un modo angelical.

Muchedumbres masculinas huyen por una Praga nocturna con la mente desligada de la cama y de la mesa de ella. ¿Acaso alguien se lo puede reprochar? No pueden satisfacer las exigencias de ella. A pesar de todos los hombres con los que ha estado hasta ahora, se encuentra desnutrida a nivel emocional. Le gusta el sexo. Pero le gusta aún más el amor. La soledad entre tantos hombres es un pozo cada vez más hondo, se inclina, no puede ver el fondo. Se miente a sí misma y desea convertir a cada hombre de carne y hueso en su ideal.

Tendría que haberse dedicado a escribir sin perder el tiempo haciéndose vanas ilusiones con los hombres de su país y de su tiempo. Todos están descontentos con lo que tienen. A Božena Němcová le ha ocurrido una desgracia. Es talentosa en el siglo XIX. El talento no tiene condiciones, no tiene paz, no dispone de tiempo para salir a la luz.

Condiciones. Elisabeth Amalie Eugenie, la emperatriz austríaca, cuenta con esas «condiciones»: tranquilidad, tiempo, dinero, niñeras para sus cuatro hijos, de los cuales sobrevivirán tres. Y de todos modos está insatisfecha y perdida en su papel de joven emperatriz. *Nimm dei Bratzen weg*!

Condiciones. Cada lady Diana del país de Mary Anne Evans dispone de las «condiciones»: tiempo, dinero, niñeras para sus hijos. Y de todos modos están insatisfechas y perdidas en sus papeles de jóvenes duquesas en los espacios de los palacios de Kensington.

Todas han sufrido la misma desgracia. Han nacido como mujeres. La falta de libertad y la inseguridad interior de algunas mujeres tienen un profundo fondo en común. Ellas no lo ven y prefieren pisarse mutuamente la cabeza.

Vigésima tercera parada ferroviaria

La cima de la felicidad en Harrods

Londres es un soberbio atrapamoscas y atrae a los Rockefeller. En el año 1860 viven 3,2 millones de personas en la ciudad. Ahí se instalan más del doble de habitantes que en París, la segunda ciudad europea en tamaño. Pasan veinte años y ya son 4,7 millones de cuerpos los que se amontonan en Londres. A finales del siglo XIX son 6,5 millones; como París, Berlín, Viena y Petrogrado juntas. Paradójicamente, el centro de la ciudad está desierto; lo afean las oficinas, los hoteles, las compañías de inversiones, y ahí reside el *business*. Londres anuncia el desarrollo; tras el año 1989 lo imitan también las grandes ciudades de Europa del Este, incluida Praga.

La metrópoli de ferrocarriles, ómnibus, centrales eléctricas, redes de gas, barrios de ricos y barrios pobres. Surgen los guetos de los adinerados y los guetos de los pobres discriminados y el mundo comienza a pensar en esas categorías limitadas. El símbolo de la expansión, el símbolo de las megaciudades. Un año después de la muerte de Božena Němcová, Londres pone en marcha el primer metro del mundo. Los trenes subterráneos tragan y escupen decenas de miles de cuerpos al día. En comparación con el diabólico y ensordecedor tráfico en la superficie, los trenes subterráneos son oasis de calma paradisíaca. Bajo tierra, las tripas de las locomotoras

a vapor no se hinchan con carbón, sino con coque; se ha visto que el humo es más suave y los cuerpos pueden respirar, sin abrirse paso hacia la meta a través de una tos convulsiva. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand pasa los primeros años embelesada con la magnánima vida artística de París. En comparación con Božena Němcová lo tiene mucho más fácil, ya que escribe en francés. Escribe en el código de comunicación de Europa, que en la Edad Media había sido el latín y en los siglos venideros será el inglés. Así las novelas llegan a manos de personas que saben leer y, por lo tanto, saben qué es la literatura y entienden el pensamiento crítico provocador; no sólo los ha educado la tradición de la revolución francesa. Todo tema es accesible para el arte, sólo depende de *cómo* sea abordado. No menos importante que escribir un libro es encontrar a alguien que lo entienda. Y eso no es en absoluto una cuestión de lengua.

Milan Kundera se aferra al francés y, todavía en el siglo XXI, cuando la idea de literatura nacional ya ha quedado vacía, algunos patriotas no se lo perdonan. Y da igual lo que escriba. Si Božena Němcová hubiera escrito en alemán, los checos nunca se lo habrían perdonado. Como no perdonaron a la escritora Věra Linhartová que es mujer y escribe en francés, tan fuera de lo checo, honrada, minuciosa, osada, exigente.

¿Para qué obligar a una persona a quedarse en la misma zona en la que ha nacido? Todo aquel que entienda de libertad debe desprenderse de ese lastre. Milan Kundera también suelta el checo, pero su caso es excepcional: necesita el peso de su patria, necesita definirse a sí mismo en relación con su patria, de lo contrario tanto

la historia de su vida como su obra carecerían de interés para el mundo y no serían legibles.

A nadie van a agradecerle nada, ni aunque adore el checo y nunca lo deje de lado. Ecos de los trenes que atraviesan los siglos. Es interesante la cantidad de veces que he escuchado, en el siglo XXI, que escribo como una autora no checa. ¿Sí? ¿Y eso qué significa? Soy una autora y mi hogar es el mundo entero. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Viajar favorece al arte, favorece la escritura. Sí, ahí es cuando los escritores se hacen conscientes de que el mundo entero es su hogar. Comienzan, por fin, una existencia independiente, se liberan de la dependencia y de las ligaduras con las personas de las que no se han desprendido y no han podido desprenderse hasta ahora. La sensación y la conciencia de una fuerza propia, excepcional, artística. Božena Němcová no se mueve del lugar y paradójicamente se siente como una *sin hogar*, a merced de una lengua y de su limitado nido. Casi no abandona el hogar, a excepción de algunos viajes, por ejemplo, a Hungría; no hay dinero, tiene hijos, necesita el permiso de su marido para «andar por ahí».

«Si no deseara que estuvieras sana, jamás habría permitido este viaje, a pesar de todas las literaturas y demás tonterías. No darías ni un solo paso fuera de Praga. Andas por las montañas por diversión y te importa un bledo el hogar, que debería estar en primer lugar, antes que todo el resto.»

En el año 1855 no viaja a ver a su marido, sino que parte al mundo por «interés de escritora». El dinero para el pan se lo da

Hanuš Kolowrat. En el cielo brilla el sol, las flores respiran y el dinero no le alcanza ni para alojarse, no tiene para comprar tinta y está angustiada. Con tanta ansiedad no logra leer ni escribir. Velos de niebla cubren los acantilados rocosos del macizo montañoso y está desolada. El pastor sigue a un gran rebaño de ovejas. Se vuelve y llama al perro que ladra con furia. Ojalá Božena Němcová pudiera viajar como, por ejemplo, Ida Tarbell o Mary Anne Evans. Los sueños de Božena Němcová no son de viajes; son de huidas.

«Cuando miro esas nubes pesadas que nos oprimen como en una pesadilla, esas hojas amarillas que han caído una a una, tal como van cayendo nuestras esperanzas, cuando observo por doquier el vacío, el aflojamiento, la tristeza, me siento afligida, me dan escalofríos, desearía tener alas para poder volar a regiones más bellas donde se respiren aires más libres.»

De Hungría la echan a patadas. La esposa del comisario superior de aduanas resulta sospechosa a nivel político y la devuelven, obedeciendo una orden recibida, a Praga. En tren. A las tres y media de la mañana.

Božena Němcová está sentada en un compartimento al lado de la ventanilla. El tren traquetea. No disfruta el viaje, no puede dormir, se retuerce de dolor. En el compartimento hay otros cuatro viajeros. Hombres. Se miran y uno le ofrece una naranja, como a un niño pequeño. Božena Němcová mira de cerca la fruta color naranja, la huele, aspira el aroma y cierra los ojos. La piel es fina y cuesta pelarla. Ofrece un gajo a cada uno de los hombres sentados en torno a ella, se mete otro en la boca. Da un mordisco y salpica el jugo. La boca llena murmura.

«*Die Mutter aber fing wieder an –*»

Božena Němcová se atraganta con el jugo, empieza a toser, escupe las semillas en la palma de su mano y las envuelve cuidadosamente en un pañuelo.

„Die Mutter aber fing wieder an –"
Zu fragen sehr vergnüglich,
Nach tausend Dingen, mitunter sogar
Nach Dingen die sehr anzüglich.
„Mein liebes Kind! Wie denkst du jetzt?
Treibst du noch immer aus Neigung
Die Politik? Zu welcher Parthey
Gehörst du mit Überzeugung?"
Die Apfelsinen, lieb Mütterlein,
Sind gut, und mit wahrem Vergnügen
Verschlucke ich den süßen Saft,
Und ich lasse die Schaalen liegen.

El recitado en alemán sorprende a los hombres y Božena Němcová mira por la ventanilla. Ve imágenes de países donde crecen las naranjas. Países que nunca jamás visitará.

«Imagínense un precioso paisaje en Italia. Lleno de naranjos.»

En el compartimento del tren sopla el viento, el frío se cuela bajo los abrigos y los cuerpos se encogen a causa de la baja temperatura. Božena Němcová se echa aliento en las manos. Uno de los hombres saca de su bolso de viaje una petaca. Toma un trago de aguardiente casero y se lo ofrece a Božena Němcová. No lo rechaza. En ese instante pasa por la puerta el control de pasaportes. El funcionario observa a la *cuentista* con desdén. La mirada de sus ojos bajo el ceño fruncido recorre los documentos y se queda clavada en la petaca inclinada en la mano de ella.

El tren para en Praga. En la estación, donde hay una multitud, está esperando el señor Josef Němec. Su esposa no lo besa. No quiere echarle su aliento y sus ojos siguen al hombre que le ha dado la naranja, que se va perdiendo en la multitud. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Viajar favorece el arte, favorece la escritura. Cuando fallece el padre de Mary Anne Evans, ella se arriesga y se lanza al mundo con una suma financiera pequeña y el reloj de bolsillo de su padre. Se baja de la vida actual como de un tren inútil, espera en una estación agitada, titubea en la encrucijada.

Viaja sobre todo por el oeste de Europa. Es como una medida provisional en su vida. Piensa en las posibilidades y decide en qué dirección partir en la vida y a qué tren subirse. Contempla las estimulantes obras en las galerías y los talleres de los artistas. La experimentación de lo excepcional. No puede decir, en este momento, qué significa eso para ella; ha vivido tanto tiempo en soledad, lejos de todos los impulsos. Percibe las formas artísticas de todas las épocas como parte de la humanidad; el arte muestra las raíces en común. Nada de diferencias nacionales, sino, por el contrario, correspondencias.

Expresa todo lo que llevaba mucho tiempo madurando dentro de ella. Cuando se acuerda de las melancólicas relaciones de juventud, de los conflictos familiares, de todos esos tropezones, se siente como si hubiera salido al sol desde un sótano. Toma con firmeza las riendas de la literatura y entiende la experiencia de viajar y los encuentros revolucionarios como un punto decisivo en su vida.

«A menudo sentía que llevaba en el bolsillo algo secreto, excepcional, que ni siquiera debía mirar. Lo guardaba en la palma de

mi mano. Ahora puedo sacar la mano del fondo del bolsillo y mostrar mi talento a la luz del día.»

La atmósfera de aquel lugar atrasado y la experiencia de haber vivido aislada le parecen ahora una pesadilla y las experiencias actuales un milagro. Le disgusta que el inglés tenga una sola palabra para expresar ambos conceptos, la experiencia y la vivencia: *experience*. Porque no son lo mismo. Hasta ahora Mary Anne Evans sufría por cómo los demás sacudían la cabeza al juzgarla. Ahora ya sabe que ellos tienen sus límites; no tienen interés ni dimensión espiritual ni intelectual, ni tampoco necesidad ni hambre de conocimiento, ni de cultivarse, ni de desarrollar su capacidad artística. Ya tiene claro que la novela es un organismo. Un organismo vivo. No se trata de una forma artística, sino de una postura espiritual ante el mundo, la vida humana y la emoción de la vida. El mundo la apoyará. Va a escribir.

Rebosa de una energía nueva, colmada hasta el punto de no soltar al principio ni una palabra. No es capaz de describir el estado en el que se encuentra ahora mismo; embarazada de una fuerza creativa. Lo opuesto a lo que ha sido su vida hasta ahora; grandeza, fuerza, llega la primavera, pero cuando está de viaje le preguntan siempre lo mismo.

«¿No echa de menos Inglaterra?»

«No.»

«¿Ni siquiera en Navidad?»

«No.»

«¡Pero si es su patria!»

«Mi tragedia es que no soporto Inglaterra desde que era pequeña. En cuanto pisé por primera vez la Europa continental, fue un

momento decisivo. Lo supe y me decía a mí misma: aquí me gusta estar. Aquí me gustaría quedarme. Y después conocí al hombre de mi vida y esperaba que nos quedáramos en Francia. El destino lo quiso de otro modo. Mi marido por el contrario detesta Francia y quiere vivir sólo aquí, en Inglaterra.»

«Echaría usted de menos la lengua.»

«No, puedo escribir en cualquier lugar. Los dilemas básicos de la vida son los mismos en todas partes. Humanos, existenciales, morales, civiles.»

«Pero echaría usted de menos a sus amigos, ¿no?»

«La única persona a la que he echado de menos, y así sigue siendo, es mi madre. Desde que se ha muerto ya no hay nada que me una a Inglaterra. Adoro Europa, Estoy de acuerdo con mi colega alemán que vive en Francia y dice *«I am neither French nor German. I am European, I'd very much like to think there was a European nationality, but I think I may be dreaming*.»

Mary Anne Evans está sorprendida de que basten un par de meses para que la vida pueda llegar a dar semejante giro. La fuerza creadora rompe el dique. Ella lo expresa en su escritura. Experimenta lo mismo que vivió Aurore Dudevant, de soltera Dupin, cuando llegó a París. Por sí sola no se hubiera atrevido. La ha liberado la libertad de los demás y ha confirmado el camino hacia ella misma; se despierta la artista. Božena Němcová no experimenta tal impulso para liberarse.

Y eso que el encuentro que será decisivo para Mary Anne Evans aún está por llegar. George Henry Lewes; el hombre flor en el fango.

Al volver, Mary Anne Evans se instala en Londres. Continúa trabajando con mucha intensidad. Las causas de su transformación

son profundas. Las ideas y los conocimientos no brotan tan sólo del intelecto, sino que también son resultado de una evolución mental. Trabaja sin descanso el día entero, pero con ligereza. Nunca tiene la sensación de inquietud, todo va sucediendo en calma. Al anochecer lee o traza bocetos en un cuaderno, habla con George Henry Lewes y le gustan las visitas en las que se toca música. Traduce bestsellers mundiales, escribe críticas literarias para *The Westminster Review*, da largos paseos por la ciudad y se cronometra a ella misma y a los transeúntes. Personas de todo el mundo viven en Londres, hablan trescientas lenguas y se consideran inglesas. Mary Anne Evans no se detiene en analizar el color de la piel ni la nacionalidad. Tiene un talento polifacético, es una auténtica intelectual, una lectora apasionada, una autodidacta. Con el paso del tiempo va aprendiendo a leer en alemán, francés, latín, hebreo, griego. Muerde un jugoso gajo de naranja y, en su traducción, por primera vez habla en inglés el poeta Heinrich Heine, ese fiel gurú de las solitarias europeas rebeldes e inteligentes del siglo XIX. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Las locomotoras del subterráneo londinense arrastran vagones. Tienen un color verde oscuro y tanto los directores de banco como los obreros van en el mismo tren; con el tiempo los separan en vagones de distintas clases. Un viaje en la tercera clase dura dieciocho minutos. Cuesta tres peniques, lo que gana un obrero de fábrica por una hora de trabajo; en la segunda clase los viajeros pagan cuatro peniques y cinco en la primera.

Los constructores diseñan los vagones que tienen el relajante color verde oscuro de los ojos de Božena Němcová. Se piensa en la comodidad de los hombres. Hasta un cuerpo masculino de altura excepcional que mide alrededor de ciento ochenta centímetros tiene derecho a sentarse cómodo incluso con su sombrero en la cabeza y sin encorvar la espalda. La primera clase está totalmente iluminada; los hombres no entrecierran los ojos haciendo un gran esfuerzo para ver en la penumbra y pueden leer periódicos y libros. Los hombres ahorran tiempo y el lema del siglo XIX, también del europeo, es la frase de Rockefeller según la cual el tiempo es dinero. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí ya. Mary Anne Evans observa cómo se han vaciado las calles y lo aliviadas que se ven. Y también ella, al igual que todos, está sorprendida por el inesperado efecto secundario del nuevo tren, independientemente de las distintas clases de vagones. El metro eleva la calidad de vida y es sorprendente que se la eleve a todos. Por eso no termina de gustarle a los ricachones y a los esnobs. A lo largo de los siglos siguientes abandonan de forma masiva el metro, lo ignoran y lo llaman *cutre*; no pueden comprar un billete de oro para el vagón VIP y eso los hace sentir bastante inseguros.

Mary Anne Evans no presta atención a la cuestión de la evolución técnica y el transporte. El metro es un símbolo. El símbolo de la materialización de la utopía social y una prueba tangible de que se puede crear una ciudad que ofrezca una vida digna a todos. No se trata sólo del sueño de unos pocos eruditos, soñadores utópicos, humanistas y una escritora. El hombre que ha tenido la idea del metro pensaba exactamente igual que ella. No vive lo suficiente para ver la finalización y apertura del metro. Se llama Charles Pearson y

muere el mismo año que Božena Němcová. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

En cuanto a la conciencia de las propias capacidades, George Sand es muy pragmática. Es capaz de una autorreflexión profunda. Logra deducir las consecuencias y modificar las decisiones. Y se comporta de forma ostentosa como una persona libre, segura de sí misma. Porque lo que es una norma para la mitad masculina del mundo se considera desviación, rareza y atrevimiento suicida para la otra mitad.

En la historia personal de Božena Němcová están, en primer lugar, los hijos, los amigos, los amantes exigentes a nivel emocional y calculadores, la nación y la patria, a la que, en tanto que agitadora, ella debe despertar de su letargo. Y luego nada durante mucho tiempo y nada durante mucho tiempo y nada durante mucho tiempo y ahí al fondo, en la penumbra del último asiento de un tren local sin calefacción, está ella misma, *sus* emociones.

El talento literario se hace escuchar con humildad a través de una tos suave. La tos se vuelve crónica.

Escribir es una dura disciplina y una soledad física. Los escritores del siglo XIX viajan y afirman que conocer la cultura de Europa con su herencia antigua significa conocer y revelar el mundo entero. Viajar agudiza los sentidos. Peregrinan y deambulan sin los límites de los interminables y humillantes controles, a través de los cuales, en el futuro, el maltrato burocrático se simplificará con la división de los

cuerpos en función de su pertenencia a agrupaciones patrióticas y nacionales, y la contraseña de que según la lengua que hables serás alineado, y con ese palo te daremos.

No, aún no están del todo a merced de los funcionarios y los aduaneros. Viajar refresca, inspira. Si no es por trabajo, eso sí. En tal caso cansa y agota; todos estos largos años viajando por el mundo con la maleta, entre lecturas, debates, conferencias, festivales literarios por poco me matan.

Božena Němcová se reanima cada vez que puede abandonar su apartamento, calle o ciudad y existir por sí misma. Cuando no tiene que fastidiarse con su marido como en los primeros años de su matrimonio. Cuando una persona está segura de algo, no debe permitir que nadie le imponga nada.

Cuando va al campo siempre es con alguna obligación. Acompaña o visita a su marido, recorre eventualmente los pueblos, recopila los dichos populares de la zona, describe las faldas y los lazos, registra las diferencias dialectales y así va cumpliendo *su* tarea patriótica.

Persiste en ella la estructurada Barbora Panklová, a quien Božena Němcová no deja de atacar.

«Cuándo voy a abandonar de una vez por todas la obsesión por describir qué lazos tienen aquí y qué bordados y faldas tienen allá, qué beben en las bodas en aquella comarca, de qué modo bailan y qué cantan. Es la hora de ponerme a trabajar en serio. ¿Por qué sigo titubeando y no me pongo a escribir una novela? ¿Por qué no considero imprescindible despabilar, al fin, a la muchedumbre paralizada para que no termine de estar del todo adormecida y petrificada? No sólo descripciones, que eso ya lo he hecho, sino dar cuenta de aquello de lo cual germina la vida: los pensamientos.

Pensamientos ardientes, chispeantes, atrevidos, por los que me amarán y odiarán, y sobre los cuales podamos discutir, ya que eso es lo que hace falta dentro del estancamiento mental en el que la nación entera está sumergida. No una armonía conciliadora, sino sobre todo bullicio, inflamación, brote, lucha, escepticismo abrasador, todo eso conduciría a la victoria y al conocimiento de la vida auténtica.»

Barbora Panklová está pensando en el huerto y en esa planta de alubias que un día, siendo niña y con la ayuda de las manos de un jardinero, metió en tierra; y suelta un hilo de voz.

«No me siento lo suficientemente madura para una novela.»

Božena Němcová se echa a reír con malicia.

«¿No estás lo suficientemente madura? Si tienes más de treinta años, ¿no te sientes lo suficientemente madura para decirle al mundo qué piensas de él?»

«Ahora no, aunque no tienen a nadie más entre los escritores checos. Pero ¿por qué crees que eres precisamente tú a quien necesitan dentro del estancamiento mental en el que la nación entera está sumergida?»

«Lo que más me gustaría es escribir lo que realmente veo. Es todo lo mismo, la gente es un desastre y una inmundicia.»

«No, no, no, no puedes hacer eso, describe los lazos y el trigo crecido y el canto del ruiseñor.»

El mundo reduce a una persona a la circunstancia de ser mujer. Los patriotas reducen a una artista a la circunstancia de ser una escritora *checa*.

Y ahí es donde nace la estupidez. Para justificar su propia existencia, para encontrar un medio efectivo de extorsión emocional,

inventan el término de escritora como conciencia nacional.

La cuestión es si la nación tiene conciencia y si desea tenerla.

Charles Pearson pertenece a esa clase de personas que a John D. Rockefeller le resultan tan repulsivas como un insecto asqueroso; le parece afeminado y no entiende su manera de pensar; si, por Dios, por *su* dios, planificase el transporte subterráneo sólo con trenes lujosos de primera clase, ganaría una fortuna y se haría infinitamente rico. Charles Pearson no pretende ganar, no quiere hacerse rico y dice que tiene suficiente dinero. John D. Rockefeller no entiende semejantes frases ni esa conducta, las considera un pecado y una horrorosa blasfemia. Toda persona educada y empática es, en su opinión, blandengue. Toda persona blandengue es, en su opinión, afeminada. Toda persona afeminada es, en su opinión, un error de la naturaleza y debería ser exterminada. En el mundo de John D. Rockefeller las mujeres tienen asignado con precisión su lugar en la cuarta clase social y la palabra afeminado es el peor de los insultos.

«No sea educado», reprende John D. Rockefeller a sus empleados con regularidad, siempre que se los cruza siendo amables y agradables. Si el desliz se repite, entorna aún más sus ya de por sí estrechos ojos de pájaro y, sin muchos rodeos, expulsa a la educación. Charles Pearson ve lo que Mary Anne Evans comprende con perspicacia a lo largo de sus paseos. Los obreros de los barrios periféricos no tienen cómo ir al centro. Para ellos no se trata de un paseo tranquilo con un bastón en mano. Y no tienen dinero para viajar en medios de transporte. Charles Pearson imagina lo

inimaginable. Qué pasaría si la gente viajara bajo tierra al trabajo y desde el trabajo y en las periferias se construyeran casas baratas rodeadas de verde; la primera golondrina de los suburbios habitables.

Ferrocarriles. Metro. Un golpe en el gong, un preludio, el preñado prólogo de esos cambios que amasa la humanidad dándoles formas unánimes.

Las ciudades se van convirtiendo en megaciudades; la faz de la ciudad a orillas del río Támesis está moldeada por la industria y la industria da lugar a la cultura de masas. Se convierte en modelo para los demás continentes y crecen los apetitos coloniales. Va marcando el ritmo de la sociedad moderna de consumo, a costa del resto del mundo.

Es antes de la Segunda Guerra Mundial cuando se empieza a pensar en la construcción de la primera línea de metro de Praga. Se pondrá en marcha en el año 1974; el metro está entretejido por redes ideológicas y se presenta como prueba de los éxitos del socialismo; en lugar de los coches modernos de fabricación propia los praguenses tienen que usar los pesados vagones soviéticos. A causa de ellos se refuerza el puente de Nusle en Praga y la última parada se llama Lenin. En cambio, a Londres llega con retraso el concepto de «renacimiento nacional». En el siglo XXI Inglaterra celebra el *brexit*, la independencia de la isla y la salida de la Unión Europea. El primer ministro desempolva un vocabulario del siglo XIX y vocifera, ay, este es nuestro renacimiento nacional, llega la era dorada de Inglaterra; ese mismo día anuncian en Londres el primer caso de una nueva pandemia a la que las fronteras le resultan

indiferentes. Igual que a los Rockefellers del mundo entero. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand no permite que nada la saque de su estado de calma y equilibrio. La mano de dragón es incansable, los libros salen publicados en numerosas traducciones, la autora ya despierta pasiones por toda Europa y la alegría la hace flotar.

Organiza cenas opulentas y la Criada Checa tiene bastante trabajo: por la mañana no da abasto con su escoba de abedul, sacando montañas de huesos arrojados bajo la mesa. Prepara la masa para las crepes y los bollos con mermelada que le gustan tanto a Madame que los exige en su desayuno tardío. Calientes.

Las fábulas no ayudan a combatir el hambre. Božena Němcová se bambolea en Praga de puerta en puerta, atraviesa las calles, una plaza adoquinada y un patio, y los perros se echan a ladrar como en un pueblo. Junta sus manos en gesto implorante, ruega por un par de patatas y pide ropa gastada. Tampoco es que haya muchos editores a los que les gustaría publicar cosas checas.

«¿Qué les vamos a dar de cenar a los niños?»

«Tortitas de patata.»

«Ya no quedan patatas.»

«¿No?»

«Y ya no nos quieren vender nada más a crédito.»

Las letras de las nuevas cartas de Božena Němcová no son mensajeros dispersos. Mendigan y se aprietan unas con otras encogiéndose de frío.

«Pensaba que, de ser posible, podría mandarnos unas pocas patatas. Créame que lo escribo con dolor en el corazón, pero confío en que esta súplica no me rebajará ante usted.»

Está tumbada en la cama, pálida, sudada, dando vueltas intranquila. Agotada, se marcha y se embarca en el último viaje en el carrusel de su vida: a Litomyšl. Božena Němcová busca en vano el equilibrio mientras se muere de hambre.

«Querida señorita, sea tan amable de prestarme hasta el martes, a ser posible, dos monedas de oro, o una. Necesito dinero y no me lo darán hasta el martes. No sé, pues, a quién molestar. Usted probablemente me crea y me perdonará. También le ruego que añada a la deuda existente dos puñados más de harina.»

Por esa época, en Londres, se pasean las mujeres pudientes por amplios bulevares y entran a los primeros templos de consumo que llaman centros comerciales y a cuyos pies desembocan esas madrigueras subterráneas a las que se las conoce como estaciones de la vía subterránea.

La sociedad de élite compra en Harrods. Ropa de moda, muebles de estilo colonial, alimentos exóticos. Las zonas traseras de las distintas tiendas están separadas con discreción, decoradas con elegancia para las damas más ricas y no recuerdan a las cabinas. En lugar de empapelado, las paredes de las pequeñas habitaciones contiguas están cubiertas de un terciopelo rojo intenso y verde oscuro con estampados exóticos; las alfombras gruesas y suaves amortiguan los pasos de los mocasines; hacia ahí se dirigen los señores. Entregan a su querida media naranja a las vendedoras y sus cuerpos esperan con paciencia a sus esposas, encantadas y excitadas con la mercancía. Los hombres fuman unos puros, hojean

los diarios, estiran sus piernas cansadas, se toman un vaso de whisky, se duermen un poco, sacan los monederos o rellenan sus cheques. Las mujeres de Londres exigen la última moda de París. Hace ya mucho tiempo que no les basta con tener dos mudas, la del día corriente y la del festivo. Encargan costosos trajes de noche, sombreros amplios y altas alfombras persas que colocan hasta en los suelos de las cocinas.

En los suburbios de la ciudad van proliferando los barrios pobres. Seiscientos mil londinenses no tienen acceso al agua potable. Los callejones llenos de fango carecen de canalización. Cinco o más personas se hacinan en una habitación sin terciopelo rojo intenso y verde oscuro y, de nuevo, sueñan el sueño colectivo.

Sueñan con comprar un día en Harrods; que es símbolo de riqueza, la meta, la cumbre de la felicidad, el sentido de la vida, el fin del sufrimiento, el nirvana. En el siglo XXI todo el mundo compra en centros comerciales, en verano despliegan las tumbonas en las terrazas del tejado y disfrutan de las vistas. Qué le hace a la gente la riqueza. Nada. Siguen siendo los mismos. Comen con cubiertos de plata y siguen temiendo a las enfermedades y a la muerte. La inquietud perdura y la felicidad no termina de llegar; lo peor en la vida es la inseguridad y lo más bonito son las ilusiones. Se han hecho ricos. Y ha proliferado otro tipo de pobreza, la mental. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El tren de la monarquía austríaca y luego austrohúngara es como esos lentos trenes de cercanías que paran en todos lados. Está a la zaga del desarrollo de los países occidentales y los pasajeros aún no han logrado librarse de la sensación de inferioridad. En sus bocas muelen como arena el vocabulario del orgullo nacional y el

patriotismo, qué más les queda, esa es su única exclusividad, una marca de distinción, nadie más en el mundo habla checo. Y en el corazón arde un deseo. El de vestir la moda de París.

Occidente y Oriente no son conceptos del siglo XX. No los creó la Guerra Fría y el telón de acero. Las diferencias son una astilla clavada bajo la piel de Europa y las fronteras mentales las construye el siglo XIX. La arrogancia de Occidente y los complejos del Este.

Las biografías de los autores del siglo XIX están repletas de viajes y estancias en el extranjero. Forman parte de su educación, perspectiva e inspiración. En su juventud, escritores como Johann Wolfgang Goethe viajan sin parar y la perspectiva se va modificando. Ojalá Božena Němcová hubiese podido viajar, por ejemplo, a Londres, o quizá a Francia, entender que no está sola, respirar la atmósfera de los debates apasionados, la luz, otras formas de pensar y la libertad de expresión, sentir la huella de la Revolución francesa y sus mujeres, que fueron las fundadoras de los primeros clubes de debate; es por ellos que se dirige hacia Francia la estadounidense Ida Tarbell. Una persona con cuya existencia John D. Rockefeller no cuenta en su vida ni incluye en las conversaciones íntimas con su almohada. Por ahora.

Vigésima cuarta parada ferroviaria

Harpía

Son hombres quienes defienden el talento de George Sand de los golpes bajos. Se llaman Alfred de Musset, Honoré de Balzac, Prosper Mérimée, Gustave Flaubert, Ferenc Liszt, Fryderyk Chopin, Charles Didier, Eugène Delacroix, Ivan Sergejevič Turgeněv. Por ejemplo.

El talento de Božena Němcová (no) lo defienden los hombres de los golpes bajos de los provincianos. Se llaman Josef Němec, Václav Bolemír Nebeský, Josef Radomil Čejka, Josef Václav Frič, František Matouš Klácel, Václav Staněk, Jan Helcelet, Jan Ignác Hanuš, Vilém Dušan Lambl, Hanuš Jurenka. Por ejemplo.

Božena Němcová es excepcional, no por su patriotismo sino por su consecuente independencia; emancipada y socialmente comprometida en situaciones de la vida en las que quema la infelicidad. Al fin y al cabo, como toda luchadora de los derechos humanos. Lo cual también es una traducción de la palabra feminismo. La igualdad de las mujeres no forma parte de los intereses prioritarios de los patriotas. Incluso hoy no es un interés prioritario de ningún patriota. El señor Josef Němec entiende el feminismo como los hombres del siglo XXI: ella puede con todo (y en el cuerpo de una Barbie).

Eugène Delacroix y Gustave Flaubert seguirán siendo amigos de George Sand hasta la muerte; aprecian el intelecto. No ven sólo una vagina y no comentan con sarcasmo cómo su cuerpo engorda y envejece. Sus cuerpos también van envejeciendo y George Sand no se aleja de ellos por eso. Hasta se oponen con valentía a la opinión de ella, cuando los provoca con coquetería y repite.

«En la tierra no hay un solo hombre, pero ni uno solo, que se contente únicamente con el corazón de una mujer para la eternidad.»

Se desarrollan con ellos amistades dichosas y George Sand se siente segura en su compañía. Ellos valoran que intente alcanzar la perfección en su creación. La perfección alcanzada a través de la superación del amor humano y su integración en un acto creativo.

Gustave Flaubert la visita en el castillo de Nohant hasta el final de la vida de ella. George Sand tiene ropa de lana; la blusa es de un color rosado claro, similar al de su rostro, la falda a cuadros es azul pastel y en su pelo gris hay un destello de coquetería. Se divierten juntos citando el *Diccionario de Lugares Comunes*[1] que Gustave Flaubert no piensa publicar mientras viva. Es su afán coleccionista, una colección de las eternas estupideces populares, incluso para las futuras redes sociales. Las frases son perlas y sirven de atajo en la conversación de cuerpos irreflexivos. Las recopila, las comisuras de sus labios ocultan las ganas de reír pero mantiene su *poker face*. A George Sand le despierta curiosidad la flamante cosecha.

«Y ¿qué ha puesto, por ejemplo, en la entrada de Italianos?»

«Todos músicos, todos traidores.»

«¿Y en la entrada de Niccolo Machiavelli?»

«Nadie lo ha leído pero todos lo consideran un malvado.»

Un diccionario así sería interminable en el siglo XXI. Es un simple resumen de las estupideces de siempre bajo la fórmula «eso lo sabe cualquiera».

También le encanta ir a almorzar regularmente a casa de su adorado pintor. Lleva consigo postres que, sudor mediante, hornea la Criada Checa, aparte de sus obligaciones cotidianas; la mayoría de las veces *Kaiserschmarren* con pasas, puré de manzana y ciruelas. Eugène Delacroix también sabe cocinar a su manera y muy bien. Para las salsas sólo usa vinos en lugar de caldos, esa es su especialidad como *gourmet*. Y él comprende sus escritos, y también ella, a cambio, su pintura. Por supuesto que George Sand se siente también atraída por su aparente fragilidad, debilidad, como le dice al celoso de Alfred de Musset.

«Parece estar sufriendo, parece agotado.»

Cuando George Sand fallece, el escritor ruso Fiódor Mijáilovich Dostoyevski admite que sus novelas despertaban en él entusiasmo, respeto y felicidad. Sí, el cínico jugador europeo realmente usa la palabra felicidad en ese contexto.

Los hombres se enteran, gracias a ella, de algo nuevo sobre las mujeres. Por el momento no están muy seguros de qué. No es un vano llamamiento a la independencia social, política, económica. Es un llamamiento a la emancipación emocional. Lo cual constituye el tema vital de Božena Němcová. Respetar la feminidad, permitirse ser mujer, ser auténtica; reconocer y valorar la emocionalidad femenina.

Božena Němcová también dispone de talento, intelecto, sensibilidad y coraje, los pensamientos fluyen en la misma dirección, solo que Alfred de Musset, Honoré de Balzac, Prosper Mérimée, Gustave Flaubert, Ferenc Liszt, Fryderyk Chopin, Charles Didier,

Eugène Delacroix, Ivan Sergejevič Turgeněv y Fiódor Mijáilovich Dostoyevski no tienen la menor idea de la existencia de Božena Němcová; y no pueden leer sus cartas.

Cuánto peor habrá sido para aquellos cuerpos de mujeres que ni siquiera estaban protegidos por un talento semejante. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Los estrechos ojos de pájaro de John D. Rockefeller adoran con tanto afán el orden y el método que, antes que nada, salen en persona a realizar un estudio minucioso sobre los alrededores de los yacimientos petrolíferos. Observan detenidamente a unos tipos rudos y vagabundos con unas mugrientas botas que brillan de suciedad y aceite. Observan detenidamente el pelo grasiento que lleva semanas sin ser cortado ni lavado, oculto bajo brillantes sombreros de seda. Los hombres llevan mechones de fideos colados y sin cortar detrás de las orejas; se sacan la cera con las negras uñas de sus dedos. Los pequeños ojos de pájaro observan detenidamente los alfileres de diamantes; están clavados en corbatas arrugadas, anudadas sin gracia y roñosas, brillando al sol con arrogancia. Miran detenidamente los relojes de oro que los dedos sucios sacan con ostentación de los bolsillos de la chaqueta; de tanta suciedad reseca no se ve la esfera. Los hombres escupen encima y los frotan contra sus velludas muñecas sin lavar.

Observan detenidamente los dientes con caries, los costosos puros y las pipas metidas en las comisuras de bocas babeantes y risueñas,

atiborradas de groseros chistes sobre vulvas. Observan detenidamente los escupitajos parduzcos debajo de las mesas de tahúres y borrachines; John D. Rockefeller detesta el tabaco y tiene alergia al aliento apestoso de los fumadores.

El cuerpo delgado tiene ganas de vomitar y los pequeños y estrechos ojos se van enrojeciendo. Observan detenidamente los cuerpos impregnados de aguardiente barato en rechonchas botellas de cuello estrecho. Observan detenidamente esos cuerpos que no saben qué hacer con una riqueza tan repentina.

El siglo XXI también se enfrenta al problema de la riqueza repentina. Los nuevos ricos dominan los campos de golf con juventud y agilidad. Muy pero muy en serio conversan sobre el hecho de que, de acuerdo a la última moda, la gente exitosa, y por lo tanto los hombres, deben llevar sólo camisas con tres botones y orificios en la manga, dejando el último sin abrochar; eso lo han leído en la revista *Playboy*, que marca las tendencias masculinas. También tienen que tener mucho cuidado con el sol radiante aunque dejando sin protección una mano; al volver de las vacaciones es buena idea tener una de las manos claramente sin broncear, así salta a la vista que han estado jugando al golf. Sólo acuden a las negociaciones en coches caros y su cliente tiene que quedarse con la sensación de que han hecho algo por él, aunque no hayan hecho nada y la sugestión de las palabras es esencial. No se trata de naciones, se trata de dinero. No les molestan los extranjeros blancos, no les molestan los extranjeros ricos. Les molesta la piel pobre. Se arrastran delante de aquellos a quienes no son capaces de imitar. El estatus de hombre rico ya no lo da una alfombra persa, sino, por ejemplo, un Porsche. El estatus de un hombre rico en

Dubai es el Porsche y el halcón. Los árabes ricos compran un club de fútbol europeo y, de inmediato, borran la cruz que había en el escudo del club, pero ninguno de los patriotas se deja oír. Y cuando se reúnen los banqueros no hablan más que de arte, y si se reúnen los artistas sólo se habla de dinero. Los cuerpos ricos fundan la revista *Forbes* como RR. PP. para los ricos, a quiénes más les interesaría si no. Pero la madurez de una sociedad se reconoce en el hecho de que los más altos representantes del país viajan en transporte público.

Sí, ¿qué es lo que hace la riqueza a la gente? Nada. Siguen siendo los mismos. Comen con cubiertos de plata, tragan bocados exóticos y le temen igual a la muerte. La intranquilidad perdura y la última estación de la felicidad no termina de materializarse. Son arrogantes pero necesitan a los demás. Necesitan un público ante el que ostentar su riqueza. Compiten con otros para ver quién tiene más y no presumen sólo de dinero y enormes casas, sino también, cada vez más, de incultos. De pobreza mental. En el siglo XXI la pueden exponer con orgullo. Por ejemplo en Twitter o en TikTok. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

«Formaba parte del ajuar recibido de nuestros padres el piano, que, a diferencia de lo demás, llegó a tiempo. Asimismo, nuestra nueva habitación de recepción es muy bonita y acogedora, con agradables muebles de herraje de bronce chapado en oro. También hay sillas tapizadas y livianas. Una parte del regalo de mi familia hace juego con las nuevas piezas y sus decoraciones orientales. También me han regalado una bonita vitrina de cristal, donde exponemos nuestra

bonita porcelana, las copas y también los objetos que nos regalan nuestros amigos artistas. En una pared cuelga un cuadro de Antoine-Jean Gros y en otra un paisaje lírico de Claude Lorrain, me encanta ese cuadro que domina toda la pared. Se vive a gusto en este piso y mi dormitorio situado al otro lado de la casa es bonito y mi marido tiene un bonito despacho en la planta baja. Sólo que es difícil encontrar una ama de llaves. Tenemos mala suerte. Ahora recibimos una visita tras otra y no es fácil ocuparse de una casa repleta de invitados, tal y como estábamos acostumbrados con mi marido en nuestro hogar anterior, que también era muy bonito y sencillo...»

En medio de conversaciones «bonitas» como esa, el cuerpo de George Sand se levanta de prisa y se marcha sin despedirse. Siempre ofende, no sólo a la recién casada, sino a todo su círculo. George Sand sólo mantiene amistades con mujeres a las que las une el arte. No porque no le interesen los demás cuerpos femeninos, sino simplemente porque no quiere perder el tiempo en cotilleos. El tiempo es dinero. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Al siglo XIX no le alcanza el tiempo.

Entre sus fieles amigas se encuentran la cantante de ópera y pianista Pauline Viardot, la escritora Marie d'Agoult, la actriz Marie Dorval. Cuando la actriz está en el escenario del Boulevard du Crime o en la Comédie-Française, George Sand suele esperarla en el camerino entre maquillajes de teatro o en una habitación tapizada

de color azul, sumergida en nubes de humo y con un ramito de violetas.

Božena Němcová disfruta, durante un corto tiempo, de tener a su lado a Karolina Světlá, Eliška Krásnohorská, Sofia Podlipská, Laura Hanušová, Magdalena Dobromila Rettigová; discursos y rimas didácticas y moralizantes, espumadera en mano, entre pesadas tartas de mantequilla y una cesta con huevos caseros en una despensa repleta de comida.

Todos admiran a Magdalena Dobromila Rettigová, especialmente el señor Josef Němec. Pone a la corpulenta matrona de ejemplo desde la mañana hasta la misma noche; escribe frases checas, las frases *correctas* que los patriotas checos más adoran. Están de acuerdo con ellas, ese es su programa. Magdalena Dobromila Rettigová, al igual que Božena Němcová, domina, hasta alcanzar los dieciocho años, sólo su lengua materna, el alemán. También se casa con un patriota que comienza a enseñarle checo. Sólo que no le molesta que Magdalena siga escribiendo en alemán y redacte poemas ingenuos, prosa, obras teatrales. En checo publicará en el año 1826 *La cocina casera*. Es un bestseller, se convierte en el libro checo más vendido y leído durante los siguientes cien años. Tanto Harriet Beecher Stowe como yo obtenemos la respuesta a nuestra pregunta: este es el libro checo fundamental del siglo XIX.

«En especial y, ante todo, cada joven ama de casa debe asegurarse de quitar del medio todo lo que el esposo odie y regocijarse únicamente con aquello que a él le haga bien y le guste. Cuando una mujercita se encuentra sola, su espíritu no tiene por qué permanecer inactivo. Puede distraerse pensando en cómo perfeccionarse en esta u otra tarea, o bien en cómo hacer feliz a su

esposo. Que el cielo os proteja de pensar siquiera en la idea de resistiros ante el hombre.»

La joven y, nuevamente embarazada, Božena Němcová no tarda nada en dar respuesta a tales consejos en su lengua materna.

«*Pflicht ist, was sich der Mensch selbst befiehlt. Goethe*!»

Josef Němec la escucha y observa con creciente rabia. Le arranca el libro de las manos y, casi al mismo tiempo, se oye un llanto infantil. El pequeño Hynek la protege con sus lágrimas; se aferra con fuerza a la falda de su madre. Josef Němec está encendido y el volcán entra en erupción. Němec la obliga a hablar en checo.

«¡Habla checo! Este país tiene una gran misión y nosotros un gran deber: avanzar sin tregua y vencer la ruindad. ¡El eslavo se alzará! ¡Oh, dónde estaría nuestra patria si siempre se hablara la lengua materna! ¡Escúchame bien, eres checa!»

Josef Němec tira de la mesa papeles, libros, revistas. Páginas y páginas de anotaciones, palabras, letras, un diccionario. Su propio diccionario. Božena Němcová, embarazada, sonríe. Se levanta de la mesa, se sacude la falda arrugada y con volumen. Alrededor hay ropa mojada tendida que le roza su caldeada frente. Empieza a recoger los papeles, libros y revistas desparramados. Levanta el libro de Goethe y lo limpia.

«¿Y eso dónde está escrito?»

«¡Te lo digo yo!»

Božena Němcová se dirige al fogón. Tiene la sensación de ser, cada vez más, un juguete del carácter narcisista de su esposo, que sólo gira en torno a sí mismo.

Y al final ninguna de aquellas mujeres mantiene su amistad con Božena Němcová. La pasión inicial siempre se cruza con algún tipo

de ruptura. Al principio, las mujeres asoman sus curiosas naricitas. Luego son presas del pánico y se vuelven a resguardar, ofendidas, en el siglo que les tocó en suerte. Lo que más miedo les da es que Božena Němcová se lleve a sus hombres; temen la sobredosis de intensidad, apertura, sexualidad, sinceridad, autenticidad. En eso no cambia. No coquetea con la libertad y la independencia. Es libre e independiente.

Las patriotas temen por sus maridos; como si su protagonismo como esposas sólo estuviera en período de prueba. *Es* un tiempo de prueba. Pueden ser despedidas porque, entre bastidores, ya hay sustitutas más jóvenes esperando y la fidelidad del esposo es de porcelana. Saborean su indignación sobre todo en un círculo femenino «de emancipación».

«Formaba parte del ajuar recibido de nuestros padres el piano, que, a diferencia de lo demás, llegó a tiempo. Asimismo, nuestra nueva habitación de recepción es muy bonita y acogedora, con agradables muebles de herraje de bronce chapado en oro. También hay sillas tapizadas y livianas. Una parte del regalo de mi familia hace juego con las nuevas piezas y sus decoraciones orientales. También me han regalado una bonita vitrina de cristal, donde exponemos nuestra bonita porcelana, copas y también los objetos que nos regalan nuestros amigos artistas empobrecidos. En una pared cuelga un cuadro de Hans Makart y Friedrich von Amerling y, en otra, un retrato de Antonín Machek, me encanta ese cuadro que domina toda la pared. Se vive a gusto en este piso y mi dormitorio situado al otro lado de la casa es bonito y mi marido tiene un bonito despacho en la planta baja. Sólo que resulta difícil encontrar una ama de llaves. Tenemos mala suerte. Ahora recibimos una visita tras

otra y no es fácil ocuparse de una casa repleta de invitados, tal y como estábamos acostumbrados con mi marido en nuestro hogar anterior, que también era muy bonito y así, simplemente...»

Božena Němcová no encuentra apoyo. No encuentra a un lector experimentado, a un amigo. No encuentra la flor en el fango; la unión de una mujer excepcional con un hombre extraordinario. No da con un mecenas generoso y de confianza. Muchos artistas no habrían sobrevivido sin los mecenas, el poeta praguense y austríaco Rainer Maria Rilke se convertirá en el futuro y para toda la eternidad en el símbolo, ejemplo y gran triunfador en el noble arte manipulador de conseguir nuevos mecenas. Al final de su vida exige para sí el chalet Muzot en Suiza, no lejos de la ciudad de Leuk, y cuando su ama de llaves tropieza en la escalera y se abre gravemente la cabeza, el poeta se asusta y teme por su almuerzo. Los escritores suelen tener sus mecenas, suelen habitar en los castillos de las nobles. Y no sólo vive así Rainer Maria Rilke. Nunca las escritoras.

Viena es la capital de Božena Němcová, el sueño de muchos artistas, sobre todo de los músicos. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien*. La ciudad imperial es el centro musical de Europa y los príncipes Franz Josef Lobkowitz y Karl von Lichnowsky respaldan a Ludwig van Beethoven para que pueda componer. Božena Němcová es un Ludwig van Beethoven con faldas y nadie quiere leer sus notas.

Pero una vez en su vida la joven Božena Němcová también sucumbe a la ilusión de ser apoyada por un rico mecenas. La invita a una residencia en el campo un benemérito científico profesional y escritor patriota aficionado, que finge no ser apreciado. Ostenta un título de nobleza. Oye mal del oído derecho y la casa está rodeada de coloridas franjas de flores, de bosque, de césped y de unas enormes plantaciones de verduras que garantizan salud al cuerpo de la autora. Božena Němcová ni respira de la excitación por los honores recibidos.

La recibe una fuerza de trabajo a la que, en el futuro, se la llamará secretaria o asistente; tan flaca es que ni siquiera con el calor del verano proyecta sombra. Su rostro son dos perfiles unidos. Ojos azules punzantes, nariz puntiaguda, boca sin labios. Lleva trabajando veinte años para el científico. Prepara a Božena Němcová para la reunión y esperan en un pequeño salón recargado de cómodas. Sobre los muebles hay cuadros enmarcados, retratos, bustos del señor de la casa. Božena Němcová pasa de un cuadro a otro, lee las dedicatorias personales y los nombres de famosos escultores y pintores. Se trata de una colección sobre la fama perpetua; no, estoy confundiéndome, no son retratos sobre la fama, son retratos acerca de la *inmortalidad*. Tampoco falta una antigua miniatura con la dedicatoria de Johann Wolfgang Goethe. El científico mantiene contactos con el mundo, aunque no habla de eso. Otro círculo hermético más de gente poderosa. Y en su casa hacerle mimos al patriotismo es un rasgo de carácter, una prueba de coraje.

«No se ponga nerviosa. Si usted lo desea, opóngase. Pero ante todo: ¡nada de ponerse a llorar!»

La joven Božena Němcová no entiende las instrucciones y espera otro consejo con impaciencia.

«No vaya sola al invernadero con él si no quiere que la pellizque en... el trasero.»

Esa es la única actividad sexual del científico. La *cuentista* principiante ha sido advertida. La secretaria mira por la ventana y no mueve ni una pestaña. Aunque Božena Němcová no quiere interrumpir el silencio, siente mucha curiosidad.

«¿Puedo preguntar algo?»

«Por supuesto.»

«¿Usted es quien transcribe los manuscritos del Maestro?»

La mujer delgada asiente.

«De modo que es con certeza usted la primera en leerlos.»

La mujer se pone roja y asiente sin más.

«¿Cómo es?»

«Redacta su cuota diaria y cuando el capítulo está terminado, me lo entrega por la noche. Quiere verlo transcrito antes de continuar o hacer las últimas correcciones. Cada sílaba es importante para él. A veces me paso la noche entera transcribiendo.»

«Qué vida tan preciosa tiene usted.»

Tras una larga pausa suena una voz cansada que dice con sequedad.

«Quizá. Sería aún más maravilloso si, a lo largo de estos veinte años, me hubiera dado al menos una vez las gracias.»

Un criado abre las puertas del despacho. De espaldas a ella, junto a la mesa, hay un hombre alto sentado y vestido a la antigua. Lleva una chaqueta color lavanda y una corbata. No se molesta en

levantarse y darle la bienvenida. Su cabeza gira y constata con decepción.

«No ha venido su marido.»

«Ha vuelto a Praga hace poco. Lleva mucho tiempo sin ver a sus hijos.»

«Ha priorizado a sus hijos antes que a mí. Grave error. A los niños los volverá a ver muchas veces más. Pero, ahora, centrémonos en usted.»

El hombre se levanta, gira la silla en dirección a Božena Němcová y vuelve a sentarse.

«He oído que usted escribe. Y que debería leer algo de usted, recomendarla, pagarle. Eso no lo hago nunca. El tiempo es dinero. Pero soy un viejo curioso. No pierdo tiempo con el irresponsable garabateo de los demás.»

El viejo aspira aire, se está quedando sin su corto aliento. La voz de Božena Němcová interrumpe la pausa.

«No pretendo robar su tiempo. Yo me tomo la escritura realmente en serio y...»

El viejo la mira y abre la palma de su mano detrás de la oreja para oír mejor.

«¿Y tiene ya alguna remuneración?»

«De momento no.»

La mano le ofrece asiento. Božena Němcová se sienta. Lo mira con atención. Es una cabeza majestuosa. Blanca. Todavía conserva todo el pelo, aun cuando se transparentan ya algunas zonas. Y un par de ojos fríos y una boca sin labios, al igual que la secretaria. Reina el silencio y Božena Němcová piensa en vano con qué romper

la capa de hielo. Mira hacia el escritorio. La mano de él hace un gesto de incitación.

«Acérquese. ¿Qué ve?»

Los ojos son atraídos por una mesa impecablemente dispuesta. Al autor le gustan el método y el orden. El tintero, las plumas de oca a la antigua usanza, cartas ordenadas de forma minuciosa, varios libros, la tablilla para escribir y un papel con números.

«¿Nada?»

«No sé, yo...»

«Aquí.»

«¿Cuentas?»

«Mis ingresos de este año. ¿Qué le parece?»

«Que ha ganado usted mucho.»

El científico la mira divertido.

«¿Cree usted que a mi edad tendría tiempo para dedicarme a otras cosas?»

«Sé que usted no ha oído mi nombre hasta ahora. Pero no sé expresar lo entusiasmada que estoy con sus libros. Si usted leyera algo mío, tal vez usted... Porque su recomendación...»

La cabeza blanca no la deja hablar hasta el amargo final.

«No todo el mundo puede escribir.»

La audiencia inaugural ha llegado a su fin. Božena Němcová siente un vacío en su cabeza. Le habían prometido que el famoso hombre la ayudaría financieramente. La Barbora Panklová que hay en ella está a punto de echarse a llorar y piensa en la regla básica: «nada de ponerse a llorar». Se le ocurre una idea salvadora. Le pregunta al Maestro por los viejos buenos tiempos. El Maestro los va recordando

con entusiasmo y florece como un cactus. Luego, intenta fingir interés.

«¿No escribe usted obras teatrales?»

«No. De momento, yo...»

«Le voy a decir algo. No lea a Sófocles. Nunca me ha gustado Sófocles. No tiene sentido del humor. Eurípides sí, ¡ese sí que era un hombre!»

Tanto Barbora Panklová como Božena Němcová están confundidas.

«¿Alguien puede explicarme por qué Edipo se conmocionó al salir a la luz que se había casado con su propia madre? Si eso debería haber profundizado aún más su afecto.»

Božena Němcová está perdida y no dice nada. Todo lo que dice aburre al Maestro y a él le gusta provocar. No tiene tiempo para perder tiempo. Los ojos color verde oscuro de Božena Němcová vigilan las agujas del reloj rococó. En su mente suena el tictac preventivo de la secretaria.

«No canse en exceso al anciano. Y no se quede con él más de una hora. De lo contrario, se convertirá, de un minuto a otro, en un verdadero gruñón.»

Božena Němcová se levanta. Quiere marcharse. El Maestro levanta la mirada con sorpresa.

«¿Ya se marcha?»

Božena Němcová vuelve a sentarse. «¿Desea usted que me quede?»

El Maestro sopesa las opciones y piensa en voz alta. «No. Me gusta cuando la gente se va.»

Božena Němcová se dispone a marcharse. El cuerpo del Maestro decide e inesperadamente se le une: se levanta y toma su sombrero. «Le voy a enseñar el jardín.»

Recoge su bastón en el vestíbulo aunque no lo necesita. Barbora Panklová intenta hacerle un cumplido. Halaga su estado de salud.

«Me encuentro bien. Y mi plan es estar mejor todavía. Voy a vivir hasta los cien años.»

El jardín es enorme. Las frutas y verduras están madurando. Pasan a lo largo de un plantío con vainas de guisantes que se balancean con la brisa del verano. Božena Němcová piensa en la mano del jardinero que metió en la de Betty Panklová un embrión de planta que nunca ha visto florecer. La sobrecoge el deseo de arrancar un guisante verde de esa vaina madura que es su escondite.

«¿Puedo arrancar uno?»

«No.»

La voz del Maestro responde con severidad y el cuerpo sigue avanzando. Se detiene frente a una caseta de madera. Parece un pequeño gallinero. Hay dos escalones pequeños que conducen a la puerta.

«Me hice construir un estudio. Aquí he escrito mis libros a lo largo de estos últimos años. Vengo cada mañana a las ocho y escribo hasta la una. Entre, si lo desea.»

Božena Němcová se para con reverencia en un espacio en el que cabe una silla y una mesa bajo la ventana. Se siente como en una iglesia. Dos pequeñas ventanas. Nada más. La mesa está meticulosamente dispuesta y la lámpara proyecta su estampado sobre ella. Regresan lentamente a la casa. Barbora Panklová y

Božena Němcová se despiden. Y el Maestro se olvida de ellas en cuestión de segundos. No es un hombre flor en el fango. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller observa detenidamente los cuerpos descuidados que, de un minuto a otro, se enriquecieron gracias al petróleo. Su rostro cuenta con dos expresiones. Una severa y la otra más severa aún. En su opinión, la gente con los pulmones llenos de humo y los hígados reventados por la bebida no debería enriquecerse. Sus botas brillantes van dejando manchas negras en burdeles, casas de juego, bares de mala muerte. Sus perezosas nalgas se dejan caer pesadamente sobre sillas desvencijadas, delante de platos rebosantes. Las manos desabrochan la bragueta en la que se apretujan las barrigas hartas de comer y agarran la cuchara. No conocen los cubiertos. Se pasan la noche entera jugando a las cartas en cuchitriles improvisados. Los estrechos ojos vagan por las tascas de mala muerte como esperando a que uno de los jugadores de naipes saque un revólver y mate a su compañero. John D. Rockefeller está asqueado hasta el tuétano y se le ve decepcionado. Aún titubea.

En uno de sus breves ataques de ira, una oleada de sanguínea autocompasión y desesperación autoflagelante, Alfred de Musset arroja una frase sencilla al corazón de George Sand, una frase que legitima la quema de mujeres en las hogueras por brujas.

«No estás bien de la cabeza.»

Le reprocha aquello que, durante tantos años, le atraía de ella, lo que siempre le había fascinado. Que es diferente, independiente,

valiente. Hurga en el cubo de la basura de las palabras, saca una frase podrida entre la escoria y le enrostra un argumento precioso.

«En nada eres como las demás mujeres. No estás bien de la cabeza.»

«Porque no quiero marchar en un ejército de esclavos.»

«No estás bien de la cabeza.»

«Porque pongo en tela de juicio la absurda y artificial idea masculina de lo que es normal y no para el cuerpo de la mujer.»

«No estás bien de la cabeza. ¡Eres una harpía!»

Alfred de Musset se tira a dormir después de la discusión y se calma. Regresa de noche y entra en el dormitorio de ella. Repite la misma frase, esta vez con ternura. Se acerca a ella. Con un solo movimiento le quita la bata de seda hasta la cintura. George Sand cruza los brazos sobre los pechos y le clava en los ojos una mirada iracunda. La dulce reconciliación no tiene lugar. La toma de la muñeca, le cruza los brazos hasta la espalda, la besa en sus labios cerrados. George Sand se queda inmóvil, pero siente curiosidad. Alfred de Musset recoge la marioneta y la lanza con furia sobre la cama. Ella lo escupe. Alfred de Musset cae sobre el cuerpo de ella.

Se ofende cuando George Sand lo echa del dormitorio y le queda un arañazo de dragón en la mejilla. La Criada Checa aplica sobre la herida del amo una venda con vinagre y Alfred de Musset se descarga de Madame regodeándose con la superioridad masculina. Su frase pertenece al diccionario de lugares comunes escrito en secreto por Gustave Flaubert.

«Cabello espeso, poco seso.»

Božena Němcová no ignora, desde luego, que para la igualdad de géneros es importante la igualdad en la educación y la formación, no limitar el rol de una persona en la vida al de una buena esposa o una ama de casa eficiente. Esos papeles los interpreta bien Barbora Panklová. Pero sigue sin participar de los pasos prácticos hacia la emancipación femenina. No se involucra en los eventos de salón, no da formación, no da clases en el instituto femenino. No se ocupa de la educación de las checas.

El movimiento por la emancipación de la mujer se apoya no sólo en la idea de la libre realización del destino femenino en el amor, sino principalmente en la idea más antigua del autocontrol y abnegación de la mujer *en nombre del amor*. Božena Němcová está esencialmente cerca de la primera; la religión del amor. Por el contrario, a las mujeres que rodean a su singular amiga Karolina Světlá, de casada Mužáková, de soltera Rottová, las atrae más la segunda. Světlá funda la Asociación Femenina de Manufactura Checa y organiza el sistema educativo checo en la región de Liberec. Las amigas terminan de distanciarse del todo.

Los cuerpos femeninos de su época llevan grabada en la piel la vida al lado de su marido como única opción y ni en sueños (aunque allí puede que sí) se les ocurre que pueda existir una alternativa: su propia profesión y la independencia económica. No existe la formación, existe el adiestramiento de las esposas obedientes; la meta de la formación es el matrimonio. Las mujeres solteras no tienen derecho a una vida independiente y tampoco están preparadas para ejercer una profesión. Si fallece su esposo, las mujeres carecen de bienes y quedan perdidas si no se vuelven a casar, y eso las aterra. El sistema es una trampa. El matrimonio es

un destino para toda la vida. Tienen que desarrollar las cualidades que las unan a los hombres. Lo importante es la belleza física que complace al ojo del hombre, el plato caliente que complace a *su* estómago, el piso limpio que complace a *su* cuerpo; comodidad, amabilidad, sumisión. No hay nada de malo en eso, siempre y cuando haya también espacio para las personas que no desean vivir así. Cuando algunos cuerpos consiguen tener una vida independiente, las más indignadas son, sobre todo, las otras mujeres. Igual que los esclavos negros a los que otro esclavo libre les ofrece quitarles las cadenas de hierro. Lanzan un escupitajo y se vuelven a colocar los grilletes con rapidez.

«Mierda, ¿qué clase de negro es este?»

Mierda, ¿qué clase de mujer es esta? Piensan las personas en su rol de esposas al ver, a través de cortinas de encaje almidonado, a Božena Němcová esquivando con cuidado la nieve medio derretida y los charcos en las calles de Praga, mientras lleva en su pañuelo el regalo de las «amigas», seis patatas germinadas y arrugadas. Se la puede ver a través de la ventana empañada cruzando la calle desde la acera de enfrente. Camina erguida, camina con rigidez, pero con la mirada clavada en el pañuelo. No le quita el ojo de encima al tesoro. Lleva las patatas germinadas con el mismo cuidado con que John D. Rockefeller trasladaba en su gorra los frágiles huevos de pavo. A los que también les había puesto nombres.

Es cierto que los ojos de pájaro de John D. Rockefeller pueden ver hacia los lados y observar con especial atención el mundo en el que van a invertir. Ancianas de rostro severo, caderas anchas y una boa

violeta alrededor del cuello juegan en antros con cartas expuestas en una gran mesa de juego. Fuman cigarrillos en largas boquillas. Unos holgazanes mugrientos parecen estar cansados, tal vez de tanto emitir cheques. Los ojos de pájaro no se concentran sólo en los cuerpos de los hombres. Necesitan ver el trasfondo, entender dónde está la flaqueza, dónde el punto débil. Contra cada persona se puede abrir un expediente, a cualquiera se lo puede asustar, hacer que se sienta inseguro y chantajearlo. Sus espías pagados como reyes son cada vez más numerosos y van preguntando por ahí como si nada.

Se entrometen en las mesas de tahúres con pelo grasiento, sin cortar y lleno de caspa. Hablan en voz alta y con confianza a los borrachines de aguardiente, buenas, gente, y piden de forma amistosa otra ronda de whisky sin agua y sin hielo para ellos. La caspa nieva sobre las mesas y el aguardiente desata las lenguas. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand quita de su anillo de dragón la sangre del rostro de Alfred de Musset y piensa en toda esa escena, a solas, en el salón violeta. Entiende que no se trata de una broma ni de una cuestión de amor. Es una cuestión de dominio y poder. El abuso sexual siempre es un problema de dominio y poder. El hombre necesita la autoafirmación, la sensación de superioridad; tiene un problema de autoestima. Debe competir, debe demostrar que es «alguien». George Sand confía sus pensamientos a Marie d'Agoult.

«Cuando todo lo demás falla, ellos están siempre en mejor posición, a los hombres siempre les queda otro camino. Herir a

alguien a nivel físico o emocional. Tienen esposas e hijos y pueden disponer como les plazca de esa propiedad. Una violación no tiene nada que ver con el sexo y el abuso infantil no tiene nada que ver con la pedofilia. El hombre se siente fuerte cuando experimenta la sensación de poder, cuando tiene a alguien débil a su merced. El propio anhelo de poder es una enfermedad. Es un tema básico. En las familias. En las relaciones.»

Incluso en los ámbitos de trabajo y en las empresas. El deseo de poder es la base de la arrogancia y la altanería, la base de toda violencia. George Sand se equivoca en una cosa. No suele haber diferencias entre hombres y mujeres en lo que hace a la conducta de individuos acomplejados. Las mujeres están en desventaja frente a los hombres a nivel físico. Pero siempre son más fuertes, por ejemplo, en relación a un bebé. Por eso mismo entendemos la literatura de la antigüedad. Nada en la conducta humana ha cambiado ni cambiará. Si hubiera cambiado, no entenderíamos a Sófocles ni a Homero. El problema del mundo es la naturaleza humana.

Vigésima quinta parada ferroviaria

El pelo

La esperanza existe, incluso en el siglo XIX brilla un faro. Un sostén, un lector experimentado, un mecenas, un amigo, un compañero, un socio, un destinatario de ideas abierto y receptivo. Un hombre flor en el fango.

Božena Němcová es y no es una idealista ingenua. La vida sin un hombre constituye para una mujer un doble estigma de inferioridad. Ella ha tenido y aún sigue teniendo la imagen soñada de un hombre en su futuro. Hay gente así en este planeta, no es una quimera. El hombre flor en el fango es la solución para las mujeres extraordinarias e inteligentes del siglo XIX. Incluso para aquellas que cuentan con seguridad financiera. En Londres vive un señor que se llama George Henry Lewes. A quien no hay que explicarle ni demostrarle que una mujer es un ser humano. No se cruzará con Božena Němcová.

Las botellas vacías se estrellan contra el suelo y los vasos mugrientos se vuelven a llenar. Entre botella y botella, los espías de Rockefeller se enteran de ciertos detalles de las familias; los cuerpos de los nuevos ricos del petróleo llevan al altar a prostitutas la

mayoría de las veces, es cómodo, no hay que dar tantos rodeos e inútiles declaraciones románticas.

Al cabo de un tiempo, las putas se aburren del rol de señoras de bien; no es de extrañar, ahora sólo tienen a su cargo y en la cama cada noche a un solo hombre pesado, borracho la mayor parte del tiempo. Por puro aburrimiento, se ponen dientes de oro, engordan con cada largo almuerzo de varios platos, encargan en Europa costosos vestidos de noche, intentan atraer a algún cocinero francés, compran alfombras persas tupidas y preciadas hebras de césped verde. Los criados ponen la mesa con fina porcelana Wedgwood y sacan brillo a los cubiertos de plata gregorianos. Apilan las alfombras persas; símbolo del lujo y la excepcionalidad. Las alfombras persas son animales exóticos domesticados que descansan como felpudos bajo los umbrales de casas espaciosas.

Compiten entre sí para ver quién tiene más. Aparte de criadas, servicio de limpieza, cocineras, lavanderas también pagan a unas peluqueras domésticas para que, cada mañana, les hagan altos peinados diestramente trenzados con diademas. Pero las espesas alfombras de césped inglés importado se van secando poco a poco en las cercanías de los pozos petrolíferos, los tallos se vuelven amarillos, desaparecen. Traen jardineros de Inglaterra.

«Pero en Inglaterra el césped se corta, tradicionalmente, de forma uniforme, grueso y verde. ¿Aquí los cuidan igual que en su casa?»

«Sí. Cada día.»

«Entonces, ¿por qué demonios no tiene el mismo aspecto? ¿Cuánto más se van a demorar?»

«Lo llevamos haciendo del mismo modo cada día desde hace quinientos años.»

Los jardineros traídos de Inglaterra cuidan cada tallo en particular y sus ingresos superan a los de los miembros de la familia real de su patria. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand suelta su espeso pelo, llama a la Criada Checa al salón violeta y le entrega unas tijeras grandes. La Criada Checa ha adelgazado visiblemente durante su servidumbre en casa de Madame, le tiemblan sus manos huesudas y su suave barbilla.

«Yo no soy peluquera.»

«Corta.»

La Criada Checa corta un largo mechón de pelo negro y pesado. Sostiene en su mano una coleta y no sabe dónde ponerla. Madame extiende sobre la mesita de maquillaje un pañuelo azul marino de seda, la criada va poniendo mecha tras mecha sobre él, alisa cada mecha con cariño. Corta en el crepúsculo la espesa y rica cascada de su señora con lágrimas de impotencia en los ojos.

George Sand ata con firmeza las mechas envueltas en el pañuelo de color azul marino y garabatea un mensaje. La carta secreta debe ser entregada al alba a Alfred de Musset.

Antes de llevarle al señor ese saludo que es blando al tacto, la Criada Checa desata en secreto el nudo del pañuelo azul marino en la buhardilla de la casa parisina. En el cuarto para criadas separa con cuidado cuatro cabellos negros, los tensa como las cuerdas de una guitarra y los esconde en una biblia. Acaricia la mecha de cabellos largos que carecen de cuerpo y llora la muerte de su señora. El cabello está atado con un lazo color violeta, detrás del cual va metida una breve carta amarilla. Entrega con lealtad el mensaje al amanecer.

«A un hombre del montón, de parte de una mujer anormal. Corto el pelo, mucho seso.»

El pelo largo no sólo es símbolo de la belleza femenina, sino también de una posición social más alta, riqueza, libertad, fuerza. El pelo corto es un símbolo de sumisión, vasallaje, obediencia, esclavitud, criminalidad.

Un símbolo de vida.

Al final de su obstinada vida, John D. Rockefeller, cae enfermo de una afección misteriosa. Se le cae el pelo. Pierde las cejas, las pestañas, la barba y el vello.

El pelo es la única riqueza de la que dispone Božena Němcová. Por lo demás está flaca, tiene mal aspecto. Tiene los ojos de color verde oscuro hundidos como un pozo. Se arranca varias canas y se sienta junto al escritorio. Hasta su muerte, nunca dejará de llevar consigo un mechón de pelo de su fallecido hijo Hynek. Su hija Dora cortará un mechón de pelo de Božena al morir su madre. El pelo conserva el ADN de las almas desaparecidas. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Božena Němcová tiene el pelo largo floreciente y no le ha sido concedido el deseo de conocer la flor en el fango. Ni un solo ejemplar. Le falta el apoyo que sí tendrá Mary Anne Evans. El culto crítico literario George Henry Lewes es gerente, redactor, asistente, un elemento de inspiración. Como agradecimiento a él, Mary Anne Evans opta por un seudónimo literario. Un juego onomatopéyico como agradecimiento a un amigo al que tanto le debe. Se lo debo a L.

EL I Owe iT. ELIOT.

George Henry Lewes viaja, escribe libros sobre Charles Darwin y Johann Wolfgang Goethe, mantiene fluidos contactos internacionales, tiene mucho mundo y aprecia muchísimo las ideas *de ella*. Entiende con quién tiene el honor de tratar y no tiene miedo de su rivalidad. Admite que George Eliot es mucho más lista que él y no se siente amenazado.

«Eres una mujer extraordinaria, una intelectual de nivel europeo.»

Mary Anne Evans no le cree mucho, George Eliot sí. George Henry Lewes decide apoyarla, no humillarla ni castigarla por su talento. No la percibe como un espejo en el que corroborar su propia grandeza y superioridad. La lleva con él a Europa continental. Entiende las diferencias de género, entiende los márgenes en los que las mujeres tienen que moverse. Pero no la compadece y le dice sin tapujos que puede disponer desde el primer momento de las condiciones de un hombre: no tener hijos, no ser molestada por el entorno familiar, no ser agobiada por el cuidado del hogar pero sí apoyada por una pareja que la admira. Dice que la genialidad literaria es posible gracias a un alma andrógina con una parte masculina y otra femenina.

«Puedes ser independiente a nivel financiero.»

La transformación es perfecta. Mary Anne Evans se llama George Eliot y se concentra en su talento. Lo cuida haciendo uso de toda su emotividad y sensibilidad, además de su fría razón. Le desearía (no sólo) a Božena Němcová que su talento hubiera gozado de, al menos, una centésima parte de esas circunstancias.

Los barriles de petróleo atraviesan tierras salvajes. Los cocheros hacen sonar los látigos por encima de las cabezas y los carros

avanzan en sacudidas por caminos fangosos. Avanzan entre enormes mansiones con torreones neogóticos y alfombras persas en lugar de felpudos, y se dirigen a la estación de tren más cercana. De los barriles rotos se va filtrando por el camino sangre de chocolate que mancha la carretera resbaladiza y ennegrecida hasta unas vías de tren bordeadas por cadáveres de caballos exhaustos con los ojos desorbitados.

Los cuerpos han sucumbido a los golpes de látigo y los está devorando el petróleo.

La mirada exploradora de los estrechos ojos de pájaro de John D. Rockefeller se traslada de los casinos, bares, burdeles, putas, caballos muertos y cuerpos sudados de cocheros que trabajan en exceso hasta la estación de tren. Se abstrae en sus pensamientos junto a la fila de vagones.

La Criada Checa tiene ahora una sensación de superioridad. Antes del alba se lava el pelo, lo mima, lo ata con fuerza en un moño y lo alisa encima de la frente. Oculta el moño debajo de un gorro blanco y toma el paquete sedoso de color azul marino. Primero va corriendo al mercado, los ojos que no han dormido muy abiertos, los labios pálidos y apretados, no puede esperar más. Las demás sirvientas, criadas y ayudantes de cocina la esperan en un grupito impaciente cotorreando vivamente sobre sus anchas cestas de compra de mimbre. Las redactoras de la prensa rosa saben encontrar cada mañana su momento. Su tiempo no es dinero, su tiempo es trabajo duro sin descanso. Los primeros rayos matutinos esperan con ansia los cotilleos de las casas pervertidas y las penumbras de los

dormitorios. Los de Madame están entre las piezas más jugosas. De forma unánime sacan los trapitos al sol de los señores y de las educadoras. De forma unánime expresan compasión por la Criada Checa y de forma unánime expresan compasión por los hombres que han pasado por el dormitorio y el despacho color violeta de la pródiga ama de dragones. Los vínculos de los amantes se rigen por reglas parisinas, que George Sand también rompe.

La Criada Checa llega corriendo. Las mujeres se juntan alrededor de ella con curiosidad. Saca del corpiño el paquete de seda azul marino destinado a Alfred de Musset. Desenvuelve la coleta de cabellos largos, negros. Un torrente de palabras impetuosas brota de su pecho. Su cuerpo no logra recuperar el aliento y los atentos oídos que la rodean captan palabras como cabello, loca. Y la frase que la Criada Checa repite a manera de estribillo.

«Ella no- no- no- no está... no está bien de la cabeza.»

Las mujeres tocan el tesoro con incredulidad, se persignan y asienten de forma unánime. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El siguiente parto de Božena Němcová es difícil, complicado, largo.

«¡Ahora no respire y empuje!»

El carraspeo de la parturienta se transforma en aullidos y rebuznos. Su cara está llena de sudor. Sus ojos están llenos de lágrimas. Sobre las sábanas blancas se derrama la sangre.

«¿Un muchacho?»

«Un muchacho.»

«¿Y la parturienta?»

«Ha perdido mucha sangre.»

«Pero por lo demás está bien, ¿no?»

Božena Němcová quiere levantarse después de dar a luz, pero le llegan las fiebres posparto que han matado a tantas mujeres en el siglo XIX, porque nadie cree al médico vienés Ignác Filip Semmelweis cuando dice que esa enfermedad podría ser causada por los mismos médicos y sus manos no lavadas. Se niegan a admitir que son los transmisores de la infección. Y eso que a los nacimientos acuden hasta los estudiantes de medicina del hospital en el que Ignác Filip Semmelweis atiende partos, a veces, directamente, desde la sala de autopsias.

Božena Němcová tiene una erupción en el cuerpo y las heridas están empezando a supurar. La sangre de chocolate está envenenada. Llega un hombre con un maletín médico y echa a todo el mundo. Mide el pulso de Božena Němcová, le toma la presión. Dos mujeres llevan una pequeña bañera a la habitación. Una de ellas cierra la puerta, la otra despliega unas limpias sábanas blancas.

La dan por muerta pero la voluntad de vivir prevalece y Božena Němcová sabe cómo activarla. Tiene los pezones inflamados pero se obliga a superar el dolor y dar de mamar. Alimenta al bebé con leche y el bebé la alimenta con voluntad de vivir, con esa fuerza inexplorada de la maternidad. Cuando se levanta de la cama y se mira al espejo, por poco vuelve a desmayarse. Ha perdido casi todo el pelo. Consecuencia del parto. Consecuencia de un acto heroico.

George Sand se hace retratar esta vez para llamar la atención sobre un escandaloso detalle que falta: su cabeza sin cabello largo. Es su

amigo Eugène Delacroix quien pinta el cuadro; mezcla el color negro para el cabello que le falta en la cabeza y el color es espeso como chocolate amargo. El pintor se inquieta cada vez que alguien se sienta sin moverse frente a él y sin querer cobrar por eso. Porque cuando se entusiasma suele olvidarse de que el modelo lleva posando mucho tiempo rígido, entumecido.

George Sand llega y no se queda más que una hora. El pintor conoce al detalle su rostro, ya no necesita verlo. George Sand posa sentada, tierna, elegante, con la espalda recta, firme como una estatua. Sus ojos grandes, aterciopelados, ofrecen una mirada provocadora.

«Es usted el único al que le permito que me pinte así.»

Algunas modelos del pintor se irritan y dicen que en el cuadro parecen tener varios años más, protestan porque, en realidad, no son así en absoluto. George Sand es una excepción. Incluso lo tranquiliza.

«No pasa nada si parezco mayor de lo que soy. Algún día, de todos modos, tendré ese aspecto.»

El pincel es preciso, la voz despiadada. El pintor está insatisfecho, extraña el cabello de ella.

«Qué tontería. Qué chiquillada.»

«Yo soy como usted. Como persona adoro la razón, pero como artista odio lo racional.»

«Lo que usted quiere es provocar. No pierda tiempo con los hombres. ¡Su deber es escribir! Cuántas veces se lo tengo que repetir. Si el mayor triunfo de los escritores es hacer pensar a aquellos que son capaces de hacerlo. La verdad se le revela al genio, por eso un genio siempre está solo.»

«No estoy sola. Usted, sí. No tiene enemigos y sus amigos no lo soportan.»

Una arrepentida de pelo corto, chaleco oscuro, pañuelo de seda. Con un semblante de ensoñación. Está pálida. Sus ojos se llenan de lágrimas de satisfacción y miran hacia algún punto en lo alto.

Es un año emocionalmente agotador.

Vigésima sexta parada ferroviaria

Pétalos de flor en el fango

El hombre flor en el fango es el jefe de estación del esperanzador tren del siglo XIX, a pesar de que, aquí y allá, se escucha que el tren no conduce a ninguna parte y que el hecho de que las mujeres se suban a él está en contradicción con *el orden natural de las cosas*. Un hombre flor en el fango es el crítico literario George Henry Lewes, un hombre flor en el fango es Thomas Higginson. Trabaja en la revista estadounidense literaria y cultural *The Atlantic Monthly* y apoya a los jóvenes talentos.

Božena Němcová no es joven, está gravemente enferma y Thomas Higginson mantiene una intensa correspondencia con Emily Dickinson. Entiende con sensatez que la dama de blanco no necesita ningún profesor ni sabio consejero, necesita que la escuchen y confirmar esa voz que, mediante un hechizo, ha convertido en poemas escritos en medio de una soledad absoluta. Guarda sus poemas bajo llave en un cajón de su casa y los organiza en series. Se siente como una enterrada en vida en la casa de su padre. No le reprocha nada a nadie. Tampoco puede, es su propia voluntad. Pero me pregunto cuánto tiempo se pueden escribir poemas que nadie lee durante años. Emily Dickinson necesita unos ojos lectores que,

en silencio, participen de la escritura. Le escribe una carta a Thomas Higginson, que comprende y actúa.

Un defensor del talento, un lector experimentado, un amigo, un socio, un compañero.

También es un hombre flor en el fango el escritor y crítico alemán Levin Schücking. Tiene seis años más que Božena Němcová. O no. Desde luego es diecisiete años más joven que su colega alemana Annette von Droste-Hülshoff. Le suministra el valor necesario; él tiene de sobra y no escatima en su ofrenda. A cambio, ella por fin se permite escribir con libertad. Siente en su espalda el respeto de él como el viento en las velas de un barco; vive su etapa más prolífica el año en que muere Božena Němcová.

Se están colocando más traviesas a una vía nueva e inesperada. Unos solitarios cuerpos femeninos se suben al tren deseosos de escribir. Defensor del talento, lector experimentado, amigo, socio, compañero. También es un hombre flor en el fango el escritor y periodista Nándor Borostyáni, marido de la escritora Irma von Troll-Borostyáni, pionera de los derechos de la mujer, o sea, humanos. Viven en el mismo país que Božena Němcová, forman una pareja igualitaria y superan la vida a distancia; Nándor está en Budapest, Irma se queda en su ciudad natal, Salzburgo, por motivos de trabajo, en esa preciada ciudad que, en el siglo XXI, se convertirá en el bastión de Mozart y de visitantes chinos con dirndls de marca y caros, inundándola hasta tal punto que la ciudad deja de verse con tanto cuerpo de turista. Tras la muerte de su marido, a Irma y a su entorno les espera una sorpresa: él le ha gestionado una renta anual con la condición de que ella escriba. En el detallado testamento no aparece la frase para que ella escriba «para sí». Lo que el

testamento muestra entre líneas es un respeto que presenta sus saludos y dice, literalmente: para que la talentosa Irma pueda escribir concentrada y sin molestias.

Más y más traviesas en las nuevas e inesperadas vías. Cada vez hay más cuerpos de mujer con sangre de chocolate en el tren. Defensor del talento, lector experimentado, amigo, socio, compañero, un hombre flor en el fango es también el pastor y mecenas Cornelius Rudolph Vietor que proviene de Bremen. Johanna Spyri lleva años luchando contra la depresión y encuentra al introvertido pastor en Zúrich; sin él nunca se hubiera atrevido a publicar. Para una mujer del siglo XIX era, literalmente, una cuestión de vida o muerte tener la suerte de encontrar a una persona de carácter que no sufriera complejos de superioridad. Sigue siendo una cuestión de vida o muerte. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Hay lugares donde faltan las vías de tren. Hay lugares donde las vías de tren no faltan pero no dan abasto y la carga de oro negro es transportado a Pittsburgh en botes y barcos a vapor. Los botes viejos se vuelcan por el camino, se incendian. Regalan la preciada carga negra al agua; la negrura se extiende por la superficie del agua y el río contaminado de chocolate también arde.

El agua lleva el fuego en su negro regazo y avanza de prisa con la corriente. Las altas llamas lamen y se tragan los bajos puentes de madera. Y en las costas hay fábricas para procesar el petróleo, los vapores contaminan el aire y la leche se pone agria.

Los estrechos ojos de pájaro de John D. Rockefeller tienen, realmente, una eficiencia y capacidad extraordinarias. No sufren de la mentalidad bohemia, los deleites y la insuficiencia moral de los

buscadores de oro, los nuevos ricos y las putas. Los hace sufrir otro tipo de desorden. Su sufrimiento se llama la incalculabilidad del negocio.

George Sand recupera su antigua fuerza durante las polémicas, comentarios sarcásticos y humillantes discusiones sobre las heroínas literarias. Las maniobras de evasión no le quitan tanta energía en vano. Concede a los presentes una pausa dramática. La mano de dragón saca del bolsillo de una chaqueta de caballero un puro y lo prende con lentitud. La llena de satisfacción el asombro en los ojos sorprendidos y una voz extraordinariamente baja dice.

«Ahora, muchachos, prestad mucha atención.»

La boca exhala una bocanada de humo, cambia de tema y dirige la conversación en una dirección apasionada: ella misma. Una mujer necesita fuerzas para mantener una discusión enérgica y tiene que ser flor en el fango para sí misma; un cuerpo confiado y con una mente libre en el que no habite el hambre.

El hambre es la única y fiel amiga, socia y compañera de Božena Němcová. Muchos editores la tratan, incluso, como a una mano de obra de alquiler y uno de ellos se niega a pagarle su anticipo.

«El muy bruto cree que así como un zapatero puede coser zapatos con el estómago vacío, un escritor puede forjar del mismo modo una novela.»

En el siglo XXI otro bruto, el presidente del país de Božena Němcová, dice que los artistas no recibirán subvención financiera en tiempos de pandemia, inflación y guerra. Para él, cuanta más hambre tengan, más creativos van a ser. Es algo que todo el mundo

sabe. Y luego va con su canciller y sus mafiosos consejeros a cazar ciervos al coto de caza de Lány.

Vigésima séptima parada ferroviaria

Madre soltera

Están en guerra. La guerra se libra en campos de batalla incluso en tiempos de prosperidad, paz, fiestas y banquetes de mesas repletas. La guerra tiene lugar cada día. La guerra se llama la lucha por sobrevivir.

Las batallas por una vida digna tienen lugar cada hora, cada minuto, cada segundo. La guerra no tiene vencedores y es agotadora. Las batallas tienen lugar cada hora, cada minuto, cada segundo y se suceden entre sí como una cadena.

Los cuerpos de las madres solteras se alimentan hasta el hartazgo de las burlas ajenas, del desdén, de los ojos de sorpresa, de la humillación y de la ansiedad. Sus cuerpos trabajan hasta quedar exhaustos, cuidan y educan a sus hijos, lidian con varios empleos y no duermen; el sueño es un lujo que no se pueden permitir. Y nadie admira su falta de sueño.

La falta de sueño se admira en empresarios y políticos que sí pueden elegir. Ellos acumulan funciones alegremente y delegan a otros su trabajo, se echan una siesta en secreto y mienten en público; la expresión falta de sueño les gusta mucho porque, al fin y al cabo, el tiempo es dinero. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya.

Proclaman como un mérito propio la peligrosa, insidiosa y enfermiza falta de sueño. Lucen la expresión falta de sueño y en el siglo XXI la pulen para las cámaras de televisión: la falta de sueño es su medalla y un pasatiempo exigente. Luego bostezan con gracia y lanzan un guiño a las cámaras. El mundo está en manos de unos principiantes que no duermen.

Cuando el ferrocarril trae a John Rockefeller de vuelta a casa, tiene el aspecto de un capataz de un grupo de excavadores de petróleo. En cuestión de una hora ya está vestido de *smoking*, sentado en una cena de negocios que tiene lugar en un restaurante. Tiene aspecto de ser el dueño del establecimiento. Puede que lo sea. Muchísimo dinero, muchísima salud y el tiempo suficiente para aprovechar al máximo ambas cosas.

El reloj da la hora, el sol rojo se pone. John D. Rockefeller se pasa las noches sin dormir, da vueltas en la cama y suspira ante su fiel almohada. Esa noche hay luna llena, cosa que él no soporta. Se levanta y apunta hacia la amarillez esférica con su nuevo compañero: un revólver.

Abre su biblia al azar pero tampoco ahí encuentra respuesta ni alivio. John D. Rockefeller sufre y su sufrimiento es grande. Le pone nervioso la impredecibilidad del libre mercado. Le pone nervioso que, gracias al libre mercado, cualquiera pueda hacerse rico. No es eso lo que quiere, eso no le gusta, eso es lo que le molesta. Se lava los dientes mirando al espejo.

«Sólo yo debo hacerme más y más rico.»

Sólo él debería hacerse más rico. Habla con su almohada, busca consejos en la Biblia, recuerda a su madre, la escoba de abedul, el cuento de Otesánek.[1] Ahueca la almohada.

«No tengas miedo, de algún modo lo vamos a hacer.»

Toma la decisión de imponer un nuevo método, un nuevo orden por el que se regirán los trenes del mundo. Será sólo *su* religión. Eliminará el azar y suprimirá el riesgo. Ninguna gentuza, y mucho menos la de Europa, se entrometerá en sus negocios. A él le sabe bien el poder y nunca tiene suficiente. *Big Business*.

Pero sin competencia.

No utiliza la palabra competencia. En lugar de la palabra competencia dice enemigo. Jamás se le ocurriría alegrarse del éxito de un competidor. Y jamás se le ocurriría ayudar a alguien por solidaridad.

Hace gárgaras, orina, reza, apaga la luz y, con la cabeza en la almohada, espera en medio de la noche una iluminación.

Y la iluminación llega: unificará todas, todas, todas, todas las fases de la fabricación.

John D. Rockefeller por fin se queda dormido y las ojeras negras bajo sus estrechos ojos de pájaro empiezan a desvanecerse. Pero aún se ve a sí mismo en sus sueños; se baña desnudo en una piscina con petróleo, lleva puestos sólo unos mocasines negros, en torno a la piscina circulan unos cocheros azuzando a sus caballos vagos en el trasero, gritando algo. Las palabras no se entienden.

John D. Rockefeller se despierta todo sudado y se levanta.

Lleva sólo mocasines negros pulidos que avanzan, paso a paso, hacia su meta. La meta es igual de negra que ese petróleo de

chocolate, cuyas gotas van cayendo despacio detrás de él. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Božena Němcová está otra vez embarazada. Está acostada y se siente mal. Uno de los niños se le acomoda en el regazo y los brazos infantiles abrazan su abultada barriga. Luego, el niño gatea más cerca de su cabeza e intenta quitarle la mano del rostro pálido. Božena Němcová lo aprieta contra sí. El más pequeño se despierta en la cuna y, desde la cocina, se oye la envalentonada voz del señor Josef Němec, su mano pega un golpe en la mesa chirriante.

«¡Ya les enseñaremos nosotros cómo son las cosas!»

Božena Němcová se levanta, pone al niño en el suelo con cuidado y va a alimentar al bebé que llora en la cuna.

«¿Quiénes? ¿Nosotros cuatro? Bueno, ya pronto nosotros cinco, ¿no?»

«Los checos a los alemanes.»

Božena Němcová mira con sorpresa y hace una mueca. Está cansada y su cansancio está solo. Sostiene a un niño en los brazos mientras otro tira de su falda.

A su manera es una madre soltera. Ser madre soltera es también un tema de su época, sólo que aún no tiene nombre. Ser madre soltera es un tema de nuestra época y tampoco tiene nombre; se trata de una palabra engañosa porque bajo su paraguas se intentan meter a la fuerza también cuerpos de mujeres divorciados con seguridad económica, respondan o no los padres de sus hijos. Pero las auténticas madres solteras son una especie humana distinta.

Sobreviven en estado vegetativo en la periferia de la sociedad. Son empujadas más allá. Más allá. Y más allá. Hasta el mismo borde del abismo. Como si la sociedad pudiera contagiarse de su

desgracia. En el siglo XXI su aislamiento es todavía más profundo. Los tiempos son despiadados y qué pasa con quienes, en plena época de la digitalización, no tienen dinero para portátiles, teléfonos móviles, conexión a internet. La mayoría de las madres solteras está sin conexión. No existen.

Una madre soltera está sola con sus hijos, sin ningún tipo de apoyo ni ayuda de otra persona. Está completamente sola para todo.

George Sand no tiene esos problemas, los desconoce. Acaba su novela y se permite una corta pero intensa pausa.

Sus pausas siempre se llaman vida nocturna en París y visita a los círculos de debate para los que no le queda tiempo cuando escribe. Por las noches se sienta en los auditorios de teatro y varietés, rodeada por una muralla de admiradores en cuyas manos va dejando la llave de su habitación. Y duerme de día. No sufre hambre.

John D. Rockefeller recuerda con profundo asco a los mugrientos cocheros y los lomos de los caballos cansados en los alrededores de los yacimientos petrolíferos. Siguen entrometiéndose en sus sueños, salen a la superficie, se graban en la conciencia.

En sus sueños ve bares de mala muerte plagados de cuerpos sucios y borrachos, apestan a alcohol y a humo de cigarrillo, se le echan encima, a los bolsillos rebosantes de dinero. Se sientan junto a las mesas de roble y las flores de los hondos platos están llenas de billetes rociados de petróleo, como una ensalada con aceite de

semillas de calabaza. ¡John D. Rockefeller está descalzo! Nadie le presta atención, le sacan el plato. Y vuelven a echar el contenido en ese recipiente del cual los demás repetirán su ración. Las manos sucias trasladan los bocados de papel con una vieja cuchara y se meten mutuamente en la boca los billetes manoseados como filetes de carne. Caníbales de *su* lucro.

Siente que la solución ya está a punto de serle revelada y el procedimiento está al alcance de su mano. Está sentado con su mujer junto a la cena, las cabezas inclinadas encima de unos platos que no humean. Una sopa fría y una rebanada de pan de centeno. Rezan juntos y John D. Rockefeller agradece brevemente esos dones. Sorbe la sopa y confiesa a su mujer.

«No entiendo por qué cada noche tengo unos sueños tan terribles y desagradables. Bajo una multa bien severa, Dios debería prohibir a esa gente que me visitara en los sueños.»

«No dudes de las señales e intenciones divinas.»

«También los cocheros aparecen en mis sueños.»

«¿Cocheros?»

«Transportan barriles desgastados con petróleo a través de un barro fangoso.»

«¿Barriles? ¿Te refieres a esos barriles que se fabrican con madera de roble?»

«¡Madera de roble!» John D. Rockefeller se da una palmada en la frente, bebe más sopa y se reincorpora con rapidez al trabajo.

Compra bosques de roble por todas partes. Corrección. *Les* compra bosques de roble por todas partes. Ordena que fabriquen para él coches cisterna. Compra barcos. Emplea a una multitud de químicos. Los pasos de sus mocasines negros comprenden y marcan

el rumbo de la nueva religión. Tras cierta cantidad de golpes, todo roble cae, ¡del hombre ni hablemos! Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La culpa es de ellas; se enamoraron del hombre incorrecto, se han quedado embarazadas de él, no han sabido retenerlo. El hombre «inadecuado» descarga con ligereza la mochila de sus hombros y cede la responsabilidad a las madres de sus hijos. En cada siglo los hombres interpretan la igualdad de derechos a su modo. Se despojan de las obligaciones y responsabilidades, se convierten en mariposas. La madre soltera y su vida son un campo de batalla. Sí, están en guerra. Y no pueden permitirse perder ninguna batalla. Nadie habla de ellas en términos de un roble fuerte que no cae ni siquiera tras cierta cantidad de golpes. Se habla de ellas como del tomillo.[1] Božena Němcová es tomillo. Deben aceptar sin rechistar la sequía, el ardor, el frío, las heridas, la fertilidad. Sí, nadie quiere contagiarse de su sospechosa desgracia. Son criminalizadas y ridiculizadas. Nadie quiere interiorizar la realidad de las madres solteras. Más bien son unas margaritas pobres. Ese trabajo arduo, esa responsabilidad, ese sacrificio, esa laboriosidad, esa falta de sueño no logran ganarse el aprecio del sector público. Aquí no se reparten medallas, bonos, títulos ni diplomas. Sacrifican desinteresadamente su tiempo, su vida, su tiempo, su fuerza, su tiempo, su talento, su tiempo, su energía, su tiempo, su amabilidad, su tiempo, su amor, su tiempo, su comprensión, su tiempo. Aquí el tiempo no es dinero. No es un *Big Business*. No es un cálculo. No es

una competición. Es la forma de amor más pura. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

¿George Sand? Nada nuevo por ahora. Se levanta al mediodía, se acerca a la ventana grande. Cierra las cortinas para que el sol no dé directo sobre su escritorio. Se queda ahí de pie, fumando, mira hacia fuera. Regresa a la mesa y se sienta tras ella. Termina rápido otra novela y vuelve a permitirse una corta pausa intensa. La pausa sigue llamándose vida nocturna en París y visitas a los círculos de debate para los que no le alcanza el tiempo cuando escribe. O está sentada en los auditorios de los teatros y varietés y luego espera a sus amigas en los camerinos. Duerme de día. No pasa hambre.

Eso sí: comienza a aburrirse. Cambia de amantes y cuando las relaciones familiares se tranquilizan de forma definitiva, empieza a volver al castillo natal de Nohant.

La Criada Checa tiene más tiempo en la casa de París y no sabe qué hacer con él; no quiere tener tanto tiempo libre para ella sola. Lo que más la asusta es cuando Madame se va al castillo de Nohant sin ella y le encarga mantener en orden los amplios apartamentos. Entonces tiene tiempo de pensar y cavilar sobre el niño al que ha abandonado y eso le rompe el corazón.

Necesita tener las manos ocupadas. En todas sus direcciones parisinas, Madame exige tener las paredes del estudio empapeladas con color violeta. En el comedor cuelgan cortinas pesadas de terciopelo azul marino que acumulan polvo. El contraste del azul oscuro es una ilusión óptica y durante las cenas resalta los tonos

claros de la seda que cruje en los cuerpos de las inquietas amigas de George Sand.

La Criada Checa no puede resistir el impulso de limpiar una y otra vez el apartamento y quitar el pecado a las cosas. Camino al mercado atraviesa la calle Richelieu. Se topa con la panadería y no puede creer lo que ve. Compra de inmediato con el dinero de su señora pan blanco vienés y *kifli*, un panecillo dulce. La Criada Checa prueba un bocado y en su lengua se despliega el sabor del hogar austríaco.

August Zang es un teniente de infantería austríaco que, en el año 1839, fundó una panadería vienesa en París, la Boulangerie Viennoise. Los panaderos franceses se inspiran y surge la imitación del *kifli*, el cruasán.

Madame regresa de Nohant y la Criada Checa le sirve una medialuna esponjosa con sabor a mantequilla. Madame prueba un bocado de esa masa hojaldrada y esponjosa y ya no quiere otra cosa para desayunar. No tiene que comprar los cruasanes; la Criada Checa sabe hacer la masa y lleva mucho tiempo horneando el dulce. Sólo que se llaman empanadillas rellenas de mazapán. Con ocasión del cumpleaños de su señora, prueba rellenarlas con el queso de la región natal de la complicada Madame.

John D. Rockefeller hace frente a su pasado igual que a los bosques de robles. Piensa pagar la deuda. Corría el año 1858 cuando su padre, que seguía siendo un charlatán, un vividor, un lelo, un inútil

del que se burlaba la familia, aumentó el capital de su hijo, prestándole un dinero acaparado en secreto. Su hijo estaba fundando con un excompañero de clase la compañía Clark and Rockefeller. Corrección. Era Maurice B. Clark quien estaba fundando la empresa y le preguntó a su amigo John si quería compartir con él el riesgo.

No se trata de ningún regalo desinteresado por amor paternal. El padre le presta dinero a su propio hijo con un señor interés usurero. Tiene que haber orden y método. Eso es inapelable.

Es el año 1850 y Josef Němec, ante la perspectiva de un rápido ascenso y un mejor salario aspira a prestar sus servicios en Hungría. Božena Němcová presiente su oportunidad: se desvinculará de su marido. Viaja a Praga, sus hijos Hynek y Karel irán a una escuela checa. El ambiente de Praga ya no es como el que había conocido la primera vez. Praga está atemorizada. Božena Němcová se apega a la familia Rott, se apega al círculo de los amigos de la familia.

Está esperando en el vestíbulo. Johana Mužáková, nacida como Rottová, y quien escribirá bajo el seudónimo de Karolina Světlá, le da la bienvenida. La guía hacia una mesa ya dispuesta. Le acerca con rapidez una silla y alinea entre los platos unos cubiertos relucientes para ella. Božena Němcová come con la mirada baja.

Božena Němcová y Karolina Světlá están sentadas una frente a la otra. Es un momento histórico. Se estudian de la cabeza a los pies. Son conscientes de ser las vacas lecheras de la literatura checa.

Božena Němcová todavía es bella. Está sentada con su vestido desgastado; una persona solitaria, decepcionada. No ha conocido al hombre con el que realmente hubiera querido casarse, a pesar de tener a los hombres tirados a sus pies. Enfrente de ella está sentada

Karolina Světlá con un vestido blanco, mullido, joyas en la garganta, en su propia casa, en una casa que parece un palacio. El piso amueblado al estilo patricio es sombrío y está lleno de costosos muebles tapizados, reliquias artísticas y valiosas pinturas. Hay jarrones con flores dispersos por todas partes. El pelo de Božena Němcová luce descuidado, reseco por el sol y el viento; de lejos parece un sombrero de fieltro. La malla para el pelo se le va cayendo, no se mantiene en su sitio, la *cuentista* dice a modo de disculpas que parece un arrendajo. Claro que Karolina Světlá tiene una peluquera. La voz de Božena Němcová es profunda y oscura, apenas audible. La voz de Karolina Světlá es segura de sí misma y muy penetrante.

«Organizaré una velada para usted.»

«No tengo un vestido en condiciones.»

Karolina Světlá mira a su marido Petr Mužák, que está entrando por la puerta y asiente.

«Será, entonces, una velada informal para nuestro círculo de amigos más cercanos. En una semana a esta hora. Yo misma compraré las flores.» Sí, ya. Sí ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand es bastante predecible para su entorno. Termina otra novela y vuelve a tomarse una pausa. Alterna amantes y duerme de día. Y también escribe cartas; durante toda su vida cuenta con un muro protector de inspiradores destinatarios.

Mantiene correspondencia con activistas extranjeras por los derechos de la mujer, pero sobre todo mantiene correspondencia

con los hombres que se unen a ella al proclamar que sólo existe un tipo de libertad, y es la auténtica libertad de todos. Los derechos humanos no hacen diferencia de género.

George Sand no se preocupa en exceso por nada, pero lo hará. La vida bohemia, despreocupada, todavía no corresponde a las mujeres. La Criada Checa despliega las cortinas. Se ha hecho tarde, George Sand abre los ojos y despereza su cuerpo. Es hora de escribir.

Y llega el segundo paso de los pulidos mocasines negros. John D. Rockefeller piensa abrir otra refinería y susurra a los proyectistas un único comentario severo que no piensa someter a discusión.

«Tiene que ser la más grande del mundo.»

Y en marcha sin más preámbulos. Tercer paso de los pulidos mocasines negros. John D. Rockefeller planea controlar el transporte ferroviario de carga. Visita en persona a los propietarios. Su voz es dulce como la miel y los estrechos ojos de pájaro resultan cordiales.

«Ya en la actualidad suministro a su red ferroviaria sesenta vagones llenos por día. Y pienso continuar así.»

A cambio exige tarifas más favorables para él. Ni siquiera eso lo contenta. Obliga a la red ferroviaria a hacer un jaque mate a *sus* competidores. Y así, poco a poco, hace un jaque mate al mismo principio de la competencia. ¡Pero qué libre mercado! ¡Pero qué mercado liberado! Eso no existe. Desde luego, no para todos. Y antes de que surjan las palabras liberalismo y neoliberalismo, el siglo XIX ya descubre la palabra exneoliberalismo.

Es la red ferroviaria la que lo ayuda. Es la red ferroviaria la que decide. Un chanchullo por toda la pasta. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Božena Němcová emprende otra campaña bélica más. Sale del claroscuro de Praga y lleva un sombrero blanco en la cabeza. El chal que la envuelve revolotea como un velo negro con flecos.

Piensa para sus adentros que, de nuevo, tendrá que andar saludando a más rostros nuevos mientras lucha contra el sueño. Por si acaso, buscará un sitio en un sofá cómodo en algún rincón. Karolina Světlá, Mužáková de casada, de soltera Johana Rottová, le había preguntado con preocupación si tenía quién la acompañara, pero Božena Němcová la rechazó. La mayoría de las veces, Karolina Světlá suele pedir ese favor al doctor de la familia, Vilém Dušan Lambl. Todavía no se ha declarado como tal, pero es casi seguro el prometido de su hermana menor Žofie. Está acostumbrado a que lo usen como pareja de acompañamiento para las visitas femeninas. No le importa; se trata de hermosas mujeres. Pasó largo tiempo decidido a quedarse solo. Independiente. Entra y sale cuando le apetece, y en casa nadie le pregunta nada salvo su hermana y su madre; no le debe una respuesta a nadie.

Nada lo previene de la velada de esta noche. La fiesta es un poco tibia y Žofie no ayuda mucho a animarla. Se abre la puerta. La sonrisa de Božena Němcová se planta en el umbral del piso de la familia Rott. Alta y delgada, ante la puerta abierta. El pelo negro esta vez lavado, peinado, alisado y desembocando en un moño.

George Sand también acude a una velada tranquila. Esta vez no se trata de un círculo de debate. Los invitados están sentados en torno a una mesa familiar. Una amiga se ha casado y ha dado a luz a su primer hijo. Se ha celebrado el bautismo, el niño duerme en su

habitación, la niñera dormita junto a la cuna, los adultos están disfrutando un almuerzo tardío. Alfred de Musset lleva bebiendo desde por la mañana y se emborracha rápido. Con la jarra de vino tinto, vuelve a llenar las copas de todos. No espera al criado; llena los vasos vacíos él mismo y las miradas se van dirigiendo, una tras otra, hacia George Sand, como si calmar al borracho fuera su tarea.

George Sand ignora las miradas inquisitivas, no es su esposa, no se siente responsable del comportamiento de ninguno de los presentes. Alfred de Musset se tropieza, no tira la jarra pero deliberadamente derrama vino tinto de su copa en la camisa blanca del hombre sentado frente a él. Es su colega, su amigo y compañero. Ha venido con una jovencita que se avergüenza y cuyo rostro inocente y sorprendido tiene el color del vino de la jarra.

El colega se está limpiando la mancha roja en el pecho con una servilleta de lino. El vino se expande como una grieta casual en las paredes y la voz de Alfred de Musset retumba en la sala como un trueno. La anfitriona acude con diligencia al cuerpo afectado y echa sal sobre la mancha roja; está extinguiendo el fuego. Las voces masculinas se gritan mutuamente, la discusión no tiene fin ni sentido y George Sand se enfada mucho. Lo que más le gustaría es tomar también un salero y echar sal en los ojos enrojecidos de Alfred de Musset.

Obliga al cuerpo borracho a levantarse. El cuerpo envalentonado se defiende, se escurre. George Sand lo arrastra fuera de la casa y llama a un carruaje, molesta por no haber podido acabar el café ni fumar su puro.

John D. Rockefeller es, ya a los veinticinco años, un hombre rico, le gusta el orden y, por eso, escribe a su padre, haciendo gala de una bella caligrafía, en un papel color marfil. No es un papel cualquiera. Es el primer papel de carta que lleva el membrete de *su* compañía en el encabezado.

Un curioso charlatán entra por la puerta del edificio con un maletín en la mano y a ninguno de los presentes se le ocurre que estos dos caballeros, cuyos mocasines se hacen lustrar con la misma obsesión patológica, se conozcan desde siempre. Es una reunión de negocios rápida, objetiva, muy silenciosa y sin innecesarias demostraciones emotivas. El hijo paga el préstamo a su padre con intereses, se estrechan sus manos secas y se despiden enseguida. El padre pasa al lado de la secretaria, que se prepara para otra hora de trabajo duro arreglándose su pelo oscuro. Parece cansada.

Se detiene en la acera, delante del edificio. Sabe muy bien que su hijo lo está observando desde la ventana de gerencia. Deja el maletín en el suelo. Su mano vuelve a contar meticulosamente los billetes metidos en un sobre. Y va con prisa a tomar el tren.

La corpulenta y anciana señora de Rott se ve rodeada por capas de faldas que se balancean. Ofrece a Božena Němcová un significativo apretón de manos. Las dos hermanas se ponen de pie y también extienden sus manos. Božena Němcová no se las estrecha; para su asombro, se lanza directamente a abrazarlas y lo hace con cariño.

La anciana señora de Rott presenta al joven médico familiar que, originalmente, debía recoger a la *cuentista* checa delante de su casa

y acompañarla; la familia ve en él a la futura pareja de Žofie Rottová.

Vilém Dušan Lambl besa la mano de la *cuentista*. El anciano señor Rott le da un fuerte abrazo paternal. Los hombres presentes observan con interés a esa mujer que, en presencia del joven médico, cambia notablemente de postura. Sucumbe con intensidad a su propia excitación. Por la presencia de ese apuesto desconocido. Hasta yo me extraño de lo rápido que olvida su cansancio y su sueño constante. Entretiene a todo el grupo, aunque siempre con especial simpatía hacia el cuerpo de Vilém Dušan Lambl. Sus miradas se clavan mutuamente. Él es consciente. Le gusta.

Božena Němcová no termina durmiéndose en el sofá del rincón. Ahí está acurrucada la pobre Žofie Rottová, embriagada por el encanto de la admirada cuentista y embriagada por el encanto del hombre que representa su ideal de príncipe azul montado en un caballo blanco. Žofie está enamorada. Su amor no tiene límites.

Sólo la hermana de Lambl observa con desconfianza cómo Vilém Dušan Lambl se inclina hacia Božena Němcová, lo fascinado que está por su cuello alto y esbelto, por la manera en que se entienden. El pelo negro de Božena Němcová ya no forma una nube despeinada de preocupaciones en torno a su cabeza; sin darse cuenta se acomoda un mechón de su frente, ríe despreocupada y coqueta, los ojos verde oscuro le brillan. Cubre su cuerpo un vestido apretado color arena, con una falda fruncida y una chaquetilla corta de terciopelo negro; la ropa usada se la ha conseguido la anciana señora de Rott, tal como hace saber a todos los presentes.

La hermana de Lambl se acerca despacio a la señora de Rott. Se inclinan a la vez. Permanecen rígidas como un grupo escultórico en

pose de advertencia. Y miran en la misma dirección. La vivacidad de Božena Němcová ahoga todo lo demás. La hermana de Lambl frunce cada vez más su ceño, molesta por su presencia.

Todos brindan. Žofie Rottová mira a Vilém Dušan Lambl con lágrimas en los ojos. Y sonríe como si fuera la culpable.

«¡Por el futuro de la patria!»

Vilém Dušan Lambl está un poco borracho y se ofrece a acompañar a Božena Němcová a casa por la noche. Las mujeres no deberían andar solas por la calle. La ciudad nocturna está iluminada de forma precaria y, por ende, no es segura. Le pone una mano en el hombro. Božena Němcová intenta quitarse el sombrero blanco en el que se le ha enredado el cabello. Primero debe sacar la aguja. Mientras tanto, el apretón de la mano masculina aumenta en peligrosa intensidad. Los pesados mechones negros se deslizan entre sus dedos y las caricias de respeto se convierten en caricias de placer.

«Usted me está provocando.»

Božena Němcová libera la mano.

«¿No será al revés?»

Intiman la primera noche y Božena Němcová arde en llamas.

«No tiene usted ni idea, Dušan, las ansias con que espero la próxima noche.»

«¿Está usted enfadada conmigo?»

«Yo no me enfado con nadie. Yo vivo. Como. A veces también duermo. ¿Vendrá usted a verme a mi casa alguna vez?»

«Iré.»

«Pero no se asuste. Me lavo en una tina de chapa en la cocina. Los niños tienen una cama y yo duermo en un diván con resortes

rotos. Todo lo que tengo es viejo. Esta ciudad es para gente rica.»

«¿Qué le hace falta?»

«La verdad.»

Ella lo ama con su incondicional, patética e infrecuente pasión de corazón intranquilo. Sin embargo, apenas se confiesa con las hermanas Rott, y a Vilém Dušan Lambl le gustan, inspiran y atraen los encuentros íntimos con ella. Sin embargo, le molestan las muecas a su alrededor.

Božena Němcová no percibe, o no quiere percibir, lo mucho que sufre la enamorada Žofie Rottová. Que no se atreve a reprocharle absolutamente nada a la mujer que admira. Que ha seducido en el primer encuentro a su novio, mientras ella apenas se atreve a hablar con él y aun así se pone roja de inmediato. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

En el piso de París la Criada Checa la ayuda con el cuerpo borracho. Con movimientos rápidos y experimentados van desvistiendo el cuerpo del señor y le quitan sus polvorientos zapatos. El cuerpo descalzo de Alfred de Musset sobre la cama ofrece una imagen de impotencia y George Sand se calma. La lógica de una discusión acalorada se le sigue escapando. A mí también. Los hombres se quejan de la lógica de las mujeres como si la de ellos fuera menos misteriosa.

«No lo entiendo. Es tu novio.»

«No tiene derecho a traer a la mesa familiar a su amante.»

«¡Pero si yo también soy tu amante!»

«Es algo totalmente distinto. Eso está bien. Tú estás casada.»

Hace mucho que John D. Rockefeller le pagó la deuda a su padre. Y ahora siente una amargura en su interior, susurra con impotencia, solloza de rabia, reza hasta que (como siempre) encuentra una solución.

Simple y sencillamente se irá tragando a todos, pero realmente a todos, sus competidores. Lo quiere tener todo y lo quiere tener todo sólo para él.

La claridad banal de esa idea tan simple como el cristal lo toma por sorpresa. Endorfinas desbocadas inundan su cuerpo; el placer de la solución final. Hipa de alivio y esa noche duerme sobre su almohada, después de mucho tiempo, como un bebé sin sueños molestos en los que verse rodeado por platos hondos repletos de billetes rociados y empapados de petróleo.

Al día siguiente se levanta y funda la sociedad anónima The Standard Oil Company. Se embarca en una campaña bélica que pasará a la historia como la masacre de Cleveland. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Las madres solteras van reduciendo sus planes de vida, sueños y deseos. Se someten y adaptan para que sus hijos sobrevivan. También van construyendo, paso a paso, una empresa; con una única gerente y un solo empleado. ¿Necesitas una mano? La encontrarás al final de tu propio brazo. Eso lo puede corroborar incluso la escritora del siglo XXI.

«Esa es mi experiencia pagada con sangre. Por poco no sobrevivo a ella. Para no abandonar la literatura escribía de noche. El cuerpo quería una sola cosa, dormir. Yo no discutía con él. Lo sometía a una

ducha fría, lavaba el cansancio y escribía. La ansiedad de no hacer que se desarrollen. La ansiedad de qué será de ellos. No puedo enfermar, no me puedo lastimar, no puedo morir. ¡Cuál de mis amistades se haría cargo de ellos! No dejarse superar por los años de tira y afloja y los humillantes procesos judiciales por el pago de la manutención de los hijos. No dejarse superar por la falta de interés de su padre y de los familiares, que se apartan y esperan para ver quién será el vencedor para ponerse de su lado. La desgracia repele a la gente. A mí me ayudaron las mujeres. Los hombres siempre querían algo a cambio, un servicio por otro. Alimentar su ego, leer sus manuscritos, tocar su cuerpo. Me encontraba sola en todo eso y la soledad se ha ido convirtiendo en mi fiel amiga. Si no le hubiera arrancado a tiempo el arma de las manos, lo habría conseguido de nuevo, y de un modo definitivo. Eso lo tenía claro.»

Me ayudó mi antigua profesora de lengua del instituto. Me envió dinero. Recuerdo el momento en que tenía que comprar a mi hija una chaqueta de primavera. Y me encontraba ante la disyuntiva. Pan o ropa para mis hijos. Esos momentos, esas decisiones son microsituaciones cotidianas del día a día y una experiencia intransferible. El asombro ante el hecho de que a la sociedad le da igual. El asombro ante lo cierto y hasta qué punto los saciados no creen a los hambrientos. El asombro ante el hecho de que no exista lugar al que acudir. De que no exista una cantidad fija e inalterable de paga de manutención que proteja a los hijos. De que exista la irresponsabilidad y la sociedad la tolere.»

Es necesario cambiar las leyes. Das a luz a un hijo y esa nueva vida es tu responsabilidad. Si lo abandonas, ese es el monto que le

permitirá, no ir sobreviviendo día a día, sino vivir. Es el precio de un vaso de agua con el que dejas a un hijo en medio del desierto.

De las mujeres se espera que, aparte del cuidado del hijo, encuentren otro trabajo, otro y otro más, y que en algún tramo del camino se desplomen. Porque así es el *orden natural de las cosas*.

Vigésima octava parada ferroviaria

Campañas de guerra

Božena Němcová es y no es una madre soltera clásica. A pesar de estar casada, vive mucho tiempo separada del señor Josef Němec. En 1859, cuando John D. Rockefeller se entera del yacimiento de petróleo, entre el matrimonio Němec está a punto de estallar esa revolución que se llamará divorcio. No llega a suceder. Josef Němec se lo piensa mejor. Al fin y al cabo se alegra de tener con quién pelearse hasta el hartazgo y descargar su estrés.

Božena Němcová cuida de cuatro hijos. Hay épocas, y no son pocas, en las que alimenta también al esposo; el señor Josef Němec le escribe a Praga con toda tranquilidad que esta vez no puede mandar el dinero prometido para los hijos, los tiempos son difíciles, que le mande ella alguna moneda para vivir un poco mejor; que no le llega para comprar tabaco, para su cigarrillo, no le llega para su jarrita de cerveza y un hombre necesita, aunque sea, algún incentivo.

Pero cuando su cuerpo abandona Praga, su familia se despide emotivamente de él en la estación de tren. Se abraza a su esposa, escondiéndose en su regazo como con una madre.

«Qué ansiedad. No me abandones.»

«Pero si ya ves que estoy aquí.»

«Y escríbeme mucho y enseguida, mis pensamientos siempre estarán contigo. Y por favor, págame la suscripción a ese periódico de la tarde y diles en la redacción que me manden también los ejemplares del mes pasado.»

«Pero yo no tengo dinero para eso ahora.»

«En cuanto reciba mi salario te mandaré algo de dinero, mientras tanto ocúpate de eso de alguna forma.»

«No te preocupes, de alguna manera se hará. Te escribo.»

«También te mandaré dos artículos de periódico que he escrito. Ni siquiera los he releído. Sé que tú los reescribirás como se debe y los corregirás.»

El señor Němec sufre de una enfermedad incurable; se cree mejor que los demás y le da rabia que, por el momento, el mundo no sepa nada de su genialidad. Božena Němcová corre con sus hijos junto al tren y los niños despiden con las manos a su padre que se dirige primero a ellos.

«Cuando me den algo os mandaré, pero no sé cuándo será. De momento portaos bien. Que estéis sanos y que Dios os proteja.»

El señor Josef Němec se acomoda en el tren. Entonces se acuerda de algo y pega un salto. Baja la ventanilla y grita a su esposa de tal modo que las cabezas en el andén se giran asustadas.

«Y dale mis saludos a Lambl. Cuídalo también como si fuera un hijo tuyo. Pero sólo como un hijo, por favor.»

La familia se le va alejando, haciéndose más pequeña. Y se pierde en la muchedumbre. El señor Josef Němec se duerme y se olvida de que ellos existen.

Božena Němcová corrige y reescribe los folletines y artículos de su marido. Ha empezado a escribir con regularidad porque cree que

tiene mucho más talento que su mujer. Esta madre soltera está casada. Sus padres, familiares y quienes la rodean suspiran aliviados; así a la *cuentista* se le pasarán las tormentas hormonales. Si no estuviera casada, siendo una madre soltera llevaría una marca mucho más terrible y humillante. Los hombres violan a las mujeres y abandonan los cuerpos sin rastro de culpa. Después, en la penumbra eclesiástica, católica, en grupo y ruidosamente braman contra los abortos. E impiden la entrada a los templos del Señor a las madres solteras que no estén casadas. Con mucho gusto desterrarían incluso sus tumbas más allá de los muros de los cementerios, justo al lado de los suicidas y de los homosexuales. No es a esos depredadores y donantes de semen, sino a las madres solteras y a sus hijos a quienes la sociedad graba la marca de la esclavitud, parecida a la marca de la vergüenza que los romanos grababan con hierro candente en la frente de los esclavos más despreciables. Desde ese momento, siempre se considerarán parte de la esclavitud.

El sufrimiento de estas madres solteras no tiene fin. A diario, son testigos de las sofisticadas formas a través de las cuales la sociedad graba con fuego una y otra marca humillante más en medio de sus frentes y las de sus hijos. Son ideas necias sobre el cielo e ideas necias sobre el infierno. Las ideas de unos cerebros no desarrollados del todo. ¿Cómo imaginarme un infierno en el que un bebé extramatrimonial o no bautizado esté en la misma condición que un asesino en serie? El bebé nace, balbucea y ya recibe su nombre en base a una culpa colectiva: bastardo, ilegítimo, malparido. El fascismo de cada día es también un legado católico; es, una y otra vez, lo mismo, sobre todo no compartir el poder ni los bienes, de eso se trata y de nada más. Sólo el modelo familiar es aceptable, una

unidad clara. El hombre, la mujer, y los hijos nacidos del matrimonio. Lazos emocionales que ahogan. Sólo un hijo bautizado tiene valor; los bichos negros ponen grilletes, mordazas, atacan toda diferencia y a la vida misma. El celibato es también un invento inteligente para evitar la fragmentación de los bienes de la Iglesia entre sus descendientes. Ese punto de vista deformado por lo católico percibe la «fornicación» como algo peor que el adulterio. Y un bastardo es fruto de la fornicación. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller tiene una familia modelo y, a pesar de eso, es un individualista. Baila incansable el claqué a su manera. El ritmo de sus pasos se va acelerando. De momento nadie sabe que el bailarín está en una campaña *bélica*. Y que no está bailando los pasos impuestos por la época, ataviado con un traje folclórico y patriota ricamente bordado.

La mano esconde el revólver en el cajón de la mesita de noche, sobre la cual hay una biblia. El diácono duerme sobre su fiel almohada y un barril azul con explosivos. El metódico adorador de la Biblia vuelve a dejar a todo el mundo sin aliento. Aunque ama el orden y el método, él mismo no piensa respetar las normas; esta vez invoca a la autoridad científica en su defensa y cita a Charles Darwin. Convierte en *su* beneficio comercial una única idea: destruir, pulverizar, pisotear, exterminar, asesinar a todo lo que sea más débil es la ley natural. De modo que su nueva religión y empresa surgen según *el orden natural de las cosas* y cualquier regulación estatal de la vida comercial se vuelve un pecado contra las leyes de la

mismísima naturaleza, incluso en contra de la evolución. El mismo argumento esgrimen todos los poderosos colonizadores al decir, por ejemplo, que las tropas de Francisco Pizarro, que arrasaban la tierra, robaban el oro, violaban a las mujeres y no tenían reparo en cometer un asesinato, una traición, un engaño, necesitaron tan sólo cuarenta años para destruir la avanzada cultura de los incas. Sólo cuarenta años, lo cual demuestra *su* debilidad. Sobreviven los más aptos. ¿Los más aptos para qué?

El mismo argumento repiten como loros los ingenieros de las cámaras de gas durante el Holocausto, los mismos argumentos repiten como loros, en el siglo XXI, los depredadores del día a día, refiriéndose incluso a los refugiados que se ahogan en el mar camino a Europa. Y lo usan para referirse a todo aquel que sea un peldaño más pobre. Božena Němcová es la más pobre. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La correspondencia patriótica de la época es una huella viva en la roca; un mensaje y un acertijo para los arqueólogos. Cartas y cartas repletas de pasión, alegría, miedo, ansiedad, libido, erotismo, sexo, celos.

Luego esas mismas manos empuñan cañones de plumas de marca y las plumas de la autocensura; lo que le cae al público en las páginas de los libros son hojas secas. La «correspondencia» oficial está deshuesada. Las rimas sosas, patrióticas, van a parar a los abecedarios, los libros escolares y envejecen cuando la tinta se seca sobre el papel. Las hojas secas no logran acceder al frondoso verde de la literatura mundial.

Y eso que conocen la literatura mundial. La desproporción entre los problemas de la época y las huellas que van dejando sobre las páginas es abismal y dolorosa. No es literatura, son sólo letras. No son letras, es un mero manchar papel provinciano en nombre del patriotismo. Las letras van ataviadas con traje folclórico y bailan obedientemente los pasos impuestos por las danzas nacionales. La tradición regional y cristiana es inflada con violencia hasta alcanzar dimensiones internacionales. Las palabras están paralizadas, bostezando sin ímpetu, sin valentía, sin verdad; la excusa de la censura política ya es insostenible. Los textos de moda sirven a la politiquería patriótica y odian la literatura.

Božena Němcová no puede permitirse un romanticismo puro, ni tampoco un realismo puro. De modo que, al menos, va mezclando fragmentos de sus propias opiniones, experiencias y pensamientos provocativos en sus cuentos y fábulas. Las frases aisladas brillan fugaces como el reflejo de un espejo imaginario en el que mirarse el lector. No obstante, su talento penetra en los moldes permitidos. Más que la censura de la política austríaca, desde el primer momento la limita sobre todo la autocensura que le imponen los patriotas checos y que ella acepta con un agradecimiento humilde e infinito. Como una mujer correcta.

Cuando muere George Sand, sus amigos permanecen mucho tiempo de luto; añoranza es la palabra de los últimos días. Gustave Flaubert es un escritor francés y revisa con dedicación todo el legado de la escritora. Se da cuenta de cuánto la quiere y lo mucho que la echa de menos; la defensora de *su* talento, una lectora experimentada,

amiga, compañera, socia, mujer flor en el fango. Extiende sobre el suelo todas las novelas escritas por ella como un puzle. Acaricia los lomos de los libros, los hojea. Los cierra y ve ladrillos y cubos para jugar. Se sienta en la alfombra y construye con ellos altas torres y murallas. Ciento ochenta novelas.

Y también artículos periodísticos y una colosal correspondencia; se conservan quince mil cartas, en total escribió unas cuarenta mil. Sus amigos artistas del mundo entero la colman con incansables y entusiastas debates sobre el arte, la política, la sociedad. Todo tiene que exteriorizarse, George Sand tiene un deseo moderno de compartirlo todo, las cartas fluyen de aquí para allá como correos electrónicos.

Božena Němcová se lamenta en sus cartas; añoranza no sólo es la palabra de los últimos días. También una correspondencia colosal. Los amigos la colman con interminables debates sobre la política de los Habsburgo y vagas promesas de ayuda personal. Las ideas surgidas e iniciadas en sus cartas son los embriones de sus novelas jamás escritas, de dramas, ensayos y utopías sobre una sociedad en la que hombres y mujeres tienen los mismos derechos. Sus cartas son manzanas maduras mordisqueadas.

Si Gustave Flaubert hubiese estado sentado en el suelo frío de la habitación praguense, echándose aliento en sus manos heladas y hurgando en la herencia de Božena Němcová, tendría ante sí, aparte de algunos trabajos menores, una novela y una correspondencia de potenciales diálogos en el contexto de las disputas de la época; la forma de comunicación de una persona solitaria. A diferencia de George Sand, jamás ha aconsejado a sus jóvenes colegas que escribiesen bajo seudónimos masculinos. George Sand estaba

convencida de que ese era el camino para las mujeres que tuvieran intenciones serias con la literatura, y Karolina Světlá le hizo caso.

La historia de las escritoras nacionales no termina con la muerte; películas, representaciones televisivas, dramas, programas de radio, monografías, pódcast. Sea vista o no como una rebelde desorganizada, caótica, o bien como una sabia leyenda nacional, ella habla desde las páginas, desde las pantallas de los cines y desde las demás pantallas. Está ubicada en el pedestal checo como una portavoz de la nación y, desde la mañana hasta la noche, no hace más que defender la lengua checa y la patria. Cada cual interpreta lo del pedestal de acuerdo con su propia perspectiva.

La mujer desaparece. La mujer se interpone en el camino. Tienen miedo a la mujer, no a la patriota. Tienen miedo a la inteligencia, a la pasión, a la sexualidad. Quizá un día las próximas generaciones rueden una película sobre Božena Němcová que muestre cómo es la verdad, no la superficie. Una película sobre la independencia humana, el coraje, el humanismo, el mundo, la sexualidad. La directora de cine Věra Chytilová, quien colocó margaritas sobre la tumba de Božena Němcová, por desgracia ya no rodará una película así. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller escribe a los propietarios de las ferroviarias y se trata de una correspondencia amorosa. El cortejo está saliendo bien, lo lleva a cabo con sus semejantes hasta obtener una alianza sólida, inquebrantable. John D. Rockefeller adora, aparte del orden y las traviesas de las vías del tren, el color marfil de sus hojas de papel

con el membrete de su empresa y los horarios de tren que funcionan con una precisión de segundos.

Sin reparos aprisiona en hormigón a la libre competencia y redobla su poder sobre las vías del tren. La compañía ferroviaria se compromete, en silencio, a subir los precios a la competencia de Rockefeller. Es un golpe bajo sin precedentes y un descaro que clama a los cielos. Un golpe bajo muy caro y un descaro muy agradable para los ojos y oídos de todos los depredadores del mundo que vinieron después de él. Lo siguen copiando aplicadamente y a día de hoy se han convertido en la norma.

Las cartas personales de George Sand son manifiestos. Las cartas personales de Božena Němcová son un búnker secreto, un refugio antinuclear; la guarida del talento literario, la introspección, el asilo para la novela de *su* vida, la descripción de la esencia de la mentalidad del ámbito checo. El yo desnudo se observa, se estudia, se analiza, mira hacia atrás; gradualmente sobrio, desencantado con los palos en las ruedas que le pone el entorno provinciano. Las feroces y fundamentales luchas internas de Božena Němcová no vienen envueltas en libros, sino en cartas personales. No son un accesorio, sino parte de su obra literaria, de un modo similar a como lo fueron las cartas de Franz Kafka. Sin proponérselo, Božena Němcová disecciona artísticamente las tramas que conoce de sobra y logra elevarlas a prototipos para toda la humanidad. Mapea lo más valioso que tiene. Su corazón.

Leer las cartas con los ojos de su época. Leer las cartas con los ojos de mi época. Eso sabe hacer la literatura: las distintas lecturas

son correctas. Sólo la interpretación realizada en el lugar y el tiempo de la nueva lectura es lo que da sentido a la acción descrita. No se trata de un expediente cerrado; todo su pasado se abre paso en el presente.

Cambio de vías

Quinta parte

Vigésima novena parada ferroviaria

Lélia

Cambios de vías, inversión del sentido de la marcha, regresos a las paradas cabecera y ya conocidas; el mismo tren va recorriendo el siglo XIX, pero las escenas detrás de la ventanilla iluminan un nuevo detalle, alcanzan un nuevo ritmo, cadencia, perspectiva. Cuando en 1833 George Sand publica el oratorio *Lélia*, Barbora Panklová es una niña de trece años. O no. Augustin Hoch sigue sin decir ni pío y observa con satisfacción el capullo floreciente que con voz suave lee para él libros alemanes mientras cae la noche. El meritorio y el viejo escribano no dejan de merodearla. Siguen sin escuchar; sus ojos cuentan las inhalaciones de la muchacha. Barbora Panklová tiene lazos en el pelo, está sentada sobre el escalón más alto de la escalera y estira la mano para tomar un libro. Salta al suelo como una gata y la escalera se tambalea. El administrador le extiende la mano para ayudarla a ponerse de pie. Barbora Panklová lo hace mediante un salto rápido y sin aceptar su ayuda. El administrador le agarra el libro, y apenas lo mira.

«*¿Doktor Faustus?*»

La mano con el libro llega a rozar su pecho. Barbora Panklová la mira, pero no se aparta. Le arrebata en un impulso el libro y lo recupera.

La novela *Lélia* saca a la luz a otro personaje femenino, pero curiosamente George Sand se distancia de esa prosa toda su vida y se justifica apasionadamente en sus cartas. Va dando rodeos como si ese texto no fuese un hijo suyo. Tiene un punto débil, al fin y al cabo. La literatura. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Las cartas son un espacio de libertad para sus ideas. Las cartas son una maldición. Las cartas son el archivo mundial de las ideas de las mujeres; su refugio y su testimonio. Las cartas son la única conexión con un mundo que no las ve ni se preocupa por ellas. Las cartas son una forma de huida del aislamiento y del arresto domiciliario elevado a norma social. También Emily Dickinson deja miles de hojas; indisociables de su lirismo secreto, alejado de cualquier encasillamiento dogmático.

Vidas secretas selladas en cartas.

En todo sistema totalitario, un diario es un peligro. ¿Acaso alguna mujer ha podido alguna vez escribir un diario con absoluta libertad?

Las cartas de Božena Němcová son un diario creativo y un blog.

Božena Němcová es una bloguera del siglo XIX.

Nada en sus cartas está sometido a la censura ni a la autocensura; ni la familia, ni los amoríos, ni la política. El gran relato de su mundo interior comienza justo ahí donde acaba la escritura destinada al público. Ahí donde pierde efecto el control de un ojo vigilante, programado con rigidez y limitado al mundo checo. Un ojo para el que las vallas exteriores y los roles están limitados, demarcados por las expectativas del marido y de los patriotas.

Božena Němcová no teme al páramo que rodea al alma humana. No teme a las palabras ni a una existencia desarraigada; no teme a la existencia desnuda. Intenta encontrar sentido a una vida podada y, aun así, no se entrega. Deja entrever una vida bajo una trampilla que no es de cristal y pesa toneladas. Raspa el yeso de las paredes; tiene un sabor dulce y está lleno de plomo venenoso.

Sus cartas son introspectivas, realistas, temperamentales, sensibles al trasfondo psicológico de los personajes. En un contexto más amplio crean un oasis de moralidad que parte del hecho mismo de que estamos vivos y compartimos este planeta con los demás. Nada mejor que la correspondencia personal para conocer su frágil vida interior.

Sólo que las comunicaciones privadas suelen presentar limitaciones. Surgen con arreglo al destinatario. Condicionadas por alguien cercano al entorno familiar o los censores que pudiesen echar un vistazo a las cartas.

No, Božena Němcová escribe libremente. El destinatario concreto sólo influye al comienzo de las primeras frases de sus largos monólogos; mencionarlo es sólo un accesorio inútil, formal. El destinatario es ella misma, todos nosotros. Se ocupa del tema más complejo: ella misma. Y ninguno de sus yos se salvan de la (auto)crítica. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller escribe cartas comerciales y no se detiene en eso de la introspección y la autorreflexión: determina los precios. El

mesías es un dragón eficaz e insaciable parecido a la fría joya del dedo de George Sand. La caverna del dragón se va agrandando.

Su dragón tiene ahora un domicilio fijo en la metrópoli petrolera. El maniático gordinflón Otesánek del cuento popular traga y traga; de un total de veintiséis competidores devora de un solo trago a veintidós sin siquiera pestañear.

No mediante una contienda competitiva en la que gana el mejor producto o los precios más bajos. Triunfa mediante prácticas mafiosas. Devora a los competidores como frambuesas. A ellos no les queda más que ojos para llorar y puñales traicioneros en la espalda; poco a poco se les unen las hermanas de la rabia. Se llaman impotencia y desesperación.

George Sand reacciona de un modo bastante extraño: se distancia de la novela *Lélia*. Ignora incluso las voces que elogian la mirada compleja de la novela y el modo en que alterna la perspectiva de sus múltiples voces. ¿Por qué? Al fin y al cabo defiende la libertad de creación y el derecho de la literatura a elegir temas que no resulten agradables a los ojos (masculinos). La protagonista de la novela es despedida a causa de su género de todos los empleos en los que podría haber hecho valer su talento. Desvía el cauce de su energía hacia las relaciones personales. Cada encuentro significa apagar de un soplo otra vela más dentro de un barquito de cáscara de nuez. Su motor es el deseo, mucho más la intranquilidad del alma. La intranquilidad debilita los sentidos. Va de hombre en hombre como un donjuán con faldas siempre insatisfecho, con un fresco racimo de esperanza de, esta vez, poder entregarse plenamente. Al final

muere. La matan. La apartan. De todos modos, hace mucho que está muerta por dentro.

La leona está herida. Herida en el lugar más sensible. Ha estado escribiendo una novela. Pero algunos críticos literarios inician una cacería personal. Excitan a los rabiosos perros de caza. Sólo van en busca de coincidencias con su vida personal. Reducen las diversas interpretaciones del texto al cuerpo de la autora.

La afecta profundamente. Dicho con más precisión: la que está herida, humillada, aterrada es Aurore Dudevant, de soltera Dupin, decidida a dejar de escribir. George Sand no se rinde y, en cambio, declara.

«Nunca nadie ha buscado con tanto fanatismo y tanta burla las coincidencias con la vida personal de los colegas hombres.»

Su fiel amigo, el pintor Eugène Delacroix, se esfuerza mucho. Cocina sólo para ella, lleno de valor espesa las salsas, rocía carnes con vino, pero esta vez ni siquiera él logra tranquilizarla.

«¿Por qué se fija tanto en eso? Si hasta podría verlo como algo gracioso. Y a los lectores también les gusta. Incluso la teoría literaria puede convertirse, de vez en cuando, en prensa rosa, aunque rigurosa. Hurgan en los textos y en las vidas de los autores, lo cual es totalmente legítimo.»

«Hurgan de un modo arrogante en las vidas de los autores, quienes, a menudo, tampoco tienen idea de todo lo que, durante el proceso de escritura, se está amalgamando en su interior, ni de qué masa es la que están trabajando.»

«Míreme a mí con las artes plásticas. También depende de la moda de la época. Depende de las gafas que el crítico se ponga. Son sólo personas, tienen sus limitaciones. No son como nosotros. No

nos entienden. Para Goethe los artistas eran algo así como *Sonntagskinder*. Ven los espíritus. Y es cuando ellos los describen cuando puede empezar a verlos todo el mundo.»

«¿Las gafas de qué tiempo se han puesto mis críticos?»

«Para empezar, usted es mujer.»

«¿Y qué más?»

«Usted es una mujer que escribe.»

«Pero deberíamos encontrar en los libros lo que realmente hay en ellos. Y no discriminarlos por lo que no hay en ellos.»

La crítica literaria de su época se está desprendiendo de los principios del clasicismo e impone una concepción romántica; la base para entender una obra literaria es la personalidad y la vida del autor. George Sand se ahoga de rabia y Aurore Dudevant, de soltera Dupin, se ahoga en lágrimas. Alfred de Musset no hace más que reírse. A él su desenvoltura sexual y el hecho de ser un sibarita le granjean respeto, admiración, publicidad; la crítica literaria sigue teniendo, por ahora, sólo ojos masculinos. George Sand se confiesa sólo con Eugène Delacroix en los momentos de más tensión. Confía en él. Aurore Dudevant, de soltera Dupin, está siendo fundamental y profundamente injusta.

«La teoría literaria es manipuladora. Un crítico literario está convencido de que entiende cada libro y toda la literatura, que se encuentra en algún sitio muy elevado, en lo alto de un jardín fértil, infinito, por descubrir. Le sorprende encontrar en él flores, árboles, hierbas curativas que no esperaba y que desconoce y que son tan difíciles de cultivar. Como mucho es capaz de reconocer las estaciones de telégrafo de Chappe. Y no los primeros cables

telegráficos. Están cortando postes de telégrafo en nuestros floridos jardines.»

O bien puede hacer pensar. Cuando en el siglo XXI otra autora publica su primera novela, un crítico literario escribe que se han reunido demasiadas cosas en ella. Sí, así es ella. Hay tantas cosas en su vida que no alcanza a asimilarlas. En la vida todo está relacionado. En las siguientes novelas se juntarán muchas cosas más. Algunas décadas después la elogian por la complejidad de su punto de vista. Y el crítico ya empieza a ocuparse de ese fenómeno entre los lectores.

Debe admitir que su actitud subestima al lector; como si en una novela hubiera que juntar pocas cosas. Lógicamente, centrarse en una trama simple y organizada, en ese elemento que, si bien es el más excitante, desde el punto de vista literario es el menos interesante, y así, él mismo como lector se encamina hacia una literatura trivial. Pero la literatura es un combate por la lengua. Por una lengua artística. Los auténticos escritores saben de sobra que da exactamente igual el tema sobre el que se está escribiendo, lo importante es el *cómo*. El arte de verdad nos pone nerviosos. Cuando se reduce a mero contenido y eso es lo único que se interpreta, la voz artística se destroza, reprime, domestica, se amansa. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Sí, ella misma es el tema de sus cartas. Lo cual es inevitable, no tiene espacio en otra parte; una persona sensible mapea ante todo el estado del alma. El alma de Božena Němcová está inconscientemente insatisfecha con la escritura literaria por encargo.

El alma carece de plenitud y está desnutrida a nivel emocional por amistades superficiales y amores pasajeros. El alma mantiene altas y, muchas veces, irrealizables expectativas respecto a sí misma y a los demás. Hacia el final de su vida, Božena Němcová carece de claridad y ni siquiera la ironía sigue siendo su punto más fuerte. Se sienta y escribe, en verdad ya no puede escribir, tacha, vuelve a empezar, se queda mirando por la ventana. No tiene fuerzas para acabar de escribir ni corregir nada. Deja de escribir y susurra.

«Nadie es ni puede ser completamente feliz, de qué puedo quejarme. Sólo soy una esclava débil de mi corazón apasionado, siempre intranquilo y no seré feliz nunca ni en ningún lugar, tampoco aquí. Tengo que mantener a mi familia con una labor mental, aunque en mi cabeza sólo rondan pálidas figuras de tristeza y preocupación.»

Está exhausta. Acostada en la cama, sudando, con sus brazos inertes a lo largo del cuerpo.

Ha llegado a un estado de completo agotamiento.

La paraliza el síndrome de la fatiga. Sus fuerzas apenas le alcanzan para breves súplicas humillantes en las que se le confunden letras y sílabas. El papel se queda huérfano. La pluma se queda suspendida sobre una hoja en blanco, el cuerpo hambriento y la mente paralizada tartamudean tres letras. SOS.

Son las madres solteras las que escriben mensajes como ese. Impregnados de vergüenza, humillación, miedo. Es la lucha por sobrevivir en tiempos de una abundancia omnipresente. Da lo mismo en qué año se escribe.

La desesperación exige una reacción enérgica. Hay cada vez más cuerpos desesperados y paralizados por la injusticia. Las ciudades y el congreso están siendo inundados de manifestantes con pancartas; en sus manos vacías no arden antorchas sino palabras. Se las van pasando como una patata caliente.

El periódico local no tiene miedo. La libertad de prensa tiene su peso, los periodistas honran la profesión, cargan con una responsabilidad básica por lo que escriben y se jactan del respeto de los lectores. A John D. Rockefeller, y mucho menos a su almohada, aún no se le ocurre comprar también los periódicos, convertirse en su propietario, utilizar su propaganda en beneficio propio, meter miedo y hacer callar la verdad y al mundo. Eso se les ocurrirá a sus nietos y bisnietos, se le ocurrirá al Bureš más grande del mundo.

Los periodistas no tienen miedo. Hacen públicos los nombres de quienes han sido sobornados por John D. Rockefeller y de quienes aún soborna. Hacen públicas las modalidades con las que promete lealtad a esos nombres y las condiciones bajo las cuales ellos le juran fidelidad más allá de la tumba. Hacen públicos los métodos con los que él extorsiona, paraliza y destruye a las empresas pequeñas. Describen sin miedo la cueva del dragón y su aspecto, mostrando que ese dragón con ojos de pájaro es un híbrido; las protuberancias de su cuerpo son cabezas de serpiente. Tiene muchas más cabezas invisibles que visibles. En las manifestaciones se reúnen personas para las que la esperanza, el sueño americano y la posibilidad de la creatividad están desapareciendo; un millón de momentos[1] a favor del libre mercado.

Trigésima parada ferroviaria

La frigidez

Un arma eficaz es la que lleva el nombre de difamación. Contra una difamación no se puede luchar; se adhiere a la piel como una pastosa mancha de petróleo. La ofensa es grave, burlona, un golpe bajo. George Sand está conmocionada por un híbrido distinto al de los competidores de Rockefeller; se sienta frente a un periódico francés. Ni siquiera toca los bollos rellenos de mermelada de ciruela que ha preparado la Criada Checa.

No son reseñas. Son asuntos de la prensa rosa. Hace un gesto con la mano con el que manda a usar el periódico para prender el fuego en la cocina. Sólo que la Aurore Dudevant, de soltera Dupin, que lleva dentro de ella, no concilia el sueño. Le afecta profundamente que para usar un arma en su contra hayan abusado de un personaje de su novela. Lélia.

Aurore siente que no sólo están humillando y violando el texto.

Las maliciosas voces no comprenden la simbólica frigidez de la protagonista y la asocian literalmente al cuerpo de la autora. Eugène Delacroix habla a su amiga con paciencia. No sabe que no está hablando con George Sand, sino con Aurore Dudevant, de soltera Dupin, quien no entiende de perspectiva ni de humor y sucumbe al pensamiento de la gentuza. En el siglo XXI un crítico literario escribe

una reseña sobre un libro que aborda la violencia de género y concluye diciendo que, al parecer, no será fácil lograr meterse bajo las faldas de la autora. Debió haberle contestado que, en lo que a él respecta, no hay quien tenga ganas de meterse en sus pantalones.

«Es una lástima que no haya sobrellevado usted esas críticas con calma. Con un comentario igual de malicioso. Sobre la impotencia intelectual. Que también entiende usted de un modo literal.»

Aurore Dudevant, de soltera Dupin, no está escuchando al pintor. Mira con ensoñación una pintura que se llama *La Liberté guidant le peuple*, y suspira profundamente, Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va,

Božena Němcová cuida de cuatro hijos. Lo cual es, ya de por sí, un trabajo admirable. Nunca los abandona. Madres solteras como ella no abandonan a sus hijos; una responsabilidad que supera y eclipsa la responsabilidad de Dios. Hacen del mundo un lugar mejor; sacrifican sus vidas con humildad y amor y su mundo es el de un humanismo vital.

Božena Němcová está imbuida de un amor profundamente humano, no sólo del amor materno y el compromiso que se esperan de forma automática. Se trata de la solidaridad de los que están en peligro.

Aun así, los siglos venideros le aconsejarán de forma retrospectiva haber educado a sus hijos «de otra manera», debió haber llevado a cabo la administración de otra manera, haber cocinado de otra manera, haber respirado de otra manera. Quién pudiera pegarles un grito, bien severo, ponte aquí, en este mismo sitio, exactamente en

este lugar, no te muevas (de aquí), olvídate de ti mismo, imagínate sin la posibilidad de volver a lo que había sido tu vida, cuida de ellos las veinticuatro horas del día, sola y con el estómago vacío, a ver qué tal te ves aquí y ahora, hay que tener valor para algo así. Una vida así no es para cobardes.

Hasta el día de hoy, el hogar de Božena Němcová es todo un tema. Si era o no una cerda, si cocinaba o dejaba de cocinar, cómo era posible que encargara comida caliente en la taberna más cercana, y si no abusaba de la ayuda de su hija en la casa. Por qué no se sacan con tanto picante al sol los trapos sucios de los hombres: cuán buenos cocineros son los escritores, o cómo friegan los platos, limpian, lavan la ropa, de qué modo pelan las patatas, barren el suelo, sujetan la escoba de abedul, no sea cosa de que por ahí sean unos cerdos, veamos si cumplen con la cuota alimentaria, a ver si John D. Rockefeller sabe pulirse él mismo los mocasines, lavarse los calcetines sucios y los pañuelos de tela usados.

La frialdad de los ataques interminables viene de algún lado. Los provincianos sienten cierto alivio cuando encuentran un punto débil. No pueden convertir a la escritora en su diana; lo hacen con su rol de madre. Con qué arsenal de armas humillantes dispararían a Mary Anne Evans, que no quiere tener hijos y no piensa cocinar.

No ven el milagro. De que Božena Němcová sea capaz de escribir algo en esas infernales condiciones.

Jamás he leído que la gente intentase averiguar con el mismo ímpetu qué tal eran o son los escritores como padres. Nunca he leído que alguien les reprochara con el mismo ímpetu haber abandonado a sus hijos, ni que analizara por qué los ignoraban o no tenían interés en qué sería de ellos. Nunca he leído, por ejemplo,

que reprocharan con tal ímpetu a Rainer Maria Rilke por haber abandonado a su hija, al descubrir que los niños pequeños lloraban y el llanto le molestaba cuando intentaba pensar. Incluso, nunca se dirigía a su hija por su nombre; era simplemente *das Mädchen* y, desde luego, no se molestaba en mandarle la paga de manutención. Estaba demasiado ocupado redactando la lista de demandas que, con ganas, le costeaban sus ricas mecenas de cuna noble. En tal lista no faltaban cubiertos de oro, guantes de cuero, excursiones por Europa, cortinas de terciopelo de un color determinado y una parcela suiza para su tumba, con vistas a los picos de los majestuosos Alpes y al valle del río Ródano. Nunca he leído que nadie reprochara con tal ímpetu a Paul Gauguin haber abandonado a sus cinco hijos. La mayoría de la gente no tiene ni idea de que tenía hijos.

Dejar a un niño sin agua en medio del desierto es un crimen que debería ser castigado con la muerte. Nada ha cambiado. En el siglo XXI, las madres solteras en el país de Božena Němcová también tienen los platos y las neveras vacías. El Estado no exige con dureza las cuotas alimentarias que los hombres no pagan y eso no preocupa a nadie; las mujeres que han sido abandonadas son invisibles para los lobistas y los diputados y los senadores y los ministros y los presidentes y los primeros ministros. El dinero no basta ni para la vivienda. Las madres solteras reciben donaciones de la gente que organiza colectas públicas para que las madres y sus hijos puedan comer; la compra de alimentos y la ropa regalada son un milagro; para la mayor parte de la sociedad, una parte del abastecimiento cotidiano de su hogar. Ni siquiera tienen dinero para las reparaciones domésticas. Sus hijos acaban aislados, no tienen portátiles ni

teléfonos móviles. No van al teatro ni al cine ni al zoológico; las entradas resquebrajan el ya de por sí frágil presupuesto.

Una vida en permanente aislamiento social. Miles de Boženas Němcová van por el país amenazadas por la hambruna. Y la trampa de las deudas. Escriben unas cartas idénticas a las que escribía ella. «Hace varios años que con mi hija no compramos uvas, para nosotras es una fruta de lujo. Solemos comprarnos, por ejemplo, zanahorias o manzanas, un par de tomates de vez en cuando, a veces unas mandarinas durante el invierno. Pero, por ejemplo, los pimientos son demasiado caros, no nos los podemos permitir. Es un grave problema cuando nos falta, tal vez, aceite. Hacer una comida completa significa comprar los alimentos más básicos que la gente tiene, normalmente, en las despensas, sólo que nosotras muchas veces no disponemos de ellos. No nos los podemos permitir, tampoco tenemos dónde almacenarlos. Cuando alguna vez recibimos una compra grande como regalo de personas desconocidas, al verla en mis ojos se refleja la confusión. Esa compra cuesta una suma de dinero que es igual a la que me queda a mí para un mes entero cuando resto todos los gastos, incluido el alquiler de nuestra humilde vivienda.»

El Estado tiene un rostro y un modo de pensar masculinos. Lo que sí funciona es la solidaridad de las Boženas Němcová y las fundaciones benéficas.

Es un ejército de gente con hambre. No lo suficientemente grande como para ser escuchado y ejercer presión sobre el Estado. Algún Rockefeller de la nueva era cuenta, de vez en cuando, en los medios de comunicación, lo que hace por las madres solteras. En la vida real no se nota. El tren se detiene en medio del campo.

Las manos arruinadas de los propietarios de las empresas más pequeñas, que los estrechos ojos de pájaro se han zampado como una frambuesa, yacen en su regazo sin saber qué hacer. Dios tuvo un mal día cuando hizo el mundo. Las esposas se enfrentan a su modo a la impotencia, echando mano a los pinceles. Es su arma. Sí, la desesperación requiere de reacciones enérgicas. Se arrastran por calles nocturnas. Las sombras avanzan hacia la estación de trenes. Pintan en los barriles dragones y serpientes con calaveras y tibias cruzadas.

Los estrechos ojos de pájaro de John D. Rockefeller observan las ofensivas inscripciones y los símbolos de la muerte con una asombrada compostura. En *su* mundo, desde *su* deformada perspectiva eso no es más que una nueva prueba de que *su* obra es un gran deber divino, un mensaje, una misión, el progreso. Un diablo frígido recorre, pincel en mano, calles y estaciones. Jesús también ha sufrido, así que el equipo de Rockefeller y su departamento de prensa aprovechan de inmediato la ocasión. El cuerpo de John D. Rockefeller encarna una nueva historia y un nuevo papel. Esta vez, el de víctima. Por fin tiene algo en común con los patriotas checos. El elitismo y el papel de víctima. Una mezcla explosiva. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand se está debilitando a causa de Aurore Dudevant, de soltera Dupin; no sirve para nada, no hace más que lamentarse y ahogar su mente en la autocompasión. De modo que, en lugar de defender su literatura, revisa varias veces la novela. Aurore Dudevant, de soltera Dupin, es quien, sentada detrás del escritorio,

empieza a odiar a la protagonista de la novela. Dudevant y Sand se espían mutuamente.

Alfred de Musset se divierte con esa microsituación. Según él, es como ahogarse en un vaso de agua. Eugène Delacroix percibe las luchas interiores de su amiga con mucha más sensibilidad.

«Debería defender a Lélia, no a usted misma. Debe enseñarles a leer. Debe defender la libertad creativa, el derecho de la literatura a elegir temas, temas que no complazcan a los ojos de los siglos anteriores. Alguien tiene que abrirles el camino.»

«Esas calumnias infames deben venir de algún lado.»

«Pero, por Dios, ¿acaso importa eso?»

¿Qué implica en el siglo XIX la relación entre padres e hijos? En un siglo de alta mortalidad y trabajo infantil en el que, a menudo, los hijos deben mantener a sus padres. Y ¿qué significa en la actualidad una relación sana entre padres e hijos? Božena Němcová está más cerca de la educación moderna. La relación con sus hijos es excepcional.

Entre padres e hijos suele existir una frontera semipermeable. Están conectados por ligaduras íntimas, pero también separados unos de otros. En una familia sana siempre hay alguien a cargo y los niños deben sentirse bien y seguros.

Božena Němcová comete, de buena fe, un error fatal. En su agotadora lucha por sobrevivir, en su aislamiento cada vez más profundo, se aferra a sus niños; proyecta sus propios sueños en su hijo mayor Hynek y los considera sus mejores amigos. Luchan entre ellos por su afecto. Se sienten excepcionales y más fuertes.

Pero los hijos también necesitan una clara estructura que en este caso no encontrarán. Se acostumbran y no quieren desprenderse de su desproporcionado poder. Hay amor mutuo entre ellos y su madre, pero se origina un caos emocional. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller es un eficiente e incansable pionero. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Nada de fábulas ni poemas nacionales, pragmatismo puro y duro. Nace la época del gran *management*, con sus estructuras de dirección jerarquizada, con especialistas en contabilidad y optimización de la producción. Los patriarcas a la vieja usanza siguen consolidando en todos los demás sitios sus posiciones, pero en el mundo industrial la época de los predecibles patriarcas está llegando a su fin y nadie se da cuenta.

Optimizar la producción se traduce en que la persona no vale nada. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Los provincianos, cuyos nombres nadie conoce hoy en día, por fin se sienten aliviados. La inteligencia, el sombrero de copa, el puro en la comisura de esos labios salvajes y las provocativas botas altas en los pies de George Sand los exaspera. Aunque no son sólo los hombres quienes creen haber encontrado en la novela *Lélia* una explicación patológica de la independencia de la autora y la verdadera razón de sus raras aventuras amorosas. En su opinión, es frígida.

Trigésima primera parada ferroviaria

La hambruna

Al igual que en el caso de la mayoría de los autores extraordinarios, la creación de Božena Němcová se limita a unos cuantos años tormentosos de tensión creativa y estado febril. Ardor y lava. Está debilitada. Escribe cartas al futuro. Espera que el futuro tenga sus ojos, su alma, su corazón; el futuro será diferente, el futuro la entenderá.

Qué ingenuidad tan tierna.

Está sola, mendiga un trozo de pan, saca barriendo con una escoba de abedul lo que hay en la despensa, se come las migas, ruega pequeñas cantidades de dinero. No tiene un mecenas de cuna noble a quien dictarle con autoconfianza y de modo manipulador y señorial listas de objetos que incluyan guantes blancos de cuero, muebles, viajes a París y cubiertos de oro. No tiene visitas; la pobreza de las madres solteras repele. *Su* pobreza no se ajusta a la imagen de una gran escritora.

«A ver si esa chiflada se queda quieta de una vez.»

No aceptan ni una invitación a tomar el té en su casa. Ponen excusas como falta de tiempo, preocupaciones, trabajo, viajes, la familia; por las más diversas razones ningún día de la semana es bueno, tampoco del mes; tal vez el año que viene. Tanto duran las

excusas que ambas partes se sienten incómodas. Božena Němcová empieza a presentir que hay algo más detrás de todo eso. Los artistas, en su momento tan emocionados con la escritora patriótica, ahora tienen miedo. Lleva mucho tiempo sin escribir nada, y lo que ha escrito es banal. Corroboran entre ellos los argumentos para rechazar su invitación.

«De todos modos no tienen ni dónde hacernos sentar, las sillas son tan inestables y precarias, fabricadas para seres frágiles. Hasta Josef Němec sienta su robusta figura en sus bordes. La última vez la silla en la que yo estaba empezó a moverse y se rompió, de modo que terminé sentado en el polvo del suelo sucio.»

Incluso las cartas de Božena Němcová se acortan. Las líneas se comprimen. Las frases ahorran fuerzas. No despilfarran palabras. Las palabras se limitan a informar. La forma adelgaza hasta convertirse en mensajes de desesperación humillada y ruegos desagradables; el ruido del estómago vacío se trasluce a través de las letras. Un inútil pedido de auxilio desde un barco que se hunde. Leen sus ruegos ojos incapaces de descifrar su contenido.

Los examantes sueñan su sueño sentimental sobre aquella mujer apasionada de otros tiempos, la gran autora patriótica, y se alejan. Es difícil culparlos por no ayudarla. Realmente, los saciados no creen a los hambrientos y concentran el apoyo para ellos mismos. Están enfocados en el interés del grupo; se consideran representantes extraordinarios del pueblo checo y sólo ellos están en condiciones de decir quién será su favorito. Božena Němcová «ha estado colaborando» con ellos en la gran tarea.

Los saciados no creen a los hambrientos y los ricos calman su conciencia dándoles de vez en cuando apoyo en especie, no mucho.

Y también con algunas sumas pequeñas, no mucho. Eso sí, no bien terminan de hacerlo, les exigen un agradecimiento de por vida, recibos, informes detallados e informaciones exactas sobre cómo han gastado el monto recibido. Quieren tener a la escritora bajo control. La caridad es cuestión de dominio y poder. La caridad es la forma más perversa de la manipulación.

En el caso de Božena Němcová, el control falla también en este punto. Ella es empática. Siempre comparte hasta lo que no tiene. Poco a poco la va evitando cada vez más gente. Gira la cabeza, unos conocidos en la calle perciben su mirada pero no hacen ningún gesto de reconocimiento. Cruzan al otro lado de la calle. La evitan como si fuera la peste negra para que nadie piense que hacen pactos con ella y aprueban su inmoralidad. Evitan mirar su ropa zurcida y sus zapatos rotos. De vez en cuando la saluda una mano desde dentro de un carruaje con muelles que pasa por la calle.

Sí, quizá sea ingenua. Pero la solidaridad y la conciencia de su demoledora responsabilidad hacia los demás, hacia la comunidad humana y el mundo son auténticas. Esa es Božena Němcová. Tan alejada de sus coetáneos y también de los nuestros.

Božena Němcová está hecha una pordiosera. Los pordioseros repugnan. Los saciados no quieren contagiarse de su desgracia y no cesan de repetir que la culpable de su situación es ella misma. Las reglas y las relaciones de cada pequeña ciudad de provincia son claras y precisas y ella las ha infringido todas.

La hambruna se apodera del hogar.

Durante siglos, palabras como menstruación, parto, depresión posparto, aborto, menopausia y el apetito sexual ligado a esta última no se oían en público. Si alcanzaban la luz del día, se las ahuyentaba e injuriaba con un resabio de terror, relacionándolas con la brujería y las artimañas del diablo. En las cartas personales de Božena Němcová se puede leer, de forma paralela, la historia del personaje novelesco de Lélia. *Lélia* de George Sand es una novela sobre las luchas ocultas de las mujeres no sólo en el siglo XIX. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean.

La heroína es una persona lista, inteligente. Además de empática, es una intelectual a cuyo entorno ni se le ocurre considerarla como tal. Esa palabra no existe. La época sólo conoce la versión masculina, el intelectual. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Qué paradoja. La suma que John D. Rockefeller pagará en Harrods por su sombrero de copa alta y sus mocasines a medida alimentaría a Božena Němcová y a sus cuatro hijos un año entero. John D. Rockefeller adora Inglaterra; el país se asocia al capitalismo brutal, establece un *dress code* de acuerdo al cual cada persona queda inmediatamente alineada a determinada clase social. A Božena Němcová la ignorarían. El pobre John D. Rockefeller, de momento, no compra mucho; vuelve a pedir consejo a su almohada y a la Biblia. Y cada vez con mayor frecuencia también al revólver. Sopesa, reflexivamente, el frío metal.

John D. Rockefeller no come y susurra frases autocompasivas. Se queja de la ingratitud del mundo que garabatea en los vagones y

debajo de su nombre comercial calaveras y tibias cruzadas. No sólo en los vagones, ahora hasta en las paredes de la compañía.

Las pinturas parecen grafitis, una idéntica a la otra, igualitas, usando la técnica del esténcil; el *street art* de un desconocido Banksy del siglo XIX es portador de un mensaje político y las estrellas anónimas del *street art* son mujeres.

John D. Rockefeller hojea el libro de los libros y tras meditarlo largo rato toma una decisión. Concuerda con la idea de un inteligente cambio de táctica. Con la incondicional ayuda de su esposa Cettie y su equipo de consejeros se coloca una nueva máscara para el público. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El hambre de Božena Němcová se ve agravada por otro acontecimiento más. A finales de 1847 estalla en Europa la hambruna y fugitivos no sólo de Irlanda escapan de ella en busca de Rockefeller. Entre ellos hay un joven tenaz, pelirrojo y con pecas. Acabará sus estudios de relojero y controlará el tiempo de Rockefeller, que significa dinero. El pan se encarece de tal modo en todos lados que está por convertirse en un lujo inaccesible.

Suele haber hambre al comienzo de las revoluciones. Descorcha el coraje y las pasiones políticas. El siglo XIX está sentado en el tren, mirando por la ventanilla, se burla de las fechas de los hombres porque su partida de nacimiento es distinta: dura de 1789 hasta 1914. La sublevación contra el gobierno de reyes y príncipes siempre se extiende por Europa desde el París de George Sand, que repite lo mucho que se alegra de que la constitución del año 1830 garantice

el cumplimiento de los derechos civiles. Clemens von Metternich, político del país de Božena Němcová, tiene razón.

«Cuando París estornuda, toda Europa se resfría.»

Europa tose, se suena, estornuda y en el año 1848 busca una cura. Este año es el de la ruptura, el momento en que la lengua se convierte en una expresión de identidad patriótica. Hasta ese momento la existente alianza de los cuerpos se basa en otro fundamento, lo determinante siempre ha sido y es la relación con la tierra, la lengua es secundaria. Hasta la nobleza tiene una tradición diferente, los condes a menudo dicen *ich bin ein Tscheche*. Sólo que, a partir de 1848, serán checos sólo quienes pronuncien esa misma frase en checo. El ropaje de las palabras es lo importante.

También en Alemania el movimiento por la libertad está en su apogeo y la gente reclama los derechos que el absolutismo prusiano les niega. El deseo de libertad es un tsunami y en el año 1848 sus olas arrasan Europa. En cada país y en cada generación el esperanzador tsunami tiene un vestuario y un decorado diferentes.

Los checos del siglo XIX narran a sus nietos y nietas lo que vivieron en 1848. Los checos del siglo XX narran a sus nietos y nietas lo que vivieron en el año 1968. Los checos del siglo XXI narran a sus nietos y nietas lo que vivieron en 1989.

La mamá Božena Němcová se entera en primavera de la noticia sobre la revolución en Viena. Hynek tiene diez años, Karel nueve, Dora siete y Jaroslav seis. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Los estudiantes y sobre todo las obreras marchan durante el mes de marzo, exigiendo derechos políticos y soñando con la democracia. La revolución tiene rostro de mujer.

Božena Němcová sueña el sueño *de ellos* y confía en la primavera vienesa; su mundo está determinado por el Estado de Metternich y eso no es lo que ella quiere. Se deja arrastrar por una lucha vicaria que aparta su atención de las frustraciones de su vida personal. Pero incluso 1848 termina siendo, en última instancia, la revolución de sólo la mitad de la humanidad. Ella se deja arrastrar por la lucha, aunque tampoco ha pasado tanta agua bajo el puente desde los tiempos en que solía estar junto al arbusto de rosa silvestre en Ratibořice y guardaba con miedo un texto para su madre en el armario, debajo de los edredones de pluma.

Una revolución debe realizarse primero en las mentes. Božena Němcová habla al respecto en términos de un renacimiento espiritual. Václav Havel lo llamará revolución existencial.

La primavera y un soplo de libertad. Se publican periódicos sin censura, las caricaturas de los monarcas y los juegos de palabras gozan de popularidad; el canciller y ministro de asuntos exteriores Clemens von Metternich huye de Viena en marzo y, debajo de su caricatura, reza un titular: «Todo organismo requiere movimiento.»

Los funcionarios del Estado policial y burocrático de Metternich son su columna vertebral y su carne. Trabajan a conciencia, cumplen con las tareas encomendadas, no piensan en ellas, ascienden en su escalafón laboral y no se interesan por las consecuencias morales de su trabajo. Los cuerpos cumplen con las órdenes y son plenamente conscientes de tres obligaciones básicas: vigilar, censurar, denunciar. Mientras tanto John D. Rockefeller crea y perfecciona un tipo de espionaje totalmente distinto.

El industrial. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller ya no es un personaje desconocido. Los estrechos ojos de pájaro y la firme marcha de sus relucientes mocasines negros no son anónimos y resultan atractivos. Caminan por el mundo y, a su vez, el mundo los observa detenidamente. Llegan sigilosamente hasta Alemania y, poco a poco, fundan filiales como Siemens y BASF.

Sólo que John D. Rockefeller es un profeta extraordinario, de otro calibre. Es firme como una roca, tenaz como la mala hierba, porque los negocios son una misión religiosa y la convicción de estar cumpliendo una tarea revolucionaria se ha convertido en la sangre de chocolate que hierve en su interior. Llamará misioneros de la luz a los gerentes y a los abogados recién contratados que traman chanchullos y, en la penumbra de su oficina, buscan vacíos y atajos legales. Su religión tiene nombre y una sencilla abreviatura: BB. *Big Business*.

En el caso de Josef Němec, el hambre va acompañada de repentinos cambios de ánimo, irritabilidad, mal humor; se toma el hambre como un ataque personal. Tiene los ojos rojos, bebe cada vez más, mira a su esposa de forma provocadora, como si esperara de ella una reacción de mal genio. Es como un caballo viejo que encuentra solo el camino al establo. Božena Němcová cede sus bocados a sus hijos. Después de tres semanas su cuerpo entra en modo inanición; absorbe energía de los músculos y vísceras. Se produce una disminución de médula ósea, lo cual empieza a poner en peligro su vida. En la mente sólo cabe un tema. Comida.

«Más de un perro malcriado no se comería lo que tienen que comer los pobres y aun así esa comida no los sacia. La de dinero que se derrocha, se pierde en el juego, se invierte en belleza, y la gente se muere de hambre.»

La espalda de Božena Němcová está encorvada sobre la inestable y desvencijada mesa de la cocina mientras la luna se asoma atónita por la ventana. La envía la noche perversa. Una mano flaca moja la pluma en la tinta, tiembla y escribe una sola palabra. Como si hubiera quedado castigada después de clase en el pupitre y copiara una interminable tarea escolar. Los ojos engullen la palabra.

Hambre.

El sueño es un huésped bienvenido y de pronto no escasea. El sueño trae al cuerpo lo que tanto anhela. En épocas de hambre sólo sueña con comida y bebida; los platos son enormes, están calientes, son hondos y están repletos. Los sueños envían el cuerpo a las casas aristocráticas y patricias de Praga a recoger almuerzos y opulentas cenas de varios platos. De día, la mano flaca hojea durante horas los libros de recetas patrióticas; ahora, de pronto, aprecia a Magdalena Dobromila Rettigová.

A Božena Němcová no se la puede catalogar hoy en ningún casillero, y mucho menos en ese entonces. Su independencia es tan natural como la respiración. La pobreza es su fiel compañera y las penurias tienen un origen más profundo. Los ricos se mantienen inconscientemente lejos de ella y no por una cuestión de riesgo político; no se pueden contagiar de su desgracia. El cuerpo de Božena Němcová envejece. En las aceras de los bulevares, bajo los tejados de Praga, se susurra con malicia que ella es la culpable de todo; que no sabe administrarse, que cuánto dinero ha ido

repartiendo, qué cuánto dinero ha despilfarrado, que cuatro veces ha encargado comida a la taberna del otro lado de la esquina, bien merecido lo tiene, ella se lo ha buscado. Los elitistas patriotas checos son moralistas y coinciden en su regodeo; con vanidad y arrogancia se encolumnan en fila india detrás de Němec.

Hacia el final de su vida Božena Němcová ya ni discute con él. Tampoco acude corriendo a la policía imperial real por los golpes recibidos, moretones y costillas magulladas. Le falta energía, fuerzas y tampoco se defiende ya de las monstruosas acusaciones. Josef Němec lo sabe de sobra y toma aprecio al rol de víctima. Bajo esa capa de difamaciones, exageraciones y falsedades se esconde también su propia amargura y hastío de la vida. El público está *con él* y Božena Němcová tiene miedo. Josef Němec grita y le saltan las cuerdas vocales. Con un cuchillo hace un tajo en las mantas de pluma. Las plumas vuelan por la habitación como la nieve de marzo por Viena.

«Eres mi mujer y no vas a rebajarme delante de la gente.»

La hambruna la destroza a nivel físico. El estrés permanente la destroza a nivel psíquico y las disputas son interminables; las ofensas, hirientes; la humillación, minuciosa. Las fuerzas no están repartidas de modo equitativo y ella tiene miedo de Němec porque todo el mundo cree con gusto sus calumnias. Contra ellas no se puede luchar porque anulan la razón y el pensamiento. A la gente le encanta la prensa amarilla y las desinformaciones de todo tipo. Lo único que puede hacer es lamentarse y suspirar.

«Yo quería tener un hombre ante el cual poder inclinarme, que estuviera muy por encima de mí, yo me hubiera sacrificado por él,

pero no he visto en los hombres más que déspotas rudos, tan sólo amos.»

La tumultuosa superficie del agua de la vida no se calma ni siquiera cuando, sólo a petición de su marido, abandona su lengua materna y aprende bien el checo. En el país está teniendo lugar una germanización. En el hogar de los Němec está teniendo lugar una chequización.

Se casa con un Němec.[1] Y él la «chequiza».

Ni siquiera se defiende ante la flagrante injusticia de que su marido le robe sin descaro. Teme pedir ayuda. Teme escribir a su ocasional sostén, el granjero y fabricante de cerveza Josef Daněk, que el dinero que él le envía como ayuda para la manutención de una gran autora, siempre se lo arrebata con descaro su marido para meterlo en su monedero; Josef Němec no lo considera un robo, sino algo obvio. Como señor de la casa tiene derecho al dinero, a todo el dinero, su jarra de cerveza diaria y el paquete de tabaco no son gratis, y él no duda de su derecho como señor de la casa. Un patriota no renunciará a fumar y a beber cerveza.

«¿Es que ya no puedo ni fumar? ¡No te metas en lo que no te concierne!»

«¡Sí me concierne! Sólo hace falta un poco de voluntad para dejar de lado algunas cosas inútiles.»

Božena Němcová naufraga en la incomunicación. La violencia psíquica se recrudece en el hogar.

Trigésima segunda parada ferroviaria

¡Consumo! ¡Consumo! ¿Consumo?

Cuando hace sol, prometen paraguas a la gente. Cuando llueve a cántaros, esconden los paraguas. El mundo de un pobre es diferente al mundo de un rico y Božena Němcová dice que, si somos mendigos, el mundo adquiere otra apariencia para nosotros.

La miseria de Božena Němcová no tiene fondo y los bancos del mundo jamás prestan a quien necesita ayuda; ayudan a quien tiene dinero. Una persona totalmente paralizada no percibe nada. La pobreza graba una marca de esclavitud parecida a la marca de la vergüenza que los romanos grababan a fuego en las frentes de los esclavos más despreciables; Božena Němcová pasa a ser considerada, de forma definitiva, una mendiga de baja calaña.

Después de la muerte de su hijo Hynek escribe relatos; «Pueblo de montaña», «Buena persona», «Una choza bajo las montañas». Promueve el almanaque literario *Mayo*[1] y redacta otro texto más largo, *En el castillo y la aldea aledaña*, que es un pasaje a la novela; el enfrentamiento entre señores aristócratas, la aldea contigua al castillo y el peligro común de la epidemia del cólera. Después de *La abuela* ya no logra reunir el aliento para otra novela. La vida la agota. Remienda, ya no escribe sobre su lucha privada, entre todos

le succionan el alma. La vida de una madre soltera es una vida entre vampiros.

Los niños se hacen mayores, pero ella ya no puede más. Es inmortal en las eternas historias del mundo; en el año 2019 alguien denunciará a una madre soltera con tres hijos por haber ganado dinero extra limpiando sin un contrato; apenas siete mil coronas, aun así le quitan las asignaciones sociales. No puede pagar el alquiler, no puede pagar la comida de sus hijos. Corre el riesgo de que se los quiten. La ayudan unos desconocidos: un matrimonio joven. Va con su hijo en un cochecito y ponen en la mano de la mujer un sobre. Hay veinte mil coronas dentro. Por desgracia lo hacen en presencia de las cámaras de televisión y la envidia de la gente sentada en los sillones de sus cálidas salas de estar no tiene límites. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Después de reunirse con su equipo, John D. Rockefeller cambia la forma de comunicarse. Estudia libros de etiqueta para todos. Finge cortesía. Dirige una nueva oración a una multitud de pequeños emprendedores. Arroja frases como quien lanza puñados de grano a las gallinas, alimenta a las masas con visiones sobre la fortuna y las inversiones rápidas. Los vuelve inseguros, faltos de autoestima, les inculca la idea de que no deben ser creativos ni activos, porque sólo él, un narcisista rico, garantizará su bienestar. No tienen derecho a pensar ni a formular preguntas. A algunos les tiemblan las rodillas y las barbillas de codicia, a otros de miedo. Basta sólo una mirada a esos vacíos ojos de pájaro que no dudan de sí mismos; siempre son los otros quienes se equivocan.

El dictador del mercado saquea todo Cleveland con su primera cruzada. Le bastan sólo tres meses. Tres meses y todos quedan paralizados. Está más allá de su imaginación y comprensión que no se les haga justicia. Si se había firmado una constitución.

Aparte de la propia vida y de la libertad, el valor más alto de la democracia estadounidense: la propiedad. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

A los amigos les interesa sólo una cosa. Cómo es ella en la cama. Alfred de Musset toma un trago de absenta.

«Tiene la suerte de tener un buen amante.»

Lo cierto es que George Sand lo rechaza cuando están en casa y Aurore Dudevant está obstinada reescribiendo su novela.

«No se trata de ningún problema sexual. Se trata de un problema emocional, tiene que ver con la imposibilidad de comunicarse.»

Lélia y George Sand se funden en una sola a ojos del público y una serie de chistes picantes circulan entre bastidores. La palabra frigidez llama la atención de todos y se queda adherida a sus botas. Así como, en el caso de Božena Němcová, a todos les atrae la palabra ninfómana, que se queda adherida a las suelas perforadas de sus zapatos. Las calumnias no se quitan tan fácilmente como el excremento de caballo de los adoquines de París y de Praga.

Němcová es leída. Němcová es un icono. Němcová es una marca. Němcová es la primera escritora checa. Němcová es pobre.

Necesita un rincón tranquilo y una pequeña suma de dinero para sobrevivir de forma modesta y digna. Para asegurarse la pura existencia sin un estrés letal. En definitiva, esas condiciones básicas que define Virginia Woolf en el siglo XX.

Božena Němcová no está sola. Tiene cuatro hijos. Vacía el contenido de su bolsa sobre un mantel descolorido y muy remendado. El hijo toma el dinero y lo coloca sobre su pequeña palma. Božena Němcová observa a su hijo contando las monedas y su mirada desciende hasta los zapatos desgastados del pequeño. La suma que hay en su palma no es suficiente para unos zapatos nuevos.

«Dios mío, de dónde voy a sacarlo.»

Un escritor necesita un entorno donde poder pensar y trabajar sin que otros se metan en su vida. También es imprescindible poder estar solo. Sólo esa libertad es significativa para cada artista.

Božena Němcová tampoco tiene contactos en las grandes ciudades. Y los editores son un asunto en sí mismo. La tradición checa de cómo tratar a los artistas, el arte y la cultura es dolorosa y proviene principalmente del siglo XIX. Božena Němcová se hace oír sólo una vez. Quiere que le aumenten los honorarios.

«Necesito que me paguen.»

«La literatura tiene que servir a la patria.»

«No escribo en nombre de la patria.»

Puede dar la vida en su nombre. Los editores cuentan, a partir de la década de los noventa del siglo XX, con subvenciones para publicar libros; se apoya a la industria de la imprenta. En los autores no se piensa. Todos se prenden del autor como sanguijuelas que se alimentan de su sangre. El autor está en último lugar. No estoy

hablando de limusinas, chalés de verano, apartamentos. No estoy hablando de libros como producto. Estoy hablando de una vida digna para la literatura exigente, para los autores que no quieren doblegarse ni prostituir su talento. Ahí donde nada tienen que hacer palabras como mercado, legible, producto, cantidad de libros vendidos. Desde luego, hay quienes sacrifican su talento por las limusinas.

Estoy hablando de Božena Němcová. El ámbito checo no valora su talento, ella no logra ganarse su respeto. El talento de Ida Tarbell supera la prueba, recibe por cada texto un honorario más alto. Ida Tarbell sabe que no puede escribir cada mes. Entre cada tema importante necesita un año de pausa. De lo contrario, la escritura conduce a la superficialidad. El trabajo profesional merece respeto e Ida Tarbell tira a la basura todo lo mediocre.

El renacer patriótico del siglo XIX recuerda a una enfermedad infantil, algo así como el sarampión en los cuerpos de las naciones. El resurgimiento nacional debe ser un proyecto político aunque no lo pretenda. Pero ninguna sociedad es un fósil, nada de lo que hay en ella es para siempre. Los patriotas, en sus corrales nacionales, realizan el máximo esfuerzo en subrayar *su* propia importancia mundial e histórica, refuerzan sus respectivos egos en el marco de sus aisladas y egoístas naciones.

«La literatura fundacional no niega sus rasgos nacionales y, como un árbol crecido por mérito propio, es la que mejor combina con su tierra. La literatura basada íntegramente en traducciones es un jardín repleto de árboles exóticos. Como un traje folclórico, así de bien le queda la literatura fundacional a su nación.» Afirma Josef Jungmann.

Sí, pero en el arte existen también otros puntos de referencia.

«Cada vez más veo que la poesía es un patrimonio común de la humanidad y que aparece por todas partes y en todas las épocas en cientos y cientos de personas. Una lo hace un poco mejor que otra y nada un poco más de tiempo en la superficie, eso es todo.» Afirma Johann Wolfgang Goethe.

Y yo me pregunto por qué. ¿Qué hay de malo en el alemán? ¿Qué hay de malo en el alemán austríaco? ¿Qué hay de malo en el alemán praguense? ¿Qué hay de malo en la lengua que sea? ¿De verdad se trata de la literatura nacional y la cultura? ¿Es la lengua el centro? Para los alemanes, los austríacos y los suizos, por ejemplo, es la misma, y sin embargo no hay naciones y mentalidades más distintas. ¿O es simplemente un modo más de oponerse a un gobierno odiado?

¿Y qué modo de resistencia hubiesen elegido, entonces, los patriotas del siglo XX contra las nuevas formas de gobiernos totalitarios y autoritarios, como la de los nazis y los comunistas? Por ejemplo. Humillan y degradan la lengua al reducirla a un arma política. ¿Sobrevivirá la obra artística patriótica que, en ese entonces, estaba en su apogeo? Más allá de que lo haga como decorado histórico de la «supervivencia», ¿merece la pena leerla hoy?

Lo esencial es que escribe en checo. Lo esencial no es lo que escriba. Textos simples, como si la lengua no resultara suficiente para expresar algo más exigente. Para qué lee la gente, entonces. La gran mayoría hoy no es analfabeta. La mayoría de las personas aprenden a leer pero no leen, porque no entienden lo que leen. Por qué deberían hacerlo.

Božena Němcová sacrifica su vida por la lengua checa.

¿Debería haber escrito en alemán? ¿En el idioma de su amado padre? Ya fuera su padre biológico o no, ella pertenecería a la literatura europea como Marie von Ebner Eschenbach quien, al igual que Božena Němcová, afirma que el amor al prójimo vive a través de miles de almas, el egoísmo a través de una sola; ¿no es eso algo muy lamentable? Por desgracia Božena Němcová vive en una época en que la lengua se convierte en instrumento de reconocimiento de una nación.

Si hubiera escrito en alemán, los checos no se lo habrían perdonado. Repite que un árbol no se siente en casa ahí donde no puede crecer. Un árbol se siente en casa ahí donde hay riego para él.

Pero existe una posibilidad de independencia más. Creces más allá de tu terreno natal. O bien eres un árbol con raíces cuya copa crece a lo alto y a lo ancho.

O bien arrancas las raíces. Y eres el cielo.

De Božena Němcová se espera que sea una máquina patriótica. Una máquina no recibe un salario. Es una *jukebox*. Echas una moneda, pides un tema, nuestra señora escupe un texto.

No tiene para vivir. No tiene ni para el pan. Toda escritora sabe lo dura que es la lucha en la que se está adentrando, pero no está preparada para un abismo de tal profundidad. Está en una posición de dependencia. Es una esclava de los editores. No le queda otra opción.

Las sanguijuelas se multiplican. Ya no queda espacio en la piel de la escritora. En el siglo XXI gobiernan, aparte de los editores, los agentes literarios. A la escritora se le pide que sea sensible, introvertida, que descifre la época. Y al mismo tiempo que sea una

incansable gestora. La religión de Rockefeller lo impregna todo. Hasta el arte. Incluso el libro es reducido a un producto.

Por suerte el mundo de la literatura es grande y sí, su hogar es el mundo entero. A la escritora checa del siglo XXI la auxilia el extranjero. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El tren atraviesa decorados de agresiones renovadas y deseos de un poder absoluto. La lógica del capitalismo del siglo XIX se está imponiendo. Es imprescindible invertir en la producción y quien no crece está en peligro de muerte. ¿El progreso?

Es pura agresión. Personas como John D. Rockefeller se esfuerzan por dominar el mercado. Su pensamiento controla nuestro vocabulario. Son sus palabras las que dominan los léxicos de los patriotas. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Monopolio. Consumidor. *Big Business*.

La teoría que reduce la interpretación del mundo a la economía afirma que la agresividad codiciosa es imprescindible porque sólo una producción gigantesca reduce los costos y los precios de la mercancía. ¿Para quién? Para los consumidores.

Los siglos futuros buscarán un camino de regreso al concepto de humanidad. Buscarán liberarse de los mecanismos de ese totalitarismo llamado consumo. Intentarán tener una mayor responsabilidad con el mundo y buscarán un léxico nuevo en el que no traqueteen las traviesas del siglo XIX y no partan de las estaciones los descarriados trenes del pensamiento económico pragmático, que ha demostrado ser un ciego callejón sin salida. El ser humano no

está logrando librarse del totalitarismo del consumo ni de la manipulación de la técnica. No está siendo capaz de asumir su responsabilidad, aún no se baja del tren del siglo XIX que sigue precipitándose hacia Dios sabe dónde, conducido por los Rockefeller. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand forma parte de los escritores y escritoras mejor pagados de su época. No es casualidad. A diferencia de Božena Němcová no permite que la asusten ni chantajeen a nivel emocional. Es una incansable gestora. Controla con dureza sus honorarios, que son iguales a los de sus colegas de sexo masculino. Sabe que nadie lo hará por ella y aprende a hacer circular sus obras en el mercado. No oculta que sus novelas son un producto, pero también un medio a través del cual expresa sus propias opiniones. Nada más. No son portavoces de la nación. Dice que el nacionalismo en el arte es ridículo.

Y si tiene que definirse, se percibe como autora de novelas de crítica social. Le indigna la desigualdad entre hombres y mujeres, entre la riqueza y la pobreza. En eso coincide con Božena Němcová. Y los obreros y los granjeros empiezan a ser, poco a poco, los héroes de los libros. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

¿Cuál es, concretamente, la tarea nacional que debe cumplir Božena Němcová en la monarquía austríaca? ¿Por qué eso conduce al

sacrificio su tarea humana y artística? ¿En nombre de qué causa sagrada tiene que sufrir? ¿Por qué se subordina?

Siempre te subordinas cuando tienes hijos, cuando los días y la miseria van agotando tus fuerzas, cuando alguien pretende saber mejor que tú cómo sacarle provecho a tu talento. Sola en todo. Aun no estando casada y sin tener hijos, escribir es agotador.

Sí, la palabra persona va perdiendo color y desaparece. Nace el consumidor.

En el siglo XIX comienza la automatización. La dependencia de la empresa respecto a ese factor inseguro llamado personas se reduce. Ese factor tan difícil de mantener en orden. Y a John D. Rockefeller el orden y el método le gustan mucho. No vuelve a despilfarrar palabras. Shhhhh.

George Sand publica, primero, fragmentos de sus novelas en proceso de escritura en revistas. Lanza el anzuelo y engancha al lector con la caña de una trama intrigante, comprensible. La burguesía está sentada junto a su desayuno, bebe té o café, mordisquea esponjosos pasteles con sabor a mantequilla y forma de medialuna llamados cruasanes y, a causa de textos como los que escribe George Sand, ha empezado a devorar revistas, además de los periódicos.

Por la mañana, las bien alimentadas manos hojean impacientes y los ojos, recién expulsados del sueño, buscan el nuevo fascículo por entregas. Lo disfrutan aún más en círculos de lectores; bien entrada

la tarde o al anochecer las mujeres parisinas se reúnen con sus pastelitos franceses junto a las revistas en los salones y se leen entre ellas en voz alta. La obscenidad les despierta una leve y superficial indignación. En presencia de hombres, cumplen con la condena obligatoria de las escenas sexuales, tirando la revista a un lado de forma aparatosa. Y al día siguiente los ojos buscan y siguen leyendo con impaciencia. Las criadas recortan de esas revistas tiradas y destinadas a que se prenda el fuego con ellas la novela por entregas; guardan cuidadosamente los recortes en la Biblia.

Engullen y consumen las páginas en privado; está de moda condenar públicamente tal literatura y achacarle su moral corrupta. La curiosidad, una vez despierta, ya no se atenúa. Los lectores y las lectoras esperan con ilusión la siguiente entrega de la serie. La serie ha llegado a su fin y es tiempo de que tenga formato de libro. Y de obra de teatro. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Sí, el cuerpo de Božena Němcová, de soltera Panklová, forma parte de la Confederación Germánica, una alianza política de los países germánicos, entre los años 1815 y 1866; Prusia, Baviera, Wurtemberg, Sasia, Hannover, Austria. La unión surge durante los bailes organizados en el congreso de Viena. Sí, en el año 1819 los ministros pasean por las sendas austríacas de los balnearios de Karlovy Vary. Acuerdan sesenta artículos de una tajante resolución; entre otras cosas, exigen prohibir la libertad de expresión, la censura de toda la prensa y el cese profesional de los maestros liberales que influyen en los estudiantes con sus posturas. El mundo académico y

el pensamiento crítico en general les irritan lo suficiente como para reforzar el control sobre las universidades.

Defienden sus poderosos imperios monárquicos de la infección de las siempre peligrosas revoluciones, y en 1830 Europa queda electrizada por una nueva ola, otra vez proveniente de la Francia de George Sand. Creen que salvarán la unidad y el poder bloqueando las primeras insinuaciones de independencia nacional; perciben la Austria multiétnica como una sola nación que sirve de ejemplo al mundo. La nobleza y los monarcas están principalmente en contra de los parlamentos, y si lo que se desea es modernizar el Estado, que sea sólo desde arriba, a nivel burocrático, de una forma centralizada. Clemens von Metternich es un político talentoso y cree que es posible reforzar la autocracia. Cree en el absolutismo de las grandes potencias. Y al otro lado del gran charco está surgiendo, sin ser percibida, una forma completamente nueva de absolutismo. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Claro, el poder de John D. Rockefeller es absolutista y tampoco le gusta mucho la idea de la libertad para los otros. Establece *su* nuevo orden. Las pequeñas empresas que devora jamás serán compensadas por la justicia.

Estalla una huelga y a él le da lo mismo. Cierra con calma los negocios y los traslada a otra ciudad, a otro país con una mano de obra más barata. Le gustan las sociedades armónicas y estabilizadas. Sus resoluciones son breves. No contienen sesenta artículos, con una frase es más que suficiente. Un mundo de

súbditos obedientes y de gentiles poderosos constituye una vida en eterna armonía.

Trigésima tercera parada ferroviaria

Una pequeña casa entre dos palacios

La apasionada espalda saca pecho; unos senos blancos y pesados se asoman del escote redondo como un pisapapeles de cristal cayendo sobre las hojas ordenadas en la mesa. El cuerpo no se encorva en el pequeño salón tapizado de color violeta, por encima de un escritorio tallado a medida. En el corazón está cicatrizando la herida causada por la primera oleada rápida de críticas de quienes no entendieron. Una noche vanidosa, independiente, libertina de estrellas de cancán empapadas por la lluvia se asoma a través de la ventana. Sobre la mesa echa humo una lámpara de petróleo. Humea durante mucho tiempo y George Sand se levanta renaciendo de sus cenizas. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

En la época de Božena Němcová también se publican notables libros escritos por las manos de sus colegas mujeres. Sus frases no temen elevar al nivel de la realidad las emociones femeninas. El espacio de una novela es la única libertad de una vida no vivida. Sólo en el año 1847 se publican tres libros así. Bajo seudónimos masculinos. Un trío de cuerpos de vírgenes tuberculosas se esconde tras ellos y su padre es el reverendo Patrick Brontë.

Charlotte Brontë. Anne Brontë. Emily Brontë. No idealizan la educación y la adolescencia; sus vidas son un fragmento de posibilidades presentidas. Sus novelas se llaman *Jane Eyre. Agnes Grey. Cumbres borrascosas*. A excepción de *Jane Eyre,* los textos se difuminan en su tiempo; abren temas que los círculos masculinos no consideran dignos del arte, menos aún los considera verosímiles.

Los libros, en general, son muy pacientes. Saben esperar. Esperan un contexto moderno. La vida de los libros no es cerrada, no mueren y se esfuerzan por generar impacto en cualquier momento. Están presentes cada vez que un lector los abre. La verdadera literatura sólo conoce la palabra presencia.

El siglo XIX pretende formar a una muchedumbre homogénea. Educa a las masas para el siglo XX. Las masas invocarán el poder en nombre de un líder, se llame como se llame, Hitler o Stalin, por ejemplo. Cada dictador logra convencer al mundo de estar cumpliendo una misión religiosa, persigue una tarea revolucionaria, dar forma a un futuro mejor.

Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Božena Němcová vive en la atmósfera del siglo XIX, en la atmósfera de las nuevas palabras monopolio, consumidor, sociedad de masas, de las que no es consciente. Franz Josef vive en la atmósfera del siglo XIX, en la atmósfera de las nuevas palabras monopolio, consumidor, sociedad de masas, de las que no es consciente. Se levanta cada día al amanecer, a las cuatro de la mañana. Desayuna kiflis y *Wiener Melange*, encorva su espalda y procesa montañas de

interminable correspondencia con pedantería, con paciencia, una hoja tras otra. No se fija en las criadas checas.

Las criadas checas se cuelan en los sueños de los hombres vieneses. Los vieneses se cuelan en los sueños de las criadas checas.

Sigmund Freud no los analizará en un contexto más amplio. Entiende los sueños de las mujeres como deseos eróticos reprimidos. Erotismo y sexo. Qué otra cosa interesante puede haber en el cuerpo y la vida de una mujer. Las mujeres del siglo XIX se desmayan a menudo. La impotencia por no poder cumplir con el sentido de su propia vida, la sensación de inferioridad por ser una persona de segunda categoría conducen a un conflicto en el alma y a enfermedades psicosomáticas. Sufren y se debaten entre lo que desean y lo que se les permite. El mundo no es como les gustaría que fuera, entonces le dan la espalda. Las mujeres en el papel de trágicas estrafalarias. Les gustaría arrojarse al mundo, pero el mundo no las quiere, de modo que regresan a su soledad, a su neurosis, a sus desmayos. Pierden su libertad de acción. Son culpables, pero no saben de qué.

Y al revés. Los culpables sin conciencia nunca son neuróticos.

Si los cuerpos masculinos fueran expuestos a tantas frustraciones, impotencia absoluta e injusticias como los de las mujeres, no despertarían nunca del desmayo.

Charlotte Brontë trabaja de institutriz. Envuelve en la historia de la valiente Jane Eyre su propia experiencia, enriquecida a nivel literario

con pasión y un final feliz. Un *happy end* hasta el fin de los tiempos es igual al repique de campanas de boda. El matrimonio con el hombre amado aporta a la heroína seguridad (financiera). Al igual que *La abuela* de Božena Němcová, *Jane Eyre* puede ser leída, a través de la mirada de Sigmund Freud, como una sublimación de las emociones y fantasías sexuales reprimidas; vidas no vividas y sueños incumplidos se vuelven realidad en las páginas; las soluciones se encuentran en la novela, no en la vida.

Una novela como un sueño cumplido y Charlotte Brontë suspira.

«Estoy canosa, vieja, consumida, agotada. Pronto cumpliré treinta y uno. Mi juventud se ha desvanecido como un sueño. He dejado que mi juventud transcurriera sin provecho.»

Las hermanas se crían, entre brezales, en una casa parroquial. Charlotte Brontë tiene cinco años cuando fallece su madre. Y sus dos hermanas mayores, Maria y Elisabeth, morirán de tuberculosis como consecuencia del abandono y «la educación».

Lo peor no es la fría y húmeda casa parroquial con agua podrida. El verdadero infierno es la caridad amorosa; la institución caritativa que educa a las hijas de los pastores ingleses. La escuela con internado se llama Cowan Bridge. Todas las hijas del reverendo Patrick Brontë pasan la infancia allí. *Jane Eyre* describe la vida tras los muros del internado de un modo tan convincente que, tras la publicación del libro, todos los directivos de la institución dimiten y, por si acaso, trasladan su famosa empresa benéfica a otro lugar.

Para comer hay puré de avena quemado, patatas podridas, un pan negro y duro que parten con una piedra, y de vez en cuando, queso en mal estado. Camas húmedas, corriente de aire helado en los dormitorios, en invierno sabañones escondidos bajo una fina manta

agujereada. Amenazan a los niños con el infierno y los torturan con interminables sermones sobre los castigos a los pecadores. Las palizas con escoba de abedul y bastón de junco son de lo más habitual; hay que echar del cuerpo de las niñas al diablo de *su* género. El resultado es un adormecimiento de las emociones y de los sentidos, la autorrepresión. Maria y Elisabeth son las mayores y mueren pocas semanas después de regresar a casa. Como consecuencia de permanecer en una escuela con internado temerosa de Dios.

No sobreviven al internado y al ver sus cuerpos torturados su padre se convence y, de inmediato, libera a las hermanas menores; las hermanas restantes por fin pueden regresar a casa. El padre es protestante. Por suerte no es un sádico.

Cuando, por fin, John D. Rockefeller podría estar durmiendo profundamente, una vez más el pobre no puede conciliar el sueño. Se levanta. Su cuerpo ya no es modesto; se pone con satisfacción su bata azul oscuro con su monograma bordado y se pasea de noche por la casa. Es domingo. Odia el silencio de los domingos, los comercios cerrados. No soporta a la gente que corretea por las calles sin nada que hacer. Hasta su forma de caminar difiere de la de los días laborables. Andan sin rumbo y, en el caso de tenerlo, desde luego no se apresuran. Y, al anochecer, hay borrachos que se tambalean por las calles.

Todos los domingos su madre les gritaba que no se ensuciaran. Cuando era pequeño, sus padres discutían cada domingo. Aunque, por lo demás, eran personas ejemplares.

«¡Sal a dar una vuelta!»

Decía su madre si él le rondaba. Y le daba una moneda para que se comprase caramelos. Nunca se compró nada. Fue al bosque y plantó su moneda.

Se sienta en un mullido sofá que hay en la biblioteca. Los estantes de roble están llenos de preciados ejemplares que su mano no toca y sirven para atrapar el polvo.

Todos los chalés de los magnates del petróleo están amueblados de manera similar; la decoración sólo difiere en cuanto al precio, el gusto y la ambición. En cada sala de lectura estadounidense empiezan a verse colgados, de forma paulatina e irrevocable, óleos de pintores franceses e italianos. Y también pinturas al óleo de la época de los pioneros estadounidenses, para cumplir con el esperado amor a la patria. El cuerpo de John D. Rockefeller duerme en un mullido sofá del siglo XVIII importado de Francia, entre retratos de indios y vaqueros. El cuerpo se despierta y tarda un rato en hacerse idea de dónde se encuentra. Le molestan los cuadros de las paredes y los libros en las estanterías. Le son indiferentes pero su esposa Cettie insiste en tenerlos ahí debido a las cada vez más frecuentes visitas oficiales.

Los Rockefeller de los próximos siglos cambiarán los cuadros por costosas pinturas europeas impresionistas, expresionistas y abstractas. Como mínimo por unos Maurice Utrillo o alguna Riviera francesa de Raoul Dufy. Tampoco faltará un pequeño desnudo femenino (y si es un Auguste Renoir, mejor). Los de estilo más exigente echarán mano de un Amedeo Modigliani. Un Pablo Picasso de vez en cuando.

Y sus bisnietos colgarán una ampliación enmarcada de Arnold Schwarzenegger en paños menores sobre un caballo blanco y con un puro en la mano. Hasta los presidentes se harán fotos medio desnudos; los músculos entrenados pueden hasta con el oso.[1]

Las inversiones que empapelan las paredes de su casa no son lo esencial para John D. Rockefeller. La misión religiosa continúa. Su inquietud quiere extender su control por todas partes, quiere imponer su propio método y reglas no sólo al flujo de la sangre petrolífera de chocolate sino, idealmente, al mundo entero. Su patria está allí donde haya beneficio. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Un rico vienés está tendido sobre un diván en Viena y encima de él también hay un cuadro colgado. Una viuda pobre y joven está sentada sobre un colchón de paja en una habitación de buhardilla con dos niños pequeños; la cabeza inclinada sobre la costura. El cuadro de Peter Fendi es de 1836 y el adinerado vienés narra su reciente e inquietante sueño.

«Entre dos magníficos palacios se alza al fondo una pequeña casa blanca. El portón está cerrado. Mi mujer me acompaña por la calle hasta la casa, abre la puerta de un golpe. Y yo me cuelo dentro con rapidez y ligereza. Allí hay un patio que se inclina hacia arriba.»

Entrar en habitaciones estrechas, abrir puertas cerradas será, alguna vez, el símbolo sexual favorito de Freud. Sigmund Freud descifrará en el sueño un intento de acceso carnal por atrás, entre las preciosas nalgas del cuerpo femenino. La entrada estrecha e inclinada es la vagina. El durmiente que sueña no penetra sólo por

respeto a su esposa católica y temerosa de Dios. Sigmund Freud pedirá detalles sobre la vida de la familia y dará una palmada.

«Pero si está más claro que la luz del día. El día que tuvo usted ese sueño entró en su casa una joven institutriz checa, y le gustó a usted enseguida. Se imaginaba usted que no opondría resistencia.»

«Y ¿qué me dice de la casita blanca entre dos palacios de nobles de Viena?»

«La casa pequeña entre dos palacios proviene, probablemente, de sus viejos recuerdos del Hradčany, la zona del castillo de Praga, y remite a la misma muchacha, ya que es originaria de esa ciudad.»

«Entonces, qué alivio.»

Y ya está. Yo, en cambio, no siento alivio. El abuso sexual por parte del señor de la casa y las violaciones forman parte del riesgo tabú de la profesión de institutriz. La única profesión que puede ejercer una mujer inteligente y educada. No es de extrañar que, dejado atrás el siglo XIX, las mujeres de la primera mitad del siglo XX estén inquietas y cansadas de esas promesas de emancipación que no llegarán a realizarse. Las jóvenes oficinistas vivirán, entonces, en sus propios cuartos con bonitos muebles. Representarán a la nueva clase, la de los oficinistas. Pero no sólo ganan menos que sus compañeros hombres; ganan menos que los obreros. Y además deben vestirse bien, tener una buena educación y colarse en los sueños de los jefes. Desean vivir libres. Sólo que si no quieren acabar en la pobreza, pasar hambre y tener que ganar dinero extra sobre un colchón de paja en una habitación de buhardilla, tienen que ocuparse de buscar marido. Y en cuanto tiene marido, la joven mujer emancipada y empleada se convierte, de inmediato, en algo distinto. El apoyo de la carrera de su marido. La sangre de chocolate

del siglo XIX aún late en nuestras venas. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El personaje de Jane Eyre también es institutriz. Resuelve su vida de un modo práctico. Es decir, se casa. Se casa con su marido amado que antes había sufrido la tortura de una esposa loca, en un momento en el que él está indefenso y ella puede cuidar de él; el hombre pierde la vista en un incendio. Jane Eyre sale de los conflictos intacta y más fuerte. Su autora Charlotte Brontë, joven e introvertida institutriz, intenta vivir una vida libre en la lejana Bruselas. Se enamora de un hombre casado y se pasa años escribiéndole interminables cartas; su esposa corta de raíz el platónico contacto. Charlotte Brontë educa a niños malcriados de familias ricas que entienden, por instinto y con mucha rapidez, que con *ese* cuerpo pueden ser impunemente crueles.

Charlotte Brontë acostumbra a llorar sobre la almohada en su habitación, toma aire y escribe en secreto una novela sobre sus vivencias y experiencias. Es tímida, está desgarrada por sus permanentes dudas y sentimientos de inferioridad. Las dudas son fieles compañeras de las mujeres. Y también la humildad con que se adoctrina a los cuerpos de las mujeres desde que nacen.

La novela es una visión emotiva y verdadera de la vida de una mujer. Un libro con un lenguaje literario auténtico no cumple ninguna función, y mucho menos patriótica. Precisamente por ello cobra, de forma inesperada, un significado no literario: un amplio impacto social. Llama la atención sobre las terribles condiciones laborales de las mujeres jóvenes en Inglaterra, sobre su miseria, su

desesperación. Las institutrices se encuentran en tierra de nadie, son invisibles, nadie las defiende. Quedan atascadas en un espacio intermedio, en algún lugar entre los señores y la servidumbre. Para los señores son demasiado pobres e insignificantes, para la servidumbre han sido educadas en exceso. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El anillo de dragón está tirado sobre un papel en blanco. La tinta en el tintero plateado se está secando y tiene el color oscuro del chocolate. Sobre la hoja abandonada hay una mancha de tinta seca que parece una gota de sangre. George Sand está sentada, sin moverse. En el rincón de su despacho violeta hay una enorme maleta hecha que tiene una amarillenta etiqueta turística. Hasta ella vive por un instante el horror que le sobreviene a todo escritor si no se cuida lo suficiente. Es el año 1834 y por primera vez en su vida no puede escribir. Está agotada por el trabajo, la pasión, los sentimientos, las discusiones y su intensa relación con Alfred de Musset.

Afuera truena. Despierta de su ensimismamiento. Tiene la mirada fija en la lámpara de petróleo. Al lado de la lámpara hay una bandeja de plata con los cruasanes que ha horneado la Criada Checa. La lluvia de octubre golpea las ventanas.

El lluvioso silencio es interrumpido por un ruido al otro lado de la puerta. La voz de Alfred de Musset es burbujeante como una ducha al aire libre. Lanza con energía su capa empapada y su sombrero ancho en dirección a la Criada Checa. Irrumpe en el despacho de George Sand como una gran inundación, se fija en los cruasanes.

«¿Qué es eso?»

«*Croissants au beurre*.»

Alfred de Musset muerde con avidez una de las medialunas hasta ahora intactas. Dar vueltas constantemente en torno al equilibrio interior de una de las partes supondría una tensión insoportable en cualquier pareja. George Sand no da un suspiro profundo. Está decidida.

No acaba de fumar su puro. Posa el aroma a tabaco sobre un cenicero de cristal. Se coloca su anillo de dragón en el dedo medio. Reprime el deseo de levantarse y abrazar al cuerpo de hombre. Está rompiendo con Alfred de Musset y esta vez es de verdad.

Está agotada y no puede escribir.

París está rodeada de peñascos de nubes. La tenue luz del sol atraviesa el cerco. Tiene que desaparecer del alcance de Alfred de Musset para deshacerse de su influencia destructiva. Deja en el apartamento parisino a la Criada Checa con la escoba de abedul y una deliciosa masa de hojaldre. Se marcha al castillo de Nohant.

John D. Rockefeller entra en la estación con sus mocasines negros y, sin vacilar ni un instante, entra con rigurosa precisión a *su* vagón. Viaja por el país entero sólo con una pequeña maleta de mano en la cual lleva su Biblia, la almohada, el revólver. Le resulta rentable viajar en tren. Cuando corra el año 1877 tendrá bajo su dominio no sólo el noventa por ciento de las compañías petrolíferas americanas. Tendrá bajo control bancos, minas de carbón, aseguradoras, minas de hierro.

El revólver de Rockefeller pone en marcha unos juegos olímpicos sin reglas claras. Todos los competidores intentan destruir a los demás. La industria estadounidense aventaja a sus competidores, Gran Bretaña, Francia, Alemania. El número de habitantes de los Estados Unidos se duplica tras la muerte de Božena Němcová, entre los años 1865 y 1900; el difunto sueño americano vuelve a atraer a multitudes de emigrantes económicos de Europa, quienes vagan con una maleta en la mano, deslumbrados por los ferrocarriles y el telégrafo. Los estadounidenses patentan medio millón de descubrimientos industriales. La palabra patria sigue dándole igual a la técnica y al dinero. La electricidad, el teléfono. Thomas Alva Edison, Alexander Graham Bell.

Un día Rockefeller se queda un poco (no mucho) aturdido, cuando la rentable lámpara de petróleo comienza a ser desplazada del mercado por la bombilla. Es una vacilación apenas perceptible. Antes de la siguiente campaña victoriosa, en la que andará bailando claqué por el mundo entero; y esta vez bailará una polka vertiginosa cuando el primer coche salga del garaje.

Rockefeller se queda un poco anonadado (no mucho) cuando, al principio, sólo se fabrican coches a electricidad; funcionan en el tráfico de las ciudades, incluida Viena. Los coches eléctricos lo ponen nervioso, aunque el país todavía desconoce las gasolineras. Expulsará a los coches a electricidad del siglo XIX, no le aportan ningún beneficio. El bicho de chapa necesitará *su* gasolina y ni una palabra más.

Sin duda se las hubiera apañado en el siglo XXI, que se ha convertido en la sentencia de muerte para el carbón y demás combustibles fósiles, antes de que puedan destruir el mundo. No se

construirá ninguna central eléctrica a base de carbón. Los Estados del mundo tienen que prescindir de él. A la gente joven que acude a manifestaciones por la protección del planeta y *su propio* futuro la etiquetan de terrorista. Los verdaderos terroristas que controlan la industria fósil y cuyas propiedades no pueden ser expropiadas nunca se enfrentan a un juez. Los Rockefellers de la industria fósil deberían ser condenados a cadena perpetua. En una cárcel sin aire acondicionado.

El siglo XIX empezó a soltar emisiones y a sobrecalentar el planeta de un modo alarmante. El siglo XXI se está ahogando con sus emisiones y construye centros de refrigeración. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El espacio en común del siglo XIX queda clavado en los genes. Desde entonces la gente va de aquí para allá con sus trajes folclóricos invisibles. Los checos y los austríacos tienen la misma mentalidad. En el siglo XXI, en los corazones de muchos europeos se despierta el sueño olvidado del siglo XIX. El sueño patriótico. Un sueño sobre la singularidad de una nación.

Los sueños y las fábulas de los revitalizadores nacionales retornan, se van bajando desde los desvanes las maletas de la abuela cubiertas de polvo, se desempacan los decorados mientras recuerdan trucos de magia olvidados que sólo causan efecto ante un público delimitado por las fronteras.

También en las metrópolis austríacas se ven, en el siglo XXI, cuerpos de mujeres vestidos con *dirndl*; esta vez de marca, sexis y a precios desorbitados. Y los hombres se ponen pantalones de cuero

cortos con puente y van a pavonearse a los bares con sus calcetines largos. De ese modo les da menos miedo el mundo incierto, líquido, globalizado. Los animales se marcan a sí mismos y a su territorio reforzando así la vieja identidad. La nación se alinea en una columna. El individuo deja de tener miedo, se mezcla entre la muchedumbre patriota, se distingue de las masas extranjeras. El nacionalismo fanfarrón es aterrador. Los derechistas disfrazados de nacionalistas son aún más aterradores. Vienen navegando en oleadas populistas desde el siglo XIX. Sobre olas bélicas. Nosotros contra el resto del mundo. Ellos y nosotros.

Cambio de vías

Sexta parte

Trigésima cuarta parada ferroviaria

Agentes a sueldo

Es el año 1848 y Božena Němcová tiene veintiocho años. O no. En cualquier caso el año de los ochos supone una gran bocanada de aire; han pasado ocho años desde el momento en que sostuvo en sus manos el primer libro en checo. Cedió, aprendió la lengua, se ha enamorado de ella. La consciencia de una tarea patriótica conjunta y, ante todo, la esperanza de justicia social hace que, por un corto tiempo, los Němec también se sientan cerca. Por vez primera tienen la sensación de estar unidos, Josef presenta su candidatura para diputado en tiempos de tormentas revolucionarias. Se siente importante y quiere ir a Viena.

«¡Sois checos, tenéis la constitución, tenéis vuestros derechos!»

Božena Němcová apoya a su marido en la lucha preelectoral y lo acompaña al son de la música y ante una avalancha de serpentinas ondeando. Después de la vida misma, la libertad es el valor más alto. Difícil de explicar a los campesinos.

«Mi marido quiere el bien para ustedes. No se dejen engañar por las palabras bonitas de los demás.»

Poco a poco, va perdiendo sus ilusiones frente a los votantes checos. Uno por uno están yendo a votar al ayuntamiento. Diferentes trajes folclóricos, diferentes dialectos, carretas tiradas por

bueyes, caballos, barro, fango y el valor más importante para ellos es la propiedad. No entienden el fervor patriótico de Josef Němec, mucho menos el discurso de su mujer sobre la libertad, aunque hablan la misma lengua checa. La práctica del patriotismo es un fuego fatuo.

«Muchas luces han brillado en el camino de mi vida, pensaba que se trataba de la luz de una estrella, pero sólo era un fuego fatuo que me habría llevado hasta las ciénagas.»

Božena Němcová se agita y finalmente estalla de impaciencia, no ve la salida y otras calaveras duras e incrédulas se apiñan a su alrededor. Les va hablando a cada una e intenta convencerlas, en vano, de valores abstractos.

«No empecemos con las grandes palabras, sino con acciones pequeñas pero persistentes. Y seamos nosotros quienes las iniciemos. Es lo más fiable.»

No hablan la misma «lengua». Y Božena Němcová teme que, un día, sus descendientes no sólo tengan un motivo para reírse, sino también una razón para sentirse avergonzados.

«¡No es propio de ninguna persona que se precie humillarse y arrastrarse! ¡Ninguna proclamación, ningún compromiso, ningún programa, ninguna asamblea liberará a un pueblo cuya mente esté atada!»

Božena Němcová llega a Praga disfrazada. No opta por ropa de hombre. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand en 1848 apoya moralmente a los republicanos, aunque sobre todo a nivel financiero. Su voz tiene, a diferencia de la de Božena Němcová, un impacto internacional. Se convierte en una

voz autorizada, pertenece a la élite, goza de respeto; se alinea entre las grandes personalidades intelectuales de Europa, mantiene amistad con el anarquista ruso Michail Alexandrovič Bakunin y con el filósofo italiano Giuseppe Mazzini. Discute con ellos, los contradice.

La primera Dieta Constituyente de la Monarquía de los Habsburgo se celebra en Viena. No se trata de un acto innovador en el camino hacia una monarquía constitucional, ni en el de las reformas, ni en el de la libertad. Diferentes trajes folclóricos, diferentes lenguas, las colas de los vestidos largos, plumas ondeando en los sombreros, lazos de colores. Uno de los presidentes es un honorable señor de Bucovina que no entiende ninguna lengua; habla tan sólo un dialecto del rumano y está muy orgulloso. Se celebra una asamblea que carece de una lengua en común. No se entienden. La libertad naufraga por la incomunicación.

Ninguno de los señores piensa dar marcha atrás. Cada uno intenta imponer su propia lengua como un arma; es una cuestión de orgullo patriótico. Los une la resistencia ante la lejana «Viena», pero en cuanto sus cuerpos se encuentran en ella, el demonio de Viena se va desvaneciendo; al fin y al cabo, los vieneses y las vienesas no son más que personas.

La Dieta se convierte en Babilonia. En la distancia, todos los patriotas parecen colmados de ilusiones compartidas, bélicas, cuando están cara a cara y se miran a los ojos se sumergen en otro tipo de reyertas; los campos de batalla del honor personal. Nadie está dispuesto a llegar a un acuerdo, porque un acuerdo significa la derrota «nacional».

Se oye una propuesta para imponer el alemán como lengua oficial provisoria. La propuesta cae sobre ellos como una granada. Ignoran la propuesta a pesar de no poder comunicarse de otro modo en ese momento dado. Presos del santo fervor patriótico de los resurgimientos nacionales gritan ferozmente sus consignas y demandas. Le sacan brillo a los intereses de *su* nación, soplan sobre sus llagas, sacan pecho con las leyendas sobre la peculiaridad de su patria, y nadie les entiende.

El patriotismo lleva a la persona a un rincón extraño y sin salida. No busca las conexiones, busca tan sólo las diferencias. Limita peligrosamente la visión del mundo que es grande y variado. Se pone las gafas de una perspectiva limitada y con muchos prejuicios. En los próximos siglos, los ojos se volverán ciegos ante los problemas que afectan a toda la humanidad.

Los participantes de la asamblea tropiezan con la palabra patriota, tropiezan con la idea de los renacimientos nacionales. El patriotismo sano no les resulta suficiente y el concepto de cultura europea es para ellos un insulto. Y así pierden una valiosa y fundamental oportunidad de cambiar algo juntos en la Dieta. Sólo se enfocan en el vagón en el que van sentados. No saben que forma parte de un tren.

John D. Rockefeller, mientras tanto, mira atentamente a su alrededor y permanece en silencio. La mirada de los estrechos ojos de pájaro no conoce límites. Ya tiene agentes a sueldo infiltrados en todo el mundo y la misión no se acaba nunca. Paso silencioso tras paso silencioso, paso silencioso tras paso silencioso se apodera del

mundo; sigue sin embarrarse ni perder el tiempo con conceptos como patria, nación, lengua materna.

Él exporta.

La exportación no necesita de algo tan restrictivo como un resurgimiento nacional.

Las llamas de sus lámparas de petróleo iluminarán los palacios de toda Europa; iluminarán también las habitaciones burguesas y las de las humildes chozas de los pueblos. Dona millones de lámparas de petróleo a China. Cientos de millones de ojos chinos observan esa rareza; recuerda los lados redondeados de las antiguas vasijas de porcelana. Hay lámparas de petróleo sobre millones de mesas familiares chinas y no humean. Ninguna fuente de luz ilumina el mundo chino con su fina llama. La llama no flaquea ni se apaga con una corriente de aire. Millones de manos trasladan la lámpara de un rincón a otro y la elevan hacia el cielo. Una mano china se extiende hasta la lámpara de mecha. Quita el cilindro de vidrio. El alto cilindro recuerda a una chimenea. La mano china no rellenará el queroseno que tiene un olor penetrante. Las familias chinas no disponen de petróleo.

Los vecinos se visitan a oscuras y se cuentan leyendas sobre la misteriosa palabra petróleo. Que cuando cae una gota, huele durante mucho tiempo. Que la parte superior del cilindro suele calentarse y no hay manera de quitar el ardor y el hollín que ensucia el techo. Que, después de encenderlo, hay que volver a instalar el cilindro de vidrio. Que la llama puede volverse muy amplia y llegar hasta el cielo. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El intercambio democrático de opiniones les resulta ajeno. Por lo tanto no se pondrán de acuerdo en lo que respecta a una constitución democrática que incluya derechos civiles básicos y pueda parecerse a la Constitución de la Francia de George Sand o a la de los Estados Unidos de América de John D. Rockefeller.

Pero veo que hay alguien que se alegra después de todo. La Dieta Imperial Constituyente de la monarquía de los Habsburgo deleita a los ojos de los pintores vieneses. La Dieta, en la que participan 383 diputados, parece una feria de lo más variopinta y un carnaval de Venecia. A los pintores se les desorbitan los ojos de alegría y sus paletas rebosan de felicidad; los cuerpos de los diputados están vestidos con trajes de caballeros, trajes folclóricos de colores vivos, boinas, sombreros de punta, largas túnicas de popes griegos y dignatarios católicos, pantalones anchos, pantalones estrechos, pantalones cortos, faldas de lino, tapados de piel de oveja marrones y largos que llegan al suelo. Qué belleza. Una *fashion week* vienesa.

Son, sobre todo, los estudiantes vieneses quienes, mientras tanto, formulan con mucho fervor propuestas de cambio y libertades democráticas. La juventud vienesa está francamente aterrada por la Dieta; desesperada por la incompetencia de los torpes oradores que ni siquiera son capaces de acordar una lengua de comunicación. La mayoría de los participantes se pasean alegremente, ostentan su plumaje de pavo real nacional, no entienden la lengua de los demás parlamentarios.

Todo intento es inútil. Los estudiantes y las obreras de Viena han salido a las calles, se han opuesto a la monarquía y ahora los campesinos les dicen, en tono conciliador, que, como están

deslumbrados con Viena, entonces la ciudad sí que existe de verdad. Una asamblea de sordomudos.

Aunque sea poco, los estudiantes vieneses consiguen imponer algo, a pesar de todo: los derechos para los labradores.

Las cocineras y las doncellas de origen checo trabajan con ímpetu. Cocinan, hornean, fríen, hablan alemán y checo, hacen las camas, rompen cestas enteras de huevos y hojean los libros de recetas de Magdalena Dobromila Rettigová. Para ellas, la más grande escritora checa de todos los tiempos.

El filósofo y revolucionario alemán Hermann Müller-Strübing es condenado a muerte en la década de 1830, en 1849 vuelve a tener problemas y George Sand lo esconde, gustosamente, en el castillo de Nohant. Oficialmente, el hombre está ahí en calidad de tutor y enseña en la finca francesa alemán, latín, piano. Le gusta la señora de la casa, es un alma perteneciente a una bandada de ocas migratorias, una amazona infiel y al lado de sus herramientas de escritura yace un molde de su mano. Las flores llaman la atención sobre el jarrón. Cada objeto tiene en Nohant un lugar inamovible. Los cigarrillos, las sombrillas, las joyas, el escritorio con armario, el piano, los sillones dispuestos en semicírculo, la larga mesa siempre puesta, en la que no falta una enorme jarra de vino; Madame siempre está a la espera de los invitados que la diligencia trae con regularidad. La cómoda en forma de medialuna es un regalo de Fryderyk Chopin.

A Madame también le gusta mucho el cuerpo alemán. El filósofo y filólogo Müller adoptó de adulto el apellido de soltera de su madre,

quien en total dio a luz a once hijos, una de las cuales se ha convertido en escritora. En esa misma época se acumulan en Praga denuncias de otra índole sobre una escritora que no puede ocultarse en Nohant.

«Sin embargo, no sólo Němec, sino también su esposa, políticamente corrupta y cuya actividad es de lo más peligrosa, ya se había propuesto enseñar a la gente de pueblo los principios más nocivos en materia de derechos y libertades contra el Estado y los señores.» Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller esperará con paciencia que los vecinos chinos se cansen de charlar entre ellos y la fantasía embellezca las leyendas sobre el petróleo. Esperará con paciencia que se cuenten tantas veces esas fábulas que lleguen al punto de estallar de curiosidad y deseo. Esperará con paciencia que los chinos, con su fría lámpara de regalo en la mano, caigan en la cuenta de qué es lo que necesitan desesperadamente. El aceite de petróleo.

El generoso obsequiador de lámparas estará encantado de suministrárselo. Sólo que esta vez no será gratis. Esta vez el precio será caro. John D. Rockefeller ha olvidado palabras como checo, austríaco, húngaro, estadounidense, chino... sólo conoce la palabra consumidor. Cada persona en *su* planeta es un consumidor. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Los diputados de la Dieta Constituyente de la monarquía de los Habsburgo y sus países carecen no sólo de una lengua y de un tema en común. Carecen de solidaridad mutua.

Se comportan como agentes a sueldo. Persiguen los intereses locales. El odio a la nobleza de Viena los une de un modo muy difuso. Entienden el nacionalismo como un arma contra la monarquía; pero sólo *su* nacionalismo. Se clava en la médula de cada uno de los países de los Habsburgo y deja huella en la mentalidad de la población.

La solidaridad también es extraña en el siglo XXI. En la Unión Europea los patriotas de los distintos países velan por sus propios intereses. Ven las noticias sólo en su idioma y se creen el ombligo del mundo, no les interesa saber qué hay más allá de sus narices; dentro de las fronteras los populistas tienen un trabajo más fácil, la propaganda se simplifica y vuelven a ignorar los problemas esenciales a escala mundial. Lo único que los une es el odio hacia la nobleza de Bruselas, aunque ni siquiera exista tal cosa. Ellos son Bruselas. Nosotros somos Bruselas.

La oposición a la nobleza es una tradición y un deporte nacional.

La mentalidad nacional no se basa en una idea positiva, sino en una negación. La negación frente al mundo que nos rodea, que es *a priori* el enemigo. Es una paranoia nacional. Una mezcolanza de intereses nacionales, políticos y delirio patriótico será lo que ayude al absolutismo a retomar las riendas. El sentimiento de superioridad nacional, la fe de pertenecer a la patria elegida, creerse superior a los demás también son parte del consumo del siglo XIX; cachivaches esotéricos que son y siempre serán el producto más rentable del mercado y que bien podrían llevar la etiqueta de *dementia esoterica*.

Trigésima quinta parada ferroviaria

Mammón

El sufragio universal no es una victoria porque las provincias conservadoras ganan al París progresista.

George Sand siempre se encuentra ostensiblemente en el centro de los hechos. Atrapa su época en palabras y la mano de dragón sufre un espasmo. Funda, a toda prisa, otra revista. Se llama *La Cause du peuple*, publica tres números, el entusiasmo decae, hasta ella se ve obligada a domar su extravagante audacia. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Sólo las grandes compañías dan abasto con un ritmo tan frenético. La industria y la agricultura masiva anhelan superficies infinitas. El *Big Business* es el objetivo y los dictadores empresariales imitan la mirada de los estrechos ojos de pájaro. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Progreso, crecimiento, beneficio, saqueo de recursos. La embriaguez por materias primas como el petróleo, el carbón, el aceite, el oro, el mineral de hierro. Nadie mira las estrellas. Es una pérdida de tiempo y el tiempo es dinero. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya.

Eliminar al competidor es la disciplina suprema, la número uno, la línea de llegada: un cadáver. El progreso. Succionar el globo terrestre, dejarlo hecho polvo.

Whisky. Alimento para ganado. Bicicletas. Cambio. Cambio. Cambio. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El magnate metalúrgico Andrew Carnegie también será despiadado, pero ya no siente la necesidad de ser un misionero. El *Big Business* es, en sí mismo, el puro objetivo. Él controla el cuarenta por ciento de la producción de acero. Sus consejos sentimentales sobre cómo enriquecerse de la noche a la mañana, como en un cuento de hadas, a leguas de la realidad, se publicarán en grandes tiradas en Europa del Este después de 1989. Los devorarán los ojos patriotas de toda Europa del Este, cuyo sueño, tal como se ve ahora, no es la democracia sino Mammón. John D. Rockefeller gana a Božena Němcová por completo.

Josef Němec lee el periódico. Božena Němcová zurce unos calcetines. Mediados de diciembre. A las cuatro de la tarde anochece. Silencio y oscuridad sin previo aviso, los callejones sin salida sólo se iluminan con el resplandor de una única lámpara a gas. Josef Němec acerca los pies a la fuente de calor. Sólo se oye el crujido del periódico y sólo se ve la mano con el hilo, no hay más movimiento. Es como una fotografía.

«*Wer Wandel möchte, muß Wandel wählen.*»

Las revoluciones fundamentales ocurren de un modo sutil. Las escritoras se suben al tren del siglo XIX y en el próximo siglo llegará una revolución para la mitad de la humanidad: el derecho al voto. En

Suiza no es hasta los años setenta del siglo XX que las mujeres tienen derecho al voto. Hasta entonces, sólo pueden ir a trabajar o abrirse una cuenta bancaria con el consentimiento de su marido; aún no se han hecho a la idea de que tienen los mismos derechos. Los cambios están en manos de los hombres, los toleran con un suspiro; pero el mundo está hecho para ellos.

«*Wer Wandel möchte, muß Wandel wählen.*»

En el siglo XXI las estadísticas escupen la imagen de «la típica suiza promedio». Es una mujer soltera de cuarenta años con ingresos mensuales de 6.500 francos suizos, que vive en ciudades como Zúrich. Y en Austria se crea un sitio web satírico. Recopila palabras y frases con las que los hombres vienen valorando las obras de distintas escritoras desde hace siglos. Las autoras de la web dan la vuelta a las puntas envenenadas de las flechas: utilizan esas mismas frases para valorar los libros de los hombres.

Los hombres se horrorizan y no les entra en la cabeza cómo pueden ser calificados con semejantes expresiones; al fin y al cabo, no son unos retrasados mentales. Las autoras de la web los invitan a beber una copa de vino, a sentarse cómodos, a que pidan algo bueno de picar y que les hagan el favor de contarles el contenido de sus libros, porque ellas no tienen tiempo para leer novelas tan gruesas.

La agitación de 1848 se extiende por todo el continente, el amigo de George Sand, Giuseppe Mazzini, provoca una sublevación popular en Milán y dieciséis italianos son ejecutados.

El emperador Franz Josef pasea por Viena cuando el cuerpo de un patriota húngaro se abalanza sobre él. El aprendiz de sastre tiene un puñal en la mano y grita el nombre de un revolucionario que, desde el exilio, lucha por liberar a Hungría de los grilletes del imperio austríaco. Al emperador no le asustan los cuerpos ejecutados ni la dura política llevada a cabo desde los despachos. Le horroriza el intento del atentado. Siente dolor. El dolor en su propio cuerpo es una advertencia contundente. El trono no es para nada seguro.

Tiene otras preocupaciones. Se va a casar.

El reloj de pared marca las nueve y cuarto. John D. Rockefeller entra en su despacho como si fuera un santuario. Lleva toda la vida frotándose las manos de felicidad con todas las crisis y revoluciones. Le encantan las crisis, en especial las guerras y las pandemias mundiales. Sus empresas reaccionan de inmediato y se enriquecen.

En una de las paredes de su oficina cuelga un planisferio. Saca provecho de las nuevas víctimas al borde del abismo económico. Se celebran reuniones secretas, una tras otra. Palabras chequeadas revolotean entre oídos de confianza. Una mezcla de agitación, amenazas, chantaje. Sobrevivirá el que se una a él e ingrese en su iglesia. Y podrá darse calor junto a la hoguera eterna. Quien se niegue será aniquilado, aplastado e inducido al suicidio. Y con una expresión inocente en su rostro se respalda siempre en la teoría del señor Darwin, el más fuerte debe destruir al más débil. Por algo era un científico.

A George Sand le empieza a deprimir la política con el paso del tiempo. La revista *La Cause du peuple* ya no le interesa. Aunque no se resigna, le escribe a una amiga que, a estas alturas, considera la «república civil» una utopía. No obstante, su propio desencanto no le impide apoyar a todos aquellos que creen en esa utopía. El castillo de Nohant es un asilo y ella no tiene tiempo para escribir.

Su madre Sophie Friederike von Bayern es la máxima autoridad en la monarquía austríaca y promueve a Franz al trono de los Habsburgo; su amado primogénito se sentará en él en diciembre de 1848. Su madre Sophie Friederike von Bayern gobierna la monarquía a través de su hijo; la mano materna es dura, despiadada. Le gusta observar y controlar a su hijo.

De niño Franzi se siente profundamente honrado sólo cuando su madre le elogia de manera excepcional. En esos momentos su cuerpo tiembla de excitación febril, en sus oídos suena un coro angelical, los ojos se le empañan, las gigantes campanas del mundo se empiezan a balancear. El cuerpo depende de ese tipo de dopamina; Franz Josef se desconecta por completo de sus propios sentimientos y sólo reacciona a los estados de ánimo de ella. La madre lo elogia de un modo indirecto. Levanta la voz a su marido.

«Menos mal que Franzi no ha salido a ti, tú eres un lelo que está mal de la cabeza, igual que tu hermano. Eres un inútil.»

Franz Josef percibe a sus hermanos como rivales. Compite con ellos por un elogio, por la aprobación de su madre. Nada más puede esperarse de esa dominante reina glacial. Las madres tienen en sus

manos el futuro de este mundo. Todavía se muestran sorprendidas cuando alguien se lo dice.

La madre es una ejemplar emperatriz en la sombra. Exige castigos despiadados, es decir, la pena de muerte para todos los revolucionarios, exige la revocación de la prometida constitución, exige un vínculo más fuerte con la Iglesia católica.

Las mujeres en el poder no son la solución si actúan como si reinara un matriarcado. La emperatriz Sophie Friederike von Bayern es la verdadera culpable de esa trágica situación que encuentra a Josef Němec sin trabajo y a Božena Němcová obstaculizada hasta la médula por la censura. Sophie Friederike von Bayern. No el emperador, ese oficinista inseguro, eficaz a nivel burocrático y joven obediente.

En la década de los años cincuenta la esperanza de una era de libertad asociada con las revoluciones europeas de 1848 se desmorona como un castillo de naipes. También se están derrumbando las ideas sobre la humanización del orden social mediante el amor y la bondad. Se contempla un avance gradual.

Los ideales del año 1848 son una pesadilla y no se adaptan a la era del sentido común estadounidense.

John D. Rockefeller sufre otra pesadilla. Lo alcanzan aquellos actos de la masacre de Cleveland en los que piensa con frecuencia. Arrodillado junto a la cama, apoya la frente sobre la almohada sin entender por qué un cerdo se opuso resistiéndose a jugar *su* juego. Alterando así el orden y el método.

John D. Rockefeller lo percibe como una ofensa personal, se siente agraviado. No soporta que alguien se interponga entre él y su gran plan. La voz interior lee la Biblia y la voz exterior chilla.

Sí, el propietario de una pequeña empresa familiar, muy trabajador él, opone resistencia. El último valiente en pie. No es que sea valiente, no es un rebelde, simplemente no entiende por qué no puede realizar su actividad empresarial con libertad si ha venido desde Europa siguiendo el sueño que Estados Unidos le ofrecía, le habían lanzado un salvavidas que él ha sabido ganarse desde cero. Cree que América es un paraíso que protegerá a todo aquel que se rompa el lomo trabajando honestamente.

La guerra se libra de un modo discreto. Un día el propietario del negocio familiar se despierta y descubre que, en toda la región, no hay en venta para él ni un solo barril de petróleo. Al día siguiente despierta y se entera de que los ferrocarriles y sus cisternas se niegan a cooperar con él. John D. Rockefeller lo ha comprado todo. Los cuerpos a su alrededor obedecen la voz de John D. Rockefeller porque le tienen miedo.

El último de los valientes sigue resistiéndose y conduce a sus caballos cansados. El maltrecho barril con petróleo va goteando líquido. A los tres días regresa a casa al atardecer y descubre que, justo al lado de su empresa, el mismo John D. Rockefeller ha abierto una tienda. Con un petróleo más barato.

No es una lucha competitiva. Es una guerra. Es un premeditado e inhumano tejido de telarañas letales y burlonas. Lo interesante de John D. Rockefeller a nivel psicológico es que a la araña no le basta con atrapar a la mosca en la red. Necesita disponer de la última y bíblica palabra y de una muerte lenta para su adversario. Con gran

aplomo, los pulidos mocasines negros visitan en persona y con gran pompa el pequeño negocio familiar. Sólo para que los ojos de pájaro echen una burlona, satisfactoria y última mirada al cerdo en plena matanza.

La araña va perfeccionando poco a poco sus armas. Nadie ve que el sueño colectivo ya no tiene validez; ha robado los sueños de los demás, se trata tan sólo de *su* sueño y no sabe de fronteras ni de orgullo patriótico. John D. Rockefeller ahueca con ímpetu la almohada.

Las telarañas son invisibles. La araña abre cuentas bancarias ocultas. Inventa refinados códigos secretos para que nadie descifre la correspondencia interna de la empresa. Establece una red de agentes y espías a sueldo. Rastrea cada uno de los barriles de petróleo que no están bajo su dominio.

El buzón de correo en Cleveland tiene el número 164 y pronto estará a tope. Se llena de denuncias no anónimas; John D. Rockefeller paga extraordinariamente bien por cada una de ellas, de hecho por cada denuncia específica, y los delatores acuden en masa. El último de los valientes se pega un tiro. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Cuando Louis Napoléon está en el exilio, George Sand mantiene con él una activa correspondencia. Cuando se convierte en presidente de la República en diciembre de 1848, lo visita y le ruega la amnistía para los revolucionarios que están en la cárcel o tuvieron que huir. Cuando, cuatro años más tarde, asciende al trono como Napoleón III corta de forma irrevocable todo contacto con él.

En apariencia, experimenta lo mismo que Božena Němcová; la represión de las ilusiones de 1848 agudiza la censura. Sin embargo, las limitaciones que vive Božena Němcová durante la década de los cincuenta se ven alimentadas, sobre todo, por una espiral personal de frustraciones, y Němcová llega, por esta época, a lo que se conoce con el término de semivida. Božena Němcová pasa hambre. Y cada uno de sus gestos públicos carece de valor.

George Sand rechaza todos los honores del Segundo Imperio francés. Y su gesto público tiene un peso enorme. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Es una paradoja graciosa que mientras los patriotas checos lanzan piedras contra el imperio de Viena, los conservadores Habsburgo se apoyan, principalmente, en una parte de la nobleza checa. Antes de que Franz Josef ascendiera al trono, los ánimos revolucionarios de la Viena de marzo de 1848 habían obligado al anterior emperador austríaco a destituir al canciller Clemens von Metternich. Su familia se instaló en la Chequia occidental y él, al igual que muchos nobles checos y moravos, ingresó en los servicios diplomáticos y otros servicios imperiales. Al fallecer su primera esposa, Eleonora Metternich, de soltera Kaunitz, volverá a casarse dos veces más; ama la vida social, los cuerpos más jóvenes y reparte consejos a los políticos menos experimentados.

«Nos casamos para tener hijos, no para saciar los apetitos del corazón.»

Su segunda esposa es treinta años más joven. Él sobrevive incluso a su tercera esposa, la jovencísima Melanie de la familia húngara de

los magnates Zichy-Ferraris. El cuerpo del viudo es un vampiro y se fortalece con la sangre de chocolate de jóvenes vírgenes que se marchitan en su presencia. Las jóvenes esposas contratan y emplean a criadas, doncellas e institutrices sólo con el explícito consentimiento de su esposo y conscientes de que, de esta manera, están contratando a sus futuras amantes; Clemens von Metternich es ahorrador y se niega a pagar cuerpos en burdeles. Se comporta como Michel Houellebecq, esa influyente y trágica figura de la literatura francesa del siglo XXI, al que su esposa le busca amantes adolescentes porque su marido es ahorrador, no quiere pagar prostitutas y, de viejo, se pone a rodar con orgullo películas porno.

En marzo de 1848, Melanie Metternich permanece de pie frente la ventana de su residencia vienesa. Sus ojos miden con desdén la multitud enfurecida que se aglomera bajo la ventana.

«Hemos terminado.»

«Sí, querida.»

El ministro de Asuntos Exteriores y también canciller austríaco Clemens von Metternich clasifica los documentos restantes a velocidad del rayo y cierra las maletas. Algunos papeles se enroscan en la chimenea. Los esposos esperan que oscurezca. De noche, se suben al carruaje y abandonan Viena. Dejan un ejército fiel de delatores, censores, guardias, soldados. Clemens von Metternich los ha adiestrado a la perfección; cualquier mención a las odiadas ideas acerca de la libertad y los derechos es estrangulada de raíz. Es el deber de los funcionarios que aún siguen sin pensar en el sentido final de su trabajo y mucho menos en sus consecuencias morales.

El lacayo está junto a la puerta y las criadas cubren con sábanas blancas los muebles de las habitaciones abandonadas. Discuten

acerca del probable destino del tenaz monárquico. No lo adivinan.

Es rico, no se siente limitado por ninguna nacionalidad, no se siente alemán, checo ni austríaco. El lacayo observa que el patriotismo es lo único que les queda a los pobres. Al pobre le resulta difícil despegarse de su tierra natal. El rico puede permitirse ser libre como un pájaro. El lacayo todavía desconoce la palabra globalización.

«¿Se habrá ido a su residencia en Kynžvart? ¿O a las fincas de su primera esposa en Moravia?»

La primera criada se queda pensando y cubre un sillón con una funda blanca.

«¿Se habrá ido al monasterio restaurado de Plasy que alguna vez compró?»

La otra criada parece que sueña y cubre con una funda blanca el sofá. El lacayo, con el ceño fruncido, acude corriendo en su ayuda.

«¿O bien a cualquier otro país de su Austria, donde introdujo una férrea censura y la realidad de un Estado policial?»

Nada de eso. El hombrecito de bombín se dirige a un país con una, en teoría, muy arraigada idea de democracia y libertad de expresión, la potencia colonial, Inglaterra. Es un chiste muy, muy malo. Sobre todo teniendo en cuenta los estándares tradicionales del brillante humor inglés. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Desde el año 1851, Alexander von Bach es ministro del Interior en la Viena imperial. Tiene una visión y se llama nuevo absolutismo;

excluye al pueblo porque no entiende por qué la escoria social debería parlotear y decir burradas sobre cualquier cosa.

A Božena Němcová se le cierran las ya de por sí escasas puertas amigas de Praga. Cruzan al otro lado de la calle fingiendo no verla. Los Kobold son pura maldad y arrastran a los demás al pantano. Ni siquiera puede servirle de consuelo el hecho de que una persona, culta o no, sea a veces peor en sus pensamientos que en sus actos. Al llegar a casa, el cuerpo de Božena Němcová se desploma de cansancio en el destartalado diván junto a la chirriante mesa de la cocina. Sólo recibe la visita de su partera Gita Ullmann, que cura los dolores en el bajo vientre. Habla en alemán, está sentada en una silla junto a la estufa y le acerca a Božena Němcová una taza grande de café. También ella pega un cuidadoso sorbo a su taza de café caliente.

«Señora, mejor que no vaya a visitar a nadie.»

«Cuando conocí la bajeza de esas almas de gente que, al principio y a simple vista, eran patriotas, y luego, no sólo nos dieron la espalda de pronto, sino que además se enfrentaron directamente a nosotros con expresión diabólica, odié este mundo.»

«Usted ya sabe, todos estamos bajo vigilancia.»

«Nunca las condiciones son tales como para que una persona decente no pueda seguir siéndolo. ¿Se ha dado usted cuenta de que los más dolorosos golpes bajos siempre los dan los más pequeños?»

«No debe tomárselo así, señora, todo esto pasará, de este modo socava usted su salud.»

«Menos mal que tenemos esperanza en los jóvenes. Por la tarde vendrá a verme esa dulce escritora primeriza. Ella no tiene miedo de venir a visitarme.»

Božena Němcová bebe café y a Alexander von Bach le gustan el método, el orden y un ambiente de miedo positivo. La germanización del sistema escolar es un objetivo crucial y pragmático; todavía recuerda vivamente lo que ocurre cuando la gente no logra llegar a un acuerdo en las asambleas porque carece de una lengua común y lo único que se impone es el caos. Y cómo se supone si no que el pueblo vaya a entender las leyes, las ordenanzas, las normas fiscales. Una lengua común no basta, hay que educar a los niños en las escuelas. Tienen que aprender a pronunciar bien la lengua y hablarla alto y claro. Alexander von Bach ha vivido en carne propia situaciones embarazosas con la emperatriz Elisabeth Amalie Eugenie y conoce los chistes que circulan sobre ella en Viena. Por desgracia, no se trata de bromas, sino de la realidad. Su suegra Sophie Friederike von Bayern estudió a fondo su cuerpo antes de la boda, y como si fuera un comerciante de caballos, le miró hasta los dientes.

«Tienes la dentadura descuidada, así que no la muestres mucho en público.»

Elisabeth Amalie Eugenie está obsesionada con la belleza, así que no muestra sus dientes. No mueve los labios, habla bajito y sin claridad, dejando a sus súbditos perplejos. A la emperatriz no se le hacen preguntas. Durante una de sus muchas audiencias importantes, se sienta junto a un diplomático medio sordo que no entiende sus preguntas cordiales y al pobre hombre le da vergüenza volver a preguntar, de modo que sólo espera acertar a ciegas y mantener una conversación neutral tratando de no perder del todo la calma.

«¿Está usted casado?»

«Más o menos.»

«¿Tiene usted hijos?»

«De vez en cuando.»

Una red policial secreta, poderosa e infranqueable es otro de los objetivos de Alexander von Bach. No necesita tecnología sofisticada para lograrlo. La psicología siempre triunfa sobre la política, la economía, ha triunfado en todo y en todas partes a lo largo de la historia de la humanidad. Abre cuentas bancarias ocultas. Inventa ingeniosos códigos secretos para que nadie pueda descifrar la correspondencia interna de la empresa. Implementa una red de agentes y delatores a sueldo. Ofrece beneficios y los delatores acuden en masa.

A veces se entristece cuando es el mismo emperador el que le pone palos en las ruedas; a veces no firma algunas propuestas. No puede esquivar al emperador, de modo que la libertad de religión y la igualdad de los ciudadanos ante la ley siguen vigentes. El absolutismo de Bach tiene también unos ojos calculadores de pájaro. Alexander von Bach promueve la industrialización y el emprendimiento. Se crean asociaciones de empresarios industriales.

Trigésima sexta parada ferroviaria

Y va y va el trenecito[1]

La intransigente Sophie Friederike von Bayern es la que mantiene unido el Estado multinacional, el joven cuerpo del emperador Franz Josef se sienta en su trono y Božena Němcová tiene veintiocho años. O no. Su hijo Hynek tiene, definitivamente, diez años, Karel nueve, Theodora siete, Jaroslav seis.

El Estado multinacional es una olla a presión. El estallido de conflictos sociales, étnicos, políticos y nacionales sin una lengua en común son apaciguados por la mano de una mujer. El hijo se convierte en un patriarca de confianza y la madre es quien aguanta la tapa de la olla. El aparato burocrático se pasea bastón en mano y en torno a Franzi se forja una leyenda que le atribuye una personalidad inaccesible.

George Sand logra adaptarse como siempre; domina el arte de la supervivencia. Tanto la prensa como las cartas están sujetas a censura y, durante el Segundo Imperio, se acaban temporalmente las provocativas novelas de crítica social.

George Sand no se altera. Percibe el nuevo tiempo como un bienvenido descanso; las últimas novelas son idilios rurales con un

leve toque de crítica social entre líneas. No es el ritmo y la respiración del anillo de dragón, lo cual empieza a molestarle. De modo que hace la cosa más razonable del mundo. La mano con el anillo de dragón se ralentiza; no lanza las frases y los capítulos al papel sino que los siembra con cuidado como plantas y árboles preciosos.

Escribe un libro de memorias. Se publica el mismo año que *La abuela* de Božena Němcová. Ambas autoras abren, a la par, las puertas del pasado y dejan entrar en el presente a sus antiguos yos. Una las abre de par en par, la otra sólo una rendija, se envuelve en la novela como en una manta abrigada y se pone las gafas de color rosa de la abuela. Se aferran a la escritura. La pluma es el salvavidas. Escribir es un tanque de oxígeno.

A John D. Rockefeller el último valiente se le queda verdaderamente clavado en la piel; él mismo no comprende, desde hace mucho tiempo, por qué se vuelve un aspecto tan sensible. Pensando en el último rebelde toma la astuta decisión de quedarse, la próxima vez, con algunos de *sus* competidores. Como coartada. La misión del hombre araña con ojos atentos de pájaro se va perfeccionando.

El último rebelde honrado también ocupa su mente por otro motivo: el mundo le recuerda el cadáver, se lo pone delante de las narices. Para él es un rebelde sin causa. Sólo que la hija del rebelde acusa a los ojos estrechos de pájaro de ser los culpables de la muerte de su padre. Sostiene que John D. Rockefeller es, en realidad, un asesino. La hija se llama Ida Tarbell.

John D. Rockefeller pelearía a muerte con cualquiera que le dijera que la vida es inverosímil y, sobre todo, impredecible. ¿Y si supiera que la incalculabilidad es una cualidad de los genios?

John D. Rockefeller se sulfura, cómo es posible que esa chica no entienda la esencia del éxito de su misión religiosa. Cómo que lo acusa. Dice que está violando la ley.

Cómo es posible que no lo admire y adore. No, tampoco está tan mal el asunto, su fiel almohada no está llena de sudor; su propietario está arrogantemente convencido de que no es él quien tiene que cambiar, sino las leyes. Ya le enseñará él a esa muchacha descarada.

Nadie puede detener a Rockefeller mientras acomete su misión, capitalismo despiadado en su forma más cruda. Sus costosos abogados abrirán un camino para eludir la ley. Inventa una sociedad virtual. Controla el noventa por ciento de las refinerías. Sin ser su propietario oficial.

Con el poder económico crece el apetito por el poder político. Los propietarios de corporaciones y empresas ahora se hacen llamar presidentes. Presidentes de los ferrocarriles, barones del carbón, titanes de las minas de cobre, todos acuden en masa a los puestos de gobernadores, miembros del senado y del gobierno. No les interesa el pensamiento estatal, la diplomacia ni la sociedad. Se entrometen en los asuntos del Estado sólo para modificar las leyes, proteger su dinero y fertilizar sus propios jardines. Los estrechos ojos de pájaro no acuden en masa a ningún lado: mandan a sus agentes a hacer política. Tiene en su nómina a senadores y diputados. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Los Němec pierden, al igual que unos cuantos entusiastas patriotas más, las simpatías de las oficinas de Austria. El ojo de la policía secreta de Alexander von Bach los vigila. Lo cual no es el mayor castigo; los señores de bombín no son crueles, el terror físico y las ingeniosas torturas de los servicios secretos es un tema del siglo XX y la omnipresente tecnología que facilita el seguimiento de los cuerpos es un tema del siglo XXI.

Es peor el castigo profesional.

En la Austria de Božena Němcová tiene lugar un período de normalización después del año 1848 y a Josef Němec lo trasladan de un lugar a otro. Se lo pasan como una patata caliente. Las repetidas solicitudes de ascenso y aumento de sueldo son denegadas. Las negativas se acumulan, entre otras cosas, porque Josef Němec nunca se ha matado trabajando; no es de los más eficientes, diligentes, laboriosos y además llegó tarde al reparto de chispa.

No tiene intención de abandonar la función pública y menos a su edad. Está irritado, desvalido y su almohada empapada de sudor. En el gran campo de la vida, en el que no ha tenido éxito, le queda una pequeña parcela, en la que demostrará su poder ganando así confianza. El cuerpo de su esposa.

Sólo que el cuerpo de Božena Němcová está lejos, lo cual también le ha complicado las cosas a nivel político. A medida que se va haciendo mayor, dejan de interesarle las noticias. Ni siquiera sobre los patriotas. Su vida es una guerra con su esposa. Ella es la culpable de *su* vida fracasada.

Josef Němec tiene la sensación de que unas pesas de plomo le cuelgan de sus tobillos hinchados y lo arrastran hacia el pantano, mientras él intenta, en vano, aferrarse a la piedra seca más cercana.

De noche, su cuerpo se sacude tan alterado como el cuerpo de John D. Rockefeller. En sus sueños se cuelan imágenes de bocas hambrientas y un pensamiento insistente: si el muy idiota no se hubiera casado cuando ya era un hombre mayor y no hubiera tenido hijos, hoy se mantendría de alguna manera y viviría lo que le queda disfrutando de su vejez.

Božena Němcová encuentra un apartamento en la parte baja de la plaza de Wenceslao. Está nevando. Va con prisa hacia la calle de la Ciudad Vieja de Praga. Está cerca. Ya sea alguno de sus hijos, o bien la criada de la familia Rott, suelen dejarle mensajes y notas escritos apresuradamente. La amistad de Božena Němcová con las hermanas Rott está, en ese momento, en su apogeo. Los Rott viven como ciudadanos de bien y aplicados. Tienen una tienda, dos hijas talentosas, su desconfianza hacia la emancipación de las mujeres se ve debilitada gracias a los novios liberales de sus hijas; el futuro yerno Petr Mužák es profesor de bachillerato y Vilém Dušan Lambl es médico. Ambos pertenecen a la comunidad artística y científica checa.

Se tutean. Llaman hija a la *cuentista* y ella se dirige a ellos en términos de mamá y papá. Božena Němcová los visita con frecuencia. Precisamente ahora la estoy observando, está sentada en el piso de la familia jugando a las cartas, junto a la ventana, con Žofie Rottová y Vilém Dušan Lambl, que está barajando. Al mismo tiempo, le atraen a él las esbeltas manos de Božena Němcová. Más tarde, llegan también los niños. Dora toca el piano, Božena Němcová se pone a bailar con gracia e invita a Žofie Rottová. Vilém Dušan Lambl recoge las cartas con cuidado, se levanta, separa los cuerpos

de las mujeres y toma entre los brazos a Božena Němcová, que le susurra al oído.

«Te necesito como el aire que respiro.»

Necesita el apoyo de Lambl como el aire que respira. En el año 1850 se le muere su adorado padre Johann Pankl. Vuelve a ser Barbora, se inclina y besa las viejas manos que yacen sobre la manta. Ella cae de rodillas, cierra los ojos llorosos y tiene la sensación de que la mano flaca de él acaricia su pelo negro.

«A veces me veo tan infeliz e inútil en este mundo que podría irme tranquilamente de aquí, pero ya pasarán estos tiempos, papá.»

«*Verzeih mir, Betty, verzeih mir, meine Betty, Betty, Betty.*»

Necesita el apoyo de Lambl como el aire que respira. A Josef Němec lo envían a Hungría. Tres años después, la burocracia austríaca le quita el puesto. Cuatro años después, lo acusan. Josef Němec tiene prohibida la entrada a Praga. Puede regresar en 1855 y ese año su esposa publica la novela *La abuela*.

Ella es todas las variantes de las relaciones que hay en la novela y todas las variantes de las relaciones que hay en la novela parecen no tener solución, de no ser por la ayuda de unos señores idealizados o de una persona sabia. La abuela es la defensora del pueblo, la confesora y la terapeuta local. El imparcial ojo divino que no tiene por qué temer su karma y su nirvana. No tiene nada que ver con la abuela real, Magdalena Nowotny. «Pero donde no haya realidad, ¡que viva el sueño!» Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand ignora a su modo la censura y sigue su propio camino. Božena Němcová se molesta con las restricciones con las

que la realidad poda *su* fantasía, y, entonces, sufre. ¿Dónde está escrito que ella tenga la obligación de complacer a nadie?

«Con esos bellos personajes que mi fantasía ha creado y a los que ya no puedo encontrar, debo complacer a la gente que, a cambio, me hace padecer hasta la muerte.»

Escribe en checo, de modo que sólo la pueden hacer sufrir los checos.

George Sand tiene una relación distinta con la realidad, pragmática.

Deja de lado las novelas y se concentra en escribir memorias. *La historia de mi vida*.

Cambio de vías

Séptima parte

Trigésima séptima parada ferroviaria

Adivina quién no viene a cenar

La abuela es, de hecho, algo así como el texto de la *Heimatliteratur* checa; es una novela educativa a nivel patriótico, para adultos y también para niños. Al mismo tiempo, tiene la fuerza de un bestseller europeo del siglo XIX. De un modo similar a las novelas de Heidi, cuya autora suiza es siete años más joven que Božena Němcová. O no. George Sand no sabe nada de la novela *La abuela* y Johanna Spyri ha nacido en un pueblo pequeño cerca de Zúrich. No tiene ambiciones políticas y no reflexiona sobre la lengua en la que escribe, debería escribir o tiene que escribir. No es la conciencia de la patria, nadie la limita en su escritura y la literatura es para ella una terapia, de un modo similar a como lo es para Božena Němcová; vive en un matrimonio infeliz y, al igual que Němcová, pierde a un hijo; su niño muere de tuberculosis.

Johanna Spyri tiene la posibilidad de hacer una elección profesional ventajosa; rechaza a una editorial familiar suiza de provincia, quiere una editorial alemana. En el siglo XIX, su Heidi vive una campaña triunfal en todo el mundo y hablará en cincuenta idiomas. Johanna Spyri está sinceramente impactada por el efecto secundario del libro y millones de lectores empiezan a llamar *Heidiland* a Suiza. Los Alpes forman parte ahora de la identidad

suiza, más allá del número de lenguas locales y Johanna Spyri está emancipada. La independencia financiera, un suspiro de alivio económico como condición principal de la independencia en general. Cuánto le desearía esto a Božena Němcová, aunque no esté en mi poder cambiar su destino.

Ambas novelas están envueltas en un tono tranquilo y nostálgico de regresión; expresan la vuelta al ya desaparecido «pasado mejor», un mundo de valores eternos, resistente al espíritu y los problemas de la época. Los pasos se dirigen por un camino que va más allá de los huertos y el lector se sumerge en el vaho de una extraña religiosidad, de una trivialidad y fantasía arcaicas. En Božena Němcová cobra fuerza el lazo entre la abuela, los nietos, el ciclo de la naturaleza, la voz autoral de la narradora. En Johanna Spyri cobra fuerza el lazo entre el abuelo, la nieta, el ciclo de la naturaleza, la voz autoral de la narradora. La tela de las novelas se teje de un modo parecido; se las puede leer como escenas de género y también como novelas psicológicas; las autoras infunden a sus personajes sufrimiento, depresiones, distanciamiento, pérdida súbita de la persona amada, miedo al abandono y orfandad. El tema de la familia y la paternidad marca un regreso a las fuentes. Hay que ver cuántas cosas influyen en la evolución de un niño. Lo decisivos que llegan a ser, incluso en la vida adulta, aquellos ojos en los que se ha mirado alguien en su niñez, por mucho tiempo que haga de eso. Qué significa separarse de los progenitores. Cuántos adultos fracasan en su rol de padre o madre, no pudiendo hacerse con él, por qué. Heidi no supera la crisis de la gran ciudad, cae en una depresión, pierde peso. Una persona puede hasta morir de añoranza. Y Božena Němcová llama pidiendo ayuda a Barbora

Panklová. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El poder de la nueva iglesia de Rockefeller es inquebrantable. El poder de cualquier Iglesia es inquebrantable si implica influencia política, propiedades y dinero. John D. Rockefeller cambia de táctica en función de cómo ha dormido sobre su almohada y confunde a la sociedad con férrea regularidad. Las acciones reales son una cosa. El megáfono y la imagen pública son otra distinta. Tiene unos consejeros fantásticos, un equipo profesional, especialistas en retórica, imagen y lenguaje corporal. Y entonces, de repente, se pone a hablar de temas como lo imprescindibles que son las buenas relaciones en el trabajo, la motivación de las personas, la cooperación armónica, una mirada social, una remuneración económica justa.

Los empleados se quedan estupefactos y le temen aún más. Cuando salen al trabajo los sudorosos contables ponen en su maletín, para mayor seguridad, cuatro camisas planchadas de repuesto y un betún especial para zapatos elaborado a base de petróleo que garantiza un brillo de espejo.

Božena Němcová idealiza a la gente de los pueblos, Johanna Spyri a los que viven en las montañas. Los clichés son un pegamento probado de la literatura trivial; el contraste entre un pueblo rebosante de salud, bonachón, sincero y la ciudad endiabladamente corrompida; el contraste de la bondad de los pobres y la ruindad de

los ricos. Incluso la intolerancia es sentimental; los personajes tienen los dedos entrelazados en gesto de plegarias a las que se aferra una persona desesperada, atrapada entre la espada y la pared que ruega ayuda con humildad. El sentimentalismo es autoconservación; la pobreza como ornamento en la vida de una persona piadosa.

Los personajes de Božena Němcová albergan esperanzas de paz global; de todo aquello que trasciende al hombre. Johanna Spyri va por el camino de la fe, un camino conservador, cristiano. El mundo es inmutable, sellado; nadie evoluciona, aun cuando Johanna Spyri haya tomado prestado el título de la novela de iniciación de Johann Wolfgang Goethe para la primera parte de sus historias sobre Heidi. *Heidis Lehr- und Wanderjahre*. Y hay otra cosa más que tienen en común. Una dulce nostalgia, casi añoranza; añoran su hogar, el nido tranquilo, las raíces. *Heimweh*.

Van directamente al grano y sin dar vueltas. Atrapan al lector mediante un primer capítulo de gran fuerza artística; los lectores entran al paraíso. El heno desprende su aroma, las abejas zumban, se bebe leche recién ordeñada de cabra o vaca, la gente es terrenal y tolerante, lo mejor es un sueño profundo sobre el heno al aire libre y el heno huele distinto para las vacas y para los amantes. Un paraíso confortador de alegría silenciosa, un ciclo inmutable de acontecimientos; el tiempo transcurre con fidelidad al ritmo de las estaciones del año y termina en un espíritu de reconciliación y justicia. Amén.

El libro sobre la abuela y el libro sobre Heidi van acompañados de un mito y una imagen similares; en el caso de Božena Němcová a

escala provincial. El mito sigue vivo también en el siglo XXI, vende muy bien y el turismo mundial (el checo en el caso de Božena Němcová) vive de eso.

Tanto los suizos como los checos cultivan el mito por igual; unos tragan chocolate y migran en masas a las altas montañas buscando a Heidi, otros se dirigen en excursión escolar a Ratibořice con un refrigerio.

Todos acaparan los suvenires. Božena Němcová se convierte en símbolo nacional. Un esqueleto sin carne sobre el pedestal. El resurgimiento nacional le ha destrozado la salud, el talento, la ha hecho pasar hambre, arrastrado, torturado, matado. Y ha permanecido sobre el pedestal en calidad de símbolo a lo largo de los tiempos. Las paradojas de las pequeñas naciones y la patria como sinónimo de lo *kitsch*.

El cuerpo de hombre está sentado en un despacho praguense, inclinado sobre unos documentos. No sabe muy bien qué hacer. Ordena que le traigan una jarra de cerveza para cenar y saca de un trozo de papel grasiento de periódico su merienda: una rebanada de pan gruesa con longaniza y paté casero. Aparta la corteza del pan; prefiere saborearla al final. Los cobardes le traen algo de su matanza del cerdo, sobre todo los patriotas de Osvětimany.

Tiene que inventarse el trabajo. Tiene que crear enemigos.

Está sentado a la mesa y los ojos miran pensativos a ambos amos; sobre la pared cuelgan cuadros del emperador Franz Josef y del ministro del Interior Alexander von Bach.

La policía secreta de Bach trabaja sobre una base burocrática. El hombre da un suspiro y, para empezar, corta con una navaja los extremos de la longaniza, después la clava entera y se la mete en la boca, muerde un trozo y se lo traga. Le gustaba más trabajar en Viena como guardia personal. Protegía a un matrimonio de nobles checos. Ellos salían los domingos de la misa católica y él estaba sentado en el pescante. Paseaban por Viena para exhibirse frente a los súbditos. El noble se quedaba dormido y roncaba ruidosamente. Su cabeza reposaba sobre el hombro de su esposa. Cada vez que alguien hacía en la calle el saludo militar, su esposa le pegaba un codazo al cuerpo dormido. El cuerpo del noble respondía al saludo sin dejar de roncar. Sólo su mano reaccionaba. Y ahora Praga.

El hombre vuelve a suspirar y toma un sorbo de cerveza. Nadie controla su cuerpo y la sensación de ser un inútil lo está destrozando. Tiene que justificar su existencia. Al cuerpo de hombre se le ocurre una idea. Como si alguien le hubiera dado un codazo. Hurga entre las recientes cartas de sus superiores.

«Su Excelencia el ministro de Finanzas se ha enterado de que la esposa del Alto Comisionado Josef Němec ha apoyado, desde su posición de escritora checa, las actividades hostiles al gobierno en las que, en el año 1848, había tomado parte su marido. Su Excelencia desea recibir, de ser posible, informes confidenciales más detallados sobre las actividades y el discurrir mental de esta señora.»

El hombre se limpia las manos grasientas en su camisa y empieza una nueva carpeta. En la primera página escribe con largos trazos y tinta color chocolate el nombre de Božena Němcová, de soltera Barbora Panklová.

Se le ocurre una idea sencilla. Enviará a casa de la *cuentista* a una denunciante. Alguna tontita joven, sin experiencia. De una familia que no esté en posición de negarse. Alguien que esté intentando escribir algo. La obligará con ingenio a aportar información sobre la escritora. Está cansado de andar deambulando por las calles. Aunque sea un maestro en la táctica de la sombra. Primero se deja ver para que el perseguido lo vea y se pierda. Y cuando el individuo ya cree estar a salvo, el hombre de la longaniza se queda prendido a sus talones sin ser visto. Hurga en el fichero, pega un bocado a la longaniza, se chupa los dedos grasientos y se pone a escribir una carta.

«Mediante una orden de alto mando he sido invitado, yo, el abajo firmante, a expresar mi opinión sobre los tejemanejes del comisario Josef Němec. He conseguido encontrar a una persona apta para los servicios confidenciales en estos círculos, una joven muchacha que también está intentando convertirse en escritora. Su madre ha muerto, su padre ha sido encarcelado por mucho tiempo, está enferma y tiene que cuidar de numerosos hermanos. No será un problema convencerla de que colabore.» Da otro trago a su cerveza y larga un eructo. Por fin el trabajo está empezando a gustarle. Con algo hay que entretenerse.

Detrás de cada acto hay una persona concreta. No el sistema. El cuerpo tiene rostro.

Mary Anne Evans supera a su entorno y, paradójicamente, necesita aún más apoyo para salir del difícil destino que le imponen el género y la época. Necesita una flor en el fango.

Están íntimamente ligados el uno con el otro, tampoco George Henry Lewes es inmaculado. Ninguna vida es inmaculada ni está exenta de grietas. Su socio intelectual perfecto está casado y tiene siete hijos. Eso sí, se trata de un matrimonio muy poco convencional. George Henry Lewes tolera a los amantes de su esposa; se hace cargo de los tres hijos que su esposa ha dado a luz con su amante y les da su apellido. Muestra de otro modo su coraje y su coraje siempre se parece a la osadía. Vive públicamente con Mary Anne Evans y no se avergüenza de ella. Una *patchwork family* funcional y feliz. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller es rico y no cambia sus costumbres. Sigue ahorrando y oculta su cuerpo en trajes del mismo corte. Nadie se detiene a estudiar la esencia de *su* avaricia; es admirada como modestia y frugalidad. Los mayores aduladores transforman la palabra avaricia en humildad. En las raras ocasiones en las que debe sacar una moneda del monedero, le da la vuelta cuatro veces en su mano, a la espera de que alguien con un sistema nervioso más débil que él pague en su lugar.

Los ennegrecidos mocasines de su ejército de fieles taconean en silencio bajo la larga mesa a un ritmo unánime. Terminan de masticar un almuerzo modesto, sin postre, en el más absoluto silencio, apuran su vaso de agua reposada, están sentados en fila y, frente a ellos, el cuerpo entronizado de Rockefeller.

John D. Rockefeller sabe qué es lo que funciona con sus subordinados. Ninguno de los directores de sus empresas se atreve

a sentarse a su lado a la hora de comer. Cuando los cuerpos acaban de masticar los últimos bocados, un ejército de criadas vestidas de negro y con cuello blanco se llevan los platos. No se sirve café, el café es un placer. Tampoco hay ceniceros.

Mientras tanto John D. Rockefeller se aparta, cruza la habitación y estira su cuerpo sobre una *chaise longue* con vistas al puerto. Escucha, con los ojos cerrados, las secretas conversaciones de negocios que tienen lugar en la mesa. Están creando una jerga profesional, una nueva terminología. Los diálogos en la mesa son interrumpidos, sin previo aviso, por la impaciente voz del jefe; le gusta interrumpir en medio de una frase, sobre todo a los especialistas. Las tajantes instrucciones suenan como amenaza porque las pronuncia en voz baja, de un modo apenas audible. Su voz baja obliga a las cabezas de todos a inclinarse sobre él.

Solo habla con esa voz baja, a menos que esté excepcionalmente irritado o tenga que expresarse en público. En tales casos, la voz de John D. Rockefeller se quiebra, las ideas se rompen en pedazos y las frases no tienen sentido. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Persiste la ilusión de que al hablar el mismo idioma las personas se encuentran en la zona segura de una colonia de amor y, por lo tanto, automáticamente deberán entenderse a nivel humano. Božena Němcová sucumbe a la eterna ilusión de estar entre los suyos y de que su tribu, cuya existencia está supuestamente bajo amenaza, la comprende.

El señor Josef Němec también habla checo. Y, sin embargo, él no habla su lengua y ella no habla la suya. Nadie en el mundo entero habla el mismo idioma, todos se adaptan al otro en la conversación y el más débil asume el territorio lingüístico del más fuerte. Las mujeres del siglo XIX siempre adoptan el idioma de su marido.

Luchan por la lengua checa y, así todo, no se entienden. Cada persona es una minoría en sí misma. Cada persona es una isla.

Qué perdería realmente Božena Němcová si hablara checo pero abandonara el territorio *de ellos* escribiendo en s*u propio* idioma. El amor por la lengua checa no significa necesariamente amor por la nación. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Una corrección. Es Mary Anne Evans, no su pareja, quien hace muestra de valor y osadía. Entre hombres la convivencia con la esposa y la amante es algo tolerado y habitual. Incluso entre los coetáneos de la escritora hay muchos así y llegan a ser increíblemente ingeniosos. La esposa del escritor y político Edward Bulwer-Lytton se opone a las infidelidades de su marido, de modo que hace que la internen en un manicomio con el fin de tener las manos y los genitales libres para sus jóvenes amantes. Charles Dickens abandona a su mujer, después de dieciséis años de matrimonio y diez hijos, por el cuerpo de una joven actriz. El escritor e historiador Thomas Carlyle, al igual que muchos otros intelectuales victorianos, alterna a un ritmo regular amantes voluntarias e involuntarias. No lo oculta para nada. Es lo normal. Ningún coraje en absoluto.

John D. Rockefeller ataca la esencia misma del sistema económico, su modelo sigue expandiéndose por el mundo y mutando hasta el día de hoy. Es la epidemia de una enfermedad contagiosa que a todos les gustaría tener. Provoca una ola que salpica al mundo entero. Las compañías se fusionan en conglomerados empresariales, proliferan hasta hacerse gigantescas. John D. Rockefeller es un virus voraz.

Todavía existen anticuerpos. El tren del siglo XIX no termina su viaje, aún hay unos cuantos valientes aislados que alzan la voz. Un senador de Ohio logra imponer en el año 1890 la ley antimonopolio y subraya la frase.

«Sí, me entiende usted bien. Estoy en contra de todo lo que restrinja el comercio. El comercio de todos.»

Una vez más la psicología triunfa sobre la economía y la política: los jueces se sienten incómodos, cobardes, inventan excusas, se rascan la cabeza; el miedo es una sarna. Sus cuerpos no piensan matarse trabajando para usar la ley contra los grandes industriales. A esos quieren tenerlos de su parte y calentar sus manos en la eterna hoguera de la codicia. Se frotan las manos con perplejidad y filosofan hasta la cena tardía con pastelitos, café, whisky y puros que consumen juntos; cómo hacerlo para quedar bien con Dios y con el diablo. Después de todo, deberían mostrar sólo su buena voluntad.

Y así es como retuercen la ley de un modo absurdo para volverla en contra de los más débiles. Dan la vuelta a las cláusulas en contra de las víctimas. Saben que así no estarán en riesgo. Reaccionan contra las huelgas. De sus intrincadas enunciaciones se desprende que la huelga de los cuerpos que trabajan en las empresas y fábricas

de Rockefeller es, al fin y al cabo, también una restricción al comercio. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Los patriotas praguenses son unos provincianos ejemplares también en la época de la normalización; encarnan todo aquello que Božena Němcová no es ni quiere ser. Tratan con desdén a esa pueblerina y ella no termina de asumir que puede valerse por sí sola; no necesita tener nada en común con ellos. Barbora Panklová vuelve a subirse una y otra vez al mismo carrusel; se apega a los hombres y susurra la palabra *Zuneigung*. Desea no sólo amor y sexo, sino ante todo un alma gemela; le falta alguien con quien hablar.

Necesitan a la gran escritora a modo de escudo. Lo que pasa es que Božena Němcová deteriora la moral.

Al final no cuenta ni con un solo amigo o amiga auténtica. No tiene una flor en el fango. Y el salón praguense del famoso médico checo Václav Staněk está decorado con un deslumbrante retrato de ella durante su juventud, al que hacen referencia; así es como quieren que sea, pero ella desobedece. Justo cuando el cuerpo de la *cuentista* yace en su lecho de muerte, una joven noble organiza una colecta en Praga; la entrega de comida caliente de la cantina nobiliaria. Para que nuestra señora Božena Němcová coma una vez al día.

Los hombres se pavonean ante su reflejo. Su arrogancia proyecta una sombra pequeñoburguesa y ella les pone un espejo sin saberlo. La castigan por eso.

Pero si ya no estamos en la época de Božena Němcová, se ríe, ante la advertencia, una joven universitaria y talentosa poeta cuando, en el siglo XXI, la contratan en el departamento de programas de la biblioteca praguense que lleva el nombre del primer presidente checoslovaco después de la caída del régimen. Ella confiaba en que les interesaba su talento y la aplicación de sus habilidades. Acaba siendo una chica para todo. Acaba preparando café para los cuerpos de hombres interesados en piernas largas con minifalda. Se escapa llorando a Viena donde termina su doctorado y se queda en la universidad. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien.* Ya no vamos a llorar nosotras, van a llorar ellos. Me dice en alemán.

No, ya nadie debería llorar más.

A Božena Němcová la caracteriza la misma osadía de la que hace gala, hasta el último aliento y la última frase, Mary Anne Evans en Londres. *Persona non grata*. Ambas la pagan con la misma moneda. En eso, el mundo europeo occidental y el oriental no se diferencian. En eso coinciden.

Ambas son de espíritu libre y modernas en todos los sentidos posibles. No les interesan ni siquiera los juegos y prejuicios de las diferencias de edad. Božena Němcová tiene amantes jóvenes. Mary Anne Evans, tras la muerte de George Henry Lewes, finalmente se casa; se casa con un banquero veinte años más joven que ella. A su amiga que vive en Berlín le explica con inteligente ironía que *warum sie nur noch therapierte Männer daten will.* Su cuerpo tenía sesenta y un años el día de la boda. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Es una relación amistosa e intelectual; el primer viaje juntos los lleva a Europa siguiendo las huellas de Johann Wolfgang Goethe. Mary Anne Evans vive con su amante George Henry Lewes como si fuera su marido, pero ni siquiera esa es una definición exacta de su extraordinaria relación.

No hay muchas mujeres del siglo XIX que tengan sangre de chocolate caliente y vivan de forma abierta, sincera y apasionada como Božena Němcová y Mary Anne Evans. Los cuerpos con sangre de chocolate son peligrosos. Su vida no es un paseo por un jardín de rosas como la de los cuerpos que abusan con desdén de su posición de privilegio, sólo por haber nacido con sangre azul y alimentan al mundo con cuentos familiares de hadas; fue también la nobleza conservadora checa la que condenó a Božena Němcová.

Los cuerpos con sangre de chocolate son un ejemplo de desobediencia civil. Y lógicamente, se castiga. En el caso de Mary Anne Evans es su hermano el primero en cortar el contacto con ella. Y todas sus amigas. No es bienvenida en la sociedad. Con Božena Němcová rompen relación hasta sus almas más cercanas, las hermanas Rott. Su entorno está escandalizado con la decisión de Mary Anne Evans de no tener hijos.

«Es asunto suyo, pero ¿por qué diablos tiene que hablar de eso en público?»

La relación clave para toda la vida se priva de tener hijos por su propia iniciativa. Lo que nadie sabe es que cuida como una leona ejemplar de los hijos del primer matrimonio de su pareja y apoya económicamente a la mujer de Lewes. Eso sólo habría terminado de confundir a su entorno. No juzgan al casado Lewes. El castigo por amar recae sobre la mujer soltera.

Mary Anne Evans saca, con inteligencia, el mejor provecho posible a esa situación bajo el nombre de George Eliot. No sufre y le dice a su pareja.

«No importa que ahora no me inviten a ningún lado, al menos no tengo que perder tiempo sentada largas horas en cenas interminables, escuchando monólogos inútiles.»

No tiene que estar sentada entre familias que le preguntan por su marido y, al explicar que no tiene, sus ojos tristes dicen, disculpe, no sabíamos que era usted viuda. No se les ocurre otra cosa.

Tiene tiempo. Está sentada sola en su casa. Escribe. Da largos paseos y mide su tiempo y el de los peatones. Deambula por la ciudad que la fascina, que tiene el primer metro del mundo, aunque escribe sobre el campo. No tiene la necesidad de esforzarse yendo a ningún sitio a recopilar leyendas. Escribe sobre la Inglaterra provincial del siglo XIX que ya conoce. No arroja luz sobre el mundo exterior, no describe los adornos de lazos, trajes folclóricos y dialectos, sino las vidas interiores de los personajes. Se hace famosa y se vuelve inmensamente rica gracias también a George Henry Lewes; él se encarga de supervisar con mucha inteligencia los contratos de la autora con las editoriales. Cuando Mary Anne Evans publica sus relatos con el nombre de George Eliot, en Praga se está leyendo el almanaque *Mayo*.

Evans no espera a ser invitada. Da la vuelta a la perspectiva del rol del chocolate. Todo el mundo tiene en su vida un instante en el que, de repente, todo se aclara; lo que se supone que debe hacer, cuál es su misión personal, cómo debe continuar el viaje. Como si se abrieran los ojos. No depende de la valoración de los demás. No tiene que inclinarse como un junco con el viento.

Es ella quien empieza a organizar sus famosas cenas. A las que invita sólo a mujeres y hombres con buena cultura. Mary Anne Evans sostiene en sus manos las riendas de su vida como George Eliot. Božena Němcová no se aferra a la soledad y la escritura, sino al vano deseo de un amor romántico y a la lucha de los patriotas checos, que la desdeñan profundamente como persona.

Trigésima octava parada ferroviaria

Bosque de chocolate

Božena Němcová cruza y desdibuja la finísima frontera de la maternidad. El límite se vuelve enfermizamente permeable; los hijos como el cubo de la basura de sus preocupaciones y crisis emocionales. Sustituyen a su pareja. Božena Němcová ama incondicionalmente a sus hijos, pero al mismo tiempo los hace sentir inseguros.

George Sand ama a sus hijos y también los hace sentir inseguros. La frontera entre madre e hijos es tan estricta en la primera infancia que los vínculos casi desaparecen y se produce un aislamiento total. George Sand pertenece a los progenitores que alternan autoridad, falta de flexibilidad e indiferencia. Es el estilo de crianza de las familias ricas; los niños son cuidados y educados por niñeras e institutrices. Antes de que Aurore Dupin se encariñara con su abuela, también había sido criada por una niñera. La madre de John D. Rockefeller ama a sus hijos y también los hace sentir inseguros. En apariencia, la familia es devota, ordenada, ejemplar. Pero el control desmesurado y los castigos físicos no muestran más que miedo y ansiedad. El resultado es el caos en el alma de todos. John D. Rockefeller se casa, funda su propia familia y piensa que puede evitar el caos emocional estableciendo en la familia un método frío y

un orden estricto. Es bastante difícil encontrar la paz interior y el bienestar en una familia de ese estilo. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La vida es una perra que toma a todos por sorpresa. La vida es irracional. El cuerpo envejece y a John D. Rockefeller le gusta tenerlo todo y a todos bajo control. Y de pronto la vida bajo el sol se convierte, de un día para otro, en un constante vagar por otro bosque oscuro más; la dulce vida se desvanece. John D. Rockefeller está desconcertado. No contaba con que la vejez y las enfermedades también pudieran afectar a *su* cuerpo. Saborea una impotencia que no se deja sobornar, intimidar, que no se puede dominar.

Contrae una misteriosa enfermedad. Empieza a caérsele el pelo. Pierde las cejas, las pestañas, la barba. Los médicos aconsejan al cuerpo estancias en balnearios y baños de azufre y fósforo. En vano insulta, regaña, expulsa, cambia, suplica, demanda, soborna a sus médicos. Nada funciona. Se acuerda de su niñez y de su padre charlatán; traga cuatro cucharaditas de petróleo.

Sí, por primera vez en la vida, algo se escapa de su control absoluto. Y no hay quien restaure el viejo y buen orden. Hasta su fiel almohada lo traiciona; se queda en silencio. La Biblia también está callada y el revólver podría hablar, pero tendría que apuntarlo contra sí mismo. Los estrechos ojos de pájaro se ven desnudos; el rostro más pálido todavía, los labios apretados. Son las nueve y cuarto, está entrando en su edificio, siente escalofríos y está aterrorizado.

Pero no, no estoy diciendo la verdad, no es que la almohada lo traicione. Por la noche susurra al dolor de cabeza un dulce secreto. Si algo no se puede comprar, sí se puede vender. Incluso la enfermedad. Bingo y *Big Business*.

Su cuerpo no pasará apuros con sus dividendos de diez millones al año. John D. Rockefeller se retira de la vida empresarial, pero su misión está lejos de concluir. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand a veces se retira de la vida parisina, pero su misión también está lejos de concluir. Huye de Alfred de Musset, un amante y amigo exigente a nivel emocional, alejándose a la campiña francesa, donde su cuerpo no pasará apuros. Llega al castillo de Nohant y esa misma noche comienza a escribir largas cartas. Es una persona de acción y autodisciplina. Las cartas no son una evasión sino una parte sustancial de su obra literaria; están impregnadas de consideraciones artísticas.

También el crítico literario y amigo Charles Augustin Sainte-Beuve recibe por aquel entonces una larga carta desde el castillo de Nohant. George Sand le explica al detalle los cambios en su vida. Habla abiertamente de todo, incluso de lo que, por lo general, otras personas susurran en los recovecos de su alma. Le escribe que ya está vieja para el amor. Tiene treinta años.

La discusión nocturna no tiene fin. Božena Němcová está de pie, con su camisón remendado, ladrándose con su marido. Josef Němec se

quita la manta de un tirón y se levanta ofendido de la cama. La voz de Božena Němcová lo persigue.

«Eso eres tú, primero te peleas, tiranizas a todo el mundo y luego lloriqueas, tiemblas, te quejas y lloras.»

«¡Podrías ponerte de mi lado alguna vez!»

«¿Y por qué habría de hacerlo? ¿Qué cosas buenas he vivido contigo? Sólo rudeza, falta de reconocimiento y un comportamiento vulgar.»

«Sólo que antes tenías en qué ocuparte, ahora puedes estar tanto tiempo en la cama como se te antoje.»

Josef Němec ha pasado por muchos puestos; también es auditor contable del conde Kolowrat-Krakowski, trabaja en sus archivos y haciendo auditorías en Nový Bydžov.

Desde finales de los años cincuenta está excluido de los servicios estatales e intenta incluso trabajar en un pueblo, consiguiendo un empleo en una fábrica de azúcar.

El matrimonio de Božena y Josef Němec es un matrimonio a distancia y, sin embargo, son una bola de plomo en el tobillo del otro. El peso de plomo de Josef Němec se manifiesta en su comportamiento. El peso de plomo de Božena Němcová se revela en sus cartas. La falta de armonía de los sentimientos mutuos. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La gente susurra con malicia que el rey está perdiendo el pelo. John D. Rockefeller se retrae y no sabe en qué gastar su dinero. La única satisfacción la había experimentado en el campo empresarial al

destruir a la competencia y arrastrar al enemigo hasta la muerte durante sus campañas bélicas.

Todo sinvergüenza, una vez que ha acumulado riquezas, finge ser bueno y se vuelve un ciudadano decente. Pero no será admitido en el club de los inmortales. Se va marchitando, languideciendo. Ha descubierto que aquí hay algo que no puede comprar con dinero contante y sonante, y se hace mala sangre.

Božena Němcová también está muriéndose de una enfermedad misteriosa. El cuerpo va envejeciendo pero, a diferencia de John D. Rockefeller, no la toma por sorpresa. Desde siempre cuenta con que la vejez y las enfermedades también pueden afectar a su cuerpo. No es la primera vez que saborea la impotencia. Lleva toda su vida entregándose, es su naturaleza. Es generosa y ardiente. Es una alegría que en el mundo existan personas como ella, no sólo magnates estrechos de miras con ojos de pájaro igual de estrechos y sangre de plomo. La sangre de ella sigue siendo de chocolate.

También George Sand está experimentando su excursión por un bosque negro. Su bosque negro es la crisis de la mediana edad. Escribe que ya está vieja para el amor y no hay ni una pizca de autocompasión en eso. Expone los hechos y describe sus emociones con endiablada autenticidad. Con su actitud ante la vida, su apertura intelectual al mundo, su libertad en materia de sexo y en lo que respecta a las necesidades de su cuerpo de mujer no es hija del siglo XIX; es hija de la era moderna. No entra en pánico ni asume que ese es el final. No tarda mucho en dejar atrás la tristeza y mira

hacia adelante, tal y como le enseñó su abuela. La que sí está frustrada es Aurore Dudevant, de soltera Dupin: esta es *su* crisis.

Las últimas cartas de Božena Němcová no son reflexiones sobre literatura y problemas de creatividad; intenta comprender, explicar, excusarse por el hecho de no estar trabajando. Se sumerge en las viejas cicatrices del alma y hace un balance. Señala con un dedo desesperado a Josef Němec. Señala al tirano que grita.

«Y la de amantes que ha tenido esa puta que se la da de escritora, es una cerda.»

Božena Němcová se esfuerza en vano. Sigue estando sometida a *su* poder. Las relaciones patológicas quedan grabadas a fondo en la piel. Cuanto más invierte una persona en una relación, más herida y engañada se siente cuando esa relación se rompe. Ha invertido mucho. En su marido, en los hijos. No quiere vivir con él, pero no conoce nada distinto. Y a pesar de todos los golpes no se ha extinguido la última chispa de amor, la última chispa de afecto. Cuando una persona se convierte en la prisión de otra, lo hace en nombre del amor. Y el amor es el vínculo más fuerte, coloca unos grilletes indestructibles que sólo se le pueden poner a un ser humano. Por eso despiertan en cada persona amada un odio desesperado. Božena Němcová no tiene fuerzas para defenderse y atacar, para nuevas discusiones, mentiras, para desenredar chismes entre bastidores, para quitarse los escupitajos de la cara, y mucho menos para divorciarse. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller, quien también está envejecido, desdeña la palabra impotencia. Expulsa esa palabra fuera de control al otro lado de una puerta blindada. Agarra con sus manos el timón de su nuevo barco, se sacude de encima su variante de bosque negro, encuentra la salida y se convence de que el nuevo barco es indestructible. Vuelve a tener bajo control su vida y su cuerpo. Rechaza las hospitalizaciones. No quiere someterse a los cuidados de dragonas vestidas con trajes blancos, almidonados. No quiere que le tomen la temperatura y la presión. No quiere que suban y vuelvan a bajar *su* cama de hospital.

Se niega a encontrarse en los pasillos de lujosos sanatorios de fama mundial con personas que simplemente están sentadas, son ricas y no hacen más que ponerse a observar con ojos ávidos. Así pasan la vida.

Pone de los nervios a todo el mundo repitiendo como un loro y hasta el hartazgo que volverá a imponer el orden y el método. La misión continúa. Trabaja en su inmortalidad. En su juventud era insaciable tragando montones de cadáveres. Sí, trabajará en la reencarnación y la serpiente se convertirá en una paloma pacífica. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. John D. Rockefeller descubre una palabra que le otorga un nuevo tipo de poder.

Beneficencia.

Sólo que a la vuelta de la esquina un nuevo cambio de vías está acechando, al igual que los trenes del inminente siglo xx. La caridad a sangre fría con la que John D. Rockefeller pretende deslumbrar a todos y cerrarles la boca ni los ciega ni los acalla. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El tren regresa, el comportamiento de Casimir Dudevant hacia las mujeres no cambia, todo lo contrario; es el Andrew Tate del siglo XIX. George Sand demanda tardíamente a su marido y no le tiene piedad.

Gana el proceso judicial. Su marido tiene que abandonar el castillo y George Sand le pagará una generosa renta anual. Por esa época Barbora Panklová tiene catorce años. O no. Lo que sí está claro es que el cuerpo de Barbora se está redondeando y sus padres empiezan a pensar en un marido adecuado. Y yo no puedo advertirla.

El señor Josef Němec está mayor y no puede trabajar, pero aún sí prevalecer sobre un cuerpo. La conducta de su mujer, temblorosa, confundida, cansada, le confirma que ha vivido y sigue viviendo con una loca. Ahora es Josef Němec quien está subido a un caballo blanco.

Da exactamente igual si Božena Němcová vive en la monarquía de los Habsburgo o en el mundo actual, da exactamente igual en qué siglo y en qué continente vive. La violencia de género es igual en todas partes y la violencia doméstica significa que la mujer no sobrevivirá sin ayuda. Sólo un débil golpea a una mujer y la fuerza a amar. Hitler y una judía viven bajo un mismo techo. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Durante décadas, la atención de todos los ojos y oídos presentes en la misa de la iglesia baptista ha estado temerosamente fija en John D. Rockefeller, no en el pastor. Sigue sin entender por qué la gente

lo odia tanto. Lo tiene todo planeado y calculado para que surta efecto. En la iglesia ha absorbido y degustado las dos caras de la codiciosa moneda eclesiástica. Se llaman deber religioso y generosidad calculadora. John D. Rockefeller aumenta las limosnas que, con regularidad, destina a la iglesia baptista, agradeciendo su formación.

Los pulidos mocasines negros ocultan la cabeza calva bajo un sombrero de paja. El cuerpo del anciano está apoyado sobre un bastón y se dirige a un tribunal en Chicago como quien sale de paseo en plenas vacaciones.

Lo rodean veinte policías. Sus porras protegen al cuerpo de Rockefeller de una multitud de rostros iracundos. Manos agitadas le tiran del abrigo y le arrancan un botón. Ni un solo músculo se mueve en su rostro pálido. Como si no le importara en absoluto. El corazón de un fanático.

Lo odian las muchedumbres a las que les ha destruido la vida. Las ignora y procura que lo adoren las muchedumbres póstumas. Pretende comprarlas.

Quiere pasar a la historia por su filantropía y sus pomposas fundaciones. Y, una vez más, el mundo entero sigue sus pasos. Vanderbilt, Carnegie, Morgan. Paso a paso.

Los estrechos ojos de pájaro crean la Rockefeller Foundation. Envía millones al Rockefeller Institute for Medical Research. Dona millones a la University of Chicago que fundan sus fieles baptistas. En vida dona para obras de caridad 530 millones de dólares, de los cuales 450 millones se dirigen al sector de la medicina; está firmemente convencido de que tan sólo el dinero encontrará cura a su enfermedad. *Su* dinero para *su* enfermedad; de ambas cosas es

propietario. El dinero es motivación y el dinero es tiempo, que a él no le queda. Quedará el tic de los ojos de pájaro. Sí, ya.

Por fin tiene una sensación de control sobre la enfermedad que pone en evidencia la mortalidad de *su* cuerpo. Está convencido de que, en cuanto encuentren el remedio, las células se regenerarán, él rejuvenecerá y su cuerpo se hará más hombre. Le hace ilusión volver a estar por la mañana frente al espejo con un peine y una navaja de afeitar en la mano.

El bien no tiene cabida en la esfera social. Que está irrevocablemente en poder de la nobleza rockefelleriana de este mundo. En lo que atañe a la esfera social, sólo se tiene el deber de intentar disminuir su maldad.

Durante toda su vida desprecia al Estado. Él es el Estado.

Tiene pensados cada uno de los pasos. Se da aires de caja estatal. Compra sus absoluciones y reparte limosnas sistemáticamente por todo el país. Tira puñados de trigo. Domesticar, dominar, amansar. A la gente le gusta picotear el grano y no se fijan en cómo el corral va cambiando y haciéndose más pequeño, ni en lo altas que son las vallas de los corrales. A algunos para callarse les basta un guiso, a otros un bollo, a otros la reducción del precio del transporte público, a otros unos cien más en la jubilación. El orgullo de las gallinas no es grande. No les importa el contexto.

Trigésima novena parada ferroviaria

Los ojos no tienen género

El futuro checo se deja entrever al otro lado del océano. Surgen los cárteles, y el capitalismo del siglo XXI necesita el inglés.

Božena Němcová no logra salir del charco. Es demasiado tarde, y no sólo yo, ni siquiera Ida Tarbell podrá ayudarle. A Božena Němcová, por aquel entonces, le pesa saber que en casa todo es insignificante, falso, corrupto, pequeño, engreído. Hasta el esfuerzo patriótico. A los checos les falta autoestima, se mantienen apoyados contra la pared sin poder dar ni un paso adelante y la mentalidad provinciana de la gente insignificante no cambiará sin el auge de la filosofía, la ciencia, la literatura. Se encuentran siempre al margen de los géneros actuales y las corrientes dominantes de pensamiento que repiten como loros, copian, diluyen e interpretan en sus casas. Piden que se abran las ventanas a Europa y, cuando alguien lo hace, le golpean los dedos; no quieren ponerse al día en relación con el mundo. Lo que quieren es su propia tranquilidad.

Božena Němcová propone una solución, pero por tal solución desearían cortarle su insolente cuello: la disolución de las jaulas de las naciones, concentrarse en el ser humano. Tanto estudiar de memoria las luchas nacionales en los pupitres escolares en vez de cultivar a la persona. Que alguien sea checo, estadounidense o

italiano tiene sólo una importancia secundaria. Como dice otro austríaco, Robert Musil: hay muchas cosas inexplicables que no sentimos al cantar el himno nacional.

El siglo XIX ha dividido a las personas de una vez y para siempre y sólo las pandemias virales rompen las fronteras; el virus no necesita pasaporte y no sabe que existen estados, nacionalidades, lenguas. Ingeborg Bachmann, también austríaca, dice que las nuevas experiencias hay que crearlas y no tomarlas del aire. Cuántos discursos se dicen sobre la identidad europea. La cuestión de la identidad es fundamental para todo el mundo. Y una persona no se debe disolver bajo una bandera nacional. El «yo» no se puede disolver en los casilleros nacionales.

El «yo» de Božena Němcová se disuelve en la jaula de lo nacional. Ni siquiera ha tenido en sus manos las revistas literarias que publicaban críticas de literatura mundial, donde podía haber publicado y respaldarse en los lectores. Los lectores y lectoras ingleses tienen *The Westminster Review* y los lectores y lectoras estadounidenses el *Harper's Monthly*. Estas dos revistas son cruciales para la educación de las muchachas y mujeres del siglo XIX; no hacen diferencia entre los ojos que las leen. Los ojos no tienen género. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Y cuando George Sand se frustra con París y se cansa de sus amantes se acuerda de la existencia de sus dos hijos y decide dedicarse intensamente, aparte de a la escritura, a su educación; también en eso George Sand se acerca al modelo masculino.

Al principio era apática con ellos y ahora, de pronto, tienen que llenar su vacío emocional. Los ahoga con su intensidad.

Va corriendo de habitación en habitación abriendo las contraventanas de Nohant. Un arbusto de color violeta, parecido a un lilo de flor pequeña, desprende un intenso aroma. Y ofrece un concierto. De abejas.

Qué poca distancia hay entre el aroma violeta y la frustración. De los estantes de la biblioteca de la abuela saca y acerca a sus hijos los títulos que tienen que leer este verano. Solange y Maurice la siguen como ovejas descarriadas y los brazos llenos de pesados libros. Llegan con lentitud hasta el dormitorio de mamá: ella ofrece a su hija unos pantalones para que pueda montar a caballo como un hombre. Los niños se reconfortan con la merienda, frente a un plato de cruasanes, bollos de requesón y crepes checos con mermelada de frambuesa. Y para cenar tienen o bien *tafelspitz* o lomo de corzo asado, *knedlíky* con salsa, compota de cerezas. La Criada Checa se quita el sudor de la frente. En Nohant se ha convertido en cocinera y es también mérito suyo que los corazones de los niños no se endurezcan y se acerquen a su famosa mamá. George Sand obliga a su hija a quitarse el insalubre corsé que le rompe las costillas y le impide respirar, a ponerse pantalones anchos de hombre, a montar a caballo a horcajadas y trepar con su hermano por los árboles, a nadar desnuda y dar palmadas en el agua, a leer al sol en un claro del bosque, a correr por las colinas y prados florecientes, a rodar cuesta abajo. Ella se queda tras la ventana viendo con satisfacción a su hija; con toda razón se siente orgullosa de ella.

George Sand es una feminista pragmática. Es capaz de hacer cuadrar un círculo. Es exitosa en su carrera de escritora y es exitosa

como madre. Después de cenar se sienta en su sillón favorito a fumar un puro, lee en voz alta su nuevo manuscrito. Solange y Maurice se sientan sobre los brazos del sillón y dejan caer migas de cruasán sobre el regazo y la nuca de su mamá, el único cruasán que quedó de la merienda y por el cual se han peleado.

Ida Tarbell no trepa a los árboles. Observa los árboles desde lejos con binoculares y busca cuerpos de pájaros entre las ramas. Los ojos de Ida Tarbell descubren el mundo en Pensilvania estudiando detallados artículos de revista después de la escuela. Los padres pagan las suscripciones sólo por su hija. Ellos mismos no tienen mucha formación, pero son sensibles y quieren a Ida. Al hablar de ella no usan el término «mi hija», siempre dicen «nuestra criatura». Su padre es carpintero y no se llama José, aunque recuerda al personaje bíblico. Presiente una oportunidad para sí mismo y, ante todo, para sus amigos en el nuevo bosque de las torres petrolíferas.

Los padres miran pensativos a su reflexiva hija que ha empezado a hablar a los cinco años. Tampoco ahora es muy habladora y lo que más le gusta es perderse por ahí con un libro. Entienden que su familia ha recibido una visita valiosa, una descendiente talentosa. *Harper's Monthly* es una revista literaria y los ojos de muchacha devoran las ideas de nombres como William Makepeace Thackeray, Marian Evans, Charles Dickens, George Eliot. Por la misma época, los ojos verde oscuro de Božena Němcová leen panfletos ideológicos, patriotas, tal como le había prometido, alguna vez, la recién casada Barbora Panklová al señor Josef Němec.

Ida está obsesionada con la literatura y también con la biología. Le interesa también la ornitología y describe y dibuja al detalle cada pájaro que detecta en el cielo o en un árbol. Recuerda su gorjeo y puede distinguir el canto de los distintos cuerpos de pájaro incluso con los ojos vendados. Deambula por la naturaleza, lleva un refrigerio y un cuaderno de bocetos en la mochila. En una mano sostiene el *Harper´s Monthly* y, en la otra, la revista de divulgación científica *Popular Science Monthly*.

Cuadragésima parada ferroviaria

El tapiz

Marie d'Agoult es escritora, organiza una velada y ella misma compra las flores. Tiene el valor de divorciarse, dado que tiene independencia económica (y dale que dale con esa parada de tren). Es la amante del músico Ferenc Liszt y escribe con el seudónimo masculino de Daniel Stern. Da tres hijos a Ferenc Liszt. Su hija Cosima algún día se casará con Richard Wagner.

Todos los hilos del tapiz familiar conducen, no obstante, al castillo de Nohant, que ofrece un generoso abrazo, un corazón enorme y hasta un techo. Marie d'Agoult escribe a George Sand, a París, una impetuosa carta de agradecimiento, con el tapiz del árbol genealógico familiar colgando a sus espaldas.

En 1860 Božena Němcová celebra sus cuarenta años. O no. Londres está construyendo el metro y Zúrich abre las universidades a las mujeres; las voces resuenan por toda Europa y sus sentencias se visten con bonitas chaquetas hechas de frases obstinadas que estremecen.

Esas frases tienen unas raíces muy fuertes y sobreviven hasta el siglo XXI. Escupen asociaciones como «la media azul» y señalan a un

nuevo tipo de bruja moderna que debería ser quemada al clamor de las muchedumbres: se refieren a la mujer culta y, por eso mismo, «poco femenina».

Los hombres son insidiosos de un modo sutil. Son misteriosos. Claro que son sensibles, sí, quieren proteger a la mujer de tener una buena formación, de tener que trabajar en exceso, del esfuerzo físico. Ese es el argumento principal. No dicen la verdad: la posición subordinada de la mujer les conviene.

Temen que, en el caso de permitirles estudiar, las mujeres pierdan su «encanto femenino». Por lo demás, a los señores no les importa en absoluto que las mujeres trabajen duro doce horas al día en *sus* fábricas, hogares y empresas, ni que, además de los agotadores partos y el cuidado de la familia, un día se mueran de tanto trabajar.

Nadie se molesta en aportar una definición de ese «encanto femenino». Y es que para cada uno significa algo diferente. Es una teoría absurda; ningún trabajo modifica el género. Desde el punto de vista ético no existe nada masculino ni femenino. Sólo existen capacidades y virtudes humanas. Y cuanto más evoluciona un individuo a nivel intelectual y moral, más se aleja de cualquier clasificación y etiqueta de género. Eso se llama humanidad.

Nadie sostiene lo contrario. Que tal vez los chefs o los sastres de élite sufran una metamorfosis y pierdan «el encanto masculino».

Elisabeth Amalie Eugenie juega en Baviera con muñecas y animales domésticos. La chica tiene quince años; lleva trenzas largas y de los costosos obsequios imperiales de su pretendiente lo que más le gusta es su nuevo columpio de jardín. En el cuadrilátero familiar

espera a la niña un adversario duro y de distinta categoría, la suegra Sophie Friederike von Bayern; pretende afianzar la alianza con las tierras alemanas, por lo cual elige una novia adecuada de esa zona. Al primo le gusta su prima.

Los parientes llevan siglos creando relaciones totalmente nuevas en la política. El proteccionismo reina por encima de los regímenes. Los casamientos políticos gozan de gran estima entre las casas nobles, familiares cercanos contraen matrimonio; el Vaticano permite el incesto en nombre de la conservación de bienes y se comprometen hasta niñas de cuatro años. Se casan entre sí primos y primas, tíos y sobrinas, tías y sobrinos. Las novias infantiles son populares, son un capital político; los cuerpos no tienen más valor que ese. Baviera y Sajonia son los aliados más fieles de Austria. Y la futura suegra protege a la dinastía con mano firme, estrictamente católica y fríamente intransigente.

La religión no juega un rol importante en la casa. No tiene ningún rol. Elisabeth Amalie Eugenie crece en una familia liberal; corre por los bosques, hace travesuras en el jardín con los perros, gatos y aves de corral, juega con sus hermanas al escondite en la enorme biblioteca de su padre. Trepa a los árboles y corre por las colinas y laderas llenas de flores, baja rodando las cuestas, corre por los prados, sube a las montañas. Hace deporte. Sube los bajos y empinados escalones y las largas escaleras corredizas de la biblioteca del castillo, estira la mano para alcanzar los libros que ella misma elige. Cabalga por el parque y los bosques cercanos. Monta a caballo a horcajadas, como un hombre. Así monta desde su niñez y adora a los caballos. Los caballos cambian la vida. Dan a las personas jóvenes confianza y autoestima. Brindan paz y tranquilidad

a las almas atribuladas. Dan esperanza. Una jinete que no es amada por su caballo no llegará lejos.

Cuando al principio de la década de los cincuenta la atormentada Božena Němcová se dirige a Hungría para estar con su también atormentado marido se oyen los cencerros de vacas y ovejas y, por el contrario, su emperador Franz Josef irradia felicidad. Pide en Baviera la mano de su prima Elisabeth Amalie Eugenie.

«*Waars wös mit uns zwei?*»

La madre de Franz había elegido a Helene, la hermana mayor de Elisabeth, para que fuese su prometida, pero por primera y última vez en su vida el emperador se opone a su madre; se enamora de la hermana menor de Helene. Quizá lo ha impactado su exceso de virginidad e inocencia infantil.

«*Dei Diandl wüad guad zu meina Beddwäsch bässn.*»

El novio se presenta. Tiene un título largo en su tarjeta de visita. Su Majestad Apostólica y Real, por voluntad de Dios, Emperador de Austria, Rey de Bohemia, Hungría, Lombardía, Venecia, Dalmacia, Croacia, Eslavonia, Galicia, Vladimir e Iliria, Rey de Jerusalén, Archiduque de Austria, Gran Duque de Toscana y Cracovia, Duque de Lorena, Duque de Salzburgo, Duque de Estiria, de Carintia, Corona, Bucovina, Gran Duque de Transilvania, Príncipe Soberano de Moravia, Duque de Alta y Baja Silesia, de Módena, Parma, Piacenza y Guastalla, Auschwitz y de Zator, Conde de Teschen, Conde de Furlan, Conde de Dubrovnik y Conde de Zadar, de Habsburgo, del Tirol, de Ciburgo, de Gorizia y de Gradisia, Príncipe de Trento y Brixen, Príncipe Soberano de Alta y Baja Lusacia y de Istria, Conde de Hohenburg, Conde de Feldkirch, Conde de Breslavia, de Sonnenberg, Señor de Trieste, Señor de Kotor y de la región de Eslovenia, Gran

Duque de Serbia, etc. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand concede asilo a los enamorados Marie d'Agoult y Ferenc Liszt sin hacer preguntas innecesarias. Llegan apresurados y confundidos. Marie d'Agoult incluso sin maletas, de modo que George Sand pone a su disposición el guardarropa. A Marie d'Agoult le gusta llevar corsés que no encontrará en el vestuario de la escritora.

La pareja de enamorados espera a que se calme la turbulenta situación en sus extensas familias y se apacigüe el escándalo en torno al divorcio. George Sand practica la solidaridad entre mujeres. Y no escatima en especias preciosas. Es una flor en el fango.

El argumento más frecuente en contra de los estudios, la formación y el trabajo intelectual de las mujeres es su debilidad física.

No hace falta que ponga en duda la diferencia física. La debilidad física, sí. Es que asocian, de forma instantánea, la debilidad física con la debilidad psíquica. Marie d'Agoult y George Sand están sentadas en los sillones del castillo de Nohant comentando con ironía la estupidez de esos argumentos. Giran la flecha: dónde meter la inferioridad y debilidad del cuerpo del hombre que no sabe alimentar en su interior una nueva vida y parirla entre dolores.

Los mayores disparates del siglo XIX provienen de las autoridades científicas. Abejitas diligentes refuerzan con su codicia el racismo, el antisemitismo, el antifemenismo, la homofobia. Sus falsas ideas

revolotean por los aires del siglo XXI, proliferan en redes sociales, alimentan teorías conspirativas, lavan cerebros, corroen la justicia y fabrican famosos. Hasta la ciencia médica demuestra que ni en sueños a un idiota se le ocurre que pueda serlo. Sólo una persona inteligente admite los límites de sus conocimientos.

El siglo XIX es la cuna de las teorías conspirativas. Maurice Joly es uno de los favoritos de George Sand, le gusta su sátira contra los déspotas del mundo político francés; en verano, en su castillo de Nohant, suele sentarse con sus textos a la sombra de árboles centenarios. Si la pobre supiera que un día las frases de Maurice Joly serán sacadas de contexto y recogidas en una compilación fraudulenta, en un «documento» que tanto aman los ojos de los patriotas ultraderechistas y nacionalistas del mundo, y que no se puede erradicar porque es un arma del antijudaísmo y el antisemitismo. Sí, los *Protocolos de los sabios de Sión* tienen sus raíces en el siglo XIX. El disparate de la conspiración y el plan de dominación global por parte del pueblo judío es un plagio espectacular. La policía secreta rusa junta sus estúpidas cabezas, mezclan el agua y el aceite, para poder inventarse una fábula echan mano al siglo XIX, agarran dos libros, arrancan páginas y se ponen a amasar. Sacan las frases de contexto, combinan la sátira de Maurice Joly *Dialogue aux enfers entre Machiavelli et Montesquieu* del año 1864 y la novela del antisemita alemán Hermann Ottomar Friedrich Goedsche *Biarritz* del año 1868, resultando así una masa indigesta con la que hornean la tarta resultante.

El delirio se vuelve popular en la Rusia del siglo XX, donde surge. Sólo que, antes de la Segunda Guerra Mundial y del Holocausto, es popular también en Europa y en Estados Unidos, donde el

mismísimo Henry Ford financia su impresión para debilitar a su competencia. Y en el siglo XXI se convierte en un bestseller en los países de habla árabe.

Theodor Ludwig Wilhelm von Bischoff, en cambio, se dedica a la anatomía y se apresura a aportar su granito de arena a las estupideces. El cerebro femenino tiene una masa inferior, lo cual es para él una clara señal de inferioridad y «mala calidad». Praga es igual de testaruda. En los años setenta del siglo XIX la Universidad de Praga toma una decisión: no permitirá la entrada a estudiantes ordinarias ni extraordinarias de género femenino para que estudien. En el año 1877 la Universidad de Viena se le une y, en el siglo XXI, el rector de la Universidad Carolina prohibirá una asociación de estudiantes de género femenino que debaten sobre el movimiento MeToo. Temen y temerán siempre la competencia de la mujer. Sienten que el monopolio masculino está en peligro. No quieren a las mujeres en las áreas artísticas y científicas que garantizan reconocimiento social y un buen salario. También sienten el peligro del monopolio masculino en el ámbito de la escritura, por eso filosofan sobre la «literatura femenina». Los estereotipos de género del siglo XIX siguen proliferando como un tumor cancerígeno.

Ese también es el legado del «resurgimiento nacional». Las mujeres no encajan en los puestos directivos de las corporaciones debido a su constitución mental y física. Eso dicen los gerentes, después de hablar por teléfono con su madre, quien los elogia por lo lejos que han llegado. Y luego quedan con sus colegas para un *teambuilding* de fin de semana en un caro burdel con zona de saunas. Qué significa exactamente que las mujeres tengan una

constitución mental y física inferior, se preguntaba ya George Sand. Le responden los Rockefeller del siglo XXI.

«No son lo suficientemente decididas, son emocionales, inestables, no tienen constancia suficiente ni empuje para alcanzar la meta.»

Enumeran características individuales para las cuales el género no es relevante. Es una invención del siglo XIX, en el que, sin embargo, el tren de los derechos humanos de las mujeres también avanza sin aliento. Poner traviesas nuevas, paso a paso, el tren cruza mi siglo, avanza muy despacio, también yo voy poniendo traviesas nuevas. Las anteriores hay que arreglarlas, muchas traviesas han sido arrancadas con vehemencia por hombres y mujeres, el tren ha descarrilado tantas veces; la realidad de la injusticia y la dependencia servil. Cada vez es más difícil determinar qué es lo «típicamente» femenino y lo «típicamente» masculino. Las mujeres son necesarias porque traen niños al mundo y los hombres quieren controlar los cuerpos femeninos. Prohíben el aborto y apelan a las iglesias. En la Polonia del siglo XXI, la policía armada va en busca de los cuerpos que tragan la píldora abortiva. El siglo XIX no ha acabado, el siglo XIX continúa. El cuerpo femenino es un programa político. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

A los románticos les encanta recopilar fábulas y, de ser posible, con luna llena; ahí es cuando surten mayor efecto. George Sand rehúsa participar y dice, provocadora, que no se le antoja ponerse a bordar tapices etnográficos.

«Los cuentos folclóricos tienen rasgos comunes en todas las culturas, porque en todo el mundo la gente actúa de la misma forma en determinadas situaciones e inventa historias parecidas. ¡Por el amor de Dios, no es deber de la fábula corroborar la antigüedad, excepcionalidad y superioridad de una nación!»

En Alemania, que en términos étnicos se encuentra próxima a Praga, comienzan a reunirse, a principios del siglo XIX, los jóvenes escritores románticos; con el *cuentista* Wilhelm Grimm a la cabeza. Organizan excursiones a la naturaleza, adoran el melancólico canto de las viejas canciones populares, les fascina la fantasía poética de lo folclórico, se narran orgullosas sagas y cuentos de hadas. La nostalgia es una emoción reconfortante, están convencidos de que así se acercan a la «auténtica» esencia de *su* nación alemana y los cuentos de hadas pasarán a formar parte del movimiento nacionalista alemán. En la primera mitad del siglo XIX la literatura alemana es, en comparación con la checa, más fuerte, tiene géneros vivos y una estética impresionante; en la checa predomina el punto de vista pragmático: traducciones literales, terminología técnica, la lengua de los documentos oficiales.

George Sand tiene la ventaja de que nadie la obliga a nada y, si alguien lo intenta, ella se ocupa de dejar bien claro hasta qué punto es intocable la independencia del artista. Confirma los valores que mejor le sientan a la literatura; un espacio independiente y una libertad interior en la que la autocensura no tiene cabida.

Božena Němcová vive en un país que cree estar luchando contra otros países (no sólo los pequeños) por su viabilidad. Que se juega la supervivencia. Unos cuantos patriotas arrastran el carro e ignoran el ferrocarril; involucran a Božena Němcová en sus luchas, la

enganchan al carro, se suben al pescante y van alternando el dulce y el látigo.

¿Una lucha por la preservación y la singularidad de la lengua checa? Se liberan de la dependencia de Austria y se unen voluntariamente a una nueva dependencia, la eslava, sobre todo, la rusa. Cuando alguien les obliga a pensarlo más a fondo, resoplan.

«Pero ¿cómo que pensarlo? ¡Un buen patriota piensa con la sangre!»

Les falta la confianza de una persona recta. Son los mozos y las criadas de la literatura. ¿Por qué Božena Němcová no podría recopilar cuentos de toda Europa si le interesan? ¿Por qué puede recopilar y narrar tan sólo las fábulas de los eslavos? También en este caso se está construyendo en las mentes un muro imaginario entre Oriente y Occidente.

Al final de su vida recopila leyendas y fábulas; en el año 1857 también publica en el calendario *Koleda* una traducción de cuentos serbios. No escribe sus propios libros. Esos que nadie puede escribir como ella. Los patriotas mandan a recopilar cuentos a una mujer talentosa con ideas propias. Le quedan cinco años de vida.

Cuadragésima primera parada ferroviaria

Un trozo de cristal bajo el pie descalzo

Franz, es decir, Franziscus, o sea, Ferenz es un compositor austrohúngaro y un virtuoso del piano. Sangre europea recorre sus venas; le da exactamente igual cómo y dónde escriban su nombre. El cuerpo de Franz Liszt está a punto de ser desgarrado. Las naciones se lo disputan, quieren apropiarse de él, a pesar de que, en su juventud, él mismo afirma con testarudez que su único hogar es la música. Los austríacos, alemanes, húngaros y eslovacos se pelean por él. Lo agotan con insistentes preguntas, lo fuerzan a decidirse. Él también tiene que ser de algún país. Es cuestión de tomar *una decisión*. Así que se registra como húngaro, a pesar de no hablar el idioma. Aprende francés a la perfección.

Cettie se enferma. John D. Rockefeller no pasa tiempo sentado junto a su cama. Promete a los mejores médicos del mundo, con claridad y brevedad, el azul del cielo. Sabría gestionar hasta eso. Está molesto con ella. La misión religiosa todavía no ha llegado a su fin y ella es, al fin y al cabo, la consejera más próxima al profeta.

Se acuesta en el sofá de la biblioteca con su almohada para dormir una siesta. Una vez que haya descansado y su cerebro se

despeje, tal vez pueda hacerse una vaga idea de lo que en verdad está haciendo. Lee libros sobre momias, lee libros sobre la reencarnación. Rastrea el detalle que se le está escapando.

Está sentado en el banco de la iglesia baptista y, por primera vez en su vida, habla con Dios desde una posición subordinada. No está acostumbrado a rogar ni a suplicar. Está acostumbrado a dar órdenes. Pero, ¿con qué sobornar a Dios? Ya tiene una posesión suficiente de ángeles. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

No es una relación lésbica. Es el deseo del amor. La señora Božena Němcová sufre por su matrimonio y las decepciones causadas por los arrebatos apasionados hacia otros hombres. Žofie Rottová sueña con un cuerpo de príncipe azul sobre un caballo blanco y coloca, en su lugar, a su amada y admirada amiga. Es la cercanía sentimental de dos personas que entienden sus emociones. Dos mujeres protegiéndose de la incomprensión de hombres racionales y que se esconden tras las murallas de una amistad romántica; colocan el amor embriagador entre dos mujeres por encima de las uniones heterogéneas, se calman y se acarician. El amor ilimitado supone entregarse a la otra persona. Cierto profesor de psicología de la Universidad de Stanford no podría estar más de acuerdo con eso; en el siglo XXI ha investigado esta antigua verdad sobre la amistad y, para llevar a cabo sus estudios, ha contado con dos becas internacionales bien jugosas.

Todo está descrito, desde hace mucho, en los libros de George Sand y Žofie Rottová los lee con pasión.

«Esa mujer siempre me viene a la mente, ilumina mi vida como una estrella, desde que la conocí he deseado aprender de ella.»

Božena Němcová también se suma con entusiasmo.

«Te creo cuando dices que Sand te gusta cada vez más. Esa mujer es también mi referente. Cuánto lamento no poder leer sus escritos en su idioma original.»

Las ideas de George Sand circulan por toda Europa, expresan un deseo de fraternidad y amor universales combinados con realización personal y pasión sexual. Incluso el ala femenina del patriotismo checo se ha aglomerado en torno a George Sand. En secreto.

La chica es huérfana y se gana la vida trabajando de criada en Viena hasta casarse con un pianista y violonchelista aficionado, el señor List, a quien ya le pone nervioso la pronunciación alemana de su nombre, de modo que se añade una letra. Se mudan de un lugar a otro, nace su hijo Franz, o sea Franziscus, o sea Ferenz, y papá Liszt cuida de su talento musical desde su infancia y de forma estricta. Franzi se mueve entre las notas como pez en el agua, es un adolescente y su talento cuenta con el apoyo financiero de la nobleza húngara; hay que apreciar y asistir a los talentos «nacionales». Sólo que en 1821 el muchacho se va a estudiar a Viena. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien*. Y la siguiente escala es París.

Más que todos los esfuerzos a la hora de estudiar y los discursos sobre su nacionalidad, lo que lo transforma es la experiencia en una sala de conciertos más allá del tiempo y del espacio. Una experiencia artística. Niccolò Paganini ofrece un concierto en París y su dominio

del violín lleva la imaginación a nuevas alturas. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller primero ruega a Dios por la inmortalidad de su esposa. Luego pide unos pocos años hasta acabar el proyecto arquitectónico en colaboración *Kykuit*. Ha dejado atrás la época de la modestia ostentosa; construye una residencia familiar en Nueva York. John D. Rockefeller pasea por la obra casi terminada y las camisas de ambos arquitectos están empapadas de sudor. En sus maletines hay, en los días siguientes y además de los planos, más camisas de recambio dobladas, planchadas y almidonadas. En cuanto la mirada del jefe les hace sudar la camisa de la mañana, los cuerpos sudorosos se cambian rápidamente en los baños. La mirada del jefe los hace sudar siempre, eso está garantizado. John D. Rockefeller quiere ver el presupuesto y sus estrechos ojos de pájaro inspeccionan cada centavo. Abrirán al público el acceso a la deslumbrante casa y el parque, y la gente se sentirá ínfima y permanecerá callada.

Pasea por la obra en construcción y de pronto se le ocurre que la muerte de su esposa será el castigo divino por esa residencia poblada de trastos artísticos caros. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Josef Němec visita a su familia en Praga durante el paso del año 1851 a 1852. Está sentado frente a la desvencijada mesa de la cocina, leyendo el periódico y fumando. Le envuelve una nube de

humo. En la habitación de al lado está su hija Dora, enferma; está sentada en la cama, y se recuesta contra una almohada de plumas ablandada. Está tejiendo lentamente, tan concentrada que saca la lengua y, desde la cocina, se oyen los gritos de los demás hijos. Corren por el piso como caballos desbocados y Josef Němec no les presta atención. Božena Němcová se planta en la puerta.

«Te vas a quedar más tiempo en la cocina o vas a la habitación de al lado?»

«¿Hasta en mi propia casa me he vuelto una molestia? Me echan de todos lados.»

Božena Němcová está susceptible. Se le acerca con cara de pocos amigos.

«Necesito trabajar en algún sitio. Lo único que necesito es un poco de tranquilidad. Estar un poco más sola, como cuando...»

«Deberías cuidar más de la cocina y de los niños.»

Josef Němec escupe, le falla la voz y la empuja bruscamente. Discuten y se dan empujones por toda la habitación. La mesa baja hace rebotar sus voces en varias direcciones.

«Eres ridícula. Me lo estás haciendo a propósito.»

«¿De qué estás hablando ahora?»

Josef Němec tiene una razón de peso y le monta un nuevo numerito de celos.

«He encontrado esta nota en tu escritorio. ¿Quién te habrá escrito *no es sólo pasión lo que me ata a ti*? Es que no puedes estarte quieta. Pero a mí no me engañas. Estás teniendo una aventura con ese joven médico.»

Božena Němcová levanta su despeinada cabeza con orgullo. Su rostro se contrae.

«¿A quién te refieres?»

«A Vilém Dušan Lambl. Eres una sinvergüenza, sólo tú puedes llegar a ser tan descarada. Otra en tu lugar tendría, al menos, consideración por sus hijos.»

«Sí, Vilém Dušan Lambl es médico. Y es joven. Y es una relación. Que se corresponde a la de una madre con un hijo.»

«O se es madre o se es puta.»

Božena Němcová se marcha y pasa por su lado sin fijarse en él. Sale del apartamento. Josef Němec sale corriendo tras ella, ella no lo escucha, dobla la esquina y se encamina hacia la casa de los Rott.

Josef Němec da un suspiro y piensa: Dios, aquí estamos otra vez. Guarda el papelito en su tabaquera a modo de prueba. La tabaquera se llena de añoranza y de celos.

Božena, Johana y Žofie siguen teniendo una hermandad repleta de secretos. Hablan en voz baja como adolescentes. Sobre todo del joven Lambl. Después de todo, es un amigo común. Sólo que Božena Němcová ya no envía una carta privada de su primer viaje a Hungría en 1852 a Žofie, sino directamente a Vilém Dušan Lambl. Y se niega a contarles a sus queridas «hermanas» lo que ella le ha escrito. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Franz Liszt proyecta en su mente el concierto del violinista italiano. Y toma una decisión. Se convertirá en el mejor pianista de todos los tiempos. Ensaya en soledad y cinco horas al día. Las invitaciones y tarjetas de visita le llueven en todos los idiomas del mundo. Hace su

maleta y el período comprendido entre 1839 y 1847 es una gira ininterrumpida de conciertos.

En París experimenta, entre otras cosas, un concierto de Fryderyk Chopin. En el año 1841, cuando Božena Němcová da a luz a su hija Dora, escribe un artículo sobre uno de los conciertos de Chopin, y esta vez no se trata de un puro maravillarse como en el caso de Paganini, esta vez pone una pizca de ironía y sonríe ante el mito que rodea al admirado poeta del piano. Él no ha presenciado un concierto ante un público de melómanos e iniciados. El concierto tuvo por público a damas de lo más elegantes, hombres jóvenes vestidos a la última moda, artistas famosos, los más ricos financieros, la élite de la sociedad. Frente a la nobleza de cuna, dinero, belleza.

Fryderyk Chopin es tímido, Franz Liszt ama al gran público, no toca con las manos pegadas a las teclas del piano y convierte sus conciertos en representaciones teatrales. Se diferencian en el estilo en que tocan y en su carácter.

Franz Liszt se sienta al piano en París; golpea el instrumento con mucho ímpetu. Pronto será una estrella a nivel europeo, una megaestrella. Y en este mismo momento hay admiradoras sentadas entre el público y una de ellas es muy ambiciosa. Es escritora y se llama Marie d'Agoult.

Žofie Rottová está en Praga y también se esfuerza en practicar al piano. Duerme mal. Come mal. No puede concentrarse. En plena cena familiar, los bocados se le caen de los cubiertos de plata. La

anciana señora de Rott saca fuerzas de flaqueza y le pregunta sin rodeos.

Su hija menor está desgarrada entre dos amores. Ama a Božena Němcová y ama a Vilém Dušan Lambl, al fin y al cabo es su hombre flor en el fango. Tiene la sensación de que alguien le está robando las ilusiones que deposita en el mundo y se prohíbe a sí misma pensar en Lambl; lo cual le duele y hace sangrar su corazón.

La anciana señora de Rott sigue sin entender nada y está muy confundida. De modo que acuesta a su hija en su cuarto y ordena a la cansada cocinera que le prepare leche caliente con miel. Y para el desayuno, que le llevará a la cama, le tiene que hornear sus bollos favoritos con requesón y semillas de amapola. La cocinera da un suspiro y se marcha a preparar la masa.

La anciana señora de Rott es un sabueso que ha encontrado un rastro y, ahora, para variar, sorprende a su hija mayor. Johana Mužáková, de soltera Rottová, es concisa e informa a su madre en modo cómplice: Vilém Dušan Lambl tiene un romance con la señora Němcová.

La anciana señora de Rott da un golpe con sus manos.

«¿Nuestro Dušan? ¿Con nuestra Božena?»

Saca un pañuelo con el monograma bordado y se seca una lágrima.

«Pero si nosotros la consideramos parte de nuestra familia.»

Franz Liszt visita los salones parisinos con el entusiasmo de un niño. Le gustan las mujeres jóvenes, pero anhela ir más allá en su

exploración. Se ha fijado en el cuerpo de George Sand, pero ella parece demasiado dominante.

Le llama la atención un cuerpo que le saca cinco años de edad. Marie d'Agoult es condesa y escritora. Franz Liszt no tiene idea de que el hecho de que se encuentren en un salón de arte, donde abundan los chistes de moda, especialmente los de contenido antisemita, no es una simple coincidencia. Marie d'Agoult viene siguiendo sus pasos con atención. George Sand le aconseja que primero le escriba una carta, así es como lo hace ella. Pero Marie d'Agoult sabe de sobra que Franz Liszt no dispone de tiempo para leer. Y el tiempo son horas preciadas para poder tocar el piano.

A lo que no podrá resistirse Franz Liszt es a las invitaciones a su casa, en la que se reúne la sociedad amante de la música, sus admiradores y donde se celebran conciertos para satisfacer también a un público más exigente. Franz Liszt está entusiasmado con su interés, le entusiasma que esté casada, tenga dos hijas y que, poco a poco, empiece a cuidar estrictamente *su* estilo de vida, asegurándose de que tenga *su* cantidad suficiente de horas de sueño ininterrumpido. Le entusiasma el hecho de que se encargue de vigilar *su* cuota de cinco horas diarias de solitario ensayo en el piano, sin las permanentes interrupciones de visitas no anunciadas.

A ella le gusta la música. Invita a Franz Liszt a su casa con la excusa de que allí podrá conocer a otros excelentes músicos europeos.

Cettie fallece. John D. Rockefeller se levanta a las cuatro de la mañana, se encierra en el cuarto de baño, baja las escaleras. Él

mismo se prepara leche caliente o chocolate. En un espacio silencioso y vacío, se encarga de las tareas domésticas que le corresponden. Como cuando era niño. Barre, ordena, limpia con cuidado, como con temor a que alguien lo esté observando o le pueda reprochar algo. Se convierte en una manía. Nunca la cocina había brillado tanto. Su última obligación había sido ir al cobertizo, cortar a hachazos la leña, traer el cesto lleno y prender el fuego. Ahora espera a Cettie en vano. Solía bajar a las siete para hacer ella sola el desayuno. Vestida, sin darse cuenta de que su marido andaba por ahí.

John D. Rockefeller está viejo y, contra su voluntad, hace un balance de su vida en el banco baptista. Piensa en su mujer y recuerda a su madre. A ella tampoco puede perdonarle haberlo abandonado. De soltera se llamaba Eliza Davison. Por amor a ella se quedó con su apellido Davison. Le hacía hincapié en que, gracias a ella, tenía raíces francesas.

Al principio, su madre le había aconsejado deshacerse de su socio Maurice B. Clark mediante un pago simbólico. El socio se oponía, él había fundado la empresa, él había dado una oportunidad al joven John, él lo había acogido.

Pero John D. Rockefeller no sufre de sentimentalismo ni miramientos, tiene sus métodos infalibles para inculcar miedo con una escoba de abedul y un bastón de juncos imaginarios. Y eso sí que duele. El cuerpo de John D. Rockefeller se retuerce en el banco y, a su alrededor, la gente se queda paralizada. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El trío de amigas se une contra el mundo racional de los hombres. Y se deshace por culpa de un joven cuerpo *de hombre* en una maraña de advertencias, promesas, disculpas, amenazas, difamaciones; en medio de todo se encuentra Vilém Dušan Lambl. El tren atraviesa un paisaje tormentoso. Božena Němcová observa las chispitas que vuelan alrededor de las ventanas. El vagón está lleno de personas dormidas, echadas unas encima de otras. El revisor los va sorteando con cuidado. Božena Němcová emprende, en 1853, su tercer viaje a Hungría.

Como fiel lectora de George Sand, Karolina Světlá, de casada Mužáková, de soltera Rottová, intenta convencerse a sí misma de que no tiene prejuicios en asuntos del amor y es capaz de entender la necesidad de «algo dulce» que siente su colega algo mayor.

«Date ese gusto, amiga querida.»

La que, desde luego, sí sufre de prejuicios es la anciana señora de Rott. Invita a Božena Němcová a una visita privada antes de su viaje. No sabe que está hablando con Barbora Panklová.

Afuera está soplando un viento primaveral y ya no se tutean. Y no se llaman mamá e hija. Es su último encuentro en el piso de la Ciudad Vieja de Praga, que tan cerca queda de la casa de Božena Němcová.

«Me tiene que prometer usted que no volverá a contactar a mis hijas nunca más.»

«Bien.»

«Con ello me refiero a que tampoco les escribirá. Y les devolverá usted los mechones de pelo que han intercambiado.»

«Bien.»

«No tengo derecho a insistir, pero voy a hacerlo. Es usted una mujer casada y madre de cuatro hijos.»

«Pero yo...»

«¡Cállese! Debe aprender a distinguir entre lo que es el egoísmo y la lujuria y lo que es la responsabilidad. Abandonará usted Praga y se irá a Hungría, para estar con su esposo.»

«Tengo aquí mi trabajo.»

«Josef Němec por fin consiguió el ascenso tan deseado y un mejor salario, se entrega a usted y le hace ilusión ver a los niños.»

«Bien.»

Quiere agregar mamá, pero rápidamente se traga el título. La anciana señora de Rott se levanta con pesadez, intenta domar su rabia, se apoya en el respaldo del sofá con su funda de color verde claro y clava sus dedos reumáticos en ella. Una criada vienesa que no habla checo será quien acompañe a la insumisa Božena Němcová hasta la puerta.

La anciana señora de Rott espera a que la criada vienesa le dé una señal. No hay moros en la costa, el cuerpo de Božena Němcová se retira apresuradamente bajo las ventanas por la calle primaveral. Karolina Světlá, de casada Mužáková, de soltera Rottová entra en el salón. Había estado esperando en la habitación trasera. Se sienta en el sofá verde junto a su madre. La criada vienesa pone ante ellas porcelana de Meissen con café y bollos rellenos de semilla de amapola. Hablan en voz baja, las cucharitas tintinean, se va vaciando la rechoncha azucarera de tapa frágil.

«No sé, mamá. ¿No está siendo usted demasiado severa? No es sólo culpa de ella.»

«Tienes un marido y también eres madre. Sabes de sobra cuál es la obligación de una mujer casada.»

«Lo sé.»

«Y sabes el trauma que ha significado para todos nosotros la pérdida de tu primer hijo. Ella tiene cuatro. Debe ocuparse de criarlos, no andar por ahí seduciendo a jovencitos.»

«Tiene usted razón.»

«Sólo la capacidad de sacrificarse en nombre de otro y de otros puede elevar a una persona y hacerla más luminosa.»

Johana Mužáková, de soltera Rottová, también quiere iluminar; no sólo eligiendo el seudónimo artístico Světlá.[1] La madre convence a su hija mayor de la justeza de su opinión.

«Y ahora tenemos que ocuparnos de Žofie. Está bajo la influencia de esa mujer horrible.»

Tienen miedo. Innecesariamente. Aunque Žofie Rottová es, a nivel emocional, más cálida y acogedora, se une al poderoso clan de su familia. Aun así le cuesta mucho tiempo olvidar la existencia de su querida amiga, del mismo modo en que el amor hacia Vilém Dušan Lambl tampoco se puede borrar de un día para el otro. No será hasta el año 1858 que, al casarse con el médico Josef Podlipský, comience una nueva vida bajo el nombre de Sofie Podlipská, desenganchándose del todo. O no. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Todo ha salido tan bien, ella no ha cometido ningún error, entonces qué es lo que el Todopoderoso quiere de ella. No tiene tiempo para largas meditaciones. Karolina Světlá, de casada Mužáková, está

decidida, pero la cobardía que Johana Rottová lleva dentro la retrae. Tiene que hacer frente a su conciencia. Invita a Božena Němcová a pasar a su apartamento. Sólo que organiza las cada vez menos frecuentes visitas de modo que no coincidan con la anciana señora de Rott. E incita a la *cuentista*, tan próxima a su corazón, a hacer un nuevo sacrificio. Aconseja y advierte: Němcová debería esforzarse en realizar un acto heroico. Un acto heroico es un sacrificio. Johana Mužáková considera que ella puede encontrar una absolución en su salida junto a Němec a Hungría, la separación de Vilém Dušan Lambl y el olvido.

El gobierno de Johana Rottová está llegando a su fin. Johana Mužáková toma la posesión del cetro y se lo cede a Karolina Světlá. Su arrogancia moral respecto a Božena Němcová llega tan lejos que, un cuarto de siglo más tarde, en su libro de memorias, no sólo omite el nombre de Vilém Dušan Lambl, sino también el de su propio pretendiente, el escritor Jan Neruda.

Critica sin compasión a la *cuentista* y deforma los hechos con el objetivo de autopurificarse. Se distancia de Božena Němcová. Lo cual significa que se distancia de la espontaneidad emocional de Johana Rottová, de la sensualidad, de todo aquello con lo que Božena Němcová la había deslumbrado en su momento. Y con lo que más tarde la asustó. Serán sus recuerdos, ese autorretrato estilizado que nada tiene que ver con las situaciones auténticas ni con la historia, lo que citarán los zánganos patriotas en los siglos siguientes. Para Karolina Světlá, George Sand es sólo una moda pasajera. Božena Němcová comienza siendo una *cuentista* y acaba siendo una escritora. Karolina Světlá comienza siendo una escritora y acaba siendo una *cuentista*.

Barbora Panklová comienza a disculparse. A las hermanas por no haber dejado de mencionar a Vilém Dušan Lambl. A la anciana señora de Rott por no haber interrumpido el contacto con sus hijas. La unión familiar se hace añicos con una rapidez increíble. La solidaridad patriótica se hace añicos con una rapidez increíble. El trío de amigas se hace añicos con una rapidez increíble. Božena Němcová deja de ser hija. Deja de ser hermana. Es una extraña que no resulta bienvenida en la familia Rott. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Marie d'Agoult llega sin equipaje y, generosamente, George Sand pone a disposición de ella su vestuario. Abre los armarios y los baúles. La Criada Checa ya tiene los brazos llenos de ropa. George Sand expone las prendas sobre la cama, los sofás, las mesas. Las desdobla, estira las faldas y alisa las mangas. De los brazos de la Criada Checa va sacando y seleccionando, según los colores, ropa interior, medias, lazos y compara. Compone modelos tumbados. Y saca sombreros de sus cajas. Prueba distintas combinaciones. Luego manda a la Criada Checa en busca del joyero.

Cadáveres de mujeres sin cuerpo yacen por toda la habitación. La Criada Checa se santigua, tiene la sensación de que Madame ha estado recolectando espantapájaros en el campo. Son los modelos para su amiga.

La Criada Checa recoge un cadáver detrás de otro. Lava los vestidos, los almidona, los plancha. Y Marie d'Agoult, de todos modos, explora a fondo y sola el ropero de su amiga. Y elige unos

conjuntos mucho más salvajes de colores que no combinan. Mientras los apila, le dice a George Sand en plan de broma.

«Ya no tengo que ser decente y pasar desapercibida.»

En el año 1854, la burguesía de Praga regresa sonriente de un estreno teatral. Žofie Rottová y su madre incluidas. Entre las amistades se ha difundido una noticia escandalosa que las bocas comparten con excitación en las calles de Praga. Dicen que Josef Němec ha realizado una excursión no autorizada, de Balassagyarmat a San Nicolás, en Hungría. ¿Dónde diablos queda eso? Dicen que lo han metido preso, con suspensión de sueldo, que ya de por sí era bajo.

«¡Němec destituido de su puesto!»

«Cuando él no estaba, la policía encontró en su casa papeles que lo comprometen.»

«¿Acaso ese hombre no tiene dos dedos de frente? ¿Por qué no ha destruido esas cosas antes? ¿Por qué las esconde en su casa? Ahora, ¡con los tiempos que corren! ¿Acaso es un niño pequeño o qué?»

«Todo el tiempo metiéndose en asuntos que no corresponden a un funcionario.»

«¿Cuáles, por ejemplo?»

«Por ejemplo el sistema estatal. Se ha abierto una investigación en su contra relacionada con el año 1848. Ha sido destituido de su puesto y de su salario. Pero teniendo en cuenta los veintiún años de servicio, le pagarán al menos una tercera parte de su salario.»

«Por lo demás es un funcionario honrado, preciso, hábil y bueno, ¿no? No se le puede reprochar nada de su trabajo.»

«¡Sólo que no muestra ningún respeto por el gobierno ni las instituciones!»

«Es ella la que causa indignación. Hasta se niega a arrepentirse en público alegando que su alma y su conciencia están limpias. Porque el sacerdote seguro que absolvería su alma. Pero dicen que ella se niega a ir a verlo.»

«Ahora sí que se acabó todo.»

«Ella no tiene nada de nada.»

«¿Y si organizamos una colecta para ella, hasta que pueda aprender algún oficio?»

«Podemos enviarle una suma cada mes.»

«¿Y si publicamos algún folleto y le entregamos las ganancias? Esa pobre mujer es muy infeliz.»

El abogado y patriota checo se aclara la garganta mientras interrumpe la escena un racimo de voces.

«Božena Němcová es una chupasangre. Con esas contribuciones le ayudaréis sólo por un tiempo. Pero luego será aún peor. Lo que a ella le hace falta es una mano firme, una personalidad en la que pueda confiar y que la guíe por el camino resbaladizo de la vida. Lo que realmente le hace falta es un hombre.»

«Pero si es una escritora checa.»

«Os lo vengo diciendo, mirad para qué sirven. Distancia, patriotas, distancia, eso es lo que debe determinar nuestra relación con ella.»

Los carruajes van llegando. Se dan la mano y se dispersan en dirección a la calidez de sus respectivas casas. El abogado patriota vestido de gala se queda con la última palabra. Su cuerpo se monta

en un carruaje ligero. Habla de Božena Němcová como si fuera una mendiga. Lo que sale de su boca suena como si ella se hubiera escapado de un circo. Para él es pobre y la gente pobre es basura.

Los de la mudanza sacan el viejo sofá. Božena Němcová está sentada sobre su maleta en medio de una habitación vacía, mirando alrededor. No tiene que lidiar con equipajes llenos de ropa, vestidos, sombreros. La única ropa que tiene la lleva puesta. Ella misma se quita el último prendedor y se lo entrega al hombre que alarga la mano. En el siglo XXI estaría repleta de embargos y le reprocharían su vida de trabajadora autónoma. AUTÓNOMA.

Praga le da la espalda. El abogado patriota de su tiempo utiliza los mismos argumentos que usará, en el siglo XXI, un diputado que nunca ha abandonado el parlamento, no sabe nada de la vida, llegó a los escaños parlamentarios gracias al nombre de su padre disidente porque él, de por sí, no sabe hacer nada por sí mismo. El padre formulaba laboriosamente sus pensamientos, el hijo grita estupideces en redes sociales sin una pizca de vergüenza. Escupe que la gente con formación no sirve para nada. Con eso de la formación se refiere a los Komenský, las Němcová, los Masaryk, los Patočka, los Havel. Por ejemplo. Porque se ocupaban de las humanidades, la verdad, tenían conocimientos y raciocinio. Porque sólo gracias a ellos el mundo sabe de la existencia de los checos y checas. Él teme al pensamiento, a las reflexiones y a la verdad. Necesita recalcar su nada. No entiende que el mundo de la política es distinto del mundo de la filosofía. El mundo de los políticos es poder, ideología, un combate electoral constante y de por vida. Los políticos en verdad no se fijan en los problemas del espíritu humano en conflicto consigo mismo. No es asunto suyo. Los tecnócratas

patriotas del mundo como una mancha en el espejo de la humanidad. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Viven como marido y mujer en el castillo de Nohant pero entre Franz Liszt y Marie d'Agoult nunca se hablará de matrimonio. Ella escribe libros en los períodos en que Franz Liszt parte de gira. Y exige la fidelidad del músico. George Sand no la entiende.

«Si por algo es famoso Franz es por sus aventuras amorosas. Esperar que cambie por ti es bastante ingenuo.»

«Yo también he cambiado por él. Por él no puedo verme con mis hijas. Al fin y al cabo es como con los instrumentos musicales, ha elegido el piano y trabaja en perfeccionar su modo de tocar. Ha elegido mi cuerpo, pues que vaya mejorando su modo de tocar. Aunque muchos desprecian su estilo de ejecución, la verdad es que es un virtuoso.»

El tren del siglo XXI era confiable y John D. Rockefeller se ha acostumbrado a su viaje ininterrumpido. Y luego, en 1901, Theodore Roosevelt llega a la Casa Blanca. El nuevo presidente es republicano, un hombre enérgico. Los estrechos ojos de pájaro se topan con un adversario intrépido que resulta vencedor en cuarenta y cinco procesos judiciales por demandas antimonopolio. Y Roosevelt propone un plan para fundar una institución que no sólo estará pendiente de los largos dedos de la mafia y las maquinaciones de los grandes industriales, sino que también les dará a esos dedos

codiciosos un buen garrotazo. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Žofie Rottová no sabe qué hacer. Su madre le prohíbe ayudar de cualquier forma a Božena Němcová. No quiere provocar problemas en público y pondera la gravedad de la situación sólo racionalmente. La *cuentista* ya está impedida a nivel social.

Cada vez que Žofie Rottová se siente perdida escribe a su hermana mayor. Karolina Světlá, de casada Mužáková, de soltera Rottová, vive fuera de Praga, en Světlá pod Ještědem. Por la mañana sale a dar un paseo, como si el rocío fuera a refrescarle la memoria y a agitar su indignada sangre. Le gustaría decir a la *cuentista* que siente compasión por ella, a pesar de haber envenenado el aire de su casa. Pero es tarde. Y además no le dará el placer de verla humillarse frente a ella. Contempla las hileras de patatas, ahuyenta a su viejo yo, lo condena al silencio, se sienta al escritorio y escribe una carta resuelta. Encauza los sentimientos, la pasión y el amor de su hermana hacia Božena Němcová. Esos sentimientos, esa pasión y ese amor deberían pertenecer sólo a ella. Empieza por recapitular el carácter de los Němec. No son confiables. Están cosechando lo que ellos mismos sembraron. Descuidan sus intereses personales y familiares. Son unos imprudentes.

«Distancia, hermanita, distancia. Eso es lo que debe determinar nuestra relación con ella.»

El tren de los pensamientos de Karolina Světlá se pone en marcha y toda la familia Němec acaba bajo sus malévolas ruedas. Son unos imprudentes, si al fin y al cabo él tenía un puesto bueno y rentable.

Y contaban con la confianza de los amigos. Y tienen hijos capaces. Y no han apreciado nada de eso. Él es obstinado, ella indiferente. Y lo sacrifican todo por sus pasiones.

«En este momento no podemos hacer absolutamente nada, quizá cuando lleguemos a Praga y tengamos todos nuestros suministros de invierno, podremos ofrecer algún detalle... pero me parece casi un pecado contra nuestros padres que, aun siendo mayores, tanto trabajan. ¿Pensará papá hacer algo por ellos? Por favor, escríbeme al respecto. Lo mejor para nosotros sería aportar algo mensualmente, ¿sabes por cuánto tiempo sería?»

La bondadosa Žofie es diferente. Le cuesta mucho desprenderse de los vínculos profundos. Tiene buen corazón y compadece a Božena Němcová. Piensa que su hermana mayor pregunta en serio y que el destino de su colega en apuros le interesa de verdad. Eso irrita a su padre. Se dirige a él para responder la pregunta de su hermana.

«¿Cómo? ¿Colaborar con la familia Němec? Nadie me lo ha pedido.»

Y Žofie Rottová duda de que su padre ofrezca ayuda por voluntad propia.

Las hermanas se creen moralmente superiores a Božena Němcová, a sus viejas pasiones. Entre ellas se produce una armonía fraternal; ignoran a Němcová. Como mucho, intercambian chismes escandalosos e informaciones acerca de quién la ha visto y con quién. Y así, los Rott se ponen del lado de las demás familias de abogados patriotas y similares. Nadie piensa apresurarse con la ayuda para la afectada, pero, por supuesto, de boca para afuera comparten la intención de hacerlo. La típica mentalidad checa. En la

casa de los Rott no se dirá ni una sola palabra más de las actividades literarias de Božena Němcová, mucho menos del éxito de su novela *La abuela*. No, la escritora nacional Karolina Světlá tiene una memoria de elefante, jamás olvida y alimenta regularmente el odio hacia sus rivales. Es un tipo de odio *femenino*. No tiene fin. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Cada objeto en Nohant tiene su lugar fijo. Franz Liszt quiere a la señora de la casa, es un alma perteneciente a una bandada de ocas migratorias, una amazona infiel y al lado de sus instrumentos de escritura yace un molde de su mano. Las flores atraen la atención sobre el jarrón. Cada objeto en Nohant tiene su lugar fijo. Los cigarrillos, los parasoles, las joyas, el armario de escritura, el piano, los sillones dispuestos en semicírculo, la larga mesa siempre puesta, en la que no falta una enorme jarra de vino; Madame siempre está a la espera de los invitados que la diligencia trae con regularidad.

Franz Liszt goza en el castillo de Nohant de paz, orden y apoyo para su creatividad. El castillo se somete a su piano y Marie d'Agoult le va dando hijos; Blandine, Cosima, Daniel. Da a luz en la misma época que Božena Němcová. Franz Liszt perfecciona, en todos los frentes, su modo de tocar. George Sand va borrando las huellas de sus infidelidades y le cubre las espaldas; no quiere que su amiga sufra y se atormente sin sentido. Quien una vez es mariposa de paso lo es para siempre y los dedos recorren el teclado.

John D. Rockefeller está sentado en el salón vacío de su nueva casa con la boca entreabierta. Está a punto de ir a su despacho en la ciudad. El coche espera frente a la casa, está vestido. Mueve una mano enguantada por encima de la otra. Se inclina hacia adelante. Observa detenidamente el motivo de la alfombra. Luego se despabila y cierra la boca. Problema solucionado. Otra vez se endereza.

Comienza una nueva campaña bélica. Con la única arma de guerra a la que las personas de su generación están acostumbradas, que dominan, que siempre funciona: el dinero. Los retoños de la mente de Rockefeller, los jefes de la industria, recogen el guante político que les ha sido lanzado. Se dan importancia mutua, convencidos de que el mundo les pertenece; perciben cuando alguien se infiltra en su territorio. Repiten la frase de que todo el mundo es sobornable y sólo es cuestión de dar con el precio. No saben que existen retoños humanos como Božena Němcová, que son incorruptibles y, en cierto sentido, inclaudicables.

Ofrecen al nuevo presidente del país cuantiosas sumas de dinero, inmuebles, oro negro, tierras. En vano. Van elevando las cantidades y los anzuelos. En vano. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

A Božena Němcová, de momento, le es indiferente la pérdida de la familia Rott, en vista de sus otras preocupaciones existenciales. Josef Němec regresa a Praga en 1855 y espera indefenso su rehabilitación profesional. Y ella vuelve a dar de comer a los buitres. Presiona a Vilém Dušan Lambl, que se distancia. Pero eso no le sorprende a nadie. Causa otro tipo de escándalo; se hace amiga de

un flamante grupo de muchachos patriotas, colabora con uno de ellos en la publicación de sus textos satíricos, otro la deslumbra. Siempre le ha gustado estar rodeada de gente joven.

Josef Němec se encuentra repetidas veces, en casa y en el pasillo, con el nuevo e inesperado amante de su mujer. No explota, se contiene, espera. Y cuando están acostados en la cama, uno al lado del otro, prende su Virginia. Esta vez no montará una ruidosa escena de celos.

«No te das por vencida. Tienes una aventura con ese joven estudiante de medicina. Cuidas de tu propia salud, no cuidas de mí.»

«¿A quién te refieres?»

«A Hanuš Jurenka. Actúas como una arrastrada que ha vivido más de la cuenta en el lado oscuro de la vida.»

«Sí, Hanuš Jurenka es estudiante de medicina y es joven. Y es una relación. Y es amor.»

Božena Němcová no lo mira. Y no está decaída. Dejó de interpretar el papel de víctima, la dulce presa lo ha pagado caro y ahora provoca. Entra en la jaula del león.

«Tengo libre albedrío y no voy a permitir a nadie, ni siquiera a ti, que me dé órdenes. ¿No tienes miedo de que me escape con él?»

Josef Němec suelta una risita. Esta vez su cuerpo se levanta de un salto de la cama. No la mira. Conoce esa y todas sus comedias. No grita, sólo respira con dificultad. Agarra a su mujer por los hombros y la empuja hacia la puerta.

«No, no tengo miedo, porque yo mismo te echaré.»

Tanto en público como en su propia casa se van ignorando cada vez más. Los patriotas se han acostumbrado a no intercambiar palabras ni miradas cuando van juntos a algún lugar. Aun así, Josef

Němec cuenta con que, al día siguiente, volverá. Božena Němcová es adictiva.

Lo que George Sand puede controlar en París y en el castillo de Nohant, no lo puede controlar en un mundo lejano. Franz Liszt es una estrella en Europa y en el año 1843 sale a la luz su romance con una actriz berlinesa. Hace mucho que Marie d'Agoult no es su única admiradora devota. El pianista provoca en la multitud ovaciones histéricas y condesas ricas esperan en fila frente a su camerino sufriendo el desmayo de sus cuerpos. Marie d'Agoult es consecuente. Había sido muy clara en sus advertencias y se enfada tanto que hace las maletas a todos sus hijos y los manda con su padre.

Su padre está de viaje por Europa, por lo que inmediatamente cede el cuidado de sus hijos a su madre. Al fin y al cabo, cuenta con la experiencia que le dio, en sus años de juventud, un trabajo como criada en Viena. La actriz berlinesa aburre pronto a Franz Liszt y el músico experimentará con muchas más mujeres antes de tranquilizarse de nuevo, adaptándose a su cuerpo casado. Las mujeres casadas ven en él a un príncipe sensible subido a un caballo blanco, la salvación a sus matrimonios aburridos o disfuncionales, y una nueva mujer noble se convierte en su entusiasta admiradora; adora la música que su marido detesta. Pide el divorcio, pero la boda con el pianista no se lleva a cabo. El papa no aprueba el divorcio en base a la intervención de algunos familiares influyentes. Los amantes se separan. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Los estrechos ojos de pájaro se convierten en diamantes duros; alguien se atreve a no reconocer los fundamentos de su religión. Después del almuerzo, se relaja en la *chaise longue* que tiene en un despacho separado en la última planta, donde se llevan a cabo reuniones secretas con vistas al puerto. El cuerpo está escuchando, con los ojos cerrados, los informes de sus voces más leales y emite una nueva instrucción para la estrategia de la campaña bélica.

Intentarán la segunda táctica probada: una presión ligera, luego amenazas y un chantaje emocional gradual. Es un avance sorprendente en el control invisible de las más altas esferas de la política y la formación de ejércitos de lobistas. Es el *Big Business*.

La junta directiva le aprueba el paso y el hijo de Rockefeller envía, en nombre de ella, suntuosos telegramas con un monograma dorado y frases cuidadosamente redactadas. El correo está dirigido a seis senadores que luchan contra los fideicomisos. Las últimas palabras son mensajeros muy poco caballerosos.

«En breve, nuestro representante legal se pondrá en contacto con usted.»

Es como apagar un incendio con los últimos restos de gasolina.

Fue Vilém Dušan Lambl quien se hartó de Božena Němcová. No es la misma mujer. Nuevas preocupaciones la atormentan. Está como ausente, habla consigo misma, sus ojos color verde oscuro brillan febriles en la sombra.

«Habéis tenido mi cuerpo, mis actos, mi sinceridad, pero mis deseos iban más allá, ni yo misma entendía adónde.»

A veces Božena Němcová se presenta sin anunciarse y como un fantasma en el piso de los Lambl y se pone a esperar. La madre de Lambl está desconcertada, se queda en silencio y baja la vista. Frente a ella, Němcová esconde bajo sus faldas sus zapatos desgastados y rotos. La hermana de Lambl mantiene la calma. Se levanta, le trae a Němcová un plato rebosante de sopa caliente y corta una rebanada de pan recién horneado apoyándolo contra su pecho.

«No lo espere. Ya debería estar aquí, pero últimamente está con mucho trabajo. Suele llegar cansado a casa.»

Cuando Božena Němcová termina de comer y se marcha, la madre de Lambl por fin rompe el silencio.

«No tiene ninguna consideración hacia mi hijo. Es maligna.»

«Es valiente. Vive en libertad.»

Božena Němcová pierde la tranquilidad y cambia de táctica. Espera a Dušan Vilém Lambl bajo las escaleras de su piso, los ojos verde oscuro brillan en la oscuridad. No se rinde; necesita a un médico, no sólo a un hombre. En cuanto lo reconoce en la penumbra le echa los brazos por encima de los hombros. Lo atrae hacia ella.

«¿De verdad me amas?»

Él la besa sin decir ni una sola palabra y también está como ausente. Ya la ha ayudado bastante. Y también cuidó a su hijo enfermo cuando ella no estaba.

«¿O es pura costumbre?»

Vilém Dušan Lambl no reacciona, afloja el abrazo. Cambia de opinión, no se dirige a su casa, baja las escaleras alejándose de ella; quiere evitar un escándalo.

«Siento que no puedo soportarlo, perdóname, lo siento mucho. Tú eres el único en el mundo. No deseo a ningún otro. Tú estás por encima de todos.»

Corre tras él, lo arrastra al alféizar de la puerta principal. Él se libera y sale a la calle para que no los oigan los vecinos. Božena Němcová lo sostiene de la manga. Lo acaricia, lo abraza. Lambl se queda en silencio. No duda en alejarse de ella al ver que un hombre los está observando con atención desde la acera de enfrente.

«Cálmate, no hagas una escena, la gente se reirá de mí.»

Vilém Dušan Lambl está harto de ella. Ha retomado sus visitas a la casa de la Ciudad Vieja de Praga, esta vez con humildad y la cabeza gacha. Cuida meticulosamente la salud de toda la familia Rott. En primer lugar, ofrece a Žofie con dulzura consejos preventivos para que ella los transmita.

«Celebro la estancia de su hermana en las montañas de Podještědí, le hará bien a su salud. Que no se exija mucho. Mándele, por favor, un recado a Světlá sugiriéndole que tome baños de asiento con agua fría antes de acostarse.»

Se vuelca arrepentido hacia Žofie, quiere reanudar el vínculo, obtener su mano. Y así sanar la herida abierta no sólo en ella, sino también en toda la familia, calmando la tensión. Como si el romance con Božena Němcová no hubiera existido nunca.

No es el único que intenta encarrilar la situación, también lo hacen su madre y su hermana. Pero Žofie Rottová está bajo la influencia de su hermana mayor, que se obstina en ubicar a Vilém Dušan Lambl al mismo nivel de la poco razonable familia Němec.

Žofie Rottová duda un momento. Él era su máximo ideal y pensaba en él con intensidad. Pero al ver ahora al joven médico

comprende que el ideal del príncipe azul subido a un caballo blanco existía tan sólo en su cabeza. El ideal y el ser no son lo mismo.

Cuando se da cuenta de eso el antiguo dolor afloja. La herida cicatriza. Hace cuatro años la felicidad le habría embargado y una alegría insoportable la habría llevado corriendo hacia el altar. Ahora siente indiferencia. Se asombra de la frialdad con la que logra reflexionar sobre sí misma. Su ideal aún no se ha cumplido y vaga entre las estrellas. El hombre soñado sin rostro es su esperanza. La esperanza es un árbol de Navidad en el que el alma cuelga sueños, deseos tiernos, ideales ingenuos. La punta del árbol señala al cielo. Desaparece entre las nubes.

Žofie Rottová perdona a Vilém Dušan Lambl. Pero rechaza rotundamente su propuesta de matrimonio.

«Está más que claro que usted atenta contra sí mismo y tiene más suerte que sentido común.»

No puede convertirse en la mujer de alguien que tomó en brazos *su* cuerpo desnudo.

Cambio de vías

Octava parte

Cuadragésima segunda parada ferroviaria

El pianista

El tren retrocede varias paradas. Marcha, haciendo más nítidas las imágenes tras la ventanilla. Los viajeros del tren están viendo una película. Es una secuencia de imágenes en movimiento.

La anciana señora de Rott está sentada en un apartamento de Praga con amigos; están dando un concierto de piano. No escucha e imagina el bienestar familiar de los Němec en Hungría, convencida de que es mérito suyo. Espera que Božena Němcová se quede allí para siempre y (no sólo) su relación con Vilém Dušan Lambl acabe definitivamente.

El pianista acelera el ritmo y los ojos de la anciana señora de Rott examinan con satisfacción las teclas negras y blancas. Le recuerdan a ovejas negras y blancas. Suspira aliviada y se siente feliz de que esa zorra pervertida no sea realmente hija suya; habría sido una mancha en el escudo corporativo de la familia empresarial, una oveja negra para siempre.

Božena Němcová lo intenta de verdad. Decide vivir con su marido y sus dos hijos menores. Los mayores ya están cursando sus estudios. Los rasgos de su rostro se han vuelto más afilados y quienes no la conocen juzgarán que reside en ellos la resignación. Está sentada a la mesa y finge estar escribiendo a sus hijos

mayores. Božena y su marido ya casi no se comunican. No necesitan de algo tan ostentoso. Nunca se acabará el período en el que hablan entre ellos sólo para empezar una pelea. Basta con una comisura elevada, un brillo en los ojos. Como en el ajedrez, adivina su próximo movimiento. Y, de todos modos, escribe en secreto a su amado Lambl; él es el único que conoce su dirección de Hungría. Por desgracia, él insiste en transmitirle las difamaciones que, en su ausencia, se extienden por Praga. Eso la hiere en lo más profundo, pero con Lambl maldicen, ambos y con dureza, la ciudad de Praga.

Vilém Dušan Lambl recibe y entrega los escritos destinados a las hermanas y manda las cartas de ellas a Hungría, para que no se entere la anciana señora de Rott. Lo curioso es que se niega a darles la dirección de Němcová. Prefiere molestarse en ese rol de mediador y las hermanas Rott lo respetan.

Menudo bienestar familiar, a partir del momento en el que Němec recibió ese informe que lo apartaba del servicio y lo privaba del salario por participar en la revolución de 1848. De modo que los correos para los Němec son interceptados por ese señor al que tanto le gustan la cerveza, los patés, las matanzas de cerdo y las longanizas. La policía tiene su cara.

Los Němec viven aislados de su hogar en Praga. Y, entonces, la información crucial que envía Lambl acerca de que la enfermedad de su hijo Hynek no es un resfriado común, sino una enfermedad mortal llega con demora.

Božena Němcová regresa a Praga. Abre la puerta en silencio. Se acerca a la cama de su hijo enfermo, de la cual se levanta Vilém Dušan Lambl, quien hasta entonces estaba sentado junto a él.

Hynek está muy debilitado, sus ojos brillan de fiebre. Extiende las manos hacia su madre. Está horrorizada de verlo en ese estado.

«Tenía miedo de morir, mamá.»

«No pienses en eso, ya estoy aquí, ahora todo está en orden.»

Luego deja al médico junto a su hijo y lo espera detrás de la puerta. Vilém Dušan Lambl sale de la habitación y ella lo mira con signos de interrogación en sus ojos verde oscuro.

«Ve a verlo. Ya está mejor. Quiere que le toques el piano.»

Antes de ir a sentarse al piano, le besa la mano con espontaneidad en el vestíbulo. El médico no la abraza.

«El amor a estos niños es mi única felicidad, y me daré por satisfecha si veo que mi solecito mejora y mi esfuerzo no habrá sido en vano.»

Božena Němcová es profundamente infeliz en su vida personal, las enfermedades, las necesidades económicas y la muerte del hijo corroen el último atisbo de equilibrio. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El escándalo del divorcio con el tiempo se desvanece, surgen escándalos nuevos y Marie d'Agoult se traslada a París. Ya no soporta el campo y es alérgica a los tapices polvorientos y los árboles genealógicos. Organiza una velada y no compra flores. Desde luego invita a su famosa amiga George Sand; su infatigable salvadora cuenta ante la mesa y entre risas que está demasiado vieja para el amor, pero no para el sexo.

«Estoy canosa, vieja, consumida, agotada. Pronto voy a cumplir treinta y un años. Mi juventud se ha desvanecido como un sueño.

He dejado que se escurriera sin provecho.»

Las frases de George Sand son un pastel agridulce para acompañar el café. Los invitados se ríen, se levantan de la mesa y se dirigen hacia el piano en el salón de música. Se distribuyen entre los cómodos sillones y la conversación queda en suspenso.

«Tengo una sorpresa para ustedes.»

Dice la anfitriona a los emocionados invitados. Invita al piano al esbelto y elegante compositor polaco Fryderyk Chopin.

El aplauso es largo; el anillo de dragón vibra con vehemencia en el aire, la voz grita un apasionado bravo, bravo, bravo, bravo. A Fryderyk Chopin no le gusta actuar en público; por su nerviosismo y también por su frágil estado de salud. Toca en los pequeños salones de la aristocracia adinerada y alimenta el brillo de la élite artística, apoyada por los mecenas. Al final, prefiere tocar en su propio apartamento para sus amigos.

El presidente lee el mensaje de Rockefeller. Los estrechos ojos de pájaro le ofrecen acuerdos entre bastidores y les encantaría formar parte del círculo de consejeros del presidente, en lo posible sin control de seguridad pero con pasaporte diplomático.[1]

El presidente Theodore Roosevelt no es ningún pusilánime.

No se asusta y no duda ni un segundo. Los mensajes y telegramas de esta índole son, al fin y al cabo, cartas públicas. Sin pensarlo dos veces hace entrega del texto a los periodistas. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Vilém Dušan Lambl está entrando al apartamento de Božena Němcová. Su figura está derrumbada bajo la ventana. De una maceta caída chorrea agua que llega hasta el suelo. La ayuda a levantarse. Božena Němcová se va tambaleando por la habitación con un vestido que no ha terminado de abrochar.

«¿Debería estar sufriendo en la cama? Para eso, mejor padezco fuera de ella. En estos días volverá mi marido. No le haría ninguna gracias encontrarme en la cama.»

Vilém Dušan Lambl se muestra inflexible y la lleva a la cama.

«Tienes que acostarte. Debes permanecer así al menos hasta Navidad. Ya verás como sientes alivio.»

Božena Němcová le obedece. Le permite que la meta en la cama. Ella aprieta su mano convulsivamente.

«¿Y después? ¿Me pondré bien después?»

Vilém Dušan Lambl abre su maletín. Le toma la presión. Božena Němcová no se atreve a moverse, le sobreviene otro ataque. Un espasmo hace que el cuerpo se acurruque.

«Escribiré. Sólo necesitaría que dejara de dolerme el vientre. ¿Qué es lo que tengo aquí que me duele tanto?»

«Es el bazo. Eres demasiado impaciente.»

«No tengo tanto tiempo. Ya no soy joven. ¿Sabes qué me gustaría hacer si tuviera la opción? Me gustaría volver a nacer dentro de doscientos años. O más tarde todavía. No sé si, para ese entonces, el mundo será como yo quiero que sea para poder disfrutar la vida.»

Božena Němcová bebe agua pasada por un hervor. Mira al médico asustada. Su cuerpo presenta síntomas que dejan perplejos a los

doctores. La endometriosis será descrita en alemán, en 1860, por Carl Freiherr von Rokitansky, un patólogo de origen checo. Es una enfermedad grave que afecta *sólo* a cuerpos femeninos, por lo que nadie le presta atención.

Mientras tanto, los círculos checos se reafirman mutuamente en su importancia patriótica, convencidos de que el mundo del futuro les pertenece y ya cuentan con nuevas, fieles y legibles estrellas del firmamento literario con Karolina Světlá a la cabeza; la *cuentista* se infiltra en el territorio. El territorio está siendo perturbado por una extranjera que los supera y pone en evidencia su pequeñez. Si no la bajan a su nivel, si no la destruyen mediante difamaciones, o no la hacen añicos con intrigas y sucias tretas, si no sucumbe a su arrogancia y no se desmorona, en consecuencia, ante el altivo silencio del grupo, podrían deshacerse de ella de otro modo: romperle el bazo o echarla a patadas al extranjero. Un emigrante está excluido y es invisible. Un extranjero no es uno de los nuestros.

Afortunadamente existe un mundo grande y desnudo ahí afuera. Se los nota amargados cuando ven que los «extranjeros» echados a patadas logran imponerse en el mundo. La falta de amabilidad, la soberbia y la arrogancia de los propagadores de la fanfarria nacional es una tradición del siglo XIX. Las sectas nacionalistas se ahogan en sus disputas internas. En los hechos se apoyan entre sí siempre que, en el horizonte, aparezca un extranjero.

Božena Němcová es en todas partes extranjera; auténtica en sus sentimientos. Se toma en serio la creación y la vida y tiene sus propios criterios para valorar a la gente. Pasión y actos. Es lo que las sectas odian; el misterioso elitismo perdura. Toleran que esté cerca

de ellos para ver y explorar a su gusto al personaje exótico. Cuando se hartan de ella, deja de existir.

Descubrir el nivel de humanidad que tienen los patriotas es para ella algo aterrador; basta con salir con ellos a tomar una cerveza y charlar. No se trata del arte, sino de tener una vida fácil. Les indigna que el talento esté en un cuerpo femenino. Se elogian mutuamente sus sucias páginas. Božena Němcová piensa en los cuerpos talentosos que no han nacido en las familias praguenses correctas. Entabla amistad con la generación más joven y empieza a ayudarlos. La amistad con personas extraordinariamente talentosas y amables es su universo paralelo. El universo de un futuro sin obstáculos.

¿Un futuro sin obstáculos? Cuando otra escritora en el siglo XXI escribe un libro sobre un director de cine, necesita pedirles fotos a actores y actrices. ¿Y usted de quién es hija?, pregunta la voz en el teléfono. No entiende en absoluto por qué es importante y qué demonios tiene que ver eso con la libertad creativa. No sabe que, en Praga y en los países pequeños, sí es importante. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

A Fryderyk Chopin la mujer ruidosa que grita sus vociferantes bravo, bravo, bravo, bravo por todo el salón le cae muy mal. Siempre lanza su bravo cuatro veces, nunca tres como los demás. El tono tajante de su voz le resulta extraño; frases cortadas con hacha del alto tronco de un roble. ¿Qué clase de criatura es esta? ¿Es George Sand una mujer? ¿Es George Sand lesbiana? ¿Es George Sand un hombre? Fryderyk Chopin pasa su vida entre capullos de flor y esta amazona tiene ocho años más que él. Fryderyk Chopin está acostumbrado a

seres más suaves, más tiernos. Está hecho a medida de esas blancas manos que coquetean con él según normas no escritas. Que le expresan la debida consideración. Respeto. Que son más humildes, leales, amables. Manos que se convierten en lianas y se enredan alrededor del tronco, ojos que miran hacia arriba, donde está él. Verdaderas mujeres.

Se queda más tranquilo al oír que ese cuerpo provocativo lleva el título nobiliario de baronesa y su nombre civil es Aurore Dudevant.

George Sand se olvida rápido de sus dichos sobre cómo ha envejecido. Cada vez que encuentra a un hombre que le llama la atención, su reacción siempre es la misma. Toma de un modo inteligente aquello que desea. Utiliza el arsenal probado de sus armas de caza. Afila su pluma y escribe cartas intensas, precisas, embriagadoras. Leer sus cartas es fumar opio.

El misionario de los nuevos valores está anonadado. El presidente no obedece, el presidente lo traiciona. ¡*Sus* cartas y telegramas privados ahora son leídos por los ojos de la plebe!

John D. Rockefeller está desconcertado. Ha cometido un error infantil, ha subestimado el poder y la fuerza de la libertad de expresión. Todavía no ha caído en la cuenta de lo que entenderán los poderosos del mundo en el siglo XXI. Cuando necesiten ser vistos, lo harán a su manera; en el escenario hay sólo un solista. Ya no pierden tanto tiempo y dinero con la beneficencia y las fundaciones. Mucho más importante es la prensa, todos los medios de comunicación, la sofisticada maquinaria del *marketing* nacionalista. Comprarán periódicos, emisoras de radio, canales de televisión,

redes sociales. La más confiable propaganda corporativa. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Božena Němcová siempre intenta repartir, de forma equitativa, su atención entre todos los hijos. Barbora Panklová dormita en su inconsciente y se apega al hijo mayor. Es talentoso. Los patrones de las constelaciones familiares no saben de tiempo: las madres envían a su hijo mayor a un mundo al que no tienen acceso por ser mujeres; mediante un cuerpo sustituto, controlado por el cordón umbilical, cumplen sus propias ambiciones, planes, talentos, sueños.

Božena Němcová es una madre soltera, por lo que sus hijos asumen lógicamente el papel de una pareja sensible, de un asistente personal, un terapeuta, una cuidadora. Ella les asigna un papel de sostén emocional. Sin ser consciente de eso, busca en sus hijos amor, consuelo, apoyo, consejos.

Pero abrazar a los padres por ser quienes alimentan, visten, suministran un techo no es una obligación. Los niños se convierten así en personas que intentan complacer a todo el mundo y las necesidades de los demás suelen ser, para ellos, más importantes que las suyas propias; tienen mal establecidos los límites personales.

Božena Němcová les confiesa, con una cantidad desmesurada de detalles, sus ansiedades, depresiones, cargándolos de dependencia psíquica. Comparte con ellos todo lo que la hace sufrir; trasladando así las preocupaciones a sus hijos. Ni siquiera es deber de los hijos asegurarse de que los padres estén satisfechos. Sobre todo, cuando aún no tienen del todo desarrollado su propio yo. Pero temen a su

padre y entienden por qué su madre le tiene aversión y no se sienten a resguardo con él.

«Si papá me tratara como a una mujer y no como a una esclava, yo lo amaría y seríamos felices hasta el fin de nuestros días.»

Božena Němcová no logra dirigir su amor hacia un hombre, de modo que lo vuelca en sus hijos. Hynek es su orgullo; Barbora Panklová compensa, a través de él, su dolorosa infancia. No se enfrenta a su propio dolor ni salda las cuentas con él para poder convertirse en adulta. Así que, sin querer, enturbia la relación entre los hermanos.

Los demás rechazan inconscientemente a Hynek. Y como no quieren hacerlo, entran en conflicto con sus sentimientos y están confundidos. Intentan ser como Hynek y conseguir al menos una parte de la extraordinaria atención de su madre. Pero por mucho que lo intenten no lo logran. Si le hubieran confesado a su madre su miedo y confusión emocional, ella se habría quedado sorprendida y asombrada. Y les daría mil y un ejemplos acerca de cómo los trata a todos por igual.

Hynek es, en realidad, su príncipe.

«Mi esperanza infinita. ¿No es cierto que nunca me abandonarás?»

Hynek ve en su madre a una amiga y a una aliada. Se trata, por parte de ella, de un abuso platónico. Y Hynek no aprenderá a hacerse amigo de los otros niños. Božena Němcová escribe en su lugar una carta de amor a la primera chica que le gusta. Los hermanos se van haciendo adultos y sus destinos se van perdiendo en la biografía de la famosa escritora. Los problemas giran, durante toda su vida, en torno a dolores, rechazos, sentimientos de culpa y

vergüenzas que, en su momento, vivieron y no confesarán a nadie. Es octubre de 1853 y Hynek Němec fallece de tuberculosis.

Su niño.

El sentido de su vida.

El tren descarrila. Sí, ya.

Cuadragésima tercera parada ferroviaria

La vida como sala de espera ante Dios

Božena Němcová alberga durante mucho tiempo la esperanza de que su hijo se cure y repite para sus adentros: Dios es amor. Continúa repitiendo esas palabras incluso en el instante en que introduce unas flores entre los rígidos dedos de Hynek. Besa sus labios inmóviles y entremezcla esas palabras con lágrimas hasta que cierran el ataúd. Continúa repitiendo esas palabras mientras permanece de pie frente a la tumba abierta de su hijo mayor, su esperanza. No escucha las oraciones ni los cantos.

Der Gerechte muß viel erleiden,
aber aus allerdem
hilft ihm der Herr.
Deine Hand entreißt
mich dem Netz des Nichts.

Tiene los ojos enrojecidos y el ataúd está cubierto por una manta bordada a mano. La acompañan todos los niños que no pueden sustituir a Hynek. También la hermana de Lambl está con ellos y carga una gran corona.

George Sand abandona la exitosa velada de su amiga Marie d'Agoult y el recuerdo del pianista Fryderyk Chopin se le clava como una astilla bajo la piel.

Un año y medio después se arranca la astilla. Se sienta al escritorio del castillo de Nohant. El anillo de dragón escribe a trazos rápidos una carta. Un pesado pisapapeles de cristal cae sobre las hojas escritas y se empaña por el esfuerzo. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Los periodistas independientes tienen una buena formación, han leído mucho y no tienen miedo; está surgiendo el periodista de investigación. Revelan al detalle y en contexto lo que se oculta bajo la superficie; exponen la verdad y la verdad es escandalosa.

Los periódicos publican las bonitas páginas pastorales de Rockefeller. La tirada de los periódicos se incrementa. Se los puede adquirir en todos los estados de América, en cada ciudad del país entero. Lo cual, paradójicamente, también lo permite el *Big Business*. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Božena Němcová está abatida. Es una mujer distinta, obligada a recuperar la sobriedad tras sus últimos sueños utópicos. Sobre el ser humano.

«¿De qué serviría que alguien nos devolviera la juventud si no pudiera ofrecernos también una mente dichosa?»

Durante toda su vida la mentalidad provinciana le ha chupado las fuerzas, a partir del año 1853 la persecución política ahoga lo que le queda de aliento y se enfrenta a la miseria. Vende sus objetos en una chatarrería, quiere y debe ganar dinero, pero ¿qué posibilidades tiene ella en el mercado laboral?

«Me hace falta más educación para poder tener un mejor trabajo. Así he tenido que andar exigiendo de forma mísera todo lo que sé, y es a mí misma a quien le doy las gracias por casi todo.»

Finalmente, decide dedicarse de lleno a la labor literaria. Está ahogándose en su tristeza de madre por el destino de Hynek; llora, besa su imagen y espera en secreto poder apoyarse en las hermanas Rott, después de todo. No pasará. Las chicas patriotas presienten una oportunidad de venganza.

Antes de viajar por última vez para ver a su marido, Božena Němcová deja su apartamento en Praga. Al volver, no tiene dónde alojarse. Les pregunta en voz baja a sus amigas, les suplica si no sería posible alojarse con uno de sus hijos pequeños en casa de Karolina Světlá. Las hermanas están de pie frente a ella con sus preciosos vestidos; a diferencia de ella no están *underdressed*.

«No tengo adónde ir, ¿podemos quedarnos Jaroslav y yo por un tiempo con vosotras?»

Desliza sus ojos verde oscuro hacia Žofie Rottová. Ella aparta la mirada avergonzada, pero su hermana mayor la mantiene con firmeza en la escritora y rival.

«No te preocupes. Ya me he encargado de eso.»

«Mil gracias.»

«En casa de la señora Ullmann.»

Božena Němcová se transforma y su cuerpo se petrifica de tanta humillación. La angustia se está apoderando de ella. Sabe ahuyentarla, está bien entrenada en ese sentido. Mira a las hermanas como si lo estuviera haciendo por primera vez, pero mantiene el control de sí misma. La alojan en casa de la señora partera Ullmann. No deja de ser una respuesta.

George Sand sigue sentada en su escritorio escribiendo una carta interminable. Sólo de vez en cuando levanta la cabeza y mira por la ventana como si lo hiciera desde un tren en marcha.

La carta consta ya de treinta y dos páginas. Las hojas están colmadas de reflexiones sobre el pianista y Madame tantea sus posibilidades. Lo vio sólo una vez y el encuentro fue breve, pero el tren ya no se detendrá. No voy a interrumpirla.

El cuerpo de mujer de Ida Tarbell también pertenece a la nueva generación de fascinantes periodistas de investigación. No es sólo periodista; es hija de la historia misionera de Rockefeller. También está sentada frente a un escritorio espartano escribiendo. Un artículo interminable. En su puerta cuelga un cartel de *No molestar*.

La partera Gita Ullmann recibe a la desgraciada Božena Němcová y a sus hijos. Gratis y a su cuenta. La patriota familia Rott no ayuda. Ninguna familia patriota ayuda. Más que de amigas, ahora se trata

de un trío de rivales. No sólo un hombre las ha separado. También las separa un modo distinto de entender la emancipación.

La creación las convierte en enemigas. Božena Němcová y Karolina Světlá son rivales por sus propias opiniones y poéticas. El mayor problema de la emancipación femenina son las mujeres.

Karolina Světlá entierra en su mente la época en que, bajo el nombre de Johana Mužáková, vivió una crisis psíquica tras la muerte de su hijo y Božena Němcová estuvo a su lado de forma desinteresada.

Ahora sólo le interesan los ideales que trascienden el plano personal, el servicio a la patria, la abnegación de lo individual y se aleja definitivamente de los libros de George Sand. Porque la colega parisina libera radicalmente a las mujeres de los prejuicios en materia de amor y, al igual que Božena Němcová, incita a una sexualidad vivida de forma espontánea.

Světlá sólo entiende el movimiento femenino a nivel racional, como un conjunto de derechos externos corroborados por ley. Y al igual que los cortos de vista del mundo entero emplea en sus argumentos expresiones como narrativa, tesis, no olvide adjuntar fuentes, no agobie con ideas propias y que Sand no nos venga aquí con los problemas franceses, ya tenemos nosotros los nuestros, bien checos y bonitos.

La rabia saca de sus casillas a la anciana señora de Rott, incluso con el cuerpo de Božena Němcová en casa de Gita Ullmann. Božena Němcová ha vuelto, por desgracia nunca pone en su puerta el cartel de *No molestar* y retoma, de forma descarada, el contacto con el médico de la familia, Lambl. Es más, la relación es aún más intensa. A la anciana señora de Rott no le interesa que Vilém Dušan Lambl

haya estado cuidando de su hijo Hynek durante la ausencia de Božena Němcová. No le interesa que el hijo haya muerto y Božena Němcová se apegue a Lambl en tanto que médico del muchacho. Según la anciana señora de Rott, una vez más ha vuelto a sucumbir descaradamente a la pasión que la familia Rott le niega y que la *cuentista* había prometido reprimir.

La familia Rott se ofende hasta la médula. Božena Němcová ha roto la promesa que les había hecho. Todas las familias praguenses se ofenden. A pesar de no estar al tanto de la situación familiar y de conocerla sólo a través de chismes y campanas unilaterales, patrióticas. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand es astuta, refinada. Fryderyk Chopin es una persona cerrada, ningún donjuán. No dirige la carta a los ojos de Chopin. Es inteligente de verdad. La envía a un amigo común, el conde Wojciech Grzymał. No es una carta, es un ultimátum. Así se asegura de que sus palabras lleguen a oídos de Chopin y despierten *su* atención. George Sand está decidida y segura de su causa. Garabatea a toda prisa otra carta. Que sólo tiene un lado sucio: de un plumazo pone fin a una relación amorosa que mantiene desde hace dos meses para no perder la costumbre. En lo que respecta a ella, ya nada se interpone en su relación con el pianista. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Ida Tarbell nace en Pensilvania. Tiene dos años cuando, en su lugar de nacimiento, encuentran el primer manantial petrolero de sangre de chocolate. Su padre es un carpintero talentoso y creativo. En cuanto olfatea una oportunidad para él y para sus amigos en el nuevo bosque de torres petrolíferas, comienza a fabricar barriles especiales de roble y cisternas para el transporte del petróleo. Su padre es trabajador y tanto a la familia como a la comunidad local les empieza a ir, por fin, mejor. Y entonces aparece el mismísimo salvador en persona. Los peces grandes se tragan a los pequeños. El salvador sonríe. América no es para los débiles.

A su padre lo agota la campaña asesina de Rockefeller contra los pequeños productores locales, que se alegran con la esperanza de una vida mejor. John D. Rockefeller destroza la infancia de Ida Tarbell. ¿Existe un crimen peor?

Sale a pasear con el joven cuerpo de Hanuš Jurenka a orillas del río Moldava. Un fino mechón de pelo se libera de su nuca. La mano de Jurenka lo aparta con delicadeza y besa la piel que queda al descubierto. Božena Němcová se queda rígida, incluso cuando sus manos vuelven su cara hacia él y ella espera poder vivir «algunos momentos felices».

«Qué poderoso e inescrutable encanto reside en una persona dada si una sola mirada suya, un solo apretón de su mano nos puede hacer perder todas las fuerzas, y las vibraciones de su voz nos hacen agitar como una caña en medio de la tormenta. Y se es rehén de un deseo indecible de ver a esa persona, hablar con ella, lamentarse ante ella, hacerle el amor.»

Se duerme profundamente entre sus brazos deseando olvidar la frialdad del mundo.

«*Die Tage werden besser, wenn die Nacht kommt.*»

Más de una vez se levanta de la cama en mitad de la noche, casi sin ruido y sin moverse. Se ríe de sus bromas sarcásticas y los ojos verde oscuro vuelven a estar felices. El amor como dopamina. Dios es amor.

«Bésame como Dios manda.»

El estudiante de medicina Hanuš Jurenka tiene unos ojos negros igual de penetrantes que el primer objeto del enamoramiento de Barbora Panklová en la biblioteca de la princesa Zaháňská. Božena Němcová se humilla ante los examantes, se arrastra ante ellos como si pudiera cambiar y arreglar el pasado. No sabe que eso forma parte de la depresión.

Božena Němcová no esconde su amor por el joven. Amor mío, ¿por qué te habré encontrado tan tarde? Se lanza a la relación de cabeza y de forma insaciable; no creía que algo así le pudiera volver a suceder. Anda diciendo que ya es demasiado vieja para el amor, pero no para el sexo. Necesita inspiración, impulsos, la sensación de cercanía con alguien que no centra su atención en lo efímero del cuerpo. Es una mezcla elaborada y explosiva de ternura de amante y entrega de madre.

«El amor no se puede demostrar, como tampoco se puede negar –tú lo sabes, tú lo sabes–, entonces ¿por qué me ofendes?»

Toda Praga está indignada; los padres del estudiante de medicina se horrorizan y obligan a su revoltoso hijo a dejar la corrompida ciudad. Lo que más ofende a las señoras es que el cuerpo del hombre sea once años más joven que el cuerpo de Němcová. A

nadie le importa que ella sea mentalmente más joven. Si alguien les hubiera dicho con quién se casaría Mary Anne Evans en su vejez, las pobrecitas no se habrían recuperado nunca de sus indignadas calumnias y desmayos. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand también sucumbe a una nueva aventura con un joven. Sucumbe a los tonos que surgen de las vibraciones de cuerdas puestas en movimiento por el golpe de unos martillitos con fieltro. El instrumento que ahora escolta su vida es el piano.

Un instrumento de solistas.

Fryderyk Chopin llega a la conclusión de que su modo de tocar con golpes leves no es adecuado para las grandes salas de concierto. Sufre las contradicciones entre lo que necesita su música, lo que el público espera de él y lo que él mismo quiere. No puede existir sin el público y tiene la sensación de haber quedado atrapado en las cimas de los Alpes suizos en una olvidada estación de tren de cremallera; no puede decidirse.

Una de sus admiradoras, de las que no carecerá hasta el día de su muerte, le presenta a la familia Rothschild; propietaria de la llave maestra que abre el enigma de la vida del pianista. El tren vuelve a ponerse en marcha y se dirige a las alturas. Los Rothschild sostienen una mano protectora encima del pianista, le abren las puertas de los salones privados y las alcobas de extrema riqueza donde sólo se organizan conciertos privados para la flor y nata de la sociedad. El más joven de los cinco hermanos se llama James de Rothschild y se instala en la Francia de George Sand. Asesora en cuestiones

financieras al mismísimo rey, financia la construcción de minas y, por supuesto, de vías ferroviarias. Su nombre se convierte en símbolo del sueño francés y se vuelve popular. Anida con tal profundidad en los sueños colectivos que hasta un niño pequeño del más olvidado pueblo de la campiña francesa sabe que *le goût Rothschild* significa una forma de vida lujosa.

Ninguno de los dos toca en una orquesta. Es una relación especial porque dura ocho años. No es una relación convencional porque, en última instancia, es platónica. George Sand se lanza a la relación de cabeza y de forma insaciable; no creía que algo así le pudiera volver a pasar. Ella misma necesita inspiración, impulsos, la cercanía del genio que no centra su atención en lo efímero del cuerpo. Es una mezcla elaborada y explosiva de ternura de amante y entrega de madre.

Cuadragésima cuarta parada ferroviaria

La bomba de oxígeno

Ida Tarbell es una niña y, como tal, observa ante todo a sus padres. Es afortunada por tener a su padre y a su madre; sienten por ella no sólo amor, sino también respeto y apoyan su talento. Ida Tarbell estudia biología; es la mejor de la clase y la única chica entre los estudiantes. No le queda más remedio que ser la mejor, de lo contrario no podría defender sus estudios ante las muecas de burla, humillaciones y ofensas de hombres y mujeres de su entorno. Es lamentable que ni siquiera el siglo XXI deje en paz por un momento a las Ida Tarbell del mundo; incluso las revistas liberales publican asombrados artículos acerca de que las chicas son mejores en las escuelas, lo motivadas que están, pobrecitos los muchachos, cómo ayudarles.

Tiene la misma energía y pasión juvenil que poseía Barbora Panklová; a diferencia de ella, cuenta con el respaldo de su casa natal a la que puede regresar en cualquier momento y donde siempre respetan sus opiniones, decisiones inesperadas, elecciones claves y sentimientos ocultos. Los padres tienen una fe inquebrantable en la honradez, el entusiasmo innovador, la creatividad individual y el sueño americano. Se convierte en periodista.

Fryderyk Chopin vive momentos de felicidad. Después de tantos amores pasajeros, agotadores a nivel emocional, románticos, confusamente no consumados, encuentra estabilidad. Y es un tiempo fértil, creativo, intenso. George Sand cuida con mucha atención su talento y cuida la casa en la que el talento habita. Por primera vez en la vida y de forma voluntaria intenta cumplir con el rol tradicional de mujer, pareja, representante, cocinera; Aurore Dudevant, de soltera Dupin, vuelve a tomar el timón. Quiere aprender a cocinar comidas exóticas, la cocina es su escondite de brujas y no quiera Dios que la Criada Checa desaparezca con sus recetas. La Criada Checa le enseña a amasar y a preparar el hojaldre, a hornear cruasanes, crepes, bollos de requesón, fideos con semillas de amapola, *Powidltascherl*, a cocinar el *Prager Kuttelflecksuppe* y a guisar lomo de corzo asado con *knedlíky* y salsa.

Vela por el talento de Chopin con el mismo rigor con el que Alma Mahler cuida a todos sus hombres talentosos, especialmente a Franz Werfel, como cuidará Věra el talento de Vladimir Nabokov, como cuidará... Para que los muchachos no se estanquen y trabajen disciplinadamente. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Ida Tarbell no olvidará jamás la mirada de los estrechos ojos de pájaro que paralizó su cuerpo de niña; escondiéndose detrás de la falda de su madre. Sabe muy bien que los ojos de pájaro consideraban como una debilidad la honradez de su adversario, es decir, la del padre de Ida; toda debilidad que detectan, la castigan.

Aquella Ida Tarbell de entonces se esconde ahora en un cuerpo adulto; no tiene miedo y devuelve gentilezas desenvainando su propia arma. El intelecto. Su pólvora son el papel, los lápices, los libros. Aborda los problemas en un contexto más amplio y desde diferentes perspectivas. Informa a sus lectoras y lectores de forma clara y comprensible. Reúne información objetiva. Y en nombre de su padre muerto se lanza a un ataque despiadado. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Está viviendo años intensos gracias también a la compañía que rodea a su amante. La amante lo inspira, lo admira y le suministra, con valentía, viento a favor. Fryderyk Chopin vive en París con George Sand. La Criada Checa corre por el piso de París con su escoba de abedul, barre, se santigua, tiene prohibido tocar el instrumento musical de Chopin y ordenar sus partituras. Las partituras ruedan por todo el apartamento y no se pueden amontonar con la escoba de abedul. No puede creer lo que está viendo; Madame se comporta como si fuera la madre del pianista. Cuida la salud del pianista, controla *su* alimentación, le brinda atención médica. A ella la desvela *su* tranquilidad. Se asegura de que cumpla *sus* suficientes horas de sueño. Se asegura de que le resulte suficiente *su* tiempo de trabajo sin interrupciones.

Esta vez, la Criada Checa está sudada y ha dormido mal; corretea por los puestos del mercado para ser la primera en comprar carne y verduras frescas: hace caldos reconfortantes para el señor ya para la hora del desayuno. No tiene tiempo para regalar y el tiempo es dinero. Pero no el de ella.

El caldo burbujea sobre el fogón. La Criada Checa vuelve a salir corriendo de la casa y barre con su falda los adoquines. Recoge en la apoteca los ungüentos, la infusión herbal para los bronquios y los medicamentos en ampollas de vidrio marrón. Regresa al para nada silencioso apartamento. En la cocina escucha pensativamente las notas del piano hasta que la impaciente cocinera le da un codazo.

Fryderyk Chopin está tocando las interminables improvisaciones que necesita a manera de inspiración inicial: hasta que surjan de ellas las composiciones finales. Es lo opuesto al trabajo creativo de George Sand. Ella escribe directamente en limpio y no vuelve a lo que ha escrito. La comparación es dolorosa.

Un cuerpo inmóvil está sentado en el salón violeta. Escucha acordes. La mano con el anillo de dragón no se mueve. El papel está vacío y los pisapapeles de cristal son inútiles.

Božena Němcová se levanta de la cama. Echa el resto del agua en la pequeña bañera. Se baña. Se pone un vestido gastado. Coge el balde vacío y sale del apartamento.

Arrastra el balde con agua fresca, sube con dificultad las escaleras; en la última resbala y el agua se derrama escaleras abajo. Vuelve a salir con el vestido mojado y el balde vacío. Luego, en casa, se enjuaga la cara, riega las plantas secas de las macetas y lava la ventana sucia de moscas.

Vilém Dušan Lambl le quiere prohibir que se levante de la cama. Ella lo rechaza con un gesto de su mano. Abre el cajón del escritorio. Empieza a vaciar su contenido. Tira todo sobre una pila. Transformaciones de la infancia, arrugas, paisajes. Se sienta

pesadamente en una silla y agarra un papel. Al lado de ella se ha movido una sombra fugaz y las faldas de cuerpos muertos crujen. Ni siquiera el llamador de la puerta logra interrumpir el rechinar de la pluma.

Su hijo está muerto. Božena Němcová escribe sobre lo que conoce y nunca ha existido. La infancia idílica es un reflejo de la profunda soledad de ese cuerpo adulto que se aferra a la pluma como a un chaleco salvavidas.

La muerte de un hijo es el sufrimiento más grande. Las palabras de consuelo de los amigos no ayudan. Sólo la partera Gita Ullmann toma su mano, consciente de que debe quedarse y soportar el sufrimiento de esa mujer que busca ayuda. Siente compasión por Božena Němcová, habla con suavidad, pero sin pretender consolarla. Lo único que ofrece es una forma de transformar las lágrimas. Las lágrimas son perlas sagradas, preciosas. El sufrimiento ennoblece. No se puede explicar, sólo aceptar. Mirar hacia lo más profundo y comprender que el sufrimiento no destruirá a Božena Němcová. El sufrimiento duele. Pero también es una condecoración por algo que sólo ella ha vivido y sufrido; lleva algo valioso en su interior. De cada vida se puede crear algo. El pasado con sus vivencias bonitas, pero también con los golpes del destino es un material que, en el caso de que se lo acepte, puede llegar a formar. Las respuestas desaparecen en el vacío. No hay respuesta a ese porqué. El dolor amenaza con desgarrarla y las palabras con quedarse atascadas en su garganta.

Sin tener en cuenta a nadie intenta escribir una novela.

Se apoya en la figura de la abuela; lleva en brazos a su nieta. Božena Němcová idealiza su infancia, la transforma en una imagen literaria romántica, se da un baño caliente de palabras cálidas, va

disolviendo el dolor. Mece en sus brazos a su yo de entonces, a Barunka Panklová; por fin deja de apartarla, la cuida y la comprende. Va enhebrando perlas en un collar, compone imágenes sentimentales de un pueblo checo, reúne una entrañable serie de postales económicas y coloridas que envía al mundo. En ninguna de esas postales falta la figura de una abuela perfecta; lo que une todas las partes del caleidoscopio es esa mujer sabia. La verdad de la literatura no está en el lugar donde la busca la lógica. En cada uno de los personajes, los femeninos y los masculinos, hay un pedazo de Božena Němcová, no sólo en Barunka y Viktorka, según vienen repitiendo algunos como loros desde la primera reacción. Pero no basta enjuagar las heridas infectadas del corazón y del alma con agua de pino. Es necesario extirparlas y desinfectar.

Cuadragésima quinta parada ferroviaria

El alquitrán y el piano que nunca llegó

El trabajo de periodista tiene su peso y *McClure's Magazine* es un periódico respetado. Ida Tarbell se convierte en su redactora jefe y no piensa formar parte de los periodistas superficiales o sensacionalistas. No escribe sobre noticias locales.

Se entrena y espera el amanecer del nuevo siglo. Publica la primera serie de artículos sobre la vida y la carrera de Rockefeller, publica los detalles de su campaña bélica a lo largo del siglo XIX. Describe métodos concretos, brutales e inhumanos, maquinaciones y fraudes. Redacta el texto a modo de informe histórico, fundamentado con pruebas, entretejido con hechos puros y microsituaciones concretas; verifica hasta el más mínimo detalle.

John D. Rockefeller no puede huir; se ve obligado a volver consciente su existencia, a pesar de que Ida Tarbell sea sólo una mujer. La tiene entre ceja y ceja. Pero sigue poniendo cara de arrogancia y superioridad en su casa y en la oficina, como si nada. Sí, la tiene realmente entre ceja y ceja, se despierta de noche con dolores insoportables, los médicos sospechan que tiene cálculos renales; le revisan también el bazo pero no confirman sus sospechas.

Los pulidos mocasines negros entran en su oficina a las nueve y cuarto y toman una firme decisión. Cuando la reunión está por terminar, su mano escuálida tira sobre la mesa un periódico para que salga al encuentro de los ojos afines de sus buitres.

John D. Rockefeller entrecierra sus ojos de pájaro y clava un dedo en el artículo. En voz baja, casi inaudible, dice a los demás pares de mocasines pulidos una frase demoledora. Con el objetivo de sazonar su decisión busca laboriosamente el peor insulto del mundo.

«Hay que hacer algo. Hay que hacer algo con este... con este... apestoso barril de alquitrán.»

No es el sacerdote, el maestro o el corregidor el que detenta la autoridad. Tampoco el sabio abuelo con pipa, sentado a la cabecera de la mesa, animado, admirado y cuidado por la bondadosa abuela que, desde la cocina, espera a que su esposo le ceda la palabra. En el universo de la única novela de Božena Němcová la voz cantante la lleva una mujer. No es joven; un cuerpo joven provocaría, excitaría sin razón y a las mujeres jóvenes nadie les cree su independencia, sabiduría e intelecto. El cuerpo de la protagonista debe ser viejo y experimentado, pero contar con los pensamientos liberales, profundamente humanos de la autora de la novela, incluida la conciencia de un orden que nos trasciende; en el mundo masculino del siglo XIX reina una mujer sabia.

Josef Němec entra en la habitación. Pone un paquete sobre la mesa. Božena Němcová lo abre con prisas. Son las primeras entregas de *La abuela*. Josef Němec no piensa alegrarse; su carácter nacionalista lo lleva, de inmediato, a buscar los tres pies al gato en

todo. Hasta sus elogios son humillantes arañazos. Como antes, sólo lee el periódico porque no tiene ganas ni coraje para abrir la novela.

«¿Por qué un editor checo lo publicaría por entregas?»

Božena Němcová pasea su mirada por las páginas. Josef Němec no está satisfecho con la presentación gráfica.

«¿Me oyes?»

«Déjame en paz.»

«Te estoy preguntando, ¿por qué un editor checo lo publicaría por entregas?»

«Tenía miedo de que fuera demasiado costoso para la gente.»

Josef Němec presiente su oportunidad y, de inmediato, echa leña al fuego.

«Dicen que ahora la gente se pelea por comprarlo. Eso es lo que obtienes a cambio de la vida tan poco práctica que llevas. Te matas trabajando y es otro quien cosecha el beneficio. ¿Te pagará algo por lo menos? Es un estafador, un canalla y un tipo sucio. Si tan sólo apareciera otro editor. Escríbele.»

«Ahora no.»

«Escríbele de inmediato.»

Božena Němcová lanza un suspiro, va en busca de la pluma y la sostiene en su mano.

«Estará usted molesto, lo sé, por escribirle de nuevo solicitando dinero. Pero no puedo dejar de hacerlo. Mi marido lleva dos meses sin recibir su salario. Todavía no he pagado el alquiler.»

Božena Němcová estiliza la petición, mientras Josef Němec se queja ante los niños.

«Es que ella tiene el defecto de permitir que cualquiera que más o menos le caiga en gracia sea capaz de tomarle el pelo.»

La novela va saliendo, al igual que las obras de literatura trivial, por partes, en cuatro entregas. La idílica escena de principios de siglo con todos sus personajes típicos transcurre en la campiña austríaca. La literatura austríaca cuenta con muchos textos parecidos y está orgullosa de su *Heimatliteratur*; es una mezcla de material de lectura popular, tradicionales narraciones novelescas y cuentos de hadas. Ese concepto incluye, en la monarquía austríaca, diferentes géneros, entre los cuales se encuentra la novela rural. Božena Němcová lanza una horca a esa división sin sentido.

La abuela es la proyección de otra vida que se está desvaneciendo. El mundo está siendo absorbido por la industrialización y el campo se está quedando despoblado. Pero eso no es lo que le importa a la autora.

Sabe agotar su entorno como pocos. Nada está en contradicción, todo respira a través del ritmo tranquilo de la tradición judeocristiana. El idilio rural al que acuden las personas de ciudad cuando no pueden respirar por el esmog, o cuando han dejado a alguien o alguien las ha abandonado. Las heridas del alma las debe curar el campo y sobre las cicatrices debe soplar el aire fresco de las casas rurales. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Fryderyk Chopin es como un tercer hijo. Lo cuida con una pasión que sus propios hijos no han conocido. Cuida su talento. En el invierno del año 1838 organiza un viaje al extranjero al que van también sus dos hijos. Se dirigen a la isla de Mallorca y la llegada resulta complicada.

«Has dicho que estaba todo arreglado.»

«Estaba segura de que aquí no habría problema en conseguir habitaciones de hotel.»

Resulta que sí lo hay, y muy grande. Fryderyk Chopin está de mal humor y George Sand no le dice la verdad. No quieren alojarlos en ningún lado porque temen incluso la posibilidad del contagio, alegando la incipiente tuberculosis de Chopin.

George Sand tenía la esperanza de que en la isla, con un invierno suave, entre cedros y naranjos, su minada salud mejorara. El clima la toma por sorpresa. El invierno es crudo. Se alojan en el monasterio de Valldemossa.

John D. Rockefeller reacciona como todo aquel que no se entretiene con la compasión, la empatía y carece de inteligencia emocional. Es insensible e indiferente a las necesidades de los demás. No siente culpa y no puede aprender de sus actos. Va destrozando las vidas de los otros con toda tranquilidad y cree que está en su derecho. En el fondo, sigue sin entender por qué podría no agradarle a alguien, cómo una persona podría tener algo en su contra. A diferencia de Božena Němcová, durante toda su vida detesta los diálogos y el análisis de los sentimientos, así que a nadie le hace preguntas. Sólo sabe de monólogos.

Lloriquea.

Sólo una persona sin autorreflexión puede convertirse en magnate; una personalidad alterada. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

En la novela *La abuela* se percibe, de fondo, el tono suave del piano de Chopin; ninguno de los personajes se esfuerza por conseguir dinero, poder, estatus social, fama ni nada de lo que suele ser considerado distracción y diversión. Obstinadamente procuran, con toda humildad, alcanzar algo más exclusivo y extremo. La salvación del alma y la paz. A través del cuidado de los demás, del amor, inclinándose al arte, a la naturaleza, a Dios. Si los personajes dejan pasar su destino, lo que hacen es desperdiciar su propia vida.

No es la típica novela que celebra la patria y el campo escupiendo sobre la ciudad. En el fondo no se trata de una descripción realista, sino de una extensa evocación fantástica de los paisajes del alma de la autora de un modo que cura y cierra las heridas. Es su fábula más lograda y significativa. Por eso ha sobrevivido. Toda literatura auténtica nos conecta con ideas arcaicas. Así llegamos a conocer algo de nosotros mismos.

Cuadragésima sexta parada ferroviaria

Detrás de los telones de terciopelo

El silencio del monasterio de Valldemossa es frío y sus largos dedos bailan en el aire. Fryderyk Chopin tose y escucha el silencio. Pega un fuerte grito y vuelve a escuchar el silencio.

«¿No ha llegado el piano?»

«No ha llegado el piano.»

Los funcionarios de aduanas han confiscado el piano. George Sand, o mejor dicho Aurore Dudevant, de soltera Dupin, envuelve el cuerpo helado de Chopin con las mantas del monasterio y, con sus propios abrigos, se pasea de oficina en oficina. El encarcelado piano de Chopin sale en libertad con su dinero. Y aun así no dejan de acecharla remordimientos por las imperfecciones en su papel de cuidadora. Sí, la Aurore de antaño es la que está al mando, se embriaga con la vieja-nueva importancia y un dominio que se limita al territorio de la cocina y al campo de batalla del hogar. George Sand queda en segundo plano, expulsada, relegada. El viento aúlla por los pasillos vacíos con gritos desesperados, prolongados. No es que llueva. Es que está lloviendo a cántaros. Y a los habitantes del pueblo sólo les interesa una cosa: esos franceses paganos no han acudido a la iglesia ni una sola vez, la alocada Madame viste pantalones de hombre, fuma una pipa oriental a la que llama

hookah. Los nativos muestran hostilidad hacia los extranjeros, dejando clara su propia mentalidad patriótico-mercantil; George Sand sólo puede comprar fruta y verdura en la feria a un precio desorbitado.

Aurore se disculpa en público, se pone a sí misma en segundo plano y limita su cuerpo al tradicional papel femenino. Incumplir un rol estúpido significa fracasar y dejarse atormentar por las dudas.

El periodo más fértil de la creatividad de Chopin. Y se sumerge en los cuidados de su fiel compañera. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller reacciona como un mocoso rebelde, malcriado, vanidoso. No entiende qué diablos tiene ahora la prensa contra él. No comprende qué es lo que el «barril de alquitrán» está intentando hacer ni qué pretende lograr con eso. Él tiene dinero y el dinero significa poder.

Ida Tarbell se pregunta si algún día será más humilde, si pedirá disculpas, si compensará a las víctimas.

John D. Rockefeller manda a uno de los suyos a verla. Su experiencia le dice que existen dos modos de deshacerse del enemigo: ascenderlo o comprarlo. Sube la cifra, Ida Tarbell no se deja impresionar y el cuerpo de hombre dice enojado.

«Si le ofreciera más, ¿estaría dispuesta a pasarse a nuestro bando?»

«Eso no es moralmente correcto.»

El cuerpo de hombre ríe. «Así que hemos llegado a la moral. Tal vez nos estemos moviendo de sitio, después de todo.»

Del sitio no se mueven ni un poco y John D. Rockefeller no lo comprende. No entiende las preguntas de la periodista. ¿Humildad? Pero si su obra es el resultado de la más alta humildad, la humildad ante Dios; sólo lo grande y eterno aporta beneficio. De modo que es lógico que el beneficio recaiga ante todo en él, ya que él y su misión han hecho más feliz a la humanidad. Es un misionero de la nueva felicidad, por lo que también es lógico que la felicidad sólo sea para algunos. Siempre se ha movido dentro del marco de la ley; los deslices ocasionales y los pasos al borde de la ley fueron imprescindibles para imponer el método y el nuevo orden. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Barbora Panklová y Božena Němcová viven en un cuerpo; es evidente que la novela *La abuela* también la escribió Barbora. Božena Němcová, agotada, la deja esta vez, agradecida. Que sea ella quien, de vez en cuando, sostenga la pluma.

A Božena no le falta pasión, coraje, pensamiento crítico, sensibilidad por el idioma. Es legítimo llamarla escritora. Pero Barbora es quien saca filo a las frases. La espalda se encorva. Cae muy bien redondeada sobre la desvencijada e inestable mesa de la cocina. Por la ventana se asoma burlesca la luna, husmeando alegremente. La envía la noche perversa. La agente secreta está llena, alimenta la inquietud de un corazón agitado y ahuyenta el sueño. La mente le escapa al presente y a la realidad de la infancia; crea su propia realidad, huye de las frías habitaciones de la antigua casa de piedra. Sabía que de niña no debía existir. Acá está y ¿dónde está? Y observa a su madre. Lo peor que le puede pasar a un niño:

recibir la indiferencia de su madre. Todo el mundo tiene un fuerte lazo con su madre. La esperanza de gustarle a mamá. Toda la vida esperando una explicación. En vano. Para eso mejor estar en un hospicio, no saber nada de los padres y soñar su versión idealizada.

Es como si el libro no lo hubiera escrito una mujer adulta, es como si lo hubiera escrito una niña que, por fin, ha llegado al término de su larga peregrinación y encontró un hogar. Falta el coraje osado, falta la radicalidad con la que vive Božena. Es Barbora Panklová quien ha escrito la novela.

El frío arrecia y se instala de forma irrevocable en las celdas del poco acogedor monasterio de Valldemossa. Entre los muros húmedos, George Sand decide de repente, otra vez sola y otra vez en nombre de todos. Hacen las maletas con prisa y se marchan. Mallorca y la enfermedad han roto el encanto. Llegaron como amantes, se marchan como marido y mujer. No es el final; en el horizonte del arte los dos siguen la misma estrella.

El piano vuelve a ser un problema. No hay tiempo para buscar un comprador adecuado. George Sand se lo vende a un matrimonio francés de la zona por debajo de su precio; no da importancia al dinero. La gente que no considera importante el dinero nunca entenderá la situación de la gente que carece de él. El mundo de George Sand y el de Božena Němcová son diferentes, no sólo por vivir en países distintos, sino porque sus perspectivas vitales no son las mismas.

El derrame de sangre de Chopin viaja a través de Barcelona y Marsella. Se dirigen a su residencia en el castillo de Nohant, donde

Fryderyk Chopin se siente cómodo y acaba pasando la mayor parte de los veranos entre 1839 y 1846. Nohant es para el pianista lo que la isla Amrum para mí. Hay un piano en cada habitación y la vegetación circundante prolonga su vida. Todo florece con intensidad, madura jugosamente y alimenta el alma.

La atmósfera del castillo es más que un sanatorio para Fryderyk Chopin. Le gustan las grandes ciudades, pero Nohant es incluso un centro del ámbito intelectual; llegan amigos como la cantante Pauline Viardot o el pintor Eugène Delacroix, para el cual la señora de la casa ordena armar un estudio. El pintor describe la vida en Nohant como monástica y disfruta de interminables conversaciones con Fryderyk Chopin. La cantante pasea, el viento juega con un mechón de pelo en su mejilla izquierda. Se detiene y piensa lo maravilloso que es volver a tener tiempo. Tiempo de notar y percibir el cabello. Y las pequeñas lagartijas se mueven con espasmos sobre las rocas calientes.

Se reúnen para almorzar y cenar, juegan al billar, pasean, se encierran en sus habitaciones para trabajar, leen o duermen una siesta en los divanes. La brisa de verano acecha por la ventana abierta, lanzando al aire libre los sonidos del piano de Chopin y mezclándolos con el aroma de las rosas rojas en flor. En ese orden y método «monasteriales» Fryderyk Chopin se supera a sí mismo. Lejos del ruido del mundo exterior. Por primera vez tiene algo así como un hogar y vivirá sus ocho años artísticamente más fértiles.

En 1839, los meses de verano vividos en el castillo siguen estando plenamente dedicados a la música, no a la literatura. Božena Němcová da a luz a su segundo hijo, Karel. Eliza Davison, Rockefeller de casada, también da a luz a su segundo hijo. Nace

John Rockefeller y sólo su madre ve en él a un profeta. Su madre que sabe hacer cálculos con una frialdad escalofriante y adora sólo una música. El tintineo de las monedas. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

En base a la información reunida y publicada por la periodista Ida Tarbell, el gobierno demanda no sólo a la santa misión de Standard Oil. Demanda a todas las empresas de Rockefeller. Por la construcción brutal y desconsiderada de un monopolio.

Otros veintiún estados se unen a la demanda. El acta de la acusación consta de veintiún mil páginas. Sólo un par de ojos las lee detalladamente y dos veces. Los ojos de Ida Tarbell. Sus observaciones son abundantes. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Božena Němcová se duerme de puro cansancio y la vivaz Barbora Panklová saca brillo a las imágenes. Como si se las mostrara a sus amigos después de un tranquilo almuerzo de domingo, tras comer *knedlíky*, repollo y ganso asado. Corrobora la apariencia de un armonioso y estable paisaje rural, donde todos permanecen en paz y en calma, a pesar de todas las dificultades. Como si una sangre espesa, de chocolate, circulara lentamente por sus venas.

La novela *La abuela* es un libro en acordeón de la tierra de los hóbits. No dice la verdad. No se mete en dramas familiares ni en nidos de serpientes, no describe esa tragedia que la naturaleza y la iglesia preparan con malicia para las personas y se llama familia. La

familia une a personas con diferentes sentimientos y mentalidades. Las coloca en esos nidos que entremezclan intimidad y resistencias insuperables. La naturaleza une las fibras del corazón sensible conectándolo a personas que, básicamente, no se soportan.

George Eliot también escribe sobre la campiña inglesa. Los lectores piden campesinos alegres; aquí, en cambio, los honran como contraposición a un proletariado inseguro y peligroso a nivel político. Paradójicamente, así es leída George Eliot por los ojos de la burguesía y los empresarios, que sacan el máximo provecho de los cuerpos de los campesinos desarraigados; haciéndolos trabajar duro en sus minas y en sus fábricas. E incluso aquí la burguesía se conmueve con las historias de nobles y honestos pueblerinos; las mozas que ordeñan las vacas son bellas, al igual que los mozos de cuadras, los tejedores, los pastores.

Sólo hay una cosa que confunde a los honorables lectores. George Eliot es lista, por eso ve y no oculta las sangrientas riñas, discusiones, disputas, violencia, relaciones sexuales, asesinatos en torno a la propiedad familiar y los brutales conflictos por la herencia. Ve y no oculta el ávaro poder del dinero. Ve y no oculta el odio furtivo que se transmite en los genes. No le falta la ironía y una mirada radical bajo la superficie. Una mirada psicológica. Una introspección profunda. La mirada de Sigmund Freud mucho antes que él.

Los cuidados de Fryderyk Chopin requieren todo su tiempo; él depende de ella. Incluso sus amigos hombres dan por sentado que ella admira a un genio que aún no ha madurado del todo. Su deber

sagrado es entregarse a un niño de un talento extraordinario, ser su abnegada enfermera, su humilde cuidadora.

Primero viven por separado, después se mudan juntos. Fryderyk Chopin mantuvo en secreto, durante mucho tiempo, su lugar de residencia.

«Por favor, no reveles mi dirección a ningún polaco o judío.»

En el piso compartido se reúnen el arte y una compañía de personas inteligentes. George Sand suele estar sentada en el salón violeta y su espalda no está encorvada. Una noche, aparta el pisapapeles de cristal de unos papeles en blanco. Afila su pluma y envía las primeras cartas intransigentes y crueles en las que, sin piedad, aclara su posición y se recuerda una vez más quién es. Expulsa a Aurore Dudevant, de soltera Dupin, a la tierra de las sombras.

«Tengo una responsabilidad con mi propio talento. No estoy libre. Me he casado con la literatura. También yo tengo genio.»

La sociedad resopla disgustada ante tal osadía. Y resaltan que, en tal caso, el genio ha nacido en el cuerpo equivocado. Los genios nacen en cuerpos de hombre. Eso es así hasta que Gertrude Stein es la primera en afirmar con seguridad en sí misma que es una genia. Y con razón.

Los chalés que los primeros príncipes del petróleo construyeron, entre el asombro y la euforia, siguiendo el modelo de las casas de campo de Inglaterra y los castillos franceses, están vacíos y abandonados. Las alfombras de césped verde, traídas desde Inglaterra, amarillean inexorablemente. Las ventanas detrás de las cuales bailaban danzan grupales para honrar al oro negro están destruidas. En ellas hay carteles de *En venta* que agita el viento. Y

es, precisamente, en el dormitorio de una de esas casas de Pensilvania donde nacerá la escritora Gertrude Stein en el año 1874. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller es una roca tranquila porque nunca duda de sí mismo. Su autoconfianza es de granito y su biblia ya hecha jirones es un pedestal de piedra eterna. Jamás ha sostenido entre sus manos otro libro. Una persona sin libros está ciega. Me aterran los lectores de un solo libro. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Los personajes literarios de George Eliot conversan con un Dios «bondadoso», de un modo similar al de los personajes de Božena Němcová. En su vida personal, Mary Anne Evans corta de cuajo esas conversaciones. No habla con Dios desde que su padre la obligaba con violencia a ir a la iglesia con regularidad, echándole la sal de la mala conciencia en las heridas. Tampoco está de acuerdo con George Henry Lewes; los cristianos, según él, no se dan cuenta, pero a lo largo del año practican ejercicios que sirven a su salud física y mental. Ya sea mediante el ayuno o la espera de festividades en las cuales se recuerdan temas importantes del alma que, de tal modo, retornan a la conciencia.

Las iglesias necesitan gente asustada. Primero asustan a los cuerpos de los creyentes con imágenes aterradoras e historias de

cuerpos torturados, enfermedades, sufrimientos, monstruosidades. Y entonces ofrecen la salvación y la solución. *La suya. Big Business*.

Ambas mujeres saben todo lo que hay más allá de las iglesias. Todo aquello que aman y a lo que no quieren renunciar, tantas cosas que también deben agradar a Dios; porque, de lo contrario, no existirían. En ambas mujeres está presente un pensamiento esencial. Aquel que piensa en la vida eterna corre el peligro de desperdiciar su vida en este mundo.

Ambas exponen el oscurantismo hipócrita de las poderosas iglesias, que no tiene fin. Aún en el siglo XXI, los sacerdotes se sorprenden de que a la sociedad no le sea indiferente el abuso sexual de niños bajo sus sotanas, dado que lleva practicándose desde hace siglos con impunidad. Aún en el siglo XXI, los altos directivos de esa empresa multinacional llamada Iglesia afirman que, en épocas de guerra, las violaciones de niños (ucranianos) no son un problema porque los soldados (rusos) están estresados y necesitan descargarse.

El amor y el sexo son los temas de Božena Němcová, George Sand, George Eliot. El amor y el sexo son los temas reprimidos y fundamentales de la Iglesia católica. Gracias a los concubinatos de sus altos dignatarios se construyeron incluso suntuosos castillos; por ejemplo el Mirabell en Salzburgo, la ciudad austríaca de Božena Němcová. El arzobispo construye la residencia rural Altenau para su amante Salome Alt. Concibe quince hijos con ella. Su sucesor intenta acallar el escándalo de lujuria pública y encuentra una solución; cambia el nombre del castillo a Mirabell.

Cuando Fryderyk Chopin muera en el corazón de París, en su entierro en la Église de la Madeleine sonará el *Réquiem* de Mozart.

Se desata el pánico. Se desata sólo por el hecho de que la composición contiene voces de mujeres y en una iglesia católica nunca ha cantado un coro femenino, ni debería hacerlo. Se inician disputas y el debate se alarga. Se busca una solución para que otro lobo más se alimente y otra oveja más salga indemne. Finalmente, el coro de hombres llega a la generosa conclusión de que el coro femenino puede participar en la misa de réquiem; eso sí, oculto detrás de un pesado telón de terciopelo negro. La divinidad y su injusticia, insidia, falta de respeto hacia el ser humano. El ser humano y su injusticia, insidia, falta de respeto hacia la divinidad. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand está acostumbrada a cambiar de amante, separa las emociones del amor físico, ya está mirando a su alrededor, necesita un cuerpo apasionado. A Fryderyk Chopin le gustan el orden y el método. Dirige su rabia y amargura contra el editor que publica sus obras bajo un título sentimental, y Fryderyk Chopin odia las fórmulas y los halagos.

«El editor es un idiota y un canalla. Si pierde dinero con mis composiciones será sólo por ese estúpido título que utilizó para adornarlas.»

Fryderyk Chopin no es un ser etéreo. No da el brazo a torcer, no cede ni un milímetro, revisa los contratos. George Sand respeta a Fryderyk Chopin. Viven como un matrimonio asentado. Mira su cuerpo dormido y escribe a sus amigos que tiene a su lado a un niño frágil, malcriado. Ha pasado de ser una amante a una abnegada

cuidadora. El vínculo sexual desaparece del todo; predominan los cuidados maternos. Basta observar con atención su vocabulario, que a lo largo de esos años se transforma lenta y constantemente. Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Basta escuchar el tono de las cartas que ambos escriben a sus amigos. George Sand habla de Fryderyk Chopin como de un angelito, un niño, un mártir amado. Fryderyk Chopin da por sentado el cuidado que ella le brinda. Desde pequeño está acostumbrado a la atención cariñosa de todo el mundo.

Cuadragésima séptima parada ferroviaria

El testamento de Fryderyk

La novela *La abuela* se publica para los ojos de un círculo reducido de lectores y en un entorno en el que se percibe no sólo el alemán, sino también las demás lenguas, como el peor de los enemigos. Colaborar con el enemigo es alta traición.

No puede convertirse en un bestseller internacional. Božena Němcová no tiene ninguna posibilidad de enriquecerse y obtener un alivio económico. Pero su experiencia dará frutos. Las escritoras del siglo XXI no repiten los viejos errores y saben que la libertad artística es algo muy distinto de lo que exige la ceguera patriótica y el tesoro checo. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Cuidar a Fryderyk Chopin agota el cuerpo y la mente. Están tan compenetrados como un matrimonio de muchos años y George Sand ya no oculta el hecho de que el hombre, a veces, la pone nerviosa. Es una pareja difícil. Además se involucra en la educación de sus hijos. Se apega tanto a su familia que pasa varios meses sin escribir a sus propios parientes de Varsovia, olvidándose de su existencia. Sí,

ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

La almohada aconseja a John D. Rockefeller. John D. Rockefeller aconseja a su hijo, a quien nunca llegará a cederle del todo el cetro real. Su hijo sufre por la imagen que su padre crea alrededor. Para el público son una *amazing family* ejemplar. Para la prensa mundial representan la imagen de una familia de emprendedores armónica, genial, unida. ¿Y la realidad? Existe un motivo recurrente en la vida de todos sus hijos; padecen su distanciamiento. Es una característica que no se manifiesta de ninguna manera. Pero cuando están cerca de su cuerpo sienten esa frialdad que cultivan y llevan en su interior, que va creciendo hasta finalmente alcanzar a las personas que los rodean, paralizándolas de frío. Por eso sus hijos no tienen la posibilidad de hacerse adultos, dependen del mesías y, ya en su vida adulta, no existirá ni una sola carta en la que no se mencione el dinero. No conocen otro tema.

El rey de hielo. Se ha prohibido el amor, ha fracasado en el campo de la felicidad, sólo para ser el gran misionero de los negocios. Se controla a sí mismo y controla su método. El método es la vuelta al trabajo, es un sustituto de la felicidad, la máxima de su vida, el origen y sentido de su santa misión. Se casó con la rica y eficiente Cettie que fue su apoyo, reprimió sus pasiones secretas, lleva una vida burguesa, es un magnate de los negocios.

No tiene tiempo. En el horizonte ve nuevas oportunidades, nuevos beneficios, nuevas crisis. La industria automotriz.

Los automóviles y la Primera Guerra Mundial necesitarán *su* gasolina y el hombre rico volverá a enriquecerse de un modo increíble. Los ojos de los políticos sólo se vuelven hacia él y gritan sí. Los monopolios matan la esencia de la democracia. Los Rockefeller del mundo aman las crisis y nunca terminan en los tribunales. Ronronean de gusto cuando logran el monopolio en el sector alimentario y aumentan los precios excusándose en las guerras y la inflación. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Solange piensa casarse con el escultor Auguste Clésinger; su madre George Sand es quien se encarga de concertar el matrimonio. Fryderyk Chopin se opone a la boda porque no soporta al escultor. Y aparte de eso, Auguste Clésinger tiene deudas, madre e hija suelen discutir con furia y en esa guerra Fryderyk Chopin apoya claramente a Solange; se pone de su lado. Se percata de que George Sand incluso favorece a su hijo Maurice. Después de todo es el primogénito.

«Mi esperanza infinita.»

Fryderyk Chopin no está de acuerdo con el favoritismo hacia Maurice y así libera a un nuevo y peligroso genio de la lámpara. Aversiones reprimidas salen a la superficie, la crisis emocional no tiene fin y la vida de la pareja se convierte en semanas de interminables discusiones y lágrimas. George Sand lo atribuye a su enfermedad. El gran artista es galante y encantador en público, como paciente privado es insoportable.

No ha podido salvar a su hijo de la enfermedad, protegerá al héroe del relato «Karla» del servicio militar. La madre viste y educa a su hijo como si fuera una muchacha. Božena Němcová apuntala su vida con relatos sobre personajes femeninos fuertes, valientes, inclasificables, que trascienden las supersticiones; «Bára, la salvaje» se publica en 1856. En el Calendario del *Tesoro Checo*. Bára salvará a su amiga, a quien quieren casar a la fuerza; ahuyenta al pretendiente, teniendo que sufrir entonces ella misma el desprecio de su pueblo natal.

El tren de su vida está vacío, avanza traqueteando con el resto de sus fuerzas y Božena Němcová se apega a las personas que lo están pasando peor que ella. Sabe escuchar, aunque la paciencia no es su mejor faceta. Sabe escuchar, no interrumpe. Antes era impaciente, interrumpía también a sus hijos, quitándoles así valentía. Escucha, piensa las palabras, no actúa de forma precipitada, no se deja cegar por el desamparo y la ira ante las injusticias del mundo. El arte de escuchar es lo que le falta al siglo XXI, afectado por reacciones rápidas, frenesí, sobrecarga de información, acusaciones furiosas, desinformación.

Ordena sus pensamientos, no levanta el puño. El sufrimiento hace más humana a Božena Němcová. Profundiza su empatía con los demás. Pesadez y misericordia. No se aferra a Dios, se aferra al bien y a la literatura. Mete en un mismo saco a todo y a todos quienes han gobernado y gobiernan desde una posición de poder. Incluso el servicio a Dios va librando al ser humano del horror del mal, y, por lo tanto, lo purifica. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand ya no piensa permitir a nadie que la lleve a un estado de agotamiento. No quiere repetir la crisis creativa que le había causado Alfred de Musset. Sacrificaría tranquilamente su vida personal y sus bienes, pero no piensa sacrificar su talento. Primero confiesa sus opiniones, de forma directa y sin reparos, al papel. Está escribiendo la novela *Lucrezia Floriani,* sobre una actriz rica y un príncipe con problemas de salud. Fryderyk Chopin lee la novela y se siente profundamente ofendido. Ya no regresa al castillo de Nohant, la relación termina y corre el año 1847. Como siempre, Fryderyk Chopin se domina a sí mismo. Oculta sus sentimientos, es reservado, tímido.

«¿Cómo le va?»

Le pregunta George Sand en su último encuentro y lo hace con genuino interés.

«Excelente.»

La condesa recibe una respuesta formal, el cuerpo enfermo desaparece en dirección a la puerta. Le quedan menos de dos años de vida. Y ya no volverán a verse.

El proceso judicial se extiende durante varios años y termina con la fragmentación de las compañías. Sólo que John D. Rockefeller sigue siendo la misma roca tranquila, firme, y *su* tren va tomando velocidad, se precipita por el mundo sin detenerse. Sólo el mesías viaja en él.

De modo que se pone a pensar. Y vuelve a comprar las acciones de su empresa y vuelve a ganar dinero. La almohada es una oyente fiel y discreta. Los estrechos ojos de pájaro no derraman lágrimas,

alternando oleadas de odio e intentos de contenerlo, sobrevive sano y salvo sobre su blanda almohada. Ambos husmean el aire. Sienten en él un nuevo aguacero de felicidad metálica. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El sueño es una huida. Está constantemente persiguiendo algo, alcanzando a los trenes en marcha, haciendo cientos de maletas sin dar abasto, los paquetes se le caen de las manos. Corre, tropieza, cae. Tiene los pies roídos y ensangrentados, la ropa desgarrada por las espinas y los cardos que le impiden avanzar. Ve un abismo bajo sus pies. Un pino solitario se alza sobre el abismo, aves rapaces vuelan a su alrededor. Se abraza con fuerza al tronco áspero. Abajo ruge un río caudaloso. Božena Němcová observa lo que sucede debajo de ella, se observa a sí misma.

Un sendero estrecho bordea las corrientes salvajes al fondo del abismo. Lo recorre una carreta tirada por caballos. La joven Barbora Panklová está sentada en el pescante, lleva un vestido de boda azul claro y está sola. La carreta se pone en movimiento con brusquedad, la joven apenas puede sujetarse y les grita a los caballos. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien*. La carreta se encuentra en el fondo del abismo, su rueda topa con una roca y el vehículo cae de costado al río. El agua del río es espesa y de chocolate, Barbora Panklová no puede salir del líquido denso, llega arrastrándose hasta la orilla, se levanta. Quiere abrazar a un hombre. Pero no tiene brazos. Se siente como un torso. Se está hundiendo en sí misma.

A Božena Němcová no la alivian ni siquiera los sueños. Y los trenes que van en dirección a Viena no se detienen, impidiéndole

subir.

«Cuando la ira y la pena me obliguen a derramar una lágrima genuina por tanta impotencia, aullaré en dirección a esos desgraciados que vienen corriendo, deseosos de clavar sus garras en mi corazón y enturbiar mi sangre con su aliento venenoso.»

Ya no se le permite subir al tren, desde las ventanas se oyen palabras ininteligibles, las lenguas del mundo se entremezclan y las *Kinderhetzereien* duran toda la vida. Las persecuciones infantiles y el acoso escolar pueden parecer una diversión sólo desde el punto de vista de los adultos. Y los vieneses usan, para denominar la diversión infantil, la palabra *Hetz. Eine Hetz*. Anda, ve y atrapa a tu judío. Desde las ventanas de los trenes que se alejan suena otra palabra vienesa más, la que determina el ritmo de sus sueños, S*elbstbetrug*.

Božena Němcová se engaña a sí misma y no escapa. Ya la van a atrapar.

Cambio de vías

Novena parte

Cuadragésima octava parada ferroviaria

Un paquete de tabaco

Ida Tarbell tiene cuarenta y nueve años y se compra una casa de campo con los derechos de autor de sus artículos y sus libros. Sus dimensiones me recuerdan a la casa *Kiwitt* en la isla Amrum. Vive en ella hasta su muerte y la decora a su gusto. Manda a fabricar una larga mesa de roble para su despacho acristalado con vistas a los pinos. El verano está llegando a su fin y el otoño trae en su viento la nostalgia. A Ida Tarbell la hace entrar en calor un vaso de whisky, pero no le gusta bebérselo sola. Se recoge el cabello en un moño, se pone un sombrero de paja con un lazo amarillo y visita al vecino más cercano. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Božena Němcová sigue autoengañándose en privado hasta el último minuto. ¿Significa eso que no se rinde? No puede esperar el momento de trasladarse por fin a su ansiada Litomyšl para estar sola, para escribir, para empezar una vida nueva y tranquila. Va tras la idea de privacidad del cuarto propio y un salario, se marcha para cumplir el futuro sueño de Virginia Woolf y, por cierto, el editor Antonín Augusta le alquila una habitación muy bonita. Se marcha a

una ciudad apartada de las vías ferroviarias y sigue repitiendo, ensoñada, *nach Leitomischl, nach Leitomischl, nach Leitomischl*. La esperanza es un árbol de navidad en el que Barbora Panklová vuelve a colgar sus sueños de antaño, la ternura, los deseos, los ideales ingenuos, sueña con un nuevo comienzo, desea volver atrás en el tiempo y el tiempo no es dinero. La punta del árbol señala al cielo. Desaparece entre las nubes. Cuando una persona tiene diecisiete años lucha con mucha más determinación que casi veinticinco años más tarde; todavía no tiene ni idea de todo lo que puede llegar a perder.

La huida como esperanza. Ahora por fin podrá vivir libre y despreocupada.

«Ahora por fin voy a vivir libre y despreocupada.»

Entiende que en la vida lo más difícil es vivir con total sencillez y normalidad. Pero el cuerpo ya no puede más. Božena Němcová está enferma, cansada, deprimida y no tiene otro cuerpo. Un estado de agotamiento. Hasta ese punto llega.

Ni siquiera puede permitirse el lujo de las excusas. No puede alegar un bloqueo creativo, cansancio por exceso de viajes, agotamiento por una gira de lecturas públicas a lo largo y ancho del mundo, discusiones, festivales, entrevistas. No puede describir la presión que se ejerce sobre los autores de éxito y que los condena a quedarse mudos, cuando se sientan durante horas delante de un monitor encendido, temblando, sin poder escribir una sola palabra, con alucinaciones y acabando en sanatorios reconocidos mundialmente. No, esas preocupaciones son para otros autores y otras condiciones de vida.

Ya no puede relacionarse con la gente. Tiene demandas de amor, pero no puede amar. Busca la soledad que tanto teme. Se ha convertido en una trágica estrafalaria. Todas sus relaciones interpersonales están debilitadas. Pierde la capacidad de actuar. Su mente quiere adentrarse en el tumulto del mundo; su cuerpo anhela estar a solas. Amoldarse a la vida social es para ella una obligación molesta. Le gustaría vivir para ella y ser independiente.

Ya ni ella misma sabe lo que quiere. No logra aceptar lo que sucedió, todas esas desgracias, enfermedades, daños. El presente es fugaz, ya no disfrutará más de la vida porque sabe que la felicidad también lo es. Y el futuro es incierto. No percibe los peligros que podrían surgir en el futuro. El ser humano es una unidad de cuerpo y alma. A Božena Němcová le duele el alma y es su cuerpo el que lo paga.

«Sé que os molestará, niños, pero ni siquiera vosotros podéis pedirme que siga siendo una esclava porque no podría ni querría seguir viviendo. Siempre podré serviros de este modo y seguiré siendo la madre que siempre he sido para vosotros. No hace falta que odiéis por ello a vuestro padre, él seguirá siendo vuestro padre y tutor hasta que tengáis un hogar propio. Y cuando os hayáis convertido en personas buenas y honradas, ese será mi mejor testimonio, a los ojos de la gente y de vuestro padre, de que no os he educado mal.»

Se convierten en personas buenas y honradas, algo que al señor Josef Němec le da bastante igual.

Božena Němcová permite que hagan lo que quieran con ella. Hasta el extremo. No tiene fuerzas para defenderse. Cumple con su obligación y rol de madre, esposa y amante. Es un tema eterno y

dantesco. Pasarse la primera mitad de la vida cumpliendo y tachando cosas de la lista. La escuela, la boda, el matrimonio, los hijos. Cuando los hijos crecen, lo que queda es una persona desnuda, abandonada, invisible.

Busca la salida de emergencia en un bosque de chocolate en el que se ha perdido sin haber tenido tiempo de darse cuenta. En el mundo de la mujer el camino a través del bosque negro dura mucho tiempo, una de las etapas se llama menopausia. La menopausia es un sendero estrecho sobre los rápidos del río. Božena Němcová cumple cuarenta y un años de vida. O no. Su climaterio marca el rumbo que seguirá el resto de su vida. Sólo que el flujo de su sangre de chocolate no se detiene nunca. Incluso si el cuerpo es estéril.

Un cuerpo cansado y prematuramente envejecido parte a Litomyšl. La sociedad del mundo entero estampa sobre las mujeres envejecidas, estériles, la marca de la esclavitud, parecida a la marca de la vergüenza que los romanos grababan con hierro candente en la frente de los esclavos más despreciables. Y, desde ese momento, se considerarán inferiores.

Un año de pérdidas. Sólo que sus amigos no mueren; se alejan de ella y desaparecen. El interés de los patriotas por Božena Němcová se desvanece en el momento exacto en el que su rostro enflaquecido muestra la primera arruga.

Para George Sand la menopausia no es un problema ni una enfermedad fastidiosa; la menopausia es un reinicio natural de la vida. Cuando tiene sofocos se compra una serie de abanicos a la moda. Sin miedo a quedar embarazada se cuela en la cama de su

amante. Piensa sobre la sexualidad y la moral sexual cuando el grabador Alexandre Manceau la provoca con astucia.

«¿No deberían pensar las abuelas más en la vida después de la muerte que en los placeres terrenales?»

George Sand también lo provoca. La sociedad espera fidelidad en el matrimonio, pero a ella le apetece apedrear ancianos. No por infidelidad, sino porque sus cuerpos obligan a sus esposas a serlo. Es un estado de emergencia.

El grabador Alexandre Manceau no la entiende.

«¿Por qué, Dios mío?»

«Los hombres están desgastados, sin chispa, sin deseo, sin placer, sin pasión física. Nosotras siempre tenemos ganas. Hay dentro de nosotras una cueva, un abismo, una profundidad, un barranco que espera ser llenado por aquello que es su regalo y su misión. Y si un hombre no es capaz, si ya no puede hacerlo, entonces, ¿para qué sirve?»

En el caso de los hombres, los sofocos, los cambios hormonales y de valores de vida se denominan crisis de la mediana edad y se resuelven comprando un nuevo coche con suspensión. George Sand pone nombre a la necesidad de aceptar las pérdidas irreversibles y encontrar una nueva dirección. Las mujeres que esperan tener un hijo saben que nunca más serán madres. Las mujeres a las que se les han ido de casa los hijos por quienes se sacrificaron, procesan el síndrome del nido vacío. A la lista de pérdidas se suma la muerte de los padres. Las mujeres que, como Božena Němcová, perseveran por sus hijos en una relación insatisfactoria, no se procuran nuevos comienzos porque hace mucho que han perdido la autoestima y el respeto por sí mismas. Llevan toda la vida definiéndose, a través del

marido y la familia, en un ambiente de violencia doméstica. Y, de repente, no saben quiénes son. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Mark Twain es un escritor estadounidense, su casa no queda lejos y sus fiestas son legendarias. Ida Tarbell comparte con él su sentido del humor y la ironía. Y, lo más importante, el de la justicia y otras perspectivas acerca de todo. Sus opiniones son simples y cuando más les gusta compartirlas con los demás es pasada la medianoche. Mark Twain siempre presenta a su amiga con las mismas palabras.

«John D. Rockefeller la considera una loca; según él debería estar en la cárcel o arder en una hoguera y un huracán debería esparcir sus cenizas. A menudo Ida se asombra de todo lo que ese hombre olvida. Rockefeller se asombra de todo lo que Ida recuerda. Ida es una diana en movimiento que devuelve la bala.»

«¿Por qué?»

A Ida Tarbell siempre la ponen nerviosa esas dos palabras porque no entiende cómo alguien puede preguntar de una forma tan estúpida.

«Para que, en el futuro, no haya privilegiados que tengan todas las puertas abiertas de par en par, y para que no haya otros que nunca encuentren la puerta necesaria. Por eso.»

Mark Twain siempre acude en su defensa.

«El señor Rockefeller habla de un radical libre mercado y él mismo lo destruye. Piensa que la sociedad no existe, sólo el individuo, a lo sumo una familia. Lo cual es una tontería. Su mentira dará tres veces la vuelta al mundo antes de que la verdad tenga tiempo de

ponerse los zapatos. Pero Ida ya está calzada y ve a través de sus mentiras. Haz aquello a lo que más temes y el miedo desaparecerá.»

Ida Tarbell habla mucho en las fiestas de Twain, el whisky le suelta la lengua y ella afirma que le importa un carajo la tradicional disputa política entre derecha e izquierda porque gira en torno a la propiedad de los medios de producción. Le da igual si las empresas son privadas o, tal como dicen las nuevas teorías, socializadas. Para ella lo fundamental es que la persona sea la medida de todas las estructuras, incluyendo las económicas. Eso significa que lo más importante es que no se pierdan de vista las relaciones personales, las relaciones entre la persona y sus colegas, entre subordinados y superiores, entre la persona y su trabajo, entre el trabajo y el destino de sus resultados.

«Mi querida, ¿otra vez con Rockefeller? Las decepciones deben ser quemadas, no embalsamadas. ¿Qué espera usted de gente como él? Desconfío de los abstemios, los que no fuman, los ascéticos, la gente sin pecados, los virtuosos, desconfío de todas esas personas comedidas y cautelosas que sólo entran a la batalla cuando se sabe quién es el ganador. ¿Otro whisky con hielo?» Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

De camino a Litomyšl, Božena Němcová se detiene en una granja cuyo propietario se llama Josef Daněk y ha estudiado en Berlín. Por suerte no es un patriota fanático, sino un patriota sensato al que le gusta su tierra. Detrás de su granja hay un estanque. En él nadan gansos y patos. Božena Němcová se asoma desde el carruaje y el granjero se horroriza.

«Por Dios, señora Němcová, tiene usted un aspecto terrible.»

«He estado enferma mucho tiempo.»

La escuálida Božena Němcová baja del pescante y las oscuras ojeras de sus ojos verde oscuro resaltan aún más su brillo febril. El criado se lleva su equipaje y, en el comedor, toda la familia está de pie alrededor de la mesa, como si esperaran una visita real. Van de punta en blanco y la esperan sólo a ella. Josef Daněk no sólo es un sabio administrador, sino también un ávido lector de literatura universal. Como si fuera una reina, le asigna el lugar de la cabecera de la mesa, donde habitualmente se sienta su cuerpo, y se disponen a cenar.

Sientan a Božena Němcová en el trono. Ahí está, luciendo un vestido viejo y ese contraste la conmueve hasta las lágrimas. Los ojos verde oscuro brillan y observan con avidez todo lo que se come. Controlan si le sirven el cucharón de sopa bien lleno en el plato hondo. Los ojos se abastecen de alimento para cuando ya no quede.

A la sopa le sigue el lomo de corzo asado y *knedlíky* con salsa. Los ojos no se concentran en los rostros que hablan, sobrevuelan la mesa donde hay pan casero, mantequilla, queso, setas en vinagre, cerveza, miel, huevos cocidos. Los hombres toman la cerveza casera en vasos grandes, las mujeres en vasos medianos, los niños en vasos pequeños. Božena Němcová piensa que en esta casa debe haber buena comida durante todo el año y ojalá su cuerpo pudiese quedarse aquí y comer y comer.

«¿Y por qué precisamente a Litomyšl? En Berlín tengo unos conocidos de confianza y el piso en el que viví le gustaría a usted.»

Josef Daněk siente curiosidad y Božena Němcová limpia sus labios con una servilleta de lino.

«El señor editor Augusta publicará todo lo que he escrito.»

«De modo que el contrato ya está firmado. Me alegro mucho.»

«No, no lo está, pero ya tenemos un trato. Se acabaron las preocupaciones.»

Un criado lleva una vela y el cuerpo de Božena Němcová lo sigue despacio e inclinado hacia delante. Al final del pasillo una criada toma la vela y conduce a la *cuentista* a su habitación. Ayuda a Němcová a desnudarse y se horroriza ante el cuerpo demacrado, al que sólo le quedan los ojos. Acomoda el cuerpo en una bañera alta y lo ducha con una jarra de agua. El cuerpo no menstrúa. Pero cuando la criada vierte el contenido de la bañera, está lleno de sangre. De sangre oscura que tiene el precio del oro.

La sangre humana contiene 0,2 miligramos de oro. La criada mejor no les dice nada a los señores de la casa sobre la sangre de chocolate, por si, al final, Dios no lo quiera, termina siendo culpa suya. Quizá la escritora se ha infectado o lastimado en el camino. De todos modos el cuerpo dormirá sólo una noche y, al día siguiente, se irá en el carruaje.

Se despiden y Josef Daněk besa la mano de Němcová. La criada los observa desde detrás de la ventana de la habitación en la que la escritora ha pasado la noche. Luego, con un suspiro, retira la sábana, que también está manchada de sangre. Božena Němcová sigue viaje hasta Litomyšl en un coche tirado por caballos, los trenes no llegan ahí todavía. *Nach Leitomischl, nach Leitomischl, nach Leitomischl*.

Un cuerpo envejecido no puede cambiar de vías de la noche a la mañana. Božena Němcová vive en tensión constante con sus hijos, su marido, sus amantes. La mente no tiene tiempo suficiente para

curar la ira, el dolor, la nostalgia, ni para esperar con calma y paciencia ese renacer que dé por terminado el viaje por el bosque oscuro. Su cuerpo enfermo, empobrecido y cansado la traiciona. Sabe que ahora sí puede permitirse estar enfermo y cansado; ya no sostiene a nadie.

A lo largo de la historia de la humanidad, las mujeres han muerto, en general, antes de llegar a la menopausia, que es su segunda oportunidad para vivir una vida creativa y la posibilidad de ser ellas mismas. El momento en que muchos cuerpos despiertan y dejan caer las anteojeras; como en la pubertad.

Por supuesto, les sigue gustando cuidar de los niños, de los demás. Pero entienden que la sociedad abusa y explota descaradamente esa cualidad. Cuando, a pesar de todo, las mujeres de la época de Božena Němcová llegan a la menopausia, se las tilda de ancianas. En el siglo XXI, se encuentran en la mitad de su vida. Tienen por delante cuarenta años más y florecen. Entienden el don de la transformación. Por eso tantas fugas de relaciones vacías, por eso tantos divorcios inesperados, por eso tantos cambios de profesión, por eso tantas empresas fundadas y esta vez propias. Una explosión de creatividad. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

«¿Tiene usted dolores?»

«Gracias por preguntar, ya no.»

Fryderyk Chopin contesta al médico con una expresión ausente en los ojos y con la misma calma deliberada con la que lleva toda la vida bloqueando al público el acceso a su privacidad. Su timidez es

siempre conmovedora en contraste con las efusiones emocionales de quienes le rodean.

En el año 1849 reina el silencio y la falta de espacio en torno al cuerpo de Fryderyk Chopin. Los vestidos femeninos crujen silenciosamente y los ojos se llenan de lágrimas. Junto a su lecho de muerte se ve también por un rato a Solange, la hija de George Sand, y le da las gracias; sólo gracias a su intervención y apoyo puede hoy vivir al lado del hombre de sus sueños. Auguste Clésinger sigue estando enamorado de Solange y, a petición de ella, le hará una solemne máscara mortuoria y un molde de su preciada mano. Y también talla su lápida. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Ida Tarbell es enérgica y productiva. Hace ejercicio, anda en bicicleta y, haga el tiempo que haga, pasea por los alrededores de su casa de campo. Deambula por la naturaleza con un cuaderno de esbozos en la mano y, al comenzar la primavera, admira los azafranes morados y blancos entre los restos de nieve. Sube las colinas, corre por el bosque, los prados y las laderas florecidas, sube a las montañas y las rocas, se baña en el río. Sube los bajos y empinados escalones y la larga escalera corrediza de su propia biblioteca y estira la mano para alcanzar los libros que ella misma elige. Reflexiona, escribe y desayuna con Mark Twain todos los domingos. A ambos les gustan los panecillos recién hechos, que cortan mientras aún están calientes; a él le encanta la parte de abajo, a ella la de arriba, la más blanda. Cuando se sientan a la mesa de ella, Mark Twain siempre le ofrece galantemente la parte inferior y ella, en cambio, le cede su

favorita, la superior. No será hasta muchos años más tarde que se enterarán de las preferencias del otro en lo que respecta al pan, dando lugar a una verdadera disputa filosófica que zanjará Mark Twain.

«Entonces, ahora, ya lo sabemos. Y, a partir de ahora, será muy difícil darle a entender lo mucho que la estimo. Porque, en cuanto a Sand, no logramos ponernos de acuerdo.»

A él no le gusta George Sand, en su opinión pertenece a las mujeres que no están orgullosas de su ropa, pero se enorgullecen de no estarlo. Ida Tarbell tampoco falta a las fiestas llenas de alcohol en casa de Twain, acude con regularidad; siempre y cuando su muy endeudado colega no se encuentre en Suiza, disfrutando del apoyo de sus mecenas locales, mirando el lago mientras descansa en su habitación de hotel en el pueblo de Weggis, en cuya colina hay una golondrina enterrada bajo el árbol más alto.

La historia de John D. Rockefeller se le va quedando grabada. Sigue pensando en él a fondo, de cara al futuro, una y otra y otra y otra vez, toma notas acerca de cómo cualquier economía totalmente centralizada, es decir, los trust, destrozan de un modo catastrófico todas las relaciones, abriendo un abismo cada vez más profundo entre la gente y la vida económica. Cada persona va perdiendo interés en su trabajo.

Ida Tarbell afirma que John D. Rockefeller está aplastando el motor natural del quehacer humano. Está extirpando el ingenio y el espíritu emprendedor de la vida económica. Roba las subvenciones de las pequeñas empresas. Destroza la necesidad de una remuneración justa. Aniquila las relaciones de mercado, la competencia. Y jamás recibirá, por los resultados de su trabajo, una

justa recompensa ni un justo castigo. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Debe supervisar la publicación de sus escritos en la editorial del señor Antonín Augusta. Lleva una maleta a Litomyšl: el dolor que la consume por dentro. No dice nada al editor de su enfermedad. No puede estar sentada, no puede estar de pie.

«Estoy canosa, vieja, consumida, agotada. Pronto cumpliré cuarenta y dos años. Mi juventud se ha desvanecido como un sueño. He dejado que se escurriera sin provecho.»

Traga con dificultad una infusión de manzanilla y vomita. El criado trae carbón y lo vuelca en la estufa. Božena Němcová le habla como si le debiera una explicación.

«Cuando publiquen, al comienzo del segundo mes, *La abuela*, iré a Praga a comprarme un traje de invierno.»

Se acerca a la ventana de la habitación de huéspedes, la abre. Sopla un viento furioso, como si alguien se ahorcara en ese instante. Antes de descubrir, para ella misma, quién es ella, la enfermedad vence. No la mata la enfermedad, la mata la vida. Ha olvidado aquello que tanto había inculcado a sus hijos.

«Tenéis que salir a conocer el mundo. Y, en base a mi propia experiencia, os recomiendo que os alejéis de las personas que intentan rebajar vuestras ambiciones. La gente pequeña lo hace siempre, pero quienes de verdad son grandes os harán sentir que vosotros también podéis crecer.»

Nadie en la República Checa crearía una fundación para una escritora. A lo sumo habrían quedado en encontrarse, con la

intención de darle una rebanada de pan. Alguno, incluso, una pizca de sal. Pero para eso la beneficiada tendría que ser diferente, no andar provocando ni portándose mal. Tendría que ser adulta, piadosa, decente, fiel, sabia, sonriente, humilde y sacarse fotos con ellos frente a sus bibliotecas. Němcová espera con tanta ilusión el apoyo material del editor, que hasta me duele el corazón.

Fryderyk Chopin muere en 1849, probablemente de tuberculosis. A pesar de todas las leyendas sentimentales, la verdad acerca de su vida es una píldora amarga para los patriotas polacos: un hombre cuyo nombre no suena «nacional», en cuyas venas circula sangre francesa y que pasa casi toda la vida en su amada Francia, se convierte en símbolo de Polonia. Una francesa loca desempeña un rol clave en su vida y, desde joven, desea perfeccionar la música en el extranjero. Berlín y, luego, Viena, un fiable trampolín al mundo. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien*.

«¡Y qué me importa a mí el reconocimiento local!»

Hasta el día de hoy existen interminables disputas profesionales sobre la enfermedad de su cuerpo. La enfermedad es un cascarón que no logran romper; la Polonia católica prohíbe las pruebas de ADN. El corazón de Chopin no puede ser manipulado por una mano extranjera. Por temor a que la leyenda se descascare. Por si acaso los especialistas pudieran llegar a dar con alguna huella francesa.

Es un corazón polaco.

Que ha sido extraído y sumergido en etanol. Por si acaso.

Durante toda su vida, Fryderyk Chopin ha tenido miedo de que lo enterraran vivo. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí,

ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

En el siglo XIX, las bocas de los hombres repetían con frecuencia a las mujeres una limitada y retorcida versión de Darwin acerca de la inevitabilidad de la «extinción» de la especie más débil. Sólo que necesitan los cuerpos de mujeres: para dar a luz a sus hijos y para el trabajo esclavo.

Desde la perspectiva de los físicamente más resistentes, Božena Němcová es un cuerpo destinado a perecer. Como mujer, como artista, como madre soltera, como mendiga. A pesar de que las Boženas Němcová del mundo entero son una especie biológica fuerte, invisible y aún no descubierta a nivel literario.

Es una cuestión, otra vez, de la psicología. Desde el punto de vista de los Rockefeller, aun si alguien fallece luchando, pierde. Los vencedores son los supervivientes.

¿Quiénes son las víctimas? Las víctimas no son los héroes ni los perdedores.

Los estrechos ojos de pájaro consideran a todos los cuerpos pobres errores de la naturaleza y perdedores. Un presidente estadounidense del siglo XXI se niega a visitar, en Francia, un cementerio de soldados caídos en la Primera Guerra Mundial, por haber sido unos «perdedores» e «idiotas». Él es un experimentado hombre de negocios, él habría ganado en todos los campos de batalla y habría sobrevivido. Y el mismo año la ministra checa de Finanzas se niega a trabajar con el problema de las Boženas Němcová, el problema de las madres solteras; le dan asco esas palabras. Para ella son perdedoras e idiotas que han acabado

cobrando subsidios. Los monstruos en los puestos de poder tienen un vocabulario para nada patriótico y sólo ellos son los *first* en todo. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Así que por Litomyšl se tambalea el cuerpo gravemente enfermo, desorientado, de Božena Němcová. Que o bien calla, o bien escupe las palabras. Es lo que suelen hacer las personas con los nervios alterados. Por momentos responden con monosílabos, para luego lanzarse a hablar como una verdadera catarata. No soporta estar sentada de tanto dolor y escribe sobre el atril con su mano temblorosa. Ni mujer, ni hombre.

El cuerpo está solo. Al fin solo, sólo que esta vez esencialmente apartado. También tiene ante su vista columnas de números, como John D. Rockefeller: sólo que ella calcula las personas cercanas que ha perdido. Y las deudas. Antes de que sanen las viejas heridas, recibe otras nuevas. En uno de sus últimos paseos por un otoño ardiente se abraza a un viejo tronco de árbol. «Abrazo al mundo con un amor fervoroso; ofrezco mi amor a la gente... ¡y ellos me desgarran el corazón con un alfiler! Llaman pecado a que me humille por amor; por amar la libertad me crucifican; cuando digo la verdad, ay qué mal; y si miento, ¡me regañan! ¡Cómo soportarlo! ¡Mis hombros no son los de un titán!»

El tiempo se detiene como en otoño, cuando murió su hijo Hynek. ¿Cuántos años han pasado? Dos, tres, cuatro. En verdad, ya no lo sabe. Sólo el viento mece las briznas de hierba y las flores de las

dalias ondean levemente al ritmo del antiguo aliento de Barbora Panklová.

«Tanto lo anhelaba, tanto deseaba llenar con algo ese lugar vacío en mi corazón y no sabía con qué. Por aquel entonces pensaba que sólo podía ser con el amor de un hombre.»

Ahora es invierno. Božena Němcová se levanta y mira por la ventana. La gente en la calle va de prisa a algún lugar, vienen y van, y qué sentido tiene eso, igual que todas esas ventanas iluminadas que parecen tristes y que no se abren a causa del aire helado. Los cuerpos en la calle sonríen con una sonrisa que significa que ellos ganarán su partida. Le parece estar oyendo el canto de un cuco. Está envuelta en su chal, tiritando de frío, cuenta con los dedos los años que el canto del pájaro le dice que le quedan. Tiene miedo de todos los pasos que oye en la escalera y todo el tiempo mira expectante el picaporte de la puerta. Sobre una hoja de papel se ve una mancha difusa de tinta. Božena Němcová la mira absorta. Quiere dormir. Otra vez tiene sueño. Se duerme incluso encima de los papeles. Sobre el diván en el que se acuesta de noche hay una lona encerada debajo de la sábana. El agua en la tina, igual que la de la palangana en la que pone en remojo su ropa tiene, para variar, el color de una mancha difusa de tinta. La tinta de la tina y la de la palangana va enrojeciendo y poniéndose marrón. De noche, por el contrario, no puede dormir. Tiene las manos plegadas sobre el vientre, se queda sentada, inmóvil y en la habitación tampoco se mueve nada, sólo una mosca debilitada sobre la estufa fría. Se tumba con cuidado y su torrente sanguíneo está cercado por trapos que cada mañana vuelve a lavar en agua helada con jabón.

El editor Antonín Augusta toma con amabilidad las hojas corregidas. Su mano permanece en el aire, estirada, en señal de incomprensión. Božena Němcová no tiene más hojas y el editor se empieza a desesperar.

«No es posible. Usted me lo ha prometido. Todo está en marcha. Debe de estar usted burlándose de mí.»

«No se enoje. Estoy muy débil. De verdad que necesito un adelanto.»

«No puedo permitirme interrumpir el trabajo. Tiene usted aquí todas las comodidades. Le he alquilado una habitación bonita. Yo mismo la he alquilado para que tuviera usted luz y calor y estuviera cómoda. Una mesa para escribir. He encargado el atril, por si prefiere escribir de pie. Cuenta aquí con un armario, dos mesitas, un perchero, una cama, un diván. No estoy acostumbrado a que me tomen el pelo.»

«No se violente. Nadie más que usted puede entenderme.»

«No recibirá ningún apoyo más por mi parte hasta que entregue el manuscrito. Usted me ha asegurado reiteradamente que terminaría el trabajo. Cumpla con su palabra. Si no entrega usted el manuscrito mañana por la tarde, pondré fin también a los pagos de su comida.»

«Ha dicho usted que la señorita era buena cocinera y que podía pedirle lo que quisiera, que sería como una más de la familia, y entonces...»

«Si no entrega el manuscrito acabado ya veremos cómo se las arreglará para mantenerse. Y asegúrese de abandonar pronto Litomyšl.»

Mientras tanto los y las patriotas analizan con rostros graves lo mucho que está sufriendo Josef Němec. Como si la vida de ella fuera

fácil. Ella es la culpable de sus penas, dice él, es terca e insufrible como una hidra. Es una pecadora.

George Sand no asiste al funeral. Está harta del circo público en torno al cadáver de Fryderyk Chopin. Nadie de los que gritan, se emocionan, lloran teatralmente, se desmayan y discuten su derecho a tener un funeral estatal ha mostrado interés por el cuerpo del pianista en vida, ninguno se preocupaba por él en privado. Le divierte la elegía periodística de Théophil Gautier que no entiende al pianista y que ahora sólo asocia su obra al sufrimiento por la enfermedad del compositor; esas palabras desencadenarán el malentendido y las leyendas que perdurarán en los próximos siglos. Un pegamento dulce y doloroso se adhiere a la lengua. Se dice que el alma de la música ha descendido por poco tiempo a la tierra, como si sobre la tumba flotara el alma del músico austríaco que ha muerto a los treinta y seis años; el alma de Mozart llora por su hermana más pequeña y nos canta la canción de su largo sufrimiento.»

«Qué imbécil.»

Se descarga George Sand. Sabe que Fryderyk Chopin no ha sido ningún mártir romántico, en lo concerniente a su obra era muy duro y resuelto; en él se han fundido el romanticismo y el clasicismo, la razón y el sentimiento, no cumplía una misión terrenal, se trataba más bien del misterio de la vida interior. Le gustaba el ambiente femenino de los salones, no le gustaba la cháchara ociosa de la alta sociedad, le encantaba el interés de las mujeres jóvenes pero le aburrían las tontas y las viejas solteronas. Y también había en él

alegría, no la magia de la muerte, sino la mucho más misteriosa magia de la vida; no sólo cuando abrazaba el cuerpo de George Sand.

«He sobrevivido a tanta gente más fuerte y más joven que yo que empiezo a creerme inmortal.»

Y le gustaban mucho las divertidas comedias improvisadas y las parodias al piano en el castillo de Nohant. Él mismo era buenísimo parodiando a otros; era capaz de imitar tanto a una estirada vieja inglesa como al emperador austríaco y los hijos de George Sand lamentaban que, en vez de pianista, no hubiera sido actor.

Muere Fryderyk Chopin, las avispas revolotean y clavan su aguijón. Atacan a George Sand por ser una egoísta que lo ha utilizado y destruido.

Tres mil rostros llorosos asisten al funeral. La leyenda florece, fascina. También por haber dado tan pocos conciertos. La leyenda florece, fascina. También se profundiza por haber muerto joven. La leyenda florece, fascina. También porque la terca de George Sand se niega a entregar su piano, provoca y dice que soportar la carga de la vejez es un heroísmo mucho más grande. Un heroísmo que tampoco es para pusilánimes.

Ida Tarbell está alterada, desagradablemente borracha, despeinada; el moño se le deshace y le cae por la espalda un largo mechón de pelo. Se queja a su amigo Mark Twain de que nadie la entiende. Explica que es en el capitalismo donde se describe antes el problema de la alienación. Aunque Mark Twain sigue endeudado tiene también

un escondite bien provisto de alcohol y puros fuertes; enciende uno para Ida Tarbell y apaga la cerilla de un soplo.

«Querida mía, si no puedo fumar puros en el cielo, nunca me verán por ahí.»

«Y yo no iré allí si no tienen chocolate.»

Ida Tarbell fuma, pero ni siquiera el puro le cierra la boca. Mark Twain bosteza y suspira. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

En el verano de 1856 Josef Němec ayuda a organizar el entierro de un poeta proscrito. Božena Němcová no había evitado al poeta en vida. No tenía miedo y cuando ella y Karel Havlíček Borovský iban juntos por la calle, la gente se daba la vuelta para mirarlos y pasaba a su lado a una prudente distancia.

«Puede que me detengan. Puede que me metan en una celda. Puede que pase ahí toda mi vida. Y la lleve conmigo a todas partes.»

Hasta coloca una corona de flores sobre su tumba. El escaso grupo de dolientes es observado atentamente por los ojos de la policía secreta K.u.K. Evidenzbureau. La policía adopta la forma de un discreto cuerpo de hombre.

Antes de que el cuerpo escriba el informe, saca de un envoltorio grasiento de periódico una longaniza con una gruesa rebanada de pan y deja que le traigan otra jarrita de cerveza gratis de la tasca cercana. Es una deferencia de la casa.

A su lado está parada, con una cinta de luto en el brazo, la delatora, la misma que se ha infiltrado por un tiempo en casa de la *cuentista* para brindar informes sobre ella. No ha sido nada difícil. La

escritora es muy confiada y delatarla no es pecado por tratarse de una mujer desvergonzada que corrompe las buenas costumbres. La delatora se ha colado en su casa con la excusa de querer escribir y Božena Němcová se dirige a ella con confianza, llamándola escritora primeriza. La delatora es joven. La muerte de su madre, el largo encarcelamiento de su padre, toda esa desgracia la ha empujado a los servicios de la policía. Sirve con lealtad. Una mujer delata a otra mujer con astucia y sabe qué quieren oír, por encima de la longaniza, esos oídos que, a su vez, informarán a sus superiores.

«Para terminar, su más abajo firmante servidor se permite mencionar, del modo más humilde, que en los trajines políticos de la familia Němec ha participado también su esposa, exaltada y autoproclamada escritora checa. Todas las personas mencionadas a las que Božena Němcová ha visitado están abocadas a los esfuerzos paneslavistas, más allá de las cuales, sin embargo, no visita a nadie y más bien parece pertenecer a esa clase de aventureros vagabundos que tienen por costumbre vivir a costa de los demás.»

Junto a la tumba de Karel Havlíček Borovský hay casi un vacío y, sobre todo, silencio. Durante la nueva normalización del siglo xx, la tumba de Jan Patočka, otro valiente rebelde de Praga, será cercada por rugientes motocicletas y bramarán helicópteros sobre sus cabezas. Para que se extingan las palabras del último adiós. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand disfruta el legado secreto de Fryderyk Chopin; la relación con él la ha liberado definitivamente de las inhibiciones

sociales y del miedo al aspecto de un cuerpo envejecido. No se trata del cuerpo ni de la edad. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

A Ida Tarbell no sólo le interesan los distintos países, acontecimientos, situaciones; le interesa el conjunto y el contexto. Va hasta el fondo y nadie la sigue en sus pensamientos. No la comprenden porque bosqueja el futuro. Grita palabras incomprensibles y enrevesadas que repiquetean como las piedritas de la suerte en la bolsita de tela de un chico llamado John D. Rockefeller. Ida Tarbell sermonea a los pinos que están al otro lado de la ventana.

«Por ejemplo, las enormes empresas capitalistas, integradas e internacionalizadas, como las de Rockefeller, tienen un asombroso parecido con la idea de los estados socialistas; mediante la industrialización, la centralización, la especialización, la monopolización y, acto seguido, la automatización se potenciarán los elementos de la despersonalización y la pérdida del sentido del trabajo y, simultáneamente, la manipulación vital de la persona por parte del sistema.»

Ida Tarbell no puede callarse y aburre a todos los presentes, sobre todo a los cuerpos reunidos en los jolgorios de Mark Twain.

«Y no me interesa que esa manipulación sea menos visible en comparación con un estado totalitario y que...»

Mark Twain aparta un Virginia apagado y vuelve a llenar otro vaso de whisky. Sin hielo.

«¿O lo prefieres con hielo? ¿O incluso sin whisky? Querida Ida, no me gusta cuando alguien, en aras de la veracidad y fidelidad a las fuentes, echa a perder una historia. Vamos, juzga las cosas con un poco más de generosidad. Ignora un poco a la gente. Dios ha creado al hombre cuando...»

«Primero creó al hombre, después a la mujer y...»

«No me interrumpas. Dios creó al hombre cuando empezó a aburrirse de los monos. No tuvo paciencia para más experimentos.»

Mark Twain vuelve a prender el cigarro. Y le ofrece una calada a Ida Tarbell.

«Entonces se compadeció del hombre y le dio tabaco.»

Cuadragésima novena parada ferroviaria

La cabeza de dragón

Están dispuestos en semicírculo sobre una colina elevada a orillas del mar. Tres contables de pelo gris con camisas cuidadosamente planchadas escuchan, con la cabeza gacha, las palabras del pastor. Desciende el ataúd. En él yace un cuerpo irlandés y un precioso regalo; una fotografía enmarcada de su jefe con una dedicatoria escrita con su propia mano. Y también las posesiones del difunto: el libro satírico de Jonathan Swift, *Los viajes de Gulliver*. Durante toda su vida le ha molestado al irlandés que en Estados Unidos el texto sea considerado un libro infantil.

Las páginas más manoseadas son las de los capítulos en los que Jonathan Swift expone la corrupción, la estupidez, las intrigas de su tiempo y donde describe a los ingleses como enanos corruptos que no tienen reparos en iniciar una guerra para zanjar cuestiones como si, en el desayuno, hay que romper el huevo por abajo o por arriba. Y también están grasientas y muy releídas las primeras páginas que describen la miseria en Irlanda. Como si hubieran captado la infancia del difunto, el hambre, el frío, a su madre vestida en harapos y, sobre todo, los racimos de niños en las calles. Siempre le ha hecho reír la solución propuesta por el autor; la carne de niño como alimento sabroso, sólo que no sabe si sabría a ragú o a fricasé.

El cuerpo irlandés no posee nada más. Se dirige a la eternidad y son las primeras vacaciones de su vida.

John D. Rockefeller ha empleado durante mucho tiempo al cuerpo irlandés. Sólo ve en él al persistente, pecoso, pelirrojo joven hambriento venido de Irlanda. Toda su vida se ha visto obligado a dar cuerda a los relojes. El pelo rojo sorprende al adquirir el más hermoso tono de color blanco. Y blancas son también las patillas. La piel sigue siendo suave; a primera vista no hay arrugas y la boca, con sus labios teñidos de púrpura, no resulta generosa. El irlandés controlaba la hora exacta de los relojes de pared en las oficinas y en los interminables pasillos y plantas del rascacielos. Contrastaba las agujas de los relojes de cadena, los de bolsillo y los de pulsera en las muñecas de los empleados de Rockefeller. Era un puesto honorable y de mucha responsabilidad. La cabeza irradiaba una luz roja y también blanca, y vigilaba con fervor los engranajes alineados de las máquinas y de los cuerpos. Escuchaba con atención lo que susurraban los empleados. Se pasó toda la vida esperando un ascenso. Los robots de la empresa recibían pagas extra. Si trabajaban al cien por cien durante cinco años recibían una insignia y un busto con la inscripción *Halcón dorado*. Y también tenían derecho a pasar una noche en un hotel caro. Los que trabajaban cinco años al ciento diez por ciento recibían el busto del *Águila dorada* y tenían derecho a pasar dos noches en un hotel caro. Pero cómo medir la productividad de quien vigila el tiempo.

Tendrá su recompensa. John D. Rockefeller le regala una fotografía de él mismo. Con una dedicatoria personal. El anciano irlandés tiene el retrato enmarcado sobre su mesita de noche y viaja con él al trabajo y del trabajo a casa. Lo acompaña a la tumba. En

tinta roja el retrato reza: «JDR a la edad de ochenta y seis años. Aparenta ser diez años más joven y notablemente más conservado y metódico. Orden y método, a eso has de atenerte y algún día llegarás lejos.» Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Le gusta el grabador Alexandre Manceau. Tiene trece años menos. Pronuncia las palabras con cautela, tiene sentido del humor, su lema es vive y deja vivir. Ámame un poco pero ámame durante mucho tiempo. George Sand organiza un opulento banquete en 1850 e invita al grabador a pasar la velada en su casa.

La Criada Checa sigue protegiendo el preciado piano de Chopin y prepara la última cena. La escoba de abedul ha quedado seca, ella está haciéndose vieja, quiere volver al puerto de donde partió. No regresa a territorio checo, vuelve a Viena. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien*.

George Sand toca la puerta de su minúscula habitación al acabar el almuerzo. La criada está desconcertada. La señora no ha entrado ni una sola vez en su habitación en todos estos años.

Madame ve a la Criada Checa como una mujer a la que nada saca de quicio. Es que tiene unos ojos inteligentes, la boca como una línea recta y conoce recetas de cocina exótica. A la Criada Checa la sobresalta esa visita inesperada. Está esperando ser castigada y no sabe por qué.

«Lo sé, señora, debí habérselo dicho antes.»

«¿Qué?»

«Que me tiño el pelo.»

«Yo también. Nos lo podríamos haber teñido juntas.»

George Sand recorre con la mirada la habitación minúscula, mira pensativamente la imagen del emperador Franz Josef y el montoncito de libros en el estante junto a la cama de la criada. No falta la novela *Lélia*. Ni *La cocina casera* de Magdalena Dobromila Rettigová. No hay ni un solo libro de Božena Němcová.

Sin decir nada, George Sand escribe sobre su novela *Lélia* tres extensas cartas de recomendación laboral en francés, alemán e inglés. Deja una encima de la cama, al lado de la Biblia manoseada y el rosario. Está sellada. El sello lleva sus iniciales.

Se quita del dedo anular el inseparable anillo con el motivo de la cabeza de dragón, que había sido de su abuela, y lo coloca junto a la carta de forma ceremonial. No dice una sola palabra y se va.

La Criada Checa le quita el sello a la carta. Madame se dirige a ella, por primera vez, llamándola por su verdadero nombre, Rosalie. Es una breve nota de agradecimiento con un grueso fajo de billetes. A Rosalie le tiemblan las manos. Ya no necesitará referencias. La identidad bajo el nombre *Tchèque Servante* permanecerá en París. Está asegurada hasta el fin de su vida, por fin podrá llevarse también a su hijo adolescente y descubrir quién es ella misma.

Es el año 1860 y el doctor Josef Podlipský mece a su hijo en su regazo. Su esposa Sofie Podlipská, de soltera Žofie Rottová, le sirve café caliente y el niño se ríe. Alguien está llamando a la puerta. En la puerta está Božena Němcová y Litomyšl es, por ahora, sólo una ilusión. Se llevan una sorpresa embarazosa y el café se les vuelve

tan amargo que ni siquiera la totalidad de la azucarera, que tienen sobre la mesa, podría quitarles el mal sabor.

Sofie Podlipská la invita a pasar. Enseguida, coge a su hijo en brazos, como si fuera el único y fiable escudo ante el peligro. Es inmune a las lágrimas de la que supo ser su íntima amiga. Que llora, ruega, habla de forma desenfrenada y se inclina hacia el niño.

«¡Qué ojos! Iguales a los de Hynek.»

El doctor Podlipský se queda paralizado, no dice nada y su mano disuelve el azúcar en la ya demasiado endulzada sangre de chocolate. Sofie Podlipská se muestra tan fría que ni siquiera pregunta por los hijos de Němcová. Está claro que su visita no es ni será bienvenida. El hambre y la desolación de Němcová giran a la altura de la puerta.

«¿Y qué tal su hermana? ¿Está bien?»

«Lo está. Tiene buena salud y trabaja mucho.»

Božena Němcová debe sentirse como un parásito y una vividora. En cuanto se marcha, Sofie Podlipská coloca a su hijo en brazos del marido, se dirige a su habitación, se sienta a la mesa a describir con rapidez a su hermana mayor la desagradable situación que acaba de vivir.

«He hablado con ella *sans-gêne* sobre lo que había pasado, es decir, sobre sus hijos, pero el hilo de la amistad entre nosotras está roto y seguirá así; por eso no ha encontrado de nuestra parte cordialidad alguna, ni siquiera una amable hospitalidad que la animara a hacer más visitas.»

Karolina Světlá no contesta a la velocidad de un rayo. Primero se calma con una taza de chocolate; la vida pasa, el chocolate ayuda.

Considera falsa la desgracia de Božena Němcová. Es una manipuladora hábil y experimentada.

«Tanto me repugna Božena Němcová con todas sus mentiras, artificios y sensualidad, no puedo entender cómo se ha atrevido a meterse en vuestra casa –te admiro, en lo que a mí respecta, yo no podría conseguir hablarle con frialdad, la ignoraría o me burlaría de ella– adviértase el exquisito nivel de checo de mi carta.»

Adviértase el exquisito nivel de checo de las cartas de las patriotas. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El talento de Božena Němcová se muere de hambre y John D. Rockefeller se convierte en el hombre más rico del mundo. Acepta almorzar con el hijo más joven de un magnate alemán. Que lo visita en el chalé poco tiempo antes de emprender su regreso a Europa. Lleva chaqué y polvo en los zapatos.

En presencia de Rockefeller, la conversación de los jóvenes se va desvaneciendo; a pesar del afán el *Herzensleere* emana de él y nadie se siente cómodo. John D. Rockefeller lleva un frac y sus ojos examinan al visitante de arriba a abajo. La mirada de los ojos de pájaro se estanca en los zapatos llenos de polvo y habla en dirección a ellos.

«Mi estimado, soy un hombre mayor. Permítame que me ponga cómodo.»

John D. Rockefeller desaparece, preparando una insultante venganza y sus palabras dichas con la frialdad del hielo convierten la reunión en una asfixiante atmósfera de miedo. Regresa con la bata

azul marino con su monograma bordado. Su hijo hace todo lo posible por romper el incómodo silencio.

John D. Rockefeller susurra alegremente a su almohada, a la Biblia y al revólver que lo han conseguido, juntos han llegado a buen puerto; es el hombre más rico de la historia. La epidemia se ha expandido. Se sabe quién es el paciente cero. Un hipertransmisor.

Pero también se hace famoso por zafarse de todas las acusaciones como un reptil viscoso. Dondequiera que vaya, parecerá que todo en ese lugar le pertenece.

Al misionero le va bien y su sueño se ha hecho realidad; se ha convertido en un dios. En un dios para los magnates de nuestro siglo.

Rosalie sirve por última vez a los invitados en su rol de Criada Checa y le tiembla la barbilla. Madame evita el contacto visual directo; odia las palabras sentimentales de agradecimiento y las despedidas desgarradoras. Tiene otras preocupaciones. Está al acecho del momento en que los últimos invitados se despidan. Para meter en la palma de la mano de Alexandre Manceau la llave de su apartamento.

La llave permanecerá ahí quince años. El largo tiempo durante el cual cumple el rol de amante y compañero.

«Nunca he querido que nadie me amara. El amor no es para mí lo esencial. Por supuesto que me alegro de gustarle a alguien, pero ni siquiera eso es algo que espero. Me gusta estar sola. El mayor cumplido que se puede esperar de mí es: estar contigo es tan hermoso como estar a solas.»

Por primera vez en su vida George Sand utiliza en sus cartas la expresión *un puerto tranquilo* al hablar de la relación entre ellos.

Van pasando los minutos, ambos trabajan en el salón violeta hasta que el reloj de mármol marca la hora del almuerzo.

La muerte de él pone fin al puerto tranquilo. El último deseo del grabador es que ella toque para él en el piano de Chopin. George Sand toca las interminables improvisaciones que necesita a manera de inspiración inicial: hasta que surjan de ellas las composiciones finales.

Quincuagésima parada ferroviaria

Darling y la aureola

Aunque Božena Němcová deja Praga, la tóxica Praga no la deja a ella. Josef Němec odia a su esposa con valentía; necesita elevar su autoestima y rematar a su presa. No actúa por vanidad ofendida o por odio, sino por la fuerza de la costumbre. En Hungría a veces se ponía a pensar que una mujer no debería tratar con rudeza a un hombre. Y que él cambiaría su actitud si ella se dirigiera a él con una expresión diferente en el rostro, lo mirara con ternura y le dijera algo agradable. Cualquier cosa. Algo habitual en otras casas, en cualquier lugar donde haya gente. Por ejemplo, un simple:

«Está lista la comida.»

La cacería es un deporte. No hay quien le cocine, le lave la ropa, le limpie la casa, le consiga pasta para vivir, le falta la *darling*.

La *darling* está en Litomyšl y se ha dado el lujo de marcharse sin pedir permiso. Josef Němec la ataca como si fuera un cadáver corrupto y un fantasma del pasado. Hierve de rabia, la humillación es profunda. En cualquier sociedad, lo más difícil de aceptar para una persona es que se la considere idiota. Se ha dejado embaucar por una mujer imposible y no ha sido capaz de imponer en su casa el orden y el método. Le gusta el método y por eso se pasea por Praga y repite, a todo aquel que aún esté dispuesto a escuchar, lo

que sus oídos quieren oír hasta el hartazgo. Entiende que todo aquello que le conviene *a él* es la verdad. Božena Němcová es una loca, una mujer salvaje poco pragmática, nunca ha cuidado de su familia, es vaga, incompetente, limitada, derrochadora, una puta, una cerda, sólo se quiere a sí misma y a sus hijos. Josef Němec la rebaja con palabras llenas de barro. Cuanto más tiempo pasa repitiendo su monólogo perfeccionado, mientras se pasea por Praga, más autocompasión siente por sí mismo. ¡Ay! Todo lo que tuvo que soportar y sufrir, lo que debió y debe aguantar. Nadie sería tan paciente como él.

Lo compadecen con complacencia. Siga hablando, siga, siga, siga, se sentirá usted aliviado. Ya sabe, un problema compartido es un problema dividido.

«No lo tengo nada fácil con ella, no hay quién la aguante, una cerda y una charlatana es lo que es.»

A ese hombre mayor le gustaría estar disfrutando del descanso en un hogar reparador y tranquilo. El jubilado estaría disfrutando de la calma del otoño de la vida. A su lado, debe haber un cuerpo de mujer que, en silencio, cuide de él, prepare infusiones y paños fríos si se enferma y que no lo agobie con preocupaciones innecesarias.

Hay un problema que parece ser intemporal. Los cuerpos de hombres y mujeres se ven afectados de manera completamente diferente a medida que llega la vejez. En el momento en que los hombres se apartan de los reflectores, satisfechos con su brillante carrera y distinciones, las mujeres apenas se están fortaleciendo; les complace participar de lo que sucede ahí afuera y dedicarse por fin a algo distinto de la organización del hogar, la crianza de los hijos y la satisfacción de las necesidades ajenas.

Nuevas palabras, nuevas traviesas y los dientes castañetean. Algunas de las palabras del siglo XIX todavía obstaculizan el camino de los Rockefeller de hoy porque estrechan las fronteras, levantan nuevas vallas y no favorecen el comercio global. Por ejemplo, la palabra nación.

Las fronteras concretas e imaginarias. Las fronteras de la mente. Al *Big Business* no le gustan las fronteras.

Y, de pronto, a los patriotas checos del siglo XXI no les molesta en absoluto que un cuerpo de hombre presente su candidatura presidencial, a pesar de no saber hablar checo y ser un fugitivo por razones económicas de otro país. Los Bureš del mundo son retoños de la mente de Rockefeller. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El cuerpo de Božena Němcová se desangra, pero los cuerpos conservadores no dejan de insistir en su teoría sobre *el orden natural de las cosas*. En la era de internet del siglo XXI inventan un movimiento que financia, de forma conjunta, organizaciones religiosas cristianas e islámicas. Encuentran un punto en común: el insumiso cuerpo de la mujer. Se supone que las *tradwives* siguen el modelo de esposa tradicional, corroboran los estereotipos estándar, la ideología patriarcal y se forman al estilo de *Las esposas de Stepford*. Los cuerpos conservadores siguen sintiendo pánico ante las mujeres inteligentes y de su comportamiento subversivo sigue aterrándolos la idea de una igualdad de derechos, según la cual una mujer también podría llegar a ser papisa. Los derechos humanos no hacen diferencia de género.

Los hombres de todas las religiones del mundo entierran sus hachas de guerra y coleccionan dinero y cabezas. La manada de lobos duda y contrata profesionales por si acaso. Sólo hay dos variantes que hay que mantener con vida: las *barbies* artificiales y las *tradwives*. Entre bastidores pagan muy bien y encuentran idiotas útiles para las luces de las pasarelas. Ellas lanzan oficialmente páginas web femeninas, blogs, revistas con recetas de cocina, consejos sobre cosméticos, moda, y, sobre todo, folletos en contra del aborto. Explican a las mujeres que tienen que ser conservadoras, sólo así los hombres podrán protegerlas de los peores hombres, los musulmanes.

¿Dónde está la libertad de elección? Las mujeres deben estar arregladas y consentir al marido como si corriera el año... Las *tradwives* celebran el hogar e inundan las redes sociales con *posts* desde sus impecables cocinas. Van mirando de reojo a su satisfecho señor ante un asado y una tarta de día festivo y ronronean con coquetería sobre una multitud de críos perfectamente acicalados. Escupen sobre el nombre de George Sand. El movimiento se expande, es un éxito mundial, el manual para el comportamiento conveniente está redactado y recibirá una base y estructura científicas. Así surge *The Darling Academy*. En uno de los seminarios se recomiendan las recetas de Magdalena Dobromila Rettigová. Y se analiza la vida de Božena Němcová como si fuera un tumor en la historia de la humanidad. Su nacionalidad es indiferente en tal contexto. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Ni siquiera Josef Němec tiene idea de con quién ha vivido en realidad. Se ha casado con la imagen de una mujer que nunca existió y pensaba que tenía mucho más talento literario que ella. Al fin y al cabo escribió una columna muy bonita sobre el ambiente navideño.

Se lleva una sorpresa. La gente lee a Božena Němcová, la consideran una gran escritora, conocen su nombre. El impacto es aún mayor cuando ella muere. Devastado por una desgracia semejante que, por un momento, lo hace sentir culpable, vuelve a dar la espalda a la verdad. Tras el funeral se recupera rápida y milagrosamente. Y cambia de opinión. Como todos.

Reescriben con rapidez su rol en la historia de ella para que les resulte lo más favorable posible. Los supervivientes son los vencedores. Su interpretación es la que permanecerá. Los muertos son unos perdedores y unos idiotas. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller se niega a morir, es dios y tiene un halo. Los supervivientes son los vencedores. Su interpretación es la que permanecerá.

Están surgiendo las multinacionales. Y un nuevo tipo de agentes del monopolio: en el siglo XXI son ya Estados por derecho propio y llevan nombres como Google o Amazon. No distinguen entre naciones. Sí, el legado decimonónico de Rockefeller es inmortal: las multinacionales gobiernan. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand sabe ser feliz a solas. A Božena Němcová no le da tiempo a saborear la soledad. No es hasta el siglo XXI que las mujeres logran ser felices estando solteras. Los hombres no; vuelven a comprometerse lo antes posible. A lo largo de los siglos sus cuerpos se han acostumbrado a que alguien se ocupe de su felicidad, salte en torno a ellos, les inyecte autoestima. Se sientan al calor del club de caballeros, con las piernas estiradas junto al calor de una chimenea y el cenicero sobre la mesa de juego. Repiten como loros el dicho ese de que si los hombres no envejecieran, no se desearían entre ellos tener una mujer.

¿Matrimonio por comodidad? Pues eso altera y pone patas arriba las ideas y las leyes del siglo XIX respecto al hecho de que el matrimonio forma parte del *orden natural de las cosas* y está programado a favor de las mujeres: su único deber es casarse y tener hijos. Las mujeres en el siglo XXI disfrutan la soltería, cultivan diversas relaciones sociales. Disfrutan de sus hijos y también de decidir su propia vida. Aprenden a conocerse a sí mismas. El antiguo vocabulario palidece, ese de los tiempos en que el entorno etiquetaba a una mujer soltera con palabras como rara, egoísta, pobre, aún no ha dado con el hombre correcto. Como si siempre les faltara algo a los cuerpos de mujer solteros. Los padres se sentían inseguros y los familiares incómodos; una hija sin casar no puede ser una persona plena. La sociedad le impone la marca de la esclavitud, parecida a la marca de la vergüenza que los romanos marcaban a fuego sobre la frente de los esclavos más despreciables. Y desde entonces se consideran inferiores.

Josef Němec sigue caminando por Praga hasta hoy. Me lo encuentro a menudo. Va contando más y más leyendas a los dispuestos oídos de quienes, tras la muerte de su esposa, rápidamente comenzaron a visitar a los «testigos» y a redactar su biografía. Josef Němec entrará en la historia de un modo en el que no puede hacerlo la esposa de ningún escritor. Porque el mundo sigue sin prestar atención a qué tipo de marido, cocinero, lavandero ha sido un escritor. Porque, en el caso de los hombres, la calidad creativa de su obra no se desprende de esas cualidades. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

John D. Rockefeller determina el área de recreación también para la sociedad checa. Inventa un juego nuevo y las reglas para los jugadores de élite mundial, aquellos que no disponen en su vocabulario de palabras como resurgimiento nacional, hogar, patria, nación. Todas esas palabras ridículas para el vocabulario del dinero que son un estorbo para el *Big Business*. Pero aquello que lo ha convertido en un magnate empresarial también lo ha vuelto un padre aterrador, frío, inaccesible a nivel emocional y que muestra una actitud de sospecha ante sentimientos de todo tipo. Estudia a los hijos como si fueran insectos; considera a sus hijas ridículas, vagas y tontitas, y su ya de por sí agonizante amor hacia ellas se enfría sobre todo al comienzo de su pubertad, cuando brota de sus cuerpos la sexualidad.

Sólo se harán valer después de la muerte del padre. E intentarán entablar una relación igual de distante en su vida adulta. Tóxica, destructiva, tal y como la conocían en casa por parte de su padre.

Físicamente, presente; inaccesible en el plano de las emociones. La metodología de su educación es simple, aparte de la escoba de abedul y el bastón de junco.

«La distancia que he decidido tomar no significa un elemento disruptivo en vuestras vidas. Los padres y los hijos deben apartarse del mutuo camino con más frecuencia de lo que se acostumbra. Distancia, hijos, distancia. Es lo que debe determinar mi relación con vosotros. Y me parece que mi esposa y yo hemos manejado vuestra crianza relativamente bien.» Qué bonito cuando un padre afirma eso de sí mismo y no pide a los hijos su opinión. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand no se siente amenazada por las habladurías de su marido y de sus examantes; son chismes y los chismes no son más que mosquitos. Basta con quitárselos de encima con dignidad y seguir adelante. Ignora las miradas burlescas que reducen el talento de un cuerpo de mujer a un insultante elogio. Seguirá sonando así por los siglos de los siglos: nada mal tratándose de una mujer.

En cada mención a Božena Němcová hay un trasfondo repulsivo vinculado a que el pobre Josef Němec no lo ha tenido nada fácil a su lado. ¿Por qué demonios alguien debería tenerlo fácil con ella? ¿Por qué debería ser fácil vivir junto a alguien con genio? ¿Qué es lo que se le exige a ella? Que escriba con intensidad, que forme parte de los acontecimientos, que salve la escritura de la patria, que se involucre, que eduque sola a cuatro hijos, que sea valiente en nombre de los demás, que cuente con una buena formación. Y, al mismo tiempo, no debe permitirse ser complicada, tiene que ser una

chica amable. En una época en la que a nadie se le ocurriría que un genio pudiera nacer con vagina.

Las relaciones familiares, las de pareja y las de la época forman y amasan a una persona como hace un escultor con la arcilla. Una apuesta de lotería que alguien rellena por nosotros. En qué época llegas al mundo, en qué familia, con qué sexo, con qué lengua materna, en qué matrimonio te metes. Hay muchos Josef Němec mediocres y sudorosos corriendo por el mundo. Se hacen famosos porque una nota al pie en las biografías de sus exitosas esposas habla de ellos. Esas esposas a quienes, a lo largo de su vida, abofetean y torturan con gusto y por doquier. Se sabe que cuando a las personas menos reflexivas les ocurre algo que las supera, van a su casa y, para calmarse, golpean a su familia. La historia les construye monumentos y les ponen aureolas por eso.

Quincuagésima primera parada ferroviaria

Teatro de marionetas

Božena Němcová se aprieta el vientre y llora de dolor. Josef Němec viaja a Litomyšl a recoger la figura desplomada. Llega en un carruaje pero está subido al caballo.

«¡Ya sabía yo que esto iba a acabar así!»

El editor Antonín Augusta está de pie detrás de él, también la posadera con su hija, que cocina en el hotel; su madre ya le ha prohibido subir comida a la escritora. La señorita del delantal está aterrada y el editor se ve inquieto y desconcertado. No es fácil para él.

«Hasta la fecha no ha entregado ni un solo manuscrito corregido. Ya no sabíamos qué hacer con ella.»

«Usted la ha descuidado. »

«¿Yo? Pero si es de usted de quien se ha escapado.»

«Usted ha dejado secuelas en ella.»

«Es usted de quien se ha quejado.»

La señorita del delantal no aguanta más, se arrodilla junto al cuerpo. Pone una nueva compresa sobre la frente de Němcová. No escucha la discusión entretejida con los reproches de los hombres y le susurra al oído su pasaje favorito de la Biblia. En su opinión, siempre tiene el efecto de una medicina. No piensa en el contenido.

Lo susurra en voz muy baja para no poner nervioso a Němec por hablar en alemán. Ni al editor que podría volver a darle con la escoba de abedul. Y quién podría sacar algo en limpio de todo eso, ella es checa, sí, sólo que habla en alemán, y qué.

La mano de la enferma la atrapa, su boca sonríe con amargura y dice un silencioso pero claro no. Y la cabeza finalmente gira, apartándose por completo de las palabras. No la reconfortan. Rechaza el falso consuelo. Tampoco puede perdonar a los más íntimos. Mientras el cuchillo que la hirió siga dentro de ella no podrá perdonar. Entonces se haría más daño a sí misma. Y no tiene tiempo de tirar el pasado por la borda. La señorita se asusta, termina las frases sólo para no perder la costumbre. Acelera el ritmo y arrastra las palabras. A Božena Němcová le duele el ritmo de las frases como si, bajo las ventanas, pasara un tren de carga.

Glücklich, die vor dem Gott arm sind:
Für sie ist Gottes Reich gekommen.
Glücklich, die jetzt traurig sind:
Sie werden getröstet werden.
Glücklich, die auf Gewalt verzichten:
Ihnen wird die Erde gehören.
Glücklich, die Hunger und Durst haben nach Gerechtigkeit:
Ihre Sehnsucht wird erfüllt werden.
Glücklich, die barmherzig zu anderen sind:
Sie werden selbst Erbarmen finden.
Glücklich, die eins reines Herz haben:
Gott wird sich Ihnen zeigen.
Glücklich, die Frieden machen:
Gott wird sie seine Kinder nennen.
Glücklich, die verfolgt werden, weil es ihnen um Ge-
rechtigkeit geht: Für sie ist Gottes Reich gekommen.

Los copos de nieve bailan la polka y Josef Němec está subido a un caballo navideño, blanco como la nieve. Respira con dificultad y siente una presión en el tórax, aunque recibe victorioso su regalo: el cuerpo de su esposa gravemente enferma y exhausta, envuelto en harapos ensangrentados. Sus miradas se cruzan en un amplio abismo de nada. Se la lleva de vuelta a Praga. Tenía razón. No sobreviviría sin él.

John D. Rockefeller es el primer multimillonario en dólares del planeta. El misionero fallece y el cuerpo tiene 97 años. La fortuna de una sola persona supera los seis billones y medio de coronas checas. Es el resultado del siglo XIX, una época marcada a fuego por un vulgar patetismo, a partir del siglo XIX ya no ha habido ningún producto exitoso sin mentiras. El problema del planeta no es que haya mucha gente. El problema es que en tantos países no exista un libre mercado para todos. Los Rockefeller vivieron en el siglo XXI, nosotros vivimos en el XIX. *Glücklich, die vor dem Gott arm sind: Für sie ist Gottes Reich gekommen.* Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand pone a un lado la pluma, da la bienvenida a su hijo Maurice y a las dos hijas de él. Compra enormes decorados de piedra y marionetas de todo tipo. Funda un teatro de marionetas en el castillo de Nohant. A quienes más tiempo dedica es a su hijo y a sus nietas. Para el teatro de marionetas escribe cuentos, parodias y divertidas historias didácticas que ella misma dirige.

Las nietas trepan árboles y colinas, ruedan cuesta abajo las pendientes, corren por el bosque, los prados y las colinas cubiertas

de flores, escalan montañas y rocas, se bañan en ríos y montan a caballo a horcajadas vistiendo pantalones de hombre. Suben los bajos y empinados escalones y las altas escaleras corredizas de la biblioteca del castillo y estiran la mano para alcanzar los libros que ellas mismas eligen. *Glücklich, die Frieden machen: Gott wird sie seine Kinder nennen*.

La relación con su hija Solange también se asienta; aunque en el dedo anular falta el anillo de dragón, le escribe a su hija, con el ímpetu de siempre, largas cartas explicativas y da a su hijo consejos de crianza.

«Nunca los castigues en momentos de irritación. Un hijo nunca debe verte nervioso, eso les gusta y querrá volver a verte así. Si hace algo inadecuado primero márchate de su habitación y recupera la calma. Si aun así después quieres darle una lección, hazlo rápido y con tranquilidad. Basta una lección verbal. Nunca, recuerda, ¡nunca recurras a castigos físicos! No conducen a nada, sólo humillan al niño y destruyen su alma. Tira las ramas de junco y las escobas de abedul, o directamente quémalas.»

No depende de los demás. Envejece y esquiva las trampas de la vejez. Sabe envejecer como una dama. Es práctica sin un rastro de malicia. Y no se aparta de las actividades de la juventud. Sólo que acepta los límites impuestos por la vejez. Y ofrece a la gente joven seguridad y confianza. Sigue siendo crítica consigo misma y nada sentimental en lo que respecta al pasado. Le gusta estar sola y rechaza los privilegios propios de su edad. Considera su pasado legendario como una excentricidad de juventud. Y nunca pronuncia la palabra famosa para hablar de sí misma.

«Ah, eso ocurrió cuando yo era... Bueno, quiero decir, que ya me conocían.»

«Abuela, ¿me das este sombrero? Creo que tu elegancia es innata. Eso es porque eres una artista.»

«Sigo sin entender el arte.»

«¿Qué dices?»

«Me entiendo a mí misma. Me he estudiado a fondo toda la vida, así que tengo claro lo que me sienta bien y lo que no.»

Sus nietas se aferran a ella. Y sus descendientes del siglo XXI colgarán en su apartamento el cuadro del pintor austríaco Markus Huemer, un lienzo limpio de destinos negros, blancos y grises. Cada vez que lo miran los inquieta a nivel físico, tienen la sensación de que su respiración modifica los colores. Son ríos que se unen y no mueren. Piensan en Madame, ella les cubre las espaldas y mira el cuadro con ellos; los espacios vacíos son negros. Sí, el arte de verdad no remite a nada. Se refiere a sí mismo. George Sand siempre afronta con sensatez y sabiduría las posibilidades y necesidades de su edad. Según ella la vida tiene sentido y una persona es feliz sólo cuando sostiene firmemente sus riendas y es capaz de marcar el rumbo. Endereza la relación con sus hijos. ¿Dónde estaban los hijos de Božena Němcová cuando ella estaba en Litomyšl? No quiere agobiarlos.

Josef Němec traslada el cuerpo inerte de su esposa al apartamento praguense. Pálido, Karel corre a su encuentro. Dora está desesperada y Jaroslav no la consuela.

«¿Hay esperanzas todavía?»

Deja el cuerpo demacrado y terminalmente enfermo sobre la cama. Duerme y en su sueño arde el fuego. La mano de la joven Barbora Panklová saca manuscritos del armario. Se encuentran debajo de las sábanas blancas. Ella misma quema los manuscritos y oye una voz que repite, tienes que liberarte. Barbora Panklová siembra en la tierra una planta, la planta lucha por abrirse paso hacia la luz, crece ante sus ojos y arde en llamas. Un zapato la pisotea. El cuerpo se despertará varias veces más. Los ojos vagan por el espacio borroso, la alucinación es fuego, los labios agrietados se mueven y no dicen nada. Josef Němec la mira fijo un largo rato, tiene los ojos llenos de lágrimas.

«Qué mujer más extraña que eres.»

La escritora checa muere sin ninguna propiedad. Posee una larga lista de deudas. Barbora Panklová exhala su último aliento con ella. Se marchan juntas; tres días después las dos son enterradas en el cementerio de Vyšehrad.

«No siempre una vida que acumula muchos años es larga, sino más bien la que suma muchos actos cósmicos, no toda existencia es vida, sino sólo aquella que logra entretejerse con la humanidad. Restemos de nuestra vida los días y las horas vacías, y veamos cuánto queda.»

El tiempo. No podemos controlar el tiempo. Barbora Panklová y Božena Němcová mueren en enero de 1862.

Miles de hombres no perciben el paso del tiempo, mientras hunden sus azadas y sus palas en la penumbra rancia, mohosa, húmeda. En Londres las obras de construcción del metro comenzaron en el año

1860. No habrá revueltas por las malas condiciones laborales; no muy lejos del lugar se forma una cola de jóvenes campesinos impacientes, deseosos de trabajar. Quieren probar suerte en la ciudad y la lengua materna de los cuerpos no importa. Ojos hambrientos esperan una vacante. La pala es su única posesión, hasta duermen con ella.

El hambre empuja sutilmente a otros cuerpos más débiles y poco eficaces a los fosos profundos recién cavados, echándoles tierra encima. Así, su puesto se libera enseguida. El capataz imita la mirada de pájaro y hace la vista gorda con sus estrechos ojos; no ha visto nada. El señor Rockefeller lo hace también y el señor Rockefeller es dios y el tiempo es dinero. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya.

La mayor fábrica de automóviles de Chequia emplea a miles de personas en el siglo XXI. Los trabajadores contratados por agencias en zonas rurales y pobres sufren el acoso creativo de los empleados fijos de planta. Los veteranos buscan instintivamente a los individuos educados y sensibles. Les meten laxante en las tazas. Les untan el pan con vaselina. Los encierran en cajas con materiales. Untan con vaselina hasta las puertas de los automóviles para que se les caigan de las manos en la cinta de montaje. Los obreros de fuera se atrasan y el tiempo es dinero. Sí, ya. Tic, tac, tic, tac. Sí, ya. La víctima del acoso paga a la empresa los daños causados y no tiene para comer. Durante mucho tiempo no se ha hablado de este nuevo tipo de acoso tan bonito. El capataz es un patriota. Cubre las espaldas a los empleados checos y se divierte con eso. Pero se inclina ante los propietarios alemanes de la empresa agachando los ojos y las orejas.

Cuando los ucranianos afectados levantan la voz al respecto, reciben sólo un consejo.

«Primero aprende a hablar checo como Dios manda, idiota. El de aquí tiene prioridad. No tengo tiempo para que cualquier imbécil me venga a vomitar estupideces.»

Hay cada vez más cuerpos heridos y dos hombres sufren contusiones en las costillas. Se arman de valor para nombrar y denunciar el terror que vienen sufriendo hace seis meses. Otra vuelta más en el mismo carrusel. Los más fuertes torturan con gusto al más débil. La frase de que el fuerte debe proteger al débil sigue sin ser la consigna del siglo.

La pobreza como falta absoluta de libertad. Los trabajadores contratados tienen que enviar dinero a sus familias al otro lado de las fronteras. Las empresas extranjeras les imprimen una marca de esclavitud parecida a aquella marca de la vergüenza que los romanos marcaban a fuego en la frente a los esclavos más despreciables. Desde entonces se considerarán inferiores. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Los derechos de las minorías son el foco de atención. Los derechos de las mujeres, no. Son invisibles.

George Sand y Božena Němcová no proclamaban la emancipación en barricadas y plataformas ideológicas. Vivieron la emancipación más allá de las convenciones de la época, no tuvieron necesidad de hablar de ella.

Respiran el aire de la misma época, caminan por el mismo continente. Sus condiciones de vida son tan distintas como la vida en dos planetas alejados.

Atrapadas en una lengua materna, una nación, un sexo. La lengua en la que piensan determina lo que ven.

Tienen la valentía de un dragón. Una férrea ausencia de miedo que se adelanta a su época y abre temas tabú en torno al cuerpo femenino. No tienen miedo a la sexualidad abierta. Sobresalen en el siglo de los ferrocarriles; la dirección de las vías las engrasa sin que nadie se dé cuenta, su coetáneo, el magnate del petróleo. Es *su* comedia de chocolate.

No posponen la vida. Viven intensamente el presente. Sólo una de ellas puede escribir sobre los dolores de las decisiones tomadas a lo largo de la vida de un modo abierto e impune. Sin las muecas moralizantes, las burlas cínicas ni los escupitajos de quienes la rodean. El tema es el fluir del tiempo en un cuerpo humano que es de mujer. Su pasado está cortado con la misma tela que mi presente y es que algunos sueños, simplemente, no tienen fin.

Cambio de vías

Décima parte

Quincuagésima segunda parada ferroviaria

Petróleo y leche materna

Es enero del año 1862 y desde la casa praguense *De los tres tilos* sale un cortejo fúnebre. La larga serpiente funeraria se arrastra por la ciudad blanca, nevada. Cada uno de los checos que tiene un rango o un nombre de valor en la capital de las tierras checas procura alinearse con rapidez. Ciudadanos, nobles, trajes folclóricos, coronas de laurel. Karolina Světlá es una estrella mediática a nivel nacional y su patética mano es la última en colocar una corona de forma ostentosa; seca una naciente lágrima con su pañuelo, pero para sus adentros da un suspiro de alivio. Muestra ante el público de la cultura su triunfo. Ahora no tiene rival. Ella es ahora la más importante de las escritoras. Ahora es una individualidad creativa independiente. Ahora tiene autoridad literaria y social.

Eso sí, sigue refiriéndose de forma crítica a la difunta; se percibe a sí misma como una persona con una opinión moral más estricta acerca del mundo, un entendimiento más filosófico de la población rural y, en líneas generales, con una visión artística más dramática.

Jan Neruda es poeta y está enamorado de Karolina Světlá. Escribe una bonita necrológica.

«Božena Němcová ha quedado en silencio, una estrella ha caído, otra brilla en el horizonte con un resplandor plateado, augurando un

hermoso futuro. Karolina Světlá se convierte en la heredera de Němcová. Una literatura distinta, ¡pero la misma fuerza!»

Tanto los periódicos checos como los alemanes escriben sobre la muerte de Božena Němcová. Es un atardecer helado y las velas sostienen la noche en el cementerio de Vyšehrad. La luna se esconde, indiferentemente silenciosa, sin ánimo de ayudar. No suenan oraciones llorosas sobre el ataúd.

El ministro del Interior es un barón llamado Karl Mecséry. Está en Viena, plantado ante el diligente emperador de Austria Franz Josef. En su esclarecedor informe, para el cual, entre otros, también le ha suministrado información un discreto funcionario de Praga aficionado a las longanizas, los patés y la cerveza, no falta una mención a los acontecimientos de Praga.

«Su funeral ha transcurrido en un absoluto silencio.»

El emperador no levanta la cabeza de los documentos.

«¿El funeral de quién?» Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El primero en librar una lucha tardía es el joven poeta Vítězslav Hálek, quien brama con tono ofensivo desde las páginas de los periódicos.

«El espíritu creativo no está aquí para ganarse el pan, sino para distribuir entre la gente el pan espiritual.»

Otra forma de arrogancia que se aparta por completo de la actitud vital y los valores de Božena Němcová. Un espíritu creativo no necesita prestaciones elitistas, sino una vida digna e igual salario por el mismo rendimiento. Aquello que ninguna mujer consigue. Hoy

habría acabado igual. Volverían a apreciarla una vez muerta. Curiosamente, Vítězslav Hálek no extiende a Josef Němec su acusación contra la «nación checa» por haber dejado «caer mezquinamente en la miseria» a la escritora. No aplica esa acusación a la persona que más cerca se encontraba de ella, que conocía su situación real, que forzó su «chequismo», que le metía la mano en el bolsillo, le robaba y a quien ella se le resistía.

Lástima que Ida Tarbell no pudiera escribir la necrológica. Ella es quien, por primera vez, plantea a su país la pregunta que hoy sigue buscando respuesta en todo el mundo. ¿Realmente la sociedad quiere ser dirigida por un limitado grupo de políticos que se reparten el capital y el poder entre ellos y, por lo tanto, no desean ningún cambio? ¿O lo que se quiere es, más bien, una sociedad justa y democrática? ¿Acaso puede el planeta sobrevivir al saqueo de los Rockefeller? Lo que les gustaría a los hombres sería empujar discretamente a la insolente bruja Ida Tarbell a los fosos recién cavados y echarle tierra encima. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

El problema de Božena Němcová no es la opresión nacional en el seno de la monarquía de los Habsburgo, tampoco los padecimientos del resurgimiento nacional ni la censura. El problema de Božena Němcová es haber nacido mujer. Los destinos de George Sand y de Božena Němcová son intensos y sus sacrificios innecesarios. El futuro del mundo lo determina, en un continente distinto, un hombre

con estrechos ojos de pájaro. Recorre con confianza su siglo y no escribe con letras. Garabatea laberintos de números. Su tinta es espesa, pastosa, negra. El resultado es una heroica epopeya.

El siglo XIX escribe las notas de la partitura. Nosotros bailamos la polka a su ritmo. Las traviesas de aquellos tiempos son el preludio de nuestras vidas. Tres cuerpos de un mismo siglo están sentados a las mesas de distintos países. Soy descendiente de los tres, tengo su carga genética.

La línea de salida no es justa. Los países se encuentran en un tren o varados en una estación polvorienta.

El siglo XIX es una explosión de cambios cuyos efectos soportan los siglos siguientes, que se atragantarán con el humo de las nuevas palabras: industrialización, industria, consumo, sociedad de masas. Nos legó la palabra codicia. Las traviesas del siglo XIX no sólo conducen a Auschwitz.

Quincuagésima tercera parada ferroviaria

Un cielo turbio

Los pasajeros del tren repiten sólo las vías y estaciones ferroviarias que aprendieron de niños. Repiten los prejuicios que les ha impreso la sociedad e impuesto la lengua a la cual están sujetos. Los niños adoptan como suyas las prohibiciones y las normas acerca de lo que se permite o no en su tren. La educación es una defensa organizada de los adultos frente a los cuerpos jóvenes.

Un comportamiento maduro en los adultos es comprobar con regularidad si sus viejos programas y destinos siguen siendo válidos, si acaso no frenan el talento que tienen a su disposición y que es *su* vida.

Una sociedad libre permite a una persona corregir su propia vida sin problemas. Le permite bajarse de un tren inconveniente. Božena Němcová, George Sand, John D. Rockefeller intentan corregir su propia vida y la de la sociedad.

A Božena Němcová le cuesta la vida.

El momento crucial del siglo XIX: el mundo ha empezado a sangrar sangre de chocolate.

El siglo XIX está llegando a su fin. En el siglo XX surgirá un Estado independiente e incluso los patriotas checos lograrán sacar provecho al totalitarismo a sus espaldas para ayudar a expulsar del país, tres veces, a la inconformista élite checa, mirando con indiferencia. Aparentan ser pequeños, mezquinos y débiles, pero siempre forman las muchedumbres rugientes y linchadoras de la historia, manadas que votan a los demagogos; bandadas de loros patriotas que, de forma unánime, aprobaban y siguen aprobando la muerte para los falsamente acusados, a los que no conocen ni por su nombre ni por sus verdaderos hechos. Es en estas situaciones cuando los incompetentes se muestran capaces de todo. A los patriotas del siglo XIX sólo les bastaba con saber a dónde no queríamos ir. En el siglo XXI, ya deberían decidirse acerca de a dónde queremos llegar. Deberíamos regresar a Europa.

Los autores checos más famosos que conoce el mundo entero en el siglo XXI son Franz Kafka y Milan Kundera. El primero escribía en alemán, el segundo en francés. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Gustave Flaubert vive en el campo y goza de seguridad económica; puede permitirse reelaborar varias veces cada uno de sus textos, con tranquilidad. En 1856, un año después de la publicación de *La abuela*, publica la novela *Madame Bovary*; en el mundo se escriben novelas, en territorio checo cuentos de hadas.

Le ponen una demanda, el proceso judicial se prolonga. Se le acusa de relatar aventuras amorosas de forma lasciva. Es procesado por ultrajar la moral pública y la institución del matrimonio. George

Sand escribe en su defensa apasionados artículos en los periódicos y en el año 1863 lo invita a su casa.

«No está muy lejos y me podrá localizar usted casi en cualquier momento. Pero, ya sabe, tengo mis años, así que no posponga mucho la visita, venga usted pronto y no espere a que empiece a chochear del todo.»

Es el comienzo de una profunda amistad y colaboración. Es el comienzo de una correspondencia que, nueve años más tarde, se verá truncada por la muerte de George Sand. En las cartas anida la postura de la escritora hacia la vida, sus opiniones artísticas, su erudición. Las cartas de George Sand forman parte de la literatura mundial del siglo XIX al igual que las cartas de Božena Němcová. Ambas escaparon a la censura a su manera. Hacia el final de su vida, George Sand cuenta con otro destinatario comprensivo; es una flor en el fango.

Božena Němcová no tiene a nadie.

Las cartas son la prueba de su emigración interna. Es una fugitiva del campo de los patriotas vencedores. Está sola y es un pecado para el hogar. No encuentra reposo en ningún sitio, no encuentra ningún refugio de paz. Es, en sí misma, un océano de emociones. El dolor es un gran maestro.

Hay que devolverte al mundo, Božena Němcová. No perteneces a los checos. Ellos te han usurpado. Esposas en las manos, un filtro patriótico delante de la boca. Censura positiva. Fuiste capaz de conectar el oeste con el este, pero tuviste que resguardarte en la perrera. Perteneces a la humanidad. Tienes raíces en el aire.

Muere George Sand. Y con ella fallece Aurore Dudevant, de soltera Dupin. Se marchan juntas; estrechamente unidas, profundamente

en paz con la vida, en un abrazo apretado. Una campana tintinea por la difunta y Gustave Flaubert se siente profundamente desdichado. Echa de menos a su amiga. Continúa escribiendo sobre ella con provocativo amor y respeto.

Susurro sus palabras en dirección a un cielo turbio de enero y se las transmito a Božena Němcová. Una persona que, por un lado, poseía un pensamiento intenso. Y, por el otro, rechazaba absolutamente las necesidades materiales.

Quería cortar el mal de raíz. Y se equivocaba al suponer que todas las personas tienen las mismas necesidades y capacidades espirituales que ella. No lo hacía por soberbia, sino por ingenuidad. Pocas veces se daba cuenta de que en esas búsquedas intelectuales que quería compartir con los demás se estaba quedando sola. Se quedaba esperando de pie en cada uno de los umbrales. Consecuente hasta el último aliento.

Muere Božena Němcová. Y con ella fallece Barbora Panklová. Se marchan juntas; no unidas, no en paz con la vida, peleadas. Božena Němcová hace un último intento de estrecharla en un abrazo, pero Barbora Panklová recula con miedo, está aterrada, abatida, no, no, no, no, ¡esa no soy yo!

En enero, el tiempo en Praga se sale de control. Recuerda a un día en la isla Amrum, que desconoce las estaciones del año. Por la noche cae una fina lluvia, por la mañana hiela y nieva. Por la tarde sale el sol, la nieve se derrite y es primavera. En cuestión de una hora el alto cielo se cubre de un gris plomizo, los ángeles desgarran collares de perlas, cae granizo. Las perlas blancas rebotan en la

hierba verde y, entre los primeros misteriosos azafranes de color violeta y las campanillas blancas de invierno, bailan la polka.

Se reflejan también en los adoquines de la ciudad y se calman al son de la música de Chopin. En cuestión de algunos minutos disminuyen completamente la velocidad y van cayendo como una cortina blanca. Todas las estaciones del año en el transcurso de un mismo día. En Amrum existe un cementerio de anónimos, a quienes ha devuelto el mar; los cuerpos no tienen nombre ni fecha de nacimiento ni de muerte. Božena Němcová no sabe su fecha exacta de nacimiento. Sabe la fecha de su muerte.

Está agradecida a los patriotas. Y durante toda su vida, a excepción de las cartas, en las que no sirve a nadie ni a nada, en las que a nadie debe rendir gratitud, escribe productos.

Escribe mercancías a la orden de cada época.

Feliz de que siendo mujer al menos pueda escribir y publicar. Es una triste paradoja. Ella salva a la lengua checa, no se salva a sí misma ni a su literatura. No le permiten escribir con libertad, que es con lo que más habría ayudado a la lengua y a la nación checas. Sólo una gran literatura puede defender una lengua pequeña.

La carta de Flaubert es un relevo a través de los siglos que le regalo a Božena Němcová. Sopla un viento helado. Graznidos de grajos, cornejas, cuervos. Las lágrimas se convierten en hielo y una mano congelada se posa sobre mi corazón.

Un momento que sólo tiene estreno. Nadie tiene que vivir su muerte por segunda vez. Cae la nieve sobre una tumba en Praga; el manto blanco de la nieve teme que justo a *su* tumba se la lleve el agua. El único lugar en el que todos somos iguales y está cubierto por entero de flores blancas marchitas. Tumbas, cruces, lápidas. La

nieve disuelve las letras de la carta. El viento sopla y me arranca el frágil papel de la mano.

«Habría que haberla conocido tan bien como yo para entender toda la profundidad femenina que había en este gran hombre, la inmensa ternura que había en este genio.»

FIN

2013-2023

Praga. Graz. Tainan. Zug. Leuk. Amrum. Viena.

Nota de la autora

El tiempo no es unidireccional, el viaje no termina. El tren sigue en marcha, continúa, regresa a las antiguas paradas. Yo me bajo del tren y del sueño del siglo XIX.

Cuando salió publicada mi novela *Horas de plomo* la gente estaba confundida por el hecho de que los personajes no tuvieran nombre. No tenían nombre, lo importante eran las emociones, los actos y las enfermedades de su tiempo. Aquí los personajes tienen incluso demasiados nombres. Y siguen sin ser lo esencial. ¿Qué es lo que dicen del contexto y la situación de una vida? Nada. El mundo es un gran texto único, y la verdad acecha en las sombras. Todo ya ha estado aquí antes. Todo volverá a estar en el futuro. No se trata del análisis de los hechos. Se trata del modo de ver a las personas. Es una novela de temas, no de fechas y nombres. Contra las convenciones, contra quienes disponen de poder y temen a la libertad.

El objetivo era devolver la libertad también a la forma de la novela. En la mente está grabada una frase de Simone Weil: «Cada ser clama en silencio el deseo de ser leído de otra forma.» Una novela es un organismo. Un organismo vivo. No se trata de una forma artística, sino de una postura espiritual respecto al mundo, la vida humana y el sentimiento de la vida.

Considero como simbólico el hecho de haber escrito este libro, entre otros lugares, en una ciudad suiza llamada Zug. Y haberlo terminado en Viena. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien*.

Agradecimiento especial

Institut Für Die Wissenschaften Vom Menschen (Instituto para las Ciencias Humanas). Viena, Austria.

Kulturdrogerie. Viena, Austria.

Kulturvermittlung Steiermark. Internationales Haus der Autor:innen Graz. Graz, Austria.

Residencia Tainan para escritores. Tainan, Taiwán.

Landis & Gyr Stiftung. Zug, Suiza.

Spycher Literaturpreis Leuk. Leuk, Suiza.

Miroslav Balaštík. Kateřina Bendová. Franz Brunner. Karel Cudlín. Justyna Czechowska. Jan Denemark. Ester Denemarková. Ludger Hagedorn. Tomáš Hanák. Markus Hiesleitner. Jaroslav Abbé Libánský. Beate Loitzenbauer. Silvie Meyer-Pranzeneder. Dana Pfeiferová. Pavlína Prokůpková. Anna Rendl. Wan Ru. Lukas Spinner. Joan Tarrida. Karin Wozonig. Monika Zgustová.

Gracias a Michal Chodanič y Magdaléna Lindaurová del estudio de diseño gráfico *Kapitola* por su profundo conocimiento de la literatura y por su gran cooperación en la edición checa de esta novela y en la cubierta de la española. Ambos comprendieron que la libertad de creación, que es también el tema de la novela, no tiene límites y se aplica a todos los detalles. Para la edición checa incluso idearon un canto del libro que adaptaron creativamente a las figuras que escribían a mano en volúmenes inconexos de papel valioso y caro en

el siglo XIX. Es una expresión de respeto por la literatura y por las Boženas Němcová de este mundo. Es una expresión de libertad creativa, humildad y admiración por la palabra escrita, por la que se arriesga la vida misma. Nada menos está en juego aquí. El libro es un todo de texto y forma visual. Y os doy las gracias a todos por comprender y no tener miedo de subir juntos a bordo de este tren salvaje...

RADKA DENEMARKOVÁ

1. Título de una de las obras de Božena Němcová. [N. del T.]

1. Referencia a la versión checa de Hansel y Gretel, quienes logran salvarse de que la bruja los meta en el horno al hacerla sentar en una pala y luego arrojarla al fuego. Božena Němcová escribió una adaptación de la historia de Jeníček y Mařenka. [N. del T.]

1. Referencia a la declaración que hiciera Andrej Babiš, hijo del exprimer ministro checo del mismo nombre, denunciando que su padre había intentado mandarlo en contra de su voluntad a la península ucraniana de Crimea para impedir que declarara sobre un presunto fraude en sus negocios. [N. del T.]

1. Tradición checa que consiste en cortar una manzana, después de la cena de Nochebuena, en forma perpendicular al tallo. La forma que luego se ve en su interior presagia buena salud o, por el contrario, alguna desgracia. [N. del T.]

1. En checo *mít pokoj*, que también significa «tener tranquilidad», «tener paz». [N. del T.]

1. Apodo con el que Andrej Babiš colaboró con el régimen comunista. [N. del T.]

1. Blue Stockings Society, club de mujeres intelectuales del siglo XVIII fundado por Elizabeth Montagu, Elizabeth Vesey y otras mujeres, de quienes se decía que usaban medias de estambre azules porque no podían permitirse ropa más elegante. El término medias azules se usó luego, de forma peyorativa, para hacer referencia a las mujeres instruidas e independientes de la sociedad. [N. del T.]

1. Demonios del folclore eslavo que suelen aparecer en trío determinando el destino de los recién nacidos. [N. del T.]

1. Alusión a la letra del himno nacional checo. [N. del T.]

1. En español en el original. [N. del T.]

1. Cuento popular checo recopilado por Karel Jaromír Erben sobre una criatura insaciable que se termina comiendo a sus padres. [N. del T.]

1. En checo «mateřídouška», palabra que deriva de la frase «el alma de la madre» por una leyenda que inaugura el poema «Kytice» de Karel Jaromír Erben, según la cual el alma de una madre fallecida expresa el amor por sus hijos cubriendo su propia tumba con esa planta aromática. [N. del T.]

1. «Milion chvilek pro demokracii» es una organización checa sin ánimo de lucro cuyo objetivo es apoyar y cultivar la cultura democrática, el compromiso cívico y el debate público en el país. [N. del T.]

1. En checo ese apellido significa literalmente «de nacionalidad alemana». [N. del T.]

1. Almanaque literario publicado en 1858 en homenaje al poema homónimo del poeta Karel Hynek Macha. Su publicación dio origen al nombre del movimiento literario conocido como Escuela de Mayo que formaron varios escritores checos a mediados del siglo XIX. [N. del T.]

1. Alusión a Rusia y Vladímir Putin. [N. del T.]

1. Alusión a la canción infantil «Jede, jede mašinka». [N. del T.]

1. Nombre que, en checo, significa «clara», «luminosa». [N. del T.]

1. Otra referencia a Andrej Babiš. [N. del T.]